

Revista Temas Número 33-34 abril-septiembre 2003

¿Qué imperialismo?

François Houtart, Tarik Alí, Peter Gowan, Rafael Hernández. [¿Qué imperialismo? \(Un simposio\)](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Fernando Coronil. [¿Globalización liberal o imperialismo global? Cinco piezas de un rompecabezas](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Leo Panitch y Sam Gindin. [El capitalismo global y el imperio norteamericano](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Georges Labica. [Del imperialismo a la mundialización](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Atilio Borón. [Poder, «contrapoder» y «antipoder»](#). Notas sobre el pensamiento crítico contemporáneo. No. 33-34 abril-septiembre 2003

Luis M. García Cuñarro. [El imperio y la guerra](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

István Mészáros. [El militarismo y las guerras que vendrán](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Corey Robin. [Remembranza de imperios del pasado. El 11 de septiembre y el fin de la Guerra fría](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Marilyn B. Young. [Un solo imperio bajo Dios](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Immanuel Wallerstein. [Las debilidades de los Estados Unidos y la lucha por la hegemonía](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Fernando Martínez Heredia. [Imperialismo, guerra y resistencia](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Isabel Monal. [Terrorismo y amenazas imperialistas](#). No. 33-34 abril-septiembre 2003

Jayati Ghosh. [Imperialismo, fundamentalismo y los usos del «terror».](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

Luis Suárez Salazar. [La globalización: ¿última fase de la última fase?](#) . No. 33-34 abril-septiembre 2003

Rafael Hernández, Daniel Chavarría, Cary Diez, Helmo Hernández, Rudy Mora. [De qué depende el éxito. La producción artística y el mercado.](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

Hilario Rosete Silva y Julio César Guanche. [Pablo González Casanova: «La Historia renace todo el tiempo».](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

Antonio Pérez Manzano. [El Gran Caribe: política y cooperación. Entrevista a Norman Girvan.](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

Yuri Guiria. [Cintio Vitier: de la conciencia de la poesía a la poesía de la conciencia.](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

Jesús J. Barquet. [Catálogo razonado de voces. Escritoras cubanas desde la diáspora.](#) No. 33-34 abril-septiembre 2003

¿Qué imperialismo? (Un simposio)

François Houtart

Sociólogo y sacerdote católico. Centre Tricontinentale, Universidad de Louvain-la-Neuve, Bélgica.

Tariq Ali

Ensayista y editor. New Left Review.

Peter Gowan

Profesor. London Metropolitan University.

con

Rafael Hernández

Revista Temas.

Este simposio aborda un grupo de problemas centrales para la comprensión del imperialismo contemporáneo, tanto desde el punto de vista teórico, como político y estratégico. Aunque algunos autores contemporáneos han asumido que tal fenómeno ha dejado de existir —y en su lugar ha aparecido algo llamado «la globalización»—, aquí se parte, por el contrario, de que existe hoy en una medida inusitada, y se trata de averiguar precisamente en qué consiste. Participan tres destacadas personalidades del pensamiento social y político contemporáneo: el paquistaní Tariq Ali, el británico Peter Gowan y el belga François Houtart, quienes tuvieron la gentileza de responder a nuestra invitación para este número especial de Temas. Lo hicieron en medio de sus numerosos compromisos, en un plazo muy breve y contando con un espacio reducido. El resultado ha sido este texto compacto y rico en interpretaciones de fondo sobre el fenómeno imperialista.

Rafael Hernández: *¿Qué rasgos diferencian al imperialismo contemporáneo del que pudo ser descrito por Hilferding, Kautsky, Lenin, Luxemburgo, en el primer cuarto del siglo xx? Es decir, ¿hasta qué punto es —o no— un fenómeno policéntrico, un proceso de «nuevo reparto del mundo», el «gobierno de los monopolios», «un ultraimperialismo», una «fase final y superior del capitalismo», o algo diferente?*

François Houtart: Cuando examinamos los conceptos de imperialismo en los autores mencionados, nos percatamos de que su lógica fundamental —sobre todo la expresada por Rosa Luxemburgo en *La acumulación del capital*— resulta ser, esencialmente, la misma. No estoy seguro de que el concepto de fase final sea apto, pues ¿dónde se fija el término de un proceso que ya se ha prolongado durante siglos? Cuando Rosa Luxemburgo parte de la destrucción de las sociedades precapitalistas por el capitalismo en su función imperialista, está describiendo un fenómeno a la vez coyuntural (el neocolonialismo) y fundamental: la necesidad para la acumulación capitalista de buscar constantemente nuevas fronteras.

En la actualidad, esa lógica no ha cambiado, pero las fronteras son diferentes, así como los medios. Las nuevas fronteras son los servicios públicos y la pequeña agricultura —sobre todo en el Tercer mundo. Los medios son más el sometimiento formal del trabajo al capital que el sometimiento real, y ello tiene lugar por la vía indirecta de los mecanismos financieros (deuda, paraísos fiscales, etc.) y jurídicos (FMI, OMC, entre otros).

Ya no es necesario poseer colonias territoriales, porque los mecanismos son otros. Por ello, el capitalismo ha aceptado fácilmente la descolonización. De hecho, extrae más riquezas que antaño, usando los nuevos mecanismos sin tener que ocuparse de los territorios de modo permanente. Pero la lógica sigue siendo la misma: incrementar la producción. De lo contrario, correr el riesgo de desaparecer como modo de producción.

Tariq Ali: Lo más sorprendente —y verdaderamente nuevo— del siglo XXI es que por primera vez en la historia de la humanidad tenemos un imperio único. No se trata del imperio utópico, abstracto, descrito por Hardt y Negri, sino de algo muy concreto y real. La posición dominante de los Estados Unidos no tiene precedente en la historia. Los datos hablan por sí mismos: de los 189 Estados miembros de las Naciones Unidas, en 121 hay presencia militar norteamericana. Estamos más cerca que nunca del «ultraimperialismo» de Karl Kautsky. La obra de Kautsky, *Der Imperialismus*, se escribió antes del estallido de la Primera guerra mundial, aunque se publicó después, a despecho de que la propia guerra —una demostración clásica de las contradicciones interimperialistas— había dinamitado la tesis central de Kautsky: que la última fase del desarrollo capitalista daría al traste definitivamente con los conflictos interimperialistas. Kautsky insistió en publicar su texto, a pesar de la guerra, y por buenas razones. Consideró que el creciente auge de los movimientos anticoloniales en Asia y el Oriente árabe forzaría al imperialismo a cerrar filas contra un enemigo común. Argumentaba que la carrera armamentista resultaría demasiado agobiante para el capitalismo, y lo obligaría a elegir una estrategia de paz, y no de guerra, entre las principales potencias imperialistas. Sobre este último punto, desde luego, se demostraría que estaba equivocado. El gasto militar contribuiría a proteger el capitalismo después de la depresión de los años 30, como ocurrió en Alemania, Japón y los Estados Unidos.

Aún se requeriría otra guerra interimperialista para hacer recapacitar al mundo capitalista. El rechazo del imperialismo alemán a aceptar la división del mundo en zonas británicas y francesas precipitó la Segunda guerra mundial. Su propagación a la Unión Soviética y Asia creó las bases para la extensión de la revolución. Viet Nam, China, Corea, Indonesia, se beneficiaron de los conflictos interimperialistas. Solo después de la derrota de Alemania y Japón, el mundo capitalista aceptó el liderazgo norteamericano, aunque sus antiguos rivales celebrarían, en privado, las derrotas de los Estados Unidos en Cuba y Viet Nam. Sin embargo, la existencia de un mundo «comunista» forzó al capitalismo a disciplinar sus impulsos de competencia en la esfera político-militar. Los Estados Unidos reconstruyeron el

capitalismo alemán, el japonés y el eurooccidental, devastados por la guerra; y, a cambio, estos Estados aceptaron el liderazgo norteamericano. Como había dicho Kautsky, «el resultado de la guerra mundial entre las grandes potencias imperialistas puede dar lugar a una federación de los más fuertes, que renuncien a su carrera armamentista». Lo que él predijo después de la Primera guerra mundial ocurrió, en realidad, después de la Segunda; sin embargo, en la medida en que existía el mundo no capitalista, se mantenía un cierto espacio de maniobra. En época de De Gaulle, los franceses, así como los escandinavos, se opusieron fuertemente a la guerra en Viet Nam. Y ningún país miembro de la OTAN envió tropas a secundar el empeño bélico norteamericano en el sudeste de Asia.

El colapso de 1989 cambió todo esto y acarreo una nueva lucha no armada por la hegemonía. Solamente podía haber un triunfador: los Estados Unidos. Los principales Estados europeos podrían gemir y refunfunar, y buscar afanosamente migajas de consuelo («multilateralismo», la «ONU», etc.), pero la hegemonía político-militar norteamericana era indiscutible; los dirigentes británicos y españoles la aceptaron y se colocaron, definitivamente, a la zaga del imperialismo norteamericano. A pesar de ello, el viejo fantasma no pudo exorcizarse del todo. La cuestión resurgió: si no hay enemigo real que una al mundo capitalista (la noción de que el Islam es el nuevo enemigo resulta una broma), ¿no podrían reaparecer las contradicciones interimperialistas? ¿Y no podrían estas llevar —horror de horrores— al surgimiento de una guerra? Esta cuestión no la formularon marxistas aislados en las academias occidentales, sino se fraguó en la Casa Blanca durante el reinado de George Bush I. Un ideólogo afgano-norteamericano, Zalmay Khalilzad, publicó un artículo en donde sugería preservar a toda costa la hegemonía norteamericana, incluso por la fuerza, si era necesaria. La desintegración de Yugoslavia —resultado directo de la economía global y de las rivalidades interimperialistas dentro de la Unión Europea—, concentró la atención de la Casa Blanca, cuando Clinton. La intervención norteamericana en la guerra civil yugoslava fue una exhibición de poder descarnado... mientras, un genocidio real estaba ocurriendo en Ruanda, y se pasó por alto.

Peter Gowan: El imperialismo es un fenómeno político que supone la capacidad de un centro para controlar la política pública en otra región. Por consiguiente, supone una zona elegida para operar, y mecanismos de aplicación. En la época de Lenin era ya una realidad global, en un mundo controlado en buena parte por los imperios europeos: Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica, Alemania y otros. Sufrió reveses fundamentales durante el siglo XX, con el agotamiento

de las potencias europeas en dos guerras mundiales, y con la victoria de la URSS en la Segunda guerra mundial. Pero hoy está reviviendo, haciendo uso de nuevas formas, y desplegando nuevos tipos de instrumentos de aplicación.

La sustancia social del imperialismo moderno hoy, como en tiempos de Lenin, depende de las características sociales distintivas de los centros imperiales, que constituyen sistemas sociales capitalistas. Estos sistemas poseen una estructura institucional particular, que separa las instituciones de dominación política —el Estado y sus empleados— de las instituciones y personas que poseen la economía, lo cual permite a los dueños del poder económico extender su alcance a nivel transnacional, y penetrar otros Estados capitalistas, adquirir recursos económicos dentro de estos y/o derechos para operar en su interior. En las sociedades precapitalistas, tal fenómeno generalmente no ocurría, porque la gente y las instituciones que ejercían la dominación política también poseían los principales recursos económicos. Por ello, los imperios precapitalistas suponían tanto el control formal, jurídico, de otros territorios, como el control de los recursos económicos relevantes en estos.

Aunque en época de Lenin los centros imperiales eran capitalistas, la mayor parte de los territorios del imperio constituían sociedades precapitalistas. De manera que, para garantizar el acceso a los recursos económicos en esos territorios, el centro imperial requería el control legal de la vida política y económica del lugar, transformándolo en una colonia formal. Pero con la extensión del capitalismo en el siglo xx, fue posible sustituir la forma colonial inicial, primitiva y cada vez más peligrosa, por formas de control político que aprovecharan las peculiaridades del capitalismo. Se otorgaba soberanía política y jurídica al otro Estado, pero el centro imperial le hacía una proposición que no podría rechazar: permitirle mantener su régimen, a condición de que les facilitara a los agentes económicos del centro imperial lo que se les antojara, dentro de su jurisdicción formal. Y el otro lado de esta moneda: el centro imperial tendría los instrumentos necesarios para cambiar el régimen si las autoridades del Estado elegido intentaban resistir la proposición. Este tipo de arreglo, a veces llamado imperialismo informal, es la forma moderna del imperialismo capitalista. Su embrión se desarrolló ya durante el imperio británico, pero alcanzó madurez bajo la hegemonía norteamericana.

Existen cuatro fuerzas impulsoras detrás del imperialismo contemporáneo.

La primera es la expansión, centralización y concentración del capital. En época de Lenin, tanto entre marxistas como entre no marxistas había mucha

discusión acerca de qué objetivos e intereses económicos promovían la expansión imperial de los centros. En realidad, todos los elementos de los circuitos de producción del capitalismo avanzado pueden, en principio, ampliarse con la expansión imperial. Este circuito funciona de la manera siguiente: dinero; luego, materias primas + trabajo + capital fijo; luego, mercancías; luego, ventas de mercancías; luego, ganancia + dinero.

En algunos casos, el centro considera crucial a la zona elegida, bien sea por sus materias primas, por su suministro de trabajo barato, porque quiera apropiarse de su capital fijo o porque el dominio de su mercado interno se considera vital. Resumiendo, en el mundo contemporáneo, los centros imperiales se interesan cada vez más por el control de las corrientes e instituciones financieras de los Estados elegidos.

Generalmente, los marxistas, tanto a principios de siglo como en la actualidad, han subrayado la persistente tendencia a la sobreacumulación y al excedente de capital de los capitalismo centrales, en busca de vías para valorizarse (en otras palabras, para poder tener la capacidad de generar ganancia y más capital); y han argumentado que esta explicación es fundamental para entender el imperialismo. Ciertamente, esto es así, tanto en nuestros días como a principios del siglo xx; pero además del uso de los instrumentos políticos para la expansión externa del capital, hoy los centros imperiales identifican como un objetivo extremadamente importante que sus capitales puedan tragarse los capitales de las economías fuera del núcleo central, mediante las fusiones y las adquisiciones. Este no era un rasgo significativo en época de Lenin, porque los capitales fuera del núcleo tenían desarrollo limitado. Pero se ha convertido en una característica primordial en los años 80 y los 90, con la orgía de estas actividades en Europa oriental, en América Latina y también en Asia oriental, después de las crisis financieras y monetarias ocurridas allí en 1997-1998.

Una cuestión importante sobre la cual los teóricos clásicos del imperialismo tenían una visión unilateral era su tendencia, especialmente marcada en el caso de Rosa Luxemburgo, a considerar que las extensiones hacia el sur de los imperialismos europeos eran el centro de gravedad de la expansión externa de las potencias capitalistas. Este enfoque resulta unilateral, porque la expansión externa de estos capitalismo también se movía en dos direcciones más: otras economías nucleares y «nuevos centros de crecimiento» —entendiendo por tales, aquellas economías que no estaban bajo el dominio colonial y que se desarrollaban en dirección al núcleo central del capitalismo. En el siglo xix, estos nuevos centros de crecimiento eran los Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina. La expansión externa del capital británico se dirigió

fundamentalmente hacia esas áreas, más que hacia su imperio colonial formal. Tales áreas poseían altas tasas de crecimiento y eran seguras para la inversión. Posteriormente, como resultado de la Segunda guerra mundial, Europa occidental y Japón se convirtieron en nuevos centros de crecimiento para el capital norteamericano. En los años 80 y los 90, China y el Sudeste asiático se convirtieron en nuevos centros de crecimiento; y durante los 90, la administración Clinton se empeñó en abrir estas economías a la penetración en profundidad de los capitales norteamericanos, y en evitar que se convirtieran en parte de la red japonesa.

Una segunda fuerza impulsora del imperialismo se dirige a aplastar otros proyectos de modernización alternativa, tanto al capitalismo en sí como al tipo de capitalismo aceptable para los centros nucleares. Esta no era una fuerza importante en época de Lenin, hasta la propia Revolución de Octubre, cuando la mayoría de las fuerzas políticas que resistían en los centros nucleares eran tradicionalistas; no representaban un proyecto de modernización alternativa. A partir de entonces, este ha sido un rasgo central del imperialismo. A pesar del colapso del proyecto alternativo principal —la variante soviética de comunismo—, los líderes políticos en los centros nucleares capitalistas están pendientes de la posibilidad de nuevos desafíos por parte de las fuerzas modernizadoras. A lo largo de los años 90 han estado diseñando nuevos conceptos e instrumentos para aplastar tales retos.

El famoso banquero norteamericano J. Pierpont Morgan dijo una vez, con una dosis apropiada de cinismo, que la gente siempre tiene dos razones para hacer algo: una buena razón y la razón real. Este *obituario dictum* se aplica a los centros imperiales: siempre presentan una razón retórica para su agresión militar contra los oponentes modernizadores del capitalismo o el imperialismo, como es la idea de que el régimen que hay que derrocar viola los derechos humanos o la democracia, o planea atacar al «mundo civilizado»; pero la razón real se dirige a aplastar los proyectos de modernización alternativa, que pudieran representar un ejemplo y un punto de convergencia para quienes buscan un mundo mejor en el planeta.

Por supuesto, a menudo ha ocurrido que esa fuerza coercitiva impulsora del imperialismo es en sí misma una excusa, o está estrechamente ligada con la primera fuerza mencionada antes. De manera que este o aquel centro imperial, que se ha lanzado a la guerra por sus propios intereses económicos, intenta convencer al resto del mundo imperialista de que realmente está actuando en nombre de todos, para aplastar un desafío al capitalismo mismo. Desde los años 40 hasta el fin de los 60, los británicos intentaron justificar sus guerras para preservar su imperio, en términos de una lucha

contra el comunismo y a favor del mundo «libre». Buena parte de la actividad norteamericana en América Latina y Centroamérica ha tenido el mismo carácter.

Tanto en época de Lenin como en la nuestra, una tercera fuerza fundamental del imperialismo ha sido el intento por transferir las tensiones internas del núcleo imperial hacia el Sur. La idea de que el problema crónico del excedente de capital es determinante para el imperialismo debería considerarse en este contexto. A fines del siglo XIX, el auge del capitalismo entre los Estados nucleares generó enormes tensiones entre ellos. Grandes masas de población estaban desamparadas o al borde del desamparo. Al mismo tiempo, surgían tensiones entre las viejas y las nuevas clases propietarias; y había enormes temores a la amenaza de la democracia y del movimiento laboral creciente. El programa de expansión imperial y política del imperialismo, el racismo y el militarismo se convirtieron en poderosas herramientas para mantener la dominación política doméstica en estos Estados, así como para mantener la cohesión de las heterogéneas clases dominantes (aunque tuvo una repercusión catastrófica: la Primera guerra mundial).

En los años 70, cuando las economías nucleares entraron en una crisis de superproducción que amenazaba con despedazarlas, una parte del programa para enfrentarla consistió en un esfuerzo imperial concertado, dirigido a virar de adentro hacia fuera las economías del Sur, para lograr una implantación masiva de los intereses imperiales dentro de estas, mediante las operaciones llamadas de ajuste estructural. En este punto, el FMI y el Banco Mundial se convirtieron en instrumentos económicos imperiales para la reconfiguración de esos Estados. La Ronda Uruguay y la OMC han sido también parte de este proceso. Estas operaciones en el Sur, así como los llamados mercados emergentes, resultan los principales apoyos para la cooperación de los centros imperiales, en particular de Europa y los Estados Unidos.

La cuarta fuerza son las operaciones imperiales norteamericanas en el Sur dirigidas al mantenimiento del dominio en el Norte. En el terreno político, el desafío fundamental para los Estados Unidos consiste en mantener su dominio sobre los otros centros nucleares capitalistas, para evitar que se encierren en bloques regionales en Asia oriental y Europa occidental, e impedir que cooperen en suscribir formas y reglas de la expansión internacional en términos que afecten a los Estados Unidos. Mientras estos otros centros nucleares eran, de facto, protectorados de seguridad norteamericanos, pudo manejarse este reto. Con el colapso del bloque soviético, este ha vuelto a emerger, sobre todo en el caso de Europa occidental.

Durante la Guerra fría, uno de los servicios que los Estados Unidos proporcionaron —o trataron de proporcionar— al resto del núcleo fue vigilar el Sur a nombre de todo el núcleo. Desde el fin de la Guerra fría, hemos presenciado un cambio en este terreno. Por una parte, los Estados Unidos han presionado a Japón y a los eurooccidentales para que participen más activamente en la vigilancia del Sur (siempre bajo la guía y capacidad de veto de los Estados Unidos, por supuesto); por otra, han multiplicado sus esfuerzos para usar su poder militar en el Sur, con el fin de recuperar un control efectivo, aunque indirecto, sobre el núcleo del Norte. Este es un nuevo giro importante en las tendencias imperiales contemporáneas.

Un ejemplo relevante en tal sentido fue la primera Guerra del Golfo, una de cuyas más importantes dimensiones fue su efecto demostrativo: hacer patente cuál era la potencia militar dominante, y reclamar apoyo de Alemania y Japón. Posteriormente, las operaciones militares norteamericanas en los Balcanes occidentales —Bosnia y más tarde la guerra de la OTAN contra Yugoslavia— fueron determinantes en reafirmar el predominio de la OTAN (y por tanto de los Estados Unidos) por encima de la alta política europea. Otra dimensión de esta misma tendencia ha sido la campaña de los Estados Unidos para obtener el control político de la mayor parte de las reservas y fuentes mundiales de petróleo. Esta dimensión, fundamental en la guerra de Iraq, en 2003, fortaleció el dominio norteamericano sobre el núcleo y los nuevos centros de crecimiento, de una serie de formas; otorgó a los Estados Unidos la posibilidad de jugar la carta antijaponesa que Roosevelt usó en la fase anterior a Pearl Harbor: cerrarle a Japón el acceso a los suministros de petróleo. Ello también garantiza el predominio global del dólar al asegurar que el referente para el comercio petrolero sea el dólar; y nutre el apetito insaciable de la economía norteamericana para absorber flujos financieros.

Los esfuerzos de los Estados Unidos por reconstruir las bases de su supremacía en el centro, mediante maniobras en la periferia, no han logrado triunfar aún en lo absoluto. Y esta lucha debe caracterizar la política mundial en los próximos años.

Rafael Hernández: *En cierto sentido, podría parecer que un estado de guerra global entorpecería los intereses del free trade, las cadenas de producción globales, y algunos otros fenómenos y requisitos del neoliberalismo. ¿En qué medida puede aseverarse que la economía de la guerra constituye hoy un componente estructural del imperialismo?*

François Houtart: Es evidente que la lógica de las guerras actuales se inscribe en este contexto: el Golfo Pérsico y Afganistán son dos ejemplos elocuentes, pues se sitúan en una política de control de las fuentes de

energía. Y esa lógica no podrá hacer más que reproducirse en relación con el agua, el oxígeno, la biodiversidad. Esto casi permite apuntar en un mapa dónde ocurrirán las próximas guerras.

No existen quizás nexos directos con el libre comercio, como lo formula la OMC, pero sí numerosas lógicas profundas. La liberalización comercial es solo uno de los mecanismos por los cuales se constituye hoy la acumulación de capital, ya que las propuestas teóricas de la libertad de comercio ignoran (no inocentemente) la existencia de relaciones sociales desiguales, de manera que las partes se encuentran en situaciones reales totalmente diferentes. Por tanto, el que gana es el más fuerte, mientras se supone que todos son «iguales». Sin embargo, el neoliberalismo conduce ineluctablemente a la guerra, al no ser capaz de controlar los espacios de acumulación posible, en conexión con los factores de producción y, por consiguiente, con las fuentes actuales y futuras de energía.

Tariq Ali: El Consenso de Washington incluye guerras necesarias para preservar el consenso. El padre del neoliberalismo, Friederich von Hayek, era un imperialista consumado. Propuso que bombardearan Teherán en 1979-1980, y le recomendó a Margaret Thatcher que bombardeara Buenos Aires durante el conflicto de las Malvinas. Las recientes guerras en Yugoslavia e Iraq tenían entre sus objetivos la «apertura» del mercado. Las corporaciones norteamericanas están involucradas a fondo en planes para privatizar el petróleo iraquí y «reconstruir» el país. Haliburton y Bechtel, dos corporaciones estrechamente ligadas a la élite dominante en los Estados Unidos, aspiran a beneficiarse de la ocupación, aunque la creciente resistencia podría tornarlo más difícil.

El estatus privilegiado de la industria de la defensa en los Estados Unidos refleja la fortaleza del complejo militar industrial. Por mucho tiempo, los teóricos marxistas estudiaron el imperialismo sobre todo desde la perspectiva privilegiada de la economía. Hoy la situación exige que se analice al imperio norteamericano desde un punto de vista político-militar. Los Estados Unidos no dominan tanto económicamente como militarmente, de manera que usarán su fortaleza militar para apuntalar su economía. Aquí el cambio ha sido dramático. El imperio norteamericano mantiene su hegemonía global, a pesar de los niveles de deuda y déficit fiscal sin precedentes que afronta. Aquí Asia oriental ha sustituido a Europa, y representa 70% de las reservas de divisas del mundo, cuya mayor parte se mantiene en dólares y, por tanto, ayuda a preservar la tasa de cambio de la moneda imperial. China podría crear fácilmente una crisis al dólar y la economía norteamericanas, si asumiera el euro o el oro, pero como tiene un gigantesco excedente comercial con los Estados

Estados Unidos (105 000 millones de dólares), no desea provocar una depresión. La interdependencia norteamericana con las dos potencias de Asia oriental —China y Japón—, es el talón de Aquiles de la economía norteamericana. De ahí la importancia de mantener abierta la opción militar. Si a China se le ocurriera resistirse, el imperio tiene dos posibles vías de ataque y balcanización: Taiwán y el Tíbet. Desde luego, sería un escenario muy peligroso, pero el capital siempre ha corrido riesgos.

Peter Gowan: El predominio militar de los Estados Unidos —su capacidad para amenazar con la destrucción a cualquier régimen en el Sur—, es un rasgo político básico del imperialismo norteamericano. De la misma manera, lo es su capacidad para manejar cualquier probable combinación de potencias principales en una guerra de potencias. Aunque para los intereses más generales del domino imperial del Norte sobre el Sur, el dominio militar del Norte resulta también un componente básico, no requeriría necesariamente asumir la forma de una centralización apabullante del poder militar en manos norteamericanas.

Al mismo tiempo, la economía de guerra desempeña una serie de funciones —distintas pero superpuestas— en el Estado norteamericano, que resultan centrales a su *modus operandi*, tanto político como económico. Podemos enumerar estas funciones de la manera siguiente:

1. *En la política industrial.* En la lógica de la seguridad militar-industrial, el Estado norteamericano financia, mediante el presupuesto militar, grandes programas de investigación y desarrollo en su industria, y proporciona a muchas grandes corporaciones norteamericanas un importante mercado estatal protegido, principalmente en el sector civil (por ejemplo, Boeing y las compañías automovilísticas). Este mercado estatal militar desempeña un papel crucial durante las caídas de la economía norteamericana, al sostener el capital industrial. El dilatado papel militar de los Estados Unidos también le permite al Estado proteger grandes áreas de sus recursos económicos internos (por ejemplo, las telecomunicaciones) frente a la posibilidad de adquisición externa, haciendo uso de la lógica de la seguridad (militar) nacional.
2. *En las relaciones político-económicas entre las clases domésticas.* El presupuesto militar le permite al Estado norteamericano ejercer una administración de la demanda anticíclica, en términos keynesianos, sin tener que recurrir a programas sociales estatales para la clase trabajadora: guerra *vs.* keynesianismo de bienestar social. De hecho, el presupuesto militar se utiliza para recortar el gasto social mediante los

déficits presupuestarios masivos, determinados en buena medida por el gasto militar.

3. *El brazo militar norteamericano constituye la forma principal mediante la cual los Estados Unidos expanden y mantienen su penetración económica en otras economías políticas.* Los Estados Unidos ofrecen al país X protección político-militar contra sus enemigos (internos y externos), haciendo uso de sus recursos militares y de inteligencia. A cambio de esta protección de seguridad, el mencionado régimen abre su jurisdicción a los agentes económicos norteamericanos, y adapta su economía doméstica y su política pública a las necesidades de estos.
4. *El predominio político militar norteamericano, tanto en general como mediante el punto tres mencionado, constituye un apoyo del sistema monetario internacional posterior a 1971, consistente en crear dinero basado en el dólar.* Este sistema monetario internacional le otorga enormes privilegios en la economía global. Por ejemplo, les ha permitido a los Estados Unidos sobrellevar grandes y crecientes déficits en la balanza de cuenta corriente por más de veinte años, que han generado la enorme deuda externa norteamericana. Esta deuda habría forzado a cualquier otro Estado a sufrir una restructuración doméstica masiva. Pero el hecho de que los países estén dispuestos a aceptar dólares por la deuda ha permitido mantener la relación estructural de los Estados Unidos con la economía mundial.
5. *Los desequilibrios estructurales de los Estados Unidos con el resto del mundo crean, no obstante, vulnerabilidades potenciales.* Tanto el déficit del presupuesto norteamericano como el de cuenta corriente solo pueden mantenerse gracias a un gran flujo de fondos externos hacia el mercado de bonos del Tesoro norteamericano. En la actualidad, estos bonos del Tesoro alcanzan 3,4 billones, a los que se suman unos 2 billones de la deuda de las agencias públicas norteamericanas, financiada por fuentes externas, dando como resultado que 40% del Tesoro norteamericano sea actualmente propiedad de extranjeros, especialmente bancos centrales de China y Japón, así como otros en el este y el sudeste de Asia. La influencia político-militar norteamericana les permite a los Estados Unidos sostenerse frente a estas vulnerabilidades

Rafael Hernández: *¿En qué medida el imperialismo actual constituye un fenómeno ideológico nuevo? ¿Existe una nueva ideología imperialista? Se afirma que ha llegado a ser dominante o hegemónica a nivel mundial. ¿Hasta qué punto es así?*

François Houtart: Uno de los aspectos nuevos del imperialismo está en el liderazgo de los Estados Unidos, que utiliza una ideología renovada de pueblo elegido,

escogido por Dios, para conducir al mundo a la civilización y, por tanto, al bien, por oposición al eje del mal. Esta ideología muy antigua experimenta una nueva versión bajo George W. Bush, y acompaña hoy al proyecto imperialista. Pero esto se vincula a otro tipo de mesianismo, más secular: el de la utopía del mercado generalizado, que llevará la felicidad a la humanidad. Se trata más bien de la ideología del Banco Mundial y el FMI, que no hacen gala de posturas religiosas como las de la administración Bush. Por consiguiente, es una nueva versión del liberalismo, construido sobre una base idealista —sin ningún análisis de las relaciones sociales reales— y que desarrolla un mesianismo secular del desarrollo. Aquí se puede hablar de hegemonía en el sentido gramsciano, ya que solo recientemente, sobre todo con la corriente altermundialista, esta perspectiva ha sido cuestionada en un plano ideológico y ético. Ese ha sido probablemente el gran aporte del Foro Social Mundial de Porto Alegre, y de los foros continentales y regionales: deslegitimar la lógica del capitalismo.

Tariq Ali: Como explicaba antes, es el consenso norteamericano el que domina el mundo —con la única excepción de Cuba y, en parte, de Venezuela. La base económica de este consenso no es un secreto: abrir al capital privado el hasta ahora sagrado dominio de los servicios públicos. Se ha desmantelado el control estatal sobre la salud, la educación, la vivienda y las transmisiones radiotelevisivas, que eran la base de la socialdemocracia en Europa occidental.

La especulación se ha convertido en el eje de toda la actividad económica, con el uso inescrupuloso de los fondos de pensiones para apuntalar las ganancias. Los escándalos de Enron y WorldCom no han tenido ninguna consecuencia. Al no existir ninguna alternativa política seria, el capital sigue confiado. El colapso argentino fue un desastre para el Consenso de Washington, pero a falta de una alternativa político-económica y social, todo sigue igual. El repudio brasileño al mencionado Consenso, que condujo a la desindustrialización del país y al colapso de la burguesía nacional, provocó el triunfo de Lula, aunque la administración del PT, temerosa de su propia sombra, permanece atascada en el pantano del FMI. Entre todos los continentes, América Latina se ha revelado abiertamente contra el fundamentalismo económico del nuevo orden. Los movimientos sociales en Brasil, Colombia, México, Venezuela, han creado una nueva atmósfera política. El pueblo quiere cambios. Los políticos tienen miedo. Y así, podemos leer la obscenidad reportada en el *New York Daily News*, el 27 de agosto de 2003: «El contingente de 1 300 tropas españolas apoyará a las fuerzas norteamericanas en Iraq a partir de hoy. Esta semana, 1 200 tropas de Honduras, República Dominicana, Nicaragua y El Salvador, se les

sumarán en su base de Al Diwaniya, un pueblo donde se cultiva arroz y dátiles, a 160 kilómetros al sur de la capital. Todas estas fuerzas estarán bajo el mando español».

La estrategia imperialista incluye hoy el uso de las viejas potencias imperiales para colaborar en la labor de gendarmería mundial.

Peter Gowan: El rasgo distintivo de la ideología imperialista es su significativo cosmopolita. Esta legitima al imperialismo como una necesidad para el mundo y a escala mundial, en vez de presentarse como una necesidad que responda a intereses puramente nacionales. Ahora bien, dicho significativo cosmopolita se enmarca en dos registros diferentes y alternativos: un cosmopolitismo liberal, positivo y expansivo; y un cosmopolitismo defensivo contra las supuestas amenazas al mundo.

La primera variante resultó dominante bajo Clinton; la segunda, bajo Bush. Ambas emplean el concepto de derechos humanos como un elemento central, pero de maneras diferentes. La primera presenta la perspectiva de expandir los derechos humanos en todo el planeta, junto con los mercados libres y la democracia. Se emparenta con la vieja idea liberal británica del siglo XIX que postulaba al imperio británico como una maquinaria civilizatoria, para terminar con la esclavitud y librar a los no blancos de sus costumbres y prácticas supuestamente bárbaras.

La segunda variante subraya la defensa del mundo civilizado, donde se respetan los derechos humanos, junto con los mercados libres y la democracia, frente a las fuerzas malignas y bárbaras que no los respetan y hay que aniquilar.

Ambos acentos ideológicos comparten otro elemento en común: un total silencio acerca de la economía. Los planes imperiales para organizar la vida económica internacional se desplazan del plano de lo humano al de la naturaleza. Se les llama «globalización económica» —una fuerza natural que «el Estado» no puede detener y que se debe aceptar, simplemente, como una necesidad ineludible.

Rafael Hernández: *Se ha dicho que el imperialismo es también —y, para algunos, especialmente— un fenómeno cultural. ¿Sobre qué bases puede considerarse que la dimensión cultural resulta fundamental en el entramado del imperialismo actual?*

François Houtart: El imperialismo cultural significa la mundialización de una cultura de la acumulación y del consumo, cuyos beneficios se atribuyen al sistema capitalista. Esta ideología se transmite, en primer lugar, mediante el consumo mismo como ideología; y en segundo, por los medios de difusión. Se encuentra hoy en todas las sociedades, incluido el Oriente, cuyos valores tradicionales, transmitidos por grandes sistemas

filosóficos y religiosos, parecerían ofrecer una posibilidad de resistencia cultural.

Tariq Ali: Imperialismo cultural = cafeterías Starbucks + Hollywood. El control corporativo de los medios de difusión ha recortado la diversidad. La televisión está estrictamente controlada. La cobertura de la guerra de Iraq por CNN y BBC World resultó pura propaganda. FoxTV (propiedad de Rupert Murdoch) habría podido conseguir el elogio de Goebbels. El control norteamericano de la distribución de cine ha forzado a sus rivales a imitar los éxitos de Hollywood. Solo se manifiesta la oposición en los márgenes: el cine iraní, el coreano y el chino; la televisión de Al-Jazeera. América Latina necesita sus propios equivalentes; sería un avance sensacional disponer de una televisión «Al-Bolívar», que reportara lo que está ocurriendo en Venezuela, Bolivia o Brasil. La visión de que los canales de televisión privados son «libres» resulta hoy una broma de mal gusto. El uso de estos canales en Venezuela para desestabilizar y derrocar un gobierno electo recuerda el uso de los medios impresos contra Salvador Allende en Chile.

Peter Gowan: Considerando que el imperialismo es una forma particular de dominación, el imperialismo cultural debía asumirse como una política cultural dentro de un territorio dominado políticamente, y concebida para perpetuar esa dominación política. Ejemplos de tal política cultural sería educar y adoctrinar a las élites de las sociedades dominadas en la cultura del Estado imperial y, al mismo tiempo, procurar degradar y deslegitimar los valores y normas culturales indígenas. Tal política cultural fue muy importante en los imperios europeos. Los ímpetus culturales de las potencias imperiales requirieron que estas ejercieran un control efectivo sobre los sistemas de educación, los medios de difusión y el simbólico orden público.

En las condiciones actuales, los elementos de esta dominación sobre los instrumentos culturales se presentan mediante el control de los medios de difusión y los sistemas de educación superior, particularmente en aquellas áreas cruciales para los objetivos imperiales, tales como la formación en el campo de la economía y las relaciones internacionales.

Rafael Hernández: *Como estructura de poder global, el imperialismo no está exento de conflictos, sino que su propia forma de existencia histórica más bien supone un sistema conflictivo. ¿Qué fuerzas políticas se contraponen en su interior? ¿Se puede hablar de un «contrapoder» emergente a nivel mundial? ¿Cuáles son los principales conflictos que desafían al imperialismo como poder global? ¿De qué manera estas contradicciones limitan ese poder e influyen en sus tendencias a largo plazo?*

François Houtart: Los límites del sistema quizás son, en primer lugar, de carácter ecológico. No podrá seguir siendo posible indefinidamente la destrucción de la naturaleza de esta manera. Sin embargo, el sistema capitalista es capaz de prolongar su existencia, utilizando sus propias contradicciones. En Alemania, la industria de recuperación de desechos se ha convertido en una de las primeras del país. Por otra parte, las contradicciones sociales se hacen sentir cada vez más claramente a nivel mundial. El hecho de que la fase actual del capitalismo asuma una nueva modalidad, la de un imperialismo no geográfico, sino social, que afecta cada vez más a los grupos que vuelve vulnerables (mujeres, pueblos indígenas, pequeños campesinos, jóvenes, etc.) provoca la solidaridad entre diversas capas de población que se hallaban objetivamente en competencia. Es una nueva fase de la lucha de clases. Resulta importante, para los movimientos que quieren cambiar la situación, tomar conciencia de este aspecto de las cosas, para no seguir utilizando conceptos y un discurso que no corresponde con la situación contemporánea, incluso si las lógicas siguen siendo las mismas.

Tariq Ali: La principal resistencia al imperialismo hoy viene de los movimientos sociales en América Latina, de los palestinos y de la resistencia en Iraq. La recolonización de Iraq no transcurre pacíficamente. La resistencia en el país y en Palestina no es como pretenden los propagandistas israelíes y occidentales, una reacción de locura islámica. En ambos casos, es una consecuencia directa de la ocupación. Antes de la última guerra, algunos argumentábamos que, por más que el pueblo iraquí rechazara a Saddam Hussein, no aceptaría mansamente la ocupación de los Estados Unidos y de sus adláteres británicos. En contra de la opinión de los iraquíes que han estado en la nómina norteamericana demasiado tiempo, y que convencieron a George W. Bush de que las tropas norteamericanas serían bienvenidas con flores y caramelos, nosotros advertimos que la ocupación conllevaría el acoso y muerte diarios de los soldados occidentales, y daría paso rápidamente a una guerra de guerrillas de baja intensidad. No se trata de congratularnos porque los acontecimientos posteriores hayan validado este análisis. Todo el país está ahora en el caos y la situación es mucho peor que antes del conflicto. La única explicación que dan los administradores de noticias occidentales es que la resistencia está conformada por los remanentes de individuos descontentos del viejo régimen. Washington contradice su propaganda al reclutar a los verdaderos rezagos del viejo aparato estatal —la policía secreta— para intentar la captura de las organizaciones de la resistencia, que se elevan a más de cuarenta grupos diferentes. Las manifestaciones en Basora y las muertes

de más soldados británicos son una señal clara de que estos antiguos bastiones de las tendencias anti-Saddam están listos ya para incorporarse a la lucha.

El bombardeo de los cuarteles de la ONU en Bagdad conmovió a Occidente, pero como informó Jamie Tarabay, de la AP, en un despacho desde la capital iraquí, en el pueblo iraquí existe una profunda ambivalencia hacia la ONU. Esta es una pálida representación de la situación existente. En verdad, se percibe a la ONU como uno de los más despiadados instrumentos de Washington, responsable de supervisar las sanciones que, de acuerdo con datos de la UNICEF, provocaron la muerte de medio millón de niños iraquíes y un crecimiento horroroso de la tasa de mortalidad infantil. Dos altos funcionarios de la ONU, Denis Halliday y Hans von Sponeck, renunciaron en protesta contra estas políticas y explicaron que la ONU había fracasado en sus responsabilidades ante el pueblo de Iraq. Al mismo tiempo, los Estados Unidos y Gran Bretaña, con el apoyo de la ONU, hicieron llover cientos de toneladas de bombas y miles de misiles sobre Iraq, desde 1992 en adelante; y en 1999, los funcionarios norteamericanos informaron tranquilamente al *Wall Street Journal* que se les habían acabado los blancos. El bombardeo de Iraq en 2001 duró más que la invasión norteamericana a Viet Nam. Por eso la ONU no es vista con simpatía por muchos iraquíes. La reciente decisión del Consejo de Seguridad de convalidar retrospectivamente la ocupación, lo que constituye una violación directa de la carta de la ONU, contribuye a fomentar esta indignación. Todo esto plantea la cuestión de si la ONU resulta hoy para el imperio norteamericano algo más que el vehículo para una operación de limpieza.

Los efectos de la resistencia iraquí están empezando a sentirse en los dos países ocupantes. La última encuesta de *Newsweek* revela que la aprobación del presidente Bush ha bajado 18 puntos, a 53%, y por primera vez desde el 11 de septiembre, más votantes registrados (49%) dicen que no quisieran que lograra reelegirse. En la medida en que se incrementa el número de bajas norteamericanas en Iraq, esta situación solo puede empeorar (o mejorar, en dependencia del punto de vista que se tenga).

Pudiera ser instructiva una comparación con la guerra de Viet Nam. El movimiento antibelicista de los años 60 no fue, simplemente, un movimiento antibelicista. También fue un movimiento que apoyaba la victoria de una parte; que quería el triunfo de los vietnamitas. Eso le confirió un estímulo adicional. La gente sabía de qué lado estaba. Por esta razón fue ultraradical.

El movimiento antibelicista que estalló en vísperas de la guerra de Iraq fue, seguramente, más amplio y

mayor. Si se ponen juntas todas las manifestaciones de la guerra de Viet Nam y se suman, se podría comprobar que las de ahora fueron cien veces mayores a nivel global. Pero no se trataba de un movimiento que apoyara a una de las partes —porque nadie en el movimiento antibelicista apoyaba a Saddam Hussein—, sino más bien de un movimiento dirigido a detener una guerra que mucha gente consideraba totalmente injustificada. Y no solo injustificada, sino que los gobiernos norteamericano y británico ocultaron a la opinión pública las razones para desencadenarla. No se trató de una respuesta a las armas de destrucción masiva. Se emprendió para apoderarse de un país petrolero, con un régimen muy hostil a Israel, y que estaba dando dinero a los palestinos. Estas fueron las causas de la guerra, además de una manera de demostrar en qué consiste exactamente el poderío imperial y lo que puede hacer.

La gente se sintió engañada. No estaba contenta con esta guerra. Creía que era irracional. Esto explica la escala de las movilizaciones, que incorporaron cifras elevadas de personas que no se caracterizaban por su actividad política. La razón por la que el síndrome de Viet Nam pudo convertirse en una fuerza fue que el pueblo vietnamita derrotó a los Estados Unidos. Cincuenta mil soldados norteamericanos murieron en esa guerra. Los norteamericanos no podían mantener su control sobre el país, y se vieron forzados a retirarse como resultado de la combinación de los éxitos militares vietnamitas y el hecho de que el movimiento antibelicista se había extendido dentro del propio ejército norteamericano. Soldados opuestos a la guerra organizaron grandes demostraciones frente al Pentágono, y esto les quitó el sueño. Sería un error afirmar que la guerra de los Estados Unidos contra Viet Nam terminó a causa del movimiento antibelicista occidental. Ocurrió así porque el pueblo vietnamita había resistido a tres grandes imperios por muchísimo tiempo, y la historia de esa lucha la conoce todo el mundo. En parte, terminó por el movimiento antibelicista, pero este tuvo lugar, o se convirtió, en un gran movimiento, cuando el pueblo vietnamita empezó a anotarse grandes victorias contra las fuerzas norteamericanas. El movimiento antibelicista creció en la medida en que mucha gente en los Estados Unidos comprendió que no se podía ganar la guerra.

Creo que ahora hay desmoralización, pero no creo que el pueblo debería estar demasiado desmoralizado. La guerra en Iraq no va por buen camino para Washington. La administración norteamericana pensó que ocuparía Iraq y todo el mundo le daría un gran recibimiento, lo cual no ha ocurrido. Hay un movimiento de resistencia, y no está integrado solo por los rezagos del partido Baas. Hay mucha otra gente que resiste

también la ocupación. Los únicos capaces de detenerla son los miembros del movimiento de resistencia en la región. Si esta resistencia avanza, pienso que los Estados Unidos cambiarán de táctica, y probablemente traerán mercenarios con cascos azules de las Naciones Unidas. Para los Estados Unidos, lo principal en Iraq es lograr la privatización de su petróleo, conseguir la liberalización de la economía iraquí y lograr la entrada de las grandes corporaciones norteamericanas. No les preocupará mucho cómo se gobierne el país mientras ese tipo de estructura económica se pueda mantener.

En última instancia, también este imperio, como sus predecesores, intentará abarcar demasiado, lo que lo llevará a su fin. Pienso que para entonces muchos de nosotros estaremos muertos, pero nuestros nietos podrán conocer ese día.

Peter Gowan: Un límite crítico del poder imperialista es de naturaleza cultural, y se ubica en el punto donde se sufre la dominación. Hoy, la población del mundo tiende a rechazar guerras agresivas de ocupación. Un ejemplo actual es el caso iraquí; su resistencia hace que la ocupación prolongada del territorio y la coerción directa de la población por parte de un poder extranjero resulten extraordinariamente peligrosas para el centro imperial, de manera que la política imperialista hoy, como nunca antes, requiere una base política en los grupos sociales poderosos del país elegido.

Una segunda limitación importante del militarismo imperial radica en la declinación dramática de la capacidad de las fuerzas atlánticas para soportar grandes cantidades de bajas. Para estos Estados, recurrir a la guerra terrestre de alta intensidad en los proyectos imperiales resulta altamente problemático. En consecuencia, hacen grandes esfuerzos por emplear una variante moderna de la guerra de asedio: bloqueo económico combinado con bombardeo. Esta resulta muy efectiva para destruir sociedades, pero crea enormes problemas después que se destruye al Estado elegido y sus infraestructuras.

Otro problema principal radica en el programa económico del imperialismo para el Sur, sobre todo en su variante anglo-norteamericana. Al fracturar la coherencia e integridad de los sistemas financieros de los Estados elegidos, y al perpetuar un sistema monetario internacional extremadamente turbulento, este programa genera de manera sistemática festines en la cuenta del capital, tanto en la periferia como en los mercados emergentes. Estos festines tienden a beneficiar las economías de los centros imperiales y a generar grandes flujos financieros hacia Londres y Nueva York, así como a ofrecer nuevas oportunidades para apropiarse de recursos económicos en los países afectados —Corea del Sur resulta un caso clásico.

También generan enormes sufrimientos en estos países, lo que conduce al aumento de la resistencia política. Además, el fin de los controles sobre los libres movimientos financieros permite a las clases propietarias del Sur transferir sus propiedades fuera del país hacia Londres y Nueva York, lo cual fortalece los nexos entre los centros imperiales y las burguesías subalternas en el Sur, pero bloquea cualquier estrategia de desarrollo viable en los países afectados.

Las tensiones sociales resultantes tienden al desplome de los Estados y las instituciones sociales en un número cada vez mayor de países, y a generar todo tipo de repercusiones negativas en los propios centros imperiales.

Otro problema serio se refiere al modo de acumulación en el propio territorio anglo-norteamericano del nuevo imperialismo, que lo hace dependiente no solo de un sistema monetario y financiero internacional extremadamente volátil y desestabilizador, sino también de las espirales ascendentes de la deuda de los consumidores y las corporaciones —y en el caso norteamericano, también la del gobierno. El crecimiento gobernado por el endeudamiento, que se ha agudizado desde los años 80, resulta definitivamente insostenible, y está vinculado con otro fenómeno patológico y parásito: el predominio depredador de los intereses rentistas por encima del crecimiento industrial.

Otro rasgo más de la nueva acumulación es la tendencia creciente a relocalizar actividades generadoras de valor en otros países, explotando el trabajo barato existente en ellos.

Todas estas tendencias apuntan hacia el socavamiento de la base productiva de los propios centros imperiales anglo-norteamericanos. Al transferirse al exterior la actividad generadora de valor, se vuelve cada vez más imprescindible una política dirigida a la dominación imperial de estos nuevos centros de crecimiento generadores de valor. Solo así puede garantizarse la apropiación anglo-norteamericana de los recursos económicos externos.

El resultado final de estos procesos puede ser tanto el agravamiento de los problemas sociales dentro del propio territorio anglo-norteamericano como la generación de tensiones y revueltas internas. Al mismo tiempo, esa política de poder imperialista anglo-norteamericana puede complicarlos en peligrosas aventuras en otros países, que les deparen repercusiones inesperadas.

¿Globalización liberal o imperialismo global? Cinco piezas de un rompecabezas

Fernando Coronil

Profesor. Universidad de Michigan.

En este ensayo intento explorar algunos elementos de la configuración actual del poder a escala mundial, y discutir conceptos que permitan caracterizar y cuestionar sus formas de dominio.¹ Si no es fácil examinar y nombrar el elusivo presente, pues este nos sorprende con caras nuevas justo cuando creíamos que ya nos era familiar, los sucesos del 11 de septiembre sin dudas rompieron el ya inestable piso desde el cual lo identificábamos e imaginábamos sus posibles futuros. Aun cuando una desproporcionada sensación de cambio es común entre quienes han vivido desgarradoras tragedias políticas, el 11 de septiembre se representa, sobre todo en los Estados Unidos, como un hito histórico que ha transformado el orden mundial. Si todo cambio, real o imaginado, invita a repensar la historia, esta crisis obliga a hacerlo. ¿En qué forma los eventos desencadenados por los ataques en Nueva York y Washington iluminan la configuración mundial del poder? ¿Cómo se constituyen las diferencias geohistóricas y culturales en la actualidad? ¿Cómo representar el presente?

11 de septiembre: globalización e imperialismo

Voy a traer el recuerdo de otro caso de violencia política, ocurrido también un 11 de septiembre, para enmarcar el tema que exploro en este ensayo. Hace tres décadas, también en esa fecha, muchos murieron en otra nación, como resultado de un ataque aéreo apoyado por agentes extranjeros contra edificaciones cargadas de significado político y simbólico. En este caso, el ataque fue un bombardeo contra el palacio presidencial que desencadenó la muerte del presidente electo, el derrocamiento de un gobierno constitucional y la muerte de miles de personas como consecuencia de la posterior represión del nuevo gobierno. Este otro 11 de septiembre ocurrió en el Sur, en Santiago de Chile, y es olvidado hoy en el Norte por quienes hacen del actual un hito histórico. Si observamos el 11 de septiembre de 2001 desde una perspectiva que incluya el de 1973, entenderemos mejor el significado de cada fecha y la historia común que las une.

Si lo usual es interpretar el de 1973 como una manifestación del imperialismo norteamericano en un mundo dividido entre dos potencias, también lo es ver

los eventos de septiembre de 2001 como una expresión de la globalización de la violencia, en un mundo crecientemente integrado por el mercado. En 1973, la violencia política de la llamada Guerra fría era la expresión de la competencia entre poderes imperiales y los pueblos del Tercer mundo. En 2001, después de la disolución de la lucha entre el socialismo y el capitalismo, la violencia política aparece como resultado de la acción de múltiples agentes en el interior de un mundo dividido por culturas, pero integrado por el mercado, sin mayor orden o agente central. Es esta violencia difusa, sin origen definido, sin reglas, la que parece haber explotado el 11 de septiembre de 2001.

La sensación de una violencia globalizada, desatada por esos sucesos, se apoya en ciertos fundamentos, entre los cuales quiero destacar tres. El primero tiene que ver con el lugar donde ocurrió. Es evidente que aunque debería ser igual, no es lo mismo que miles de personas mueran como resultado de una acción política en Panamá, Bosnia o Uganda a que esto ocurra en los Estados Unidos, sobre todo en su corazón financiero y político. El segundo tiene que ver con las víctimas de la violencia. No es igual que mueran personas involucradas en luchas políticas a que la muerte sorprenda a ciudadanos en sus quehaceres cotidianos, a pesar del parentesco tan cercano que estos puedan tener con las víctimas inocentes que toda guerra convencional inevitablemente acarrea —lo que se ha llamado, antisépticamente, en el lenguaje militar de los Estados Unidos *collateral damage*. El tercero concierne a los agentes políticos. Es muy distinto que miles mueran como consecuencia de la violencia estatal, incluso del terrorismo estatal, a que sean víctimas de manos invisibles o difícilmente identificables.

La violencia política, que antes estaba estrechamente asociada a la gestión estatal, ahora aparece vinculada también a la acción de variadísimos agentes privados, sin regulación nacional o internacional. Con la globalización neoliberal, pareciera que no solo todo tipo de mercancías, sino aun la violencia, se hubiesen liberado de la tutela y regulación estatales. A un mercado que se presenta como el reino de la circulación libre para toda mercancía, corresponde ahora lo que podríamos llamar un mercado libre para la violencia política.

Si complementamos esta caracterización del ataque con una observación, también breve, sobre el contrataque, los eventos del 11 de septiembre adquieren un sentido más complejo. El gobierno de los Estados Unidos ha reaccionado declarando una guerra sin fin contra un enemigo sin fronteras, identificado como un mal difuso y generalizado que, aunque opera en ciertas naciones con el posible apoyo de sus Estados, las trasciende; el terror aparece ahora como un enemigo

sin fronteras, mundial. La primera fase de esta guerra interminable es una batalla contra Osama Bin Laden y sus aliados. Ignacio Ramonet dice que esta es la primera vez que un Estado declara una guerra contra una persona.

La yuxtaposición de estos dos 11 de septiembre permite notar ciertas diferencias entre ellos, pero también una historia común. El ataque contra Salvador Allende fue una de las manifestaciones más reconocidas del poder imperial estadounidense en las Américas. Una alianza de agentes internos e internacionales pudo realizar el golpe porque contó con la ayuda logística de la CIA y el apoyo político del gobierno de los Estados Unidos. Como es sabido, el desarrollo de este país como poder imperial mundial ha tenido como condición el control del hemisferio americano. Podemos marcar este proceso con su conquista de la mitad de México a mediados del siglo XIX y su control, en 1898, de Puerto Rico y Cuba (y, fuera del hemisferio, de Guam y Filipinas). El protagonismo militar y político de los Estados Unidos durante la Segunda guerra mundial dio pie a la expansión, ya global, de su poder después de la guerra y a su consolidación como líder del mundo «libre». Si 1898 marca el traspaso a ellos del dominio imperial europeo (especialmente de Gran Bretaña) sobre las Américas, el año 1945 señala el inicio de la hegemonía mundial estadounidense. En el marco de la Guerra fría, cuya expresión más dramática fue la guerra en Viet Nam (que demostró tanto el poder imperial de los Estados Unidos como sus límites), lo que ocurrió en Chile abrió las puertas al modelo de economía neoliberal que, de receta económica para el Tercer mundo, se ha convertido en una cosmovisión mundial. El ataque del 11 de septiembre de 2001 es, en parte, una respuesta lamentable a la imposición de esta cosmovisión.

Es significativo que el ataque haya ocurrido contra dos símbolos complementarios del poderío estadounidense contemporáneo: el Estado, representado por el Pentágono, centro de su poder militar nacional, y el mercado, representado por el World Trade Center, centro de su poder económico mundial. Los eventos desencadenados a partir del ataque revelan el protagonismo no solo de agentes políticos privados, relativamente independientes, sino también de los Estados metropolitanos; la violencia surge diversamente, a la vez de manos privadas y públicas, en forma generalizada y concentrada. Los gobiernos europeos han reconocido el liderazgo de los Estados Unidos y brindado apoyo a su visión del orden mundial. Las guerras en Afganistán contra Osama Bin Laden y en Iraq contra Sadam Hussein son solo los primeros teatros de operaciones de una confrontación en múltiples formas, que amenaza con extenderse a otros

frentes, incluyendo la población norteamericana que, en su conjunto, ya ha perdido importantes derechos civiles y ha sido clasificada de acuerdo con el potencial supuestamente terrorista de ciertos sectores, sometidos cada vez más a vigilancia y persecución. El desarrollo de estos eventos hace evidente que la privatización y estatización de la violencia no son elementos definitorios de distintas fases o épocas, sino facetas simultáneas o complementarias de un complejo proceso.

Dado el papel del Estado y del nacionalismo en la violencia actual, es curioso, por tanto, que en Occidente las discusiones sobre los sucesos desencadenados por el ataque de septiembre de 2001 se hayan enfocado hacia la violencia privada, y que sea su aparente anarquía la que tienda a definir el sentir público, mientras que la guerra convencional desatada por el gobierno estadounidense aparece bañada por un aura de normalidad y legitimidad. Si reconocemos también la existencia de la violencia estatal, sería difícil desconocer el papel imperial de los Estados Unidos como guardián del orden mundial actual. Es revelador que ese papel está siendo celebrado cada vez más abiertamente por muchos de los defensores de la política internacional estadounidense. Irónicamente, la palabra «imperio» ha reaparecido ahora en el lenguaje político con signo positivo, mientras que el término «imperialismo» es notorio solo por su ausencia. Quien lo menciona siente la necesidad de justificar el uso del término, como lo hace Rossana Rossanda cuando, en respuesta a los sucesos del 11 de septiembre de 2001, dice «soy antimperialista, otra palabra que me parece signada al ostracismo».²

El ocaso del imperialismo

Este ostracismo del imperialismo en el discurso público, sin embargo, lejos de ser sorprendente, no hace más que confirmar una paradoja de nuestros tiempos. Es justamente cuando el planeta ha estado más sometido a la hegemonía del capitalismo a nivel mundial, cuando el imperialismo, una categoría que surgió para explicar procesos de dominación mundiales ligados a la expansión capitalista, ha dejado de estar de moda. Especialmente en los centros metropolitanos, pero no solo en ellos, el criterio común actual es que el imperialismo es algo del pasado. El uso de este término nos remonta a la época que termina en las décadas exaltadas de los años 60 y 70, un período de confianza en las ciencias y los saberes, cuyas certidumbres alimentaban la pasión política y la fe en las utopías. En el campo de las ciencias sociales, era la época en que los grandes relatos —los relatos liberales de la modernización o los marxistas de la transformación

socialista— gozaban de un auge en su credibilidad y popularidad. En contraste, en este período de dudas posmodernas y de desconfianza en las utopías, cuando el capitalismo aparece como el único horizonte posible y los Estados Unidos han consolidado su posición como el poder hegemónico mundial, según ha notado un analista, «uno necesita un microscopio electrónico para encontrar la palabra “imperialismo” usada para describir el papel de los Estados Unidos en el mundo».³

En el mundo académico, el vuelco hacia los *various* «posts» y «giros» ocurrido a partir de los años 80 (el postestructuralismo, el «giro lingüístico», etc.) abrió un espacio para los estudios culturales, los cuales, como ha notado acuciosamente Gil Joseph, se han dedicado mayormente a la investigación de aspectos culturales del trinomio clase, género y raza en áreas bastante delimitadas.⁴ Por otra parte, en el campo de los estudios poscoloniales es común indicar que el «post» no indica un cambio de etapa, un «después», sino más bien un nuevo enfoque. Sin embargo, los autores y trabajos que han definido este campo se han centrado en el período colonial.

Quiero destacar tres aspectos de esta paradójica exclusión del imperialismo. Primero, el campo de los estudios poscoloniales ha tenido su auge en los centros metropolitanos, precisamente durante el crepúsculo del colonialismo como realidad histórica. Segundo, las formas de sujeción que han afectado a las ex colonias como naciones formalmente independientes solo han recibido atención tangencial por parte de los estudios poscoloniales metropolitanos, los cuales se han enfocado en la experiencia colonial de Europa noroccidental en Asia y África. Tercero, la amplia literatura producida en las Américas sobre su experiencia poscolonial, caracterizada por el intento de relacionar las cambiantes formas del imperialismo colonial y poscolonial, brilla por su ausencia en los estudios metropolitanos, lo cual ha contribuido a mantener en la oscuridad de los márgenes a la investigación sobre formas de dominio poscolonial.

Este último punto merece destacarse. Basta una somera revisión de las compilaciones de los textos poscoloniales canónicos, como ha notado agudamente Peter Hulme, para observar que, en ellas, América aparece solo marginalmente, si es que aparece. Esto no deja de ser sorprendente, dado el papel de las Américas en la formación del colonialismo moderno, así como su compleja historia poscolonial. Después de una larga experiencia bajo el dominio de los primeros poderes imperiales de la época moderna —España y Portugal—, y también, en menor escala, de Francia, Inglaterra y Holanda, América Latina y el Caribe han afrontado, desde la independencia de la mayoría de sus países en 1825, distintas modalidades del imperialismo

particularmente, el británico y el estadounidense (algunos autores incluirían en esta categoría la presencia soviética, pasando por alto las notables diferencias de todo orden que existieron en las relaciones de la Unión Soviética con Cuba). Desde finales del siglo XIX, América Latina y el Caribe han sido los territorios donde los Estados Unidos han ejercido con mayor intensidad su dominio imperial, aun después de haber surgido, a partir de la Segunda guerra mundial, como el poder hegemónico mundial.

Los estudios culturales y poscoloniales han abordado el imperialismo haciendo énfasis en la cultura imperial del pasado. A pesar de que el «post» de los estudios poscoloniales indica un cambio de enfoque y no un «después», esa mirada al pasado por parte de quienes han iluminado tanto los mecanismos del poder en la época colonial, sobre todo en sus aspectos culturales, hace que los modos de dominio en la era literalmente poscolonial permanezcan sumidos en una cómoda oscuridad. Como resultado de esta tendencia, no solo las relaciones entre el colonialismo y el neocolonialismo o entre el imperialismo colonial y el nacional, sino también la economía política del imperio y la política misma, han dejado de ser tópicos centrales.

Es obvio que las agendas intelectuales no se definen solo por criterios de relevancia. La desaparición del imperialismo como categoría, en esta época de globalización galopante, hace aún más extraño el misterioso movimiento de las modas intelectuales. ¿Qué determina que ciertos tópicos y modos de análisis sean canonizados mientras otros son marginados o caen en la oscuridad? ¿A través de qué canales la teoría «viaja» entre disciplinas académicas y zonas geopolíticas de desigual poder? ¿Qué poder hace que los académicos, de la misma forma en que adaptamos nuestros vestuarios a las cambiantes modas, aunque no siempre se ajusten a nuestros gustos o deseos iniciales, terminemos empleando más o menos el mismo discurso y hablando de las mismas cosas? Si el conocimiento se viste de inocencia, es solo porque oculta bajo sus ropajes las relaciones de poder que lo hacen posible. Por ello es imperativo entender las múltiples operaciones a través de las cuales se universalizan formas regionales de conocimiento, transformando el sentido de unos pocos con mucho poder en el sentido común.

En vez de aceptar el supuesto sentido común dentro del cual nadamos impulsados por poderosas corrientes que, por familiares, se hacen invisibles, es necesario interrogar sus supuestos con el fin de construir un sentido histórico realmente común; es decir, no excluyente, genuinamente democrático. Dado el juego de intereses en los centros académicos metropolitanos, no es extraño que corrientes normalizadoras segreguen, en campos aislados de estudio, el colonialismo y el

imperialismo. En contraste, en América Latina y el Caribe, donde existe una larga experiencia poscolonial caracterizada por renovadas formas de sujeción política internacional, y permanentes exclusiones internas, lo normal es que las corrientes del pensamiento fluyan hacia el estudio de la relación entre la subordinación en el pasado y en el presente.

Desde las Américas

En América hay una larga tradición, tanto intelectual como política, que ha explorado la estrecha relación entre el colonialismo y el neocolonialismo, entre el dominio político directo ejercido por España y Portugal y el control económico ejercido por Inglaterra, los Estados Unidos y otros centros metropolitanos. Esta preocupación, presente ya en los primeros libertadores, como Toussaint Louverture y Simón Bolívar, encuentra clarísima expresión en José Martí, por cuanto, en Cuba, la lucha contra el decadente colonialismo español, a finales del siglo XIX, coincidió con la confrontación con el emergente imperialismo estadounidense. También aparece en los trabajos de pensadores sociales latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX que afrontaron las dificultades de realizar el proyecto nacional —por ejemplo, José Carlos Mariátegui y Raúl Prebisch—, así como en los de su segunda mitad, cuando un grupo de científicos sociales empezó a ver en la dependencia una condición estructural difícil de romper, como en los pioneros trabajos de Aníbal Quijano y Fernando Henrique Cardoso, en la década de los 60. Esta tradición encuentra una rica expresión en la novelística, por ejemplo, en las obras de Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier. Para todos estos pensadores, el fin del colonialismo marca el inicio de nuevas relaciones de dependencia poscolonial.

Naturalmente, hay distintas maneras de interpretar la experiencia colonial y poscolonial americana. Incluso hay quien ha argumentado, con refinado esmero, que el colonialismo en las Américas no es una realidad histórica, sino un «espejismo» creado por académicos en busca de agendas políticas, dada la crisis del socialismo y del marxismo. No deja de ser revelador que este planteamiento presuponga al colonialismo noreuropeo como patrón. Influenciado precisamente por los estudios poscoloniales metropolitanos, Jorge Klor de Alva argumenta que el colonialismo tiene rasgos muy precisos que lo restringen al «modo de dominación directo e indirecto de un pueblo por otro» ejemplificado por la experiencia colonial de Inglaterra y Francia en África y Asia después del siglo XVIII. Según este criterio, entre el siglo XVI y el XVIII, salvo con

Una concepción global del desarrollo del capitalismo permite concebir al imperialismo también como un proceso global, no como una etapa superior del capitalismo, sino como una condición de su desarrollo.

respecto a ciertas poblaciones aisladas, no hubo colonialismo en América. Si bien es muy cierto, como dice Klor de Alva, «que México no es otra versión de la India, ni Brasil es otro tipo de Indonesia, ni los latinos en los Estados Unidos [...] son como los argelinos en Francia»⁵ esto quiere decir que México, Brasil y los latinos no han sido sujetos coloniales solo si aceptamos, en primer lugar, los criterios que Klor de Alva usa para definir al colonialismo. Aparte de que estos criterios no reconocen las variadas formas del colonialismo noreuropeo en África y Asia, lo establecen como el patrón universal para definirlo. En vez de cuestionar los criterios a través de los cuales una historia local se convierte en modelo de la universal, obligando a que otras se midan en relación con ese patrón general, Klor de Alva acepta los términos de la discusión del colonialismo en los centros metropolitanos, convirtiendo *de facto* la marginación de las Américas de estas discusiones en una exclusión teóricamente justificada.

En otros textos he argumentado que este relegamiento ha significado la omisión no solo de la compleja experiencia histórica de una amplia área geopolítica, que estableció modelos para la expansión colonial europea en otras zonas, sino también de una riquísima tradición de reflexiones sobre las persistentes relaciones de sujeción poscolonial. Estas han incluido estudios sobre el neocolonialismo, el colonialismo interno, la dependencia, y la cultura occidental y, más recientemente, sobre las relaciones de etnicidad, género y clase, no solo en América Latina y el Caribe, sino entre la población latina de los Estados Unidos. Sostengo que, sobre la base de estos estudios, la mucho más larga experiencia poscolonial de las Américas hace que su inclusión en los debates permita repensar el colonialismo y el imperialismo. El propósito de extender el horizonte histórico no es solo ampliar el campo de discusión sobre estos temas, sino refinar los términos en que se ha llevado a cabo.

Tomemos por ejemplo el lapso 1850-1950, período discutido en el Congreso sobre el imperialismo, organizado por el Instituto de Tella, donde presenté una primera versión de este ensayo. Desde la perspectiva de los estudios poscoloniales metropolitanos, influidos por la experiencia imperial noreuropea en Asia y África, mientras 1850 marca el alba del colonialismo y del

imperialismo que lo impulsaba, 1950 señala el crepúsculo de ambos. En contraste, desde la experiencia de América Latina y el Caribe, el siglo comprendido entre esas dos fechas marca más bien el surgimiento de los Estados Unidos como poder imperial hemisférico. Durante esa centuria, los Estados Unidos desplazaron tanto a España y Portugal —cuyos vínculos coloniales directos vieron su fin con los movimientos independentistas—, como a Inglaterra, cuyo «imperialismo informal», ejercido fundamentalmente a través del dominio sobre el mercado americano, vivió su auge durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde una perspectiva basada en la historia de América, familiarizada con los mecanismos imperiales informales, 1950 anuncia no el crepúsculo del imperialismo colonial, sino el amanecer de los Estados Unidos como poder imperial ya no hemisférico, sino mundial. Es, pues, desde la experiencia de América Latina y el Caribe que, en buena parte, quisiera explorar la configuración del poder mundial en el período que va de la Segunda guerra mundial hasta el presente, lapso que ha visto el desplazamiento del término «imperialismo» por el de «globalización».

La globalización neoliberal y el imperialismo global

Entre los muchos trabajos que han analizado la configuración del poder mundial en el presente, quiero destacar el escrito por uno de los intelectuales más lúcidos de América Latina de los últimos tiempos. Se trata de un artículo del Subcomandante Marcos titulado «La cuarta guerra mundial ha empezado», publicado por *Le Monde Diplomatique* en 1997.⁶ Escrito con su reconocida agilidad y humor, el artículo tiene tres virtudes que quisiera destacar.

Primero, Marcos evalúa la globalización neoliberal por sus efectos y la considera como una «guerra de conquista de territorios», dejando a un lado criterios formales que definen las guerras convencionales, y privilegiando más bien las consecuencias de las cambiantes modalidades del poder y la violencia.

Segundo, este trabajo reperiodiza la historia del siglo XX desde la perspectiva del Sur. Marcos acepta la

interpretación de la historiografía convencional sobre las dos primeras guerras mundiales como imperiales, que involucraron una redistribución de territorios y áreas de influencia por parte de los poderes metropolitanos. Pero rebautiza a la llamada Guerra fría como la «Tercera guerra mundial», argumentando no solo que, en realidad, esta fue una guerra «caliente» que tomó la vida de 23 millones de personas en 129 conflictos armados, sino también que se combatió fundamentalmente en el llamado Tercer mundo.

Tercero, haciendo gala de una fina sensibilidad metodológica, por medio de la selección de fragmentos, Marcos nos ofrece una comprensión de la globalización neoliberal como un todo. Presentando sus fragmentos como parte de un rompecabezas que hay que armar, evoca una epistemología performativa que contrasta con el objetivismo reflexionista que con frecuencia caracteriza la discusión sobre la base de «modelos» o «mapas». Aunque su análisis opera a través de fragmentos, lejos de celebrar lo fragmentario, como es común en los estudios posmodernos y poscoloniales, usa sus piezas para «armar» un todo. Su intento de armar el rompecabezas de la globalización es, al mismo tiempo, una invitación para reconocer su carácter inconcluso y seguir armándolo. En su rompecabezas no hay oposición, sino articulación entre las partes y el todo.

Sus siete piezas, fundamentadas en una breve, pero adecuada documentación, contribuyen a dar una imagen del conjunto. Las primeras seis destacan la creciente polarización de la humanidad entre «ricos» y «pobres», términos que usa como categorías muy generales. Los ricos, los sectores dominantes, ya no están organizados principalmente en relación con las unidades asociadas a la época moderna, como el Estado-nación, el mercado nacional y las clases sociales domésticas. Los ricos, sin prescindir de sus vínculos nacionales, ahora forman redes transnacionales apoyadas por los Estados metropolitanos y los periféricos. Si bien todos los Estados han sido sometidos a lo que Marcos llama un *strip-tease* que ha llevado a que se despojen de sus funciones de beneficio social y protección al mercado doméstico, siguen ejerciendo, más desnudamente, sus funciones de control y represión social, sobre todo en los países más escindidos internamente.

Mientras que sus primeras seis piezas dan una imagen de la concentración del poder político y económico en «bolsones» globales integrados entre sí, la séptima nos lleva a imaginar a la gran mayoría de los excluidos —que tampoco cuadran dentro de las categorías tradicionales—, formando «bolsones» locales de resistencia contra la dominación mundial. En respuesta a las del poder global, Marcos celebra la proliferación

de estos variadísimos bolsones de resistencia, dispersos a lo largo y ancho del globo.

Pensando la globalización neoliberal, en buena parte, desde las Américas, e inspirado por el rompecabezas de Marcos, me propongo agregarle unas piezas. Mis piezas son solo unas notas fragmentarias que intentan esbozar la cara que asume el dominio en la época actual y pensar en la utilidad de identificarlo como una nueva forma de imperialismo: el imperialismo global.

Cinco piezas para armar el rompecabezas del imperialismo global

1. Imperialismo: utilidad del concepto

Como es sabido, no hay unanimidad sobre el tema del imperialismo. Convencionalmente, el criterio que distingue al imperialismo moderno de formas anteriores de dominación entre pueblos es su relación con los Estados nacionales y con el capitalismo. En su ya clásica proposición, Lenin lo vio como la etapa más alta del capitalismo definida por la competencia entre potencias a través de los monopolios y la exportación de capitales.⁷ Por su parte, Kaustky enfatizó, más bien, la alianza entre poderes imperiales y la explotación de los países más pobres.⁸ Su concepto de ultraimperialismo ha sido aplicado a la época caracterizada por la emergencia de un consenso entre poderes imperiales y la intensificación de conflictos entre el centro y la periferia.

Analistas contemporáneos han cuestionado la relevancia del concepto para designar procesos de dominación en un mundo unificado por el mercado mundial. Para el historiador Eric Hobsbawm, el imperialismo ha dejado de ser una categoría analítica válida, dado el desarrollo de una economía transnacional que ya no es controlada siquiera por una asociación de gobiernos.⁹ En su aclamado *Empire*, Toni Negri y Michael Hardt argumentan que el nuevo orden mundial marca el fin del imperialismo y el surgimiento del imperio, un nuevo sistema de dominación caracterizado por el predominio del mercado global, el ocaso de los Estados-naciones, y la polarización del mundo entre redes transnacionales y multitudes excluidas.¹⁰

Para Negri y Hardt, el fin del imperialismo es la condición para la emergencia del «imperio» como la forma de poder de una nueva época. Bajo el imperio, no existen Estados imperiales en lucha por controlar el mercado o por conquistar poblaciones, sino un mercado global cruzado por redes transnacionales, que ejercen poder sobre Estados y pueblos. Así como la soberanía ha sido desplazada de los Estados nacionales hacia nuevos agentes y lugares transnacionales, la lucha

por la liberación está ahora en manos de multitudes, sin restricciones territoriales. Para estos analistas, el imperialismo como categoría debe ser restringido a una relación entre Estados-naciones en una época limitada del desarrollo del capitalismo.

Desde distintas posiciones, otros han defendido la relevancia del imperialismo para el presente. Para Harry Magdoff, el imperialismo funciona más que nunca en un mercado global, solo que a través de una articulación distinta entre los Estados y el capitalismo, caracterizada por el predominio de las fuerzas centrifugas del capitalismo.¹¹ Reconociendo también el impacto que ha tenido el mercado mundial sobre los Estados, para Michael Geyer, el imperialismo es especialmente relevante para examinar las profundas fracturas internas de un mundo a la vez integrado y fracturado por procesos de colonización interna; según él, la guerra es ahora civil, más que entre los Estados.¹²

Hans Kohn observó hace años que si todo colonialismo implica imperialismo, no todo imperialismo implica colonialismo.¹³ La noción de imperialismo informal —desarrollada en relación con el estudio del imperialismo británico—, así como los numerosos trabajos que han enfatizado el carácter imperialista de la relación de los Estados Unidos con América Latina y el Caribe, permiten pensar al imperialismo global como una forma de dominio ejercida predominantemente a través del mercado, con apoyo estatal. Esta forma de imperialismo supone una alianza transnacional de los sectores dominantes de varios Estados sobre poblaciones definidas, cada vez menos por su ubicación en territorios nacionales, que por su posición en un espacio global crecientemente polarizado a nivel cultural y económico. Dentro de este orden mundial, los Estados desempeñan un papel central, apoyando el despliegue del mercado y estableciendo relaciones, tanto competitivas como de alianza, de acuerdo con su desigual poder y distintos intereses e ideales.

En este contexto, el Estado norteamericano tiene un papel fundamental. En un artículo reciente, Leo Panitch se apoya en ideas de Poulantzas para sugerir que, en la época actual, el imperialismo se organiza bajo el poder hegemónico de los Estados Unidos como el «nuevo Estado imperial», es decir, como eslabón central de lo que Poulantzas denominó una «cadena imperialista».¹⁴ De acuerdo con esta concepción, la hegemonía de los Estados Unidos sobre otros Estados metropolitanos se distingue de la ejercida por potencias de otras épocas, porque se desarrolla por medio de la generalización de su economía a nivel mundial. Como dice Panitch, esta hegemonía involucra «un nuevo tipo de imperialismo no-territorial implantado y mantenido no por medio del dominio directo de la metrópolis, ni

por medio de la subordinación política de tipo neocolonial», sino más bien, citando a Poulantzas, induciendo el «establecimiento de relaciones de producción que caracterizan al capitalismo monopolista estadounidense y su dominio en el seno de otros centros metropolitanos».¹⁵

Estas ideas permiten descentrar y repensar tanto al capitalismo como al imperialismo a partir de una perspectiva desde las Américas. Una concepción global del desarrollo del capitalismo permite concebir al imperialismo también como un proceso global, no como una etapa superior del capitalismo, sino como una condición de su desarrollo. El germen de esta idea ya lo había sugerido Haya de la Torre cuando indicaba que, para América Latina, el imperialismo no era la etapa superior del capitalismo, sino la primera fase de su desarrollo. Pero no solo de su desarrollo capitalista, sino del desarrollo del capitalismo a nivel mundial. Esta concepción hace repensar las características que han definido al imperialismo (por ejemplo, la exportación de capitales o la competencia entre poderes metropolitanos) como procesos que ya estaban presentes en la colonización de las Américas, aunque naturalmente en forma distinta a como la teorizaron Lenin y Kautsky sobre la base de otros referentes. Aun cuando no se trataba de la exportación de capitales de Estados nacionales ni tampoco de la competencia entre ellos, ya la colonización de las Américas involucró tanto la exportación de capitales en forma de dinero, mercancías y bienes de capital, como la competencia entre poderes imperiales.

A partir de esta amplia concepción del imperialismo, sugiero la utilidad de distinguir tres de sus modalidades: colonial, nacional, y global. Trazando distinciones, con brocha gorda, diría que el imperialismo colonial consiste en el dominio de un imperio sobre sus colonias por medios fundamentalmente políticos; el imperialismo nacional caracteriza al control de una nación sobre otras independientes, por medios predominantemente económicos a través de la mediación de su Estado; y el imperialismo global identifica el poder de redes transnacionales sobre las poblaciones del planeta por medio de un mercado mundial sustentado por los Estados metropolitanos, dentro de los cuales los Estados Unidos desempeñan actualmente un papel hegemónico. Aun cuando estos conceptos denotan tanto etapas como tendencias dominantes de procesos históricos complejos, es necesario reconocer que el carácter temporal del devenir histórico es lo que permite pensar en continuidades y legados, así como en innovaciones y rupturas. Es evidente que mientras que el imperialismo global puede estar presente en el colonial solo en forma incipiente, el imperialismo colonial se hace presente en el global a través de un rico legado institucional y de un sedimentado cauce de memorias.

El imperialismo colonial fue posible antes del imperialismo global, y a la vez lo hizo posible.

Desde esta perspectiva, el imperialismo es una categoría que abarca un amplio horizonte histórico que incluye al colonialismo. Esta concepción contrasta con la de colegas que privilegian el colonialismo como categoría de alcance general. Tanto Aníbal Quijano, a través de su concepto de la «colonialidad del poder»,¹⁶ como Walter Mignolo, quien se ha apoyado en ese concepto para desarrollar su tesis acerca de la «diferencia colonial»¹⁷ consideran al colonialismo como el término clave para pensar la modernidad desde una perspectiva crítica. Por cuanto el «colonialismo» como el «imperialismo» identifican etapas históricas y sus legados, escoger uno u otro concepto obedece menos a líneas fijas de periodización historiográfica que a flexibles líneas de investigación. Prefiero usar el término «imperialismo» por razones estratégicas, a la vez que analíticas. En respuesta a la moda de los estudios coloniales en los centros metropolitanos, cuya cara oscura ha sido cierto desdén por el estudio de la dominación imperial contemporánea, mi propósito es limitar *colonialismo* al sometimiento de colonias formales, y usar *imperialismo* como categoría más inclusiva, que permite enfocar el presente, reconociendo continuidades, a la vez que diferencias.

Mi preferencia por precisar el campo histórico del colonialismo permite repensar «la colonialidad del poder», el valioso concepto de Quijano. Según mi parecer, este concepto aún podría dar más provechosos frutos si lo distinguimos de otros modos de dominio imperial y evitamos relacionarlo con el poder como una categoría general. En este sentido, creo necesario invertir sus términos. Si reemplazamos colonialidad del poder por «poder de la colonialidad», creo que resistimos la inclinación de reificar al colonialismo o concebirlo como una forma inherente al poder y designamos más claramente las formas de dominio históricamente relacionadas con el colonialismo, incluyendo sus legados y epistemologías. Siguiendo el camino que ha trazado Aníbal Quijano con tanto brillo, como término más inclusivo sugeriría usar el de «poder de la imperialidad», cuyas manifestaciones históricas encontrarían expresión en sus modalidades coloniales, nacionales y globales.

Los sucesos del 11 de septiembre demuestran el íntimo entrecruzamiento entre prácticas y discursos coloniales e imperiales, la fusión entre imperialismo colonial, nacional y global. En respuesta al ataque, el Estado norteamericano ha asumido la defensa de la nación usando recursos ideológicos que revitalizan la maniquea oposición colonial entre civilización y barbarie, y ha desplegado una política militar y económica que promueve los intereses transnacionales de sus sectores

dominantes. A la vez que sectores transnacionalizados han encontrado en su Estado el mejor apoyo, este se ha apoyado en ellos para consolidar un proyecto que es, al mismo tiempo, patriótico e internacional. En el juego político interno de los Estados Unidos, la guerra ha fundido y confundido los intereses nacionales y globales.

2. Redefinición de las unidades geohistóricas: relación entre Estado y mercado

El imperialismo global implica un reordenamiento y una redefinición de las unidades geohistóricas básicas del imperialismo moderno en términos que expresan un creciente predominio del mercado global sobre los Estados nacionales. Desde el siglo XVI, estas unidades se han constituido a través de cambiantes relaciones entre Estados y mercados. Lo que distingue al imperialismo global es que, por primera vez, el mercado mundial ejerce un papel dominante sobre los Estados en su conjunto, condicionando sus funciones y determinando la formación de identidades colectivas dentro y fuera de sus fronteras. Como los sucesos de los dos 11 de septiembre hacen evidente, esta relación, sin embargo, está mediada por los Estados, en especial por los metropolitanos dominantes.

La generalización de relaciones capitalistas a nivel mundial y la concentración del capital en fluidas redes transnacionales, integradas por sectores dominantes domésticos, han desplazado cada vez más al poder de Estados nacionales anclados en territorios fijos. Estos se relacionan con el mercado mundial condicionados, en gran parte, por el poder de sus mercados internos. Todos tienen que adaptarse al mercado mundial, pero mientras que los Estados del Sur deben someterse a sus movimientos y a los dictados de las instituciones que lo representan (como el Fondo Monetario Internacional), los de las naciones metropolitanas poseen mayor capacidad de desarrollar políticas internas e internacionales que articulen los intereses domésticos dominantes con los del mercado globalizado.

Este ampliado poder del mercado refleja el grado creciente de abstracción de las unidades geopolíticas del imperialismo. En el imperialismo colonial estas unidades son imperios políticos, frecuentemente personificados a través de monarcas o corporaciones con identidades legales claras, y ámbitos de acción bastante precisos, que ejercen dominio directo o indirecto sobre sus territorios y poblaciones de ultramar. En el imperialismo nacional, estas unidades son naciones independientes, surgidas del imperialismo colonial, vinculadas por relaciones económicas y políticas asimétricas, a través de las cuales se mantienen relaciones de subordinación y dependencia. Tanto en el imperialismo colonial como en el nacional,

el poder político se ejerce a través del control sobre territorios, cuyas fronteras son líneas trazadas por la mano jurídica del Estado sobre la geografía física, aprovechando, en lo posible, sus linderos naturales —costas, ríos y montañas— y defendidas con celo por la mano armada estatal. Dentro de estas fronteras, que definen el ámbito de las identidades nacionales e imperiales, los Estados continúan ejerciendo considerable control sobre sujetos y bienes.

En el imperialismo global las unidades geopolíticas se definen por procesos que integran lo político-territorial con lo económico-global; es decir, el poder social es ejercido a través de Estados y unidades económicas, en un mercado globalizado que es cada vez más flexible en cuanto a sus formas de territorialidad. Todo pareciera indicar que en esta forma de imperialismo, lo fundamental no es tanto la relación del Estado con su territorio jurídico-natural, sino con nuevas formas de territorialidad social definidas por los efectos del mercado mundial sobre poblaciones, cuya localización espacial refleja la cambiante estructura asimétrica del mercado mundial. Si en los imperialismos colonial y nacional el predominio de los Estados hace que la territorialidad sea un fundamento definitorio de unidades geopolíticas básicas, en el global el predominio del mercado mundial —mediado por instituciones estatales y transnacionales, incluyendo empresas económicas, organizaciones no gubernamentales y comunidades de expertos— hace que la territorialidad exprese más bien la cambiante estructura del mercado a nivel mundial. Lejos de descartarlos, el imperialismo global se apoya en los Estados metropolitanos; la globalización del mercado va unida no a la desaparición, sino a la redefinición del Estado y de sus relaciones con la economía. El papel dominante de los Estados Unidos después del 11 de septiembre de 2001 revela no solo el poder del Estado norteamericano, sino el peso mundial de su mercado nacional y de sus redes internacionales.

La estructura cada vez más polarizada del mercado crea zonas de desigual poder no solo entre naciones y regiones, sino en el seno de estas, desarticulando y fragmentando identidades colectivas formadas por medio de categorías identitarias, cuyo sentido ha dependido mayormente de su articulación local en ámbitos geopolíticos limitados, como son la nacionalidad, y las clases y culturas locales. En estas zonas se desarrollan también movimientos sociales organizados por luchas concretas, como los nuevos movimientos indigenistas en Ecuador y Perú, los zapatistas en Chiapas, los sin tierra en Brasil y los piqueteros argentinos.

3. La creciente reorganización y abstracción de la división internacional del capital, el trabajo y la naturaleza

El imperialismo global implica una reorganización de la división internacional del capital, el trabajo y la naturaleza, en términos que reflejan la creciente hegemonía, generalización y abstracción del capital transnacional. El imperialismo colonial sentó las bases para una división internacional que definió las colonias como productoras de mano de obra barata y de bienes primarios destinados a servir las necesidades de los centros metropolitanos. A la vez, los poderes metropolitanos se constituyeron en centros del saber y productores de bienes manufacturados.

Durante el período del imperialismo nacional, los Estados buscaron romper este legado colonial o, al menos, superar sus límites a través de diversos mecanismos de protección estatal a la economía doméstica y el mercado interno. A pesar de esfuerzos por diversificar la producción local y defender los precios de sus productos primarios básicos, estas políticas encontraron límites que obligaron a abandonar el proteccionismo y abrirse hacia el mercado libre mundial. El aumento de los precios petroleros, en 1973, marca tanto el triunfo momentáneo de países petroleros de valorar sus bienes primarios, como la capacidad de los centros metropolitanos de reorganizar patrones de producción a nivel mundial. El giro hacia el mercado libre y el endeudamiento de buena parte del Tercer mundo encuentran su origen en el *shock* momentáneo causado por la crisis energética de los 70.

En el contexto del imperialismo global se ha llegado al establecimiento de un patrón mundial de producción, financiamiento y consumo, controlado por un número cada vez más reducido de conglomerados internacionales. Impulsado por el juego del libre mercado y las ventajas comparativas, esta organización hace que los países del antes llamado Tercer mundo sean ahora el ámbito territorial donde capitales cada vez más móviles se especializan en la producción de mercancías intensivas de trabajo y de naturaleza, lo cual ha llevado a una reprimarización de sus economías, sin descontar enclaves de producción de bienes complejos, principalmente en países con mercados amplios como Brasil, pero también en países más pequeños con políticas que favorecen la exportación.

El imperialismo global lleva a la generalización y abstracción del capital como la modalidad dominante de la riqueza. El mercado mundial se ha transformado, de un ámbito de intercambio de bienes producidos en zonas geopolíticas territoriales, en una red mundial de relaciones productivas, comerciales y financieras. Este proceso está marcado por una creciente homogeneización

Bajo el imperialismo global, al igual que el trabajo y el capital, la naturaleza se transforma en una modalidad más abstracta de la riqueza, medida en términos del capital.

y abstracción de la riqueza, medida en términos del capital, que ha conducido a la transformación de todo bien en mercancías cada vez más fragmentadas, en unidades comerciables no solo en el presente, sino en el futuro, como los derivados. Las finanzas, organizadas en flujos que integran distintas regiones geográficas, así como distintas temporalidades, someten a las estructuras productivas, territorialmente ancladas en el presente, a la presión de flujos financieros que articulan el presente y el futuro. Como ha señalado un banquero de Hong Kong, «ya no es la economía real la que maneja los mercados financieros, sino los mercados financieros los que manejan la economía real». El capital, liberado de regulaciones estatales, se canaliza a través de derivados que han crecido exponencialmente: en 1997 fueron intercambiados por un valor de 360 trillones de dólares, una cifra doce veces mayor que el valor de toda la economía mundial.¹⁸

Apoyado por cambios en la informática y la tecnología, el trabajo, en su forma dominante, se organiza cada vez más de acuerdo con patrones colectivos que combinan no solo múltiples formas de trabajo variable manual e intelectual, sino crecientes modalidades de capital constante, capaces de contener y procesar información. La noción de «trabajador social», tal como la planteó Marx y la elabora Negri, sirve para pensar este cambio que hace menos relevantes las distinciones entre trabajo productivo y no productivo, trabajo manual y trabajo intelectual, capital variable y capital constante. El trabajo es cada vez más abstracto, más general. En tanto la sociedad, en su conjunto, está organizada por la lógica del capital, y el trabajo adquiere un carácter colectivo, la explotación no puede ser medida exclusivamente a nivel de la extracción de plusvalía dentro de la fábrica. Dado el efecto polarizante del mercado, esta reorganización del trabajo globalizado en términos crecientemente colectivos y abstractos, sin embargo, va acompañada por la multiplicación de distintos regímenes de trabajo tanto en los márgenes de la economía formal como en el seno de la informal, donde participan las mayorías excluidas de la economía globalizada. La globalización de la explotación ocurre a través de formas heterogéneas de trabajo, que incluyen la explotación de mano de obra barata tanto en el Sur como en los países centrales. La abstracción del trabajo en las zonas transnacionalizadas de la economía va unida a la

proliferación de modalidades informales e individuales asociadas con lo «tradicional», e incluso con lo colonial.

Bajo el imperialismo global, al igual que el trabajo y el capital, la naturaleza se transforma en una modalidad más abstracta de la riqueza, medida en términos del capital. Tratada como capital en el contexto de una economía mundial cada vez más desregulada, la naturaleza, en sus múltiples formas (la explotación de productos mineros y agrícolas, el turismo ecológico y «exótico», etc.) se convierte en la ventaja comparativa más importante de la mayoría de los países del Sur. En el contexto de un mercado global cada vez más abstracto, desterritorializado y liberado de anclajes nacionales, el debilitamiento de controles políticos en estos países, unido a la competencia de capitales internacionalizados, al mando de tecnologías sofisticadas, lleva a una intensificación y reterritorialización de la explotación de la naturaleza en las viejas zonas coloniales.

4. Los sujetos del imperio: alteridad y subalternidad

El imperialismo global implica una redefinición de los sujetos imperiales en términos que expresan el predominio del mercado sobre el Estado, de la movilidad sobre la territorialidad fija, y de la subalternidad sobre la alteridad. Los imperialismos colonial y poscolonial están fundamentados en una tensión entre el establecimiento, por vía de la política, de una diferencia básica entre los sujetos superiores del imperio occidental y los inferiores de sus dominios, y en la reducción de esta diferencia a través de procesos civilizadores. Esta tensión entre alteridad y equivalencia asimétrica ha dado pie a variados procesos de jerarquización y asimilación, a través de los cuales distintos imperialismos han definido a sus sujetos. En el colonial, los sujetos colonizados del Occidente son definidos, en términos de una alteridad fundamental, como salvajes localizados en lejanos territorios —como ocurrió durante el colonialismo ibérico—, o como primitivos ubicados temporalmente en una etapa anterior de la evolución de la humanidad, como ocurrió durante el colonialismo noreuropeo. En el imperialismo nacional, esta alteridad se reproduce en forma atenuada a través de la estructuración de un orden mundial de naciones formalmente soberanas, pero articuladas entre

ellas por relaciones profundamente asimétricas, las cuales, a su vez, se reproducen en el seno de las naciones, generando distintas formas de «colonialismos internos».¹⁹

A partir de la descolonización de Asia y África después de la Segunda guerra mundial, el Tercer mundo emerge como una categoría general que agrupa las heterogéneas ex colonias en búsqueda de la «civilización», definida como «desarrollo» o «modernización», sea por el camino capitalista del Primer mundo, o por la vía socialista del Segundo mundo. Con el fin de la Guerra fría, y con la hegemonía de la globalización neoliberal, este esquema de los tres mundos, surgido en los años 50, se ha disuelto, dando lugar a otra manera de construir las diferencias entre el Primer mundo u Occidente, y sus otros.

Bajo el imperialismo global, la representación dominante es la de un solo mundo, sin espacios externos por conquistar y sin imperios compitiendo por dominar los existentes. En lugar de una oposición radical entre un Oeste superior y sus otros inferiores, los discursos de la globalización neoliberal evocan la imagen de un proceso difuso, disperso por todo el mundo, sin agentes imperiales y poblaciones sometidas. En este esquema, la construcción de identidades colectivas a nivel mundial viene determinada, fundamentalmente, por patrones de inclusión diferencial en el mercado globalizado. Las diferencias son concebidas ya no como resultado de un proyecto político de unos Estados, sino como un efecto económico de la actividad de los individuos, lo cual hace que la subalternidad predomine sobre la alteridad como el modo dominante de representar las diferencias entre los sujetos sociales.

Bajo el predominio de la subalternidad, la alteridad queda sumergida pero no inactiva, como en un palimpsesto, matizando los discursos subalternos y aflorando como tal en grietas del orden global, como saqueos y motines, o a través de movimientos étnicos, y nuevos racismos y fundamentalismos. La explosión del 11 de septiembre de 2001 hizo aflorar un discurso colonial que yacía sumergido bajo la retórica liberal moderna; los sedimentos del palimpsesto no están fijos, sino que se rearticulan constantemente según las corrientes de la historia.

En este nuevo orden, el Primer mundo («Europa» o el «Occidente») se disuelve como unidad geohistórica con una base territorial y social limitada; pero a la vez cristaliza en un espacio mundial bajo una forma menos visible, pero más poderosa. Como si una vieja y perversa alquimia protegiera, una vez más, a los dominantes, el «Occidente» aparece ahora reencarnado con más fuerza que nunca en opacos conglomerados transnacionales que concentran en pocas manos un gigantesco poder económico, en estrecho apretón de

manos con los Estados metropolitanos. En este orden imperial, la ciudadanía nacional pierde terreno como el campo principal de formación de sujetos políticos, y entra en competencia con otros espacios identitarios basados en la etnia, la religión, la cultura, así como en los vínculos mercantiles transnacionales. El capital de las cúpulas de las burguesías «nacionales» del antiguo Tercer mundo está ahora repartido entre su base nacional y diversificadas inversiones internacionales. Así como los sectores dominantes transnacionales incorporan en forma diferenciada a sujetos de todo el globo, las mayorías están formadas por los, también diferenciados, subalternos de todas las naciones. Dentro de los espacios hegemonizados por el imperialismo global, el dominio sobre los sujetos a través de operaciones disciplinarias relacionadas con instituciones reguladas por los Estados en sus territorios nacionales, como la escuela, el hospital y la cárcel, se profundiza como resultado de la generalización de relaciones disciplinarias en todo el ámbito social y cultural. Si esto implica, como argumentan Deleuze, Negri y Hardt, el paso de la sociedad disciplinaria a la de control —de la disciplina de instituciones al control de la cultura—, habría que diferenciar dos modalidades de ese control: el internalizado por medios sutiles, en los ámbitos hegemonizados por la cultura capitalista, y el externamente impuesto, por medios coercitivos, sobre los excluidos, por el mercado. La primera modalidad de control forma a los sujetos para el mundo unido por un mercado globalizado; la segunda se ejerce coercitivamente sobre sujetos formados en las fracturas y exclusiones de ese orden, con el fin de mantenerlos aislados e inofensivos.

5. Saberes y disciplinas en el imperialismo global

El imperialismo global ha implicado un trastocamiento de los saberes, organizados en disciplinas formadas en relación con las unidades geopolíticas del mundo moderno, haciendo más evidente las limitaciones de sus premisas, divisiones y categorías. El nuevo orden global crea condiciones que llevan a la reorganización de los saberes en concordancia con los nuevos patrones de integración, tanto a nivel de la geopolítica como de los mismos conocimientos. Si estas condiciones conducen a la organización de saberes cada vez más globales, con limitaciones relacionadas con la corporativización creciente de las universidades, también abren espacios para desarrollar formas más universales del conocimiento.

A partir del siglo XIX, los saberes sociales se han organizado por medio de disciplinas académicas desarrolladas, sobre todo, en los centros imperiales europeos y en los Estados Unidos. Como ha señalado

el reporte de la comisión Gulbenkian, en el siglo XIX, cinco países producían casi el total de los saberes académicos, divididos entre las humanidades y las ciencias sociales y naturales; los conocimientos sociales se enfocaban fundamentalmente en sus propias realidades.²⁰ Este esquema fue modificado a partir de la Segunda guerra mundial, dando pie a una división disciplinaria que repartía entre los «tres mundos» las distintas disciplinas; si en sus inicios la antropología había sido la ciencia de la alteridad, especializada en los primitivos y los salvajes, a partir de 1945 se convirtió en la ciencia del Tercer mundo, enfocada hacia el estudio de sociedades «tradicionales».

A pesar de su carácter hegemónico, a partir de 1945 la división de las disciplinas ha estado acompañada de esfuerzos importantes por evaluar sus logros y criticar sus limitaciones. Críticas recientes han cuestionado la división triangular del conocimiento (ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades), así como el carácter eurocéntrico de este. Trabajos producidos tanto dentro de las disciplinas como contra ellas han criticado su complicidad con el orden cultural dominante. Tales críticas han hecho evidente que sus premisas y fundamentos —por ejemplo, el contraste entre lo natural y lo cultural, el pasado y el presente, lo temporal y lo espacial, lo objetivo y lo subjetivo— deben ser interrogados en vez de asumidos. A través de la atención que se le ha prestado a la relación poder-conocimiento, estas críticas también han interrogado a los postulados universales de teorías y conocimientos regionales.

Junto con los estudios posmodernos, los culturales, feministas y poscoloniales han aportado una importante contribución a esta crítica al conocimiento occidental. La inclusión de los excluidos no solo añade las experiencias de la multiplicidad de pueblos del mundo, sino que hace más evidente los puntos ciegos y las exclusiones de teorías regionales, lo cual posibilita el desarrollo de modos de conocimiento más complejos e incluyentes. Los saberes críticos desarrollados en los centros metropolitanos en los últimos veinte años expresan una tensión entre la crítica al pensamiento occidental y a la reproducción de una visión «occidentalista» del mundo,²¹ y participan, cada vez más, en la construcción del «sentido común» académico actual, creando tanto posibilidades como límites para el desarrollo del conocimiento crítico.

Si fuéramos a caracterizar estos distintos saberes a través de contrastes simplificadores, diríamos que en respuesta a la crítica de los metarrelatos modernistas y sus variados fundamentos teóricos, los nuevos saberes privilegian interpretaciones más acotadas que enfatizan el juego entre múltiples dimensiones de la realidad y

destacan el carácter contingente, parcial e indeterminado del acontecer histórico. Si fuéramos a personificar esta contraposición de saberes, podríamos señalar que implica un desplazamiento de Marx a Nietzsche, de Gramsci a Foucault, de Althusser a Derrida. Si fuéramos a destacar el reordenamiento de influencias entre las disciplinas, diríamos que los estudios lingüísticos y literarios ocupan ahora el espacio que antes había asumido la economía política. Si contrastamos sus categorías analíticas dominantes, notaríamos un paso del lenguaje al habla, de clases sociales al discurso, de lo colectivo a lo individual, de estructuras objetivas a formaciones subjetivas, del sujeto como actor al sujeto como efecto, de unidades discretas a híbrides entre ellas. En cuanto a sus estrategias narrativas, distinguiríamos entre las explicaciones totalizadoras asociadas a la modernidad y los recuentos fragmentarios del posmodernismo. En cuanto a su enfoque, habría que señalar un movimiento de lo profundo a la superficie, de lo subyacente a lo visible. En cuanto a modos de explicación, diríamos que involucran un énfasis no ya en relaciones de causalidad y determinación, sino en el entrecruzamiento contingente e indeterminado de múltiples factores. El tono de los nuevos saberes se caracteriza no por la pasión y la certidumbre, sino por la ironía y la duda. Esta enumeración algo caricaturesca de contrastes podría ampliarse, pero lo esencial es que los nuevos saberes se han elaborado en oposición a lo «moderno», aun cuando, en algunos casos, estas distintas corrientes estén entrelazadas, y sus contrastes, más atenuados.

El universo histórico de este campo de saberes ha sido definido por la experiencia de los países metropolitanos, sobre todo los anglosajones. Tal predominio de una región del mundo es especialmente evidente en los estudios poscoloniales y subalternos, que han sido definidos, sobre todo, por la experiencia de Europa noroccidental en África y Asia en los siglos XIX y XX. El magnífico libro *Culture and Imperialism*, de Edward Said,²² una de las figuras más importantes de este campo, es emblemático en este sentido, pues se enfoca —como ha destacado Peter Hulme—,²³ en la experiencia colonial británica y francesa del siglo pasado al presente, abarcando un área geográfica que va de Argelia a la India. Cuando Said habla de los Estados Unidos como un poder imperial, examina su papel como tal después de la Segunda guerra mundial, sin tomar en cuenta su origen como una colonia de población de británicos, españoles y franceses, el proceso de colonialismo interno a través de los cuales la población nativo-americana fue sometida, y sus designios imperiales en las Américas y el resto del mundo desde finales del siglo XIX hasta el presente.

Tal vez el ejemplo más relevante para América Latina sea el del Grupo de Estudios Subalternos de Surasia, fundado en los 80, que ha dado nuevo impulso a los estudios coloniales y servido de modelo, o al menos de inspiración, para el desarrollo del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano. El grupo, liderado al principio por Ranajit Guha, ha sufrido una evolución desde la inspiración gramsciana de sus orígenes —cuando buscaba integrar de algún modo la cultura y la economía política— hacia trabajos cada vez más influenciados por Foucault y Derrida, que enfatizan, más bien, la separación de estos campos o, a lo sumo, la necesidad de manejarlos alternativamente; como ha dicho Prakash, como si se jinetearan a la vez dos caballos independientes. Aun cuando este grupo ha expandido considerablemente su campo de investigaciones, del estudio de campesinos hacia otros sectores, su marco teórico se ha polarizado hacia lo discursivo y sus referencias geográficas y temporales siguen signadas por un predominio de estudios históricos sobre el impacto en la India del colonialismo británico. Incluso, cuando estaban inspirados originalmente por las limitaciones del proyecto nacional después de la independencia, en 1947 (como se evidencia en la ya clásica formulación de Rajanit Guha *the failure of the nation to come into its own*, es decir, «el fracaso de la nación de realizarse como tal»), estos trabajos, concentrados en la época colonial, no han tratado con igual atención los efectos del poder ejercido por Inglaterra y los Estados Unidos en el período propiamente poscolonial.

El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano nació de la búsqueda de un modelo alternativo, después de las derrotas políticas de los 70.²⁴ Si bien el del sur de Asia le ha servido de inspiración y ha ayudado a desarrollar trabajos importantes, ha sido menos útil para cumplir con su propósito, que concuerda con una constante preocupación del pensamiento latinoamericano: estudiar la «dominación y la subordinación no solo en el pasado, sino también en el presente».²⁵ La cuestión es desarrollar las categorías para perseguir este fin.

A modo de conclusión

Se trata no solo de ver lo que no se ha visto, sino ver cómo no se ha visto. Creo que la inclusión de reflexiones sobre y desde las Américas servirá para integrar el estudio de distintas modalidades de dominación en el pasado y en el presente, pero solo en la medida en que ayude a superar los límites y las polarizaciones conceptuales que caracterizan, en la actualidad, los estudios culturales y poscoloniales en los

centros metropolitanos y en sus áreas de influencia —su sentido común hegemónico. Para ello es necesario no solo observar la experiencia de las Américas de acuerdo con las ópticas posmodernas y poscoloniales, sino transformar esas perspectivas por medio de una confrontación con la experiencia de América y sus riquísimas reflexiones. Si hasta ahora la crítica del eurocentrismo ha servido para desmitificar el conocimiento producido en un mundo colonizado por Europa, en la coyuntura actual la crítica de lo que he llamado «globocentrismo» debe desmontar los discursos y conocimientos a través de los cuales se ejerce el poder y se establecen diferencias en un mundo globalizado y dominado por nuevos centros de poder.²⁶ Al mismo tiempo, esta crítica, nutriéndose de las múltiples respuestas que está encontrando el imperialismo global, desde variadísimos «bolsones de resistencia», serviría para entrelazarlos.

Estos fragmentos sobre el imperialismo global intentan haber contribuido a este objetivo. Aspiro a que una concepción amplia del imperialismo ayude no solamente a expandir la discusión sobre la globalización y el imperialismo, sino a redefinir sus términos. Toda discusión terminológica corre el riesgo de desplazar la discusión de realidades concretas hacia estratosferas semánticas, donde el mundo, de pronto, aparece distante y claro a la vez. Tal vez se pueda reducir ese riesgo aterrizando en los campos de lucha de la historia, donde las palabras participan en la realización de distintas visiones de lo posible, y cargan con el sentido de sus consecuencias. Con respecto a esta responsabilidad de la palabra frente a la historia, el artículo de Marcos sobre la «Cuarta guerra mundial» es también ejemplar. Marcos no menciona al imperialismo por su nombre, a pesar de que no hace sino hablar de él y reaccionar contra sus efectos. Valga recordar la conocida observación de Jorge Luis Borges sobre la ausencia de camellos en el Corán: un hecho tan familiar que no requiere ser nombrado prueba la autenticidad del texto. Mientras el imperialismo siga vigente, ojalá que, en el campo académico, su ausencia como categoría llegue a expresar el sentido común con que lo afrontamos, y no los silencios del sentido común imperial.

Notas

1. Este ensayo es una versión revisada de un trabajo que presenté en la Conferencia sobre imperialismo, organizada en el Torcuato di Tella, en Buenos Aires. Mi agradecimiento especial a Ricardo Salvatore, cuyas agudas observaciones me ayudaron a mejorarlo.

2. Rossana Rossanda, en *Il Manifesto*, Roma, 2001.

3. Bruce Cumings, «Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name», *Radical History Review*, n. 57, 1993, p. 47; Gil

- Joseph, «Towards a New Cultural History of U. S.-Latin American Relations», *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U. S.-Latin American Relations*, Duke University Press, Durham, 1998, p. 6.
4. Gil Joseph, ob. cit.
5. Jorge Klor de Alva, «The Postcolonization of the (Latin) American Experience: A Reconsideration of “Colonialism”, “Postcolonialism”, and “Mestizaje”», en Gyan Prakash, ed., *After Colonialism. Imperial Histories and Postcolonial Displacements*, Princeton University Press, Princeton, 1992, p. 247.
6. Subcomandante Marcos, «La Cuarta guerra mundial ha empezado», *Le Monde Diplomatique*, 1 de agosto de 1997, pp. 4-5.
7. Vladimir I. Lenin, *Imperialism. The Highest Stage of Capitalism*, Editorial Progreso, Moscú, 1950.
8. Karl Kautsky, «Imperialism», *New Left Review*, v. LIX, Londres, 1970, pp. 39-46.
9. Eric J. Hobsbawm, «Addressing the Questions», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 73-5.
10. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, 2000.
11. Harry Magdoff, «Comments on Imperialism», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 76-81; Harry Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.
12. Michael Geyer, «Concerning the Question: Is Imperialism a Useful Category of Historical Analysis?», *Radical History Review*, n. 57, 1993, pp. 65-72.
13. Hans Kohn, *Nationalism and Imperialism in the Hither East*, Fertig, Nueva York, 1969.
14. Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, NLB, Londres, 1974, p. 9.
15. Leo Panitch, «The New Imperial State», *New Left Review*, n. 2, Londres, 2000, pp. 5-20.
16. Aníbal Quijano, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Edgardo Lander, ed., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2000, pp. 201-46.
17. Walter D. Mignolo, *Local Histories, Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*, Princeton University Press, Princeton, 2000.
18. Fernando Coronil, «Towards a Critique of Globalcentrism: Speculations on Capitalism's Nature», *Public Culture*, v. 12, n. 2, 2000, pp. 351-74.
19. Pablo González Casanova, «Internal Colonialism and National Development», *Studies in Comparative International Development*, v. 1, n. 4, 1965, pp. 27-37; Rodolfo Stavenhagen, «Classes, Colonialism and Acculturation. Essay on a System of Inter-ethnic Relations in Mesoamerica», *Studies in Comparative International Development*, v. 1, n. 6, 1965, pp. 53-77.
20. Immanuel Wallerstein et al., *Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*, Stanford University Press, Stanford, 1996.
21. Fernando Coronil, «Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales», *Casa de las Américas*, n. 214, La Habana, 1996, pp. 21-49.
22. Edward Said, *Culture and Imperialism*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1993.
23. Peter Hulme, «La teoría poscolonial y la representación de la cultura en las Américas», *Casa de las Américas*, n. 202, La Habana, 1996, pp. 3-8.
24. John Beverly, *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*, Duke University Press, Durham, 1999, p. 5.
25. Ibídem, p. 7.
26. Fernando Coronil, «Towards a Critique of Globalcentrism...», ob. cit.
- © TEMAS, 2003.

El capitalismo global y el imperio norteamericano

Leo Panitch y Sam Gindin

Profesores. Universidad de York, Toronto.

El imperialismo norteamericano [...] se ha vuelto admisible y atractivo, en parte por la insistencia en que no es imperialista.

Harold Innis, 1948

El imperio norteamericano ya no es algo que se oculte. En marzo de 1999, la portada del *New York Times Magazine* exhibía un gigantesco puño cerrado, pintado con las franjas y estrellas de la bandera de los Estados Unidos, debajo del cual se leían las palabras: «Lo que el mundo requiere ahora: para que funcione la globalización, Norteamérica no puede tener miedo de actuar como la superpotencia todopoderosa que es». Así se anunciaba el *Manifiesto por un mundo rápido*, de Thomas Friedman, que instaba a los Estados Unidos a cumplir su papel de agente encargado de poner en vigor el orden global capitalista: «la mano oculta del mercado jamás funcionará sin un puño oculto [...] el puño oculto que mantiene seguro al mundo para las

tecnologías del Valle de la Silicona se llama Ejército, Fuerza Aérea, Marina y Cuerpo de Infantería de Marina de los Estados Unidos». Cuatro años después, en enero de 2003, cuando ya dejó de haber razón para simular que el puño estaba oculto, la portada completa del *Magazine* anunciaba un ensayo de Michael Ignatieff con las siguientes palabras:

El imperio norteamericano. Acostúmbrense a él: ¿Qué otra palabra, que no sea «imperio» describe esa cosa imponente en la que Norteamérica se está convirtiendo? [...] Ser una potencia imperial [...] significa hacer cumplir el orden existente en el mundo, y hacerlo en interés de Norteamérica.¹

Desde luego, los estrategas del Estado norteamericano ya habían tomado ese rumbo. Entre los más próximos al ala del Partido Demócrata en el poder, Zbigniew Brzezinski no anduvo con remilgos en su libro *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives* [El gran tablero de ajedrez: la primacía norteamericana y sus imperativos geoestratégicos], aparecido en 1997, cuando afirmó que «los tres grandes imperativos de la estrategia geopolítica son impedir las confabulaciones y mantener a los vasallos dependientes en lo que respecta a su seguridad,

Este ensayo, enviado por sus autores especialmente para esta edición de *Temas*, será publicado en inglés en el volumen *The New Imperial Challenge*. *Socialist Register* 2004, Merlin Press, Londres, 2003.

conservar dóciles a los que pagan tributo y evitar que los bárbaros se junten».² Ese mismo año, los intelectuales del Partido Republicano que más tarde redactarían la estrategia de seguridad nacional del gobierno de Bush fundaron el proyecto «Para un nuevo siglo norteamericano», con el objetivo de hacer del arte de gobernar el principio rector explícito de la política norteamericana.³

Hoy en día, la mayor parte de los análisis que podrían tenerse como serios y que justifican el uso del término «imperio», en relación con los Estados Unidos, en realidad apenas parten de una analogía, implícita o explícita, con la Roma imperial. Pero una analogía no es una teoría. Resulta sorprendente la ausencia de enfoques serios desde la perspectiva de la economía política o de algún patrón de determinación histórica que pudieran explicar el surgimiento y reproducción del actual imperio norteamericano, así como las dimensiones de la opresión y explotación estructurales que de él derivan.

Esto podría servir de profundo recordatorio de por qué los marxistas fueron los primeros que teorizaron en torno al imperialismo, a lo largo de la mayor parte del siglo xx. No obstante, tal como dijera un destacado marxista indio, Prabhat Patnaik, en su ensayo «Whatever Happened to Imperialism?» [¿Qué se hizo del imperialismo?], a la altura de 1990 el tema había «prácticamente desaparecido de las páginas de la prensa marxista», e incluso los marxistas parecían «confundidos cuando se mencionaba el término». Esto tuvo costos severos para la izquierda. El concepto de imperialismo siempre ha sido especialmente importante para ella, tanto por sus cualidades emotivas y movilizadoras como por las analíticas. En efecto, para Patnaik, más que «un silencio motivado, en teoría, por la autocohibición», fue «el hecho de que el imperialismo se hubiera vuelto tan hábil para “manejar” los potenciales desafíos a su hegemonía [lo que] nos hizo indiferentes a su omnipresencia».⁴ Sin embargo, este silencio de la izquierda sobre el tema también reflejaba los graves problemas analíticos que presentaba la vieja teoría marxista sobre el imperialismo. Tal como arguyera Giovanni Arrighi en 1978, «a la altura de fines del decenio de los 60, lo que en otros tiempos fuera el orgullo del marxismo —la teoría del imperialismo— se había convertido en una Torre de Babel, en la que ya ni siquiera los marxistas podían evitar extraviarse».⁵

La confusión se hizo patente en los debates que tuvieron lugar a principios de la década de los 70 —última vez en que el concepto de imperialismo fue de uso bastante corriente entre la izquierda— en torno a la identificación de las contradicciones del capitalismo contemporáneo. Algunos miraban casi exclusivamente en dirección al Tercer mundo, y atribuían a su resistencia

frente al imperialismo un valor absoluto, como fuente generadora de las transformaciones.⁶ Otros ponían el énfasis en las crecientes contradicciones del mundo capitalista desarrollado, con lo cual daban la impresión de que la «hegemonía» norteamericana estaba declinando. Este último vino a ser el punto de vista prevaleciente, y hacia mediados del decenio de los 80, la noción de que «la erosión del poderío económico, político y militar norteamericano es incuestionable» llegó a convertirse en un lugar común.⁷ Aunque muy pocos retomaron el enfoque de la vieja teoría marxista de rivalidad interimperialista, que sugería una prueba de fuerza militar, se esperaba una era de intensa rivalidad regional. Tal como lo expresaban Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, lo único que podía «predecirse con seguridad» era que, sin un poder hegemónico, «la economía mundial seguirá careciendo de un líder indiscutido».⁸ La noción muy difundida de que el poderío del Estado nacional se había marchitado en la era de la globalización contribuyó a la confusión.⁹

No era poca la ironía en el hecho de que tantas personas de la izquierda continuaran volviéndole la espalda a lo que creían una noción pasada de moda respecto al imperialismo, justo en el momento en que, de nuevo, se pusiera de moda en el *New York Times*. Pero poco después del cambio de siglo, con la confesión del propio Estado norteamericano sobre su papel imperial, el término regresó a los labios de toda la gente de izquierda. La popularidad del libro *Empire [Imperio]*, de Michael Hardt y Antonio Negri, reflejó la nueva coyuntura. Su argumento marxista posmoderno de que había que reanimar el materialismo histórico sobre la base de una teoría del imperialismo totalmente distinta de la antigua no estaba desprovisto de perspicacia, pero su insistencia en que «los Estados Unidos no pueden —ni, de hecho, puede ningún Estado hoy día— convertirse en el centro de un proyecto imperialista», pronto resultó estar él mismo extrañamente fuera de sincronía con los tiempos.¹⁰ Porque lo que se requiere ahora, por encima de todo, es una nueva teorización sobre el imperialismo que nos permita comprender cómo ocurrió que el imperio norteamericano consiguió incorporar a sus rivales capitalistas, y supervisó la expansión de las relaciones sociales capitalistas a todos los rincones del globo terráqueo. La cuestión de qué hizo verosímil la insistencia del Estado norteamericano en que no era imperialista, y el modo en que ello se puso en marcha y se institucionalizó, deben ser asuntos centrales en ese proyecto; y, a la inversa, qué ha hecho, en la actualidad, inverosímil la insistencia del Estado norteamericano en que no es imperialista, y qué implicaciones tiene ahora, para haber dejado de ser atractivo, el hecho de haberse quitado la máscara.

La lógica de la globalización

El capitalismo tiene una lógica estructural que tiende a su globalización. Fue célebre la forma en que Marx captó esta lógica al describir, en el *Manifiesto comunista*, un futuro que se parece pasmosamente a nuestro presente: «La necesidad de un mercado en expansión constante para sus productos empuja a la burguesía a recorrer toda la superficie de la Tierra. Tiene que anidar en todas partes, asentarse en todas partes, establecer conexiones en todas partes [...] crear un mundo a su imagen y semejanza». Pero al afirmar la anticipación de Marx a este respecto se corre el riesgo de tratar lo que ahora llamamos globalización, y sus formas específicas, como inevitables e irreversibles. Hay que recordar que las palabras de Marx también parecían aplicarse a fines del siglo XIX, cuando, tal como observó Karl Polanyi, «solo un lunático hubiera puesto en duda que el sistema económico internacional era el eje de la existencia material de la raza humana».¹¹ No obstante, tal como Polanyi se preocupó por explicar, lejos de proseguir ininterrumpidamente, ya había indicaciones de que el sistema económico internacional de aquel tiempo estaba en etapas tempranas de disolución, y pronto colapsaría como consecuencia de dos horrendas guerras y la implosión de la Gran Depresión.

En la posguerra, la reconstrucción del orden mundial capitalista fue una respuesta directa por parte de los principales Estados capitalistas al previo fracaso de la globalización. A través de la infraestructura de Bretton Woods para un nuevo orden de comercio liberal, la lógica dinámica de la globalización capitalista de nuevo se desencadenó. Durante la breve «época dorada» de la posguerra —mediante el aceleramiento del comercio, el nuevo grado de inversión extranjera directa, y la creciente internacionalización de las finanzas— esta se reanimó. Y se vigorizó aún más mediante la respuesta neoliberal a la crisis económica de los 70. El desenlace de esta crisis mostró que los efectos de las crisis estructurales en la acumulación internacional no son predecibles *a priori*. De las tres grandes crisis estructurales del capitalismo, la primera (posterior al decenio 1870-1879) aceleró la rivalidad interimperialista y condujo a la Primera guerra mundial y a la revolución, al tiempo que la segunda crisis (la Gran Depresión), de hecho revirtió la trayectoria internacionalizadora del capitalismo. Sin embargo, la crisis de principios del decenio de los 70 tuvo como resultado *una profundización, un aceleramiento y una extensión* de la globalización capitalista que, al promover la competencia interregional, no producía nada parecido a la vieja rivalidad interimperial.

Lo que sugiere esta errática trayectoria desde el siglo XIX hasta el XXI es que el proceso de globalización no es ni inevitable (como se diera convencionalmente

por sentado a fines del siglo XIX, y tal como vuelve a darse hoy) ni imposible de sostener (como arguyeran Lenin y Polanyi, cada uno a su manera). El asunto es que hay que distinguir entre la lógica estructural del capitalismo y su historia real. Un orden capitalista global siempre constituye un constructo social contingente: hay que problematizar el desarrollo y la continuidad reales de semejante orden. Dentro del marxismo, al igual que en muchos análisis burgueses, existe una tendencia a escribir teorías en presente. Pero no debemos teorizar, en torno a la historia, de modo tal que la trayectoria del capitalismo parezca un simple derivado de leyes económicas abstractas. En lugar de ello, tal como lo ha planteado correctamente Philip McMichael, tenemos que

historizar la teoría y problematizar la globalización como una relación inmanente del capitalismo, pero con relaciones materiales (sociales, políticas y medioambientales) claramente inequívocas a lo largo del tiempo y del tiempo-espacio [...] La globalización no es, sencillamente, el despliegue de las tendencias capitalistas, sino un proyecto históricamente inequívoco, conformado, o complicado, por las relaciones contradictorias de episodios previos de globalización.¹²

Por encima de todo, la realización —o frustración— de las tendencias globalizantes del capitalismo no puede entenderse separada del papel desempeñado por los Estados que, históricamente, han constituido el mundo capitalista. El ascenso del capitalismo resulta inconcebible sin el papel que desempeñaron los Estados europeos en el establecimiento de los marcos legales e infraestructurales para la propiedad, el contrato, la moneda, la competencia y el trabajo asalariado dentro de sus propias fronteras, al tiempo que generaban también el proceso de desarrollo desigual y la construcción concomitante de razas en el mundo moderno. Esto ya había llegado tan lejos entre mediados y fines del siglo XIX, que cuando el capital se expandió más allá de las fronteras de un determinado Estado-nación europeo, era recibido en los ordenamientos capitalistas que estaban siendo establecidos —o estaban justo a punto de serlo— por otros Estados europeos, o se expandía dentro del marco de un imperio formal o informal. Pero se requería más que esto para sostener la tendencia del capital a la expansión global. Al mismo tiempo, no existían medios adecuados de regulación global capitalista, por lo cual la economía internacional y sus patrones de acumulación quedaban fragmentados, y de ahí que alimentaran la rivalidad interimperial que condujo a la Primera guerra mundial.

Las teorías clásicas del imperialismo desarrolladas en aquellos tiempos —de Hobson a Lenin— se basaban en una teoría sobre las crisis capitalistas. Ese fue un error fundamental que, desde entonces, siguió trastornando la correcta comprensión del proceso. Las teorías clásicas eran defectuosas en su tratamiento de

las dinámicas de la acumulación de capital, y en el modo en que elevaban al nivel de ley inmutable de globalización capitalista, un momento coyuntural de rivalidad interimperial. No se requiere una teoría sobre las crisis para explicar por qué las tendencias expansionistas del capitalismo adoptaron una forma imperial. A fines del siglo XIX y principios del XX, las mismas presiones y estrategias competitivas, así como las oportunidades y capacidades emergentes, que condujeron a las unidades individuales del capital a salirse de sus ubicaciones originales en una aldea o poblado específicos, también impulsaron y facilitaron su cruce de fronteras. Si los capitalistas miraron en dirección a los mercados extranjeros o a la exportación de capital, no fue tanto porque la centralización y la concentración del capital hubieran marcado el comienzo de una nueva etapa («capital financiero» o «capital monopólico») signada por el índice decreciente de ganancias, sobreacumulación y/o subconsumo, sino porque aceleraron el funcionamiento normal del capitalismo como modo de producción.

Los teóricos clásicos del imperialismo, de principios del siglo XX, no solo se equivocaron al sobrevalorar la escala de la exportación de bienes y capitales al Tercer mundo —el propio subdesarrollo de este último lo limitaba—, sino que también fueron especialmente incapaces de apreciar desarrollos claves en los principales países capitalistas. En vez de un agotamiento de las posibilidades de consumo en el seno de los principales países capitalistas, lo que caracterizaba entonces al capitalismo eran las formaciones de clase obrera emergente, capaces de lograr niveles crecientes de consumo privado y público. En lugar de que la concentración de capital limitase la introducción de nuevos productos y oportunidades de inversión, la propia desigualdad de la competencia y del desarrollo tecnológico en marcha introducía nuevas perspectivas para la acumulación interna: el capital no solo se expandía al extranjero, sino que había una profundización de este dentro del país. Lejos de ser la etapa superior del capitalismo, lo que estaban observando estos teóricos era (como resulta obvio ahora) una fase relativamente *temprana* del capitalismo. Esto era referido no solo a patrones de consumo, flujos financieros y competencia, sino en cuanto al grado limitado de inversión extranjera directa de aquel entonces y los muy rudimentarios medios que, hasta ese momento, se habían desarrollado para manejar las contradicciones asociadas a la internacionalización del capitalismo. Desgraciadamente, muchos marxistas siguieron usando ese mismo tipo de teoría de la crisis para entender todas las manifestaciones del imperialismo a lo largo del siglo subsiguiente.

Sin embargo, el error de estos teóricos radicó especialmente en su tratamiento reduccionista e instrumental del Estado. El imperialismo capitalista tiene que ser teorizado como una extensión de la teoría del Estado capitalista, y no de la teoría de las crisis. También aquí tenemos que comenzar por historiar la teoría, comenzar por romper con la noción convencional de que el surgimiento del Estado imperialista moderno coincidió con la etapa de concentración y financiamiento industriales asociados al «capital financiero» del cambio de siglo. De hecho, el tránsito a la forma moderna de imperialismo podría ubicarse en la articulación, por parte del Estado británico, de su viejo imperio formal mercantil con el imperio informal que engendró a mediados del siglo XIX, durante la era del «libre comercio». La teoría del imperialismo de Schumpeter, según la cual este reflejaba el papel atávico en el seno del capitalismo, de clases explotadoras y guerreras precapitalistas, y el concepto de Kautsky y de Lenin referido a que el capital industrial británico de mediados del siglo XIX y su política de libre comercio reflejaban un capitalismo «puro» que era antitético, o al menos «indiferente», respecto a la expansión imperial, derivaban de una interpretación simplista de la separación entre lo económico y lo político bajo el capitalismo. Aquí radica el núcleo de la noción de que el remplazo de la era de libre competencia por la del capital financiero había puesto fin a esa separación y conducido a la expansión imperialista, la rivalidad y la guerra entre los principales Estados capitalistas.

Al igual que las discusiones contemporáneas sobre la globalización, en el contexto de políticas neoliberales de «libre mercado», los relatos marxistas clásicos de la era de libre mercado del siglo XIX y su sucesora, la era de la rivalidad interimperial, también contraponían confusamente las nociones de «Estados» y «mercados». En ambos casos, se pone de manifiesto una incapacidad para darse cuenta del papel crucial del Estado en la creación y puesta en funcionamiento de los «mercados libres». Tal como el llamado *laissez-faire*, bajo el capitalismo industrial de mediados del siglo XIX contemplaba un Estado altamente activo que realizara la separación formal entre lo político y lo económico, y que definiera y patrullara las relaciones sociales internas de un orden plenamente capitalista, así también la política exterior de libre mercado contempló una extensión del papel imperial del Estado junto con todas estas dimensiones.

El lugar del Estado norteamericano

El lugar central que el Estado norteamericano ha venido a ocupar en el capitalismo global descansa sobre

El imperialismo capitalista tiene que ser teorizado como una extensión de la teoría del Estado capitalista, y no de la teoría de las crisis.

una convergencia particular de estructura e historia. En abstracto, podemos identificar instituciones específicas que reflejan el poder estructural del capitalismo. Pero en lo tocante a qué impide que semejantes instituciones emerjan y qué abre la puerta (si acaso algo la abre) a su desarrollo, es cuestión de coyunturas históricas. La fase crucial en la reconstrucción del capitalismo global —tras los rompimientos preliminares, y antes de la reconstitución en el último cuarto del siglo xx— ocurrió durante la Segunda guerra mundial y después de esta. Solo después de los desastres de la Gran Depresión y la Segunda guerra mundial (y como una respuesta aprendida por el Estado, a la luz de ellos) alcanzó la globalización capitalista una nueva vida. No obstante, esto dependió del surgimiento y evolución histórica desigual de un *agente* singular: el Estado imperial norteamericano. Esto no tuvo que ver con la teleología, sino con la historia capitalista.

El papel que el Estado norteamericano llegó a desempeñar no era inevitable ni fue meramente accidental. La capacidad que desarrolló para «conjugar» su «poderío *particular* con la tarea *general* de coordinación» de tal manera que reflejaba «la matriz particular de su propia historia social», tal como lo expresara recientemente Perry Anderson, se basaba en «el poder de atracción de los modelos norteamericanos de producción y cultura [...] cada vez más unificados en la esfera del consumo». Ahí convergían, de un lado, el invento en los Estados Unidos, primero, de la forma corporativa moderna; segundo, de la «gerencia científica» del proceso laboral y, tercero, de la producción masiva de la línea de ensamblaje; y del otro, «la narrativa y los esquemas visuales» al estilo de Hollywood, «desnudados hasta sus formas más abstractas», atrayendo y agregando inmigrantes mediante «la simplificación y repetición dramáticas». ¹³ El dinamismo del capitalismo norteamericano y su atractivo para el mundo entero se combinaron con el lenguaje universalista de la ideología democrática liberal norteamericana para apuntalar, de este modo, una capacidad para el imperio informal que trascendía con mucho la del Estado británico del siglo xix.

Sin embargo, no fue solo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano, sino también la formación del Estado norteamericano lo que facilitó un nuevo imperio informal. Frente a la impresión de Anderson referida a que las estructuras constitucionales

del Estado norteamericano carecen del «poder transportador» que sí tienen sus estructuras económicas y culturales (como consecuencia de hallarse «amarradas a órdenes del siglo xviii»), se yergue la observación que formulara Thomas Jefferson en 1809 sobre el hecho de que «ninguna Constitución anterior fue jamás tan bien calculada con vistas al establecimiento de un extenso imperio y al autogobierno». ¹⁴ Hardt y Negri tenían razón en hacer remontar la prefiguración de lo que hoy es llamado «imperio» hasta la incorporación a la Constitución norteamericana del «poder en red» de Madison. Esto implicaba no solo controles y equilibrios en el seno del aparato estatal, sino la noción de que la incorporación de una mayor pluralidad de intereses a un Estado extensivo y expansivo garantizaría que las masas no tendrían ningún motivo común para unirse a fin de controlar a la clase gobernante, ni capacidad para hacerlo. Pero lejos de servir de base para el tipo de poder descentrado y amorfo que, según imaginan Hardt y Negri, caracteriza históricamente a los Estados Unidos (y al actual «imperio»), el marco constitucional del nuevo Estado atribuyó vastos poderes al gobierno central para que ampliase el comercio e hiciera la guerra. Tan tempranamente como en 1783, lo que George Washington ya mencionara ambiciosamente como «un imperio que surge» fue captado en la imagen del *Federalist Paper XI* [Documento Federalista no. 11] referido a «un gran sistema norteamericano, superior en el control de toda la fuerza o influencia trasatlántica, y capaz de dictar los términos en que se conectarían el nuevo mundo y el viejo». ¹⁵

El Estado que surgió de la alianza entre los mercaderes nortños y los granjeros comerciantes y dueños de plantaciones del Sur contra el imperio formal de Gran Bretaña, dio señales, desde sus inicios, de estar emprendiendo una trayectoria conducente al imperio informal. La forma inicial que esto adoptó fue la expansión territorial hacia el oeste, en gran medida mediante el exterminio de la población aborigen y la descarnada explotación no solo de la población negra esclava, sino también del campesinado de autoconsumo, lleno de deudas. Pero el hecho de que el nuevo Estado norteamericano se concibiese a sí mismo como el agente de la ampliación de la libertad republicana, y fuera ampliamente admirado por ello, estuvo en buena medida asociado al vínculo entre «el imperio ampliado y el autogobierno», que tenía sus raíces en la Constitución

federal. Entre las unidades políticas de la federación, «los derechos de los Estados» no eran un espejismo: reflejaban los dos tipos distintos de relaciones sociales —las esclavas y las libres— que componían cada oleada sucesiva de nuevos Estados. Esto condujo eventualmente a la Guerra civil, a la derrota de la plantocracia y a la disolución de la esclavitud; pero después, la Constitución federal sirvió de base para el dominio sin trabas de un capitalismo industrial dueño del mayor mercado doméstico del mundo, lo que obviaba cualquier tentación dirigida al establecimiento de un imperialismo formal por vía de la conquista territorial en el extranjero.¹⁶

Las tendencias expansionistas del capitalismo norteamericano en la segunda mitad del siglo XIX (que reflejaban presiones tanto por parte de los agricultores comerciantes domésticos como por parte de los industriales y financistas de la era posterior a la Guerra civil) estaban incluso más inclinadas a la adopción de modalidades informales que lo que en su momento estuviera el capitalismo británico, aunque no estuvieran basadas en una política de libre comercio. Pero las modalidades eran similares, y comenzaron mucho antes de la Guerra hispano-norteamericana de 1898, que generalmente se toma como la fecha que marca el comienzo de la expansión imperial hacia el exterior. Esto fue ampliamente refrendado por un documento audazmente llamado *An Indicator of Informal Empire* [Un indicador de imperio informal], preparado por el Centro de Análisis Naval, donde se dice que entre 1869 y 1897 la Marina de los Estados Unidos realizó no menos de 5 980 visitas a puertos, para proteger el transporte marítimo comercial norteamericano en Argentina, Brasil, Chile, Nicaragua, Panamá, Colombia y otros lugares de América Latina.¹⁷ Pero a través de la inversión extranjera norteamericana —a la que sirve de epítome el modo en que la Compañía Singer se estableció como primera corporación multinacional, saltando por encima de la barrera arancelaria canadiense para fundar una subsidiaria que produjera máquinas de coser para los prósperos granjeros cultivadores de trigo de Ontario—, el imperio informal norteamericano adoptó su forma propia.¹⁸ El establecimiento de colonias en Puerto Rico y Filipinas y la anexión de Hawai «constituyeron una desviación [...] de las formas económicas, políticas e ideológicas de dominio que hasta ese momento habían caracterizado al imperialismo norteamericano».¹⁹

La articulación del nuevo imperio informal norteamericano con la intervención militar que realizara Theodore Roosevelt en 1904 se expresó por la vía del ejercicio del «poder policial internacional», en ausencia de otros medios de control internacional, con el fin de establecer regímenes que supieran «cómo actuar con

eficacia y decencia razonables en asuntos sociales y políticos», y de garantizar que cada uno de esos regímenes «mantenga el orden y cumpla con sus obligaciones»:

Una nación deseosa tanto de asegurarse respeto para sí como de hacer el bien para con los demás —así lo declaró Roosevelt, en un lenguaje que ahora ha vuelto a tornarse muy familiar—, tiene que contar con una fuerza adecuada para realizar el trabajo que siente le corresponde como su porción del deber general del mundo [...] Un gran pueblo libre tiene el deber, para consigo mismo y para con toda la humanidad, de no hundirse en la impotencia frente a los poderes del mal.²⁰

La genialidad del Estado norteamericano para presentar su imperio informal en el marco de los derechos universales llegó a su apogeo con Woodrow Wilson. También alcanzó, durante la presidencia de este, el apogeo de la hipocresía, especialmente en la Conferencia de Paz de París, en la que Keynes concluyó que Wilson era «el mayor fraude de la tierra».²¹ En efecto, lo que determinó el juicio de Keynes no fueron solo las tendencias aislacionistas del Congreso de los Estados Unidos, sino la incapacidad del Departamento del Tesoro y de la Presidencia para asumir la responsabilidad de ponerse al frente de la reconstrucción de Europa tras la Primera guerra mundial.

La era del *New Deal*

No fue sino durante el *New Deal*, en medio de un colapso del capitalismo global al que no poco contribuyeron las políticas imperiales previas del Estado norteamericano, que este último comenzó a desarrollar la capacidad administrativa e ideológica para transformar y extender ampliamente su imperialismo informal. Pero el patrón de construcción del Estado de tiempos de guerra tuvo también una importancia crucial para que los Estados Unidos asumieran explícitamente la responsabilidad de volver a lanzar la globalización capitalista. Durante la guerra, «la influencia de los ejecutivos de corporaciones de la industria y las finanzas» en el seno del Estado obraron para producir un cambio «en las capacidades de los Estados Unidos, orientadas hacia la realización de objetivos intervencionistas internacionales en vez de objetivos intervencionistas domésticos».²² La profunda transformación del Estado norteamericano, que tuvo lugar en los 70, eventualmente hizo posible el capitalismo global de hoy día.

Después de la Segunda guerra mundial, la reconstrucción de los Estados que constituían el núcleo de la vieja rivalidad interimperial, así como la consiguiente multiplicación de nuevos Estados, trajeron como consecuencia la reanimación de las tendencias globalizadoras del capitalismo. Entre las variadas

dimensiones de esta nueva relación entre capitalismo e imperialismo, la más importante fue que las redes y los vínculos imperiales más densos, que antes se proyectaban en una dirección Norte-Sur, entre los Estados imperiales y sus colonias formales o informales, ahora se bosquejaban como vínculos entre los Estados Unidos y los Estados capitalistas ricos. Lo que el imperio informal de Gran Bretaña no consiguió en el siglo XIX, ahora lo logró el norteamericano, que pudo integrar bajo su égida a todas las demás potencias capitalistas en un sistema efectivo de coordinación. La devastación de las economías europea y japonesa, así como la débil legitimidad de sus clases gobernantes al final de la guerra, la ocupación militar norteamericana y la subordinación subsiguiente de todos los demás centros capitalistas importantes, son otros tantos factores que crearon una oportunidad sin precedentes en la historia, que ahora el Estado norteamericano estaba en condiciones de explotar, y dispuesto a hacerlo.

Aquí lo más importante fue la minuciosa atención que los departamentos del Tesoro y de Estado prestaron, durante la guerra, a los planes para relanzar un régimen comercial liberal coordinado y un orden financiero basado en reglas, mediante la manipulación de la condición de deudores de sus principales aliados, del completo dominio del dólar como moneda mundial, y del hecho de que 50% de la producción del planeta ahora tuviera que ver con la economía norteamericana. El Estado había estudiado y aprendido bien la lección, posterior a la Primera guerra mundial, de su incapacidad para combinar la retórica internacionalista liberal con su compromiso institucional en el manejo de un orden capitalista fuera de su propio hemisferio. A través del muy intrincado planeamiento conjunto de parte de las tesorerías británica y norteamericana durante la guerra —por ejemplo, mediante el proceso que condujo a Bretton Woods—, los norteamericanos dejaron bien claro que los británicos no solo estaban «aceptando cierta obligación de modificar su política interna a la luz de los efectos internacionales de esta sobre la estabilidad», sino también garantizando la liquidación del imperio británico al «arrojar a Gran Bretaña en los brazos de Norteamérica como una suplicante, y por tanto una subordinada; subordinación enmascarada por la ilusión de una «relación especial», que prosigue hasta el día de hoy».²³

Al fijarse las sedes del FMI y del Banco Mundial en Washington, por insistencia norteamericana, se estableció en todos los principales países capitalistas un patrón para la gerencia económica internacional, que continúa hoy, según el cual aun si los ministerios de finanzas europeos o el japonés son los que proponen, el Departamento del Tesoro y la Reserva Federal norteamericanos son los que disponen. Los densos

vínculos institucionales que atan a esos Estados al imperio norteamericano también fueron institucionalizados, desde luego, a través de la OTAN, por no mencionar las redes en forma de rayos de ruedas, que asocian a cada uno de los otros Estados capitalistas principales con los aparatos de inteligencia y seguridad de los Estados Unidos como parte de la estrategia de contención del comunismo durante la Guerra fría. Sin embargo, la mayoría de quienes ponen énfasis en los vínculos del Estado norteamericano con los aparatos coercitivos de Europa y Japón,²⁴ no consiguen contemplar lo profundamente que el «sistema de protectorado» norteamericano, como lo llama Peter Gowan, de hecho «alteró el carácter del núcleo capitalista». Porque el sistema conllevaba la

transformación interna de las relaciones sociales dentro de los protectorados en la dirección del sistema «fordista» norteamericano de acumulación [que] abrió la posibilidad de una vasta extensión de sus *mercados internos*, en los que la clase obrera funcionaba no solo como fuente de plusvalía ampliada, sino también como un centro de consumo cada vez más importante para *la realización* de la plusvalía.²⁵

Pero aunque el nuevo imperio informal permitía a los demás Estados del núcleo actuar como «centros organizativos autónomos de acumulación de capital», la emulación de las formas tecnológicas y gerenciales «fordistas» norteamericanas —inicialmente organizadas y canalizadas a través de los «consejos de productividad» conjuntos de la posguerra—, fue masivamente reforzada por la penetración de la inversión extranjera norteamericana directa en esos Estados. También aquí, el núcleo de la red imperial norteamericana se desplazó hacia los países capitalistas avanzados, de modo que entre 1950 y 1970, la porción del total de las inversiones extranjeras directas norteamericanas dedicada a América Latina decreció de 40 a 20%, al tiempo que la de Europa occidental creció en más del doble, hasta igualar a la canadiense, que era de 30%. No causaba mucha sorpresa que algunos agudos observadores externos, desde Raymond Aron hasta Nicos Poulantzas, señalaran una tendencia europea a la «canadización» como modelo de integración a ese imperio.²⁶

Por supuesto, nada de esto significaba que la dimensión Norte-Sur del imperialismo perdiera su importancia, pero sí que las relaciones de los demás países del núcleo capitalista con el Tercer mundo, incluidas las que mantenían con sus ex colonias, quedaban imbricadas en el dominio imperial informal norteamericano. Los países capitalistas del núcleo podrían seguir beneficiándose de la grieta Norte-Sur, pero cualquier intervención (como se demostró en Suez) tendría que ser, o bien iniciada por Norteamérica o al menos tener la aprobación norteamericana. Aunque el dominio imperial informal parecía ubicar al Tercer

mundo y a los países del núcleo capitalista en el mismo pie político y económico, tanto el legado del viejo imperialismo como el vasto desequilibrio de recursos entre el Plan Marshall y la ayuda mundial al desarrollo, reprodujeron las desigualdades globales. El espacio que se concedía a los Estados europeos para que desarrollaran una coherencia económica y crecientes mercados domésticos en la era de la posguerra (y los Estados Unidos también alentaban explícitamente la integración económica europea) contrastaba con la impaciencia norteamericana respecto, incluso, a las estrategias de industrialización que implicasen sustitución de importaciones por parte de Estados del Sur, por no mencionar su hostilidad hacia los enfoques amplios y planificados de desarrollo con un tipo de base económica autocentrada, que los propios Estados capitalistas avanzados se habían autoasegurado de practicar antes de adoptar un orden económico liberal. El resultado predecible —dados los límites impuestos al desarrollo de los mercados internos y las implicaciones del hecho de que todos los Estados del Tercer mundo estuvieran compitiendo para penetrar los mercados internacionales—, fue que las desigualdades globales aumentaron, aunque unos pocos Estados del Tercer mundo, como Corea del Sur, consiguieron usar el espacio que el nuevo imperio les concedía, por razones geoestratégicas, para desarrollarse rápidamente y disminuir la brecha.

La nueva forma de dominio —no solo en el mundo capitalista avanzado, sino también en las regiones del Tercer mundo donde aquel ejercía su dominación—, se caracterizó por la penetración de las fronteras, no por su disolución. El orden capitalista global no se organizaba y regulaba ahora mediante la expansión territorial del imperio formal, sino más bien a través de la reconstitución de Estados como elementos integrales de un imperio norteamericano informal. Los Estados nacionales siguieron siendo los vehículos primarios a través de los cuales: a) las relaciones sociales y las instituciones de clase, propiedad, moneda, contrato y mercados se establecieron y reprodujeron; y b) la acumulación internacional de capital se llevó a efecto. La vasta expansión de la inversión extranjera directa por todo el mundo, sean cuales fuesen las porciones regionales cambiantes del total, lejos de significar que el capital se le escapaba al Estado, amplió la dependencia a la que quedaban reducidos *muchos* Estados. A la vez, el capital, como fuerza social efectiva dentro de cualquier Estado dado, ahora tendía a incluir tanto el capital extranjero como el capital doméstico con vínculos y ambiciones internacionales. Esta interpenetración volvió cada vez más anacrónica la noción de una burguesía nacional identificable —al menos fuera de los Estados Unidos.

Otra dimensión más de la nueva relación entre capitalismo e imperio fue la *internacionalización del Estado*,

entendida como el grado en que un Estado dado interioriza la responsabilidad de administrar su orden capitalista doméstico en formas que contribuyan a la administración del orden capitalista global.²⁷ Para el Estado imperial norteamericano, sin embargo, la internacionalización del Estado tuvo una cualidad especial. Implicó la definición del interés nacional desde la perspectiva de actuar no solo en aras de su propia clase capitalista, sino también de la extensión y reproducción del capitalismo global. La manera de establecer lo que ello requería siguió reflejando la particularidad del Estado y la formación social de Norteamérica, pero esbozó, cada vez más, una inflexión hacia lo declarado en 1947 por el presidente Harry S. Truman, en el sentido de que «el sistema norteamericano podría sobrevivir en Norteamérica solo si se convertía en un sistema mundial».²⁸ Esto fue resumido en el documento de Seguridad Nacional NSC-68, de 1950, que definió el objetivo de construir «un ambiente mundial donde el sistema norteamericano pueda sobrevivir y florecer [...] Incluso si no existiera la Unión Soviética, enfrentaríamos el gran problema [de que] la ausencia de orden entre las naciones se está volviendo cada vez menos tolerable».²⁹

Sin embargo, la nueva relación integral que se desarrolló entre el imperio norteamericano y el capitalismo global no podía reducirse a una imposición (y mucho menos solamente coercitiva) en una sola dirección. Con frecuencia la relación podía caracterizarse más adecuadamente mediante la frase «imperialismo por invitación». Pero aunque a menudo esto presuponia el consentimiento activo de la ciudadanía de un país, la noción de una hegemonía *de Estado* norteamericana (opuesta a hegemonía cultural o económica) solo definía adecuadamente la relación que se desarrolló entre ella y otros Estados y clases dirigentes. El consentimiento activo de las masas al dominio imperial, incluso informal, siempre estuvo mediado por la legitimidad que cada Estado podía asegurarse para sí, y también concitar, en beneficio de cualquier proyecto particular del Estado norteamericano. Tampoco este se responsabilizó con la incorporación —en el sentido gramsciano de hegemonía—, de las necesidades de las clases subordinadas de otros Estados en el seno de su propia construcción de dominio imperial informal. Hoy se está demostrando que esta dimensión del nuevo orden imperial tiene consecuencias particularmente importantes en la coyuntura actual.

La «reconstrucción»

Este patrón de dominio imperial se estableció en el período de reconstrucción de la posguerra, un período que, a pesar de todo el dinamismo económico de «la

era dorada», era inherentemente transitorio. La propia noción de «reconstrucción» planteó la pregunta de qué podía sobrevenir después de que las economías europeas y la japonesa se reconstruyeran y se hicieran competitivas respecto a la norteamericana, una vez agotadas las circunstancias benignas de los años de posguerra, tan centrales a uno de los más impresionantes períodos de crecimiento de la historia del mundo.³⁰ Además, el auge del nacionalismo en el Tercer mundo (en vísperas de la descolonización de los viejos imperios, que el Estado norteamericano generalmente alentó), y el aumento de la militancia de la clase obrera en los países del núcleo capitalista (casi en condiciones de pleno empleo), estaban destinados a influir sobre las ganancias del capital.

En menos de una generación, las contradicciones inherentes al acuerdo de Bretton Woods quedaron al descubierto. Cuando llegó el momento, en 1958, en que todas las monedas europeas fueron plenamente convertibles, casi todas las premisas del acuerdo de 1944 estaban siendo cuestionadas. Las tasas de cambio estables, fijadas por ese acuerdo, dependían de controles de capital que todos los países, excepto los Estados Unidos, conservaron después de la guerra.³¹ Sin embargo, la mera internacionalización del comercio y de la inversión extranjera directa que promovía Bretton Woods —junto con evoluciones domésticas en las hipotecas, los créditos, la competencia y la innovación dentro de los Estados Unidos, que fortalecieron la capacidad del sector financiero—, contribuyó a la restauración de un mercado financiero global, a la correspondiente erosión de controles de capital, y a la vulnerabilidad de las tasas de cambio fijas.³²

Las posibilidades de regresar a la fragmentación y el colapso económicos del período de entreguerras fueron discutidas extensamente a principios de los 60, en la medida en que la economía norteamericana pasó de la condición de acreedora a deudora; en que el dólar cambió, de divisa de existencias desesperadamente escasas a divisa en excedente; y el patrón oro del dólar, enraizado en Bretton Woods, se desmoronó.³³ Sin embargo, no se reditó el pasado. La dominación norteamericana, jamás desafiada en lo fundamental, se reorganizaría sobre nuevas bases, y la integración internacional no retrocedió, sino que se intensificó. Esta reconstitución del orden global, al igual que otros acontecimientos más tempranos en el seno del capitalismo global, no fue inevitable. Lo que la hizo posible —lo que le brindó al Estado norteamericano tiempo y espacio político para renovar sus ambiciones globales— fue que, a la altura de la crisis de principios de los 70, la penetración/integración de Europa y Japón por parte de Norteamérica fue suficientemente omnipresente como para descartar cualquier retroceso

de la economía internacional o cualquier desafío fundamental al papel de liderazgo del Estado norteamericano.

Los Estados Unidos, por supuesto, se habían establecido como el protectorado militar de Europa y Japón, y estos eran cada vez más dependientes de los mercados norteamericanos. Pero el factor crucial que cementó el nuevo vínculo imperial fue el papel cada vez más central de la inversión directa norteamericana, como forma adoptada para la exportación del capital y la integración internacional. Las corporaciones norteamericanas estaban evolucionando para convertirse en ejes de redes cada vez más densas en los países donde estaban establecidas y, cruzando las fronteras, entre abastecedores, financistas y mercados finales (se intensificó mucho el propio libre comercio como medio para garantizar redes de producción internacional aún más firmes). Incluso allí donde fue hostil la respuesta inicial al crecimiento de ese tipo de inversión, más adelante se impuso la competencia para atraerla, y luego, la emulación para enfrentar «el desafío norteamericano» mediante contra-inversiones en los Estados Unidos.

En este contexto, la internacionalización del Estado se volvió particularmente importante en el transcurso de las prolongadas, y a menudo confusas, renegociaciones que tuvieron lugar a lo largo del decenio de los 70 en relación con los términos que ataban a Europa y Japón al imperio norteamericano, desde fines de la Segunda guerra mundial. Estas negociaciones mostraron que los Estados nacionales de Europa y Japón habían aceptado la responsabilidad de crear las condiciones *internas* para la acumulación *internacional* sostenida (por ejemplo, precios estables, limitaciones a la militancia obrera, tratamiento nacional de la inversión extranjera, ausencia de restricciones a la salida de capitales). Las verdaderas tendencias que estaban operando a partir de la crisis de esa década fueron «las transformaciones interiorizadas del propio Estado nacional, que apuntaban a hacerse cargo de la internacionalización de las funciones públicas en beneficio del capital».³⁴ Al hacerlo, los Estados nacionales no estaban desdibujándose, sino adicionando nuevas responsabilidades.

No se trata de que hubieran visto con claridad lo que había que hacer exactamente. Las estructuras del orden establecidas con posterioridad a 1945 no brindaban, por sí solas, una solución a las presiones generalizadas sobre los índices de ganancia en los Estados Unidos y en Europa. No sugerían cómo Norteamérica podría reanimar su base económica para consolidar su gobierno. Tampoco incluían una respuesta a la pregunta de cómo podrían manejarse las tensiones

No fue solo la formación económica y cultural del capitalismo norteamericano, sino también la formación del Estado norteamericano lo que facilitó un nuevo imperio informal.

y las inestabilidades en un mundo en el que el Estado norteamericano no era omnipotente, sino que más bien dependía, para gobernar, de obrar a través de otros Estados. La naturaleza contingente del nuevo orden quedaba evidenciada en el hecho de que solo emergió una «solución» a fines de los 70, dos décadas completas después de los primeros síntomas de problemas, casi una década después de la crisis del dólar ocurrida a principios de ese decenio, y tras un prolongado período de arrancadas en falso, confusión y experimentación incierta.³⁵

La liberalización de las finanzas fortaleció enormemente a Wall Street durante los años 70 y fue crucial para los cambios más amplios que siguieron después. Sin embargo, esto no debe verse como algo que ocurriera a expensas del capital industrial. En lugar de ello, constituyó en general un reconocimiento, algo tardío, de parte del capital norteamericano en cuanto a que el fortalecimiento de las finanzas era un costo esencial, si bien a veces doloroso, para la reconstitución del poder económico de los Estados Unidos.

El «punto de viraje» crítico de la orientación política ocurrió en 1979 con el «trauma Volcker» —el programa autoimpuesto de ajuste estructural del Estado norteamericano. La determinación con que la Reserva Federal estableció una disciplina económica interna, al permitir que las tasas de interés subieran a niveles históricos sin precedentes, trajo la confianza que estaban buscando los mercados de dinero y las bancas centrales y conllevó la restructuración de la fuerza de trabajo y de la industria, consideradas cruciales. Junto con las políticas más generalmente neoliberales que evolucionaron hacia una alternativa coherente a lo largo de los 80, el renovado vigor impreso a las finanzas por el Estado sentó el escenario para lo que iba a conocerse popularmente como «globalización» —el aceleramiento del impulso en dirección a un mundo de acumulación capitalista sin costuras.

Los mecanismos del neoliberalismo podrían haber sido económicos (la ampliación y profundización de los mercados y de las presiones para la competencia), pero su esencia era una respuesta *política* a las conquistas democráticas logradas previamente por las clases subordinadas, que, en un nuevo contexto y desde la perspectiva del capital, se habían convertido en obstáculos para la acumulación. El neoliberalismo tenía que ver no solo con el hecho de hacer retroceder esas

conquistas, sino con debilitar sus basamentos institucionales. El capitalismo evolucionó «hacia una nueva forma de gobierno social» que prometía, y en buena medida introdujo: a) la reanimación de la base productiva para la dominación norteamericana; b) un modelo universal para restaurar las condiciones promotoras de ganancias en otros países desarrollados; y c) las condiciones económicas para integrar el capitalismo global.³⁶

La renovada confianza de los inversionistas globales (incluida la propia Wall Street) en la economía y el Estado norteamericanos brindó a ese país un acceso relativamente barato a los ahorros globales y, finalmente, volvió más barato el capital en su territorio. Esto incrementó la inversión en el desarrollo de nuevas tecnologías (que también se beneficiaron de subsidios públicos por la vía de los programas militares). Las fuentes de capital disponibles para empresas de riesgo fueron, a su vez, integradas en estrategias de restructuración de gerencia y difundidas hacia sectores que no fueron solo los de tecnología avanzada. A principios de los 80, la economía norteamericana no solo revirtió su declinación, sino también sentó los estándares para que los capitales europeo y japonés hicieran lo mismo.³⁷ La demora de Europa y Japón en seguir esta directiva fortaleció la relativa competitividad de los Estados Unidos en un corto plazo. Pero en uno más largo, creó un problema: el Estado norteamericano necesitaba que Alemania y Japón compartieran el peso del estímulo global, a través del crecimiento y de la aceptación de un nivel más alto de importaciones globales.

Esta confianza renovada de parte del capital norteamericano consolidó el capitalismo como proyecto global a través de nuevos mecanismos formales e informales de coordinación internacional. El neoliberalismo reforzó las condiciones materiales e ideológicas para garantizar un trato «nacional» al capital extranjero en cada formación social, y para «constitucionalizar» —por la vía del TLC de América del Norte, la unión económica y monetaria europea, y la OMC— el libre flujo de productos y capitales (la OMC era una versión más amplia del AGAAC, pero a la que se le habían dado capacidades para actuar). El singular acceso de la economía norteamericana a los ahorros globales, a través de su ubicación central en Wall Street, en el mismo seno de los mercados globales de dinero, le

permitieron importar libremente, sin comprometer otros objetivos. A la larga, esto le trajo al Estado norteamericano el papel, no necesariamente deseado, de administrador macroglobal —el «importador de último recurso» que atenuó el impacto de desaceleraciones en otras partes, al tiempo que también reforzaba la dependencia de los inversionistas y exportadores extranjeros respecto a los mercados y las políticas estatales de los Estados Unidos. El G-7 surgió como foro donde los ministros de finanzas y funcionarios de tesorerías pudieran discutir en torno a acontecimientos globales, forjar consensos sobre temas y rumbos, y tratar de modo concreto y controlado los ajustes que fueran necesarios en las tasas de cambio.

La reconstitución del imperio norteamericano en esta forma tan extraordinariamente exitosa, a lo largo de las décadas finales del siglo xx, no significó que el capitalismo global hubiera alcanzado una nueva meseta de estabilidad. Ciertamente, podría decirse que a la forma reconstituida de imperio se incorporan sistemáticamente la inestabilidad y la contingencia dinámicas —en buena medida porque el énfasis extremo en la competitividad que caracteriza al neoliberalismo, así como la hipermovilidad de la liberalización financiera, agravan el desarrollo desigual y la extrema volatilidad inherentes al funcionamiento de este orden global. Además, esa inestabilidad resulta dramáticamente ampliada por el hecho de que el Estado norteamericano solo puede gobernar este orden a través de otros Estados, y volverlos a todos ellos «efectivos» no es un asunto fácil para el capitalismo global. Es ese intento del Estado norteamericano por abordar estos problemas —especialmente a la luz de lo que llama «Estados maleantes» en el Tercer mundo— lo que conduce al actual imperialismo norteamericano a presentarse de un modo cada vez menos oculto.

Comprendiendo la posición imperial

Quienes intenten comprender la posición imperial de los Estados Unidos buscando sus raíces en lo que consideran crisis económicas no resueltas de la década de los 70,³⁸ manifiestas en sobreacumulación, exceso de competencia y rivalidad acrecentada entre los Estados capitalistas avanzados, repiten el mismo error que los teóricos clásicos del imperialismo. No son capaces de reconocer que la constitución del nuevo orden imperial y el relanzamiento de la tendencia hacia la globalización capitalista tuvieron lugar en la propia era dorada de la posguerra, y subestiman tanto el dinamismo del capitalismo en el último cuarto de siglo, como la capacidad de los Estados capitalistas avanzados para manejar sus inestabilidades, en virtud de la densidad de las redes que los vinculan unos a

otros. El cese del auge norteamericano de los 90 y los crecientes déficits comercial y fiscal de los Estados Unidos son problemas genuinos, pero todavía no hay razones para pensar que esto debiera conducir a una crisis del dólar que no pueda manejarse. El problema no responde a una sobreacumulación que retrotraiga a algo parecido a la rivalidad económica interimperial, sino a las restricciones que un imperio basado en el gobierno a través de otros Estados supone para llevar a cabo una estrategia de crecimiento neoliberal coordinado, incluso entre los países capitalistas avanzados.

En los Estados democrático-liberales, la pujanza de las fuerzas sociales internas —a pesar de, y a veces por causa de, la internacionalización del capital doméstico y del Estado nacional— ha limitado la adopción del neoliberalismo (véanse, por ejemplo, las dificultades experimentadas por el Estado alemán para introducir mercados de trabajo flexibles, o la inercia del japonés en la reestructuración de su sistema bancario). Esto ha frustrado las «reformas» —basadas en el modelo de la reestructuración que llevara a cabo antes el Estado norteamericano—, consideradas necesarias para reanimar el crecimiento económico en estos países, a fin de permitirles compartir el peso de absorber importaciones globales y aliviar así la presión sobre el déficit comercial norteamericano.

Ciertamente, hay una complejidad sistémica en el capitalismo de hoy que incluye, aun en su propio núcleo, inestabilidades e incluso crisis. Esto hay que verlo no tanto en la perspectiva de las tendencias a crisis estructurales y sus desenlaces, como en las dimensiones normales, cotidianas, del funcionamiento del sistema y, en efecto, hasta en sus éxitos. Para los Estados capitalistas, el problema no es evitar las crisis episódicas —que inevitablemente ocurrirán—, sino contenerlas. Hasta el momento, el Estado norteamericano ha demostrado una sorprendente habilidad para limitar la duración, la profundidad y el contagio de las crisis. Esto no garantiza, por sí solo, que siempre tendrá —conjuntamente con los demás Estados del núcleo capitalista con los que gobierna las instituciones económicas y financieras— la capacidad de hacer frente a todas las contingencias. No obstante, podríamos argüir que no se descarta el desarrollo futuro de tales capacidades, aunque no sea más que en virtud de cualesquiera contradicciones *económicas* inherentes.

El problema más serio que afronta el imperio norteamericano radica en sus relaciones con los Estados fuera del núcleo capitalista. En los casos en que estos son —como ocurre con buena parte del Tercer mundo y del antiguo bloque soviético— Estados capitalistas relativamente carentes de desarrollo, aunque se ubiquen cada vez más en la órbita del capital global, las

instituciones financieras internacionales y el Estado norteamericano han intervenido para remediar esa debilidad, imponiendo respuestas «económicamente correctas». En el contexto de la liberalización financiera, ello ha significado un flujo estable de crisis económicas. Algunas podrían interpretarse como parte necesaria del éxito del neoliberalismo (como pudiera decirse de Corea del Sur después de la crisis asiática de 1997-1998), pero con demasiada frecuencia estas intervenciones han agravado el problema en vez de resolverlo, debido al universalismo abstracto del remedio. Independientemente de los éxitos del neoliberalismo en el fortalecimiento de una economía capitalista ya desarrollada, cada vez aparece más como una estrategia equivocada para el propio desarrollo capitalista.

En lo que respecta a los llamados «Estados maleantes» —los que no están en la órbita del capitalismo global, de modo que ni las fuerzas económicas externas penetradoras ni las instituciones internacionales pueden reestructurarlos de manera efectiva—, la intervención unilateral directa de parte del Estado norteamericano se ha vuelto una opción cada vez más tentadora. Pero esta opción, que devolvió al término «imperio» su sitio en el uso predominante, está llena de todo tipo de ramificaciones impredecibles. En este contexto, resulta particularmente importante el colapso del mundo comunista, que se mantenía fuera de la esfera del imperio norteamericano y del capitalismo global durante la mayor parte de la era de posguerra. La rápida penetración e integración de tantas partes de lo que había sido el bloque soviético, y la apertura de China al capital extranjero y su integración con los mercados mundiales (aunque sea bajo la égida del Partido Comunista) han sido sorprendentes. Este proceso eliminó también el peligro de que una intervención norteamericana directa en Estados ubicados fuera del hemisferio americano pudiera desembocar en la Tercera guerra mundial y el Armagedón nuclear. La habilidad del Estado norteamericano para garantizarse apoyo internacional en la primera Guerra del Golfo, y de nuevo en Kosovo; y, en efecto, el hecho de que los individuos y las instituciones liberales y defensores de los derechos humanos clamaran a lo largo de los 90 porque los Estados Unidos actuaran incluso con mayor énfasis como potencia policial internacional, reflejaron la fortaleza del imperio en la nueva coyuntura.

Pero tanto la arrogancia como el sentido del deber, que le asignaron un papel tan exclusivo al Estado norteamericano, lo condujeron a cuestionar incluso si los compromisos limitados que tenía que hacer para operar a través de las instituciones multilaterales estarían restringiendo innecesariamente sus opciones estratégicas. También la «soledad del poder» tenía algo que ver aquí.

El sentimiento de deber ejercer una responsabilidad esencial promueve el deseo de conservar plena «soberanía» con vistas a actuar como se requiere. Esto ya se manifestaba, en la esfera económica, en las acciones del Departamento del Tesoro norteamericano, especialmente en su intervención directa en la crisis del Sudeste asiático de 1997-1998, donde dictó una condicionalidad severa, justo en el traspatio de Japón.³⁹ Fue aún más evidente en las respuestas a los «Estados maleantes» y a las acciones terroristas internacionales, incluso bajo el gobierno de Clinton.

La retórica aislacionista de Bush en la campaña electoral de 2000, al cuestionar la necesidad de que las tropas norteamericanas tuvieran que involucrarse en rincones remotos del globo terráqueo, tendría que ser reformulada en cuanto Bush tuviera realmente sobre sus hombros el peso de (e interactuara apropiadamente con) una presidencia que hoy se torna tan inevitablemente imperial como doméstica en su naturaleza. Para ello, la forma de gobernar, que los estrategas geopolíticos próximos al Partido Republicano ya habían diseñado, estaba lista y a la espera de aplicarse. No fue solo el 11 de septiembre lo que determinó que aquella se hiciera dominante en el ámbito del Estado, pero ciertamente promovió esta condición, en la medida en que el mero predominio del poderío norteamericano condujo a una respuesta bastante previsible, por el modo en que ese poder fue «pellizcado» de manera tan descortés. Esta respuesta reveló todas las tensiones que debía afrontar el Estado norteamericano para combinar su función imperial de coordinador general con el ejercicio simultáneo de su poder particular. Definir los intereses de seguridad del capitalismo global de manera que se ajuste también a la matriz de la formación social y el Estado norteamericano resulta especialmente espinoso, porque pone en evidencia que los particulares intereses de seguridad en juego son, en primera instancia, norteamericanos. De modo que aunque los Estados Unidos todavía contemplan las amenazas en su contra como un ataque contra el capitalismo global en general, se sienten cada vez más incómodos por tener que entrar en cualquier compromiso que obstaculice su modo de actuar según su propia definición específica del interés capitalista global, y de utilizar sin trabas su particular poderío estatal para enfrentar esa amenaza.

Ese rostro imperial desembozado que ahora está dispuesto a mostrar al mundo tiene que ver, sobre todo, con sus crecientes dificultades para administrar un imperio informal verdaderamente global. Esto se está convirtiendo en un desafío mayor, incluso, que el enfrentado por los antiguos imperios coloniales, menores en relación con sus aparatos coloniales estatales. La necesidad de tratar de remodelar todos los Estados del mundo para hacerlos al menos mínimamente

adecuados a la administración del orden global —lo que ahora también se vuelve condición general de la reproducción y extensión del capitalismo global— es en la actualidad el problema central que afronta el Estado norteamericano. Pero la inmensa dificultad de reconstruir, fuera del núcleo, algo que se parezca a las densas redes que el nuevo imperialismo norteamericano consiguió forjar con el resto de los principales Estados capitalistas, resulta clara a partir del único y titubeante avance que se ha logrado para extender el G-7 incluso al G-8, por no hablar del G-20. Desde la perspectiva del estrato geopolítico norteamericano, ello muestra lo limitada que resulta cualquier idea de «Estados efectivos» que operan solo a través de vínculos económicos fuera del núcleo, lo cual explica no solo la extensión del número de bases militares norteamericanas y la integración de los aparatos de inteligencia y policía inmediatamente después del 11 de septiembre, sino también que se esté cantando la misma canción de cuando se fundó el nuevo imperio norteamericano, con las ocupaciones militares de Japón y Alemania, como modelo para reestructurar a Iraq. La lógica de esta posición apunta, más allá de Iraq, en dirección a todos los Estados «desconectados de la globalización», tal como dijera un profesor universitario que asesoraba al secretario de Defensa:

Muéstranme dónde la globalización es densa en conexiones en red, transacciones financieras, flujos de medios de difusión liberales y seguridad colectiva, y les mostraré regiones que exhiben gobiernos estables, niveles de vida ascendentes, y más muertes por suicidio que por asesinato. A estas partes del mundo las llamo el Núcleo Funcional [...] Pero muéstranme dónde la globalización está rala o sencillamente ausente, y les mostraré regiones llenas de regímenes políticamente represivos, amplia pobreza y enfermedad, asesinatos masivos como cosa de rutina y —lo que es más importante— conflictos crónicos que incuban la próxima generación de terroristas globales. A estas partes del mundo las llamo la Brecha que no se integra [...] La verdadera razón por la que apoyo una guerra como esta es que el compromiso militar resultante a largo plazo finalmente obligará a Norteamérica a arremeter contra toda la Brecha como un entorno de amenaza estratégica.⁴⁰

En esta «brecha» se ubican Haití, Colombia, Brasil y Argentina, la antigua Yugoslavia, el Congo y Ruanda/Burundi, Angola, Sudáfrica, Israel-Palestina, Arabia Saudita, Iraq, Somalia, Irán, Afganistán, Paquistán, Corea del Norte e Indonesia, países a los que se agregan, en buena medida, China, Rusia y la India, «como miembros nuevos/integrantes del núcleo [que] podrían perderse en los próximos años». En la medida en que el imperio norteamericano se inclina en esta dirección estratégica, el problema al que se ve abocado resulta ser el siguiente: dadas las estructuras económicas y políticas, y las fuerzas sociales de los Estados del mundo que no son parte

del núcleo hoy en día, muy pocos van a poder ser reconstruidos sobre la base del modelo del Japón y la Alemania de posguerra, ni siquiera si (en verdad, especialmente si) son ocupados por fuerzas militares norteamericanas, e incluso si la globalización tiende más a penetrarlos que a marginarlos. Es más, un imperialismo norteamericano que sea tan descaradamente imperialista corre el riesgo de perder la propia apariencia de no serlo —justo lo que históricamente lo hizo verosímil y atractivo.

Los desacuerdos que se han suscitado entre Francia, Alemania, e incluso Canadá, de un lado, y el Estado norteamericano, del otro, respecto a la guerra contra Iraq, no deben verse desde este ángulo. Esas tensiones tienen muy poco que ver con rivalidades económicas. En verdad, las burguesías de estos países —visiblemente preocupadas, y cada vez más quejas por no estar a la par de la norteamericana— son incluso menos proclives a desafiar la hegemonía de los Estados Unidos de lo que lo fueron en los 70. Las tensiones tienen que ver, más bien, con una inclinación de parte de esos mismos Estados (que en buena medida reflejan su relativa falta de capacidad militar autónoma) a preferir el uso de las instituciones financieras internacionales y la OMC para tratar de forjar los nuevos Estados efectivos que requiere el capitalismo global.

Sin embargo, sobre todo tiene que ver con la amenaza que se cierne sobre la legitimidad de esos Estados, porque se ubican en un marco imperialista norteamericano tan visible. El imperio norteamericano, tal como ya señaláramos, ciertamente ha sido hegemónico respecto a esos Estados y sus clases capitalistas, pero, por más que exista su penetración económica y cultural en sus sociedades, esto nunca ha supuesto una transferencia de la lealtad popular directa —llámesele sentido de «patriotismo»— hacia el propio Estado norteamericano. Ciertamente, la forma de gobierno de este último —basada en el principio constitucional de «imperio extensivo y autogobierno»— jamás lo requirió. En ese sentido, la impopularidad de su intervención militar —e incluso la falta de respaldo puesta de manifiesto por los Estados del núcleo— no es nueva. Varios de esos Estados también se distanciaron de las repetidas intervenciones de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe desde 1945, y especialmente a partir de 1975, por no mencionar la subversión de gobiernos practicadas por ellos en otras partes del mundo, o la guerra de Viet Nam.

La guerra contra Iraq —tan flagrantemente imperial y tan abiertamente vinculada a una doctrina que expresa el objetivo más amplio de establecer un orden neoliberal capitalista a escala global—, ha suscitado una oposición sin precedentes, incluso dentro de los Estados del núcleo capitalista. Esto resulta especialmente

significativo: como el imperio norteamericano solo puede gobernar a través de otros Estados, el mayor peligro que enfrenta es que los de su órbita sean ilegítimados en virtud de su articulación al imperio. Con toda seguridad, solo un cambio fundamental en las clases y la estructura dentro de cada uno de esos Estados puede producir su desarticulación respecto al imperio; pero podría estarse abriendo ahora el espacio ideológico para un tipo de movilización desde abajo, que eventualmente pudiera conducir a esta desarticulación. El temor a que ello se produzca alimenta, de un lado, los ruegos de los que suplican al imperio que sea más benévolo y se presente, al menos simbólicamente, con un estilo más multilateralista y, de otro, las acciones de quienes usan los símbolos del terrorismo y la guerra para cerrarle el espacio al disenso público.

Traducción: David González.

Notas

1. El manifiesto Friedman apareció en *The New York Times Magazine*, el 28 de marzo del 1999, y el ensayo de Michael Ignatieff, el 5 de enero del 2003. Ignatieff agrega: «Significa sentar las reglas que los Estados Unidos desean (en todo, desde los mercados hasta las armas de destrucción masiva) al tiempo que se eximen a sí mismos de otras reglas (el protocolo de Kyoto sobre cambio climático y el Tribunal Internacional de Justicia) contrarias a sus intereses.»
2. Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, Nueva York, 1997, p. 40.
3. Véase «Rebuilding America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century», *The National Security Strategy of the United States of America*, Winterhouse, Falls Village, Connecticut 2002.
4. Prabhat Patnaik, «Whatever Happened to Imperialism?», *Monthly Review*, v. 42, n. 6, Nueva York, noviembre de 1990, pp. 1-6.
5. Giovanni Arrighi, *The Geometry of Imperialism*, NLB, Londres, 1978, p. 17.
6. Bob Rowthorne, «Imperialism in the Seventies: Unity or Rivalry», *New Left Review*, n. 69, Londres, 1971.
- 7 «En años recientes, ningún tema ha concitado más la atención de estudiosos de las relaciones internacionales que el referido al declinar de la hegemonía norteamericana. La erosión del poderío económico, político y militar norteamericano es incuestionable. Los recursos y capacidades sin precedentes que respaldaban la diplomacia norteamericana de la posguerra temprana, y que indujeron a Henry Luce a proclamar, en el decenio 1940-1949 un “siglo norteamericano” han cedido el terreno a una redistribución internacional igualmente extraordinaria y rápida de poder y riqueza. Bajo el manto de las teorías sobre la “estabilidad hegemónica”, los estudiosos han estado discutiendo el alcance de la declinación de la hegemonía y sus consecuencias». G. John Ikenberry, «Rethinking the Origins of American Hegemony», *Political Science Quarterly*,

v. 104, n. 3, Nueva York, 1989, p. 375. Para la principal crítica de este punto de vista, véase Susan Strange, «The Persistent Myth of Lost Hegemony» *International Organization*, v. 41, n. 4, MIT, Cambridge, otoño de 1987.

8. Andrew Glyn and Bob Sutcliffe, «Global But Leaderless», *Socialist Register 2002*, Merlin, Londres, 1992, p. 93.

9. Entre los muy pocos que insistieron, desde diferentes perspectivas, en la necesidad de conservar el concepto de imperialismo, véase Susan Strange, «Towards a Theory of Transnational Empire», en E. O. Czempiel y J. Rosenau, eds., *Global Changes and Theoretical Challenges*, Lexington, MA, 1989; y Peter Gowan, «Neo-Liberal Theory and Practice for Eastern Europe», *New Left Review*, n. 213, Londres, septiembre-octubre de 1995.

10. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 2000, p. xiv. Véase nuestro ensayo-reseña, «Gems and Baubles in Empire», *Historical Materialism*, v. 10, n. 2, Leiden, Holanda, julio de 2002, pp. 17-43.

11. Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Beacon Press, Boston, 1957, p. 18.

12. Philip McMichael, «Revisiting the Question of the Transnational State: A Comment on William Robinson's "Social theory and globalization"», *Theory and Society*, n. 30, Ann Arbor, MI, 2001, p. 202.

13. Perry Anderson, «Force and Consent», *New Left Review*, n. 17, Londres, septiembre-octubre de 2002, p. 24.

14. Citado en William A. Williams, *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press, Nueva York, 1980, p. 61.

15. *Ibidem*, pp. 43-8.

16. Véase Gareth Stedman Jones, «The Specificity of US Imperialism», *New Left Review*, n. 60 (primera serie), Londres, marzo-abril de 1970, p. 65. Escrito en momentos de una breve reanimación del interés por la teoría del imperialismo, resulta notable que Stedman considerara que este ensayo se distancia de un debate sobre el imperialismo que «hasta ahora ha carecido de cualesquiera dimensiones histórica o sociológica serias [...] La izquierda ha tendido a tratar al imperialismo como el producto global indiferenciado de una cierta etapa del capitalismo».

17. William A. Williams, *ob. cit.*, p. 122.

18. Véase Leo Panitch, «Class and Dependency in Canadian Political Economy», *Studies in Political Economy*, n. 6, Ottawa, otoño de 1980, pp. 7-34; W. Clement, *Continental Corporate Power*, McLelland & Stewart, Toronto, 1977; Mira Wilkins, *The Emergence of Multinational Enterprise*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1970. Jefferson había justificado la guerra de 1812 (detonada por la preocupación norteamericana de que los británicos estuvieran alentando la resistencia de los indios a la expansión hacia el oeste) en estos términos: «Si los ingleses no nos dan la satisfacción que exigimos, nos apoderaremos de Canadá, que desea ingresar en la Unión; y cuando, junto con Canadá, tengamos a las Floridas, ya no tendremos dificultad alguna con nuestros vecinos; y es la única forma de evitarlas». El tránsito del impulso en dirección a la expansión continental mediante el imperio interno, al de la expansión mediante el imperio informal externo, mientras Canadá representaba el modelo de imperialismo norteamericano exitoso en el siglo xx, se produjo, casi exactamente 100 años después, cuando el presidente Taft afirmó que «mayores vínculos económicos» eran la vía para convertir a Canadá «solo en un accesorio de los Estados Unidos». Véase William A. Williams, *ob. cit.*, pp. 63-4, 132.

Leo Panitch y Sam Gindin

19. Gareth Stedman Jones, ob. cit., p. 63.

20. Citado por G. Achcar, *The Clash of Barbarisms*, Monthly Review Press, New York, 2002, p. 96.

21. Carta a Duncan Grant, citada por Nicholas Fraser, «More Than Economist», *Harper's Magazine*, noviembre de 2001, p. 80. El meollo de la cuestión aquí, por supuesto, era la negativa del Estado norteamericano a perdonar las deudas de guerra de los aliados, con todas las consecuencias que esto tenía para la imposición a Alemania de pagos muy onerosos por indemnizaciones. Véase Michael Hudson, *Super Imperialism: The Economic Strategy of American Empire*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1971.

22. Brian Waddell, «Corporate Influence and World War II: Resolving the New Deal Political Stalemate», *Journal of Political History*, v. 11, n. 3, Singapur, 1999, p. 2. Agradecemos a Harry Magdoff por habernos llamado la atención sobre este muy importante artículo.

23. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: Fighting for Freedom, 1937-1946*, Viking, Nueva York, 2001, pp. xxiii.

24. Martin Shaw, *Theory of the Global State*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

25. Peter Gowan, «The American Campaign for Global Sovereignty», *Socialist Register 2003*, Merlin, Londres, 2002, p. 5.

26. Véase Raymond Aron, *The Imperial Republic: The United States and the World 1945-1973*, Winthrop, Cambridge, MA, 1974, pp. 168 y 217; Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, NLB, Londres, 1974, pp. 39 y 57.

27. Véase Robert Cox, *Production, Power and World Order*, Columbia University Press, Nueva York, 1987, p. 254.

28. Citado por C. Jagan, *Forbidden Freedom*, 3ª ed., Harbis, Londres, 1994, p. I.

29. Citado por William A. Williams, ob. cit., p. 189.

30 Las especiales condiciones de la posguerra incluyeron: aplicación de tecnologías desarrolladas durante la guerra; alcanzar el nivel de la tecnología y de los métodos norteamericanos (la brecha ya había estado creciendo durante el decenio 1930-1939 y, obviamente, se aceleró durante la guerra); represión de la demanda; inversiones subsidiadas para la reconstrucción; y efecto de las nuevas facilidades en la productividad —todo lo cual brindó enorme envergadura a la acumulación después de la destrucción de tantos valores durante la Depresión y la Guerra. Véase Moses Abromowitz, «Catching Up, Forging Ahead, and Falling Behind», *Journal of Economic History*, v. 46, n. 2, Cambridge, MA, junio de 1986; y también «Rapid Growth Potential and Realization: The Experience of the Capitalist Economies in the Postwar Period», en Edmond Malinvaud, ed., *Economic Growth and Resources. The Major Issues*, Palgrave Macmillan, Londres, 1979. Fue también crucial el papel sin paralelo del Estado norteamericano al abrir su mercado, brindar asistencia financiera crítica, y contribuir a la estabilidad económica y política internacionales.

31. El colapso del patrón oro en el período entreguerras había demostrado que la movilidad del capital y las presiones democráticas de los de abajo, que limitaban cualquier proceso «automático» de ajuste, eran incompatibles con tasas de cambio estables.

32. Sobre la relación entre el colapso del patrón oro, la movilidad del capital y el desarrollo de presiones democráticas, véase Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*, Princeton University Press, Princeton, 1996, capítulos 2 y 3.

33. Sobre el estado de ánimo de entonces, dos vicepresidentes de Citibank, haciendo un recuento del pasado, observaron «no sorprende que los economistas estuvieran tan seguros, a fines del decenio 1960-1969 y principios del siguiente, de que la ruptura de las tasas de cambio fijas debilitarían más los vínculos económicos entre los países». Véase Harold van B. Cleveland y Ramachandra Bhagavatula, «The Continuing World Economic Crisis», *Foreign Affairs*, v. 59, n. 3, Nueva York, 1981, p. 600. Véase también la observación de Lou Pauly referida a que, en aquel momento, «el desorden monetario internacional parecía muy capaz de restaurar el mundo del decenio 1930-1939». Louis B. Pauly, *Who Elected the Bankers?*, Cornell University Press, Ithaca, 1997, p. 100.

34. Nicos Poulantzas, ob. cit., p. 81. Sobre la internacionalización del Estado, véase Robert Cox, *Production, Power and World Order*, Columbia University Press, Nueva York, 1987, pp. 253-67.

35. En un momento u otro, la política durante el decenio 1970-1979 incluyó sobretasas a la importación, intentos de cooperar internacionalmente en torno a las tasas de cambio, controles de salarios y precios, monetarismo y estímulos fiscales.

36. El concepto «una nueva forma de gobierno social» es de G. Albo y T. Fast, «Varieties of Neoliberalism», ponencia presentada en la Conferencia sobre la Convergencia de las Economías Capitalistas, Wake Forest, Carolina del Norte, 27 al 29 de septiembre de 2002.

37. Véanse Sam Gindin y Leo Panitch, «Rethinking Crisis», *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 2002.

38. Véase Robert Brenner, *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Verso, Londres, 2002.

39. Véase Leo Panitch, «The New Imperial State», *New Left Review*, Londres, n. 2, marzo-abril de 2000.

40. Véase especialmente Thomas P. M. Barnett, «The Pentagon's New Map: It Explains Why We're Going to War and Why We'll Keep Going to War», *Esquire*, marzo de 2003, www.nwc.navy.mil/newrules/ThePentagonsNewMap.htm.

© ~~TRIALS~~, 2003.

Del imperialismo a la mundialización

Georges Labica

Profesor. Universidad de París X, Nanterre.

El imperialismo, fase superior del capitalismo. Ensayo de vulgarización, que se publicó en 1917, se escribió en Zurich —nos dice Lenin— en la primavera de 1916, y respondía a una necesidad urgente. Había que discernir la naturaleza de la guerra mundial que se desarrollaba, para caracterizarla y poder definir la posición de los socialistas sobre ella. La guerra correspondía a la nueva fase imperialista a la que había llegado el capitalismo y sus condiciones objetivas representan «el prelude de la revolución socialista». Esa es la tesis que se defiende. Económica, puesto que afirma que el imperialismo es consecuencia del desarrollo del capitalismo y no una «política» que pudiera resultar contingente, y a la par política, puesto que denuncia el social-chauvinismo que no traiciona únicamente al socialismo, sino que se revela incapaz, al aliarse con la burguesía, de entender que la guerra puede ofrecer al proletariado una ocasión para triunfar.

Este texto figura como «Introducción» a la reedición de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, de V. I. Lenin (Le temps des cerises, París, mayo de 2001). Fue enviado por el autor especialmente para su publicación en español en *Temas*.

El análisis rechaza cualquier idea de neutralidad. Por el contrario, diagnostica una «escisión del socialismo» al oponer las corrientes reformistas simbolizadas en la eminente figura de Karl Kautsky, líder de la socialdemocracia alemana y heredero de Engels, la corriente revolucionaria, cuya intransigencia —a pesar de algunos desaciertos— representa Rosa Luxemburgo. La teoría del imperialismo forma el punto de articulación de una lucha multiforme, ideológica y estratégica que culminaría con la Revolución de Octubre. Vale decir que apoya todas las intervenciones de Lenin, ya sea sobre la especificidad de las guerras, la cuestión nacional o el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, las condiciones de la revolución socialista y la «democracia integral», o sobre los «dos partidos» que dividen al mundo, y el internacionalismo. «Huelga decir que no se trata de brindar una apreciación histórica concreta sobre la actual guerra si no se la calza con un esclarecimiento completo de la naturaleza del imperialismo en sus aspectos a la vez económico y político». György Lukács fue el primero que, en 1924, señaló:

La superioridad de Lenin consiste en esto: haber sabido — lo cual constituye una hazaña teórica sin paralelo— vincular concreta y enteramente la teoría económica del imperialismo con todos los problemas políticos de la actualidad, y hacer del contenido de la economía, en esta nueva fase, el hilo conductor de todas las acciones concretas en el mundo organizado de ese modo.

La modestia del subtítulo de la obra: «Ensayo de divulgación» no debe hacernos olvidar el enorme trabajo preparatorio realizado por Lenin, consignado en los *Cuadernos del imperialismo*, a los que dedicó las 900 páginas del tomo 39 de las *Obras*, que cubren solo el periodo 1915-1916. Esos cuadernos de notas, numerados de alfa a omega, se completan con algunos cuadernos temáticos —por ejemplo, *El marxismo y el imperialismo* o *Datos sobre Persia y Notas varias*, que incluyen extractos comentados de unas 150 obras publicadas y 240 artículos aparecidos en 49 periódicos distintos, en alemán, francés, inglés y ruso, así como amplias listas bibliográficas establecidas, sobre todo a partir de los fondos de la biblioteca de Zurich, donde Lenin residía por entonces.

En varias ocasiones trabajó allí los proyectos respectivos de *El imperialismo, fase superior...*, *El imperialismo y el derecho de las naciones...* y *El imperialismo y la escisión del socialismo*. Despeja todo lo que tiene que ver con los *trusts* (electricidad, petróleo, carbón, hierro, cine...), las pugnas por la hegemonía, los bancos, los diversos imperialismos, el sistema colonial. Concede particular atención a las dos obras que son sus fuentes principales: *El imperialismo* de J. A. Hobson, publicada en Londres en 1902, a la que en el Cuaderno kappa dedica mayor espacio. Destaca, en particular, ejemplos del «parasitismo» —el de Inglaterra, que obligaba a los nativos, en la India, a hacer la guerra. Consigna que el Estado dominante se dedica a corromper a las clases inferiores para que se mantengan tranquilas o que las «razas blancas» se desentiendan del trabajo y se «comporten como una aristocracia mundial para explotar a aquellas», o señala que «el odio puede despertarse». Observa que el capital logra más rápidamente su colaboración internacional que los trabajadores; que el imperialismo se vale de su superioridad para impedir el desarrollo de los países dominados; o que logra una carta de triunfo en las desigualdades entre países. Pero el libro que le resulta más cercano y al que más debe es *El capital financiero* del marxista Rudolph Hilferding, publicado en Moscú en 1912. Se remite a él constantemente. Si bien concuerda, en especial, con sus grandes enseñanzas —como cuando señala que «la respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero no puede ser la libertad del comercio, sino solamente el socialismo—, no por ello deja de subrayar sus «defectos», que rectificará en su propio *Imperialismo...*; a saber, el error teórico sobre

el dinero; el desconocimiento, casi total, del reparto del mundo; el desconocimiento también de la correlación entre el capitalismo financiero y el parasitismo; y el de imperialismo con oportunismo. Sobre su preocupación central, el imperialismo, Lenin retoma determinados escritos de Marx y Engels sobre Europa, Rusia, el problema nacional, el internacionalismo, la Comuna o Irlanda. Por supuesto, entre los textos de los marxistas que disecciona, reserva un lugar aparte a Kautsky, y prepara el proyecto de folleto que le piensa dedicar. Hobson —dice— le allana el camino al develar «la falacia fundamental del kautskismo» sobre la cuestión del imperialismo. Kautsky comete un doble error. Por una parte, piensa que se puede oponer al saqueo de los monopolios bancarios y a la opresión colonial, un capitalismo «sano, pacífico» o, en otras palabras, «un reformismo pequeño-burgués, para un capitalismo impoluto, bien alimentado, moderado y ordenado», que ya no vería entonces en el imperialismo un estadio económico. Por otra, con su tesis sobre el ultra-imperialismo, alimenta la ilusión de un futuro pacífico, gracias a la unión de los capitalistas.

Limitémonos aquí a señalar la ejemplaridad del método de trabajo de Lenin. No se aparta en lo más mínimo del que siguió, años atrás, cuando preparaba su folleto *El Estado y la revolución*. Escribía yo sobre eso:

Actividad práctica: lucha contra la guerra en las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal. Actividad teórica: tesis sobre el derecho de las naciones a disponer de sí mismas, sobre el socialismo y la guerra, el fracaso de la Segunda Internacional, el imperialismo fase superior del capitalismo. Actividad pública y actividad de gabinete; ese militante, ese ratón de biblioteca, que emborriona cuaderno tras cuaderno de notas de lectura [...] Análisis concreto de la situación concreta; mientras que aquí, la práctica política leninista forja los instrumentos científicos de una transformación del mundo en la que siempre estamos —en el sentido más estricto, aparte del ruido de otras armas—, desenmascara la violencia inherente a las relaciones capitalistas de producción, que arrastra al propio movimiento obrero y provoca la ceguera de nuestras mejores cabezas.

Esta era ya la lección de *El Capital*. Una precisión, para evitar un malentendido que se ha vuelto clásico: el término «superior» en el título de la obra de Lenin, no debe interpretarse como «final» o «último» en un sentido, digamos, ontológico; es decir, la fase tras la cual no cabe esperar otro desarrollo. Significa, simplemente, «contemporáneo» o «actual». El propio autor lo ha precisado en múltiples ocasiones. Cuando proponía su título escribió: «El imperialismo, fase superior (contemporánea) del capitalismo» (Cuaderno beta, p. 206). Dice, por demás, «actual (contemporáneo en su etapa contemporánea)». Retoma, de hecho, el subtítulo de *El capital financiero*: «la fase más reciente del desarrollo del capitalismo».

Veremos que en este sentido la mundialización puede considerarse tanto parte de la fase imperialista como representativa de una nueva expresión. Lenin, en un espíritu análogo, evocó el «nuevo imperialismo» para caracterizar el período que analiza, cuando reproduce la frase de Hobson: «El nuevo imperialismo se distingue del viejo, primero, en que remplaza las tendencias de un único imperio en expansión, la teoría y la práctica de imperios rivales guiados cada uno por idénticas aspiraciones a la expansión política y al beneficio comercial; segundo, en que marca el predominio de intereses financieros o relativos a las inversiones de capitales», y añade una nota que dice: «diferencia entre el nuevo imperialismo y el viejo». Ofrece su cronología, siguiendo esta vez el libro de E. Ulbricht, *Potencia mundial y Estado nacional (Historia política 1500-1815)*: el viejo imperialismo fallecería en Santa Helena con Napoleón, y el nuevo correspondería a la fundación por Gran Bretaña de un nuevo imperio mundial, que arrastra a las demás naciones y conduce a la competencia económica con los demás pueblos. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes del imperialismo según Lenin? El cuadro más explícito aparece en *El imperialismo y la escisión del socialismo*, y puede servir de pauta para la lectura de los demás textos. A renglón seguido reproducimos lo esencial:

1. El imperialismo es una fase histórica particular del capitalismo, la fase del capital monopolista que se expresa a través de cinco etapas principales:
 - a) *Cartels*, sindicatos (patronales), *trusts*, que son productos de la concentración de la producción.
 - b) Los grandes bancos.
 - c) El acaparamiento por los *trusts* y la oligarquía financiera de las fuentes de materias primas. Nota: capital financiero = capital industrial monopolizado + capital bancario.
 - d) El reparto económico del mundo por los *cartels* internacionales. Nota: la exportación de capitales ha emplazado a la de mercancías, característica del capitalismo no monopolista.
 - e) El reparto territorial del mundo (colonias) ha terminado. Añadamos que, históricamente, el imperialismo terminó de constituirse entre 1898 y 1914 (referencias: Guerra hispano-americana de 1898, anglo-boer de 1899-1902 y 1914, ruso-japonesa de 1904-1905, crisis económica europea de 1900).
2. El imperialismo es un capitalismo parasitario o en proceso de descomposición. Nota: esos términos, diferentes de los primeros en el sentido de que parecen expresar un juicio de valor, son sin embargo también económicos, pero ya dejan traslucir una consecuencia política del análisis. Tenemos:
 - a) Una burguesía imperialista. A pesar del desarrollo muchas veces rápido de determinadas ramas de la industria, está en proceso de descomposición porque se ha convertido de republicana y democrática (en el capitalismo de libre competencia) en reaccionaria.
 - b) Formación de una amplia capa de rentistas que vive de «recortar cupones».
 - c) Exportación de capitales, que es «parasitismo al cuadrado».
 - d) La reacción política es lo característico del imperialismo, es principio de venialidad, de corrupción, y producto de «Panamás de toda especie».
 - e) Explotación de las naciones oprimidas: el mundo «civilizado» vive como parásito del mundo no civilizado. Nota: lo cual también es cierto para una capa privilegiada del proletariado en Europa.
3. El imperialismo es un capitalismo agonizante que marca la transición hacia el socialismo, a causa de la socialización del trabajo, que se acentúa todavía más que bajo el capitalismo. Retengamos algunos rasgos más:
 - a) El imperialismo es un producto necesario del desarrollo del capitalismo. Tenemos: capitalismo = libre competencia = democracia. Imperialismo = monopolismo = reacción. Observemos la vinculación íntima de dos planos: económico (condición de las fuerzas productivas) y político (naturaleza de las relaciones sociales) que, a ese efecto, pone de manifiesto que entre el imperialismo y la democracia existe contradicción. El propio Lenin extrae una consecuencia: «separar —escribe— la política exterior de la política interna es anticientífico, porque, en cada caso, el imperialismo consagra el triunfo de la reacción».
 - b) «El imperialismo es una superestructura del capitalismo». Encontramos esta formulación que utiliza Lenin en el «Informe al programa del Partido» (19 de marzo de 1919). Este es el sentido de la demostración: retomando el juicio de Marx cuando declaraba que la manufactura era una superestructura de la pequeña producción masiva (*El capital*, t. I) enuncia tres propuestas: 1. no hay imperialismo en el viejo capitalismo; 2. con el desmoronamiento del imperialismo «los fundamentos se quedan en uno»; 3. en consecuencia, hay que tener en cuenta «un enorme subsuelo del viejo capitalismo». El propio Lenin se dedicó a demostrarlo, en el caso de Rusia, desde su obra *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, y cuando analizaba la imbricación de los diferentes

modos de producción como rasgo de la estructura económica del país. Por su parte, el término «superestructura» viene a especificar la naturaleza del imperialismo que, como señalaba Henri Lefebvre, «es a la par que una forma del capitalismo (elemento económico), una forma de la actividad clasista de la burguesía (elemento social), y una forma de Estado (elemento político) como un todo inseparable». No vamos a tratar aquí, porque sería objeto de otra reflexión, los incontables debates que tuvieron lugar por aquella época en torno a los rasgos del imperialismo y su definición. Entre los propios marxistas, no faltaron las divergencias, incluidas las que se manifestaron en el seno de «la izquierda»: con Bujarin, a quien Lenin trata duramente, si bien accedió a escribir el prefacio de su folleto; con Rosa Luxemburgo, en su *Acumulación del capital*, aunque fuese de manera indirecta; o con A. Pannekoek, quien «plantea mal el problema del reformismo».

Mejor preguntémosnos sobre la actualidad de las tesis leninistas sin caer en la afectación de posponer una respuesta que el lector debe haber presentado a estas alturas: nuestra mundialización/globalización no es sino el «nuevo imperialismo» de Lenin, que ha llegado a una fase superior de desarrollo. Aunque no agrade a los despreciativos posmodernos, siempre presurosos de calificar de prehistórico cualquier lenguaje que refleje su propia sumisión al orden dominante, hay que convenir en que hay vocablos cuya capacidad de captar lo real no ha perdido nada de su eficacia. Imperialismo es uno de ellos, y sigue gobernando una constelación conceptual en la que, por lo demás, capitalismo, explotación, propiedad, clases y lucha de clases, democracia social, transición revolucionaria, conservan su sentido cabal. No faltan analogías y similitudes que traducen una misma esencia. Junto a las que ya hemos señalado, vamos a presentar algunas nuevas. Los candentes debates actuales en torno a la definición y la periodización de la mundialización recuerdan los argumentos que, a principios del siglo xx, acompañaban la caracterización del imperialismo: relaciones con el capitalismo, rasgos determinantes, papeles recíprocos de la economía y la política, formas de competencia, y la aparición en los años 60, e incluso mucho antes —hasta el punto en que algunos le niegan toda originalidad— de un fenómeno que sería coextensivo al capitalismo. Ahora bien, seguramente el mercado mundial se confunde con el advenimiento de las relaciones capitalistas de producción. Marx y Engels ya lo subrayan en su *Manifiesto*. Marx retoma la idea en *El capital*. «La producción capitalista crea el mercado mundial» y su constitución es uno de los rasgos

específicos del capitalismo. En cuanto al predominio del capital financiero, se sabe que ya Marx había demostrado que «con el capital basado en el interés, la relación capitalista alcanza su forma más externa», o sea D-D', lo que llama «el fetiche autómatas», valor que se valoriza, dinero que engendra dinero. «El dinero adquiere así la propiedad de crear valor y de reportar interés de manera tan natural como el peral da peras»: «es la fetichización capitalista en su forma más brutal». Mientras que en todos los casos —¿es necesario recordarlo?— «la ganancia, a partir del capital productivo, estimula los beneficios del capital financiero». No obstante, la especificidad de ese nuevo imperialismo que es la mundialización no puede subestimarse, cualesquiera fuesen los matices que se aporten a su definición o a su periodización. Sin dudas, se manifiestan nuevamente aquí los rasgos que los primeros teóricos —Hobson, Hilferding, Lenin— ya han identificado, pero acentuados por la acelerada conjunción de tres fenómenos recientes: el predominio del capital financiero/especulativo, las revoluciones tecnológicas, sobre todo en la esfera de la información y la comunicación, y el desplome de los llamados países socialistas. Sin dudas, los flujos de capitales desempeñaron un papel desde principios del siglo xx; pero han llegado a provocar una integración sistémica que permite a los monopolios considerar el mundo como un campo global al servicio de sus intereses, relevados ahora por las instituciones internacionales bajo su control, que desempeñan entonces la función de un gobierno planetario (FMI, Banco Mundial, OMC, etc.). El fin de toda competencia entre «bloques» antagónicos, independientemente de su régimen y formas, deja por demás el campo libre a una única superpotencia, los Estados Unidos de América, cuya hegemonía se ejerce en todas las esferas —económica, militar estratégica, política, jurídica, científica, tecnológica, lingüística y cultural.

Dotados de una omnipotencia jamás alcanzada antes por ninguna nación, los Estados Unidos ocupan en lo adelante el lugar que antaño tuvo Gran Bretaña. Destacando el papel de esta última, Lenin anticipaba el traslado de poderes cuando, en 1915, ya observaba que los Estados Unidos, «el país de vanguardia del capitalismo moderno [...] en incontables relaciones, constituía el modelo y el ideal de nuestra civilización burguesa». Como en el antiguo reparto del mundo, no hubo nada que no fuera sometido a la repartición, con la diferencia de que los imperialismos que compiten, los de la tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón) no tienen una relación de igualdad, sino más bien subalterna de mayores y menores —por ejemplo, la antigua potencia dominante no ocupaba más que una función subrogante, de completo vasallaje. Así,

El término «superior» en el título de la obra de Lenin, no debe interpretarse como «final» o «último» en un sentido ontológico; es decir, la fase tras la cual no cabe esperar otro desarrollo. Significa, simplemente, «contemporáneo» o «actual».

mundialización se confunde con norteamericanización o, más bien —disculpen el barbarismo— con estadounidense. En este capítulo de analogías complementarias, cuidémonos de no olvidar los aspectos políticos e ideológicos. Algunas breves observaciones bastarán, pues muchas cosas se han hecho evidentes desde la caída del Muro de Berlín, cuando el liberalismo cantaba una victoria cuyos días estaban contados.

En cuanto al primero, hay que considerar tres elementos:

- a) La «reacción» que con la justificación de constatar un retroceso de las prerrogativas estatales, pone al Estado al servicio de las necesidades de las multinacionales, ya se trate de privatizar, flexibilizar, financiar por constantes aligeramientos de cargas, y de proceder a los abandonos de soberanía necesarios a las concentraciones económicas (competitividad) y políticas (Unión Europea). La destrucción de los servicios públicos, el desmantelamiento del derecho al trabajo y la supresión de las autonomías culturales, de «la excepción francesa» a la «piltrafa» en materia de cine, son el precio consentido.
- b) El alineamiento de las socialdemocracias —y en fecha más reciente, de los partidos comunistas— con la gestión del capitalismo que, con el supuesto de preservar los «logros sociales», se dedican a buscar el consenso «ciudadano». Kautsky no hubiera podido dar crédito a sus ojos.
- c) La derrota, seguida por la descomposición del movimiento revolucionario (obrero, socialista), bajo el doble impacto de la mundialización y el desplome del «campo socialista», que ya ni siquiera parecen permitir una «escisión» ofensiva del socialismo, como en los años 1915 y 1916, sino más bien firmar el epitafio de una esperanza.

En cuanto al segundo, el ideológico, pone en primer plano no solo la «democracia» a secas, presentada como «modelo» en los países del Este europeo, y ya se sabe lo que estos hicieron con la democracia; y asimilada al mercado, sino el discurso del derecho —Estado de derecho, derechos humanos, Derecho internacional, recientemente complementado con el «derecho de injerencia», cuyo único objetivo es inculcar el reino de

la TINA (*There Is No Alternative*), la diosa thatcheriana de la sumisión a la fatalidad del neoliberalismo.

El reverso de la medalla, de hecho, no es otra cosa que su réplica con el nombre de abstencionismo político, repliegues religiosos y nacionalistas, afirmaciones identitarias y comunitarias, por no decir el ahondamiento cotidiano de desigualdades que no dejan fuera ninguna esfera, desde los ingresos hasta la educación y la salud.

Evidentemente, la envoltura tiene otro aspecto: el de la «feliz mundialización», como lo asegura un psicofante patentado, garantizando al menos de manera virtual (es la moda) el crecimiento para todos, el respeto a las diferencias, la promoción de lo social, el libre acceso a la información sin trabas en la «aldea global». A un punto tal, que algunos —de buena o mala fe— se han dedicado a pensar y hasta llegan a sostener, porque aún no ha ocurrido nada, que podría haber una opción entre mundialización buena y mala. Bastaría con inclinar el peso «en el sentido de lo bueno» y de «anclar a la izquierda» de los gobiernos, que después de todo, todavía no han tomado una decisión.

Entonces, ¿qué pasa en la actualidad? Tanto en el sentido del imperio, que ya era válido para Roma, como en el de «nuevo imperialismo» de nuestro siglo —principio, fin y continuación—, la lección parece clara. A todas luces, no es un Zbigniew Brzezinski —quien «arrima la brasa a su sardina», con la arrogancia del maestro— el que sostendrá lo contrario. Recojamos algunas joyas suyas, expuestas públicamente: «La derrota y la caída de la Unión Soviética propiciaron el rápido ascenso de los Estados Unidos como única y, de hecho, primera real potencia mundial»; «Norteamérica encarna en casi todas partes el futuro de una sociedad ejemplar que hay que imitar»; «en la terminología cruda de los imperios del pasado, los tres grandes imperativos geoestratégicos se resumirían de la siguiente manera: evitar la connivencia entre vasallos y mantenerlos en un estado de dependencia que justifica su seguridad; cultivar la docilidad de los súbditos protegidos; impedir a los bárbaros que formen alianzas ofensivas»; «regir la emergencia de nuevas potencias mundiales para que no pongan en peligro la supremacía norteamericana». «La ampliación de Europa y de la OTAN servirá a los objetivos, tanto a corto como a largo plazo, de la política norteamericana». Ahora bien, «la mundialización

[...] no es más que el vocablo encubridor del imperialismo», «la difusión no igualitaria del capitalismo a nivel planetario».

No solamente los especialistas, preocupados por analizar lo real de nuestro tiempo, no vacilan en recurrir al término imperialismo, sino que muchos hacen referencia expresa a las tesis leninistas. S. de Brunhoff y W. Andreff subrayan la actualidad de la ley del desarrollo desigual. D. Collin escribe:

El neoliberalismo no es la expresión de una revitalización del capitalismo de libre concurrencia del siglo precedente, es en primer término la teorización y legitimación de lo que hay que llamar realmente imperialismo en el sentido de Hilferding y de Lenin.

A. Catone, por su parte, señala: «todos los aspectos característicos del imperialismo que plantea Lenin han tenido un enorme desarrollo: los monopolios, los *cartels*, los *trusts*, se han vuelto megamonopólicos». ¿Nos repugna el «parasitismo»? «En cuanto al desarrollo tentacular de una oligarquía financiera ampliamente parasitaria no hay necesidad de leer al Lenin de *El imperialismo, fase superior del capitalismo* para convencerse de ello. El propio Georges Soros, especulador célebre, lo explica en sus obras». ¿Nos ofuscará la «putrefacción»?

Sin embargo, es evidente en los países «ricos en capital», declara G. de Bernis, donde se comprueba una desaceleración del proceso técnico y donde encontramos incontables rentistas que todavía están viviendo «recortando cupones», donde los «Estados acreedores» oprimen a los «Estados deudores»; y no es para asombrarse si las actuales manifestaciones de la «podredumbre» del capitalismo son más numerosas y profundas que las observadas por Lenin al terminar un período de estabilidad (relativa) del capitalismo. No quiero pasar por alto una alusión a nuestro hermoso país, Francia, cuando Lenin reproduce la siguiente fórmula de M. Sembat: «¡La historia financiera de la Francia contemporánea, si se va a escribir con franqueza, vendría a ser la historia de toda una serie de saqueos particulares que evocan el pillaje de una ciudad conquistada!». Desgraciadamente, conviene dar un paso más en esta caracterización y decir que la situación que engendró nuestro «nuevo imperialismo» es peor que la prevaleciente en los años 10 del siglo xx. Acabamos de verlo. Se podía entonces evocar una relativa estabilidad, que ya no cabe en la crisis actual, y que impidió a Lenin hablar de desempleo o de miseria masiva. Además, no solamente el fenómeno de las multinacionales no presentaba «la ubicuidad que ha adquirido ahora», sino más bien otros rasgos que se han acentuado y agravado considerablemente, ya se trate del Estado —cuyas funciones de regulación social no han cesado de disminuir—, del Estado-nación —que ya no es lo que

era a raíz de la Primera guerra mundial—, de las concentraciones y fusiones de empresas, de la circulación de capitales o del papel de las Bolsas.

Una lectura posible de actualización del texto de Lenin consistiría en sustituir los datos que ofrece por los nuestros. El resultado sería esclarecedor, referido a «la asfixia que ejercen los monopolios sobre todo lo que no se somete a su yugo», «las relaciones de dominación y la violencia que traen consigo [los monopolios]», las «combinaciones», los bancos, los complots del capital bancario con el capital industrial, las oligarquías financieras, las sociedades anónimas y la ilusión de su «democratización», la contaminación por el capital monopolista de la política y de las demás esferas, las exportaciones de capitales, la deuda, la carrera por el control de las materias primas, la dependencia de países independientes en principio, las rivalidades interimperialistas, el proyecto de los Estados Unidos de Europa, «el crecimiento de la inmigración hacia esos países [imperialistas], de obreros procedentes de los más atrasados donde los salarios son más bajos, o la defensa del imperialismo por “los sabios y publicistas burgueses”». A esto que habría que añadir que el cálculo en cifras de esos datos, según las estadísticas más oficiales, pondría de manifiesto desviaciones propiamente sorprendentes. Voy a poner un solo ejemplo relacionado con el capital especulativo en el centro, como se sabe, del «escenario globalizado»: tras el abandono de los acuerdos de Bretton Woods y el final del sistema monetario basado en el patrón oro, los 50 000 millones de euromonedas de 1969, que ya se habían considerado inquietantes, se convirtieron en 8 billones, o sea en «una parte pequeña de las finanzas mundiales». Si finalmente se tienen en cuenta elementos ignorados del antiguo «nuevo imperialismo», porque simplemente algunos no existían, al menos a semejante escala —como el peso de la deuda bajo el control de las instituciones monetarias internacionales, que conduce a la ruina de todo un continente (África)—, no veo nada sospechoso: la amenaza de los arsenales nucleares; los peligros que corre el medio ambiente; la escasez previsible de agua potable; la mercantilización generalizada, que se extiende a la venta de órganos y a la prostitución masiva de niños, no temeremos hablar de una verdadera «criminalización de la economía mundial».

El tráfico de drogas —otro elemento ignorado— está a la cabeza del comercio mundial. Los estupefacientes son la mercancía que genera mayores beneficios. Para empezar, no son únicamente las redes económicas que se establecen (tipo «paraíso artificial») e instituciones bancarias dedicadas al lavado de dinero. Es el conjunto, el sistema que está carcomido por dentro. Pese a sus protestas morales y a sus presuntas represiones

(destrucción de plantaciones), los países desarrollados, ricos y poderosos, protegen los circuitos que les proporcionan los mayores beneficios, incorporando legalmente el botín a las actividades más oficiales. El dinero llamado «sucio» ya no se distingue del «limpio». De marginal, la corrupción pasó a penetrar todos los engranajes rectores del cuerpo social y, sobre todo, de la política, que a aquella debe uno de los motivos principales de descrédito. Una última pregunta: ¿qué sucede con la relación que Lenin establece entre imperialismo y transición al socialismo? ¿Acaso no reside ahí la caducidad de toda la teoría, cuando por la historia sabemos, a ciencia cierta, que el proceso revolucionario iniciado en 1917 no solo no cumplió sus promesas, sino que se hundió con el sistema soviético en 1989, y cuando, por otra parte, el capitalismo, dando pruebas de una vitalidad insospechada, ha podido superar sus crisis y restablecer, con la globalización, un equilibrio tal que le permite confirmar su esencia con un dominio estratégico global sin parangón?

Sin embargo, el argumento no parece sustentarse, por una serie de razones estrechamente vinculadas entre sí. Evoquemos, en primer lugar, la notoria comprobación de que la mundialización es un proceso en curso, y que su carrera no solo no ha tocado a su fin, sino que resulta difícilmente previsible. En opinión general, se trata de un proceso contradictorio, sujeto a los efectos de las muy conocidas «sorpresas» de los mercados que tanto desorientan a los economistas, la «mano invisible» que hace, en resumidas cuentas, lo que se le antoja (de la crisis mexicana a la asiática y al *crack* del Nasdaq); y sujeta también no tanto a las rivalidades en el seno de la tríada, sino a lo que puede suceder con los países llamados «emergentes» —de Brasil a China. El propio Brzezinski no preconiza el reinado de la «nación indispensable», más allá de «una generación», y no descarta la posibilidad de que «esté empezando a tomar forma una verdadera situación prerrevolucionaria». Si bien, por otro lado, Lenin espera mucho de la socialización que el imperialismo acelere, en relación con el viejo capitalismo de competencia entre pequeñas y medianas entidades económicas; si espera, no sin duras luchas, la apertura de un período revolucionario en dirección a un conflicto mundial; si testimonia una debilidad, rectificadas rápidamente, por la consigna política de los Estados Unidos de Europa, ello no podría atribuirse únicamente a determinada predisposición de su temperamento al optimismo, sino a la coyuntura que le tocó vivir, a la «situación concreta»

que fue la suya. Ahí radica la diferencia. Lenin era todavía un hombre de las Luces, más cercano a sus propios guías intelectuales de lo que estamos nosotros, testigos y herederos de un siglo de sangre, de masacre y de ruinas —cuyo preámbulo él solo pudo ver—, que apenas si nos atrevemos a llamar «modernidad», y que nos ha impuesto la renuncia a todas las formas de ineluctabilidad, aunque sean revolucionarias. No es menos cierto que ese pesimismo, si queremos llamarlo así, también se afina en un contexto. Es el reflejo de ese imperialismo de la desesperanza que es la mundialización, ya que por mucho que podamos discernir sus virtualidades positivas, la atención lúcida se encuentra confiscada por el extraordinario poder de lo negativo inherente al sistema. Pero precisamente por ello, el diagnóstico leninista, por una aparente paradoja, conserva su pertinencia, incluso en su conclusión alternativa. Porque de lo que se trata es de un sistema, y ese sistema —el capitalismo— sigue siendo el mismo en su naturaleza desde *El capital* hasta sus avatares imperialistas, los cuales, a través y al ritmo de los cambios considerables introducidos y que, de paso, han modificado nuestra manera de ver el mundo, no han hecho sino confirmarnos su nocividad, al punto de poner bajo el signo de la urgencia, realmente vital, la necesidad de cambiarlo. No hay que ir a buscar la novedad en otra parte. Es radical. Por muy deterioradas y desarticuladas que estén las fuerzas contestatarias, por razones coyunturales análogas, no por eso dejarán de cumplir la misma función. Recién se multiplican síntomas que hacen pensar que van a producirse, que se están operando convergencias cuyo programa seguramente no tenemos disponible, pero cuya finalidad es indiscutible. ¿Acaso no saldría ganando con ello la propia mundialización con la que todo internacionalista ha soñado? La sentencia de Rosa Luxemburgo, para quien el imperialismo tampoco tuvo secretos, nos llega como un puño en alto: el capitalismo no está en condiciones de realizar la mundialización porque primero lo devorarán sus contradicciones internas. Únicamente el socialismo puede lograrlo.

Traducción: Lourdes Arencibia Rodríguez.

© ~~TEIAS~~, 2003.

Poder, «contrapoder» y «antipoder». Notas sobre el pensamiento crítico contemporáneo

Atilio Borón

Investigador. CLACSO, Argentina.

Uno de los rasgos más categóricos de la victoria ideológica del neoliberalismo ha sido su capacidad para influenciar decisivamente en la agenda teórica y práctica de las fuerzas sociales, las organizaciones de masas y los intelectuales opuestos a su hegemonía. Si bien este atributo parecería haber comenzado ahora a recorrer el camino de su declinación, reflejando de este modo la creciente intensidad de las resistencias que, a lo largo y a lo ancho del planeta, se erigen en contra de su predominio, las secuelas de su triunfo en la batalla de las ideas están llamadas a sentirse todavía por bastante tiempo. Es bien sabido que no existe una relación lineal, mucho menos mecánica, entre el mundo de las ideas y los demás aspectos que constituyen la realidad histórico-social de una época. Esto explica, por ejemplo, que las concepciones medievales sobre la unidad del «organismo social» —justificadoras del carácter cerrado del estamentalismo feudal y de la primacía del papado sobre los poderes temporales— sobrevivieran por siglos al advenimiento de la sociedad burguesa y a una de sus instituciones básicas, el contrato. No debiera sorprendernos, por lo tanto, si las teorizaciones surgidas durante el apogeo del

neoliberalismo y coincidentes con el mayor reflujo histórico experimentado por los ideales socialistas y comunistas, desde la Revolución francesa hasta hoy, perduren tal vez por décadas, aun cuando las condiciones que les dieron origen hayan desaparecido por completo.

Un ejemplo de esa pertinaz colonización ideológica lo ofrece, en la actualidad, la obra de algunos de los más conocidos intelectuales críticos de la izquierda. Si se examina con detenimiento el pensamiento de autores como Michael Hardt y Antonio Negri, o la más reciente contribución de John Holloway, puede comprobarse, sin mayor esfuerzo, cuán vigorosa ha sido la penetración de la agenda, las premisas y los argumentos del neoliberalismo, aun en los discursos de sofisticados intelectuales seriamente comprometidos con una crítica radical a la mundialización neoliberal. Porque ninguno de los tres autores arriba mencionados «se ha pasado de bando», peregrinando hacia las filas de la burguesía y el imperialismo en busca de reconocimiento u otro tipo de recompensas. Ninguno de los tres abjuró de la necesidad de avanzar hacia la construcción de una sociedad comunista o, por lo menos, decididamente

«poscapitalista». Todo lo contrario: el sentido de su obra es justamente el de fundamentar, en las nuevas condiciones del capitalismo de inicios del siglo XXI, las formas de lucha y las estrategias que mejor podrían conducir al logro de tales fines. En ese sentido, es preciso establecer, antes de plantear nuestra divergencia con sus teorizaciones, una clara línea de demarcación entre Hardt, Negri y Holloway, y autores como Manuel Castells, Regis Debray, Ernesto Laclau, María Antonieta Macchiocchi, Chantal Mouffe, Ludolfo Paramio y toda una pléyade de ex marxistas europeos y latinoamericanos que, al iniciar una necesaria renovación teórica del marxismo para rescatarlo de la ciénaga del estalinismo, culminaron su arrepentimiento con una capitulación teórica tan grosera como imperdonable. En este descenso, y so pretexto de la supuesta superioridad civilizacional del capitalismo, muchos abandonaron el marxismo dogmático que habían cultivado con especial celo durante largo tiempo, para convertirse en furiosos profetas que ahora pretenden persuadirnos de la imposible superioridad ética de un modo de producción basado en la explotación del hombre por el hombre y la destrucción de la naturaleza. Pocos casos, no obstante, igualan la denigrante trayectoria de María Antonieta Macchiocchi, quien transitó desde el más irresponsable ultrazquierdismo hasta el neofascismo, culminando con ignominia su recorrido político e intelectual en el Parlamento italiano representando nada menos que a Forza Italia y su capo, Silvio Berlusconi.

Queremos dejar claramente sentado que Hardt, Negri y Holloway de ninguna manera entran en esta lamentable categoría de los que bajaron los brazos, se resignaron y se pasaron a las filas del enemigo de clase. Son, en buenas cuentas, camaradas que proponen un análisis equivocado de la situación actual. Su integridad moral, totalmente fuera de cuestión, no les ahorra, sin embargo, caer en la trampa ideológica de la burguesía, al hacer suyas, de manera inconsciente, algunas tesis consistentes con su hegemonía y con sus prácticas cotidianas de dominio, que de ninguna manera pueden ser aceptadas desde posiciones de izquierda. Expliquémonos. Para la burguesía y sus aliados, para el imperialismo en su conjunto, es imprescindible potenciar el carácter fetichista de la sociedad capitalista y ocultar lo más que se pueda su naturaleza explotadora, injusta e inhumana. Parafraseando a Bertolt Brecht, podemos decir que el capitalismo es un caballero que no desea que se lo llame por su nombre. La mitificación que crea una sociedad productora de mercancías y que todo lo mercantiliza requiere, de todos modos, un reforzamiento generado desde el ámbito de aquello que Gramsci denominara «las superestructuras complejas» del capitalismo, y fundamentalmente de la esfera ideológica. Así, no basta con que la sociedad

capitalista sea «opaca» y la esclavitud del trabajo asalariado aparezca, en realidad, como un universo de trabajadores «libres» que concurren a vender su fuerza de trabajo en el mercado. Es preciso, además, silenciar el tratamiento de ciertos temas, deformar la visión de otros, impedir que se visualicen unos terceros, y que alguno de ellos se instale en la agenda del debate público. De ahí la importancia que asume, para la derecha, cualquier teorización (sobre todo si es producida por críticos del sistema) que empañe la visión sobre el imperialismo, el poder y el Estado, o que desaliente o impida una discusión realista sobre estos temas. Esa es, precisamente, la misión ideológica del saber económico convencional, donde la politicidad y la eticidad de toda la vida económica se diluyen en los meandros del formalismo, la modelística y la pseudorrigurosidad de la matematización.

Si lo anterior no fuera posible, la «segunda mejor» alternativa es hacer que las teorizaciones predominantes sobre estos asuntos sean lo más inocuas posibles. La extraordinaria acogida que tuvo la obra de Hardt y Negri en la prensa capitalista y la «opinión seria» de los países desarrollados son de una contundencia aleccionadora al respecto.¹ Por su parte, el libro de Manuel Castells, *La edad de la información*, que produce una visión conformista y complaciente del «capitalismo informacional», cosechó extraordinarios elogios en esos mismos ambientes, en dicha empresa sobresalieron Anthony Giddens, el principal teórico de la malograda «tercera vía», y el ex presidente de Brasil, Fernando Henrique Cardoso, cuya gestión en el área económica se caracterizó por su estricta adhesión a las políticas neoliberales.²

En síntesis, la tesis fundamental que quisiéramos probar en las páginas que siguen sostiene que la concepción general y las orientaciones heurísticas que se desprenden de los planteamientos que encontramos en las más recientes obras de Hardt y Negri, y Holloway, lejos de instalarse en el terreno político del pensamiento contestatario, son plenamente compatibles con el discurso neoliberal dominante. Reflejan la derrota ideológica sufrida por aquel, y la lamentable vigencia del diagnóstico al que arribara, a finales del siglo XIX, José Martí, cuando decía que «de pensamiento es la guerra mayor que se nos hace» y convocara a los patriotas latinoamericanos a ganar la batalla de las ideas. Tarea que, por cierto, constituye, para la izquierda, una de las más importantes asignaturas pendientes.

Hardt y Negri

En un libro publicado poco después de la aparición en lengua española de *Imperio*, la aclamada obra de Michael Hardt y Antonio Negri,³ sometimos a crítica las tesis centrales de dichos autores, razón por la cual

no reiteraremos, siquiera mínimamente, lo dicho en esa oportunidad.⁴ En este artículo nos limitaremos, en cambio, a exponer, sucintamente, nuestra disidencia en relación con la noción de «contrapoder» que proponen esos autores.

El concepto de contrapoder surge como consecuencia de la crisis terminal que enfrenta el Estado-nación y, a raíz de esto, las clásicas instituciones de la democracia representativa que lo acompañaron desde el advenimiento de la Revolución francesa. El contrapoder alude así a tres componentes específicos: resistencia, insurrección y poder constituyente. Hardt y Negri analizan en su obra los cambios experimentados a consecuencia del tránsito de la modernidad a la posmodernidad, y concluyen que en las más variadas experiencias insurgentes habidas en la época moderna —ese vasto e indefinido arco histórico que comienza con el amanecer del capitalismo y culmina con el advenimiento de la sociedad «posmoderna»—, la noción de contrapoder se reducía a uno solo de sus componentes: la insurrección. Pero, afirman estos autores, la «insurrección nacional en realidad era ilusoria» habida cuenta de la presencia de un denso sistema internacional de Estados nacionales que hacía que, en esa época histórica, toda insurrección, incluyendo la comunista, estuviese condenada a desembocar en una guerra internacional crónica, que acaba por tender «una trampa a la insurrección victoriosa y la transforma en régimen militar permanente».

Pero si el papel sumamente relevante del sistema internacional es indiscutible —como lo atestigua la obsesiva preocupación que manifestaran por este asunto los grandes revolucionarios del siglo xx— no es menos cierto que Hardt y Negri incurren en graves errores de apreciación histórica cuando hablan del carácter «ilusorio» de las tentativas revolucionarias que jalonaron el siglo xx. En efecto, ¿qué significa exactamente la palabra «ilusorio»? El hecho de que una insurrección popular precipite una impresionante contraofensiva internacional, llamada a asegurar el sometimiento y control de los rebeldes con un abanico de políticas que van desde el aislamiento diplomático hasta el genocidio de los insurrectos, demuestra precisamente que, en tal situación, no hay nada de «ilusorio» y sí mucho de real, y que las fuerzas imperialistas reaccionan con su reconocida ferocidad ante lo que consideran una inadmisibles amenaza a sus intereses. Si atendemos a las enseñanzas de la historia latinoamericana, por ejemplo, comprobaríamos que ni siquiera hizo falta una insurrección popular para que la parafernalia represiva del imperialismo se pusiera en juego. Recordemos lo acontecido con João Goulart en Brasil, en 1962, Juan Bosch en República Dominicana, en 1965; Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile, a comienzos de

los años 70, para no citar sino los casos más conocidos, que demuestran cómo un simple resultado electoral que proyecte al gobierno nacional a un partido o coalición progresista es suficiente para que comience un juego de presiones desestabilizadoras tendientes a corregir los «errores» del electorado. Algo semejante ya está ocurriendo en Brasil con el nuevo gobierno del Partido de los Trabajadores (PT). En todo caso, cualquiera sea la experiencia insurreccional que se analice a lo largo de los siglos xix y xx, resulta evidente que la guerra internacional es mucho menos atribuible a la intransigencia o al apetito expansionista de los revolucionarios que a la furia represora que desata la insubordinación de las masas y sus anhelos emancipatorios.

Por otra parte, afirmar, como hacen estos autores, que las revoluciones triunfantes asediadas por los ejércitos y las instituciones imperialistas (entre las que sobresalen el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y otras afines) y que deben enfrentarse, para sobrevivir, a un repertorio de agresiones de todo tipo —que incluye sabotajes, atentados, bloqueos comerciales, boicots, guerras «de baja intensidad», invasiones militares, bombardeos «humanitarios», genocidios, etc.— se convierten en «régimenes militares permanentes» implica un monumental error de interpretación del significado histórico de dichas experiencias. Equívoco que, dicho sea al pasar, es típico de la ciencia política norteamericana, que procede de igual manera cuando, por ejemplo, coloca en una misma categoría —los famosos «sistemas de partido único»— a régimenes políticos tan diversos como la Italia de Mussolini, la Alemania nazi, la Rusia de Stalin y la China de Mao. Nuestros autores subestiman los factores históricos que a lo largo del último siglo obligaron a las jóvenes revoluciones a armarse hasta los dientes para defenderse de las brutales agresiones del imperialismo, a años luz de las sutilezas del imperio imaginado por Hardt y Negri: esa misteriosa red sin centro ni periferia, adentro ni afuera, y que supuestamente nadie controla para su beneficio. Si la Revolución cubana sobrevive en estos días de un supuesto «imperio sin imperialismo», ello se explica tanto por la inmensa legitimidad popular del gobierno revolucionario como por la probada eficacia de sus fuerzas armadas, que después de Playa Girón disuadieron a Washington de intentar nuevamente una aventura militar en la Isla.

Por otra parte, la interpretación de Hardt y Negri revela, asimismo, el grave yerro en que incurren a la hora de caracterizar las emergentes formaciones estatales de las revoluciones. Una cosa es lamentarse por la degeneración burocrática de la Revolución rusa y otra bien distinta afirmar que lo que allí se constituyó fue un «régimen militar». El hecho de que Cuba, por

La concepción general y las orientaciones heurísticas que se desprenden de los planteamientos que encontramos en las más recientes obras de Hardt y Negri, y Holloway, lejos de instalarse en el terreno político del pensamiento contestatario, son plenamente compatibles con el discurso neoliberal dominante.

ejemplo, haya tenido que invertir cuantiosos recursos, materiales y humanos, para defenderse de la agresión imperialista no la convierte en un «régimen militar». Solo una visión de una imperdonable ingenuidad, irreparablemente insensible ante el significado histórico de los procesos sociales y políticos, puede caracterizar de ese modo las formaciones sociales resultantes de las grandes revoluciones del siglo xx. Por último, y haciéndonos cargo de todas sus limitaciones y deformaciones, ¿puede efectivamente decirse que las revoluciones en Rusia, China, Viet Nam y Cuba fueron apenas una ilusión? Una cosa es la crítica a los errores de esos procesos y otra bien distinta decir que se trató de meros espejismos o de torpes ilusiones. ¿Habrá sido un simulacro baudrillardiano la paliza sufrida por el colonialismo francés en Dien Bien Phu? Y la bochornosa derrota de los Estados Unidos a manos del vietcong, ¿habrá sido tan solo una visión alucinada de sesentistas trasnochados, o se produjo de verdad? Esa huida desesperada desde los techos de la embajada norteamericana en Saigón, donde espías, agentes secretos, asesores militares y torturadores policiales destacados en Viet Nam del Sur se mataban entre sí para subir al último helicóptero que los conduciría sin escalas del infierno vietnamita al «*American dream*», ¿habrá sido verdadera o fue una mera ilusión? Los cuarenta y cuatro años de hostigamiento norteamericano a Cuba, ¿son producto del fastidio que provoca en Washington el carácter ilusorio de la Revolución cubana? Y, para acercarnos a nuestra realidad actual: el abierto involucramiento del gobierno norteamericano —con la ayuda de su correveidile español, José M. Aznar— en el frustrado golpe de Estado en Venezuela, en abril de 2002, ¿habrá sido propiciado por el carácter ilusorio de las políticas del presidente Hugo Chávez?

Curiosamente, ambos autores nos advierten que se trata de preguntas que, en realidad, ya son anacrónicas porque, según ellos, en la posmodernidad las condiciones que tornaban posible la insurrección moderna, con todo su ilusionismo, han desaparecido, «de tal forma que, inclusive, hasta parece imposible pensar en términos de insurrección».⁵ Afortunadamente, los insurrectos que pusieron fin a la tiranía de Suharto en Indonesia, en 1999, no tuvieron ocasión de leer los

borradores de *Imperio*, porque de lo contrario seguramente habrían desistido de su empeño. Los argentinos que, ganando las calles a fines de 2001, pusieron punto final a un gobierno reaccionario e incapaz, tampoco parecerían haber tomado nota de las elucubraciones de Hardt y Negri, y lo mismo parece haber ocurrido hace poco con los trabajadores bolivianos que pusieron en jaque al gobierno de Sánchez de Lozada. Pero el pesimismo que se desprende de esta afirmación se atenúa ante la constatación del crepúsculo de la soberanía nacional y la laxitud del imperio en su fantasmagórica fase actual, todo lo cual alteró las condiciones que sometían la insurrección a las restricciones impuestas por las guerras nacionales e internacionales.

Posterguemos por un momento la crítica a este segundo supuesto, el que anuncia la «emancipación» de los procesos insurreccionales de las guerras nacionales e internacionales, y veamos lo que significa la insurrección en el capitalismo posmoderno. Si en la sociedad moderna aquella era «una guerra de los dominados contra los dominadores», en la supuesta posmodernidad «tiende a ser la sociedad global ilimitada, la sociedad imperial como totalidad», en donde explotadores y explotados se desvanecen en la nebulosa de una sociedad sin estructuras, con asimetrías y exclusiones.⁶ Bajo estos supuestos, falsos en la medida en que llevan hasta el límite ciertas tendencias reales, pero parciales de la globalización (como, por ejemplo, el debilitamiento aunque no la desaparición de los espacios «nacionales»), Hardt y Negri concluyen, sin ninguna clase de apoyatura empírica o argumentativa, que la resistencia, la insurrección y el poder constituyente se funden ahora en la noción de contrapoder que, presumiblemente, sería la prefiguración y el núcleo de una formación social alternativa. Todo esto es sumamente discutible a la luz de la experiencia histórica concreta, pero aun así el argumento es comprensible. Forzándolo un poco, podría llegar a decirse que no es novedoso ni tan distinto, en su abstracción conceptual, del que desarrollaran los bolcheviques en el período comprendido entre abril y octubre de 1917. La resistencia y la insurrección, dos de los tres elementos claves de ambos autores, se expresaban en el famoso

apoteagma leninista, referido a la situación que se producía cuando «los de abajo» no aceptaban seguir viviendo como antes y «los de arriba» no podían hacerlo tal como acostumbraban; o en los análisis de Gramsci sobre la crisis orgánica y la situación revolucionaria. El tercer elemento, el poder constituyente, estaba formado por los soviets y los consejos, en la visión de Lenin y Gramsci.

Pero si existiera la posibilidad de retraducir —insistimos, en el plano de la conceptualización más abstracta— los tres componentes del contrapoder al lenguaje de la tradición revolucionaria comunista, no ocurre lo mismo cuando llega la hora de identificar los agentes sociales concretos llamados a encarnar el proyecto emancipador y las formas políticas específicas mediante las cuales este será llevado a cabo. Si en la tradición de comienzos del siglo xx el proletariado, en conjunto con las clases aliadas (campesinos, pequeña burguesía, intelectuales radicalizados, etc.), era el soporte estructural del proceso revolucionario, y los soviets y los consejos, más que el partido, el vehículo de su jornada emancipadora, el contrapoder de Hardt y Negri no reposa en ningún sujeto, en ninguna nueva construcción social o política o en ningún otro producto de la acción colectiva de las masas, sino en la carne, «la sustancia viva común en la cual coinciden lo corporal y lo espiritual». ⁷ Es esta sustancia vital la que constituye, en una argumentación de tono inocultablemente metafísico, el fundamento último del contrapoder, su materia prima. Según esta interpretación, los tres elementos que lo constituyen «brotan en forma conjunta de cada singularidad y de cada uno de los movimientos de los cuerpos que componen la multitud». Se consume, de este modo, una completa volatilización de los sujetos del cambio, y la sociedad queda reducida a un inconmensurable agregado de cuerpos hipotéticamente unificados en el momento fundante y, a la vez, disolvente de la multitud. Esta visión reproduce, en el plano del intelecto y de modo profundamente distorsionado, ciertas transformaciones ocurridas en la anatomía de la sociedad burguesa y, más específicamente, de su estructura de clases: la atomización de los grandes colectivos, la fragmentación de las clases sociales, sobre todo de las clases y capas subalternas, la desintegración y desmembración producida por el auge del mercado y la mercantilización de la vida social. Pero la lectura que Hardt y Negri hacen de ellas los arrastra insensiblemente a proponer una visión entre metafísica y poética que poco, muy poco, tiene que ver con la realidad. En sus propias palabras:

Los actos de resistencia, los actos de revuelta colectiva y la invención común de una nueva constitución social y política atraviesan en forma conjunta innumerables microcircuitos políticos. De esta forma se inscribe en la carne de la multitud un nuevo poder, un «contrapoder», algo viviente que se levanta contra el Imperio. Es aquí donde nacen los nuevos

bárbaros, los monstruos y los gigantes magníficos que emergen sin cesar en los intersticios del poder imperial y contra ese poder. ⁸

Es evidente que la aseveración de nuestros autores adquiere, a estas alturas, un tono inequívocamente vitalista, que los aproxima mucho más a los embriagantes vahos metafísicos de Henry Bergson que a las enseñanzas de Spinoza, al paso que los sitúa en un terreno sin retorno en relación con el materialismo histórico. No habría que esforzarse demasiado para descubrir los inquietantes paralelos existentes entre la doctrina del «ímpetu vital» del filósofo francés, y la exaltación de la carne, hecha por Hardt y Negri. En todo caso, y para resumir, digamos que una impostación de esta naturaleza del problema del contrapoder disuelve por completo el carácter histórico-estructural de los procesos sociales y políticos en la singularidad de los cuerpos que conforman la multitud. De este modo se arriba a una conclusión desoladoramente conservadora, toda vez que, en su vertiginoso ascenso hacia el topos urano-platónico —ese lugar tan excelso donde según Platón reposan las ideas en su pureza conceptual— Hardt y Negri desdibujan por completo la especificidad del capitalismo como modo de producción, y las relaciones de explotación y de opresión política que le son propias. Desaparecidas las clases sociales —en efecto, ¿quiénes explotan y quiénes son los explotados?— y diluidos también por completo los fundamentos estructurales del conflicto social, lo que nos queda es una rudimentaria poética de la rebelión ante un orden abstractamente injusto que nada tiene que ver con los procesos reales que sacuden al capitalismo contemporáneo. En la formulación de Hardt y Negri, el fenómeno del contrapoder se diluye por completo en la formalidad de una gramática que, por razones inescrutables, opone la multitud al imperio, sin que se sepa, a ciencia cierta, qué es lo uno y lo otro y, sobre todo, qué hay que hacer, y con qué instrumentos, para poner fin a esta situación.

Holloway

La obra de John Holloway ⁹ plantea una tesis que, si bien es afín a la de Hardt y Negri, radicaliza aún más el movimiento auspiciado por estos. ¹⁰ En efecto, si los autores de *Imperio* rehúyen el tratamiento del tema del poder en su especificidad histórica —el poder de la burguesía y sus efectos, en esta fase del capitalismo mundializado— y caen embelesados ante la contemplación del contrapoder, en Holloway la huida es mucho más pronunciada. Ya no se trata de postular la existencia de una nebulosa fórmula que, supuestamente, se enfrenta al poder real ejercido por

las clases dominantes, sino de abogar a favor de la total erradicación del poder de la faz de la tierra. De lo que se trata, nos dice este autor, es de disolver para siempre las relaciones de poder. Nada se gana con intentar «tomar el poder», o «conquistar el poder del Estado», porque tal estrategia ha fracasado rotundamente.¹¹ Lo que se requiere es, entonces, la construcción de un «antipoder», es decir, de un nuevo entramado social en donde las relaciones de poder sean un doloroso recuerdo del pasado.

El poder es así satanizado en la obra de Holloway, convertido en un fetiche horrendo que contamina a todo aquel que osa tomarlo en sus manos. Los movimientos y los agentes sociales que en el pasado intentaron transformar la sociedad a partir de la toma del poder y la utilización de los recursos que este brindaba para dar a luz una nueva sociedad, fracasaron completamente.¹² Pero en lugar de examinar, desde la perspectiva del materialismo histórico, las circunstancias bajo las cuales se ensayaron estos proyectos, lo que hallamos en Holloway es una exhortación a alejarnos de algo considerado pecaminoso y hasta mortífero. El antipoder sería, en esta conceptualización, la manifestación del triunfo de la sociedad civil sobre el Estado; la liberación del género humano de toda forma de opresión, concentrada y sublimada, en la visión de este teórico, en la figura omnipotente y terrible de lo que Octavio Paz llamara «el ogro filantrópico», y que no es otra cosa que el Estado.

La génesis de esta crítica absoluta al Estado y a la «ilusión estatal», y de esta intransigente condena —e injusta, por sesgada y parcial— a las revoluciones del siglo xx, se encuentra en las enseñanzas que para la estrategia revolucionaria de las masas se desprenden de la experiencia zapatista. Ya no se trataría de conquistar el mundo, sino, en un proceso asombrosamente más simple, de «hacerlo de nuevo», dejando de lado la rémora doctrinaria de carácter estadocéntrica en la cual la revolución era asimilada «a la conquista del poder estatal y la transformación de la sociedad a través del Estado».¹³ En opinión de Holloway, el debate que conmovió las filas de la Segunda Internacional a comienzos del siglo xx, y que contraponía reforma y revolución —Bernstein *versus* Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo— ocultaba, pese a las aparentes diferencias, un acuerdo fundamental: la construcción de la nueva sociedad pasaba por la conquista del poder del Estado. De ahí el carácter estadocéntrico del proceso revolucionario. Precisamente por eso, para Holloway «[l]a gran aportación de los zapatistas [ha] sido romper el vínculo entre revolución y control del Estado».¹⁴

Sin decirlo, el programa que nos propone Holloway es, nada menos, que la serena e indolora instauración

de la sociedad comunista. No otra cosa significaría poner fin a la separación entre Estado y sociedad, instituir el autogobierno de los productores y, de ese modo, lograr la tan anhelada extinción del Estado.¹⁵ Hasta aquí, la propuesta no es nada novedosa para la tradición comunista, salvo que, en el caso de este autor, todo este programa debería realizarse sin que las fuerzas populares se propongan tomar el poder del Estado. Haciéndose eco del discurso zapatista, Holloway asegura que no se trata de «un proyecto de hacernos poderosos, sino de disolver las relaciones de poder».¹⁶ El tema de la disolución de las relaciones de poder merece múltiples consideraciones. En primer lugar, es algo que no se puede discutir en abstracto, porque pierde todo significado. ¿Quién podría estar en contra de una propuesta de ese tipo, que evoca visiones de una comunidad en la cual se han suprimido definitivamente y en todos sus órdenes las relaciones de dominación? Es como proponer la erradicación del dolor y la enfermedad, la miseria y el sufrimiento: nadie podría disentir de tan nobles propuestas. Pero por más que nos disgusten, la realidad es que las relaciones de poder aparecieron sobre la faz de la tierra junto con las formas más primitivas de la vida animal, como lo ha comprobado hasta el cansancio la sociobiología, y no parece que vayan a desaparecer a fuerza de lamentos y plegarias. Si las jerarquías y las dominaciones, con todas sus secuelas degradantes y opresivas, acompañaron a la especie humana desde los albores de su existencia, nada autoriza a pensar que la disolución de las relaciones de poder pueda plantearse, programáticamente, como un objetivo inmediato de una fuerza revolucionaria, especialmente si esta renuncia a la conquista del poder político.

Quisiéramos que no se nos malinterpretara en este punto. No estamos diciendo que el objetivo de disolver todas las relaciones de poder deba ser descartado. Al fin y al cabo, ese es el programa de máxima prioridad del proyecto comunista. Lo que estamos afirmando, en cambio, es que la formulación de esta propuesta en el pensamiento de Holloway tiene un cariz indudablemente quimérico o quijotesco, algo radicalmente distinto a lo utópico. Decimos quimérico porque se plantea un objetivo grandioso sin reparar en sus necesarias mediaciones históricas, y por el hecho de que antes de lograrlo es imprescindible pasar por el purgatorio de un largo, complejo y turbulento proceso de transición, en el cual las fuerzas del viejo orden librarán una batalla desesperada, apelando a todos los medios disponibles, violentos y «pacíficos» por igual, para impedir la realización de la utopía. Y aquí cabe recordar lo que Marx y Engels dijieran en *El manifiesto comunista* y en tantos otros pasajes de su obra: el problema con el comunismo utópico no radicaba en

los bellos mundos imaginados por sus pensadores, sino en el hecho de que aquellos no brotaban de un análisis científico de las contradicciones de la sociedad capitalista, ni de la identificación de los actores concretos que habrían de asumir la tarea de construirlos, así como tampoco planteaban el itinerario histórico que sería preciso recorrer antes de llegar a destino. La propuesta de disolver todas las relaciones de poder formulada por Holloway conserva todo el encanto de las bellas iluminaciones del comunismo utópico, pero también tiene sus insalvables limitaciones.

Un segundo campo de problemas tiene que ver con la operatividad de una tal propuesta —el cómo de la disolución del poder— y los resultados prácticos que podrían desprenderse de la aceptación de ese programa por parte de las fuerzas sociales insurgentes. Porque abogar por la disolución del poder puede ser muy romántico y conmovedor, pero condena a los agentes sociales, y en especial a las clases y capas subordinadas, a una empresa inexorablemente destinada al fracaso, al menos mientras subsista la sociedad capitalista. Y como esta no va a pasar a la historia como resultado de los ruegos e invocaciones a nobilísimos ideales comunitarios, sino como de encarnizadas luchas sociales, y en las cuales la cuestión del poder asume una centralidad excluyente en el tránsito de la vieja a la nueva forma social, la asunción de una propuesta insanamente equivocada como esta, no hace sino servir de prólogo a una nueva y más duradera derrota del campo popular.

En realidad —y esta es la tercera consideración que quisiéramos hacer en torno a este tema—, el abandono del proyecto de conquistar el poder refleja no solo una capitulación política ante la burguesía, sino también los errores de una concepción teórica que no alcanza a comprender lo que significa el fenómeno del poder social. Holloway es tributario de una concepción metafísica del poder que, curiosamente, tiene más de un punto de contacto con las visiones características de la derecha. En efecto, si para esta el poder es equivalente al gobierno y, por lo tanto, una herramienta de dirección y control social, para la izquierda posmoderna el poder aparece también como un instrumento, solo que inútil, improductivo y patológico, que destruye la fibra misma de la vida social y que contamina insanamente la integridad de un proyecto de transformación socialista de la sociedad. Más allá de sus diferencias, ambas versiones se adhieren, en el fondo, a una concepción teleológica e instrumentalista del poder: este es concebido como un punto de llegada, un objeto que hay que alcanzar y, a la vez, un seguro instrumento de gestión de lo social. Lo que el pragmatismo de la derecha defiende a ultranza es objeto de crítica radical por parte de Holloway, pero en ambos casos estamos en presencia de un equívoco porque el poder no es una

cosa, o un instrumento que puede empuñarse con la mano derecha o con la izquierda, sino una construcción social que, en ciertas ocasiones, se cristaliza en lo que Gramsci llamaba «las superestructuras complejas» de la sociedad capitalista. Una de tales cristalizaciones institucionales es el Estado y su gobierno, pero la cristalización remite, como la punta de un iceberg, a una construcción subyacente que la sostiene y le otorga un sentido. Es esta la que, en una coyuntura determinada, establece una nueva correlación de fuerzas expresada luego en el plano del Estado. Sin ese sustento social profundo, invisible a veces, pero siempre imprescindible, el control de las «alturas del Estado», que pueda tener una fuerza revolucionaria o reformista, se desvanece como la neblina ante la salida del sol.

En este sentido, convendría recordar que Lenin, un gran teórico y, a la vez, un gran práctico de la revolución y de la cuestión del poder, subrayó la importancia de distinguir entre la «toma del poder», un acto eminentemente político por el cual las clases explotadas se apoderaban del Estado, y se convertían en nueva clase dominante, y la concreción de la revolución, concebida como una empresa fundamentalmente civilizatoria, en donde la nueva correlación de fuerzas favorable a los agentes de la nueva sociedad era ratificada por el control que ellos ejercían sobre el Estado, el entramado institucional y el orden legal. Por eso, al comparar las perspectivas de la revolución en Oriente y Occidente, decía —en un pasaje luminoso de su obra— que

la revolución socialista en los países avanzados no puede comenzar tan fácilmente como en Rusia, país de Nicolás y Rasputín [...] En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma. [Es] evidente que en Europa es inconmensurablemente más difícil comenzar la revolución, mientras que en Rusia es inconmensurablemente más fácil comenzarla, pero será más difícil continuarla.¹⁷

Fue precisamente a partir de estas lecciones brindadas por la historia comparativa de las luchas obreras y socialistas, en los albores del siglo xx, que Lenin insistió en la necesidad de distinguir entre los «comienzos de la revolución» y el desarrollo del proceso revolucionario. Si en el primer caso la conquista del poder político y la conversión del proletariado en una clase dominante era condición indispensable —mas no suficiente— para el lanzamiento del proceso revolucionario, su efectivo avance exigía una serie de políticas e iniciativas que trascendían largamente lo primero y que hundían sus raíces en el suelo de la sociedad.

Antonio Gramsci, por su parte, dejó un legado de significativas aportaciones para el estudio del poder. En múltiples escritos argumentó persuasivamente que la creación de un nuevo bloque histórico que desplazara

a la burguesía del poder suponía una doble capacidad de las fuerzas contrahegemónicas: estas debían ser dirigentes y dominantes a la vez. Es más, en realidad las fuerzas insurgentes debían primero ser dirigentes; es decir, capaces de ejercer una «dirección intelectual y moral» sobre grandes sectores de la sociedad —esto es, establecer su hegemonía— antes de que pudieran plantearse, con alguna posibilidad de éxito, la conquista del poder político y la instauración de su dominio. Pero dirección intelectual y moral, y dominación política, eran dos caras inseparables de una misma y única moneda revolucionaria. En el análisis de Holloway, el poder aparece como una cuestión que se refiere exclusivamente al dominio político, desoyendo la necesidad de concebirlo, antes que todo, como una cuestión que se arraiga en el suelo de la sociedad civil y que desde allí se proyecta sobre el plano de las superestructuras políticas.

No se construye un mundo nuevo, como quiere el zapatismo, si no se modifican radicalmente las correlaciones de fuerzas y se derrota a poderosísimos enemigos. Contrariamente a lo que proponen Hardt, Negri, Holloway —¡que en esto coinciden con Castells!— el poder social, en tren de imaginar metáforas, se asemeja mucho más a una tela de araña que a una red amorfa y difusa, carente de un foco central, y el Estado es precisamente ese foco, el lugar donde se condensan las correlaciones de fuerzas y desde el cual, por ejemplo, los vencedores pueden transformar sus intereses en leyes y construir un marco normativo e institucional que garantice la estabilidad y eventual irreversibilidad de sus conquistas. No se trata, por cierto, del único lugar desde el cual se ejerce el poder social, pero es, sin duda alguna, el espacio privilegiado de su ejercicio en una sociedad de clases. De ahí que un «triumfo» político o ideológico en el plano de la sociedad civil sea importantísimo, pero carece de efectos imperativos; ¿o alguien duda de la arrasadora victoria que los zapatistas cosecharon con la Marcha de la dignidad? Sin embargo, poco después, el Congreso mexicano produciría una vergonzosa legislación que retrotrajo la crisis chiapaneca a sus peores momentos, con total prescindencia del «clima de opinión» prevaleciente en la sociedad civil. Conclusión: por más que algunos teóricos hablen de la «desestatización» o el «descentramiento» del Estado, este seguirá siendo, por bastante tiempo, un componente fundamental de cualquier sociedad de clases. Y más nos vale contar con diagnósticos precisos acerca de su estructura y funcionamiento, y con estrategias adecuadas para enfrentarlo, porque su realidad no se disuelve en el aire diáfano de la mañana gracias a una apasionada invocación a las bondades del antipoder o del contrapoder.

Una última consideración. Holloway guarda silencio en relación con varios temas cruciales de su propuesta de cambiar el mundo. Es más, el último capítulo del libro en el cual, supuestamente, fundamenta teórica e históricamente su argumento, termina con un decepcionante «no sabemos cómo se cambia el mundo sin tomar el poder».¹⁸ Es decir, luego de unas trescientas páginas de elaboración, la respuesta que se prometía desde el mismo título cae en el más profundo vacío. Podríamos decir, a favor de Holloway, que Marx y Engels tampoco sabían cómo sería la dictadura del proletariado, y que fue la experiencia histórica concreta de la Comuna de París la que les permitió «descubrir», en la práctica emancipatoria del proletariado parisino, los contornos de la nueva forma política. Pero, hasta ese momento, por lo menos existía, de parte de los padres fundadores del materialismo histórico, una serie de elementos teóricos que permitían prefigurar, aunque fuera en sus trazos más gruesos, la fisonomía del nuevo poder político basado en la clase obrera. En el caso de Holloway, esos elementos están ausentes, y ni siquiera se plantea algunas preguntas cruciales que, a los efectos de iluminar su propio argumento, deberían haber sido puestas sobre la mesa. Por ejemplo, ¿cómo se construyen esas «formas alternativas» de organización social, y el antipoder antiestatal del que tanto nos habla? ¿Cómo hacer para obligar a los despóticos detentadores del poder burgués para que, de ahora en más, «manden obedeciendo»? ¿Se resuelven estos candentes problemas prácticos apelando a la nobleza de las metas propuestas? ¿No son esas «formas alternativas» de organización social, de poder y de Estado, otros nombres para referirse a una revolución social en ciernes, que destruye el orden capitalista e instaura uno nuevo? ¿No son estos los problemas con que se han topado todas las experiencias revolucionarias, desde la Comuna de París hasta nuestros días? Holloway argumenta que las fuerzas transformadoras no pueden «adoptar primero métodos capitalistas (luchar por el poder), para luego ir en el sentido contrario (disolver el poder)».¹⁹ Nos parece que la lucha por el poder, sobre todo si la situamos en el terreno más prosaico de la política y no en el de las abstracciones filosóficas, mal podría ser concebida como un «método capitalista» a partir de la afirmación de que «la existencia de lo político es un momento constitutivo de la relación del capital». En realidad, el poder y la lucha por su control son tan antiguos como el género humano, y anteceden en miles de años a la aparición de la sociedad burguesa. Suponer que la lucha por el poder es una derivación política del reinado del capital equivale a arrojar por la borda toda la historia de la humanidad.

Para concluir, si bien es cierto que, en línea con las observaciones de Lenin y Gramsci, no basta con la

toma del poder para producir los formidables cambios que requiere una revolución, también es cierto que, sin la toma de este por parte de las fuerzas sociales insurgentes, los cambios tan ansiados no se producirán. Y esto es tanto más verdadero en nuestros días, cuando asistimos a la «estatificación» de un número creciente de actividades y funciones íntimamente ligadas al proceso de acumulación y reproducción del capital, que otrora eran resueltas en el plano del mercado o la sociedad civil. Independientemente de lo pregonado por los ideólogos del neoliberalismo, en las últimas décadas el papel del Estado ha asumido una importancia cada vez mayor para asegurar la perpetuación de las relaciones capitalistas de producción: su papel como organizador de la dominación de los capitalistas y como astuto desorganizador de las clases subordinadas no ha hecho sino acentuarse en los últimos tiempos. Y si bien en los países de la periferia el Estado se ha debilitado en gran medida, aun en estos casos ha seguido cumpliendo fielmente la doble tarea señalada más arriba. Una fuerza insurgente y anticapitalista no puede darse el lujo de ignorar, o subestimar, un aspecto tan esencial como este. El capitalismo contemporáneo promueve una cruzada teórica en contra del Estado, mientras en el plano práctico no cesa de fortalecerlo y asignarle nuevas tareas y funciones. En realidad, la «ilusión estatal» parecería, más bien, anidar en aquellas concepciones que, pese a las evidencias en contrario, no alcanzan a distinguir la retórica antiestatista de la práctica estatizante del capitalismo «realmente existente», ni a percibir el carácter, cada vez más estratégico, que el Estado ha asumido para garantizar la continuidad de la dominación burguesa.

Breve digresión final sobre la dualidad de poderes

Quisiéramos cerrar este análisis trayendo a colación el debate surgido a partir de la experiencia revolucionaria rusa entre 1905 y 1917. En esa ocasión, la necesidad práctica dictada por la inminencia de la ruptura revolucionaria dio origen a un encendido debate en torno a la cuestión del Estado y la dualidad de poderes. Sin embargo, ninguno de los grandes protagonistas de ese debate —nos referimos principalmente a Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo— llegó a proponer fórmulas abstractas, del estilo del contrapoder o el antipoder, para resolver las contradicciones de la coyuntura a favor de las fuerzas insurgentes. Más allá de la aspereza que, por momentos, caracterizó a esta controversia, quienes tomaban parte en ella coincidían en un hecho: que la dualidad de

poderes era una situación eminentemente transitoria, resultado de aquello que, años más tarde, siguiendo las huellas de los análisis clásicos del bonapartismo efectuados por Marx y Engels, Gramsci denominara «empate catastrófico» de clases. Había dos poderes contrapuestos y excluyentes, porque en la Rusia de comienzos de siglo la alianza entre la aristocracia y la burguesía ya no podía prevalecer sobre el conjunto de las clases populares. La correlación de fuerzas que la había favorecido durante décadas, se había esfumado como consecuencia de una crisis catastrófica provocada por la guerra ruso-japonesa primero y, después, por la carnicería de la Primera guerra mundial, todo ello montado sobre el cambiante escenario de un desarrollo capitalista que estaba pulverizando las arcaicas estructuras sociales de la Rusia feudal.

Pero, por su misma transitoriedad, la dualidad de poderes estaba condenada a resolverse en plazos perentorios, sea con el triunfo de la coalición dominante, o con el de las clases subordinadas. La dualidad de poderes era, pues, la expresión de una crisis general revolucionaria, situación esta que no puede perdurar: o se define a favor de las clases y grupos sociales ascendentes, interesados en la creación de un nuevo orden social, o lo hace en beneficio de las fuerzas de la contrarrevolución, y los insurrectos son ahogados en sangre. El carácter efímero de una coyuntura de ese tipo hace que conceptos como contrapoder o antipoder tengan, en el mejor de los casos, una validez limitada en el tiempo, tanto como en el terreno de la lucha política. Ambos expresan la fragilidad del «momento hobbesiano», cuando el orden social se desintegra ante el surgimiento de un bloque contrahegemónico dotado de la fuerza suficiente como para plantear una resolución de la crisis en la forma más favorable a sus intereses. De este modo, el debate clásico en torno a la dualidad de poderes reposaba sobre la convicción de que, frente al poder oficial de las clases dominantes —sus instituciones, leyes y agencias—, existía un embrión, suficientemente vigoroso ya, del poder «de los de abajo», llámese proletariado, alianza obrero-campesina, comuneros o partido revolucionario. Nada más lejano, pues, a un contrapoder que remitiera a una amorfa multitud, o a la inconmensurable multiplicidad de los cuerpos; o a un antipoder que, en la práctica, es apenas una amable ilusión. En la tradición clásica se trataba, en cambio, de un poder emergente que luchaba contra el orden establecido, se apoyaba en actores concretos, clases y grupos sociales, se expresaba en formatos políticos diversos —partidos, soviets, consejos obreros, etc.—, proponía un programa específico de gobierno (nacionalizaciones, reforma agraria, expropiación de los capitalistas, etc.) y, como no podía ser de otra manera,

proyectaba su creciente ascendente también sobre el plano militar. Porque, en las coyunturas de disolución del orden social, la lucha de clases no se resuelve en los serenos ámbitos del debate parlamentario o en negociaciones a puertas cerradas en las oficinas del gobierno, sino en las calles y, casi invariablemente, con las armas en la mano. Esta es, al menos, la lección que enseña la historia de las revoluciones en los tres últimos siglos, desde la Revolución gloriosa, en la Inglaterra de 1688, hasta la Revolución cubana, en 1959, pasando por las grandes revoluciones sociales que conmovieron el mundo: Francia, en 1789; Rusia, en 1917; y China, en 1949, para no mencionar sino algunas de las más conocidas.

Esta breve referencia al célebre debate sobre la dualidad de poderes en Rusia —tema que merecería ser estudiado rigurosamente por los agentes sociales involucrados en la construcción de una sociedad socialista en América Latina y muy especialmente por los intelectuales que no abjuran de su vocación crítica— es suficiente para poner de relieve el abismo que separa el escolasticismo abstracto de los análisis contemporáneos sobre el tema del poder, de la reflexión teórico-práctica imperante en el pasado. Una pista para entender esta discrepancia proviene de la coyuntura histórica en la cual se produce la reflexión teórica: en efecto, el auge revolucionario de masas, a comienzos del siglo xx en Rusia, contrasta visiblemente con el reflujo que se observa, a escala mundial, desde la década de los 80, marcada por el auge de la mundialización neoliberal y la primacía doctrinaria del Consenso de Washington. Mientras que, a comienzos de ese siglo, la reflexión teórica se instalaba a la sombra de la inmediatez del estallido revolucionario, la coyuntura actual se constituye a partir de una derrota —transitoria, pero derrota al fin—, de las fuerzas populares, una vez agotado el impulso ascendente que con tanta fuerza surgiera en la segunda posguerra. El hecho de que, a partir de finales del siglo pasado se observe, en muchos países, una vigorosa recomposición del campo popular y una renovada militancia anticapitalista —cuyos inicios emblemáticos fueron la rebelión zapatista del 1° de enero de 1994 y la, así llamada, «batalla de Seattle», en noviembre de 1999, que habrían de articularse globalmente a partir de la realización del primer Foro Social Mundial de Porto Alegre, en enero de 2001—, no desmiente la caracterización precedente, sino que pone de relieve los signos inequívocos que hablan del agotamiento del modelo neoliberal, tanto en el centro del sistema como en su periferia.

No está de más aclarar que es imposible establecer una relación mecánica entre la coyuntura política nacional y/o internacional y las características de la

producción teórica de la izquierda. La dolorosa fórmula gramsciana de «pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad» sintetiza acabadamente la complejidad del vínculo entre la razón crítica y el marco histórico-social en el cual aquella se despliega. Si un brillante ejemplo demuestra con precisión el carácter no-lineal de esta ligazón es la obra del fundador del Partido Comunista Italiano. Pese a ser testigo y protagonista, a la vez, de la derrota del auge de masas de la primera posguerra, Gramsci jamás hizo suyas las categorías intelectuales y prioridades temáticas del dominante pensamiento de los vencedores. *Ergo*, el reflujo de las luchas populares no necesariamente conduce a la indefensión o capitulación teórica. Un ejemplo antitético al de Gramsci lo provee la obra de Karl Kautsky, quien, en el contexto prerrevolucionario que ocasionara el colapso del Imperio alemán, asumió posturas doctrinarias tíbiamente reformistas que para nada se correspondían con la correlación de fuerzas de la época. Para abreviar una discusión que no podemos emprender aquí: hay una sociología de los intelectuales revolucionarios que está reclamando investigaciones concretas que nos ayuden a iluminar la relación arriba mencionada.²⁰

Retomando el hilo de nuestra argumentación, concluimos entonces que las propuestas de Hardt, Negri y Holloway son la proyección sobre el plano de la producción intelectual —como dijimos, mediatizada y nunca lineal— del reflujo experimentado por las fuerzas populares a partir de finales de los años 70. Un revés que, en el caso de estos autores, no se manifiesta, como ocurriera con los «renegados» de nuestro tiempo, por una vergonzosa adhesión al capitalismo y la sociedad burguesa, sino por la radical indefensión de su pensamiento contestatario ante las premisas fundamentales de las ideas dominantes en nuestra época. De este modo, teóricos declaradamente contrarios al capitalismo hacen suyas, inadvertidamente, tesis centrales del pensamiento neoliberal; por ejemplo, removiendo de la agenda de los pueblos oprimidos una temática crucial como la del poder, y canalizando las energías de los descontentos y las víctimas del sistema hacia regiones ideológicamente etéreas y políticamente irrelevantes. No sorprende comprobar, en cambio, cómo, mientras desde el campo intelectual de la izquierda se desvía la vista hacia estas construcciones ilusorias o quiméricas en relación con el «poder realmente existente», las clases dominantes prosiguen sin pausa su tarea de acrecentar la eficacia del poder del que ya disponen, diseñando nuevas modalidades de su ejercicio, que les aseguren una renovada capacidad para controlar las clases y capas subalternas, y seguir, de este modo, siendo dueñas de la historia.

Notas

1. Sobre este tema, véase Atilio Borón, *Imperio e imperialismo*, CLACSO, Buenos Aires, 2002, pp. 149-53.
2. No es un dato menor que haya sido precisamente Fernando Henrique Cardoso quien redactara el prólogo de la edición brasileña de la obra de Castells (*The Information Age. Economy, Society and Culture*, Blackwell Publishers, Oxford, 1996, 1997 y 1998).
3. Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2000. (Traducción al español: *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002).
4. Véase nuestro *Imperio e imperialismo*, obra en la cual exponemos detalladamente algunos de los más graves errores de interpretación de contenidos en dicho libro y que, lamentablemente, exceden con creces el ámbito más restringido de la teoría del Estado capitalista. Una reflexión sobre este tema se desarrolla ampliamente en nuestro *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000. Una versión más acotada de la crítica a la obra de Hardt y Negri se encuentra en «Imperio: dos tesis equivocadas», *OSAL (Observatorio Social de América Latina)*, n. 6, CLACSO, Buenos Aires, junio de 2002. El presente trabajo retoma libremente algunos de los elementos contenidos en este último trabajo y los relabora en función de los objetivos que aquí han sido propuestos.
5. Michael Hardt y Antonio Negri, «La multitud contra el Imperio», *OSAL*, n. 7, Buenos Aires, junio de 2002, p. 164.
6. *Ibidem*, p. 165.
7. *Ibidem*.
8. *Ibidem*.
9. John Holloway, *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*, Herramienta, Buenos Aires, 2002.
10. Hemos debatido algunas de las ideas de Holloway en «La selva y la polis. Interrogantes en torno a la teoría política del zapatismo», *OSAL*, n. 4, CLACSO, Buenos Aires, junio de 2001.
11. En este sentido, el análisis de Holloway es extremadamente general y no introduce ningún tipo de matices. Para él, la experiencia

de la URSS y la de la Revolución cubana son exactamente lo mismo, y ambas han fracasado. No existe en su obra la menor tentativa de distinguir situaciones, contextos internacionales, problemas específicos, momentos históricos y logros, aunque sean parciales, de los procesos revolucionarios. Su visión del «fracaso» de las revoluciones es similar a las que, desde la derecha, se formula en la ciencia política de inspiración anglosajona, y en nada ayuda a comprender las durísimas condiciones en las cuales aquellas tienen lugar y se desenvuelven.

12. De ahí el título del nuevo libro de Holloway, en el cual plantea *in extenso* toda su teorización, *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*.
13. John Holloway, «El zapatismo y las ciencias sociales en América Latina», *OSAL*, n. 4, CLACSO, Buenos Aires, junio de 2001, p. 174.
14. *Ibidem*.
15. John Holloway, «La revuelta de la dignidad», *Chiapas*, n. 5, Instituto de Investigaciones Económicas, México, DF, 1997, p. 24.
16. John Holloway, «El zapatismo...», p. 174.
17. Vladimir Ilich Lenin (1918), «Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia», *Obras escogidas en tres tomos*, t. II, Progreso, Moscú, [AÑO], pp. 609-14.
18. John Holloway, *Cómo cambiar el mundo...*, p. 308.
19. John Holloway, «La asimetría de la lucha de clases. Una respuesta a Atilio Borón», *OSAL*, n. 4, CLACSO, Buenos Aires, junio de 2001.
20. Una pequeña aportación en ese sentido se encuentra en *Imperio e imperialismo*, cap. 7.

© ~~TEMA~~, 2003.

El imperio y la guerra

Luis M. García Cuñarro

Investigador. Centro de Estudios de Información de la Defensa (CEID).

Bajo el capitalismo no se concibe otro fundamento para el reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que la fuerza de quienes participan en el reparto, la fuerza económica general, financiera, militar, etc.

Vladimir I. Lenin

Al concluir la Segunda guerra mundial, la comunidad de naciones, que emergía del más devastador conflicto bélico en los anales de la humanidad, optó por tratar de lograr que entre las cenizas de la contienda brotara un sistema de seguridad que garantizase, al menos, la esperanza de poder vivir en paz. La Carta de San Francisco y la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) parecían apuntar al logro de las aspiraciones de los países. Pero, lamentablemente, no ha sido así.

El 16 de julio de 1945, un día antes de que los países vencedores en la Segunda guerra mundial se reunieran en la Conferencia de Postdam para tratar de delinear el mundo de posguerra, los Estados Unidos hicieron detonar la primera bomba atómica en el polígono de Alamogordo, estado de Nuevo México. Era un claro

aviso de los términos en que se plantearía el nuevo orden mundial, y a la vez un anuncio del instrumento que serviría para esos fines: el arma nuclear.¹

Abrazado a la llamada «escuela idealista» sobre concepciones de seguridad, el mundo identificó la posibilidad de prevenir las guerras a partir de una paz que debía sustentarse en derechos y reglas que los Estados debían cumplir y aplicar, sin excepción. En términos de seguridad, ello se sustenta en la visión de que el sistema de relaciones internacionales es armónico y, en consecuencia, concede prioridad a la posibilidad de resolver los conflictos por vías legales y pacíficas. El empleo de la fuerza, según esa escuela, es un recurso que se aplica cuando los Estados infringen las normas establecidas en el sistema de derechos universalmente aceptado.

Sin embargo, en las condiciones del mundo contemporáneo, la seguridad de las naciones, e incluso de los propios individuos, rebasa el marco de su prioridad tradicional —entiéndase el problema militar— al que ha estado circunscrita desde su surgimiento y, en consecuencia, adopta una connotación global que depende no solo de la falta de violencia y la prevención

eficaz o la eliminación de la agresión, sino también del mejoramiento de la capacidad para responder a las necesidades básicas del ser humano y de la sociedad. En esa extensión de las prioridades de seguridad se desenvuelve el imperialismo actual, el cual, a la par que conserva sus rasgos tradicionales como fase superior del capitalismo, incorpora, con inusual fuerza, la transnacionalización económica, en medio de un indetenible proceso de globalización dispar e insostenible para la mayoría de las naciones.

Las dos primeras guerras del siglo **xxi** (Afganistán e Iraq), libradas por los Estados Unidos y sus aliados más cercanos en nombre de la lucha internacional contra el terrorismo, han confirmado las pretensiones del imperialismo moderno de revigorar la opción militar como un instrumento de la política, síntoma que había comenzado a manifestarse con fuerza desde la guerra del Golfo Pérsico, en 1991.

Los Estados Unidos y el imperio global

Al concluir la Segunda guerra mundial, la orientación hegemónica que asumió la política exterior norteamericana tuvo como componente básico el anticomunismo, que fungió —hasta el derrumbe del campo socialista y la desaparición de la URSS en la última década del siglo **xx**— como hilo conductor de sus concepciones de seguridad nacional.² Esta peculiaridad, en términos prácticos, redujo la complejidad del sistema internacional de relaciones a un enfoque bipolar: la contradicción Este-Oeste, cuya expresión más abarcadora se conoce como Guerra fría.

Después del derrumbe, el nuevo orden mundial, proclamado a partir del entorno unipolar creado, reafirmó nuevamente la vocación «mesiánica» de los Estados Unidos, imbricada conceptualmente en las raíces mismas del pensamiento estratégico norteamericano. Se renovaba la profecía expresada por Harry S. Truman, casi cuarenta y cinco años antes: «Queramos o no, debemos reconocer que la victoria que hemos alcanzado ha impuesto al pueblo norteamericano la carga de la responsabilidad de conducir el futuro del mundo»,³ que sería confirmada en lo adelante por la práctica política y militar estadounidense. La gran diferencia estriba en que el poderío norteamericano en la última década del siglo **xx** era ya varias veces superior al existente en el momento de concluir la Segunda guerra mundial y entraba en un escenario sin opositores reales.

Sin embargo, en uno u otro de esos momentos de la historia contemporánea, en el terreno político y militar se pueden identificar rasgos sostenidos en la postura norteamericana hacia el resto del mundo. Uno ha sido

el empleo de la fuerza en el manejo de las relaciones internacionales y para la solución de los conflictos. Las teorías de H. W. Halleck y A. T. Mahan⁴ sobre el empleo de la fuerza como médula de la política norteamericana, solamente han sufrido transformaciones tácticas y se han adecuado a las circunstancias del mundo actual.

El hecho de que el gobierno de los Estados Unidos solidifique su voluntad de cumplir el «destino manifiesto» para el cual supuestamente fue creada la nación, ocasiona que el imperialismo norteamericano, al comenzar el tercer milenio, se mantenga como la única potencia con intereses globales. Sin embargo, lo más importante no son, específicamente, las pretensiones de implementar un imperio global, sino, sobre todo, las capacidades acumuladas para lograr esos objetivos. Ninguno de los imperios que ha conocido la humanidad ha dejado de serlo por haber abandonado sus propósitos, sino por haber perdido las capacidades de ejercer su voluntad imperial.

Después de la Segunda guerra mundial, el monopolio del arma nuclear alcanzado en 1945 —que cambiaba, de hecho, el sentido y la configuración del tipo de guerra que había conocido el planeta—, otorgó a los Estados Unidos la posibilidad de alcanzar un punto máximo en su hegemonía mundial. Esta nueva capacidad, que fue utilizada por las administraciones norteamericanas como instrumento de chantaje, transitó por su primera crisis a partir de agosto de 1949, cuando la Unión Soviética alcanzó éxitos definitivos en su programa nuclear. Aquel fue un momento de giro en las relaciones Este-Oeste, que condujo a un endeble pero esperanzador equilibrio en materia nuclear. Sin embargo, la administración Truman, enfrascada en su estrategia mundial de contención del comunismo, había asimilado ese hecho como un fracaso norteamericano y emprendió un grupo importante de medidas para fortalecer el poder estratégico de los Estados Unidos. Para ello se construyó la bomba de hidrógeno, fue creada la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), fundada la Alemania Occidental y fortalecida la presencia militar norteamericana en Japón. El escenario creado desniveló nuevamente, a favor de los Estados Unidos, el balance estratégico alcanzado.

Los primeros años de la década de los 70 equilibraron un poco más la arena mundial, en materia de seguridad, cuando la Unión Soviética alcanzó la llamada «paridad nuclear», en medio del declive de la aventura bélica norteamericana en Viet Nam, que concluyó en un rotundo fracaso y significó un nuevo período de decepción. Sin embargo, esa fue una época en que primó la visión de la «disuasión realista», poco menos estridente que las anteriores estrategias norteamericanas en materia de seguridad. Ello condujo a un frágil período de distensión.

El imperio global puede ser expresado en el esquema de dominación impuesto sobre el mundo transnacionalizado, globalizado, con un nivel de interdependencia tan real, que trasciende las tradicionales esferas de influencia de los modelos imperialistas de mediados del siglo xx.

La administración Reagan retomó en toda la línea el sendero ofensivo de la política norteamericana. La llamada Guerra de las galaxias, y las intervenciones militares en Granada (1983) y Panamá (1989), por citar solo dos casos, fueron claros ejemplos del nuevo impulso a los viejos conceptos de hegemonía mundial. Sin embargo, la Guerra del Golfo (1991), bajo el mandato de George Bush, resultó el hito más importante en la consolidación de la actual postura norteamericana como cabeza del imperialismo global.

Los aliados, muchos de ellos también potencias imperiales, fueron convencidos —en algunos casos, y en otros, vencidos— para que se incorporaran a la coalición bélica. Gran Bretaña demostró su vocación de aliado incondicional y Japón costeó una buena parte de los gastos de guerra. Pero en todo ello es destacable la «capacidad de convocatoria» de los Estados Unidos, que lograron también manipular al Consejo de Seguridad de la ONU. El argumento de la injusta invasión iraquí a Kuwait alineó una buena parte de países, de diferentes proyecciones políticas e ideológicas, junto a los Estados Unidos, para la aplicación de la fuerza.

Transcurrida la administración de William Clinton (1992-2000), y a pesar de las intervenciones militares de los Estados Unidos en los Balcanes, que culminaron con la guerra aérea de desgaste contra Yugoslavia (1999), el imperio norteamericano encontró la oportunidad de reverdecer su esplendor hegemónico a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

La administración de George W. Bush se consolidó en el poder, simultáneamente, con el desarrollo de la denominada «guerra internacional contra el terrorismo», que comenzó a despejar sus difusos objetivos iniciales con la intervención militar en Afganistán y luego en Iraq, y la amenaza paralela al planeta en su conjunto, definida mediante la óptica de los «más oscuros rincones».

Entre los años 1945 y 2001, la humanidad asistió al surgimiento, consolidación y expansión de los Estados Unidos como principal potencia mundial, estadio cuyo rasgo predominante fue la confrontación Este-Oeste. La Guerra fría facilitó al capitalismo mundial un amplio arsenal de medidas para liquidar al socialismo; estrategia que, debido a otros múltiples factores, tuvo los

resultados deseados, al desaparecer la URSS y desmembrarse el socialismo en Europa. Sin embargo, uno de los principales efectos de ese período en las relaciones internacionales fue la afirmación definitiva del balance estratégico mundial a favor del imperialismo norteamericano. Este nuevo escenario ha reafirmado, una vez más, a los Estados Unidos como cabeza del imperio global. La disyuntiva del presidente Bush, «con nosotros o con el terrorismo», dejó bien claras las reglas que estarían vigentes, y el prisma con que su administración comprendería, en lo adelante, el nuevo orden mundial.

El imperio global puede ser expresado en el esquema de dominación impuesto sobre el mundo transnacionalizado, globalizado, con un nivel de interdependencia tan real, que trasciende las tradicionales esferas de influencia de los modelos imperialistas de mediados del siglo xx. Esto es particularmente válido para los Estados Unidos, única superpotencia política, económica y militar mundial.

En general, la voluntad del imperialismo, como expresión agudizada del capitalismo, no puede ser impuesta de forma pacífica, pues se trata de establecer patrones, condiciones y perspectivas que la mayoría de las veces no coinciden con las aspiraciones específicas de las otras naciones, no solo aquellas que se encuentran directamente dentro de las áreas de influencia del imperio, sino también otras que actúan como sus aliadas, bien sea de manera permanente o coyuntural. Las contradicciones no serán las mismas, ni pueden tener el mismo grado de beligerancia, lo cual se determina por lo específico de la relación imperio-nación, aunque siempre existirá un común denominador: el empleo de la fuerza. Esta es consustancial a la existencia misma del imperialismo. Para un sistema social voraz, cuyo desarrollo depende de la obtención de mercados favorables y materias primas a precios bajos, y que se sostiene en la implacable especulación financiera, resulta imposible alcanzar sus propósitos sin aplicar la fuerza en el sentido más amplio de la expresión, a partir de la combinación de medidas políticas, diplomáticas, económicas y militares.

Durante muchos años, el factor fuerza militar actuó en las relaciones internacionales como opción casi única de los imperios para imponer su hegemonía. El mundo

globalizado actual —con una avanzada comunicación y desarrollo tecnológico y, a la par, un desequilibrio casi absoluto en términos de riqueza y poder— ha diversificado los instrumentos de fuerza: las sanciones y guerras económicas, declaradas o no, la transculturización creciente de las sociedades y la estigmatización de los gobiernos y naciones, entre otros muchos. Sin embargo, la fuerza militar no ha desaparecido del arsenal del imperio para imponer sus designios.

La fuerza militar en el esplendor imperial

El proceso de aplicación de la fuerza —principalmente la militar— como instrumento preferido por el imperialismo para conducir las relaciones internacionales, está sujeto a tres variables principales: los *motivos* para aplicar el poderío militar, las *capacidades* reales para hacerlo y la *coyuntura* existente.

Los motivos para la aplicación de la fuerza, incluida la militar, pueden ser ficticios o reales. En el mundo de hoy, en el cual prevalece un monopolio informativo y desinformativo casi absoluto a favor del imperialismo, es posible «fabricar» un argumento que posibilite otorgar determinado grado de legitimidad a una acción de fuerza e incluso inundar a la opinión pública internacional de la necesaria desinformación para tratar de que se identifique con causas injustas. En el caso particular de los Estados Unidos, un recurso muy utilizado como motivo es la denominada «afectación a la seguridad nacional» o el «peligro de los intereses nacionales norteamericanos». Aunque parezca una explicación simple del problema, la realidad es que cualquier país, grupo social e, incluso, un individuo, puede recibir el amanecer de cualquier día con la noticia de que ha sido elevado al rango de «amenaza» para la seguridad nacional de los Estados Unidos.

En segundo lugar, el imperialismo moderno, apoyado de una vasta tecnología en función de la guerra, ha desarrollado capacidades inusuales para utilizar la fuerza militar con un peso y efectos abrumadores.

El desarrollo tecnológico militar, expresado en la real y creciente influencia económica y política del complejo militar-industrial, constituye una fuente de transferencia directa de recursos financieros del sector estatal al privado, lo cual se convierte también en mecanismo de expansión y regulación del sistema. El planeta transita en la época moderna por la modificación de la amenaza militar a partir de la evolución misma de las capacidades tecnológicas del armamento y del pensamiento de guerra.

Entre 1945 y fines de la década de los años 80, el mundo vivió bajo la amenaza incesante de una confrontación nuclear. Desaparecida la Unión Soviética y desmantelado el Pacto de Varsovia, dicha amenaza se redujo, al desaparecer también la contradicción Este-Oeste, aunque las armas nucleares no fueron eliminadas. Parecía que una vez concluida la Guerra fría tales armas, hasta entonces el cordón umbilical de la confrontación mundial, habían perdido su razón de ser. Nada más lejos de la realidad.

La Guerra del Golfo, en 1991, fue la primera demostración exitosa del arma convencional con un considerable componente de alta tecnología. Los Estados Unidos lograron sus objetivos en Iraq con relativas pocas pérdidas. Ocho años después, los bombardeos contra Yugoslavia acuñaron la llamada guerra tecnológica. Los Estados Unidos ya estaban en condiciones de aplicar la fuerza militar con un mínimo de riesgos, lo que se convirtió no solo en factor de confianza, sino también de estímulo para la organización de aventuras bélicas.

Por vez primera se establecía una correlación balanceada, en términos de eficacia y disuasión, entre el arma nuclear y la convencional. Si la amenaza nuclear constituía un privilegio de los países poseedores, el nivel alcanzado por los Estados Unidos en el armamento convencional los situaba también por encima de sus aliados y adversarios reales o potenciales.

Las guerras de todo tipo, anteriores a 1991, desatadas y conducidas por los países imperialistas, se desarrollaron, en esencia, mediante un esquema que propiciaba combinar las armas y las tácticas del agredido para enfrentar el poderío militar imperial. Mientras el potencial tecnológico del imperio no alcanzó los niveles actuales, los países pequeños y pobres, eventuales blancos de ataque, podían pensar en una estructura defensiva siempre costosa, pero mucho más pareja y eficaz que la que actualmente pueden lograr.

Este cuadro real estimula a que un país o grupo social prefiera acudir al empleo de una modalidad del arma de exterminio masivo —sea nuclear, química o biológica— para enfrentar al imperio, pues un ataque limitado o la amenaza de realizarlo con dichos medios resulta más fácil de alcanzar y puede tener mayores efectos disuasivos que asumir la tremenda empresa que significa desarrollar una opción creíble en materia militar, para contraponerse a la fuerza bélica de los Estados Unidos. Una situación similar se produce en otros escenarios, como es la desigual lucha de resistencia de los palestinos contra la maquinaria de guerra israelí.

La disparidad, cada vez más creciente, entre los recursos de fuerza del imperio y los medios que poseen los más débiles para proteger su soberanía e intereses legítimos, deviene caldo de cultivo, incluso para opciones tan deleznable y macabras como los atentados terroristas. Esta característica fue bien entendida por los militares y políticos norteamericanos y, en 1992, la *Guía para la planificación de defensa* establecía que «los Estados Unidos debían impedir la competencia de quienes aspiren a desempeñar un papel preponderante en el ámbito regional o global» y contemplaba el uso de armas nucleares, biológicas y químicas, de manera preventiva, «aun en conflictos en los que los intereses estadounidenses no estén directamente amenazados».⁵

Se trata, pues, de una cadena de acciones y reacciones. El imperio, en su afán hegemónico, busca constantemente la posibilidad de mejorar sus capacidades para emplear la fuerza militar. En cambio, los países pequeños, impedidos de contrarrestar la amenaza en la misma magnitud, recurren a enormes sacrificios para mantener un nivel de seguridad aceptable.

Tal vez se hace necesaria una redefinición o nueva dimensión de lo que la historiografía política y militar ha considerado tradicionalmente como guerra: la aplicación de un poderío tecnológico tan letal y diverso como el que hoy poseen los Estados Unidos, contra los principales «blancos de ataque», que son los países del Tercer mundo, hace que los conceptos tradicionales de ataque-defensa y la correlación entre potencialidad militar se transformen, y haya que considerar el hecho bélico como genocidio, aun cuando continúe recibiendo la denominación convencional de guerra.⁶

Finalmente están las coyunturas, tanto internacionales, como regionales y nacionales, que condicionan el empleo de acciones de fuerza. La coyuntura, o *momentum*, también puede ser construida. El escenario de la guerra contemporánea, en medio del unipolarismo político y militar, se presenta de forma desembozada, con muchos menos rejugos políticos y diplomáticos que en el pasado.

Un ejemplo muy actual ha sido la agresión de los norteamericanos y británicos contra Iraq. La declaración de que este país constituía un peligro para la seguridad de los Estados Unidos y del Golfo Pérsico, determinó una inmediata preparación y disposición de las fuerzas militares norteamericanas. Muchas presiones se sucedieron en el contexto del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en aras de lograr el visto bueno a la intervención militar, mientras que la decisión de ataque ya había sido tomada y se aplicó sin mucha dilación. Lamentablemente, las «coyunturas» para la aplicación

de la fuerza son forzadas por la administración norteamericana y no existe aún, en el sistema de relaciones internacionales, una capacidad de contención efectiva a sus propósitos, secundados por sus aliados más cercanos.

La «Nueva guerra» y el viejo imperio

En su momento, la teoría marxista-leninista sobre la guerra y el ejército explicaba que «el desarrollo y resultado de la guerra también dependía de la correlación de los potenciales científicos de las partes beligerantes».⁷ Esa afirmación, según los estudiosos del pensamiento moderno acerca del fenómeno guerra-ejército (entiéndase en su concepto más general: fuerzas armadas), adquiere carácter de ley, dado por el devenir histórico y la experiencia de la evolución del armamento, y que influye directamente en el poderío militar de los Estados. En el umbral del siglo XXI, esa afirmación solamente ha evolucionado para consolidarse y demostrar el abismo tecnológico entre las grandes potencias y los países del Tercer mundo, e incluso entre algunos del mundo desarrollado.⁸

El salto cualitativo que se produjo en el desarrollo del armamento de la piedra al metal, luego al arco y la flecha, después a la pólvora, más tarde a la aviación, posteriormente al arma nuclear y, en los últimos años, a la guerra tecnológica en el ámbito del arma convencional, han sido jalones engarzados por el desarrollo acelerado del conocimiento y su aplicación consecuente en la guerra.

En buena parte de la historia de la humanidad —que también es la historia de las guerras—, el pensamiento racional y sus reflejos prácticos se dedicaron a aplicar en el combate los resultados de la investigación y los avances tecnológicos. En nuestros días, ha ocurrido, en ocasiones, un proceso en sentido diferente, en el cual la preparación para la guerra, desde el llamado tiempo de paz, ha trasladado avances científicos y tecnológicos importantes a la vida del hombre.

El vínculo entre la guerra, la estrategia y la tecnología no es nuevo. Puede decirse que resulta consustancial al desarrollo de la especie humana. La diferencia estriba en la profundidad y el alcance que producen los cambios tecnológicos en el pensamiento estratégico político y militar, y los efectos prácticos que provocan, tanto en las relaciones internacionales como en los países o grupos de países beligerantes.

Si realizamos una mirada crítica al siglo que concluyó, podremos observar que se reafirma el vínculo indisoluble del binomio estrategia-tecnología

para la solución, por la fuerza, de conflictos regionales y nacionales. Estamos en los albores de una nueva espiral de la carrera armamentista mundial, que se caracterizará por la imposición de un concepto que ya es realidad: la guerra tecnológica.

Génesis de la Nueva guerra

La década de los 70, en sus finales, encontró a la economía norteamericana con un nivel de crecimiento lento e inestable, inflación, aumento del desempleo, creciente déficit presupuestario, reducción de las tasas de inversión, deterioro de la capacidad competitiva externa, dependencia de importaciones vitales como el petróleo y la crisis del dólar. Esta situación y otros hechos, como la intervención soviética en Afganistán —presentada como una expansión comunista—, comenzaron a influir en el pensamiento estratégico norteamericano y posibilitaron que se aglutinaran ideas neoconservadoras dirigidas a pasar a una nueva era de dinamismo y predominio mundial de su economía. Se trasladó hacia la política de seguridad, la concepción de una «pérdida de hegemonía» de los Estados Unidos en el mundo.

En estas circunstancias llega al poder el gobierno republicano de Ronald Reagan, con la misión de recomponer el supuestamente afectado «liderazgo» norteamericano, y con el manto agresivo e injerencista que preconizaba el Documento de Santa Fe. La administración Reagan, durante sus ocho años en el poder (1981-1988), provocó una exacerbación del culto a la fuerza en el sistema de relaciones internacionales que, aparejado al nacionalismo más conservador, ocasionó cambios importantes en la visión de seguridad nacional, principalmente en las vías y métodos para tratar los objetivos nacionales. Su mandato se identifica con la introducción de la llamada «doctrina del neoglobalismo», que estipuló un grupo de medidas políticas, económicas, ideológicas y militares para rechazar el poderío del socialismo mundial y afincó nuevamente la posibilidad de emplear la fuerza militar contra cualquier país que resultase una amenaza para los «intereses nacionales». Nuevas teorías salieron a la luz o se consolidaron, como la que avaló las llamadas fuerzas de despliegue rápido o la concepción de los conflictos de baja intensidad.

Tal concepción «neoglobalista» se dedicó a minar la distensión entre las grandes potencias, principalmente la URSS, a partir de considerar el espacio ultraterrestre como escenario del enfrentamiento militar, liquidar el movimiento mundial por la eliminación de las armas

nucleares y crear las condiciones para limitar los daños que podría causar un «primer golpe nuclear», lanzado por la URSS. La propuesta de Reagan fue denominada «Iniciativa de Defensa Estratégica» (IDE), popularmente conocida como «Guerra de la galaxias». Cuánto había de mito y de realidad en el proyecto sería motivo de un análisis particular, pero lo más importante es que la IDE se enfilaba nuevamente a romper la estabilidad entre las grandes superpotencias nucleares y retornaba a las concepciones de seguridad nacional de los primeros años de posguerra.

La IDE planteó el desarrollo y perfeccionamiento de las llamadas «fuerzas estratégicas» de los Estados Unidos en todos los aspectos: la introducción y desarrollo de nuevos medios ofensivos, el despliegue de recursos para la protección del territorio norteamericano y los sistemas de mando y control estratégicos. El impacto más directo de la IDE en las relaciones internacionales fue el reto que planteó a la URSS ante una nueva etapa de la carrera armamentista. En materia de seguridad, este factor fue decisivo en el enfrentamiento Este-Oeste, pues el reto desgastó a la URSS y, amén de muchos otros factores incluso más importantes, la nueva carrera de armamentos también influyó en el proceso de desmembramiento de la Unión Soviética ocurrido durante la administración de George Bush.

La Nueva guerra se puede identificar directamente —y usualmente se hace— con su aspecto tecnológico, porque en realidad se trata de un salto cualitativo muy importante en las armas y sus aseguramientos.

El enfoque político de la llamada «alta estrategia», es imprescindible para completar la caracterización de esta guerra de nuevo tipo. En el mundo de hoy, unipolar, globalizado y desigual, solamente existe un país con potencialidades para llevar a cabo consecuentemente la Nueva guerra: los Estados Unidos. La guerra del siglo XXI está orientada, en lo esencial, a que estos puedan alcanzar, ampliar, ejercer, mantener y consolidar sus intereses estratégicos, en el entendido de que son la única potencia en el planeta que mantiene objetivos e intereses globales. Los trágicos sucesos del 11 de septiembre, más que un nuevo contenido en las conocidas y ejercidas pretensiones hegemónicas norteamericanas, proporcionaron un marco de acción actualizado, más amplio y con mayor capacidad de convocatoria, al menos en los momentos presentes. Para ello, se ha revisado la estrategia norteamericana. Según los propios hacedores de la política de defensa, la planificación para el empleo de la fuerza militar debe abandonar el modelo «basado en las amenazas», que predominó en el pensamiento del pasado, y adoptar

otro modelo «basado en las capacidades». En este trueque conceptual radica, en gran medida, la esencia de la Nueva guerra.

Los Estados Unidos se concentrarán en lo adelante en cómo pueden combatir un adversario, más que en cuál adversario o dónde puede surgir una guerra.⁹ Esta variación en las prioridades para el uso de la fuerza militar exige que también sean modificadas las capacidades militares, desde una óptica multidimensional. En este redimensionamiento sostenido y adaptable a las nuevas condiciones tiene un papel esencial la tecnología.

La guerra tecnológica y su impacto en la estrategia política y militar

La llamada Revolución en los Asuntos Militares (RAM) plantea al mundo unipolar actual y del futuro la disyuntiva de incorporarse al carro del armamentismo creciente, sucumbir a las presiones militares o, en el mejor de los casos, pasar a ser «aliados de segunda clase».

El término RAM podemos definirlo como «un cambio principal en la naturaleza de la guerra, dado por los avances en la tecnología, la cual, combinada con cambios determinantes en la doctrina militar y conceptos organizativos, altera fundamentalmente el carácter y condiciones de las operaciones militares».

Llegado a este punto, podemos definir que el carácter y la tendencia de la Nueva guerra se pueden expresar en un esquema tripolar: de un lado, los Estados Unidos, punteros de la tecnología militar, situados a distancias inalcanzables; de otro, sus aliados cercanos, que inician la carrera por la paridad tecnológica; y del otro, los países a los cuales, por razones múltiples, les está vedado el impetuoso desarrollo tecnológico militar y deben buscar otras soluciones al conflicto. La expansión tecnológica, en función de la guerra, es hoy un factor más de la globalización mundial.

Los Estados Unidos, país cómodamente instalado en la cúpula militar mundial, constituyen nuevamente el director de la orquesta. Desde la Guerra del Golfo, en 1991, hasta la actual primera fase de su expansión militar por el planeta, su estrategia general se ha apoyado en el desarrollo de la tecnología. No se trata hoy de grandes volúmenes de fuerza, sino del mayor impacto tecnológico posible, que se traduzca en efecto multiplicador de las afectaciones económicas, psicológicas y morales del adversario, y reduzca, de manera aceptable, las cifras de bajas propias. El dúo estrategia-tecnología —que no es, por cierto, una consecuencia directa de los sucesos del 11 de septiembre,¹⁰ sino más bien una tendencia anterior—, además de desatar una incontrolable espiral de armas,

fortalece el complejo militar-industrial, pero sobre todo ahonda las ya profundas diferencias entre los actores de la comunidad mundial de naciones.

La Nueva guerra emerge como pretexto estratégico para sustentar el desarrollo de la producción de armas y el aprovechamiento de los conflictos como laboratorios de ensayo de las nuevas tecnologías. También valida el empleo de cualquier tipo de arma para alcanzar los objetivos políticos estratégicos planteados. No debe olvidarse que los estrategas norteamericanos, en su afán por demostrar la voluntad de «liquidar la fuente terrorista» en Afganistán, anunciaron la posibilidad de emplear incluso el arma nuclear, si resultase necesario. Parece ser que la consolidación y fortalecimiento de todos esos efectos en los inicios del siglo XXI plantea una suerte de nueva Guerra fría, mucho más agresiva y mucho menos fría, sobre todo por la ampliación de las supuestas amenazas y, en consecuencia, de las respuestas a ellas.

Todavía no se olvida del todo el llamado síndrome de Viet Nam o los impactos de la catástrofe ocurrida en Somalia. Los Estados Unidos son cada vez más renuentes a arriesgar vidas para lograr sus objetivos, lo cual es comprensible, pero erróneo. Un error más serio se agrega con la percepción de que las disputas internacionales pueden ser resueltas definitivamente, en caso necesario, en el campo de batalla. Por ello, su estrategia, de carácter ofensivo, se enfoca hoy hacia el objetivo de mantener su capacidad de disuadir en varios teatros críticos, derrotar a los agresores de forma rápida y preservar la capacidad ofensiva para ocupar la capital de un país, y cambiar el régimen político y social. De hecho, en términos técnico-militares, el tipo de guerra de campo de batalla, que caracterizó a gran parte del siglo XX, ya no es tan probable en el XXI.

El soporte del desarrollo tecnológico en función de la estrategia

Los hechos del 11 de septiembre y la campaña en Afganistán también plantearon interrogantes fundamentales sobre la envergadura y composición de las futuras fuerzas estadounidenses, forzando al Departamento de Defensa a pensar, más afanosamente que nunca, sobre una nueva visión estratégica que apuntaba a las amenazas del siglo XXI. El propuesto aumento de 35 billones de dólares en el presupuesto de defensa del año fiscal 2003, representa un incremento real de 7% sobre el año 2002, y 34% sobre el promedio durante la Guerra fría. Desde el comienzo del año fiscal 2003, los Estados Unidos han gastado cada día 1,4 miles de millones de dólares por conceptos militares,

El injusto orden político y económico internacional no ha cambiado su esencia, por lo que continúa presente el hegemonismo y la política de fuerza, que se extiende a los campos internacionales de la política, la economía y la seguridad. La guerra tecnológica, en las condiciones actuales y futuras, es un elemento que refuerza el hegemonismo de los Estados Unidos de América.

0,5% del presupuesto federal.¹¹ La intención es incrementar gradualmente los gastos de defensa para llevarlos a un mínimo de 3,5 a 3,8 puntos del Producto Interno Bruto (PIB), lo cual agregaría de 15 a 20 mil millones de dólares al gasto anual de defensa.

Como es conocido, los factores condicionantes de la estrategia nacional de un país se refieren, en primer lugar, a su política nacional, de la cual se desprenden los objetivos y las líneas de acción política, por lo que ella misma condiciona la estrategia nacional del país en cuestión. No obstante, se incrementan los factores que causan inestabilidad e incertidumbre y amenazan la paz. El injusto orden político y económico internacional no ha cambiado su esencia, por lo que continúa presente el hegemonismo y la política de fuerza, que se extiende a los campos internacionales de la política, la economía y la seguridad. La guerra tecnológica, en las condiciones actuales y futuras, es un elemento que refuerza el hegemonismo de los Estados Unidos de América.

Aun entre los aliados militares más cercanos a ellos, su creciente proyección tecnológica ha causado preocupación. En 1999, después de concluida la campaña aérea contra Yugoslavia, el Pentágono expresó, con disgusto, que sus aliados de la OTAN solamente podrían estar en condiciones de combatir eficazmente junto a los Estados Unidos en un plazo de siete a ocho años. La causa esencial fue el abismo tecnológico que quedó sobradamente demostrado en los resultados de las operaciones militares.

En Yugoslavia, las fuerzas norteamericanas cumplieron 60% de las misiones de vuelo, 53% de los vuelos de ataque; lanzaron 80% del total de las municiones —de ellas, 80% de las de gran alcance y alta precisión—, 95% de los cohetes crucero; y cumplieron 90% de las misiones de inteligencia y guerra electrónica. Más de 75% de la aviación norteamericana estaba en posibilidades de cumplir misiones en condiciones nocturnas y de visibilidad limitada, en abrumador contraste con los países de la OTAN. Esos resultados incontestables, obligaron a los aliados a comenzar a redefinir su política de defensa y, sobre todo, sus presupuestos en función de afrontar el nuevo reto tecnológico.

Ningún país europeo independiente gasta más de 10% de lo que los Estados Unidos invierten en investigaciones y tecnologías de guerra, pero tampoco Europa, en su conjunto, alcanza más allá de 30 a 40% de los gastos norteamericanos.¹² Ello ejemplifica, en cierto modo, la razón de la brecha tecnológica. Solamente para explicar la reacción europea ante la situación, Francia ha decidido dedicar anualmente, entre 2003 y 2008, unos 503 millones de euros a la investigación tecnológica específica.

El pensamiento dominante y la realidad difieren peligrosamente en la política de seguridad norteamericana. El primero, basado en las «viejas guerras», y la segunda, en la realidad sobre el terreno. El desarrollo de armamento de alta tecnología para hacer la guerra a distancia, así como las propuestas para una defensa nacional antimisiles, apoyan los supuestos acerca de la naturaleza de la guerra: la idea de que es posible proteger el territorio frente a los ataques de otros Estados.

Se agrega al panorama explicado, la decisión norteamericana del 12 de diciembre de 2001 en el sentido de abandonar el Tratado contra proyectiles balísticos (ABM) que refrenda la decisión anterior de la Casa Blanca de desplegar un nuevo Sistema Nacional de Defensa Antimisiles.

En este caso particular, bien sea a partir de percepciones de amenazas, o amenazas reales o potenciales, el desbalance que produce esta decisión genera un nuevo derrotero en la carrera armamentista, ligado directamente a la alta tecnología requerida para el pretendido proyecto norteamericano y sus eventuales réplicas en otros teatros de operaciones.

Es una realidad que no solo la superioridad tecnológica puede garantizar el éxito en la guerra, Viet Nam demostró lo contrario. La historia militar a través de los últimos ochenta años ofrece muchos casos en los cuales las fuerzas dotadas de medios tecnológicamente inferiores han sido las vencedoras. Sin embargo, tampoco caben dudas de que el poderío tecnológico puede resultar factor de ventaja en una contienda actual y futura. La masacre realizada contra Iraq en 2003, ha puesto a prueba las modernas teorías de los Estados Unidos.

Nuevamente el imperialismo, apoyado hoy en la altísima tecnología aplicada al armamento, vuelve su

mirada a las llamadas «armas convencionales» como factor de éxito, por sí mismas, en un enfrentamiento bélico. El gran alcance y la alta precisión, la reducción del tiempo de exposición de los blancos, el ocultamiento en sus varias modalidades y la obtención de datos precisos y su transmisión a tiempo casi real, son cualidades que la tecnología pone en manos de la estrategia. El abrumador poderío tecnológico convencional causa enormes daños a la infraestructura económica del país elegido como adversario, a las fuerzas militares y a la población; pero, desde la óptica de los estrategas, permite obtener resultados en plazos breves y con relativamente pocas pérdidas.

Los Estados Unidos tienen el liderazgo en cuanto a concebir nuevos tipos de guerra. Las capacidades convencionales incrementadas, que se asocian con los armamentos, podrán hacer que la guerra futura sea más destructiva. Este nivel de violencia de ninguna manera servirá para disuadir el empleo de la fuerza ni la amenaza de utilizar medios violentos. De hecho, en la actualidad se están librando guerras convencionales de variados niveles de intensidad, aunque con una reducida probabilidad de convertirse en una «guerra mundial convencional».

La visión norteamericana de múltiples amenazas provenientes de diversas partes del mundo, en distintos escenarios, incluido el propio territorio estadounidense, y con el empleo de una amplia gama de opciones propiamente militares o no, ha dado lugar a la aparición del término «asimetría» en la guerra. No se trata, específicamente, de la diferencia de potenciales militares enfrentados, sino más bien de las diversas respuestas que debe recibir la gran variedad de amenazas. Ello, además de un esfuerzo organizativo, requiere del despliegue tecnológico correspondiente. En este caso específico, existe la apreciación de que la expansión de tecnologías de punta por el mundo, a pesar de la acción de los mecanismos creados por los países desarrollados para evitarlo, puede dotar al potencial adversario de recursos para influir, en términos de gran magnitud, contra los Estados Unidos y sus aliados. Se incluyen en esta visión, entre otros, los misiles de alcance medio y largo alcance desarrollados por algunos países del Tercer mundo —Iraq y la República Popular Democrática de Corea—; las capacidades de interferir los sistemas electrónicos de mando y dirección neurálgicos y el empleo de las armas de exterminio masivo en forma local y puntual.

Por otro lado, las acciones terroristas, como expresión clara de las llamadas «amenazas asimétricas» también tienen su papel en el vínculo tecnología-estrategia. Los sucesos del 11 de septiembre han dado rienda suelta al desarrollo de nuevos sistemas

preventivos y de detección de posibles actividades terroristas basadas en un alto nivel tecnológico que, por tratarse de un asunto que ha ganado categoría de máxima prioridad, es de la atención de la mayoría de los países.

La «guerra» de George W. Bush

Las condiciones en que se consolida la administración de George W. Bush en la Casa Blanca, a partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre, han impreso un sello particular a su actuación, que se basa, con un ímpetu muy superior a etapas anteriores, en el empleo de la fuerza, incluida la militar, para resolver los conflictos. El hegemonismo y las pretensiones norteamericanas han llegado a un punto tal, que sus exigencias para los países más pequeños no pueden ser logradas si no es con el uso constante de presiones y el empleo, o la amenaza de empleo, de la agresión militar.

Utilizando como escudo el dolor y el pavor que provocaron en la sociedad norteamericana los atentados terroristas contra Nueva York y Washington, la administración Bush ha diseñado una estrategia de lucha que se fundamenta en la necesidad de responder a la violencia con violencia, y ha borrado el precepto del derecho internacional, tradicionalmente aceptado, de que el nivel de respuesta debe estar en correspondencia con el de la amenaza.

La práctica de las guerras contra Afganistán e Iraq demuestra que no hay fronteras para el empleo de la fuerza militar en las concepciones norteamericanas contemporáneas, y que la guerra misma va dejando de ser «antiterrorista» para convertirse en la guerra de los Estados Unidos contra sus «enemigos».

Proliferan y se erigen en la médula de la concepción intervencionista moderna del imperialismo, particularmente de los Estados Unidos, conceptos como el llamado «ataque preventivo», que distorsiona el principio, establecido por la Carta de las Naciones Unidas, del derecho al uso de la fuerza en defensa propia, y pone en manos del imperio la posibilidad de aplicar todo su poderío militar contra cualquier país, solamente porque exista la sospecha de que puede generar una «amenaza» a su seguridad nacional.

Asistimos a un escenario mundial en el cual está entronizado, como nunca antes, el imperio de la fuerza, que se basa en una rara mezcla de concepciones tradicionales sobre la «predestinación» de los Estados Unidos a guiar los destinos del mundo; posiciones oportunistas derivadas de acciones coyunturales, como fueron los atentados terroristas del 11 de septiembre y del pensamiento reaccionario del equipo que actualmente rige los destinos de la nación norteamericana.

La filosofía del imperio está muy clara. Se trata de conservar a toda costa el liderazgo alcanzado, en una época en que el mundo se torna ingobernable y los problemas que afectan a la inmensa mayoría de la humanidad no tienen otra solución que la cooperación y la colaboración entre los Estados. El pensamiento imperial se apoya en las capacidades que detenta para cumplir sus propósitos. No parece que abandone el curso injerencista que ha decidido arrear en los albores del siglo XXI. La unidad y acción del resto del planeta, que no excluya a nadie, incluso a los actuales aliados de los Estados Unidos —que también pierden en el nuevo orden mundial—, es una opción que podría considerarse como antídoto al imperio de la fuerza. Los actuales problemas de la guerra y la paz no pueden diferirse. De su solución depende, como nunca antes, la supervivencia humana.

Notas

1. Luis M. García Cuñarro, «1962: un equilibrio nuclear inexistente», *Granma*, La Habana, 22 de octubre de 2002.
2. Como Seguridad Nacional, en el caso de los Estados Unidos, entendemos la combinación de las medidas de política exterior y las de defensa (militares) para satisfacer los intereses nacionales.
3. Tomado de W. Foster, *Ensayo de la historia política de América*, Editorial Progreso, Moscú, 1953, p. 674.
4. H. W. Halleck, teórico militar norteamericano, cuyo pensamiento se enfocó en el carácter inevitable de la guerra y el derecho por ley divina, del uso de la fuerza armada. El almirante Alfred Thayer Mahan (1840-1914), figura prominente en el campo de las concepciones geopolíticas aplicadas al arte militar, que concibió a la fuerza militar como instrumento idóneo de la aplicación de la política.
5. Ed Vulliamy, «Two Men Driving Bush into War», *The Observer*, Londres, 23 de febrero de 2003.
6. Para una mayor comprensión del carácter de la Nueva guerra, consultar el análisis político y militar realizado al respecto por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, el 22 de marzo de 2003, en su comparecencia ante la televisión y la radio cubanas. <http://www.mesaredonda.cu>.
7. *El marxismo leninismo acerca de la guerra y el ejército*, Editorial Progreso, Moscú, 1987, p. 60.
8. Luis M. García Cuñarro, «La tecnología en la médula de la guerra del futuro», Ponencia en el IV Seminario de Estudios Internacionales, ISRI, La Habana, 2002.
9. «Reporte sobre la Revisión Cuatrienal de Defensa», Departamento de Defensa de los Estados Unidos, 30 de septiembre del 2001. <http://www.defenselink.mil/qdr2001.pdf>.
10. El proceso de incorporación masiva de la tecnología a la maquinaria bélica de los Estados Unidos ha sido un factor constante en su desarrollo militar. Para ello surgió el llamado Complejo Militar Industrial que pone al servicio de las armas los conocimientos y las altas tecnologías. Sin embargo, a mediados de los años 80, a la par de los nuevos descubrimientos científicos, se consolida una etapa de perfeccionamiento tecnológico en las fuerzas armadas norteamericanas que tiene sus primeros frutos prácticos a comienzos de los 90, demostrados en la Guerra del Golfo de 1991.
11. Los datos tomados para estos cálculos fueron extraídos del *Military Almanac 2001-2002*, publicado por el Center for Defense Information, de los Estados Unidos, pp. 34-5.
12. Sharon Hobson, Joris Janssen Lok y J. A. C. Lewis, «Defense Research Key to Bridge European-US Technology Gap», *Jane's International Defense Review*, septiembre de 2001, p. 26.

El militarismo y las guerras que vendrán

István Mészáros

Profesor. Universidad de Sussex, Gran Bretaña.

No es la primera vez en la historia que el militarismo pesa en la conciencia de las personas como una pesadilla. Entrar en pormenores tomaría demasiado tiempo, pero bastaría con remontarse solo al siglo XIX, cuando cobró valor como instrumento importante en la formulación de la política, con el despliegue del imperialismo moderno en una escala mundial, en contraste con sus variedades anteriores, mucho más limitadas. En el último tercio del siglo XIX, no solo los imperios británico y francés eran prominentes gobernantes de vastos territorios, sino también los Estados Unidos hacían sentir su pesada impronta al tomar, directa o indirectamente, las antiguas colonias del imperio español en América Latina, añadiéndoles la represión sangrienta de una gran lucha de liberación en Filipinas e instalándose como soberanos en esa zona, de un modo que todavía hoy persiste, de una forma u otra. Tampoco debemos olvidar los desastres provocados por las ambiciones imperialistas de

Bismarck, «el Canciller de Hierro», y los ingentes esfuerzos posteriores de sus sucesores por alcanzarlas, que provocaron el estallido de la Primera guerra mundial y sus secuelas profundamente antagónicas, origen del revanchismo nazi de Hitler, que prefiguraba claramente la Segunda guerra mundial.

Los peligros e inmensos sufrimientos provocados por todos los intentos de solucionar arraigados problemas sociales por medio de intervenciones militaristas, en cualquier escala, resultan evidentes. Pero si examinamos más de cerca la tendencia histórica de las aventuras militaristas, se hace aterradoramente claro que muestran una intensificación aún mayor y una escala siempre creciente, desde enfrentamientos locales y dos horribles guerras mundiales en el siglo XX, hasta la posible aniquilación de la humanidad, cuando llegamos a nuestros tiempos.

Resulta en extremo pertinente mencionar, en este contexto, a Karl Marie von Clausewitz (1780-1831), distinguido oficial prusiano y estratega práctico y teórico, quien murió el mismo año que Hegel, ambos de cólera. Fue von Clausewitz director de la Escuela Militar de

Temas agradece al autor por la autorización a publicar en español este ensayo, aparecido originalmente en *Monthly Review*, junio de 2003.

Berlín en los últimos trece años de su vida, y en su obra, publicada póstumamente, *Vom Kriege (De la guerra)*, ofreció una definición clásica, que todavía se cita con frecuencia, sobre la relación entre la política y la guerra: «la guerra es la continuación de la política por otros medios».

Esta famosa definición era sostenible hasta hace poco, pero en nuestros tiempos se ha hecho por entero insostenible. Suponía la *racionalidad* de las acciones que vinculan las dos esferas: la política y la guerra, una como continuación de la otra. En este sentido, tenía que existir la posibilidad de *ganar* la guerra, al menos en principio, incluso si pudieran contemplarse errores de cálculo que condujeran a la derrota en el nivel instrumental. La derrota en sí no destruiría la racionalidad de la guerra como tal, ya que después de la nueva consolidación de la política, independientemente de cuán desfavorable esta fuera, la parte derrotada podía planear una nueva ronda de guerra como continuación racional de su política por otros medios. Así, la *conditio sine qua non* que debía satisfacerse en la ecuación de Von Clausewitz era la *posibilidad de ganar la guerra en principio*, a fin de recrear el «ciclo eterno» de la política que conduce a la guerra, y de nuevo a la política que conduce a otra guerra, y así *ad infinitum*. Los agentes que participan en dichos enfrentamientos son los Estados nacionales. Independientemente de lo monstruoso de los daños que inflijan a sus adversarios, e incluso a su propio pueblo —recuérdese a Hitler—, la racionalidad del empeño militar estaba garantizada, si se pensaba que la guerra podía ganarse en principio.

La situación actual

Hoy la situación es cualitativamente diferente, por dos causas principales. En primer lugar, el objetivo de la guerra viable en la actual fase de desarrollo histórico, de acuerdo con las necesidades objetivas del imperialismo —*dominación mundial* del Estado capitalista más poderoso, en sintonía con su propio diseño político de implacable «globalización» autoritaria, disfrazada de «libre cambio», en un mercado mundial gobernado por los Estados Unidos—, es en última instancia *imposible de ganar* y, en lugar de ello, prefigura la destrucción de la humanidad. En modo alguno cabría pensar que este objetivo pudiera considerarse *racional*, de acuerdo con el requisito que exige la «continuación de la política por otros medios» por un país o un grupo de países contra otro. Imponer agresivamente la voluntad de un Estado nacional poderoso sobre todos los demás —incluso si, por cínicas razones tácticas, la confrontación por la que se aboga se disfraza de «guerra puramente limitada»,

conducente a otras «guerras limitadas abiertas»—, solo puede calificarse de *irracionalidad total*.

La segunda razón refuerza enormemente la anterior, porque, por primera vez en la historia, las armas disponibles para llevar a cabo las guerras del siglo son capaces de exterminar no solo al adversario, sino a toda la humanidad. Tampoco debemos tener la ilusión de que el armamento existente representa el punto final del desarrollo militar. Mañana o pasado mañana pudieran aparecer otras armas, incluso más instantáneamente letales. Además, amenazar con su empleo se considera hoy un recurso estratégico estatal aceptable. Así, si unimos la primera y la segunda causa, la conclusión es inevitable: concebir la guerra como un mecanismo de gobierno global en el mundo de hoy subraya que nos encontramos en el precipicio de la *irracionalidad total*, y que no hay vuelta atrás si aceptamos el curso sostenido de su desarrollo. Lo que faltaba en la definición clásica de la guerra, según Von Clausewitz, como «continuación de la política por otros medios», era la investigación de sus *causas* subyacentes más profundas, y la posibilidad de *evitarlas*. El desafío de encarar esas causas es hoy más urgente que en cualquier otro momento anterior, porque la guerra del siglo que se cierne sobre nosotros es «imposible de ganar en principio». Peor aún, es, *en principio, inganable*. Por consiguiente, concebir la búsqueda de la guerra, como se ve en el documento estratégico de 17 de septiembre de 2002 del gobierno de George W. Bush, hace que la irracionalidad de Hitler parezca un modelo de racionalidad.

Una fase nueva del imperialismo

A partir del 11 de septiembre de 2001, Washington ha estado imponiendo sus políticas agresivas al resto del mundo con un abierto cinismo. La justificación para el supuesto cambio de curso de la «tolerancia liberal» a lo que ahora se llama la «defensa decidida de la libertad y la democracia», es que ese día los Estados Unidos fueron víctimas del terrorismo mundial, en respuesta a lo cual es imperativo llevar a cabo una «guerra contra el terror», indefinida e indefinible, pero arbitrariamente definida, de hecho, como la forma que mejor conviene a los círculos estadounidenses más agresivos. Se admite que la aventura militar en Afganistán fue solo la primera de una serie ilimitada de «guerras preventivas» que se emprenderían en el futuro. La siguiente se llevó a cabo en el país que, no hace mucho, fue un aliado muy favorecido de los Estados Unidos —Iraq—, a fin de apropiarse de los vastos recursos financieros del Medio Oriente, y controlarlos de posibles rivales, dada su naturaleza estratégica crucial.

Desde el inicio de la crisis estructural del capital de fines de los años 60 o principios de los 70, vivimos en una fase cualitativamente nueva del imperialismo, con los Estados Unidos como fuerza dominante de forma abrumadora.

Sin embargo, el orden cronológico de la actual doctrina militar norteamericana se presenta por completo de cabeza. En realidad, no hay dudas de que se trata de un «cambio de curso» posterior al 11 de septiembre de 2001, que se dice fue posible por la turbia elección de George W. Bush a la presidencia, en lugar de Al Gore, pues el presidente demócrata Bill Clinton estaba llevando a cabo el mismo tipo de política que su sucesor republicano, aunque en forma más camuflada. En cuanto al ex candidato presidencial demócrata Al Gore, en diciembre de 2002 declaró que apoyaba por entero la guerra contra Iraq, dado que una guerra tal «no significaría un cambio de régimen», sino simplemente «desarmar un régimen que posee armas de destrucción masiva». ¿Habrás visto cinismo e hipocresía mayores?

Desde hace mucho, tengo la firme convicción de que desde el inicio de la crisis estructural del capital de fines de los años 60 o principios de los 70, vivimos en una fase cualitativamente nueva del imperialismo, con los Estados Unidos como fuerza dominante de forma abrumadora. En *Socialism or Barbarism* la llamé «la nueva fase histórica del imperialismo hegemónico mundial».¹

La crítica al imperialismo norteamericano —de manera diferente a las fantasías de moda sobre el «imperialismo desterritorializado», que se supone no lleve consigo la ocupación militar de los territorios de otros países— constituye el tema central de mi libro. Escribí un largo capítulo titulado «La fase que pudiera ser más letal del imperialismo» dos años antes del 11 de septiembre de 2001, y lo presenté en una conferencia en Atenas, el 19 de octubre de 1999. Recalqué que «la forma fundamental de amenazar a un adversario en el futuro —la nueva *diplomacia de las cañoneras*— sería el *chantaje nuclear*».² Después de publicadas estas frases —primero en marzo de 2000, en un periódico griego, y luego como libro, en italiano, en septiembre de 2000—, el horripilante cambio estratégico-militar que predije, hacia la amenaza nuclear definitiva —y que podría dar inicio a una aventura que precipitara la destrucción de la humanidad— ya no está camuflado, sino que constituye la política norteamericana oficial declarada. Tampoco cabría imaginar que la declaración abierta de una doctrina estratégica tal constituye una amenaza fútil a un «eje del mal» que es solo propaganda retórica. Al fin y al cabo, fueron los Estados Unidos

quienes usaron *realmente* el arma atómica de destrucción masiva contra el pueblo de Hiroshima y Nagasaki.

Cuando examinamos estos temas extremadamente graves, no puede satisfacernos ninguna indicación que señale hacia una coyuntura política específica y cambiante. Más bien, debemos colocarlos sobre su trasfondo de profundo desarrollo estructural, y necesario desde un punto de vista económico y también político. Esto es de la mayor importancia si deseamos concebir una estrategia viable que se oponga a las fuerzas responsables de la peligrosa situación actual. La nueva fase histórica del imperialismo hegemónico mundial no es simplemente la manifestación de las relaciones existentes en las «políticas de las grandes potencias» —con ventaja abrumadora para los Estados Unidos—, contra las cuales se pudiera hacer valer una realineación futura de los Estados más poderosos o, incluso, algunas manifestaciones bien organizadas en la arena política. Lamentablemente, es mucho peor que eso, pues estas eventualidades, aun en el caso de producirse, de todos modos dejarían intactas las causas subyacentes y las determinaciones estructurales.

Sin dudas, la nueva fase del imperialismo hegemónico mundial se encuentra bajo el dominio preponderante de los Estados Unidos, mientras otros aspirantes a potencias imperialistas parecen aceptar, en su conjunto, el papel de aferrarse a los faldones de la chaqueta norteamericana, aunque, por supuesto, no hasta el fin de los tiempos. Sobre la base de inestabilidades ya discernibles, es posible concebir, sin dudas, la explosión futura de antagonismos importantes entre las grandes potencias; pero ¿acaso ofrecería esto respuesta a las contradicciones sistémicas que están en juego, sin atender a las determinaciones causales que se encuentran en las raíces de los acontecimientos imperialistas? Sería pecar de inocencia pensar así.

Aquí solo desearía subrayar una preocupación central, a saber: que la lógica del capital es, por entero, inseparable del imperativo del dominio del más débil por el más fuerte. Incluso cuando se piensa en el que suele considerarse, en general, el componente más positivo del sistema, la *competencia*, que da origen a la expansión y el avance, su acompañante necesario es el empuje al *monopolio* y el sometimiento o exterminio de los competidores que lo obstaculizan. El imperialismo, a su vez, es también el resultado necesario del empuje

incesante del capital hacia el monopolio. Las fases cambiantes del imperialismo encarnan y afectan, en forma más o menos directa, los cambios en el desarrollo histórico sostenido.

Respecto de la fase actual del imperialismo, existen dos aspectos de importancia capital, vinculados íntimamente. El primero es que la tendencia material y económica final del capital es ir hacia la *integración mundial* que, sin embargo, no puede obtener en el nivel político. Esto se debe en gran medida al hecho de que el sistema capitalista mundial se desarrolló en el curso de la historia como una multiplicidad de *Estados nacionales* divididos y, de hecho, antagónicamente opuestos. Ni siquiera las colisiones imperialistas más violentas del pasado fueron capaces de producir resultados perdurables a este respecto, pues no pudieron imponer a sus rivales la voluntad del Estado nacional más poderoso, de manera permanente. El segundo aspecto de nuestro problema —la otra cara de la misma moneda— es que, a pesar de todos los esfuerzos, el capital no logró producir *el Estado del sistema capitalista como tal*. Esta sigue siendo la más grave de las complicaciones para el futuro, independientemente de toda la habladuría sobre la globalización. El imperialismo hegemónico mundial, dominado por los Estados Unidos, es un intento, condenado en última instancia al fracaso, de superponerse a todos los demás Estados nacionales, recalcitrantes más tarde o más temprano, como Estado «internacional» del sistema capitalista. Aquí también enfrentamos una contradicción enorme: incluso, los recientes documentos estratégicos norteamericanos más agresivos y abiertamente amenazadores, intentan justificar las políticas «válidas universalmente», por las que abogan en nombre de los «intereses nacionales norteamericanos», al tiempo que niegan estas consideraciones a los demás.

Cuando patria sea humanidad

Podemos apreciar la relación contradictoria existente entre una *contingencia histórica* —el capital norteamericano, que se encuentra en estos momentos en posición preponderante— y la *necesidad estructural* del propio sistema capitalista. Esta última puede resumirse como el empuje material irrefrenable del capital hacia la integración mundial monopolista a cualquier costo, incluso si ello significa poner en peligro directo la propia supervivencia de la humanidad. Aun si fuera posible oponerse satisfactoriamente, en el plano político, a la contingencia histórica norteamericana que hoy prevalece —a la que precedieron otras configuraciones imperialistas en el pasado, y muy bien pueden seguir

otras en el futuro—, o sea, si sobrevivimos a los fulminantes peligros actuales, la necesidad estructural o sistémica que emana de la lógica monopolista, en última instancia mundial, del capital sigue siendo tan apremiante como en cualquier otro momento. Porque cualquiera que sea la forma que adopte, en concreto, una contingencia histórica futura, es probable que la necesidad sistémica subyacente continúe siendo el empuje hacia el *dominio mundial*.

Se trata, por tanto, no solo de aventuras militaristas de algunos círculos políticos, que pudieran enfrentarse y superarse satisfactoriamente en los niveles político y militar. Las causas son mucho más profundas y no pueden contrarrestarse sin introducir cambios fundamentales en las determinaciones sistémicas más internas del capital como modo de control metabólico social —de reproducción general—, que abarca no solo las esferas económica, política y militar, sino también las interrelaciones cultural e ideológica más mediatas. La expresión «complejo militar industrial» —introducida en sentido crítico por el presidente Dwight Eisenhower, quien sabía sobre esto una o dos cosas— indica a las claras que lo que nos interesa es algo mucho más firme y tenaz que algunas determinaciones —y manipulaciones— políticas y militares directas que pudieran, en principio, revertirse en ese nivel. La guerra, como «continuación de la política por otros medios», siempre nos amenazará dentro del marco actual de la sociedad y, en estos momentos, con la aniquilación total. Nos amenazará mientras seamos incapaces de enfrentar las determinaciones sistémicas que se encuentran en las raíces de la formulación de decisiones políticas, que en el pasado hicieron necesaria la aventura de las guerras. Estas determinaciones atraparon a los diversos Estados nacionales en el círculo vicioso de la política conducente a las guerras, llevando consigo políticas antagónicas intensificadas que debieron explotar en más y siempre mayores guerras. Elimínese del cuadro, en forma más bien optimista y para fines de debate, la contingencia histórica del capital norteamericano actual y seguirá quedando la *necesidad sistémica* del orden de producción, siempre más destructivo, del capital, que lleva a primer plano las contingencias históricas específicas, cambiantes, pero cada vez más peligrosas.

La producción militarista, plasmada hoy principalmente en el «complejo militar industrial», no constituye una entidad independiente, reglamentada por fuerzas militares autónomas que entonces también serían responsables de las guerras. Rosa Luxemburgo fue la primera en colocar estas relaciones en su perspectiva adecuada, allá por 1913, en su obra clásica *La acumulación del capital*, publicada en inglés cincuenta años más tarde. Noventa años atrás subrayó

proféticamente la importancia creciente de la producción militarista al señalar que

el capital controla en última instancia, este movimiento automático y rítmico de la producción militarista por medio del poder legislativo y de una prensa cuya función es moldear a la llamada «opinión pública». Es por ello que esta esfera particular de la acumulación capitalista parece capaz de expansión infinita.³

Por consiguiente, nos interesa analizar un conjunto de indeterminaciones que deben contemplarse como partes de un sistema orgánico. Si deseamos luchar contra la guerra como mecanismo de gobierno mundial —como debemos hacerlo para salvaguardar nuestra propia existencia—, debemos situar los cambios históricos que se han producido en las últimas décadas en su marco causal. El diseño de un Estado nacional muy fuerte que controle a todos los demás, siguiendo imperativos que emanen de la lógica del capital, solo puede conducir al suicidio de la humanidad. Al propio tiempo, es menester reconocer que la contradicción aparentemente insoluble entre las *aspiraciones nacionales* —que explotan de cuando en cuando en antagonismos devastadores— y el *internacionalismo* solo puede resolverse si se regula sobre una base *plenamente equitativa*, por entero inconcebible en un orden estructurado jerárquicamente por el capital.

En conclusión, a fin de concebir una respuesta históricamente viable a los desafíos de la actual fase de imperialismo hegemónico mundial, debemos contrarrestar la *necesidad sistémica* del capital de subyugar mundialmente a la fuerza laboral mediante cualquier

organismo social concreto, capaz de asumir el papel que se le asigne en dependencia de las circunstancias. Naturalmente, esto solo puede hacerse con una alternativa radicalmente distinta al empuje capitalista hacia la globalización monopolista e imperialista, en el espíritu del proyecto socialista encarnado en un movimiento de masas que se desarrolle de modo progresivo. Pues solo cuando, para decirlo en palabras de José Martí, «patria es humanidad» constituya una realidad irreversible, podrá ser relegada permanentemente al pasado la contradicción destructiva entre el desarrollo material y las relaciones políticas humanamente gratificantes.

Traducción: David González.

Notas

1. Véase István Mészáros, *Socialism or Barbarism*, Monthly Review Press, Nueva York, 2001.
2. *Ibidem*, p. 40.
3. Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*, Routledge, Londres, 1963, p. 466.

©  2003.

Remembranza de imperios del pasado. El 11 de septiembre y el fin de la Guerra fría

Corey Robin

Profesor. Universidad de la Ciudad de New York (CUNY).

Hace dos años, dediqué los mejores días de un verano húmedo y tardío a entrevistar a tres de los próceres veteranos del conservadurismo moderno, William F. Buckley, Irving Kristol y Norman Podhoretz. Estaba escribiendo un artículo para *Lingua Franca* sobre el viraje a la izquierda que habían dado los intelectuales más jóvenes de la derecha, y me interesaba saber qué pensaban los padres fundadores del movimiento acerca de aquellos renegados. Tras meses de averiguaciones, me impresionaba el desdén de los antiguos conservadores por el orden global de libre mercado que se venía conformando tras la Guerra fría. Pero por mucho que hubiese leído yo sobre el tema, nada podía compararse a la ambivalencia, incluso a la hostilidad hacia el triunfalismo de mercado que manifestaron los propios Buckley y Kristol en el curso de nuestras conversaciones.

Temas agradece al autor y a la editorial The New Press por el envío y la autorización para publicar en español este ensayo, que aparecerá próximamente en Ellen Shrecker (comp.), *Cold War Triumphalism*, The New Press, Nueva York, 2004.

Apenas si es noticia que los conservadores, por supuesto, recelan del mercado. Desde principios del siglo XIX hemos visto al pensamiento conservador comerse las uñas con ansiedad frente a la inestabilidad capitalista. Pero lo que Buckley y Kristol me estaban diciendo era muy diferente. Para ellos, el problema con el mercado no estaba en que promoviese inestabilidad o eliminara las tradiciones, sino en que no aportaba la pasión y el impulso, la atracción o la autoridad que realmente requería el ejercicio del poder norteamericano, dentro y fuera del país. Dicho sencillamente, el libre mercado era una noción demasiado desabrida para ser el fundamento de un orden nacional, y mucho menos de un imperio global.

«El problema que tiene el conservadurismo cuando se centra en el mercado —me dijo Buckley— es que se vuelve bastante monótono. Desde la primera vez que lo escuchamos, lo captamos de inmediato. Y la noción de dedicarle la vida es horrible, aunque solo sea por lo repetitiva. Es como el sexo». El conservadurismo, se quejaba Kristol, «está tan influido por la cultura de los negocios y por las formas de pensar los negocios que carece de todo género de imaginación política, lo cual

siempre ha sido, tengo que admitirlo, un rasgo de la izquierda». Casi con melancolía, añadió: «Si usted lee a Marx, sabrá lo que puede hacer la imaginación política». Él encendió la imaginación no solamente de la izquierda, sino también de la derecha, alimentando el movimiento conservador en sus solitarios años de marginación. Pero cuando se desplomó la Unión Soviética, el movimiento se quedó «privado de un enemigo» y todo lo que le quedó fueron «las pugnas sin inspiración alguna sobre la extensión del mercado libre».¹

Kristol confesó su ardiente deseo de que hubiese un imperio norteamericano: «¿De qué vale ser la mayor, la más poderosa nación en el mundo si no desempeña un papel imperial? Jamás se oyó nada semejante en la historia de la humanidad. La nación más poderosa siempre desempeñó un papel imperial». Pero, añadió, los imperios que antecedieron no fueron «democracias capitalistas con fuerte acento en el crecimiento y la prosperidad económicos». Por involucrarse en el mercado libre, los Estados Unidos perdieron la fortaleza y la visión para manejar el poder imperial. «Es muy lamentable», dice Kristol.

Creo que hubiera sido natural para los Estados Unidos [...] desempeñar un papel mucho más dominante en los asuntos mundiales. No lo que hacemos ahora, sino regir y ordenar lo que hay que hacer. La gente necesita eso. Hay muchas partes del mundo —en particular, África— en donde una autoridad que decidiera hacer uso de las tropas podría conseguir un cambio, un saludable cambio. Pero en vez de esto tenemos un debate público moderado por expertos en contabilidad. Hay un partido republicano atrapado ¿en qué? ¿En recetas para los ancianos? ¿A quién le importa? Me parece repugnante que la política presidencial del país más importante del mundo gire en torno a recetas para los ancianos. A los historiadores del futuro eso les será muy difícil de creer. No es Atenas. No es Roma. No es nada.²

A Kristol le parece muy improbable que los Estados Unidos puedan asumir su legítimo lugar como el sucesor de los imperios del pasado.

Aunque Kristol y Buckley no representan a todo el movimiento conservador, ni mucho menos a una élite, sus ansiosas meditaciones sobre las tensiones entre la política imperial y la ideología de mercado hablan de un auténtico problema con el que los dirigentes norteamericanos han venido luchando desde finales de la Guerra fría —un problema que, según esperan esos líderes, habría quedado resuelto con los sucesos del 11 de septiembre. El desplome del comunismo dejó a los Estados Unidos defendiendo el imperio más poderoso de la historia con una ideología —el mercado libre—, resueltamente hostil a toda forma de política. Según sus visionarios, el mercado libre es un orden armónico, virtualmente autorreproductor, que promete una sociedad civil internacional de intercambio voluntario y de normas no coercitivas, y requiere del Estado poco

más que la aplicación ocasional de leyes y contratos. Conciliar esa visión errática con la realidad de la sobreextensión del alcance imperial —los Estados Unidos tienen hoy una presencia militar en más países que nunca antes desde la Segunda guerra mundial³—, ha demostrado ser una tarea inusualmente difícil para los dirigentes norteamericanos. No solo porque la idea de un mercado libre global no encaja fácilmente con el ejercicio coercitivo del poder imperial, sino porque no logra dar una razón poderosa a la población del centro imperial para que participe en su defensa y en la reproducción de su vida cívica. Quizás por esa razón, el tema principal en las quejas del intelectual norteamericano en la década de los 90 ha sido que los Estados Unidos no hayan tenido una proyección lo suficientemente cívica o marcial, o que sus dirigentes y ciudadanos estuviesen demasiado ocupados en alcanzar una rutilante prosperidad y un bienestar visible para cuidar de sus instituciones heredadas, sus preocupaciones comunes y su defensa a escala mundial.⁴

Para muchas élites e intelectuales, los ataques del 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo resolvieron, supuestamente, esas tensiones. Se nos dijo que el 11 de septiembre obligó a los Estados Unidos a salir de su autocomplacencia, y a sus ciudadanos a mirar más allá de las fronteras de su nación y entender finalmente los verdaderos riesgos que tiene que afrontar un poder mundial. Recordó a hombres y mujeres las bondades de la vida cívica y el valor del Estado, y puso fin a la peligrosa fantasía de crear un mundo público a partir de actos privados basados en el interés personal. Recuperó para la embotada cultura cívica norteamericana un sentido de profundidad y seriedad de cosas «más grandes que nosotros mismos». Y lo más crítico de todo: dio a los Estados Unidos un sentido y una perspectiva nacional coherentes para su dominio imperial. Esta dispensa que surgió del 11 de septiembre prevé no una conflagración discreta, sino un orden mundial inapelable, una *Pax Americana* extendida indefinidamente, quizás de manera permanente, hacia el futuro. Pasarán varios años antes de crear ese nuevo orden, pero serán aprovechados para ganar en convocatoria, y lograr una visión más profunda y cara que la de la pálida búsqueda de la administración Clinton, cuando intentó «ampliar la comunidad mundial libre de democracias de mercado».⁵

Como cualquier otro momento histórico, el 11 de septiembre —no los ataques terroristas de aquel día en sí, sino la cultura política imperial que parece haber generado— tiene múltiples dimensiones. Una parte de ese nuevo orden político se debe, por supuesto, a un ataque sin precedentes (para la historia de los Estados Unidos) a civiles, a una catastrófica pérdida de vidas humanas, y a los esfuerzos de los dirigentes

norteamericanos para proporcionar determinadas medidas de seguridad a una ciudadanía aprensiva. Como algunos han sugerido, una parte dimana de la subterránea política económica del petróleo, del deseo de las élites de las corporaciones de garantizar el acceso a las tremendas reservas energéticas que subyacen debajo y en las regiones adyacentes del Asia central. Pero si bien esos factores desempeñan un papel determinante en la orientación de la política norteamericana, no explican del todo las políticas y la ideología del momento imperial en sí. Para entender esa dimensión, debemos observar el impacto que tuvo la Guerra fría en las élites norteamericanas, la pérdida del comunismo y la ascendencia del mercado libre como principio organizativo del orden doméstico e internacional.

Como quedó claro en mis entrevistas con Kristol y Buckley —y como demostraron los febriles debates sobre política exterior y sobre política cultural de los Estados Unidos en la década de los 90—, el fin de la Guerra fría produjo una profunda insatisfacción en determinadas élites políticas y culturales en ese país. Para los neoconservadores —como Paul Wolfowitz, Richard Perle, Kenneth Adelman, Frank Gaffney, los Kristol y los Kagan—, a quienes encantaba la tenebrosa cruzada que llevó a cabo Ronald Reagan contra el «imperio del mal», todo lo que quedó después del fin de la Guerra fría fue la otra pasión de Reagan —su chispeante espíritu empresarial, su *joie de vivre* con el mercado— cuyo retorno fue muy bien acogido en los Estados Unidos de Bill Clinton.

Aunque los neoconservadores no son, por cierto, hostiles al capitalismo, no por eso creen que se trate del mayor logro de la civilización humana. Su visión es más exaltada. Aspiran a la grandeza épica de Roma, al *ethos* del guerrero pagano —o a la moral del cruzado— y no a la del confortable burgués. Y desde que terminó la Guerra fría han sido esas voces conservadoras las que han entonado el bajo profundo, a nombre del imperio norteamericano, en un nutrido coro. Ese coro, que ha llegado a incluir voces progresistas y liberales, es internacionalista, humanitario y utópico, pese a su tono de endurecido realismo. Cree que el poder norteamericano puede conformar el mundo para mejorarlo y determinar los resultados de la historia. Aunque tienen total fe en ese poder y en su capacidad de beneficiar a todos, a los miembros del coro no les satisface utilizarlo solamente para extender el mercado libre; buscan crear un orden internacional moral, que sea un monumento para el futuro. Para los conservadores, en particular, el 11 de septiembre brinda un contrapeso imperial al triunfalismo mercantil de la época de Clinton, y una oportunidad para crear una

cultura política internacional e interna que signifique algo más que el dinero y los mercados.

Pero, como voy a sugerir, ese imperio que han vaticinado puede que no brinde tan fácil solución a los retos políticos y culturales que afrontan los Estados Unidos desde que terminó la Guerra fría. Ya el imperio norteamericano venía tropezando con enormes obstáculos en el Medio Oriente, que daban justamente la medida de cuán escurridiza era en verdad la idea que primaba en los nuevos imperialistas: que los Estados Unidos podían regir el curso de los acontecimientos y hacer la historia. Internamente, la renovación política y cultural que muchos esperaron como consecuencia del 11 de septiembre no se está logrando fácilmente, en manos de una ideología de libre mercado que a todas luces no se debilita. Mientras que todavía es muy pronto para hacer una evaluación definitiva de la situación actual, ya hay suficientes elementos para pensar que el 11 de septiembre no va a desempeñar, y tal vez no podría desempeñar, el papel que le atribuyen los adivinos imperiales y los visionarios culturales.

11 de septiembre: el sueño

Uno de los más extraños reproches que se escucharon en boca tanto de conservadores como de liberales a raíz del 11 de septiembre, fue que la izquierda norteamericana había acogido con beneplácito los ataques terroristas al World Trade Center y al Pentágono.⁶ Pero si hay algún sector que haya expresado encubierta satisfacción por lo sucedido, sin lugar a dudas este ha sido el de los expertos y los políticos.

Haciéndose eco de lo que parece ser un sentimiento generalizado entre los medios gobernantes de los Estados Unidos, los periodistas e intelectuales vieron en el 11 de septiembre una oportunidad renovadora para el país en los campos político, cultural e internacional tras una década de vaga incertidumbre y decadencia moral. Las llamas del World Trade Center ardían todavía y no se habían recobrado todos los cuerpos cuando Frank Rich sentenciaba en *The New York Times*: «ha quedado ahora claro que la pesadilla de esta semana nos ha despertado de un sueño de diez años, frívolo por no decir decadente».

Desde el extremo opuesto del espectro político, David Brooks escribía estimulado por «el hecho de que la violencia ha hecho un llamado» y que «era imposible continuar viviendo con tanta tranquilidad en nuestro paraíso privado» como habían hecho los norteamericanos a través de los años del gobierno de Clinton. Y mientras que la euforia de Christopher Hitchens podía haberse debido a una peculiaridad suya, su autodeclarada *schadenfreude* no lo era:

Quizás debería confesar que el pasado 11 de septiembre, una vez que experimenté toda la gama de emociones que suelen sentir los mamíferos, desde la cólera hasta la náusea, descubrí también que había otra emoción que estaba compitiendo por dominarme. Cuando la examiné, para mi gran sorpresa y gozo, resultó ser euforia. Aquí estaba simple y llanamente el más temible enemigo —el barbarismo teocrático. Me percaté de que si el combate continuaba hasta el último día de mi vida, jamás me cansaría de acusarlo hasta las últimas consecuencias.⁸

Sospecho que los historiadores del futuro miren retrospectivamente esas y otras reacciones similares sobre el 11 de septiembre con cierta perplejidad. No solo porque hubo tantos voceros culturales que abrieron sus brazos a la radiactiva lluvia política que significaron las muertes masivas. Más significativo resulta que el suceso haya dado a los expertos y políticos una oportunidad para ventilar su aparentemente añejado descontento por la paz y la prosperidad absolutas que le antecedieron. Cabía esperar que en el 12 de septiembre hubiese expresiones de dolor, acaso agridulces, por encima de tanto estallido de burbujas —económicas, culturales y políticas. Pero en vez de eso, muchos liberales y conservadores consideraron el 11 de septiembre como un estruendoso juicio moral —y un correctivo necesario— a la frivolidad y al vacío de los 90. Para encontrar un remoto pero exacto paralelo con nuestro momento actual, habría que retroceder casi un siglo, hasta llegar a los días iniciales de la Primera guerra mundial, cuando «los gases venenosos del hastío y la vacuidad»⁹ envolvieron, con el libre comercio, a otro globalizante fin de siglo, hasta estallar en una orgía de bienvenida destrucción.

Para entender ese espíritu de sereno regocijo tenemos que regresar a los postreros días de la Guerra fría, a aquellos años entre finales de los 80 y principios de los 90, cuando las élites norteamericanas se percataron, por primera vez, de que los Estados Unidos ya no estaban en condiciones de continuar definiendo su misión nacional en términos de amenaza soviética. Mientras que el fin de la Guerra fría desencadenó una ola de triunfalismo en los Estados Unidos y en Europa occidental, entre las élites provocó una incertidumbre ansiosa, de cara a la política exterior norteamericana. Muchos se preguntaban: con la derrota del comunismo, ¿cómo van a definir los Estados Unidos su papel en el mundo? ¿Dónde y cuándo habrán de intervenir en los conflictos extranjeros? ¿Cuán amplio debe ser el campo militar? Detrás de estas interrogantes sobre el poder de norteamericano existía una profunda desazón, tanto acerca de su tamaño como de su sentido. Los Estados Unidos parecían estar sufriendo los efectos de un exceso de poder que hacía difícil a las élites formular ningún principio coherente y manejable. ¿Contra quién y de qué se estaban defendiendo ahora que el comunismo

había muerto? Como reconoció Richard Cheney, secretario de Defensa del presidente George Bush padre, cuando en febrero de 1992 declaró ante el Comité de Servicios Armados de la Cámara: «Hemos ganado tanta profundidad estratégica, que las amenazas a nuestra seguridad, ahora relativamente distantes, resultan difíciles de definir». Casi un decenio más tarde, los Estados Unidos siguen dando a sus dirigentes la sensación de ser un gigante que da tumbos. De igual modo, durante la campaña presidencial de 2000, Condoleezza Rice observó: «A los Estados Unidos les ha sido extremadamente difícil definir su “interés nacional” en ausencia del poder soviético». Tanta incertidumbre han mostrado las élites políticas sobre el interés nacional, que un prominente asesor de Clinton para la defensa, Joseph S. Nye, Jr. —que luego fue decano de la Escuela Kennedy de Harvard—, finalmente levantó las manos dándose por vencido, al declarar que el interés nacional podía ser «lo que los ciudadanos, luego de las deliberaciones pertinentes, dijeran que es», una renuncia asombrosa por parte de un dirigente nacional; una declaración que, sencillamente, hubiera sido impensable durante el reinado de los Hombres Sabios en la Guerra fría.¹⁰

Al asumir Clinton la presidencia, hizo con sus asesores un balance de esa situación sin paralelo —cuando los Estados Unidos tenían tanto poder que «ninguna amenaza a su existencia era digna de crédito a corto plazo», según declaraciones de Anthony Lake, su asesor para la Seguridad nacional— y llegó a la conclusión de que las primeras preocupaciones de la política exterior norteamericana ya no eran militares, sino económicas. Después de calibrar los posibles peligros que los conflictos étnicos y religiosos y la proliferación de armas nucleares significaban para los Estados Unidos, el presidente Clinton declaró en un discurso pronunciado en 1993: «Aún estamos encarando, por sobre todas las cosas, ese reto amorfo, aunque profundo, que tiene que ver con la manera en que la humanidad lleva a cabo su comercio». El gran imperativo del período posterior a la Guerra fría fue organizar una economía global en la que los ciudadanos del mundo pudiesen comerciar más allá de sus fronteras. Para que eso ocurra, los Estados Unidos tienen que poner orden en su economía doméstica, «empezar por casa», dijo Lake, reduciendo el déficit (en parte mediante las reducciones de los gastos militares) bajando las tasas de interés, respaldando a las industrias de alta tecnología y promoviendo acuerdos de libre comercio. Además, si se quiere promover un orden internacional de auténtico libre intercambio, también las demás naciones tienen que llevar a cabo una dolorosa revisión de su economía. Por consiguiente, según Lake, el primer objetivo de los Estados Unidos fue «ampliar la

Mientras que todavía es muy pronto para hacer una evaluación definitiva de la situación actual, ya hay suficientes elementos para pensar que el 11 de septiembre no va a desempeñar, y tal vez no podría desempeñar, el papel que le atribuyen los adivinos imperiales y los visionarios culturales.

comunidad libre de democracias de mercado a nivel mundial». ¹¹

En parte, lo que inspiró la evaluación que hizo Clinton de los desafíos que los Estados Unidos estaban afrontando, fue el cálculo político. Acababa de ganar las elecciones contra un presidente que, en el desempeño de su cargo, no solo condujo al país a la victoria en la Guerra fría, sino que fue el artífice de la aplastante y contundente derrota propinada al poderío militar de Iraq. Viendo el desenlace político de Bush padre tras la Guerra del Golfo, Clinton llegó a la conclusión de que el éxito en las urnas dependía de la reforma económica, porque «el quid estaba en la economía, tonto!» Como buen gobernador sureño, sin experiencia en política exterior, y que había evadido el servicio militar durante la guerra de Viet Nam, pensaba que la victoria sobre Bush quería decir que los problemas de la guerra y la paz habían perdido impacto entre los votantes norteamericanos, comparados con la resonancia que alcanzaban en épocas precedentes. En esta nueva era, el bienestar económico era la única preocupación de la gente. ¹²

Pero la visión de Clinton también reflejaba una convicción, común en los años 90: la globalización del libre mercado había socavado la eficacia del poderío militar y la viabilidad de los imperios tradicionales. Clinton y sus asesores creyeron que la fuerza y la violencia ya no eran los únicos ni los más efectivos instrumentos de la voluntad nacional. Ahora el poder dependía del resultado económico, el dinamismo de la prosperidad de una nación y el atractivo de su cultura. Como sostenía Joseph S. Nye, Jr., subsecretario de Defensa de Clinton, el «poder blando» —el capital cultural que supuestamente le ganó admiración a los Estados Unidos en todo el mundo— era tan importante para la preeminencia nacional como el poder militar. Lo que quizás sonaba insólito en boca de un funcionario de la Administración, era que Nye invocase a Gramsci para explicar que los Estados Unidos mantendrían su autoridad y su bienestar económico solo si utilizaban la persuasión en vez de forzar a los demás a seguir su ejemplo. «Si yo logro hacer que usted *desee* hacer lo que yo quiero —escribió Nye—, entonces no tengo que obligarle a hacer lo que usted *no* quiere». ¹³

Para mantener su posición en asuntos mundiales, los Estados Unidos tendrían que sobrepasar ampliamente a otras economías nacionales y, a la par, garantizar que se propagara su modelo de libre mercado y de cultura pluralista. Los mayores peligros que afrontaron tenían que ver con la no reforma de su economía, el rechazo a lo ajeno, la adopción de una cultura estrecha e intolerante, o el abuso de su superioridad militar, en tal proporción, que provocase el odio internacional. De suerte que el problema que encaraba el país tras la Guerra fría no era que no contara con suficiente poder, sino que tenía demasiado. Hacer un mundo más seguro para la globalización implicaba que los Estados Unidos habrían tenido que limarse los colmillos o, como mínimo, haber reducido significativamente sus aspiraciones imperiales.

Para el gobierno de Clinton, el final de la Guerra fría solo prometió al mundo un ligero acercamiento a aquella utopía de los modernos dramaturgos del libre mercado —un mundo donde hombres y mujeres gozarían de los frutos de la ley y el orden, de las previsibles rutinas de la sociedad de clase media, y donde pudieran hacer dinero y cuidar de los placeres hogareños de la vida, sin la interferencia de un Estado activista y redistributivo. ¹⁴ En la medida en que la paz y la prosperidad parecían confirmar la sabiduría de sus políticas, Clinton logró vender la tesis del libre mercado —y la gran abundancia que produjo, como si fuera el bien primordial de la cultura política norteamericana.

Para muchos intelectuales y políticos de ese país, sobre todo aquellos conservadores que ansiaron y luego festejaron la desaparición del socialismo, la promoción que hizo Clinton de la abundancia y la prosperidad fácil —por no mencionar su política exterior— fue un horror, una política de inconmensurable superficialidad y de decadencia sin paralelo. El mercado libre no era una utopía —no por la desigualdad galopante, la explotación o la evisceración de los sistemas de seguridad social, y la pérdida de la seguridad económica, sino por la propia facilidad y comodidad que muchos liberales y conservadores presumieran acarrearía el mercado.

La política exterior de Clinton era un anatema, todavía peor, para los influyentes neoconservadores

que seguían la línea de *The Weekly Standard*. No porque fuesen unilateralistas que argumentaran contra el multilateralismo, el aislacionismo o el realismo crítico de su internacionalismo y humanitarismo,¹⁵ sino porque para ellos la política exterior de Clinton estaba demasiado determinada por los imperativos de la globalización del libre mercado. A pesar de su agresiva adhesión al capitalismo, muchos conservadores veían en esa política una prueba de que tras la derrota de la Unión Soviética, los Estados Unidos rezumaban decadencia, daban síntomas de un tejido moral debilitado y de pérdida del espíritu marcial. En un influyente manifiesto publicado en el año 2000, donde Donald y Frederick Kagan censuraban el presunto deterioro del poderío militar norteamericano, apenas si podían refrenar su hostilidad hacia la «alegre situación internacional que había emergido en 1991», la que estaba «caracterizada por la propagación de la democracia, el libre comercio y la paz» con la que Norteamérica «se sentía tan a gusto», apegada como estaba a la «tranquilidad doméstica», añadían desdeñosamente.

Después del 11 de septiembre, muchos conservadores interpretaron el ataque terrorista como un castigo a un decenio de autocomplacencia, a aquellos años en que a los norteamericanos les importaba más el bienestar material que el deber hacia el país y el imperio. Como señaló Lewis «Scooter» Libby —según *The New York Times*, «el Dick Cheney de Dick Cheney»—, los Estados Unidos hicieron que «para alguien como Osama Bin Laden fuera más fácil de decir de manera verosímil: “Los norteamericanos no tienen las agallas para defenderse a sí mismos. No van a poner los muertos para defender sus intereses. Son moralmente flojos”».¹⁶

Pero los neoconservadores tenían otro motivo para sentirse insatisfechos con la política exterior de Clinton. Muchos la tachaban de falta de visión y consistencia. Lo acusaban de haber sido reactivo y de tratar las cosas según iban surgiendo, en vez de mostrarse activo y consistente. A pesar de la abarcadora retórica de Clinton, los conservadores lo descalificaban, y también a sus asesores, por su falta de experiencia política y por no querer imaginar a los Estados Unidos conformando el mundo en vez de reaccionar ante los acontecimientos. Rompiendo, una vez más, con el manido estereotipo de tachar a los conservadores como perturbadores no ideológicos, figuras como Wolfowitz, Libby, Richard Perle, Donald Rumsfeld, el equipo padre-hijo de las familias Kagan y Kristol, hicieron un llamado para adoptar una proyección militar del poder estadounidense más coherente ideológicamente, y con una fundamentación moral, donde la «hegemonía benigna» de ese poder pudiera expandir la «zona de democracia», en vez de extender únicamente el rango

del libre mercado. Aspiraban a que hubiese una política exterior, que para decirlo con las palabras elogiosas que utilizó Robert Kagan para describir al senador Joseph Lieberman, fuera idealista, pero no ingenua, presta e inclinada a usar la fuerza y comprometida con un fuerte militarismo, pero también lista a utilizar el poderío norteamericano para expandir la democracia y hacer algo bueno por el mundo. Esos neoconservadores estuvieron insistiendo desde la primera administración Bush en que los Estados Unidos deberían, para citar palabras de Cheney, «conformar el futuro, determinar el curso de la historia»; o, como más tarde señalarían los Kagan, «intervenir decisivamente en cualquier región crítica» del planeta, «exista o no allí una amenaza visible». Criticaron a aquellos republicanos que, al decir de Robert Kagan, «durante el decenio gris de los 90» padecían de «hostilidad hacia la idea de “construir una nación”, de aversión al “trabajo social internacional” y defendían la estrecha creencia de que las “superpotencias no construyen ventanas”».¹⁷ En otras palabras, lo que estos conservadores anhelaban era una Norteamérica genuinamente imperial, no solo porque creían que así los Estados Unidos estarían más seguros o serían más ricos, o porque pensaran que con ello se alcanzaría un mundo mejor, sino porque querían ver a los Estados Unidos *construir* ese mundo. Soñaban literalmente con crear la historia, con cometer, por decirlo así, los mismos pecados que por tan largo tiempo habían cargado a cuenta de los marxistas y otros ideólogos: orgullo desmedido, culto al poder del Estado y aspiraciones utópicas.

Habida cuenta de esa insatisfacción tan extendida y de la aversión —que compartían por igual conservadores y liberales— por los años de Clinton, no habría que sorprenderse de que tantos acogieran el 11 de septiembre como una liberación del miasma de los 90.

Independientemente del esfuerzo de poetas, teólogos y moralistas para consagrar el significado de la efemérides —y arrancar el 11 de septiembre de las manos de los funcionarios de lo profano—, los políticos y especialistas lo valoraron como una oportunidad para solucionar las tensiones desatadas por la derrota del comunismo y el triunfo del capitalismo. Culturalmente, las élites esperan que el 11 de septiembre devuelva el sentido de lo trágico y lo serio a una sociedad mareada por el consumismo. Gracias a los ataques terroristas, dice Brooks, «la vida comercial parece ser menos importante que la pública [...] Cuando hay una lucha de vida o muerte es difícil pensar en Bill Gates o Jack Welch en términos heroicos». La guerra contra el terrorismo devolvió a Norteamérica aquel «sentido trágico de la vida» que Reinhold Niebuhr había cultivado tan asiduamente durante la Guerra fría, pero que «tan

fácilmente se había ignorado en el decenio de paz y prosperidad». ¹⁸

Los especialistas y las élites imaginan políticamente que el 11 de septiembre proporcionará al Estado la dignidad y la autoridad que habían desaparecido de su escala de valores durante los años de mandato de Clinton, al reactivar en la gente el sentimiento de que el ciudadano común podía estar en peligro. El gobierno, escribe Jacob Weisberg,

es considerado ahora no solamente capaz, sino el único capaz de llevar adelante una gran variedad de tareas urgentes: luchar contra nuestros enemigos de afuera, estimular la debilitada economía, rescatar de la bancarrota a las aerolíneas, reconstruir las ruinas de la ciudad de Nueva York, protegernos del terror biológico y devolverle la seguridad a los espacios aéreos.

Para algunos, el 11 de septiembre devolvió al Estado norteamericano aquel sentido de grandeza de Bismarck que los visigodos republicanos en el Congreso y las payasadas sexuales en la Casa Blanca habían destruido. La guerra contra el terrorismo fomentó, escribe el columnista Michael Kelly de *Washington Post*, «una saludable [...] relegitimación de las instituciones centrales» del gobierno, prestando autoridad, añade Brooks, a las «fuerzas armadas, al FBI, la CIA, el CDS y demás».

Para otros, el recién descubierto comunitarismo de la política norteamericana promete inaugurar una era de generosidad económica y seguridad social haciendo que los Estados Unidos retornen al apogeo del activismo del *New Deal* y a la esplendidez de la Gran Sociedad. «La movilización en tiempos de guerra», escribe Robert Putnam, puede ser «la chispa que haga avanzar hacia la justicia social y la integración racial». El historiador Michael Kazin especula que igual que la Segunda guerra mundial ayudó a promover las «preciadas causas del sindicalismo industrial y de la tolerancia racial», la guerra contra el terrorismo podría «revivir un deseo de aliviar injusticias internas». Katrina van den Heuvel, editora de *The Nation* y el politólogo Joel Rogers, acogieron con beneplácito que el 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo «hicieran nuevamente atractiva la idea de un sector público que sirva a la sociedad». ¹⁹ Independientemente de si son de izquierda o de derecha, los intelectuales estiman que la situación está madura para que el Estado regrese a ser lo que era, tras un decenio de humillante exilio.

Pero es en el escenario internacional donde expertos y élites estiman que se llevarán a cabo las mayores transformaciones. El 11 de septiembre y la guerra contra el terrorismo han hecho más clara la política exterior norteamericana. Los días de la vacilante «clintonitis» han quedado atrás; ahora los Estados Unidos conocen realmente cuáles son sus intereses. Como Condoleezza Rice declaró a *The New Yorker*:

«Pienso que las dificultades para definir nuestro papel son cosa del pasado. El 11 de septiembre es uno de esos terremotos que aclaran y perfilan. Ahora los acontecimientos han adquirido un perfil mucho más nítido». Los comentaristas actualmente describen a un público norteamericano emplazado a manifestar una mayor conciencia del mundo más allá de sus fronteras, y de las obligaciones del deber imperial, amén de una buena disposición para admitir bajas en nombre de un orden global. Según esta línea de razonamiento, antes del 11 de septiembre los norteamericanos estaban centrados en los asuntos internos y no estaban muy a favor de presupuestos abultados destinados a la defensa ni a aventuras en el exterior que llevaran aparejados fuertes pérdidas de vidas para sus ciudadanos. Las cuestiones de política exterior, sencillamente, no les interesaban.

Los expertos en política exterior conservadores estiman que con el 11 de septiembre han encontrado un gran yacimiento de oro político y no ocultan sus intenciones de agotarlo por entero. «Nos ha tomado trece años llegar, pero lo logramos», declaró Frank Gaffney, un destacado intelectual conservador especialista en defensa, en una comida elegante en Washington celebrada en diciembre de 2001 en homenaje a «Keepers of the Flame», esos silenciosos combatientes de la derecha que lucharon para que hubiese una política exterior más fuerte durante los desastrosos años de Clinton. ²⁰ En el nivel más obvio, el 11 de septiembre confirmó lo que los conservadores habían venido diciendo durante años: el mundo es un lugar peligroso, lleno de fuerzas hostiles al Estado norteamericano, que no se detendrán ante nada con tal de verlo derribarse. Pero, lo que es más importante, el 11 de septiembre dio a los conservadores la oportunidad —y la audiencia— para articular y defender, sin grandes molestias, una visión amplia del poder global de Norteamérica. No solo ese país ahora conoce sus intereses, argumentan ellos, sino que tienen el permiso y la credibilidad para representar su papel como imperio nuevo. Según el editorialista del *Wall Street Journal*, el 11 de septiembre demuestra que la mayor amenaza a los Estados Unidos habría que buscarla en su propio «involucramiento y ambición insuficientes» en el mundo. «La solución —añade—, está en ser más comunicativo en sus propósitos y más firme y enérgico a la hora de implementarlos». ²¹

En el período siguiente al 11 de septiembre, los Estados Unidos ya no tienen que responder meramente a amenazas inmediatas, para «esperar por los acontecimientos mientras se concitan los peligros», señaló el presidente Bush en el discurso Sobre el estado de la Unión, en el año 2002. Ahora «conformará el entorno», anticipará amenazas, no pensando en términos

de meses o de años, sino de decenios, quizás de siglos. El objetivo aquí es el que Cheney, asesorado por Wolfowitz, fue el primero en esbozar a principios de los 90: garantizar que ningún otro poder se levante jamás con la intención de desafiar a los Estados Unidos, y asegurar que ningún poder regional llegue a gozar nunca, en sus escenarios locales, de una preeminencia tal que impida a los Estados Unidos actuar de manera resuelta y cuando quieran. Entonces, el acento hay que ponerlo en lo preventivo y predictivo, y no en lo reactivo; para decirlo en términos hegelianos, de *devenir*, en vez de hacerlo en el de *ser*, término inglés más estático.

A diferencia de los imperios del pasado, a este lo guiará una visión benévola, incluso moralmente beneficiosa de mejoramiento a escala mundial. «Un imperio [sería] en cierta medida la forma de orden más benévola», observa el comentarista conservador Robert Kaplan. Si tomamos en consideración el sentido de juego limpio y de benevolencia de propósitos de Norteamérica —los Estados Unidos, a diferencia de Gran Bretaña o de Roma no tienen intención de ocupar o apoderarse de otros territorios—, ese nuevo imperio no generará la reacción que todos los precedentes generaron. Como dice un escritor del *Wall Street Journal*, «somos un imperio atractivo, el tipo de imperio al que todos quieren incorporarse». Al decir de Condoleezza Rice: «Teóricamente, los realistas dirían que cuando uno tiene un poder tan grande como el de los Estados Unidos no tardará mucho en ver surgir otros poderes igualmente grandes que lo desafíen. Y creo que lo que estamos viendo es que, esta vez por lo menos, hay una inclinación al establecimiento de relaciones productivas y de cooperación con el país en vez de tratar de hacerle contrapeso».

Con el exitoso derrocamiento del Talibán en diciembre de 2002, esa visión utópica ha cogido alas. La administración Bush, envalentonada por su éxito en Afganistán —que según un antiguo oficial de inteligencia de alto rango, y los consejeros de Bush «obtuvieron, a pesar de que el mundo decía que no iba a ser así, y eso los llevó a un estado de petulancia eufórica cuando todos pensaban lo contrario»— empezó a pensar cada vez más en grande al transformar la guerra contra el terrorismo, primero, en una lucha contra un «eje del mal», con Saddam Hussein como su primer blanco declarado, y ahora, en una cruzada a escala mundial para extender «la zona de democracia». ²² Con Hussein ya completamente fuera del juego, y bases adelantadas y asesores militares en una región que cubre de África a Asia, los Estados Unidos estarán en condiciones de usar su poder imperial como palanca en nombre del objetivo que soñaron los conservadores prácticamente desde la caída del muro de Berlín: conformar el entorno para construir el futuro. ²³ Como lo explica Libby, lo

importante al destruir el Talibán no era la destrucción de Al Qaeda o la eliminación del terrorismo. Se trataba de «abrir nuevas perspectivas en las relaciones no solo con Afganistán, por muy importante que fuera como amenaza, sino con los Estados de Asia central, Pakistán, Rusia, y, si es posible, con los del Sudeste asiático en general». ²⁴ Los Estados Unidos han ido, incluso, más allá de su doctrina posterior a la Guerra fría de poder luchar y vencer en «dos conflictos regionales importantes». Ahora, al decir de Rumsfeld, buscan «la disuasión en cuatro escenarios críticos, respaldados por la capacidad de derrotar rápidamente a dos agresores a un tiempo, mientras preservan la opción de llevar a cabo una contraofensiva masiva para ocupar la capital de un agresor y sustituir al régimen». ²⁵

Con peligro y seguridad, amenaza y garantía que son las consignas del presente, el Estado norteamericano puede santificarse nuevamente —sin tener que abrir las compuertas a la redistribución económica y al bienestar social. Creen que el 11 de septiembre puede, por fin, resolver las contradicciones culturales del capitalismo señaladas por Daniel Bell hacía ya mucho tiempo, pero que en realidad habían salido solo a relucir a partir de la derrota del comunismo.

11 de septiembre: la realidad

Por supuesto, es demasiado pronto para hacer cualquier tipo de evaluación de la situación interna e internacional de los Estados Unidos después del 11 de septiembre, pero cada vez hay mayores evidencias que permiten colegir que el imperio norteamericano avizorado por conservadores y liberales está tropezando con no pocos obstáculos, dentro y fuera de sus fronteras. Para alinear el imperio a la escala mundial que imaginaron los neoconservadores, los dirigentes estadounidenses tendrán que superar, o al menos plantearse, una estrategia más realista que les permita manejar lo que al parecer es el insuperable problema del efecto boomerang. Pero en vez de afrontarlo, la administración Bush lo descarta de entrada y afirma desenfadadamente que su capacidad para controlar el curso de los acontecimientos se prolonga hasta poder anular cualquier oposición al ejercicio de esa capacidad. Además desde el 11 de septiembre, cada vez que el ejército ha flaqueado, el apoyo para una intervención agresiva se ha disipado tanto en los Estados Unidos como en Europa occidental, lo cual sugiere que la base interna para semejante imperio es bastante floja. Finalmente, y quizás lo más importante de todo en la situación actual, como han señalado casi todos los analistas serios —y en lo absoluto «antinorteamericanos»—, es que los Estados Unidos son

objeto de un intenso rechazo a escala mundial; en parte, por el poder imperial y la hegemonía económica que han ejercido en un pasado no tan remoto, y que siguen ejerciendo en el presente. La única solución a largo plazo al problema del terrorismo, según dicen, es continuar aplicando una combinación de procesos penales y acusaciones, junto a reformas económicas y políticas, de manera que se distribuya el poder de forma más equitativa tanto dentro como entre los Estados. Esos analistas temen que mucho de lo que están haciendo actualmente los Estados Unidos no hará sino exacerbar la hostilidad internacional y fomentar el terrorismo. Lejos de seguir una vía de paz prudente, para alcanzar la seguridad, el país emprende un camino temerario de peligro e inestabilidad que, a juicio de los analistas, en última instancia solo redundará en su detrimento.

Uno de los aspectos más perturbadores de la nueva visión imperial es su total desatención del efecto boomerang, cuyas consecuencias devastadoras tan acertadamente describe Chalmers Johnson en su profética obra publicada antes del 11 de septiembre. En *Blowback*, Johnson cita un informe del Pentágono de 1997:

Los datos históricos muestran que existe una fuerte correlación entre la participación norteamericana en situaciones internacionales y el incremento de ataques terroristas contra el país. Además, la asimetría militar que priva a los Estados-nación de la capacidad para emprender un ataque abierto contra los Estados Unidos lleva a utilizar actores transnacionales —por ejemplo, terroristas.²⁶

Si ese informe es correcto, significa que el elemento cardinal de la estrategia neoconservadora —creciente involucramiento militar centrado en prevenir que aumente una hegemonía regional capaz de impugnar el poderío de los Estados Unidos— no hará sino aumentar la probabilidad de que los Estados y los que no lo son recurran en el futuro a ataques terroristas a los Estados Unidos. Prácticamente cada comentarista ha señalado que la lección del 11 de septiembre mostró que el país no es invulnerable, y que en un mundo global e interdependiente es sencillamente imposible garantizar una total inmunidad ante un ataque terrorista. Esta permanente vulnerabilidad ante un ataque, no solo en suelo americano, sino en los aproximadamente sesenta países del mundo en donde los Estados Unidos tienen instaladas sus bases militares de ultramar²⁷ —además de las realidades del efecto boomerang—, sugieren un futuro cada vez más peligroso para los norteamericanos, dentro y fuera de sus fronteras.

En realidad, en el mismo mes en el que los neoconservadores y sus aliados de los medios de difusión hicieron pública su nueva y amplia visión del poder imperial norteamericano, los militares de los Estados Unidos estaban anunciando sus planes para

llevar a cabo una reducción drástica de las tropas acantonadas en Arabia Saudita pues, según un alto oficial, la presencia estadounidense resultaba «desestabilizadora para el gobierno», y porque, en opinión del comandante de esa base, las tropas norteamericanas eran «blancos fáciles». En ese propio mes, un tribunal distrital japonés halló culpable de violar a una mujer a un soldado destacado en Okinawa, lo cual no es sino la más reciente de una larga lista de sentencias penales dictadas contra 26 000 efectivos militares norteamericanos en Okinawa (entre 1972 y 1995, las tropas estadounidenses destacadas allí han aparecido involucradas en 4 716 delitos), lo cual agudizó la ya extendida oposición antinorteamericana en Okinawa y en todo Japón.²⁸

A pesar de los antecedentes del efecto boomerang, la Administración, sus gurúes intelectuales y los defensores de los medios de difusión lo desestiman, con desenfado, como amenaza al poder imperial. Intelectualmente, la noción de efecto boomerang sencillamente no cuadra con la forma en que los intelectuales influyentes y los que trazan las políticas entienden la naturaleza y el origen del terrorismo. Efectivamente, con el terrorismo clasificado por esas élites como un síntoma, o bien de indecible maldad, o bien de hostilidad antimodernista frente a los valores occidentales, no consta —y no puede constar— que es una reacción al poder imperial. Pero incluso cuando hubo un récord evidente de hostilidad reactiva hacia la intervención de los Estados Unidos —por ejemplo, las bombas contra las bases norteamericanas y buques alrededor de la península arábiga en los años 90—, el gobierno se rió ante la posibilidad de que se produjera el efecto boomerang. Como la muy anunciada oposición a la acción de los Estados Unidos contra el Talibán no se ha materializado aún, el gobierno ya no cree, al decir de un antiguo oficial de inteligencia de alto rango, que necesite tomar en serio a quienes le aconsejan prudencia. «Ellos discreparán del criterio de expertos destacados en el Medio Oriente que declaraban que los bombardeos de Afganistán conducirían a insurrecciones fundamentalistas en Arabia Saudita y en otros sitios. No es tanto así, y cualquiera que ahora plantee un enfoque tendiente a solucionar los problemas por medio de la diplomacia es abucheado. Están en una buena racha».

En una serie de artículos, unos moderados y otros cáusticos, personalidades como Stanley Hoffman, Tony Judt, Paul Kennedy y Michael Howard —todos no por casualidad nacidos cuando los imperios europeos estaban en sus años crepusculares—, alertaron que controlar el terrorismo no lleva implícito guerras espectaculares o imperios, y que hay una contradicción entre tratar de reducir el terrorismo y hacer la guerra

Asistimos también a la lenta descomposición de una clase dirigente norteamericana. Desde finales de la Guerra fría —y algunos dirán que desde Viet Nam— se viene produciendo una creciente desconexión entre la cultura y la ideología de las élites de negocios norteamericanas y la de los combatientes políticos.

en su contra. De hecho, frente a la campaña de la administración Bush en contra de los Estados maleantes, como Iraq, que presuntamente han apadrinado el terrorismo, Howard ha planteado: «Puedo pensar que no hay política más adecuada no solo para prolongar la guerra [contra el terrorismo] indefinidamente, sino para asegurar que nunca la podremos ganar». La lucha contra el terrorismo requiere llevar a cabo investigaciones serenas, metódicas, pacientes, y procesos ante tribunales penales internacionales —y ambas cosas dependen de la cooperación y la buena voluntad de las instituciones internacionales y de las naciones del mundo entero y, lo que es más importante: de una redistribución fundamental del poder político y económico. Como Kennedy ha escrito, «los norteamericanos son un poco menos del 5% de la población mundial; pero nosotros [él ha asumido a los Estados Unidos como su país] que tenemos 27% de la producción mundial de petróleo anual, creamos y consumimos casi 30% de su Producto Bruto Mundial y —anoten esto— gastamos 40% de todo lo empleado para la defensa a nivel mundial». Semejante monopolio de la riqueza y del poder, concluye, deja una «profunda huella» en el mundo entero, que muchos precisamente no acogen con beneplácito.²⁹ Pero las políticas de la administración Bush no han hecho sino dejar una huella más profunda, y suscitar una mayor hostilidad.

Ese gobierno ha hecho un juego extremadamente peligroso: convertir una atrocidad horrible de muertes masivas —un suceso que choquéó la conciencia de todos e hizo saber a los norteamericanos que la gente en todo el mundo sencillamente los detesta—, en una oportunidad no solo para continuarlo, sino en primer lugar, para propagar precisamente las políticas que provocaron los sucesos del 11 de septiembre. Mientras los cínicos y maquiavélicos pueden argüir que eso es precisamente lo que busca la administración Bush —futuros ataques terroristas ocasionales a los norteamericanos que podrían justificar una guerra interminable—, una lectura más afinada de la posición de la Administración autoriza a pensar que los neoconservadores de turno están tan imbuidos de la idea del poder de los Estados Unidos, y tan seguros

de que el terrorismo lleva la maldad en el corazón, que simplemente rehúsan aceptar el cálculo prudente planteado por Howard y los demás. Pero de lo que los neoconservadores no se percatan es de que la mayoría de los norteamericanos creen que el terrorismo realmente se podrá reducir y no incrementarse a través de las acciones y políticas que lleva a cabo el país.

En el frente interno, hay pocas evidencias que permitan suponer que la renovación política y cultural que muchos comentaristas imaginaron —el reavivamiento del Estado, el regreso al concepto de sacrificio y comunidad compartidos y la profundización de la conciencia moral— ha tenido o tendrá lugar. El 11 de septiembre puede que haya aumentado la confianza popular en el gobierno y el interés en los asuntos públicos,³⁰ pero ha hecho poco por desplazar de la mente de las élites la ideología del libre mercado que hace de la acción gubernamental —fuera del ámbito de la seguridad nacional— una fuente de sospecha instantánea. Hasta tanto las prácticas y el lenguaje político dominante estén glorificando el mercado y elevando las acciones espontáneas de los individuos y los intereses personales a la condición de bienes públicos, ninguna carga de animación cívica o de fervor patriótico de tiempos de guerra puede crear una auténtica *civitas*. Podemos vivir en la era posmoderna, pero nada es *asi* de posmoderno: a todos les queda por ver una realidad aún viva, y si contradice los reclamos de los dirigentes nacionales, los llamados a compartir el sacrificio y los propósitos comunes se escucharán como lo que son: retórica barata y no auténtica filosofía pública.

Antes de septiembre 11, el presidente Bush promovió en el Congreso los mayores recortes a los impuestos que se realizaron desde los primeros tiempos de la administración Reagan. Después de los sucesos hubo pocos llamados públicos, salvo las sugerencias ocasionales de Edward Kennedy y Dennis Kucinich, para que se revocaran los recortes impositivos, reflejando una antipatía residual a los despilfarros del gobierno, incluso durante la recesión y en medio de una crisis de seguridad nacional. En verdad, los congresistas republicanos se sirvieron del 11 de septiembre para presentar al Congreso, incluso, más cortes al fisco para los ricos. Y mientras los congresistas

demócratas estaban intentando usar como palanca un paquete de estímulos que hubiesen podido incluir beneficios más amplios para los desempleados, Joseph Lieberman, uno de sus voceros, anunciaba por televisión que mantener los recortes fiscales a los que se había opuesto al principio, era más importante que ampliar los beneficios a los desempleados. Declaró que en «un mundo perfecto, el gobierno haría ambas cosas, pero ya que este no es un mundo perfecto, lo más importante para el gobierno es apoyar nuevamente a la comunidad de negociantes, al sector privado».³¹ Mientras que revocar los recortes al fisco en medio de una recesión podría no resultar lo más sabio, la negativa por parte de la mayoría de los dirigentes políticos incluso a examinar la cuestión —o por el contrario, priorizar a través de los gastos del gobierno esa inyección— indica únicamente cuán poco habían cambiado los términos del debate público acerca de la relación entre el mercado y el Estado, tras los sucesos del 11 de septiembre.

Cuando las políticas gubernamentales propuestas tocaban sectores de la economía donde existía algún interés de seguridad nacional, los partidarios de la economía de libre mercado mostraron una sorprendente efectividad a la hora de poner obstáculos a la norma del gobierno. En marzo de 2002, por ejemplo, 62 senadores, entre ellos 19 demócratas, se manifestaron en contra de alcanzar más altos estándares de eficiencia en el uso del combustible en la industria automovilística, que habrían reducido la dependencia del petróleo del Golfo Pérsico.

Christopher Bond, congresista republicano por Missouri, se sintió tan aliviado de la necesidad de rendir homenaje a las instituciones estatales en tiempo de guerra, que expresó en el hemiciclo del Senado: «No quiero tener que decirle a una madre que no debe adquirir una camioneta suburbana porque el Congreso decidió que no era una opción correcta». Más elocuente todavía resultó comprobar cuán vulnerable se mostraron ante esos argumentos en contra del Estado y a favor del mercado los promotores de elevar los estándares. John McCain, un presunto francotirador, supuestamente sin el menor reparo ante la acción estatal, se puso de inmediato a la defensiva ante el hecho de que el gobierno pudiera interferir en las opciones populares frente al mercado privado. Llegó a argumentar, en el hemiciclo del Senado, que «no se podrá obligar a ningún norteamericano a manejar otro tipo de automóvil», como si se tratara de una imposición atroz en esta nueva era de sacrificios y solidaridad en tiempos de guerra.³²

Las tensiones entre el sacrificio patriótico y el mercado no son solo ideológicas, sino estructurales. Hay tantos elementos en la guerra contra el terrorismo que concuerdan con la búsqueda privada de la felicidad,

que simplemente no hay impulso político durante esta guerra para retar a la lógica o la cultura de mercado. La guerra contra el terrorismo no requiere una movilización masiva de tropas, ni reorientar la producción. Con un ejército completamente voluntario, en su mayoría reclutado entre la gente pobre de los sectores urbanos y rurales, y con una maquinaria militar cada vez más con mayor desarrollo tecnológico, no es necesario llamar a hombres y mujeres al servicio. Realmente, los pocos políticos que han hablado de restablecer el reclutamiento militar han defendido la tesis únicamente pensando en inculcar una ética de sacrificio. No hay que sorprenderse si esas afirmaciones no han demostrado ser lo bastante convincentes para contrarrestar los temores de los políticos en el sentido de que el reclutamiento sería impopular entre los votantes de clase media.³³ Tampoco este es el tipo de guerra que lo requiere. Hasta ahora, la lucha contra el terrorismo ha adoptado una de dos formas —bombardeos masivos por aire, combinados con apoyo local en el terreno, o equipos comandos altamente especializados para dirigir incursiones o entrenar tropas extranjeras—, y ninguna de las dos requiere un flujo fresco de tropas norteamericanas.³⁴

Podría pensarse que la posibilidad de ganar una guerra sin el reclutamiento o la pérdida de vidas norteamericanas sería un motivo de alivio. Por extraño que parezca, solo ha suscitado inquietud, pues los observadores temen que si la causa no se consagra con sangre, los norteamericanos no podrán demostrar su compromiso, ni ahondar en su determinación. Los líderes políticos están nerviosos ante la posibilidad de elevadas cifras de bajas, pero también ante que la gente no se sienta plenamente comprometida con la guerra si las bolsas con cadáveres no empiezan a acumularse. «Una guerra antiséptica, consistente en apretar botones —escribe R. W. Apple, de la revista *Times*, después de entrevistar a varios políticos— parece indigna porque elimina el elemento del autosacrificio potencial, de la cruel ecuación del combate». Mientras que la eliminación del riesgo normalmente sería un motivo de celebración para los norteamericanos, «el peligro, a largo plazo, es la pérdida del interés». Ahora que una buena parte de la guerra se lleva a cabo por comandos, diplomáticos y agentes de la inteligencia, que no actúan a la vista de todos, ¿podrá mantenerse atenta una nación que ha pasado décadas en un estado de blanda autocomplacencia?». ³⁵

Económicamente hablando, los Estados Unidos han estado, hasta hace muy poco, en una recesión durante la cual el mayor imperativo ha sido estimular al consumidor a gastar, y garantizar que el racionamiento de la Segunda guerra mundial no sea una posibilidad. Reprendiendo con sutileza a quienes suspiraron por la

Gran Generación de la Segunda guerra mundial, Tom Ridge, director de Homeland Security, estima que es «un poco desorientador» sugerir que los Estados Unidos afrontan una situación similar a la de aquella guerra: «Teníamos entonces una economía, un país, que estuvo luchando económicamente para salir de la depresión y no había recursos excedentes, de modo que hubo que racionar la carne y el azúcar. Ahora es algo diferente».³⁶ Y aunque el presidente Bush ha hecho un llamado para incrementar masivamente el presupuesto de los gastos militares, esa inyección de efectivo en la industria de defensa no impondrá las mismas transformaciones a la economía del país que las medidas de producción en anteriores tiempos de guerra. En realidad, independientemente de los esfuerzos de cualquier tipo que se hayan realizado a principios de los 90 para repartir los dividendos de la paz, el legado de medio siglo de Guerra fría persiste hasta el presente. Los Estados Unidos se pueden comprometer ahora en un nuevo y visionario proyecto de intervención militar, sin que tengan que hacer algo económicamente muy diferente de lo que hicieron el pasado año. La mayoría de los hombres y mujeres pueden continuar trabajando en empleos que no guardan relación con la guerra y su deber más patriótico puede seguir siendo comprar y gastar, «seguir en lo suyo», al decir del presidente Bush.³⁷

El hecho de que la guerra aún no haya impuesto a la población el tipo de sacrificio que por lo regular acompaña las cruzadas nacionales, ha causado no pocas preocupaciones en las élites políticas y culturales de alto nivel. Poco después de haber declarado esta era como la del «oropel y los relumbrones», Frank Rich dio mil y una vueltas en público para decir que «nadie supondría jamás que esta es una nación en guerra». Antes del 11 de septiembre, «el gobierno decía que lo podían tener todo»; después, siguió diciendo lo mismo.

Los dirigentes de la nación están buscando febrilmente —en lo que puede ser el más raro espectáculo de toda la guerra— qué tipo de tareas puede hacer el pueblo —no porque haya mucho que hacer, sino porque los dirigentes tienen el temor de que si no tienen algo en qué ocuparse, el ardor patriótico del norteamericano común puede enfriarse. Desde el momento en que esas tareas resulten innecesarias —y el encomendarlas pueda violar las normas de la ideología del mercado—, lo mejor que pueden hacer el Presidente y sus colegas es anunciar sitios web y números de teléfono adonde se pueda llamar gratuitamente, de manera que los hombres y mujeres con iniciativa puedan hallar información sobre cómo pueden echar una mano en la guerra.

Esa combinación de impedimentos ideológicos y estructurales para lograr que renazca la conciencia cívica de tiempos de guerra permite suponer que cualquier

renacimiento cultural que se contemple —la recuperación de la seriedad, la supresión de la ironía y demás— puede llevar aparejado un sinnúmero de dificultades. De todas las transformaciones proyectadas, la cultural es la más difícil de predecir. Se midan mediante encuestas, novelas, periódicos, libros de texto, películas, diarios o cartas, las sensibilidades culturales son tan proteicas y escurridizas que habrán de pasar muchos años antes de poder conocer realmente qué impacto tuvo el 11 de septiembre en la mente del público. Pero mientras esperamos por el veredicto de los historiadores de la cultura, hay que recelar de pronunciamientos del tipo: «Nos hemos hecho más serios». Pues, aunque muchos estudiosos predijeron un mayor ahondamiento moral después del 11 de septiembre —con un aumento súbito de la asistencia a iglesias, sinagogas y mezquitas los fines de semana, como su principal evidencia— no pasaron tres meses para que la asiduidad a manifestaciones religiosas regresara a los niveles previos.³⁸

Apenas si hay dudas de que el 11 de septiembre tendrá repercusiones culturales a largo plazo en los Estados Unidos. Pero las tragedias y las guerras carecen de significados manifiestos, y rara vez cumplen con los requisitos que les asignan sus intérpretes públicos. Las autoridades estatales y los movimientos sociales, la distribución del poder y los recursos, las ideologías dominantes y los lenguajes cívicos disponibles, todos están entre los muchos engranajes políticos que conforman y constriñen las percepciones populares, incluso de los acontecimientos más cataclísmicos. Hasta ahora, las élites políticas no han logrado hacer del 11 de septiembre el instrumento galvanizador del renacimiento norteamericano. Más aún, hay muchas razones para sugerir que no pueden hacerlo. Porque sin una drástica transformación de la economía o una reconsideración de los agresivos ideales del libre mercado que guiaron la política norteamericana durante las últimas dos décadas —los cuales no parecen a estas alturas ni necesarios ni probables—, no hay incentivo para que élites ni ciudadanos se reinventen a sí mismos.

El momento maquiavélico

Nos hallamos de cara a una situación extremadamente peligrosa. Por un lado, tenemos un grupo de élites políticas y culturales cuya visión del poder norteamericano es cada vez más temerariamente utópica, y más desconectada de toda concepción coherente del interés nacional. Por el otro, está la población doméstica —incluidos los ciudadanos y las élites económicas— que muestran poco interés en apoyar un dilatado imperio como este. Al parecer, el

momento actual en vez de resolver las contradicciones que el desplome de la Unión Soviética sacó a relucir —la tensión entre el mercado libre y la aspiración imperial—, si no las exagera por lo pronto contribuye poco a aliviarlas. El orden político que proyectaron Bush y sus asesores —y quienes los respaldaron en los medios académicos y de difusión— es solo eso: una proyección, una estructura de factura endeble destinada a durar solo mientras los Estados Unidos sean capaces de aniquilar, con un mínimo de bajas, cualquier desafío a su poder. Si esta valoración es correcta, podíamos estar entrando en uno de los célebres momentos maquiavélicos que analizaba J. G. A. Pocock hace un cuarto de siglo: momentos en la historia de la república en que al optar por la grandeza y la trepidación del imperio, se ve obligado a afrontar la fragilidad y la finitud de todo tipo de formas políticas, incluidas las propias.

Asistimos también, y me permito sugerirlo de una manera muy tentativa, a la lenta descomposición de una clase dirigente norteamericana.³⁹ Desde finales de la Guerra fría —y algunos dirán que desde Viet Nam— se viene produciendo una creciente desconexión entre la cultura y la ideología de las élites de negocios norteamericanas y la de los combatientes políticos como Perle, Wolfowitz y otros. Mientras que la Guerra fría vio la creación de una clase semicoherente de «hombres sabios» que aunaron, si bien irregular y provisionalmente, los mundos de los negocios y la política —hombres como Dean Acheson, los hermanos Dulles y más tarde William Rogers y Cyrus Vance— los años de Reagan y los posteriores fueron testigos de algo totalmente diferente. Por un lado, tenemos una generación más joven de magnates de corporaciones, quienes, aunque implacables en sus esfuerzos por obtener beneficios del Estado, no muestran ni el respeto ni la pasión por este que tuvieron sus homólogos de mayor edad. Aunque ciertamente desean meter la mano en la caja pública, desdeñan la política y el gobierno. Los nuevos altos ejecutivos responden a sus homólogos en Tokio, Londres y otras ciudades globales, y con tal de que el Estado les suministre lo que necesitan y no interfiera más de lo debido en sus operaciones, se entregan —especialmente en asuntos de defensa y de política exterior— al aparato burocrático.⁴⁰

Por otro lado, en el caso de Perle, Wolfowitz, Rice, Adelman, y Gaffney, estamos hablando de una nueva clase de élites políticas que tienen poco contacto con la comunidad de negocios, cuyas experiencias básicas fuera del gobierno han sido en medios académicos, el periodismo, como tanques pensantes o en cualquier otro sector de la industria cultural. Como las élites corporativas se implantan en una creciente economía global, al parecer, a estos ideólogos se les han entregado

las riendas de la administración de la finca. Igual que los Kristol y los Kagan, y Kaplan y Brooks, se trata de personas que trafican con ideas, que ven el mundo como un amplio horizonte de proyección intelectual. Al estar libres de ataduras, incluso del más interesado de los intereses, se sienten en condiciones de promover su causa lo mismo en el Medio Oriente —donde su apoyo a Israel y su oposición a Iraq, parece oponerse diametralmente a las preocupaciones de las compañías petroleras—, como en cualquier otra parte. Y también, al igual que sus contrapartes corporativas, los neoconservadores miran el mundo como su escenario, pero a diferencia de aquellos, están diseñando ese escenario para un drama más teatral y ultraterrenal. Su juego final, si es que lo tienen, consiste en un enfrentamiento apocalíptico entre el bien y el mal, entre barbarie y civilización —categorías del conflicto pagano diametralmente opuestas a la visión de un mundo sin fronteras que tiene la élite norteamericana del libre comercio y la globalización.

Traducción: Lourdes Arencibia.

Notas

1. Corey Robin, «The ExCons: Right-Wing Thinkers Go Left!», *Lingua Franca*, Nueva York, febrero de 2000, pp. 32-3; Irving Kristol, entrevista con el autor, Washington, 31 de agosto de 2000.
2. Entrevista con Irving Kristol.
3. Ewan MacAskill, «From Suez to the Pacific», *The Guardian*, Londres, 8 de marzo de 2002.
4. Robert Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Simon and Schuster, Nueva York, 2000; Dinesh D'Souza, *The Virtue of Prosperity: Finding Values in an Age of Techno-Affluence*, Simon and Schuster, Nueva York, 2000; John B. Judis, *The Paradox of American Democracy: Elites, Special Interests, and The Betrayal of the Public Trust*, Pantheon, Nueva York, 2000; Donald Kagan y Frederick W. Kagan, *While America Sleeps: Self-Delusion, Military Weakness, and the Threat to Peace Today*, St. Martin's Press, Nueva York, 2000.
5. Así fue como el asesor de Seguridad Nacional del presidente Clinton definió el objetivo de la política exterior norteamericana en 1993. (Discurso de Anthony Lake, en la Universidad Johns Hopkins. Véase Alvin Z. Rubinstein *et al.*, ed., *The Clinton Foreign Policy Reader: Presidential Speeches with Commentary*, M. E. Sharpe, Armonk, NY, 2000, p. 22.
6. Todd Gitlin, «America's Left Caught Between a Flag and a Hard Place», *San Jose Mercury News*, San José, CA, 2 de noviembre de 2001; Michael Kelly, «Pacifist Claptrap», *The Washington Post*, Washington DC, 26 de septiembre de 2001, p. A25 y «The Left's Great Divide», *The Washington Post*, Washington DC, 7 de noviembre de 2001, p. A29; Christopher Hitchens, «Against Rationalization», *The Nation*, Nueva York, 8 de octubre de 2001, p. 8 y «Blaming Bin Laden First», *The Nation*, Nueva York, 22 de octubre de 2001, p. 9.

7. *Schadenfreude* (en alemán en el original): se usa, incorporada al inglés, como «alegría causada por la desgracia ajena». [N. del T.]
8. Frank Rich, «The Day Before Tuesday», *The New York Times*, Nueva York, 15 de septiembre de 2001, p. A23; David Brooks, «The Age of Conflict: Politics and Culture after September 11», *The Weekly Standard*, Washington DC, 7 de noviembre de 2001; Christopher Hitchens, «Images in a Rearview Mirror», *The Nation*, Nueva York, 3 de diciembre de 2001, p. 9.
9. George Steiner, *In Bluebeard's Castle: Some Notes Toward the Redefinition of Culture*, Yale University Press, New Haven, 1971, p. 11.
10. Richard Cheney citado en Donald Kagan y Frederick W. Kagan, ob. cit., p. 294; Condoleezza Rice, en *Foreign Affairs*, junio de 2000; Joseph S. Nye, Jr., *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford University Press, Nueva York, 2002, p. 139.
11. Alvin Z. Rubinstein *et al.*, ed., ob. cit., pp. 9, 20, 22-3, 36-42. Debe señalarse que en su segundo mandato, al cabo de varios años de estar reduciendo los gastos militares, Clinton empezó a incrementar de forma sostenida las asignaciones militares. Entre 1998 y 2000, los gastos militares pasaron de 259 000 millones de dólares a 301 000 millones. Ese incremento coincidió con una reevaluación de los peligros que enfrentaban los Estados Unidos. En los últimos años de su mandato, Clinton empezó a hacer sonar con más fuerza la alarma contra la amenaza del terrorismo y el pillaje de los Estados. El contraste entre la retórica de los primeros años de su administración en comparación con los últimos es muy significativo. Paul-Marie de la Gorce, «Offensive New Pentagon Defence Doctrine», *Le Monde Diplomatique*, París, marzo de 2002.
12. David Halberstam, *War in Time of Peace*, Scribner, Nueva York, 2001, pp. 22-3, 110-3, 152-3, 160-3, 193 y 242.
13. Joseph S. Nye, Jr., ob. cit., pp. 8-11, 110. En realidad, en este sentido, Clinton fue tan lejos, incluso, como sugerir que gastar tanto dinero para luchar en la Guerra fría había sido si no exactamente un derroche, sí al menos un vertimiento de recursos vitales de la nación. «La Guerra fría —dijo en la American University, en 1993— fue un momento de drenaje. Se le dedicaron billones de dólares, mucho más dinero que muchos de nuestros visionarios dirigentes pensaron que debimos tener». Alvin Z. Rubinstein *et al.*, eds., ob. cit., p. 9.
14. Como el propio Reagan declaró hablando del hemisferio occidental en 1983: «Tengo la visión de un hemisferio unido no solo por vínculos arbitrarios de Estado sino por lazos voluntarios de ideales libres». John R. MacArthur, *The Selling of «Free Trade»: NAFTA, Washington, and the Subversion of American Democracy*, University of California Press, Berkeley, 2000, p. 96.
15. En verdad, muchos pronunciamientos referidos al multi y al unilateralismo formulados por la administración Clinton son asombrosamente similares a los de actual Administración Bush. En un discurso a las Naciones Unidas en 1993, Clinton declaró: «Trabajaremos a menudo en asociación con los demás y a través de las instituciones multilaterales del corte de Naciones Unidas. Es nuestro interés nacional hacerlo. Pero no debemos vacilar en actuar unilateralmente cuando exista una amenaza a nuestros intereses fundamentales o a los de nuestros aliados». Ese propio año, Anthony Lake, su asesor para la seguridad nacional declaró, «debemos actuar multilateralmente cuando hacerlo signifique un avance para nuestros intereses y unilateralmente cuando sirva a nuestros propósitos». En 1994, Clinton afirmaba que procuraba que los Estados Unidos «influyeran sobre» las decisiones y operaciones multilaterales. En 1995 dijo: «Actuaremos en unión con los demás cuando podamos; pero solos, cuando debamos». Más recientemente, su subsecretario de Defensa se manifestaba contra la recomendación y el consejo del clásico equilibrio de poder de los realistas en cuanto a que los Estados Unidos debían mantener su monopolio de poder como el camino más seguro hacia la paz. Como en los debates entre realistas y humanitarios, internacionalistas y aislacionistas, lo cierto es que muchos de los críticos neoconservadores de la administración Clinton están tan comprometidos como ella con la intervención humanitaria e internacionalista. Alvin Z. Rubinstein *et al.*, eds., ob. cit., pp. 6, 16-7, 26, 28; Joseph S. Nye, Jr., ob. cit., p. 15; Robert Kagan y William Kristol, «The Present Danger», *The National Interest*, Washington DC, primavera de 2000; «Paul Wolfowitz, velociraptor», *The Economist*, Londres, 9 de febrero de 2002; Nicholas Lemann, «The Next World Order», *The New Yorker*, Nueva York, 1º de abril de 2002, p. 42; Robert Kagan, «Fightin' Democrats», *The Washington Post*, Washington DC, 10 de marzo de 2002.
16. Donald Kagan y Frederick W. Kagan, ob. cit., pp. 1-2, 4; Lewis Libby, citado en Nicholas Lemann, ob. cit., p. 48.
17. Nicholas Lemann, pp. 43, 47-8; Robert Kagan, ob. cit.; Donald Kagan y Frederick W. Kagan, ob. cit., pp. 293 y 295.
18. David Brooks, ob. cit.; Steven Mufson, «The Way Bush Sees the World», *The Washington Post*, Washington DC, 17 de febrero de 2002, p. B1.
19. Jacob Weisberg, «Feds Up», *The New York Times Magazine*, Nueva York, 21 de octubre de 2001, p. 22; Michael Kelly, «The Left's Great Divide», *The Washington Post*, Washington, 7 de noviembre de 2001, p. A29; David Brooks, ob. cit.; Robert Putnam, «Bowling Together», *The American Prospect*, Boston, 11 de febrero de 2002; Michael Kazin, «The Nation: After the Attacks, Which Side is the Left On?», *The New York Times*, Nueva York, 7 de octubre de 2001, sección 4, p. 4; Katrina van den Heuvel y Joel Rogers, «What's Left? A New Life for Progressivism», *The Los Angeles Times*, Los Ángeles, 25 de noviembre de 2001, p. M2. Véase también Bernard Weinraub, «The Moods They Are A Changing in Films: Terrorism is Making Government Look Good», *The New York Times*, Nueva York, 10 de octubre de 2001, p. E1; Michael Kelly, «A Renaissance of Liberalism», *The Atlantic Monthly*, Boston, enero de 2002, pp. 18-19.
20. Julian Borger, «Washington Hawks Get Power Boost», *The Guardian*, Londres, 17 de diciembre de 2000.
21. Emily Eakin, «All Roads Lead to D.C.», *The New York Times*, Week in Review, Nueva York, 31 de marzo de 2002, p. 4.
22. Sería erróneo interpretar la decisión de hacer de Saddam Hussein el blanco de la administración Bush como mera respuesta a una peligrosa amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos. Una lectura atenta de los informes de prensa demuestra la poca evidencia de que Hussein fuera una amenaza para dichos intereses y mucha para sugerir que la Administración Bush lo escogió deliberadamente para salvaguardar su visión de un orden mundial. En realidad, según un funcionario de la Administración, antes del 11 de septiembre, Rice afirmaba que Saddam era «un pequeño problema, de poca monta» y Cheney declaró al noticiero de la NBC, el 16 de septiembre, que «Saddam Hussein ya estaba bajo control en aquellos momentos». Más recientemente, Jack Straw, secretario de Relaciones Exteriores británico, dio a un funcionario del MP un informe de alto nivel que supuestamente demostraba el peligro que significaba Hussein; según el diario londinense *Observer*, el MP opinó que no era nada del otro mundo. Alguien dijo: «Ellos [el gobierno británico] tendrán que hacerlo mucho mejor si quieren concitar ese amplio apoyo que necesitan para una acción contra Iraq». Desde el 11 de septiembre, los Estados Unidos han estado tratando de buscar un vínculo entre el terrorismo y Saddam y no lo han logrado.

Corey Robin

«Buscábamos cualquier rastro de evidencia que pudiera demostrar» que Iraq había desempeñado un papel en los ataques con el ántrax», le dijo un alto oficial de inteligencia a *The New York Times*. «No los encontramos». Un científico federal de alto nivel involucrado en la investigación sobre el ántrax opinó: «Yo sé que algunas personas querían que se hallara una excusa para atacar a Iraq», y la investigación se conformó en torno a ese objetivo. Pero no se logró. La decisión final de centrarse en Hussein entonces, es más un reflejo de la voluntad del gobierno, animado por el éxito logrado en Afganistán que una respuesta a un peligro inmediato. En realidad, todo acerca de esa nueva doctrina Bush sigiere la conclusión de que las valoraciones en materia de amenazas no se pueden basar en hechos concretos y evidencias inmediatas, sino en escenarios hipotéticos y especulaciones futuras. Véase Seymour M. Hersh, «The Iraq Hawks», *The New Yorker*, Nueva York, 24 de diciembre de 2001, p. 60; Kamel Ahmed, «Blair Opts For Delay on Iraq», *The Observer*, 31 de marzo de 2002; Robin Wright, «Bush's Team Targets Hussein», *Los Angeles Times*, Los Ángeles, 10 de febrero de 2002; William J. Broad y David Johnston, «U.S. Inquiry Tried, but Failed, to Link Iraq to Anthrax Attack», *The New York Times*, Nueva York, 22 de diciembre de 2001, p. A1; Michael Gordon, «Cheney Rejects Criticism By Allies Over Stand on Iraq», *The New York Times*, Nueva York, 16 de febrero de 2002, p. A8.

23. Véase Elisabeth Bumiller, «Bush Vows to Aid Other Countries in War on Terror», *The New York Times*, Nueva York, 12 de marzo de 2002, p. A1; Esther Schrader, «U.S. Boosting Allies' Military Aid», *Los Angeles Times*, Los Ángeles, 7 de marzo de 2002; Ewan MacAskill, ob. cit.; Raymond Bonner, «U.S. and Philippine Governments Revive Old Relationship», *The New York Times*, Nueva York, 4 de marzo de 2002, p. A11.

24. Nicholas Lemann, ob. cit., p. 48. Es significativo el hincapié que hace Libby sobre las relaciones con esta región particular del mundo, porque es allí donde precisamente los Estados Unidos han visto disminuir cualitativamente su número de bases en el exterior, su «avanzada» desde la guerra de Viet Nam. Véase «U.S. Military Bases and Empire», *Monthly Review*, Nueva York, marzo de 2002.

25. Paul-Marie de la Gorce, ob. cit.

26. Chalmers Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Henry Holt, Nueva York, 2000, p. 9.

27. Como se señaló en un informe de 1970 dirigido al subcomité de Relaciones Exteriores del Senado: «Las bases de Ultramar, la presencia de efectivos de las fuerzas armadas estadounidenses, la planificación conjunta, las maniobras colectivas, o los programas militares con una fuerte asistencia [...] no harán sino calzar determinado grado de injerencia de los Estados Unidos en los asuntos internos del gobierno que las acoge». Informe y cifras sobre las bases de Ultramar citados en «U.S. Military Bases and Empire», ob. cit.

28. Elaine Sciolino y Eric Schmitt, «U.S. Rethinks Its Role in Saudi Arabia», *The New York Times*, Nueva York, 10 de marzo de 2002, p. A24; Howard W. French, «Airman's Rape Conviction Fans Okinawa's Ire Over U.S. Bases», *The New York Times*, Nueva York, 29 de marzo de 2002, p. A3; «U.S. Military Bases and Empire», ob. cit. Para un debate más amplio sobre la presencia estadounidense en Okinawa y la reacción que suscitó, véase Chalmers Johnson, ob. cit., pp. 34-64.

29. Michael Howard, «Stumbling Into Battle», *Harper's*, Nueva York, enero de 2002, pp. 13-8; Paul Kennedy, «Has the US Lost Its Way?», *The Guardian*, Londres, 2 de marzo de 2002; Stanley Hoffman, «On the War», *The New York Review of Books*, Nueva York, 1º de noviembre de 2002, pp. 4-6; Tony Judt, «America and the War» *The New York Review of Books*, Nueva York, 15 de noviembre de

2001, pp. 4-6 y «The War on Terror», *The New York Review of Books*, Nueva York, 20 de diciembre de 2001, pp. 102-3. Véase, además, Benjamin Schwarz y Christopher Layne, «A New Grand Strategy», *The Atlantic Monthly*, Boston, enero de 2002, pp. 36-42.

30. Según una encuesta llevada a cabo por Robert Putnam y sus colegas durante los meses que antecedieron y siguieron al 11 de septiembre, 11,51% de los norteamericanos afirmaba que su confianza en el gobierno nacional había aumentado a raíz de los ataques terroristas, mientras que solo 7% declaró que había disminuido. Al mismo tiempo, como el propio Putnam admite, eso no se tradujo en una acción concreta. «Hablando en sentido general, las actitudes (como confianza y preocupación) determinaron más que el comportamiento». Robert Putnam, «Bowling Together», ob. cit.

31. Joseph Liebermann, citado en Corey Robin, «The politics of Before and After: Labor's Work at Home», *New Labor Forum*, Nueva York, primavera-verano de 2002, p. 67.

32. David E. Rosenbaum, «Senate Deletes Higher Mileage Standard in Energy Bill», *The New York Times*, Nueva York, 14 de marzo de 2002, p. A28.

33. Tim Jones, «Military Sees No Rush to Enlist» y Alison Mitchell, «After Asking for Volunteers, Government Tries to Determine What They Will Do», *The New York Times*, Nueva York, 10 de noviembre de 2001, p. B7.

34. En realidad, todo permite sugerir que los Estados Unidos intentan continuar con esa táctica en futuros teatros de acción, lo mismo en contra de grupos terroristas que de Estados. Como señala uno de los analistas en materia de defensa «Creen haber encontrado el modelo perfecto y saben que funciona. El modelo consiste en un bombardeo, una operación limitada de las Fuerzas Especiales, y un alzamiento interno». Véase Seymour M. Hersh, ob. cit.

35. R. W. Apple, Jr., «Nature of Foe Is Obstacle In Appealing for Sacrifice», *The New York Times*, Nueva York, 15 de octubre de 2001, p. B2.

36. Alison Mitchell, ob. cit.

37. R.W. Apple Jr., ob. cit., p. B1.

38. Laurie Goodstein, «As Attacks' Impact Recedes, A Return to Religion as Usual», *The New York Times*, Nueva York, 26 de noviembre de 2001, p. A1.

39. Mi discusión aquí es tributaria de varias conversaciones con Steve Fraser.

40. Esa abdicación colectiva del poder gubernamental se aplica bastante sorpresivamente, incluso en aquellos casos —como la Guerra del Golfo o la firma del TLC— en los que muchos pensaron ver las profundas huellas de la Norteamérica corporativa. Tomando como referencia los mejores recuentos de la Guerra del Golfo y del NAFTA que he leído, fueron las autoridades políticas, particularmente el presidente Bush, quienes tomaron la iniciativa y con frecuencia ejercieron presiones sobre un sector empresarial reticente y sobre la comunidad del ejército para que les secundaran. Véase John R. MacArthur, ob. cit., pp. 137, 170, 174-5, 194; Halberstam, ob. cit., pp. 69-70; Donald Kagan y Frederick W. Kagan, ob. cit., pp. 244-50.

© ~~TRIALOG~~, 2003.

Un solo imperio bajo Dios

Marilyn B. Young

Profesora. Universidad de Nueva York.

En este asunto tenemos que lidiar con un factor completamente extraño vinculado a nuestra creencia, por sobre todo, en un destino nacional «grande» a toda costa, y en el que por alguna razón indiscrutable hemos dado en considerar escandaloso empezar a descreer o negar.

William James, «The Philippine Tangle», *Boston Evening Transcript*, 1 de marzo de 1899.

Necesitamos mirarnos al espejo para sentirnos orgullosos y sacar el pecho, y meter la barriga y exclamar: «¡Maldita sea, somos americanos!»

General Jay Garner, Bagdad, 1º de mayo de 2003.

En un artículo del periódico *Tribune*, fechado el 19 de octubre de 1945, George Orwell bautizó la era de posguerra y describió su característica principal: un «estado permanente de “Guerra fría”» entre las superpotencias, cuya posesión de armas nucleares las hará *inconquistables*; cesarán las guerras de larga duración, pero al costo de una «paz que no será paz».

Alguien pudo temer que estas superpotencias pudieran desatar guerras aún más sangrientas que la

que acababa de terminar; pero Orwell creía que era improbable. En su opinión, las grandes naciones sobrevivientes mantendrían un acuerdo tácito de nunca utilizar la bomba atómica entre sí, sino «utilizarla, o amenazar con utilizarla, contra gente incapaz de responder a su ataque». En cuyo caso, «regresamos al punto de partida, con la única diferencia de que el poder está concentrado en menos manos y la perspectiva de los pueblos sometidos y de las clases oprimidas es aún más desesperada». ¹ Orwell habría entendido perfectamente los recientes esfuerzos de los Estados Unidos por crear un mundo en el que su poderío no pudiera ser retado, un mundo que debía estar en guerra permanente.

En el verano de 1950, la mayoría de los norteamericanos —alrededor de 57%, según una encuesta de Gallup— creyó que con la «acción policial» en Corea, había comenzado la Tercera guerra mundial. En un artículo de opinión escrito para el *Wall Street Journal*, en vísperas de la caída del gobierno talibán en Afganistán, Eliot Cohen, director de estudios estratégicos de la Escuela de Estudios Avanzados de la Universidad Johns Hopkins, llegó a la misma conclusión. Era de vital importancia, señalaba Cohen,

llamar las cosas por su verdadero nombre. El nombre «menos digerible, pero más exacto» para nombrar la guerra contra el terrorismo es «Cuarta guerra mundial».² «La Guerra fría fue la Tercera guerra mundial», escribió Cohen, y la Cuarta guerra mundial se le parece mucho: es global, requerirá de «una mezcla de esfuerzos violentos y no violentos»; se prolongará por mucho tiempo, y «tiene raíces ideológicas». El enemigo es ahora el Islam militante, y en esta guerra Afganistán fue «solo un frente de batalla de la Cuarta guerra mundial; los combates librados allí fueron solo parte de una contienda». Cohen esperaba el estallido de, al menos, dos más: una en Irán y otra en Iraq.

Norman Podhoretz abordó el tema en un largo ensayo escrito meses después, titulado «Cómo ganar la Cuarta guerra mundial». En un discurso de abril de 2003, el director de la CIA, James Woolsey, apoyó la misma idea, pronosticando que la Cuarta guerra mundial probablemente duraría aún más que la Primera y la Segunda, pero que, «con suerte, no llegaría a las cuatro décadas de duración de la Guerra fría».³ Es digno resaltar el entusiasmo por el tema de la guerra que muestran los tres analistas. Podhoretz fue más explícito:

Me doy perfecta cuenta de que somos juzgados por otros, y por nosotros mismos, por carecer de las agallas y de las habilidades suficientes para volver, aunque sea, al limitado papel imperial desempeñado cuando la ocupación de Alemania y Japón después de la Segunda guerra mundial.

Él mismo dudaba de la capacidad de su país al respecto, y se preocupaba por el largo historial de desatención y pasividad nacional. Sin embargo, concluía con una nota alentadora: «Dado el impacto transfigurador que tienen las guerras grandes, tanto para los vencedores como para los vencidos, ¿quién puede predecir lo que terminaremos haciendo y en lo que nos convertiremos a medida que nos involucremos en la Cuarta guerra mundial?». La perspectiva de en qué se podrían convertir los Estados Unidos (o cualquier otro Estado en guerra) en su lucha a través del siglo XXI no hacía vacilar a Podhoretz: confiaba en que la guerra traería el bien común para todos y en que la victoria de la Cuarta guerra mundial, como proclamara el presidente Bush, «podría significar una era de libertad nacional y mundial». Parecía que el ideal del «Imperio por la Libertad», de Thomas Jefferson, había llegado finalmente.

A finales del siglo pasado, muchos ciudadanos norteamericanos debatían si un imperio republicano era un oximoron. De hecho, imperio y república eran términos que compaginaban, aunque pocos llamaban imperio al país, y preferían describirlo más que nombrarlo. De ahí que las adquisiciones coloniales fueran resultado de la expansión de los Estados Unidos; las guerras coloniales, el costo necesario de esa

expansión; y las riquezas obtenidas, solo una recompensa. La palabra «expansión» estuvo muy bien seleccionada, pues implicaba un hecho natural: los pueblos generosos sienten la necesidad de expandirse, algo tan natural como que la cintura —en definitiva, parte del cuerpo de cada uno— también tiende a expandirse. Por lo tanto, no hubo cuestionamientos respecto a las fronteras, más que aquellos establecidos por los Estados Unidos. A Filipinas —la mayor colonia, y también la más rebelde— se le prometió su independencia; al resto de las colonias —Puerto Rico, Hawai, Guam, más manejables— hubo poca necesidad de prometerles algo. Ahora, enclavados en Asia, los Estados Unidos podían declarar políticas más abarcadoras y esperar una mejor recepción. Las puertas, proclamaban los norteamericanos, debían permanecer abiertas, y los poderes, equilibrados, pues en los territorios de Asia no se debían conceder favores.

En la década de los 90 del siglo XX, los Estados Unidos eran uno de los imperios menores, pero ya tenían gran potencial. «Predico un nuevo evangelio político», declaraba el gobernador de Colorado, Alva Adams: «la guerra contra España convierte a los Estados Unidos en una potencia mundial. Ya hemos dejado de ser un país provinciano centrado en sí mismo, para convertirnos en una nación imperial». Adams no contemplaba la posibilidad de que los Estados Unidos se convirtieran en una nación imperial centrada en sí misma. Mucho tiempo antes, William Appleman Williams aseguró que los Estados Unidos combinaban su retórica anticolonial con un imperialismo real, enturbiando así la comprensión de la historia para la propia nación. Más recientemente, Walter LaFeber ha sostenido que el centro de la política exterior norteamericana, desde 1980 hasta la época actual, ha consistido en una fórmula simple: «el excepcionalismo más el poder suficiente de la nación, equivalían al unilateralismo».⁴ El asesor de Seguridad Nacional del presidente Bill Clinton, Anthony Lake, tradujo esta fórmula en términos de política: «Debemos actuar multilateralmente allí donde sea necesario para nuestros intereses, y unilateralmente, cuando sirva a nuestros propósitos».⁵

Los intereses nacionales por los que actuarían tanto multilateral como unilateralmente quedaron plasmados en la Estrategia Nacional de Seguridad de 2002. El texto se inicia con una dura afirmación: el siglo XX concluyó con una victoria decisiva para las fuerzas de la libertad y «un solo modelo sostenible para el éxito nacional: libertad, democracia, y libre empresa».⁶ No solo ha prevalecido un único modelo para el éxito nacional, sino que se puso fin definitivamente a otros tipos de lucha: «Las visiones militantes de clase, nación y raza, que prometían utopías y que solo trajeron miseria,

Casi todos los días, algún periodista o analista hace alusión a que el país es, en efecto, un imperio, e igual número (que al parecer no lee sus propios periódicos) se muestra sorprendido de que una persona sería denomine imperio a los Estados Unidos.

han sido derrotadas y desacreditadas». ⁷ De esta forma han prevalecido el orden económico doméstico y las recetas norteamericanas para el mundo y la supremacía mundial y militar de la nación. La idea de la disuasión ha sido echada al basurero de la historia, ya que los enemigos que actualmente enfrentan los Estados Unidos son Estados maleantes temerarios o terroristas sin vínculo con ningún Estado. En ninguno de los casos funcionaría la vieja estrategia de disuasión y contención. En su lugar, bajo estas nuevas circunstancias, los Estados Unidos intervendrían, en caso necesario, de manera preventiva. Finalmente, las fuerzas norteamericanas alcanzarían una prominencia tal que llegarían a «disuadir a sus potenciales adversarios para que no incrementen su poderío militar con la aspiración de sobrepasar o igualar el de los Estados Unidos». ⁸

La Estrategia de Seguridad Nacional no denomina a su visión como imperial; ni a su política, imperialista; ni tampoco a la nueva república, imperio. Pero algunos sí lo han hecho, y solo un puñado son de izquierda. Algunos funcionarios de la administración, entre ellos Richard Haass, director del Departamento de Estado para Asuntos de Planificación, utilizó una discreta frase idiomática, eco de las estrategias del siglo XIX, que reconoce y al mismo tiempo niega esta visión imperial. En una entrevista concedida a Nicholas Lemann, Haass aceptó que los Estados Unidos podrían ser descritos como una nación «imperial», pero insistió en que existía una gran diferencia entre ser imperial y ser imperialista». Haass no especificó la diferencia, pero para cualquier lector agudo es evidente que ser imperial es algo aceptable, mientras que la noción de imperialismo apunta hacia algo más oscuro. De la misma forma, Theodore Roosevelt, al abordar el tema de la conquista y la anexión de Filipinas, declaró que los Estados Unidos no estaban haciendo nada nuevo.

La pura verdad es que no hay nada que se asemeje, ni remotamente, a «imperialismo» o «militarismo» en la actual política de expansión, que por demás ha sido un hecho común en la historia de Norteamérica desde el día en que vio la luz como nación.

Charles Krauthammer, un columnista conservador muy popular, fue más directo cuando hace poco más de un año dijo que «la gente está empezando a asumir

abiertamente el uso de la palabra Imperio». Emily Eakin captó el cambio y así lo plasmó en el *New York Times*:

Los norteamericanos están acostumbrados a que se les diga —generalmente por extranjeros resentidos— que son imperialistas. Pero últimamente algunos de los pensadores más eminentes de la nación están aceptando esta idea. Quizás lo más asombroso es que utilizan el término de manera aprobatoria. ⁹

Stephen Peter Rosen, director del Instituto Olin para Estudios Estratégicos y profesor del Departamento de Gobierno de la Universidad de Harvard, es un ejemplo de esta tendencia.

Una entidad política que tenga una abrumadora superioridad en la esfera del poder militar, y utilice ese poder para influir en los asuntos internos de otros Estados, se denomina imperio [...] somos un imperio, informal, pero imperio a fin de cuentas. Y si esto es así, nuestro objetivo no es solo combatir a un rival, sino mantener nuestra posición de imperio y el orden imperial.

Las guerras imperiales, observaba Rosen, son diferentes de las guerras convencionales, que terminan con el regreso de las tropas a casa. «Las guerras imperiales terminan, pero los cuarteles imperiales deben mantenerse durante décadas en esos lugares, para asegurar el orden y la estabilidad». Además, la estrategia imperial requería prevenir la emergencia «de retadores poderosos y hostiles, mediante la guerra en caso necesario, pero sobre todo, y de ser posible, mediante la asimilación al imperio». Como en el caso de Podhoretz, Rosen tampoco cambia la visión de una guerra sin fin. ¹⁰

Sin embargo, hay algo extraño en toda esta discusión. Casi todos los días, algún periodista o analista hace alusión a que el país es, en efecto, un imperio, e igual número (que al parecer no lee sus propios periódicos) se muestra sorprendido de que una persona sería denomine imperio a los Estados Unidos, mientras otros tienen que hacer un esfuerzo para aceptar que los Estados Unidos son, en la actualidad, un imperio. Al mismo tiempo, intelectuales inmigrantes como Niall Ferguson se preguntan, con cierto *schadenfreude*, ¹¹ si los Estados Unidos tienen lo que hay que tener para recibir tal denominación. Sería conveniente ilustrar brevemente cada una de estas actitudes.

Max Boot, editorialista del *Wall Street Journal* y miembro del Council on Foreign Relations, está entre quienes anuncian regularmente el nacimiento, o renacimiento, de la Norteamérica imperial. Tanto la moraleja como el título de su libro, *The Savage Wars of Peace* [Las guerras salvajes de la paz] son tomados del doliente poema sobre la obligación imperial «The White Man's Burden» [La carga pesada del hombre blanco], de Rudyard Kipling. Boot es más optimista. Los norteamericanos han malinterpretado su propia historia, marcada por casi doscientas guerritas peleadas en el pasado en nombre de «la expansión de la civilización anglosajona», mientras que ahora se lucha por «expandir la democracia y defender los derechos humanos». La política exterior europea, señaló Boot, «ha estado impulsada con frecuencia por la avaricia»; la norteamericana, por el contrario, «desde las guerras bereberes a Kosovo, ha estado impregnada de idealismo», y los norteamericanos no deben temer llamar a esta política por su justo nombre: «imperialismo liberal». La tarea es compleja, pero si los Estados Unidos no la llevan a cabo, ¿quién lo haría entonces?

La tarea de servir de policías de estos territorios distantes —repletos de Estados incapaces, criminales, o simplemente en estado de naturaleza— recae finalmente sobre nosotros [...] Es una tarea ardua, pero, como advirtiera Kipling a Norteamérica: «No oséis flaquear».¹²

Boot señala con beneplácito que «el imperio norteamericano se ha convertido en un ente respetable». Sin embargo, hay quienes se sorprenden de que los europeos consideren a los Estados Unidos un poder imperial, o los perciban procurando el dominio del mundo. En un artículo reciente, Richard Bernstein escribió que esta visión, que «podría parecer extraña y hasta paranoica a los ojos de muchos norteamericanos, era escuchada en muchos círculos serios y respetables de Europa».¹³ Jay Bookman, subdirector editorial del *Atlanta Journal-Constitution*, cree que «el concepto de Norteamérica como imperio mundial era tan controvertido, que resultaba casi impronunciable solo unos meses atrás». Pero en mayo de 2003 reconoció que ya «formaba parte de la sabiduría popular». Sin embargo, la realidad del imperio «ha tomado por sorpresa a muchos norteamericanos». Nadie, según Bookman, ha confesado jamás, a la opinión pública, que el objetivo era «rehacer el Medio Oriente a nuestra imagen». Incluso, la administración Bush se muestra poco dispuesta a admitirlo. «Somos —concluyó Bookman— un imperio poco entusiasta, complacido con el poder y el prestigio que ello conlleva, pero renuente a invertir el dinero, el tiempo y la empleomanía para administrarlo».¹⁴

Exactamente en este sentido sentido, un reciente ensayo de Niall Ferguson para el *New York Times*

Magazine, tenía como subtítulo irónico: «¿Por qué los norteamericanos no tienen lo que hace falta para gobernar al mundo?». La persistente debilidad del imperialismo norteamericano, escribía Ferguson, es su «corto período de formación». La naturaleza del norteamericano no está habituado a los rigores del Servicio Civil de la India, o a la visión de una Gertrude Bell. ¿Poseía Norteamérica «el rasgo de carácter imprescindible para un proyecto imperial?». Ferguson tenía sus dudas al respecto. Un imperio necesita «imperialistas —radicados en el lugar— para que lo gobiernen». Pero los norteamericanos, desde el presidente Bush hasta el último recluta del ejército, solo tienen una cosa en mente: volver a casa. «Por supuesto —se burla Ferguson—, puede parecer como la resurrección del imperio colonial británico en Iraq; pero, honestamente, todo lo que queremos es darle democracia al pueblo iraquí». Los Estados Unidos deben abandonar esa «hiprocresía organizada» de la que padecen, o serán «el primer imperio en la historia de los imperios en durar solo mil días. Qué digo yo mil días, mil horas».¹⁵

Ferguson se llama a sí mismo «un miembro activo de la banda neoimperialista», que ha apoyado desde hace tiempo la limpieza de lugares como Iraq por una Norteamérica imperial. Por otra parte, Michael Ignatieff se debatió fuertemente ante el dilema de si atribuirles o no el término imperio a los Estados Unidos, y solo lo admitió recientemente. Su ensayo, también publicado en el *New York Times Magazine*, se titula «El imperio norteamericano (acostúmbrese a la idea)», con el subtítulo de «La carga pesada». El tono de Ignatieff está más cercano al de Kipling. Desde George Washington hasta George Bush, señalaba Ignatieff, «al imperio de ultramar se le ha visto como la tentación de la república y su castigo potencial». Sin embargo, no existía otra palabra que describiera con más exactitud «la cosa imponente en que se está convirtiendo Norteamérica». Ser un imperio implica «implementar un orden como el que ya existe en el mundo y hacerlo en el interés norteamericano». Por eso, los Estados Unidos deben imponer «las reglas del juego» por las que se deberá regir el resto del mundo, con excepción de aquellas (Protocolo de Kyoto, Cámara de Comercio Internacional, etc.) que afecten sus propios intereses. El imperio norteamericano, argumentaba Ignatieff, era algo nuevo en el mundo. Era un imperio *light*, no basado en las guerras de conquista ni en el control de las colonias, sino en el «libre mercado, los derechos humanos y la democracia, implementados por el poder militar más imponente que el mundo haya conocido hasta ahora». El fracaso de los movimientos nacionalistas para crear «Estados libres y seguros» significó que en países como Bosnia, Kosovo y Afganistán fuera esencial

imponer un «tutelaje colonial temporal». En un artículo escrito antes de la guerra, Ignatieff señalaba:

Para quienes creen en los derechos humanos [hay momentos] en que la guerra es el único remedio real para los regímenes que se rigen por el terror [...] La defensa del imperio —concluía con reticencia— se ha convertido, para un país como Iraq, en la última esperanza tanto para la democracia como para la estabilidad.

Triste, pero firmemente, Ignatieff se sumaba a las filas de los imperialistas.¹⁶

Aunque carente de su sentido de ironía, Ignatieff se asemeja a imperialistas norteamericanos del siglo XIX, como Henry Adams.

Cuando voy a la cama a media noche me enferma pensar —se quejaba Adams mientras contemplaba la guerra en Filipinas— en el horror de los años de contienda [...] y que debemos masacrar a uno o dos millones de malayos tontos para poder ofrecerles las comodidades de unas enaguas de franela y del tranvía.

Su hermano Brooks tenía puntos más afines con Max Boot: «Me muevo a favor de la corriente. Estoy a favor del nuevo mundo —de la nueva Norteamérica, del nuevo imperio [...] Cada día que paso aquí se profundiza en mí más la convicción de que somos el pueblo predestinado». Mark Twain, por su parte, contemplaba el destino que tenía en mente Brooks Adams y se preguntaba si los Estados Unidos debían «imponer nuestra civilización a otros pueblos que se encuentran perdidos en la oscuridad», o «simplemente dejar descansar a esas pobres criaturas».

¿No sería prudente —se preguntaba Twain— reunir nuestras herramientas civilizadoras y ver cuánto tenemos en Cuentas de Cristal y teología, cañones Maxim e Himnarios, botellas de Ginebra y antorchas del progreso y de la Ilustración (con patentes flexibles, para poder incendiar aldeas con ellas según convenga) y meditar [...] y hacer un balance para poder decidir inteligentemente si continuamos con el negocio o si vendemos la propiedad y comenzamos a poner en práctica un nuevo esquema civilizatorio?

Lewis Lapham, analizando a Ignatieff y a los «cuadros propagandísticos de Washington», resumió el núcleo de ideas de los nuevos imperialistas norteamericanos:

Norteamérica, la potencia hegemónica sin rival en el mundo, un imperio de hecho, si no de nombre, su poder soberano es la única esperanza para las naciones menos afortunadas que se mueven a tientas hacia la luz que irradian los mercados libres y la democracia liberal. No seas tímida, no retrocedas. Resiste la carga pesada de la civilización y sus descontentos [...] Aprende que si Norteamérica pelea, otros pueblos pondrán los muertos. Aprende a apreciar el elegante refinamiento (conceptualmente minimalista, graciosamente posmoderno) de los bombardeos de alta precisión.¹⁷

Al contemplar la situación posterior a la guerra contra Iraq, Lapham extrajo una moraleja: «Dejemos que cualquier nación de la tierra empiece a pensar en desafiar la supremacía norteamericana (militar, cultural, sociopolítica), que Norteamérica se reservará el derecho de sofocar su desvergüenza desde que se manifieste —bombardeando campesinos o palacios, bloqueando pozos de petróleo o créditos bancarios, poniendo a su gente hasta en la recepción de los ministerios de información y los hoteles».¹⁸ En caso de que alguien imagine que Lapham exagera, sería pertinente citar como muestra un verso del himno del Fiscal general, John Ashcroft, a la grandeza norteamericana:

*Dejen al águila encumbrarse
como no lo ha hecho jamás
desde las costas rocosas hasta las orillas doradas,
dejen a la poderosa águila encumbrarse.
Que se encumbren sus alas sanadoras
mientras abajo la tierra prodama a Dios como único rey.
Que se encumbre la poderosa águila.
Es muy joven para morir,
puede verse en sus ojos, aún no ha empezado a volar.
Que se encumbre la poderosa águila.¹⁹*

El espíritu del himno estaba implícito en el ataque de la Marina a la Misión diplomática palestina en Bagdad. Cuando el custodio protestó por la violación del Derecho internacional, la respuesta fue: «Nosotros somos el Derecho internacional». Un funcionario de la administración, que prefirió quedar en el anonimato, explicó: «a los marines no se les paga para que respeten otra bandera que no sea la de las estrellas y las barras, y esta unidad llevó a cabo su misión de desarme con la alegría y la cordialidad que le inspira su consigna *Semper Fidelis*».²⁰

Muchos comentaristas, entre los que me incluyo, hemos escrito sobre una Guerra fría rediviva, en términos de retórica pública, políticas de seguridad nacional, militarización de la política exterior y la cultura, reducción de las libertades civiles, y el extendido sentimiento de miedo y amenaza. Se necesita poca imaginación histórica para darse cuenta de que esta guerra permanente contra el terrorismo es una continuación de lo que fue inicialmente imaginado como una guerra permanente contra el comunismo. La utilización que la administración Bush ha hecho de los sucesos del 11 de septiembre recuerda la que hiciera la administración Truman cuando Corea del Norte atacó a Corea del Sur, y que ahora se extiende, por analogía, a la guerra contra Iraq, sustituyendo a Sygmann Rhee por Ahmed Chalabi. De las cenizas de la guerra de Corea y del Punto Cero [las torres gemelas] se sacan conclusiones análogas acerca de la eficacia del uso de la fuerza, el temor a que el compromiso o la concesión se tomen como señales de debilidad, así como la

Se necesita poca imaginación histórica para darse cuenta de que esta guerra permanente contra el terrorismo es una continuación de lo que fue inicialmente imaginado como una guerra permanente contra el comunismo.

irrelevancia de las causas locales del conflicto. La guerra de Corea les permitió a los Estados Unidos presionar para exigir y financiar la remilitarización de Europa y Japón, crear un sistema de alianza expansivo, construir una cadena de bases miliares por todo el globo (Japón, Corea del Sur, Taiwán, Filipinas, Tailandia, Australia, Diego García, Arabia Saudita, Etiopía, Turquía, Grecia, Italia, España, Portugal, Alemania, Inglaterra, Islandia) y crear un arsenal nuclear creciente. Como resultado del 11 de septiembre y de la guerra contra Iraq, los Estados Unidos han desmantelado un sistema de alianzas, que consideraron restrictivo, y expandido sus bases militares por nuevas áreas del mundo: Iraq, Afganistán, Uzbekistán, Djibutí, Pakistán, Georgia, Kazakjastán, Bulgaria, la antigua Yugoslavia, además de las ya existentes en Kuwait, Arabia Saudita y Turquía. Esta combinación abarca las áreas más ricas del mundo para la exploración y para el desarrollo petroleros.²¹

De mayor importancia es el hecho de que la administración haya exigido y recibido más fondos para reiniciar la investigación y los ensayos de armas nucleares, haciendo caso omiso de los tratados sobre la prohibición de pruebas y sobre la no proliferación de las armas nucleares. El Acta de Revisión de la postura nuclear del Pentágono reclama un enfoque de «nueva tríada» respecto a la planificación nuclear:

Se deben desarrollar nuevas capacidades para frustrar las amenazas emergentes, como las de los objetivos subterráneos de difícil alcance; localizar y atacar objetivos móviles y de nueva ubicación; liquidar agentes químicos y biológicos; mejorar la precisión y limitar los daños colaterales.

La necesidad de estas nuevas armas está sustentada en «información clasificada», según la cual más de setenta países poseen instalaciones subterráneas. De ellas, al menos 1 100, se piensa que son «puestos de mando o bases de armas estratégicas». La administración está comprometida a disponer de armas nucleares utilizables como medios disuasivos contra «países más pequeños» para que no desarrollen sistemas de armas nucleares. «Según esta teoría —señala el *New York Times*— esos países pueden creer que el estigma que implicaría el uso de armas nucleares de gran magnitud contra ellos es tan grande, que los Estados Unidos nunca se atreverían a hacerlo». Un arma menos devastadora se consideraría entonces una amenaza más creíble.²²

Sin embargo, a mi juicio, la diferencia con respecto a la Guerra fría es la ambición de la administración Bush de reducir el tamaño del Estado centralizado, al mismo tiempo que aumenta el alcance imperial. El Presidente y sus hombres están empeñados en reducir las funciones del Gobierno federal a los niveles previos al *New Deal*. Las consecuencias de esta gestión se hacen sentir en las cifras récord del déficit, el peligro de alcanzar cifras inéditas de desempleo, disparidad entre ricos y pobres, incremento del presupuesto militar, y de una prensa que alaba a un presidente cuya popularidad también alcanza cifras récord.

Una manera de medir la disparidad en los ingresos son las estadísticas del período 1970-1999, que reflejan el ingreso promedio anual de los cien más altos ejecutivos del país, mil veces superior al salario de un obrero simple. Aunque se trata solo de cien ejecutivos. Más reveladoras aún son las estadísticas que ofrece Paul Drugman. Según él, las 13 000 familias más ricas del país alcanzaron ingresos similares a los de los 20 millones de familias más pobres, y trescientas veces superior a los de las familias promedio.²³ Recientemente, Stanley Hoffman hizo un análisis para demostrar cómo esto era posible:

Se puede culpar a los Estados de los recortes en el presupuesto de seguridad social. Los recortes en los impuestos desproporcionados son presentados como si beneficiaran a todos. Reducir la protección al medio ambiente se justifica por la necesidad de defender la economía. El aumento de la vigilancia [se dice] es «necesario» para la seguridad doméstica [...] Cada decisión o medida puede ser defendida con un lenguaje reconfortante. Se incita a la población a que esté orgullosa del poderío único de Norteamérica y a preocuparse por los peligros que la acechan.²⁴

Pero esta combinación de superpotencia y miedo manufacturado también caracterizó los primeros días de la Guerra fría. De hecho, estos elementos ayudan a entender lo que ocurre en la actualidad en Norteamérica y, para volver a George Orwell, sería bueno recordar su definición de pensamiento doble:

Saber y no saber; estar conscientes de ser honestos, mientras se miente meticulosamente; sostener que ambas posiciones son contradictorias y creer en ambas; usar la lógica contra la lógica; repudiar la moral, mientras se la proclama; creer que la democracia era imposible y que el Partido era su guardián; olvidar todo lo que fuera necesario olvidar, y recordarlo en cuanto fuera necesario, y volver a olvidarlo con la misma

rapidez; y, sobre todo, aplicar el mismo proceso al proceso mismo. Ese era el punto más sutil: inducir conscientemente la inconsciencia y, una vez más, hacerse inconsciente del acto hipnótico que se acaba de realizar. Incluso, comprender que el término «pensamiento doble» implicaba el uso del doble pensamiento.

Por esa razón, la prensa sostiene, sin reconocer su responsabilidad, que casi la mitad de los norteamericanos cree firmemente que Saddam Hussein estuvo directamente vinculado con los hechos del 11 de septiembre; también reporta, sin comentarios, el descubrimiento de un cargamento de aspiradoras, pesticidas, ómnibus y camionetas, que podrían ser laboratorios para la guerra biológica o, simplemente, ómnibus y camionetas. No hay señales de que la prensa vaya a plegarse, menos ahora que la atención se vuelve hacia Irán. La opinión pública lo cree todo o casi todo, porque quiere creer, así como antes creyó en el apoyo a los golpes de Estado, el alentar las guerras civiles, la subversión de los gobiernos, y el llevar a cabo guerras en esas zonas del mundo que se consideran una amenaza para el orden mundial que promulgan los Estados Unidos.

Los acontecimientos actuales no pueden dejar de proclamar lo que Charles Maier ha dado en nombrar «el imperio que no osaba decir su nombre». Pero los Estados Unidos no son un imperio cualquiera. Es importante comprender el fuerte enraizamiento que tiene la ideología del excepcionalismo de Norteamérica en la imaginación de la mayoría del público norteamericano, incluyendo a sus intelectuales y académicos. Al comienzo de la Guerra fría, Daniel Rogers observó que uno de los elementos más determinantes de la historia escrita de los Estados Unidos era «el deseo no solo de diferenciarse del resto de las naciones, sino de poseer una particularidad única que fuera más allá de las del resto: un deseo tal de mostrar esa excepcionalidad, que puso grilletes a la historia de otras naciones». De acuerdo con Dean Acheson, la tarea de los Estados Unidos era «poner orden al caos que reinaba en el mundo» frente a «la amenaza soviética».

Hace poco, Robert Kagan advirtió que los Estados Unidos tienen el singular compromiso histórico de lograr que el resto del mundo viva en un paraíso kantiano donde reinen la ley y el orden. En ambos casos, el poder norteamericano se ejerce de manera singular en nombre de otros. Los Estados Unidos nunca serían los agresores, porque, por definición, solo responden a las agresiones de otros. La hostilidad de otras naciones ante las acciones de los Estados Unidos es el resultado de la envidia por sus posesiones, y nunca una consecuencia de lo que hacen. Lo que en el pasado ha sido sustentado en nombre del Estado-nación, ahora se hace en nombre de la nación-imperio: excepcionalmente

buena, excepcionalmente poderosa, excepcionalmente justa. O, según la visión de algunos de sus críticos, excepcionalmente ignorante, excepcionalmente venial, excepcionalmente violenta. Como observara Richard Poirier, quienes se muestran más críticos de Norteamérica

están locamente enamorados de los Estados Unidos. Quizás no exista una literatura tan patriótica [como la literatura norteamericana] porque quizás ninguna otra sea tan condenatoria del fracaso de una nación para actuar en concordancia con sus sueños y sus expectativas.

Pero nunca antes como ahora, la traición a esos sueños y expectativas se ha convertido en una pesadilla para el mundo, y, si lo es para el mundo, lo será para los norteamericanos también, quienes después de todo, no han podido probar su excepcionalidad.

Traducción: Roberto García.

Notas

1. George Orwell, «You and the Atomic Bomb», *Tribune*, Londres, octubre de 1945.
2. Eliot Cohen, «This is World War VI», *Wall Street Journal*, 20 de noviembre de 2001. En una entrevista, Cohen dijo que empleaba la expresión «Cuarta guerra mundial [...] como una manera irónica de hacer reflexionar a la gente en el sentido de que el actual conflicto era algo más que la guerra de Afganistán». Véase Stephen Goode, «The Character of Wartime Statesmen», entrevista con Eliot Cohen, www.insightmag.com, 27 de mayo de 2003.
3. Norman Podhoretz, «How to Win World War IV», *Commentary*, v. 113, n. 2, Washington DC, febrero de 2002, pp. 19-29; Charles Feldman y Stan Wilson, «Ex-CIA Director: U.S. Faces "World War IV"», CNN, 3 de abril de 2003, www.cnn.com.
4. Walter LaFeber, «The United States and Europe in the Age of American Unilateralism», en R. Laurence Moore y Maurizio Vaudagna, eds., *The American Century in Europe*, Cornell University Press, Ithaca, 2003, p. 26.
5. Véase Corey Robin, «Remembranza de imperios del pasado. El 11 de septiembre y el fin de la Guerra fría», en este número de *Temas*; también Perry Anderson, «Internationalism: a Breviary», *New Left Review*, n. 14, Londres, marzo-abril de 2002.
6. *The National Security Strategy of the United States of America*, 17 de septiembre de 2002, p. 1, www.whitehouse.gov/nsc/nss.html. Para una interesante reseña de este documento, comparándolo con versiones anteriores que estaban en discusión desde 1992, véase David Armstrong, «Dick Cheney's Song of America», *Harper's*, Nueva York, octubre de 2002.
7. *Ibidem*, p. 3.
8. *Ibidem*, pp. 11 y 20.
9. Emily Eakin, «All Roads Lead to DC», *The New York Times Magazine*, Nueva York, 1º de abril de 2002. Para una visión especialmente militante del imperio, véase Stephen Peter Rosen,

Marilyn B. Young

«The Future of War and the American Military», *Harvard Magazine*, Cambridge, mayo-junio de 2002.

10. Stephen Peter Rosen, ob. cit., pp. 30-1.

11. *Schadenfreude* (en alemán en el original): Se usa, incorporada al inglés, como «alegría causada por la desgracia ajena». [N. del T.]

12. Max Boot, «Everything You Think You Know About the American Way of Fighting War is Wrong», *History News Network*, www.hnn.com, 7 de octubre de 2002; y la transcripción de su conferencia en la Cátedra de Conferencias Almirante Chester Nimitz in Memoriam, en la Universidad de California en Berkeley, 12 de marzo de 2002, titulada «Does American Need an Empire?», www.berkeley.edu/news/berkeleyan

13. Richard Bernstein, «Europe Seems to Hear Echoes of Empires Past», *The New York Times*, Nueva York, 11 de abril de 2003, p. B-13.

14. Jay Bookman, «In Open, “Empire” Talk Unsettling», *Atlanta Journal Constitution*, 8 de mayo de 2003.

15. Niall Ferguson, «The Empire Slinks Back», *The New York Times*, Nueva York, 27 de abril de 2003.

16. Niall Ferguson, «The American Empire (Get Used to It)», *The New York Times Magazine*, Nueva York, 5 de enero de 2003.

17. Lewis Lapham, «The Victims of Imperial Fashion», *Harper's*, Nueva York, 21 de marzo de 2003.

18. Lewis Lapham, «The Demonstration Effect», *Harper's*, Nueva York, junio de 2003, p. 11.

19. Véase Julian Borger, «Staff Cry Poetic Injustice as Singing Ashcroft Introduces Patriot Games», 4 de marzo de 2002, con enlace al video de Ashcroft cantando en el Seminario de Carolina

del Norte en Charlotte, el 25 de febrero de 2002. Véase también en www.guardianweekly.co.uk.

20. «Patrick E. Tyler, «US Civilians Not Told of Raid on Palestinians», *The New York Times*, Nueva York, 31 de mayo de 2003, p. A6.

21. Véase Paul Rogers, «Permanent Occupation?», *Open Democracy*, Londres, 24 de abril de 2003. Rogers escribe que la combinación de nuevas y viejas bases marca una «inversión militar fundamental en el Golfo Pérsico y Asia central, las regiones primaria y secundaria del mundo para la exploración y desarrollo de petróleo».

22. Carl Hulse y James Dao, «Cold War Long Over, Bush Administration Examines Steps to a Revamped Arsenal», *The New York Times*, Nueva York, 29 de mayo de 2003, p. A23.

23. Paul Krugman, «For Richer», *The New York Times Magazine*, Nueva York, 20 de octubre de 2002. Krugman sostiene que la caída de la bolsa puede haber creado «algunos obstáculos para quienes tienen altos ingresos», pero la desigualdad continúa incrementándose debido al impacto desproporcional de la recesión sobre los trabajadores pobres.

24. Stanley Hoffman, «America Goes Backward», *New York Review of Books*, Nueva York, 12 de junio de 2003. Sobre el déficit, véase «Government Hits \$6.4 Trillion Debt Limit», www.cnn.com, 2 de febrero de 2003. En la actualidad, el desempleo alcanza 6%, pero los expertos sostienen que tal cifra probablemente minimiza el problema, dado el creciente número de personas que han sido expulsadas del mercado laboral en su conjunto.

© ~~INTERNET~~, 2003.

Las debilidades de los Estados Unidos y la lucha por la hegemonía

Immanuel Wallerstein

Investigador. Universidad de Yale.

Comenzaré por afirmar dos cosas con las que, creo, casi todos los lectores probablemente estarían de acuerdo. Primero, que el imperialismo es una parte integrante de la economía-mundo capitalista. No es un fenómeno especial. Siempre ha estado ahí, y lo estará mientras tengamos una economía-mundo capitalista. Segundo, que en este momento estamos padeciendo una forma particularmente agresiva y atroz de imperialismo, que ya está incluso dispuesto a proclamar su naturaleza imperialista.

Ahora bien, sería bueno reflexionar en torno a esa anormalidad. ¿Cómo es posible que, en este momento, estemos experimentando esa forma particularmente agresiva y atroz del imperialismo, que por vez primera, en más de cien años, haya estado dispuesto a utilizar las palabras «imperial» e «imperialismo»? ¿Por qué habría de hacerlo? La respuesta que ofrece la mayor parte de la gente, en una palabra, es la fuerza de los Estados Unidos. Y la que yo voy a dar, en una palabra, es su debilidad.

Temas agradece al autor el envío de este artículo, cuyo original en inglés apareció en *Monthly Review*, n. 3, Nueva York, julio-agosto de 2003.

Tenemos que volver atrás, a 1945, cuando los Estados Unidos se volvieron hegemónicos de verdad. ¿Qué significa hegemonía en ese contexto? Que el Estado nacional norteamericano era hasta tal punto el más fuerte, y tenía una capacidad económica tan por delante de cualquier otro en el mundo, que podía hacerle la competencia a cualquiera en sus propios mercados domésticos. Los Estados Unidos tenían una fortaleza militar sin paralelo. Por consiguiente, eran capaces de crear alianzas formidables: la OTAN, el Pacto de Defensa con Japón, etc. Al propio tiempo, como potencia hegemónica, se convirtieron en centro del mundo en lo cultural. Nueva York devino el núcleo de la alta cultura, y la cultura popular norteamericana se propagó universalmente.

La primera vez que estuve en la Unión Soviética, en la era de Brezhnev, mi anfitrión me llevó a un club nocturno en Leningrado. Lo que más me sorprendió, durante todo el tiempo que estuve allí, fue que en ese club se oía música popular norteamericana, cantada en inglés. Desde el punto de vista ideológico, subestimamos el grado en que el tema del «mundo libre» ha ganado

legitimidad en amplios segmentos de la población mundial.

De modo que los Estados Unidos estuvieron en la cima del mundo aproximadamente durante unos veinticinco años, y se salieron con la suya en todo lo que quisieron hacer. Es cierto que existía la Unión Soviética, que significaba una dificultad militar para los Estados Unidos. Sin embargo, estos la manejaron de manera muy sencilla: con un acuerdo. Se trata del Tratado de Yalta, que abarca más de lo que ocurrió en la propia Yalta. La izquierda ha subestimado históricamente la realidad y la importancia de esos acuerdos, que convirtieron la Guerra fría en un arreglo coreográfico en el que nada ocurrió realmente a lo largo de cuarenta años. Eso fue lo importante de la Guerra fría: dividió al mundo en una zona soviética —alrededor de un tercio del planeta—, y una norteamericana, que ocupaba los otros dos tercios. Mantuvo separadas esas zonas desde el punto de vista económico y les permitió gritarse mutuamente con el fin de mantener el orden dentro de su propio lado, pero nunca para realizar ningún cambio verdaderamente sustancial en el arreglo. Por consiguiente, los Estados Unidos permanecían en la cima del mundo.

Esto duró apenas unos veinticinco años. Los Estados Unidos se enredaron en dificultades, en algún punto entre 1967 y 1973, debido a tres causas. La primera fue que perdieron su vigor económico. Europa occidental y Japón se volvieron suficientemente fuertes como para defender sus propios mercados, e incluso comenzaron a invadir los norteamericanos. En aquel momento, ya eran casi tan fuertes y competitivos como los Estados Unidos y, desde luego, eso tuvo implicaciones políticas.

La segunda fue la revolución mundial de 1968. Ese año hubo dos temas que se repitieron por todas partes a través del mundo, en una u otra versión. Uno fue que no gustaba la hegemonía y el dominio norteamericanos sobre el mundo, y tampoco la connivencia soviética con ellos. Ese tema se manifestó en todas partes. No fue solo la postura china respecto a las dos superpotencias, sino también la de la mayor parte del mundo.

Lo otro que 1968 dejó claro fue que la vieja izquierda, que había llegado al poder por diferentes vías —partidos comunistas, partidos socialdemócratas, movimientos de liberación nacional—, no había cambiado el mundo, y había que hacer algo al respecto. Ya no se estaba muy convencido de seguir confiando en ellos. Eso socavó la base ideológica del acuerdo de Yalta, algo verdaderamente importante.

Lo tercero que ocurrió fue que había gente en el Tercer mundo que no estaba de acuerdo con Yalta, y hubo al menos cuatro derrotas significativas del imperialismo que ocurrieron allí. La primera fue en

China, cuyo Partido Comunista desafió a Stalin y ocupó Shanghai (controlado por el Kuomintang), en 1948, librando por esa vía a la China continental de la influencia norteamericana. Esa fue una derrota central en el intento norteamericano de controlar la periferia. La segunda fue Argelia, con todas sus implicaciones como modelo para otros territorios coloniales. La tercera, Cuba, en el traspaso norteamericano. Y, finalmente, Viet Nam, que ni Francia ni los Estados Unidos fueron capaces de derrotar. Para estos últimos fue una derrota militar que ha estructurado la geopolítica mundial desde entonces.

El hecho triple de la emergencia de rivales económicos, la revolución mundial de 1968 y su impacto sobre las mentalidades de todo el mundo, y la derrota norteamericana en Viet Nam, tomado en su conjunto, marca el comienzo del declinar de los Estados Unidos. ¿Cómo podrían sus gobernantes manejar la pérdida de hegemonía? Ese ha sido el problema desde entonces. Hubo dos modos dominantes de manejarla. Uno fue el seguido desde Richard Nixon hasta Bill Clinton, incluyendo a Ronald Reagan y a George Bush, padre. Esos presidentes la manejaron de igual manera: básicamente, con una variante del guante de seda que oculta un puño de acero. Todos trataron de convencer a Europa occidental, Japón y otros, de que los Estados Unidos podían actuar de manera cooperativa; de que los demás podían acceder a alianzas en calidad de semi-iguales, aunque bajo el «liderazgo» norteamericano. Ahí están la Comisión Trilateral y el G-7. Y, naturalmente, durante todo ese tiempo estuvieron usando la fuerza unificadora que ofrecía la oposición a la Unión Soviética. El segundo modo fue el llamado Consenso de Washington, que operó en el decenio de los 80.

Del desarrollismo a la posguerra fría

¿En qué consistió el Consenso de Washington? Las Naciones Unidas proclamaron el decenio de los 70 como Década del desarrollo. El desarrollismo predominó desde los 50 hasta los 70. Todos sostenían que los países podían desarrollarse. Los Estados Unidos lo proclamaron; la Unión Soviética lo proclamó, y todos en el Tercer mundo lo proclamaron, con la condición de que se lograra organizar debidamente el Estado. Obviamente, había discrepancias respecto a cómo organizarlo debidamente, pero con solo hacer bien las cosas, podría haber desarrollo. En esto consistía la ideología básica; el desarrollo era alcanzable a través de algún tipo de control sobre lo que ocurría dentro de los Estados nacionales soberanos.

Ahora bien, el Consenso de Washington significó el abandono y la abjuración del desarrollismo, que para fines del decenio de los 80 había fracasado a todas luces

y, por lo tanto, todos estaban dispuestos a abandonarlo. Se sustituyó el desarrollismo por otra cosa a la que llamaron globalización y que, sencillamente, significó la apertura de todas las fronteras, el derribo de todas las barreras para el movimiento de mercancías, y, más importante aún, de capitales, pero no de mano de obra. Y los Estados Unidos se dieron a la tarea de imponerle esto al mundo.

Lo tercero que hicieron, siguiendo esta línea de «cooperación», fue el proceso de construcción del consenso ideológico de Davos, un intento de crear un sitio de encuentro de las élites mundiales —incluidas las del Tercer mundo— y de unir y homogeneizar constantemente su actividad política.

A la vez, durante este período los objetivos de los Estados Unidos asumieron tres formas. Una de ellas fue lanzar una contraofensiva de neoliberalismo en tres niveles para: a) reducir los salarios a escala planetaria; b) reducir los costos y poner fin a las limitaciones de tipo ecológico que afectaban a las corporaciones, permitiendo la externalización y socialización totales de dichos costos; y c) reducir los impuestos, que estaban subsidiando el bienestar social —educación, atención médica y garantías de ingreso para toda la vida.

En cada uno de esos tres niveles solo tuvieron un éxito parcial. En ninguno de ellos experimentaron éxito total, pero en todos obtuvieron algo. Sin embargo, las curvas de costo habían subido mucho. Ahora han descendido, pero no por debajo del nivel de 1945, y volverán a ascender, sin dudas.

El segundo objetivo fue enfrentar la amenaza militar. La real amenaza al poderío militar norteamericano —y ellos lo dicen siempre, así es que debemos creerles—, es la proliferación nuclear; porque si cada pequeño país tiene armas nucleares, a los Estados Unidos se les complicaría mucho el acometimiento de una acción militar. Eso es lo que Corea del Norte está demostrando en este momento: tiene solo dos bombas nucleares, si es cierto lo que dicen los periódicos; pero bastan para crear una conmoción.

El tercer objetivo —crucial desde todo punto de vista, y los norteamericanos han estado ocupados en eso desde el decenio de los 70— fue detener a la Unión Europea. Los Estados Unidos estuvieron a favor de la Unión Europea en los 50 y los 60, cuando era un medio para que Francia aceptara que Alemania volviera a armarse. Pero en cuanto se volvió seria, fue contemplada como un intento por crear un Estado europeo de una u otra naturaleza y, por supuesto, los Estados Unidos se opusieron con fuerza.

¿Qué había ocurrido? Primero, el colapso de la Unión Soviética, un desastre para los Estados Unidos, eliminó el arma política más importante que tenían respecto a Europa occidental y a Asia oriental. Segundo,

Las debilidades de los Estados Unidos y la lucha por la hegemonía

ahí estaba Saddam Hussein, quien inició la primera Guerra del Golfo. Lo hizo deliberadamente para desafiar a los Estados Unidos. No habría podido hacerlo si la Unión Soviética hubiera existido todavía porque habría detenido esa acción demasiado peligrosa en términos del acuerdo de Yalta. Y se salió con la suya. Eso equivale a decir que, al final de la guerra, lo único que perdió fue lo que había ganado. Regresó al punto de partida. Ese hueso lo tuvieron atorado los norteamericanos durante diez años. La guerra fue tablas, no una victoria para los Estados Unidos.

Tercero, ciertamente, en el decenio de los 90 se produjo una aceleración momentánea de la economía norteamericana, pero no de la economía-mundo en su conjunto, y esa aceleración ya cesó. Ahora existe un debilitamiento del dólar, y este ha sido una palanca crucial de los Estados Unidos: les ha permitido tener el tipo de economía que tienen y el dominio sobre el resto del mundo. Y, por último, el 11 de septiembre demostró que los Estados Unidos eran vulnerables.

Los halcones, Iraq y Europa

Entonces entran en escena los halcones. Estos no se ven a sí mismos como la continuación triunfante del capitalismo norteamericano o del poder norteamericano o de cualquier otra cosa, sino como un grupo de frustrados excluidos, que durante cincuenta años no pudo hacer lo que quería, ni siquiera con Ronald Reagan, ni con George Bush, padre, ni con George W. Bush antes del 11 de septiembre. Todavía les preocupa que Bush hijo se les acobarde. Creen que la política que se llevó a efecto desde Nixon hasta Clinton y aun hasta el primer año de George W. Bush, de tratar de manejar esta situación diplomática y multilateralmente —yo la llamo con «guante de seda»—, constituyó un rotundo fracaso. Perciben que no hizo más que acelerar la decadencia de los Estados Unidos, y que eso había que cambiarlo radicalmente llevando a cabo una acción imperial abierta, agresiva; o sea, hacer la guerra por la guerra misma. No le declararon la guerra a Iraq o a Saddam Hussein porque fuese un dictador; ni siquiera por el petróleo. No voy a discutir este problema aquí, pero no necesitaban la guerra por el petróleo de Iraq, sino para demostrar que los Estados Unidos podían hacerlo, y necesitaban esa demostración para intimidar a cualquier país tercermundista que piense que debe emprender la fabricación de armas nucleares; y a Europa. Fue un ataque a Europa, y por eso esta respondió como lo hizo.

En 1980 escribí: «Es inevitable, desde el punto de vista geopolítico, que en el próximo período emerja

una alianza París-Berlín-Moscú». Esto lo sostuve cuando todavía existía la Unión Soviética, y lo he repetido desde entonces. Ahora todo el mundo lo dice. Incluso existe un sitio web llamado París-Berlín-Moscú (www.paris-berlin-moscou.info), que reimprime lo que la gente escribe, en francés, alemán, ruso e inglés, por toda Europa, sobre las virtudes de una conexión entre París, Berlín y Moscú.

No debemos subestimar que la segunda votación fue anulada en el Consejo de Seguridad, en marzo de este año. Fue la primera vez, desde la fundación de las Naciones Unidas, que los Estados Unidos, en un asunto que les importaba mucho, no pudieron obtener mayoría en el Consejo de Seguridad. Desde luego, en el pasado tuvieron que vetar varias resoluciones, pero no en algún tema verdaderamente crucial para ellos. Pero en marzo de 2003 retiraron la resolución porque no podían obtener más que cuatro votos a favor. Fue una humillación política, y así se interpretó universalmente. Los Estados Unidos han perdido legitimidad, y es por eso que ya no se les puede seguir llamando hegemónicos. Llámeseles como se quiera, ya no hay legitimidad, y eso resulta crucial.

La próxima década

Entonces, ¿qué debemos esperar en los próximos diez años? Primero, está el problema de cómo Europa se reconstruirá a sí misma. Va a ser muy difícil, pero se reconstruirá y construirá un ejército. Quizás no toda Europa, sino su núcleo; y ese ejército tarde o temprano se conectará con el ruso. Los Estados Unidos están realmente preocupados al respecto.

Segundo, está Asia nororiental. Esto es más difícil; pero, a mi juicio, China, una Corea reunificada y Japón empezarán a moverse al unísono desde los puntos de vista político y económico. Ahora bien, no va a ser fácil. La reunificación de Corea será algo difícil de conseguir, así como la de China. Esos países tienen todo tipo de razones para odiarse unos a otros, y existen entre ellos tensiones de profundas raíces históricas, pero sienten la presión sobre ellos. Si desde una perspectiva realista desean sobrevivir como fuerzas independientes en el mundo, se moverán en esa dirección.

Tercero, se debe observar el Foro Social Mundial. Ahí es donde radica la acción. Es el más importante movimiento social en la faz de la tierra en este momento, y el único con posibilidades de desempeñar un papel verdaderamente significativo. Floreció con mucha rapidez. Presenta muchas contradicciones internas que no deben subestimarse; enfrentará muchos momentos difíciles, y puede que no sobreviva como movimiento, porque se trata de un movimiento de movimientos,

carente de centro jerárquico, tolerante con todas las variantes que existen en su seno. Sin embargo, representa algo. La partida no es fácil, pero es allí donde radican las mejores esperanzas.

Por último, deben observarse las contradicciones internas entre los capitalistas. La contradicción política básica del capitalismo, a lo largo de su historia, ha sido que todos los capitalistas tienen un interés político común hasta tanto exista una lucha de clases en curso. A la vez, cada capitalista es rival de todos los demás capitalistas. Es una contradicción fundamental del sistema, y va a resultar muy explosiva.

No debemos subestimar el hecho de que, en abril de 2003, Lawrence Eagleberger, Secretario de Estado bajo la administración de George Bush —padre del actual presidente— y aún su cercano asesor, dejó por escrito que si los Estados Unidos invadieran ahora a Siria, él, Eagleberger, estaría a favor de procesar a George W. Bush. No es algo de poco peso en boca de una figura como él. De modo que se está enviando un mensaje, y ¿de dónde proviene? Creo que, en primera instancia, procede del padre. Y, más allá, de un segmento importante del capital norteamericano y el capital mundial. No todos están contentos con los halcones. No han ganado la partida. Se han apoderado de la maquinaria estatal norteamericana —el 11 de septiembre lo hizo posible—, y saben que es ahora o nunca; seguirán empujando, porque si no empujan hacia delante, caerán hacia atrás. Pero no tienen ninguna garantía de éxito, y algunos de sus mayores enemigos son otros capitalistas a quienes disgusta la línea tomada respecto a Europa y Japón, porque sí creen esencialmente en la unidad del capital; no piensan que el modo de manejar estas cosas sea aplastar a toda oposición, sino que preferirían cooptarla. Les preocupa en extremo que esto sea como Sansón al derribar el templo.

Hemos ingresado en un mundo caótico. Tiene que ver con la crisis del capitalismo como sistema. Ahora no voy a entrar a discutirlo. Pero sí vaticinar que esta caótica situación mundial proseguirá durante los próximos veinte o treinta años. Nadie la controla, y mucho menos el gobierno de los Estados Unidos. El gobierno de los Estados Unidos, está a la deriva, en una situación que está tratando de manejar por todas partes, y, a la larga, será incapaz de hacerlo. Esto no es ni bueno ni malo, pero no debemos sobrestimar a esa gente, ni a las fuerzas de las que dependen.

Traducción: David González.

© **TRILAS**, 2003.

Imperialismo, guerra y resistencia

Fernando Martínez Heredia

Investigador. Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Es necesario y urgente un trabajo de identificación y análisis de los rasgos fundamentales del imperialismo contemporáneo.¹ No digo imperio, porque entiendo que este término, puesto en boga recientemente, no es adecuado para calificar el fenómeno al que alude, y sí lo es el concepto de imperialismo,² que cuenta con un siglo de abordajes científicos y tiene una clara significación ideológica que no debemos perder. A mi juicio, los estudios sobre el imperialismo actual no pueden limitarse a recolecciones y análisis de datos recientes acerca de la dimensión económica de las sociedades, seguidos de otros relativos a sus funestas «consecuencias» sociales, ni es suficiente llegar solo a comprensiones conceptuales acerca de aquella economía. Los análisis del imperialismo deben incluir su estrategia contra la formación de alternativas rebeldes a su dominación, y también considerar las formas y el grado en que la naturaleza actual de ese sistema favorece o debilita su propia estrategia. Solo así ayudaremos a la tarea crucial de relacionar la caracterización del enemigo de la vida humana y del propio planeta en que vivimos con el pensamiento y las propuestas de un movimiento plural que tiene como

denominador común lograr cambios radicales y contribuir a la creación de «otro mundo posible».

Mi exposición se mantendrá en un nivel de generalidad correspondiente a los propósitos de su primera versión, pero está basada en análisis de situaciones concretas, y tiene muy en cuenta las grandes diferencias y las especificidades que concurren en el tema.

La guerra cultural y la guerra

Hoy funcionan dos lógicas de terror y guerra a escala mundial. Una emprende la guerra, la intervención violenta o la amenaza de ella, dondequiera que eso favorece la dominación y los intereses imperialistas, o la eliminación de posiciones autónomas y riesgos de formación de rebeldías. Los medios que utiliza son las presiones, los chantajes y las imposiciones; las conspiraciones, atentados y sabotajes terroristas; o el uso de la fuerza militar en guerras sucias o abiertas. La soberanía de los Estados, como principio del Derecho internacional, es violada en la práctica a partir de las exigencias, a la mayoría de los países, de practicar la «democracia», los «derechos

humanos» o la «lucha contra la corrupción», nociones ambiguas cuya presencia o ausencia, en cada caso, es medida y manipulada por los mismos que las exigen. Argumentaciones que al menos eran polémicas, como las relativas a la interdependencia obligada entre los Estados, han quedado atrás, sustituidas por apelaciones descaradas a la superioridad militar y técnica, las operaciones limitadas, con poco riesgo para los agresores y crímenes impunes contra la población civil, las demandas de obedecer y apoyar los dictados imperialistas o enfrentarse a represalias económicas, y las construcciones de opinión pública cada vez más mendaces e inmorales. Se intenta lograr que todos en el mundo acepten como hechos naturales la desigualdad, la ventaja y los abusos implicados en esas violencias.

La otra lógica imperialista está constituida por una guerra cultural en toda la línea, que moviliza formidables instrumentos y recursos, y ejerce controles totalitarios sobre la información, la formación de opinión pública, los gustos y los deseos. Esa verdadera guerra mundial se dirige a impedir la producción de voluntades, identidades y pensamientos opuestos a la dominación. Recurre al ocultamiento de hechos y a mentiras más o menos burdas o refinadas, pero también apela a brindar datos y crear opinión pública acerca de ciertos problemas e injusticias, seleccionados de manera muy controlada y manipuladora, siempre que se considere conveniente. El objetivo de esta guerra es gobernar todo el mundo de la conciencia de los seres humanos en aquellos aspectos que resulten sensibles para el sistema de dominación. El determinismo económico más grosero, la eliminación del pasado y el futuro —esto es, de la memoria y del proyecto—, la trivialización de las cuestiones y la manipulación del trabajo intelectual, están entre los principios fundamentales de esa guerra cultural.

La segunda es la lógica preferida por el sistema, pero ambas se utilizan alternativamente y siempre son complementarias.

La predilección por la lógica de guerra cultural tiene sus antecedentes y causas en la situación a la que se llegó a partir de 1945, cuando la hegemonía capitalista, después del inmenso desprestigio que significaron para ella el fascismo y los horrores de la Segunda guerra mundial, debió enfrentar cuatro retos: las exigencias generalizadas de reformas sociales redistributivas y de democracia; las identidades nacionales activas, convertidas en una ola de luchas e ideas anticoloniales y de liberación que recorrió el mundo; la emergencia de la URSS y su bloque como un gran poder rival; y el prestigio del socialismo como propuesta válida de organización social.³ En medio de esa situación sobrevino la segunda gran ola de revoluciones del siglo xx, ya no con su centro en Europa, sino en Asia, América Latina y también en África. Ese fue un gran

reto contra la dominación colonial y neocolonial en general, y contra los sistemas de opresión en muchos países, capaz de crear poderes propios que en numerosos casos lograron o intentaron existir fuera del sistema capitalista y convertirse en un polo atractivo para los que deseaban cambios radicales en todo el mundo. Y en los propios países centrales capitalistas se desarrollaron grandes movimientos de protesta que no aceptaban el orden de la nueva etapa imperialista o exigían demandas sociales y reconocimiento de identidades; ellos solían ser solidarios con los que ahora se llamaban «subdesarrollados», y con los movimientos de liberación del llamado Tercer mundo.

Liberación nacional, desarrollo, reforma agraria, socialismo, feminismo, eran palabras vigentes, y todo intento de reformular la hegemonía burguesa debía adecuarse a aquellas realidades. Aunque las represiones y las guerras continuaron sin descanso en el Tercer mundo —hasta llegar al genocidio en los tres continentes—, el capitalismo se vio obligado, en general, a llegar a pactos sociales más inclusivos y regímenes políticos más representativos, y a buscar consensos negociados, en un medio internacional caracterizado por la descolonización y la tendencia a las democratizaciones. La casi desaparición del colonialismo y el paso al predominio del neocolonialismo —que es la relación fundamental de integración en el sistema mundial capitalista en su época imperialista— también implicó el establecimiento de tipos de relaciones e influencias que necesitaban ser fortalecidas y legitimadas con arreglo a la nueva situación.⁴ Un amplio arco de actividades estuvo dirigido a «ganar las mentes y los corazones» —empeño que fue mucho más que una frase feliz en un documento—, pero es necesario recordar que esas acciones guardaban nexos muy estrechos, en la estrategia imperialista, con las «guerras de baja intensidad» y las «operaciones encubiertas».

La bipolaridad establecida en la posguerra entre los Estados Unidos y la URSS tuvo consecuencias muy profundas sobre las rivalidades que hasta entonces habían sido tan importantes en las relaciones entre las potencias imperialistas. La competencia en el plano militar pronto fue inviable, excepto para las dos superpotencias, y la contraposición política e ideológica de la Guerra fría terminó por cerrar el espacio a conciertos de potencias capitalistas en los que el equilibrio de intereses fuera determinante.⁵ Después de 1945, se mantuvo siempre el liderazgo norteamericano en las alianzas militares establecidas en todo el mundo dominado por el capitalismo. En un plano más general, el control de las finanzas internacionales por los Estados Unidos y la profundización de los procesos de centralización capitalista, más la gigantesca presencia ideológica y cultural norteamericana, determinaron el

progresivo predominio de ese país más allá de todas las diferencias de intereses y la competencia económica, que persisten entre los países desarrollados. El lapso de más de una década transcurrido desde el fin de la bipolaridad no ha modificado esa tendencia.

En la segunda mitad del siglo xx, la lógica de guerra cultural no ha expresado solamente la madurez del capitalismo. Ella se ha vuelto obligatoria para el sistema, ante todo por dos razones. Una es que su forma principal de existencia actual es el proceso de transnacionalización y de dominio del capital parasitario a escala mundial, y el predominio de ese proceso está negando las bases de aquel medio que fue formado a mediados del siglo xx, porque trae consigo dos exigencias básicas: *una nueva colonización del mundo y el abandono de la forma democrática de dominación*. La naturaleza del régimen de explotación vigente y el modo en que obtiene su objetivo esencial —el lucro—, así como el grado de centralización del poder que se ha alcanzado en los terrenos principales, han dejado atrás las relaciones sociales capitalistas típicas y sus modelos políticos, ideológicos y éticos. Ya no hay lugar para liberalismos económicos o políticos, ni para reformismos basados en sectores sociales intermedios, ni para programas y gestos populistas; ni funciona más la vieja promesa de llegar a realizar un día los ideales de la modernidad. La lógica de la competencia ha sido sustituida por la lógica de la exclusión, y el ideal del progreso ha sido echado a un lado.

Sin embargo, un mundo sin valores ni comunidad, sin futuros que conquistar, sin esperanzas, puede tornarse muy peligroso. Para conjurar ese riesgo, una gigantesca operación de homogeneización de sentimientos e ideas, cooptación de criterios e igualación de sueños, pretende suplir los límites a los que ha llegado el capitalismo y dominar a todos, hasta a los excluidos, y obtener un consenso que para nosotros sería suicida, porque este sistema no dispone de espacio en el futuro para las mayorías. En el curso de las últimas décadas, la motivación principal de la reformulación de la hegemonía capitalista ha ido trasladándose del enfrentamiento cultural al crecimiento de la fuerza, las capacidades, experiencias y pretensiones de los dominados del mundo —tendencia predominante desde los años 40 hasta los 70—, hacia la prevención del debilitamiento de las bases sociales de los consensos a la dominación, causada por el despliegue de la naturaleza actual del propio capitalismo.

Aquella motivación principal previa sigue siendo, sin embargo, la otra causa para la preferencia de esta lógica de guerra cultural. Los dominados del mundo poseen en la actualidad una inmensa acumulación cultural de experiencias en rebeldías, y de conocimientos relacionados con ellas. El xx fue un siglo de intensas y

abarcadoras prácticas de liberación, en las que participaron cientos de millones de personas. Se desacreditaron el colonialismo, el racismo, la misión del hombre blanco y su civilización; se aprendió que la miseria no es un hecho natural, sino que tiene causa social; las naciones, las etnias, el género, los explotados, los excluidos, se identificaron y se organizaron; los oprimidos del mundo compusieron leyes, ideas, canciones y revoluciones, para sí y sobre sí mismos. La gente, las relaciones, las instituciones, llevan las huellas de aquellas prácticas, de las diversidades que establecieron y de las transformaciones que emprendieron o ensayaron. La guerra cultural imperialista pretende borrar esa riqueza de la rebeldía —que es la adulez de la cultura—, o cuando menos convertirla en pasado despreciado y cada vez más borroso y desconocido. Lo intenta porque reconoce que ese legado de rebeldía es potencialmente muy peligroso. A ese fin se aplican con todos los medios a su alcance, y buscan ayuda en nuestras debilidades.

Ambas lógicas de terror y guerra mantienen al mundo en un estado de violencia cotidiana, que viola los derechos de individuos, grupos y naciones; impone una cultura del miedo, la fragmentación, la indiferencia y la resignación; y rebaja la condición humana.

La nueva fase

El imperialismo trabaja en la eliminación de todo vestigio de los avances en la convivencia humana y la legalidad internacional que se habían conseguido —aunque solo parcialmente— mediante incontables sacrificios de varias generaciones. Pero trata de no verse obligado a admitir abiertamente que lo está haciendo, y hasta hoy ha venido lográndolo: son solo determinadas acciones cuyas las que aparecen visiblemente opuestas al Derecho y la justicia. En realidad, *es la propia naturaleza del imperialismo actual* la que ha ido ocasionando a miles de millones de personas la privación generalizada de una existencia decorosa, del trabajo, del goce de los derechos y servicios sociales, y del acceso a los logros del último siglo, negándoles las posibilidades de cuidar de sí y de sus familias y avanzar en la vida, de albergar la aspiración a ser felices. Las luchas tremendas en las que perecieron decenas de millones de personas lograron que el ciclo imperialista de treinta años de guerras mundiales y fascismo de 1914-1945 fuera sucedido por décadas de avances —cierto es que siempre interrumpidos por dramáticas regresiones— en terrenos como el fin del colonialismo, las políticas sociales con Estados garantes y los sistemas democráticos. Hoy estamos viviendo una nueva época de retrocesos en todos esos campos y en otros.

La privatización es uno de los mecanismos generales del sistema, que oculta algunos de sus peores rasgos y es un emblema cardinal en su ideología. Actualmente es la medida preferida en la política económica de los que tienen y utilizan todas las ventajas del poder, y se presenta disfrazada de la necesidad de eficiencia, sin que contribuya en nada a la competencia entre empresas, porque en el mundo se ha llegado a un grado de centralización capitalista, transnacionales y fusiones nunca antes conocido. Es una burla proclamar el reino del mercado y la iniciativa privada cuando jamás han sido tan férreos como hoy los controles de la oferta, la demanda, la inversión, la producción, la distribución, el consumo, las finanzas y los demás rubros económicos. La «privatización» de la relación laboral deja al trabajador en manos de sus patronos, sujeto a formas precarias de empleo, pagos y seguridad social, explotado a fondo y «libre» de toda protección legal, estatal o sindical. Esta situación es más grave porque el desempleo estructural es ya gigantesco en esta etapa del capitalismo, y ha dejado de depender de ciclos económicos. Por falta de fuerzas efectivas, los trabajadores no tienen hoy voz, ni capacidad de negociación u oposición, ante cambios profundos en la relación laboral que son consecuencia de las manos libres con que funciona la economía capitalista en su fase actual.

La parte enorme y creciente de la población activa de cada país que no participa de relaciones salariales decorosas ni de otras actividades económicas satisfactorias, debe buscar sus ingresos y reproducir sus vidas y las de sus familias apelando a todo lo que esté a su alcance o pueda intentar; pero ese mundo precario es calificado con palabras como iniciativa individual, microempresas u otras expresiones cínicas, alusivas a la «libertad» de que goza el que sobrevive de manera «privada». No hay fronteras entre la precariedad, la marginación y la exclusión, y tampoco entre la actividad legal y la penalizada, para aquellos que no tienen dinero ni relaciones con poderosos. Mientras, el delito en gran escala, y organizado, es prácticamente una rama económica. De un sexto a un tercio de la población mundial carece de alimentación suficiente, vivienda decorosa, servicios básicos para la vida que se considera vivible; es analfabeta, y muere o se enferma de enfermedades prevenibles o curables. En proporciones mucho mayores, no tiene acceso a tipos de trabajo y niveles de preparación personal de alguna complejidad y calidad, ni a los medios de transporte, información, entretenimiento y comodidades que se consideran modernos. Sobre esta situación, una minoría sensible perteneciente a aquellos que no la padecen, puede encontrar un mar de datos, innumerables descripciones y algunos estudios serios. Lo usual son las cifras, los pormenores y las expresiones de condolencia; lo

insólito, las referencias directas a las causas y los culpables.⁶ Por eso palabras como «filántropos» y «compasión» han vuelto a estar de moda; las luchas por donaciones han sustituido a la cooperación para el desarrollo, y hasta consignas tímidas, como «crecimiento con equidad» han caído en desuso.

Las políticas sociales que introdujeron avances de justicia y bienestar, en grados diversos, para mayorías en el llamado Primer mundo, y para amplios sectores en una parte de los demás países, se han reducido y tienden a desaparecer. Junto a ellas se desvanecen los controles estatales de la actividad económica y la función redistribuidora y de servicios que ha tenido el Estado respecto a la sociedad. Es falso, sin embargo, que los Estados «adelgazados» se debiliten. Todos, hasta los más entreguistas al imperialismo, mantienen bastante fuerza en dos terrenos principales: como entidades represivas, y como fiadores y canalizadores de los grandes negocios del capital y de sus instituciones internacionales. Para esa última función siguen siendo vitales sus actuaciones en el campo económico, regidas por el poder y no por el mercado. Por otra parte, las decisiones importantes están fuera del control o la fiscalización de los gobernados, sea mediante sus legisladores, jueces, contralores u otra acción ciudadana. La democracia política —en la medida en que funciona— se ha ido reduciendo a la alternancia entre las formaciones políticas del sistema, y a una cosa pública que se parece demasiado a un espectáculo para ocupar el tiempo libre cívico. Persisten, al menos, las cotas de identidades, actuaciones y capacidades de presión que han obtenido, con sus luchas, ciertos niveles locales y movimientos de la sociedad civil, y los desvelos por las libertades individuales y el Estado de derecho.

El viejo principio de la autodeterminación de las naciones vuelve a ser restringido, manipulado o negado a la mayor parte de los países del mundo. La descolonización, que triunfaba hace apenas medio siglo, está siendo revertida de modo sistemático, a través de nuevas formas neocoloniales; pero también se excluyen del sistema y se abandonan a su desgracia regiones que antes fueron expoliadas. La marginación, la exclusión, las hambrunas, la extrema miseria urbana y rural, las epidemias, son materia de reportajes; pero las transnacionales que dominan hasta las patentes de semillas, y el Estado más poderoso del planeta, se oponen incluso a medidas moderadas como la relativa a las medicinas genéricas. Se han abatido los consensos que se habían ganado acerca de la justicia como condición para la libertad y la obligación de los países desarrollados de cooperar al desenvolvimiento de los llamados subdesarrollados; todo aquel mundo de acuerdos y medidas internacionales, políticas estatales y luchas nacionales, de nociones en uso y de investigaciones sociales atinentes al subdesarrollo y

el desarrollo, tan dinámico todavía hace veinticinco años, hoy parece pertenecer a un pasado remoto.⁷ El capital que devastó a África e inventó la esclavitud masiva moderna, el que requirió decenas de millones de inmigrantes baratos para maximizar su ganancia y para sus pactos sociales metropolitanos, ahora implanta la preocupación por la inmigración y difunde la creencia de que ese es un asunto central de su agenda, y fomenta las restricciones y persecuciones, con las consecuentes renovaciones de la xenofobia y el racismo. En la fase actual del imperialismo se están perdiendo los grados de soberanía y autonomía ganados por los países del llamado Tercer mundo, que eran reconocidos por los sistemas neocoloniales «ortodoxos». Desde hace más de una década vengo denunciando que está en marcha una recolonización «pacífica» del mundo por el gran capital; hoy se me hace cada vez más difícil llamarle «pacífica».

Nada de lo que sucede se debe a la perversión de los ideales, ni al incumplimiento de los proyectos de la modernidad: *es la consecuencia obligada del desarrollo del capitalismo*, para el cual ya resulta sobrante una parte de la población del planeta y una amplia porción de los trabajadores. No se trata de que la mayoría de los países fracasen en cuanto a supuestas necesidades de ajustarse o de abrirse, de privatizar, de ser antinflacionarios o saber atraer a los inversionistas, de reducir o eliminar el gasto social, ni de que estén incumpliendo las «leyes económicas» generales. Se trata del callejón sin salida al que han llegado una economía y una organización social específicas, las del capitalismo, respecto a la satisfacción de necesidades y la existencia de oportunidades para la mayoría de la gente de este mundo, y para la conservación del propio planeta. Lo mismo podría decirse al examinar las dimensiones de la política, de las ideas y de las relaciones internacionales. *No es posible, por tanto, reformar el capitalismo: es necesario denunciarlo, negarlo, derrotarlo y superarlo.*

Un factor de capital importancia, que resulta favorable al imperialismo en esta nueva fase suya, es el profundo retroceso experimentado en las últimas décadas por la organización, las capacidades de resistencia y de lucha, de negociación y de presión de las clases dominadas. Pero antes de referirme a este aspecto de la resistencia y el conflicto, obligado en todo análisis de la dominación, necesito abordar la manifestación principal del imperialismo actual: la de los Estados Unidos.

El imperialismo norteamericano quiere convertirse en imperio

El imperialismo norteamericano podría tener como divisa «imperio, guerra y unilateralismo».⁸ Fue el gran

beneficiario de las dos guerras mundiales, y también de la bipolaridad, y se convirtió en la mayor potencia económica, financiera y militar capitalista. Asumió un papel de vanguardia en el ataque a los intentos de desarrollo autónomo y a las rebeldías en todo el mundo; baste el recuerdo de la guerra de Viet Nam para ejemplificar el uso brutal de su fuerza —que llegó al genocidio y el ecocidio— contra el ejercicio de la autodeterminación y la unidad nacional de un pueblo; y para recordar sus guerras sucias, el del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 en Chile —ya se han cumplido treinta años de aquel crimen—, contra un régimen de democracia representativa. Ha sido también el máximo creador e impulsor de las campañas ideológicas que deben consumir todos. Aunque su antigua promesa de progreso, libertad y democracia está totalmente desgastada, con sus formidables recursos mantiene muchos de los atractivos de su propuesta cultural, que sin dudas es la que mostró más dinamismo y capacidad de penetración durante el siglo xx. Pero los Estados Unidos no han sido capaces de contribuir al avance de programas reales de eliminación —aunque fuera parcial— de las consecuencias más graves del colonialismo y el desarrollo desigual en la mayor parte del planeta, ni de optar por el fortalecimiento de un sistema internacional que salvaguarde la equidad en las relaciones, la paz y el respeto a los principios formulados y codificados durante el siglo xx, ni de defender el medio ambiente. En vez de ese camino, han seguido el de utilizar su poder y su papel protagónico al servicio de los más mezquinos intereses nacionales, los del capital transnacional y la extorsión financiera, y la imposición de su predominio irresistible, de talante imperial.

A partir de la bancarrota de su rival soviético, los Estados Unidos emprendieron una nueva ofensiva por el dominio pleno a escala mundial, utilizando todos los medios a su disposición en la nueva coyuntura de los años 90. El grupo dominante en el país en la actualidad ha ido mucho más lejos, a pesar de la precaria legitimidad de la elección presidencial de 2000. Con soberbia inaudita se han autodesignado campeones de una supuesta lucha mundial contra el terrorismo que los autoriza a aterrorizar, chantajear, someter o agredir a quien quiera, incluidas las agresiones preventivas «en cualquier oscuro lugar del mundo». Están probando reducir o moldear las normas de convivencia a su arbitrio, convertir en algo natural sus coacciones y abusos, y asumir unos papeles y un aire imperial. Ante su poder y sus chantajes, gran parte de los Estados sencillamente se somete, y la ONU ha ido declinando, mucho más allá de sus vacilaciones, hasta convertirse en una sombra. Si hacemos a un lado el espeso humo de la retórica de sus dirigentes, en la que se mezclan viejas consignas chovinistas con grotescos desplantes

recientes —como «justicia infinita», «eje del mal» o «Dios no es neutral»—, podrían sintetizarse así los designios del imperialismo norteamericano: apoderarse de los recursos más estratégicos del planeta y obtener todas las ventajas en la economía internacional, expoliar a los países subdesarrollados y controlar más a sus aliados del llamado Primer mundo, ser el policía mundial y someter a combinaciones de manipulación y coerción a su propio pueblo.⁹

Los riesgos de guerras abiertas se han multiplicado rápidamente. Mientras se preparaba el Tercer Foro Social Mundial, los imperialistas se aprestaban a una nueva guerra contra Iraq. Como ilustración ejemplar de las miserias de la época en que vivimos, no se discutieron en ese caso las realidades palpables: doce años de agresiones económicas que ocasionaron miseria y mayor mortalidad a la población de aquel país, bombardeos «limitados», fuertes recortes de la soberanía, inspecciones de la ONU que no encontraron lo que se deseaba. En su lugar, se hacían exigencias de rendición y se disponía un despliegue militar creciente; la única cuestión a debatir era si los Estados Unidos tenían derecho a aplastar a Iraq sin hacer caso a nada, o si debían esperar a que el Consejo de Seguridad de la ONU los «autorizara».

Si no olvidamos que las analogías siempre dejan en suspenso las diferencias, el mundo actual se parece mucho al de la segunda mitad de los años 30 del siglo pasado. Una superpotencia apela a la ideología de la superioridad de una nación y de su derecho soberano a disponer de las demás, hace trizas los organismos y el derecho internacionales, juega a debilitar a los otros grandes del capitalismo, y aspira al gobierno supremo del planeta. En ese camino de imposiciones, su grupo dominante altera el control indirecto de sus propios ciudadanos, que ha sido una parte principal de las bases de su hegemonía interna, y conduce al pueblo al plano inclinado de la disminución progresiva de sus derechos ciudadanos, los peligros de la guerra y el odio de los demás pueblos. Para los países desarrollados, que son a la vez socios y competidores suyos, se abren inciertas interrogantes: acabar de someterse a los Estados Unidos, hacer apaciguamiento,¹⁰ o ir a la rivalidad y la búsqueda de nuevas alianzas. Los más perjudicados, que son los pueblos de la mayoría de los países del mundo, no cuentan en esta coyuntura con poderes de magnitud suficiente para enfrentar a esa superpotencia, ni con una voluntad de rechazo generalizado ante esta perspectiva ominosa que se les viene encima.

Ha aparecido el calificativo de nazi para el régimen y la actuación de los que dominan en los Estados Unidos.¹¹ Sin dudas hay numerosas diferencias entre el mundo de los años 30 y el actual, y entre las condiciones de existencia y los rasgos principales del régimen de

Hitler y el que preside George W. Bush; el fascismo tuvo su lugar —el más horroroso— en la historia del imperialismo de la primera mitad del siglo xx. Sin embargo, es por lo menos inquietante que ese apelativo infamante parezca encajar bien en la realidad actual que quiere designar. Un académico norteamericano considera que los Estados Unidos «se están moviendo hacia un régimen totalitario», conducido por «fanáticos e intolerantes ideológicos».¹² Por mi parte, quiero llamar la atención sobre un hecho: los Estados Unidos conquistaron una imagen positiva a escala mundial con su democracia burguesa sin un sistema colonial, y con la derrota del nazismo en 1945. Hoy ese país es el protagonista del retroceso franco que se experimenta con la quiebra de la democracia y la recolonización mundial, y apela cada vez más a la imposición y a la violencia abierta. Parece, pues, un heredero de lo peor de las dos formas principales del imperialismo de hace sesenta años, y la muestra palpable de que dentro del capitalismo no hay solución para los problemas y necesidades de la humanidad.

La actualidad nos muestra, sin embargo, experiencias que es necesario asimilar, y algunas señales alentadoras. Frente a la inminencia de la agresión a Iraq, millones de personas respondieron a convocatorias para manifestar, a lo largo del mundo, su protesta y su repudio a la guerra, en las calles y a través de todos los medios que supieron utilizar. Las jornadas del 15 de febrero y el 15 de marzo fueron movilizaciones extraordinarias. Movimientos sociales de los más variados tipos llevaron el peso de su organización, junto a algunos sectores políticos, pero lo determinante es la masa inmensa de personas motivadas que salieron a participar. Un gran número de personalidades de los más diversos campos se ha sumado a las protestas y está dejando productos intelectuales que ayudan a reflexionar y a convocar. El inicio de la guerra no abatió las protestas, ni siquiera en los Estados Unidos —como temían algunos—; la condena moral a los imperialistas agresores se volvió cotidiana y encontró expresiones de verdadera fuerza. Los bombardeos masivos contra la población civil, el asesinato de miles de personas inermes desde el aire y por las tropas de tierra, las privaciones causadas a millones, certificaron quiénes son los criminales. La valerosa defensa de su patria por los combatientes iraquíes obligó a los invasores a una campaña difícil, y desprestigió todas las mentiras acumuladas por sus declaraciones y las de sus cómplices; la férrea censura a los medios y las noticias ridículas no lograron torcer esa verdad. Los graves saqueos propiciados por los invasores después del fin de la resistencia —que incluyeron tesoros de la historia de la humanidad— evidencian una intención de desmoralizar al pueblo iraquí que no se detiene ante ninguna inmoralidad.

Se hacen visibles los costos, hasta esta fecha, de la aventura de Iraq para los imperialistas. No fue posible aplastar desde el aire a un país —nunca ha sido posible—, y a pesar del alto grado de desarme previo, los defensores les causaron cientos de bajas a los agresores; si la resistencia armada duró solo tres semanas fue porque la dirección de Iraq seguramente tramitó su final. El grupo dominante en los Estados Unidos sabe hoy que tendrá que enfrentar dificultades internas ante cualquier perspectiva de bajas mayores. Además, la resistencia fue más notable si se recuerda la falta de unidad étnico-religiosa de Iraq y los enfrentamientos y agravios que eso conllevaba para el gobierno de Hussein, más otras cuestiones previas que ponían a ese gobierno en desventaja. Y frente a la ocupación militar, los chiítas que reafirmaban su fe y sus derechos religiosos reclamaron la inmediata salida de los norteamericanos. No hubo agradecimientos por parte de los diferentes sectores del pueblo iraquí, sino el reclamo cívico de que se retiren los invasores. Por otra parte, las movilizaciones de calle y los innumerables escritos en contra de la acción imperialista dejan, sin dudas, huellas positivas en cuanto a profundización del rechazo, a los grados de conciencia y experiencias prácticas alcanzadas por los involucrados, y al desprestigio que cae sobre los políticos dirigentes de la agresión y sus argumentos, y sobre la maquinaria que la desató.

Sin embargo, es necesario reconocer el rápido y fuerte descenso del movimiento de denuncia y protesta, que no ha sido capaz de persistir, frente a una fuerza sistemática. El frío asesinato de los periodistas europeos, al que siguieron dos crueles matanzas de civiles desarmados, en Mosul y Jabullah, no levantó campañas de condena, ni la exigencia de la salida de las tropas extranjeras de Iraq. En su lugar, se abrió nuevamente una campaña contra Cuba, a partir de sanciones de tribunales de justicia cubanos a ciudadanos cubanos; de inmediato los temas de debate público internacional pasaron a ser la procedencia de la pena de muerte, los derechos formales de opinión y el deber ser del socialismo. No aludiré al contenido de ese debate,¹³ sino a lo que, a mi juicio, significa. Primero, el imperialismo mantiene su ofensiva, después de un amago hacia los vecinos de Iraq que era más bien un final de aquella aventura militar: no se juzga más su crimen, sino el que se atribuye a un país satanizado que los Estados Unidos han denunciado siempre. Segundo, el control casi total de la opinión pública se restablece, haciendo que discuta lo que el imperialismo quiere, y no lo que las mayorías necesitan. Tercero, un éxito en su guerra cultural, cuando se establece la confusión a partir de condenas «dobles»: a los que «violentan la paz mundial» y los que «pisotean los derechos humanos» —una suerte de «dos demonios» supuestamente

iguales—, un primero que es olvidado o dado por «incorregible», mientras se intenta desacreditar y debilitar al segundo. Al confluir en la condena a Cuba individuos y organizaciones que no son defensores del sistema, con otros que se oponen a todo poder popular y a todo cambio social que lesione al capitalismo, y con los agentes de los Estados Unidos, se fomentan los recelos y el divisionismo entre los críticos del sistema. Cuarto, se refuerza la presión sobre los críticos más conscientes del imperialismo, tratando de aislarlos, y hacerles perder crédito por no ser «imparciales». Y por último, pero no menos importante, se avanza en el desarrollo del esquema agresivo actual contra Cuba, que tiene su dinámica propia para el imperialismo.

El gobierno cubano actuó con gran decisión, ha expuesto los hechos reales y respondido con argumentos de mucho peso a las acusaciones y las maniobras imperialistas. Movilizaciones populares extraordinarias han vuelto a mostrar la unión de las mayorías en la defensa de la soberanía nacional cubana y su tipo de sociedad anticapitalista. Y un mes de pugna ideológica internacional alrededor de Cuba ha ayudado a clarificar en qué consiste ser solidario con los que luchan en el mundo de hoy; la ola de apoyo que se alzó, y el propio debate de criterios diversos, dejan un saldo positivo. Esta es una experiencia muy valiosa: el grupo dominante en los Estados Unidos no es omnipotente, una pequeña nación, donde se vive de manera más solidaria, puede enfrentarse a sus designios porque posee un poder propio y unidad popular en torno a él, conciencia política y moral suficiente, preparación y medios para defenderse, y sabe que hacer concesiones a ese enemigo sería mortal.

Conocer y valorar las dificultades que encuentra la superpotencia imperialista cuando pasa del reino de la manipulación en abstracto al de los hechos es un buen antídoto contra la resignación o el desánimo. La capacidad de actuación y desarrollo del movimiento de protesta, y el significado trascendente que tiene la resistencia decidida de un pueblo, son enseñanzas que muestran los límites y las debilidades del imperialismo.

Atreverse a luchar

Dedicaré la parte final de estas reflexiones a las posibilidades y las necesidades del movimiento que se opone a la dominación, ya que es la oposición a ella la que me motiva. A este tema le dedico una gran parte de mi trabajo intelectual; aquí me limitaré a unos breves comentarios. Ante todo, por una razón que concierne a cualquier análisis que se haga del imperialismo actual: *las debilidades de nuestra oposición a él forman parte muy importante de su fuerza.*

El Foro Social Mundial es una expresión más de la potencia mayor con que cuenta el movimiento: una enorme acumulación cultural, hija de actividades muy diversas, fruto de los combates, las ideas y los sentimientos de varias generaciones que se han enfrentado a la dominación. Constituye un cuerpo inestimable de experiencias, tradiciones, solidaridades, órganos de pensamiento y de lucha, deseos, preguntas, disconformidad. El imperialismo se ve obligado a reconocer la existencia de ese potencial de rebeldía, lo tiene siempre en cuenta y se empeña en neutralizarlo, esterilizarlo, inducirnos a olvidarlo. Antes se benefició de nuestra debilidad y nuestra ignorancia. Ahora solamente somos débiles. ¿Permitiremos al imperialismo privarnos de nuestra cultura de rebeldía, adquirida con tantos sacrificios?

Lo primero es el ejercicio de la voluntad de protesta, de denuncia, de adquirir cada vez más conciencia y mejor organización, de coordinar los esfuerzos de todos y formar una internacional de voluntades. El desafío es forjar y convertir en un fenómeno masivo la disposición a resistir, a confiar en nosotros mismos, a pensar, hablar y sentir con independencia, creatividad y audacia, de manera autónoma respecto al poder de ellos, dejar de ser una parte subalterna del propio cuerpo de la dominación. En el principio está la voluntad de luchar; el reto es construir bien esa voluntad y generalizarla. Desde ese punto de partida, hay que contrastar siempre la decisión de actuar con el análisis serio de los problemas esenciales y los datos reales, pero estos deben ser buscados y formulados con independencia, por parte de nosotros mismos, y no dentro del terreno de los problemas, datos y creencias que ellos organizan para el consumo nuestro. Como denominador común tenemos un campo de ideales que compartimos cientos de millones de personas, que es también fruto del siglo xx, formulado en ideas que han pasado a formar parte de la sensibilidad y las convicciones, y que es muy difícil rechazar o despreciar. Entre ellas está la repulsa a que se causen sufrimientos, y a las situaciones de indefensión de personas y grupos humanos, porque ya no se acepta que ese sea un orden natural; incluso se ponen en relación esas situaciones con los privilegios e intereses de los ricos y poderosos; también están las exigencias de democracia y la condena al uso de la violencia.

Es preciso liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Se han abolido las palabras que expresaban los afanes, logros y luchas de las mayorías, sustituyéndolas por las de una neolengua que nos desarma, al impedirnos pensar y sentir con autonomía, que confunde y distorsiona las relaciones entre las personas, grupos y países, y trastorna la identificación de los hechos y los símbolos, que convierte la inequidad social en hechos

naturales. Urge rechazar por todas partes esos instrumentos del sistema, divulgar sus funciones y defender el uso del idioma que el pensamiento social ha elaborado para conocer las sociedades, y promover la creación de los nuevos conceptos que sean necesarios. Para realizar esa tarea, que no puede esperar, no es necesario tener una correlación de fuerzas propicia, ni grandes recursos. Un aspecto central de la indispensable democratización de los medios de comunicación es lograr que en vez de servir de puente para la aceptación progresiva de la sumisión al imperialismo, sean vehículos de un lenguaje y un pensamiento favorables a las necesidades de la sociedad.

El capitalismo ha dejado de ofrecer al mundo las promesas del progreso, el desarrollo económico y la democracia, porque ya no le es posible siquiera invocarlos. En su lugar, apela a la fuerza de sus finanzas, recursos materiales y armamentos; a inducir a todos a creer que el mundo se divide en incluidos y excluidos, y que cada uno luche por ser un incluido; a utilizar la violencia criminal en una supuesta guerra mundial «contra el terrorismo», organizada por los mayores terroristas de la historia; a exigir a los países que se sometan y abandonen todo proyecto nacional; a desmoralizar y desalentar resistencias promoviendo la aceptación general de que son invencibles; y a fabricar e inducir consensos con su formidable maquinaria cultural. Explicar, divulgar y condenar esa estrategia de la dominación es un paso en el camino de debilitarla y comenzar a desmontarla.

Nada lograríamos, sin embargo, si no emprendemos desde ahora el cambio de nosotros mismos. Hay que hacer que el vigor y entusiasmo con que se participa en las actividades de protesta, denuncia o rebeldía se extiendan a prácticas de alcance más profundo y con tendencia a la permanencia, que nos eduquen para ser capaces de crear otro mundo diferente y opuesto —y no solo opuesto— al mundo en que vivimos. Esas transformaciones subjetivas serán las que contribuyan de modo decisivo al desarrollo de una fuerza suficiente para cambiar la sociedad.

Librarse de la dominación cultural es lo más difícil, y será un largo trayecto. Pero nada sustituye la primacía de la actuación. Objetivos muy concretos y perspectivas de cambios muy radicales, y trabajar en ambos campos a la vez: ese es el camino. Los millones que se manifiestan contra la guerra, junto a los que organizan vehículos sociales y políticos para la resistencia, los que construyen reforma agraria y se proponen abolir el hambre en países como Brasil, los que defendemos un futuro humano para la Humanidad en Cuba, los que resisten y combaten de mil maneras en tantos lugares del mundo, podemos y debemos redoblar y coordinar nuestros esfuerzos. La concientización y la protesta deberán ir

creando sus propias formas políticas y sus ideas, porque se avecina un conflicto mortal con el enemigo de la vida. Si llegamos a ser capaces de unirnos, haremos posible la victoria, y comenzaremos a hacerla realidad.

Notas

1. Una primera aproximación a este tema fue presentada por el autor, el 24 de enero de 2003, en el Tercer Foro Social Mundial de Porto Alegre, Brasil. La convocatoria pedía referirse a «la contradicción del sistema internacional, basada en un análisis del significado actual de imperio y del auge del unilateralismo. Lógica del terror y la guerra e inexistencia de la legalidad internacional. ¿Cómo puede ser rota la hegemonía interna y externa del gobierno de los Estados Unidos?». Aunque he ido mucho más allá en el análisis en esta redacción final, y he introducido valoraciones de los acontecimientos de los cuatro meses siguientes, prefiero respetar aquel punto de partida, que le dio su ámbito de contenidos y su propósito de contribuir a la actividad y el pensamiento de los opositores al sistema.

2. La obra *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri (Harvard University Press, Cambridge, 2000), tuvo enseguida gran repercusión y varias ediciones (véase *Imperio*, Paidós, Buenos Aires, 2002), y ha suscitado fuertes polémicas. Para unas críticas que comparto, véase Atilio Borón, *Imperio e imperialismo*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2002, y Néstor Kohan, *Toni Negri y los desafíos de Imperio*, Campo de ideas SL, Madrid, 2002.

3. Las experiencias socialistas incluían hechos graves que contradecían ese prestigio, pero es innegable que este se había afirmado mucho. La victoria soviética frente al fascismo y sus éxitos subsiguientes pesaban, mas el socialismo apareció en las luchas revolucionarias de países colonizados y neocolonizados como una opción propia frente a las coaliciones de enemigos internos y externos, y para la lucha contra el subdesarrollo.

4. «Neocolonialismo es el concepto que expresa la supeditación más o menos completa de un país que posee entidad estatal formalmente independiente, a otro Estado capitalista (o a más de uno) que viabiliza y representa a fuerzas económicas muy superiores a las del Estado neocolonizado, fuerzas económicas que constituyen el vehículo fundamental de la generalización y permanencia de aquella supeditación, aunque estén asistidas por fuerza política, ideológica e incluso militar». Fernando Martínez Heredia, «Neocolonialismo e imperialismo. Las relaciones neocolonialistas de Europa en África», *Economía y Desarrollo*, n. 58, La Habana, julio-agosto de 1980, p. 151.

5. En el famoso discurso en que inventó el término «cortina de hierro», Winston Churchill había dicho en Fulton, Estados Unidos, el 5 de marzo de 1946: «Los Estados Unidos están hoy en el pináculo de su poder mundial», para pedir a continuación una alianza anglo-norteamericana por fuera de la ONU. En una tormenta de opiniones diversas, el presidente Harry S. Truman se mostró complacido, mientras el Secretario de Estado, Henry Wallace, dijo temer que los anglo-norteamericanos anduvieran «pavoneándose por el mundo y diciéndole a la gente lo que deben hacer». Piqueteros en Nueva York cantaban a Truman: «No seas un pelele / del imperialista Winnie (Churchill)», mientras Stalin declaraba a *Pravda* que las naciones no deseaban cambiar «el dominio de Hitler por el dominio de Churchill». En aquella coyuntura, Gran Bretaña, los Estados Unidos y la URSS estaban ventilando un diferendo por el petróleo de Irán y por su influencia en aquella nación del Medio Oriente. ¡Cuántas diferencias, cuántas analogías! (Todas las citas son de Thomas G. Paterson, Garry Clifford y Kenneth Hagan, *American*

Foreign Policy. A History / since 1900, v. II, D. C. Heat & Company, Lexington, Mass, 1983, p. 445).

6. Hay algo más que hipocresía en los informes anuales sobre pobreza que publican instituciones como el Banco Mundial (BM), un protagonista del saqueo del mundo por las finanzas imperialistas. Su «lucha contra la pobreza» forma parte de la guerra cultural que contribuye a convertir en algo natural la explotación, al sustituir el ocultamiento por informaciones manipuladas y construcción de imágenes que «hermanan» al asaltante con el asaltado, crear confusiones y sugerir algunos paliativos convenientes al sistema, como el Documento de Estrategia de Lucha contra la Pobreza, de 1999, del BM y el Fondo Monetario Internacional. Véase Eric Toussaint, *La Bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, CADTM-Bruselas, Editorial Gakoa, San Sebastián, 2002, pp. 239-40 y 424.

7. Habría que recordar los dos Decenios del Desarrollo, de la ONU, y su Programa Mundial del Desarrollo Económico y Social, de 1975, que ratificaba el compromiso de los países desarrollados de aportar 0,7% de su PNB a través de la famosa asistencia oficial al desarrollo, la noción de nuevo orden económico internacional, etc. Pero no puedo detenerme en este, como en otros aspectos de suma importancia, para no desmesurar el tamaño y oscurecer el sentido de este texto.

8. Esas tres palabras eran el título del Panel del Tercer Foro Social Mundial donde presenté mi primera aproximación a este tema.

9. No abordo aquí las debilidades de la economía, ni la pésima situación en que viven varias decenas de millones de personas en los Estados Unidos, pero es obvio que el control de ambas cuestiones es también una motivación principal para el grupo dominante.

10. La política de «apaciguamiento activo» de Gran Bretaña y Francia, en 1936-1939, pretendió disuadir a Adolfo Hitler para que cesaran las conquistas fascistas en Europa. Cuando se firmó el Pacto de Munich (29 de septiembre de 1938) entre Alemania, Italia, Gran Bretaña y Francia, el primer ministro británico dijo que se había conseguido «la paz para nuestra época». Todo fue inútil: antes de un año había comenzado la Segunda guerra mundial.

11. Véase Fidel Castro, «Discurso en la concentración por el 1º de mayo de 2003», *Granma*, 2 de mayo de 2003.

12. Sheldon Wolin, constitucionalista, Profesor Emérito de Ciencia Política en la Universidad de Princeton, escribe en «Totalitarismo invertido», publicado en *The Nation*: «la guerra de agresión a Iraq oscurece el cambio de régimen que se está produciendo en la *homeland* [palabra inglesa para patria, preferida por Bush. FMH]». Y argumenta acerca de los rasgos de la imposición progresiva en el país de «un sistema de totalitarismo invertido», que persigue los mismos objetivos que los nazis, pero con métodos y acciones diferentes. Por su parte, el filósofo italiano Giorgio Agamben (*Frankfurter Allgemeine Zeitung* 19 de abril de 2003), compara el estado de excepción aplicado por el gobierno de Bush con la Orden para la Protección del Pueblo y el Estado, de Hitler, en 1933. Tomo estas informaciones de Carlos Fazio, «Los nuevos nazis» (*La Jornada*, México DF, 19 de mayo de 2003), que a su vez califica: «la política bushista basada en la concentración del poder corporativo en casa y un imperialismo agresivo en ultramar», en revista digital *La Jiribilla*, www.lajiribilla.com, La Habana, 19 de mayo de 2003.

13. Lo hice en un breve texto, «Los intelectuales y la dominación», el 26 de abril de 2003, publicado en órganos digitales, como *Rebelión*, de Madrid, y *La Jiribilla de Papel*, n. 0, La Habana, mayo de 2003.

© TEMAS, 2003.

Terrorismo y amenazas imperialistas

Isabel Monal

Profesora e investigadora. Instituto de Filosofía.

Los horribles atentados del 11 de septiembre, y las Guerras que les han seguido, marcan sin dudas un hito cuyo significado y proyección futura no se puede ignorar ni minimizar. Salvo excepciones, existe una tendencia a conferirle al atentado terrorista la exagerada dimensión de demarcación de cambio de época o de inicio de un nuevo orden internacional. No parece tampoco acertado el juicio que lo ubica, en cambio, como un acontecimiento casi anecdótico, con lo cual se minimiza el impacto real que ya ha tenido, y sigue teniendo, en las configuraciones geopolíticas y geoestratégicas. Sin dudas, una transformación importante de estas configuraciones está teniendo lugar, pero el mundo no parece haber cambiado en el sentido profundo del término. Visto en su proyección, el acto terrible del 11 de septiembre y la riposta estadounidense, junto con los antecedentes de la Guerra del Golfo y de los ataques a Yugoslavia, permiten, en lo esencial, la conformación y afianzamiento del llamado nuevo orden mundial surgido después de la caída del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la URSS. Ahí radicaría el cambio más significativo. Pero no el único.

No parece posible tratar de entender, al menos parcialmente, lo que ha ocurrido, si no vemos la encrucijada de varias transversales, en cuya lógica habría que ubicar el sangriento acto terrorista más espectacular imaginable, aunque su número de víctimas —no está de más aclarar enseguida— no alcanza las espeluznantes cifras de lo que alguien ha llamado con justeza el terrorismo silencioso del hambre y las enfermedades de cientos de miles de niños del Tercer mundo, víctimas del muy injusto orden económico, político y social mundial.

Algunas de esas transversales son de particular significación para el objeto de este análisis.

La causa antiterrorista. Geoestrategia e ideología

En primer lugar, lo más acertado sería comprender que el 11 de septiembre debe, en parte, su ocurrencia al hecho de que el mundo no ha cambiado como debía, ni se ha modificado en la dirección de una mayor justicia social y equidad, por una parte, ni de una disminución

o, mejor aún, desaparición de la hegemonía, dominio y explotación imperialistas, por otra. Sin embargo, en el marco del capitalismo neoliberal que se internacionaliza, se han producido conocidos cambios en un sentido inverso: ha habido, desde hace más de diez años, una intensificación de ese dominio, una pobreza y miseria crecientes, desigualdades que se ahondan, países enteros amenazados con desaparecer por miseria y enfermedades (como es el caso del SIDA en gran parte de África), flagrantes injusticias que proliferan, y relaciones internacionales impositivas, arrogantes y humillantes. Nunca antes fue tan terrible el panorama del planeta; nunca antes la humanidad había conocido un poder imperial unipolar tan poderoso. Es en ese panorama, en primera instancia, que habría que ubicar los atentados del 11 de septiembre, si se quiere ser serio y abarcador.

En realidad, hay una contradicción en el sistema de explotación y dominación que obliga a los Estados Unidos a encontrar «soluciones» que permitan la supervivencia de aquel. Desde 1948, se manifestó la conciencia de la existencia de este problema y, por tanto, de los objetivos que debían mantenerse de una administración a otra. Así, George Kennan, cuando dirigía el equipo de planificación del Departamento de Estado, constataba que los Estados Unidos poseían alrededor de 50% de las riquezas mundiales pero solo 6,3% de su población. «Nuestra verdadera tarea —continuaba la argumentación— en el período que viene es desarrollar un sistema de relaciones que nos permitirá mantener esta posición de desigualdad sin poner en peligro nuestra seguridad nacional».¹ Cuánto tiempo podrá mantenerse esta situación con su contradicción insuperable (siempre y cuando el peligro no se entienda como amenaza a la seguridad, sino a lo insostenible del sistema), es una pregunta que nunca ha dejado de estar sobre el tapete, pero que los atentados del 11 de septiembre han recordado en su actualidad.

Los Estados Unidos decidieron enfrentar el terrorismo que ahora los golpea de la peor manera posible, haciéndole la guerra al pueblo afgano en nombre de una cruzada antiterrorista, cuyo objetivo central y verdadero, de tipo geoestratégico y geopolítico, busca en realidad incrementar y consolidar su poder y control sobre el mundo, y para lo cual el antiterrorismo es una útil y «honesta» fachada de presentación. Se trata, pues, de una guerra neocolonial e imperialista de amplias proyecciones, lo que no quiere decir, como a veces se lee, que la búsqueda de Bin Laden y la destrucción de los talibanes haya sido solo un pretexto. Sin dudas, son pretextos para ocultar y justificar objetivos más importantes y vastos, pero la lucha contra el terrorismo que los azota directamente, y la consecuente lucha contra los talibanes y su huésped, fueron también objetivos

de sus acciones, aunque no los únicos ni los más importantes.

Contrariamente a lo que se quiere hacer creer, el imperialismo no ha desaparecido de la faz de la tierra con las mundializaciones múltiples y las transnacionales, sino que ha entrado en una nueva fase o, como sostienen algunos especialistas, se ha transformado en un nuevo imperialismo. En cualquiera de los dos casos, lo que interesa subrayar no es solo su permanencia como tal, sino que, con los nuevos desarrollos y sin por ello modificar su naturaleza esencial, el imperialismo ha sufrido transformaciones cualitativas importantes con la nueva fase de la internacionalización del capital y esas formas múltiples de mundialización que lo acompañan, formando un conjunto de estrechas imbricaciones. En las nuevas circunstancias, ya no se trata, para el imperialismo en general, de un control militar o colonial directo sino, en particular, del control de los mercados y de la dominación tanto política como militar necesarios para ello. No existe, pues, una tendencia a controlar directamente determinados territorios, sino más bien a controlar la economía mundial y los mercados globales. Por ello, al poder unipolar le resulta imprescindible liberarse tanto de las trabas (económicas, políticas o militares) que le impidan ejercer su dominación a escala planetaria, como de obstáculos tales como el respeto a las fronteras o a las soberanías nacionales, en especial las de los Estados del Tercer mundo y de aquellos que no sean sus propios aliados o sus servidores. Todo ello no quiere decir que el uso de la fuerza no le sea necesario; por el contrario, ella continúa desempeñando un papel fundamental. Pero, en las nuevas circunstancias, ese ejercicio de la fuerza demanda condiciones de gran flexibilidad y que se pueda llevar adelante lo más rápidamente posible. Estos objetivos estratégicos demandan, a su vez, variadas formas complementarias a la mundialización económica, tales como las intervenciones militares y políticas, para que la internacionalización del capital tenga éxito y pueda ser permanente. Es un conjunto necesario para la expansión y el reforzamiento imperialistas, y para que la potencia unipolar logre establecerse con más fuerza y más plenamente.

Pero la treta de descalificar el concepto y la teoría del imperialismo ha rendido, sin embargo, sus frutos, incluyendo las ingenuidades y «modernismos» de una parte importante de la izquierda. Resultó, por ejemplo, muy útil en momentos específicos, como la guerra contra Yugoslavia y la intervención en Kosovo, y también en la guerra contra el pueblo afgano y a favor del proyecto imperial en curso, con fachada de antiterrorismo. Sin dudas, la descalificación del concepto de imperialismo ha sido, como ha señalado Samir Amin, una útil jugarreta ideológica. Los que hablan de imperialismo y

antimperialismo son acusados de retardatarios, de estar rezagados respecto a los avances cognoscitivos de las ciencias sociales, y a permanecer atrapados en ideologismos ya superados. Es un triste espectáculo leer, en ocasiones, a respetados teóricos de la izquierda en filigranas a la moda para escapar del anatema. Claro que la deslegitimización de la idea del imperialismo conlleva la inmediata consecuencia de deslegitimar, asimismo, la lucha real y política contra él, y el concomitante resultado de favorecer la acción imperial en todas las latitudes. Ayuda, igualmente, a legitimar la retórica capitalista e imperialista dominante, y priva a los movimientos populares y de izquierda de un arma formidable de lucha y de esclarecimiento ideológico.

Afganistán en perspectiva: la guerra equivocada

Existen indicios de que esta guerra imperialista por mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo había sido concebida y planeada desde meses antes de los acontecimientos del 11 de septiembre. Es lo que afirmó, en una entrevista a la BBC, Niaz Naik, ex ministro paquistaní de Asuntos Exteriores. Al parecer, desde fines de julio de 2001, funcionarios norteamericanos le habían hablado de un plan que buscaría lanzar una operación militar para derrocar al régimen talibán e instalar en su lugar un gobierno de afganos «moderados»; esto se llevaría a cabo, a más tardar, hacia mediados de octubre (antes de las nieves) desde las bases situadas en Tadjikistán, en donde los consejeros de los Estados Unidos ya estaban presentes.² Este dato es importante porque confirma, además, el trasfondo de las verdaderas intenciones geoestratégicas, ya que la guerra no estaba directamente motivada por el afán antiterrorista. Asia representa un área de vital interés estratégico para los Estados Unidos en su línea de reafirmar y potenciar su propio papel de centro mundial del imperialismo. La guerra contra Afganistán se inscribe en esa óptica.

Sin dejar de tener en cuenta que el motivo central de esa guerra y la cruzada antiterrorista radica en sus intereses geopolíticos de supremacía mundial, existen asimismo varios otros objetivos muy importantes. El eje petrolero es, sin dudas, uno de ellos; se trata, sobre todo, del control económico y militar de los grandes corredores energéticos, un hecho reconocido por la prensa burguesa y por innumerables analistas más o menos lúcidos, que no son precisamente de izquierda; en el entendido, además, de que el control y la garantía del petróleo es también una condición para la supervivencia de la supremacía del imperialismo contemporáneo y de su representante máximo y más

poderoso. Zbigniew Brzezinski deja claramente expuesta la importancia de Asia central cuando subraya la necesidad del control estadounidense de lo que él denomina los «Balcanes eurasiáticos», que incluyen el territorio desde el área caucásica del Caspio hasta las repúblicas ex soviéticas de Asia central, así como Afganistán e Irán. Para él, queda muy claro que el área está situada en una posición central respecto a la red de comunicación destinada inevitablemente a conectar de manera más directa la extremidad más rica e industrializada de la Eurasia occidental y la oriental.³

Ese dominio necesita no solo el control de las vías energéticas, sino también de las articulaciones esenciales, infraestructuras, comunicaciones, intercambios y comercio. Tal control requiere territorio, sometimiento de las poblaciones y bases militares que posibiliten prontas intervenciones. La supremacía militar es una condición para el mantenimiento y la ampliación de la supremacía económica y política, capaz de quebrar resistencias y de tomar el lugar de otras influencias competitivas. El cambio cualitativo del imperialismo no supone la desaparición o disminución de la importancia de las bases militares. Por ejemplo, el papel tan importante de la aviación moderna en la estrategia de dominio, puesta en evidencia en el Golfo, Kosovo y Afganistán, requiere de una cierta cercanía al teatro de las operaciones, pero también son útiles para el sometimiento permanente de las áreas ya bajo control. Con la presencia de bases en el corazón de Asia —no solo en Afganistán, sino también en algunas de las repúblicas ex soviéticas—, se obtiene una posición prominente en el área y se posibilita el establecimiento de un cordón de bases del Pacífico al Golfo Pérsico. La progresión de los últimos años es significativa; gracias a la guerra del Golfo, los Estados Unidos lograron finalmente implantarse en el Medio Oriente; con la guerra contra Yugoslavia han instalado bases en Bosnia, Kosovo y Macedonia; después se instalan en Afganistán y varias de las ex repúblicas soviéticas (Tadjikistán, Turkmenistán y Georgia). No es cuestión de una forma colonial directa, no se gobiernan los territorios de la manera clásica colonial, pero se utilizan bases y hasta se pueden crear, en caso necesario, especies de protectorados con fachada de internacionales, que permitan el avasallamiento necesario.

Esta guerra imperialista buscaba mantener e incrementar la supremacía de los Estados Unidos en el mundo. Pero el hecho de que, por su naturaleza, fuera imperialista no excluye, sin embargo, como ya ha observado algún estudioso, que poseyera rasgos propios de las guerras colonialistas clásicas tradicionales: la indiscutible superioridad tecnológica de las armas de los invasores (que en el caso de Afganistán fue

devastadora), la inserción de la guerra en un conflicto étnico-tribal en curso, utilizando una de las partes contra la otra; decisión desde el exterior de cuál gobierno debe ser el del país vencido, reparto del botín, etcétera.⁴

La presencia de las bases militares o de ejércitos extranjeros puede también quedar «justificada» porque perdure una situación de inestabilidad, tal y como viene ocurriendo en Kosovo, por ejemplo. Aquí el mantenimiento de la desestabilización «muestra» la necesidad de la presencia militar extranjera.⁵ En el caso de Afganistán, y de Asia central en general, el designio está claro: de una forma u otra se mantendrá la presencia militar estadounidense y, para Afganistán en específico, también la de algunos de sus aliados (Gran Bretaña en particular) por largo tiempo.

Es conveniente, para el designio de dominación imperialista, esta multiplicidad de las fuerzas de intervención y ocupación porque permiten la fachada internacional y, con ello, la referencia a la famosa «comunidad internacional», designación secuestrada por los poderes imperiales desde la Guerra del Golfo. Aunque el caso de Afganistán ha sido, en muchos sentidos, una especie de repetición de lo ocurrido en el Golfo en 1991, en tanto primera guerra del nuevo orden, hay, sin embargo, importantes diferencias. Una de ellas es precisamente el papel de los aliados y las relaciones entre ellos. La progresión, en ese sentido, es bien significativa. Para Iraq se buscó, y se logró, el aval y la participación de la ONU. Ello implicó, no obstante, dificultades en la conjunción de voluntades políticas e innumerables ajetreos diplomáticos para lograr el consenso entre tan variados aliados. Para los ataques a Yugoslavia y su provincia de Kosovo, las fuerzas imperialistas prefirieron limitarse solo a la OTAN, lo cual les permitía una mayor libertad de movimiento y decisión, e introducía la alianza de los poderosos como fuerza interventora y de gendarme internacional, un precedente importante y necesario para los proyectos de reparto y dominación del mundo. Pero en el caso de Afganistán, hasta el uso de la OTAN parecía mucho para los Estados Unidos; ello hubiera provocado, a sus ojos, tener en cuenta muchas opiniones y demasiados miramientos y concesiones. Se montó, cierto, una alianza, pero solo para apoyar y sostener a los Estados Unidos. En este caso, se dejó de lado hasta los aliados más cercanos de la OTAN para tener las manos totalmente libres; después de todo, el argumento ha sido que los Estados Unidos habían sido atacados. Con la nueva guerra, estos han establecido su autonomía bélica. Aquí se está también frente a un precedente de consecuencias incalculables, más aún si se tiene en cuenta que el ataque terrorista del 11 de septiembre generó una onda de aceleración de las acciones y proyecciones imperiales.

Y con ello la tentación de manejar y salvaguardar el sistema mediante la guerra.

Se trata de la guerra como política o como una manera privilegiada de hacer política. Brzezinski lo establece claramente, con bastante anticipación a los atentados de septiembre. Para el consejero del presidente James Carter, «lo que hay que preservar es el sentimiento de que el orden del mundo reposa, en última instancia, sobre los Estados Unidos [...] Ellos deben estar en posición de actuar solos y de manera independiente cuando la acción colectiva no pueda ser orquestada».⁶ Una divisa claramente establecida en la progresión, que acaba de señalarse, que va del Golfo a Afganistán, a Iraq. Para la en ocasiones inconveniente opinión pública norteamericana y la de los aliados europeos, ya se había encontrado también una salida. Ante el temor de que la duración de la guerra, con sus atrocidades, hubiera logrado hacer bascular la opinión en el sentido contrario a la guerra, la garantía de que sería de corta duración, al menos en su período más grave y terrible, impediría que el movimiento por la paz lograra hacerse fuerte y potente, como ocurrió con Viet Nam.

La guerra contra Afganistán fue la continuación y profundización de la misma lógica imperialista que condujo a la Guerra del Golfo y a la guerra contra Yugoslavia, las cuales forman a su vez un conjunto con las violentas agresiones a Panamá y Somalia. Es esa transversal de la geopolítica del designio de dominación y explotación, con las características de las nuevas formas del imperialismo, la que enlaza, en la encrucijada, con el desafío terrorista. Lo que no excluye, por supuesto, que el componente antiterrorista sea real y legítimo.

Pero esa guerra, además de ser un crimen, fue un grave error. No solo porque la situación de confrontaciones se ha extendido, y produce caos e ingobernabilidad, sino también porque, aun cuando las fuerzas imperialistas y sus socios (incluyendo a los nuevos servidores de antiguas repúblicas soviéticas decididas a unirse al carro del poder unipolar y con la ilusión de participar en el juego de influencias de la región) hayan obtenido la victoria militar, las consecuencias políticas y sociales para toda la región y el resto del mundo serán impredecibles. Los talibanes, pero sobre todo Bin Laden y su red Al Qaeda, podrían emerger como héroes, y hasta casi santos, ante significativas masas de creyentes y gente humilde, y sus futuros émulos y seguidores podrían multiplicarse indefinidamente. Estos no serán resultados necesariamente inmediatos —¿cuánto tiempo pasó desde que Arabia Saudita autorizara la presencia de tropas norteamericanas en su suelo (uno de los agravios esgrimidos por Bin Laden) y los atentados de Nueva

En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas— los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión.

York? Por eso no se sabe cuándo ni cómo será el verdadero fin de la guerra, y mucho menos cuáles nuevas y peligrosas amenazas acecharán la tranquilidad del planeta. El odio que esta guerra puede haber engendrado puede ser infinito, y las amenazas inimaginables. No es posible avasallar y humillar indefinidamente a poblaciones enteras sin que, desprovistas de perspectivas y esperanzas reales, se dejen llevar por el barranco sin solución de las reacciones irracionales. Por el momento, no obstante, son los triunfos de los Estados Unidos y sus aliados cercanos los que dominan el escenario, lo cual ha traído como una de sus consecuencias que el imperio se sumergiera en una euforia triunfalista y arrogante que lo estimula aún más a la gestión por la guerra y el intervencionismo en los asuntos del planeta, como se ha visto después en Iraq.

Terrorismos, fundamentalismos y política imperialista

El tratamiento paradójico, oportunista y desequilibrado por parte de los Estados Unidos de los problemas del Medio Oriente, y del mundo árabe y musulmán en general, están en la raíz de muchos de los males de hoy, incluyendo el terrorismo. Durante décadas el imperialismo occidental se esforzó, con bastante éxito, en liquidar a líderes y movimientos enteros de esos países que no servían a sus intereses o que consideraban demasiado radicales o comunistas. La lista sería larga, pero resulta imprescindible entrar en algunas precisiones sobre los más significativos, respecto al presente análisis.

Durante décadas los países imperialistas europeos, y los Estados Unidos en particular, llevaron a cabo una política sistemática de subversión y aniquilamiento no solo de los gobiernos o movimientos procomunistas, sino también contra todas las tentativas de desarrollo independiente que sobre bases relativamente laicas trataron de implementar diversos países del Tercer mundo, en algunos casos inclusive de naciones recién salidas del estatus colonial. Irán, el Egipto de Nasser, Indonesia y la Argelia del FLN, son ejemplos típicos de esta política de hostilidad de Occidente. Esa hostilidad no se encuentra, sin embargo, hacia los regímenes feudales y oscurantistas de la región.

En 1953, el gobierno progresista, nacionalista, reformista y laico de Muhammad Mossadegh fue liquidado por un golpe fomentado por la CIA; sus seguidores, incluyendo a los comunistas del partido Toudeh, fueron masacrados por miles en un baño de sangre sin precedentes entonces. Fue aquel gobierno, es oportuno recordarlo, el que nacionalizó los campos de petróleo de Irán. En la década de los 60, Ben Barka fue asesinado mediante un contubernio entre los agentes de Marruecos y los franceses. A mediados de esa década, el gobierno progresista y de política exterior independiente de Sukarno, en Indonesia, fue eliminado mediante un golpe que encabezó Suharto y fomentaron los Estados Unidos. Decenas de miles de comunistas y de seguidores del presidente fueron asesinados. Esa política de sistemática liquidación de movimientos y gobiernos laicos, ya fueran reformistas, nacionalistas o revolucionarios, y de la consecuente destrucción de las esperanzas y de las opciones de desarrollo y de independencia, no podía dejar de traer nefastas consecuencias.

Comentando esta situación, Samir Amín hacía notar recientemente cómo el capitalismo y el imperialismo occidentales habían liquidado poco a poco, o reducido a su ínfima expresión, las fuerzas laicas no pronorteamericanas o no sometidas a algunos de sus aliados occidentales (el caso de Ben Barka), lo que finalmente creó un vacío político. Este vacío, unido a la permanencia de las condiciones de hambre, explotación y opresión de amplias masas, por muchos de aquellos gobiernos pro-occidentales, fue abriendo el camino y creando condiciones para el islamismo político, sobre todo el integrista; un proceso que entonces, y por muchos años, contó con el aliento, apoyo y promoción de los poderes imperialistas, los cuales salieron muy beneficiados entonces con aquellos resultados, además de alejar el tan temido peligro de los cambios revolucionarios. No se insistirá lo suficiente en lo desastroso de esta política para el mundo árabe y musulmán y, en consecuencia, para todo el planeta.

El Islam político es, en general, una tendencia retardataria y oscurantista que se asienta en una ideología conservadora y hasta reaccionaria, particularmente opresora respecto a las mujeres. En la época del alza del movimiento de liberación nacional en los países árabes (con sus limitaciones) tales como el nasserismo,

el baathismo, Boumedién, etc., el Islam político no existía. No porque estuviera reprimido, sino porque existían alternativas reales de llevar adelante proyectos de desarrollo, nacionalistas, reformistas, etc. Ha sido ese vacío, creado por las interferencias e intervenciones imperialistas, con su aniquilamiento de las esperanzas, lo que ha permitido el surgimiento de la situación actual, generadora de terroristas fanáticos extremistas.

Tal y como muestra la historia hasta ahora, el Islam político integrista no es, en general, el que ofrece las alternativas de sociedades más justas y, por tanto, antifeudales y equitativas. En sentido general, su presencia ha sido poco significativa en los movimientos de contestación y protestas actuales. En su esencia, no se caracterizan, salvo excepciones, como antineoliberales, o propiamente antimperialistas; cuando más, se manifiestan como antinorteamericanos, y ya esto es en cierta forma una limitante, porque no apunta al sistema como tal. Lo que no excluye, sino todo lo contrario, la necesidad de unir al conjunto de los movimientos populares, de protesta y antimperialistas con los movimientos populares de tradición islámica no identificados con el terrorismo universal.

En realidad, la estrategia del imperialismo parece haber impuesto una lógica infernal. Se liquidan gobiernos y fuerzas laicas nacionalistas, se crea un vacío político que inmediatamente es llenado por el Islam político y por las redes terroristas, también fomentadas contra los movimientos progresistas; a su vez, las condiciones de miseria, explotación y humillación se hacen cada vez más intolerables, y se incrementa y desborda, en consecuencia, un terrorismo ciego e irracional a escala planetaria.

No se puede ver el terrorismo actual como algo totalmente ajeno a esta evolución, como tampoco es inseparable de toda la atmósfera de violencia, asesinatos, torturas, impuestos, por ejemplo, en América Latina por terribles dictaduras (promovidas y alentadas por la CIA y los procónsules del imperio), y mucho menos separado de la desgarradora situación del Medio Oriente y la agresión continua a los palestinos.⁷

Bin Laden ha dicho que ya nunca más los Estados Unidos se sentirán seguros, y que vivirán con las mismas incertidumbres y sufrimientos que los árabes y los musulmanes vienen sufriendo desde hace décadas. Aunque parte de los objetivos de esa guerra absurda se alcanzaron, todo parece indicar que, efectivamente, Bin Laden y sus seguidores estarían logrando ese propósito; pero, ¿a qué precio? En primer lugar, ¿qué sentido ni valor puede tener, política y moralmente, precipitar al pueblo norteamericano al temor y desasosiego permanentes? Nada podrá justificar las víctimas inocentes de uno u otro lado (el pueblo norteamericano y los civiles afganos), y el resultado del atentado ha

sido también elevar la imagen del imperialismo a los ojos del mundo, y facilitar en bandeja de plata justificaciones y argumentos para llevar adelante, ampliar y profundizar sus designios geopolíticos. El imperio se ha hecho más arrogante y se siente empujado a tener que demostrar su poder ante el mundo, a no dejarse humillar y a mantener el miedo que a muchos inspira. El imperio más fuerte y poderoso de la historia de la humanidad no puede permitir tranquilamente «perder la cara» y aceptar con pasividad el golpe recibido. ¿Es que los irracionales y fanáticos terroristas del 11 de septiembre no anticiparon la furia del gran poderoso? Toda esta visión del integrismo terrorista está demostrando, entre otras cosas, cuán peligroso y criminal puede ser este tipo de primitivismo político con su enfoque irracional del mundo, de la historia y de las formas de lucha para la transformación del mundo y, mucho menos, si se quiere un mundo mejor y más justo.

El terrorismo bárbaro y ciego guiado por el odio, no es un camino ni una salida: es un salto al vacío. El odio irracional al imperio, que ellos además convierten en odio al pueblo estadounidense, no es ni podrá ser la vía para ese mundo mejor y más justo, para un mundo en que un puñado de países no exploten ni humillen a la mayoría de la humanidad, ni existan las enormes desigualdades entre pobres y ricos, y débiles y poderosos. De hecho, conduce a lo contrario.

Debe llamar a seria reflexión, por otra parte, lo que significó que no solo muchos árabes y musulmanes recibieran la noticia del ataque con indiferencia y hasta con beneplácito, sino que, aunque más mitigado, no produjo todo el rechazo y la condena que merecía entre sectores de otras muchas partes del mundo. Es una mala noticia para el imperio y sus aliados, que no quieren acabar de aceptar cuánto es el odio acumulado y creciente de amplias masas de la población mundial; pero es, sobre todo, una mala noticia para la humanidad en su conjunto, en especial, para los que creen que un mundo mejor es posible y que se puede y debe luchar sin descanso por obtenerlo.

Esa indiferencia es lamentable, en primer lugar, por una cuestión de principios y de ética, pero también por razones políticas: ese camino no conduce sino a la desorientación y al caos; no es la vía (ni forma parte de la vía) para cambiar el mundo, ni es tampoco el camino para luchar y liquidar al imperialismo. En el odio irracional y primitivo no hay un verdadero programa, ni un verdadero proyecto de sociedad ni de relaciones internacionales sensatas y equitativas. Y debe preocupar que tantos en el mundo, que están del lado opuesto al imperialismo y al neoliberalismo, se puedan extraviar y confundir de esta forma. No hay que subestimar todo lo que estas acciones encierran. Desgraciadamente, el

imperio y sus acólitos no sacarán de ello ninguna lección (los manifestantes en Pakistán escribían en una gran pancarta: *Americans, think why you are so hated all over the world* [Norteamericanos, piensen por qué son tan odiados en todo el mundo]). No pensarán mucho, pero la izquierda y el movimiento popular y progresista en general deben ser más sabios y extraer las conclusiones que se imponen.

Uno de los designios aparentes más malsanos y peligrosos de Bin Laden y los talibanes es provocar un choque o guerra de civilizaciones. Son tantos los daños y sufrimientos infligidos por el Occidente desarrollado, que ellos y muchos más creen que ha llegado la hora de la *jihad* y de la lucha de civilizaciones. Y, sin dudas, una de las reacciones más contraproducentes y más en consonancia con la línea de este objetivo ha sido la guerra criminal de los Estados Unidos y sus aliados contra el pueblo de Afganistán con visaje de lucha contra el terrorismo y del derecho de los Estados Unidos, atacados, a ripostar. La soberbia del imperio, los aliados, los oportunistas y los genuflexos y temerosos de la furia del imperio, apoyan y siguen detrás; y tal parece que ninguno de ellos comprende o quiere comprender las consecuencias terribles e impredecibles de la guerra para el planeta todo. Una guerra que, en definitiva, no acabó con el terrorismo, al menos con este tipo de terrorismo de fanáticos kamikazes. Y uno de los peligros más graves de esta «riposta» es, precisamente, favorecer y crear condiciones propicias para el buscado choque de civilizaciones o algo aproximado.

No parece exagerado preguntarse si no era precisamente esa reacción guerrerista la que secretamente anhelaban los autores del atentado, con el fin de precipitarnos en ese abismo. Los dirigentes estadounidenses y sus aliados no se cansan de repetir que no fue una guerra contra el Islam ni los musulmanes, que se trató solo de los terroristas. Pero los hechos sangrientos de la guerra, sus imágenes, el número increíble de víctimas civiles, la enorme cantidad de tiros errados (muy superior a los de Yugoslavia), han podido más que las palabras, discordantes con esa realidad. De pronto, las «armas inteligentes» dejaron de serlo o ya no lo son tanto; ¿puede alguien creer realmente en esas cifras de accidentes?⁸ ¿No pueden pensar muchos, con razón, que con ello se buscó llevar al pueblo afgano a una desesperación extrema, que lo obligara a rebelarse contra los talibanes y sus huéspedes? El cuadro que ha ofrecido esta guerra no puede borrarse con declaraciones ni con las hipócritas bolsitas de comida que fueron lanzadas durante los días de los feroces bombardeos.⁹ ¿Qué podría generarse en este caldo de cultivo, a la vez que seguían las matanzas de palestinos y se bombardeaba y bloqueaba a Iraq y morían más niños iraquíes que con el atentado a las torres gemelas?

Es necesario recordar aquí que Bin Laden, los talibanes y muchos otros terroristas y organizaciones terroristas fueron tolerados, estimulados, aplaudidos y hasta creados y apoyados por los propios Estados Unidos durante décadas. Es conocido que Bin Laden es un Frankenstein de la CIA, y quizás algunos hayan olvidado que, en su momento, el entonces presidente Bill Clinton, ante las críticas contra los desmanes de los talibanes, solo atinó a justificarlos argumentando que era la mejor solución para Afganistán, pensando probablemente en la estabilidad que habían traído.

Pero la larga y siniestra historia de la colaboración, promoción y apoyo de Washington a los terroristas de varios horizontes y, en particular, con los terroristas islámicos, no comenzó con Bin Laden y los talibanes. En su lucha obsesiva contra el socialismo y el comunismo —y, en general, contra todos los movimientos progresistas—, los Estados Unidos concibieron la promoción del islamismo político extremista como una fuerza de choque y de subversión. Por la vía de Pakistán, y con la ayuda de Arabia Saudita, dieron luz verde primero, y financiamiento y entrenamiento después, a las diversas sectas fundamentalistas de Afganistán, incluyendo, en su momento, a los talibanes.

Desde enero de 1980, los propios Estados Unidos financiaron las escuelas de terrorismo instaladas en los territorios tribales del Noreste. Allí se formaron varias oleadas sucesivas de terroristas. Aquellas escuelas del terror estuvieron apoyadas por la CIA, y sus egresados pasaron a ser conocidos internacionalmente como los «afganos», aunque, en realidad, eran grupos compuestos por profesionales del terror de muchos orígenes árabes y musulmanes. Después se fueron repartiendo por el mundo y constituyendo redes; algunos se trasladaron a Argelia y otros hacia los Estados Unidos. El propio Brzezinski se ha ufano de haber sostenido a los combatientes moujadines en la lucha contra el gobierno procomunista de Afganistán, desde mediados de 1979, es decir, seis meses antes de que la Unión Soviética entrara en ese país.¹⁰ Las cifras sobre este ejército de fanáticos islamitas radicales y asesinos se cuentan en alrededor de cien mil. Existe también el dato de que algunos de los grupos islamitas de Argelia fueron entrenados en los Estados Unidos —algunos directamente por expertos de la CIA— para el asesinato. En realidad, como lo muestra la historia de los últimos lustros, ha sido el propio pueblo de los países árabes y musulmanes la primera y más sufrida víctima de los terroristas integristas.

Contrariamente a lo que pensaban Bin Laden y sus socios, la CIA los manipuló y los utilizó en su guerra contra el socialismo y el comunismo, en particular en Afganistán. Llevados por su fervor religioso extremo,

los combatientes islámicos parece que ignoraban, en su mayor parte, que luchaban por los intereses de los Estados Unidos. El mismo Bin Laden no estaba consciente de esta manipulación.¹¹ En realidad, los llamados *freedom fighters* [luchadores por la libertad] actuaron sin fronteras en su cruzada asesina. No solo actuaron en países árabes, sino también en otros países musulmanes. Establecieron nexos con los ejércitos musulmanes de Chechenia y de Bosnia. Y también con la UCK de Kosovo y Macedonia. Todo bajo la mirada complaciente o el apoyo de la gran potencia imperialista y, en algunos casos, como en los conflictos yugoslavos, con el visto bueno de algunos de sus aliados de la OTAN. Todo quedaba justificado por el enfrentamiento al «malévolo» comunismo.

A raíz de los terribles ataques del 11 de septiembre, los gobiernos árabes, por la voz de Hariri y Moubarak hicieron explícito, en la BBC, que ellos habían prevenido a los Estados Unidos que estaban fabricando terroristas peligrosos. Ahora esos terroristas se han virado contra sus propios promotores. Como bien dice Noam Chomsky, por todo esto y otras muchas cosas, solo si se olvida su pasado, los Estados Unidos pueden ser considerados como una víctima inocente.

Algunos periodistas habilidosos de los medios occidentales han tratado de hacer creer que la llegada al poder de los talibanes fue solo obra de Pakistán, como si ignoraran que el financiamiento a chorros de la CIA —junto con el saudita— llegaba a los «luchadores por la libertad» (es decir contra el gobierno comunista de Afganistán, primero, y la ulterior intervención soviética, después), por vía de los servicios secretos de Pakistán (ISI).

En realidad, era un negocio para ambos; nadie debe dudar, porque está claramente expresado por los propios dirigentes pakistaníes de la época: ellos les hacían un servicio a los Estados Unidos y estos debían aceptar que Pakistán fuera implementando su propio proyecto panislámico bajo su control en la región, que necesitaba, entre otras condiciones, a Afganistán como su Estado vasallo. El islamismo militante recibió un impulso decisivo durante la presidencia, en Pakistán, del general Zia Ul Haq entre 1977 y 1988. Concentró entonces un grupo poderoso de oficiales en los servicios de información, los cuales estaban animados de una ideología que mezclaba el nacionalismo anti-indio y el mesianismo islámico. Cinco semanas antes de su muerte, el dictador explicaba que su finalidad era un «alineamiento estratégico» en Asia del sur, y que para ello necesitaba que Afganistán se convirtiera en un Estado satélite. Su objetivo central consistía en llegar a dirigir una confederación panislámica.

Ustedes los norteamericanos —razonaba Ul Haq— desearon que nosotros fuéramos un Estado de la línea del frente. Al ayudarlos en Afganistán hemos ganado el derecho

de tener en Kabul un régimen escogido por nosotros [...] Será un verdadero Estado islámico, una verdadera confederación islámica, una parte del renacimiento panislámico que ganará un día, ustedes lo verán, a los musulmanes de la Unión Soviética.¹²

El apoyo incondicional de Washington al Islam militante y, en el caso de Afganistán, por intermedio del ISI pakistaní, trajo consecuencias que todavía hoy se están padeciendo. En Pakistán y en el mundo entero, la CIA estimuló y financió, con la visión a corto plazo que ha caracterizado en este asunto a las diversas administraciones estadounidenses, las corrientes más extremistas y fanáticas del Islam, con el objetivo de que fueran peones permanentes tanto en su lucha contra el comunismo, como para sus designios imperiales más vastos.

Brzezinski trató de justificar todo esto con la mayor impudicia. Todo estaba permitido con tal de deshacerse del enemigo comunista. Siempre esa visión a corto plazo, adherirse a las «soluciones» más inmediatas, sin analizar a fondo las posibles consecuencias: es la misma visión que rige hoy las reacciones del imperio, sin reflexionar a dónde conducen al mundo con sus decisiones maniqueas y su poderío devastador. La ex presidenta de Pakistán, Benazir Bhutto, sintetiza el proceso: «La idea de los talibanes fue inglesa; la gestión, americana; el dinero, saudita; y la ejecución, paquistaní».¹³

Pero no era solo el enemigo comunista. En Gran Bretaña se recibía a terroristas mientras se le negaba el mismo tratamiento a la ANC de Nelson Mandela: el capitalismo occidental prefería la Sudáfrica del apartheid a los verdaderos luchadores por la libertad. Y no hace mucho, Rigoberta Menchú recordaba las acciones subversivas de Henry Kissinger en América Latina, y como promotor de asesinatos y terrorismos en Centroamérica y en el Cono sur. ¿Y qué decir de Cuba y el acoso terrorista por más de cuarenta años? Múltiples intentos de asesinatos a Fidel Castro, atentados contra sedes diplomáticas, promoción y apoyo a bandas asesinas, atentados terroristas a hoteles en la década pasada, secuestros de aviones, y hasta la voladura, en pleno vuelo, de un avión de Cubana de Aviación con 73 pasajeros a bordo. Si bien es cierto que el ataque a las torres gemelas es inédito por la cantidad de víctimas en un solo golpe y por haber utilizado aviones civiles como proyectiles, no es menos cierto que tiene sus antecedentes en dos tipos de terrorismo aéreo: el secuestro y la voladura de aviones. Llama la atención que no se recuerde hoy, en medio de tanta furia antiterrorista, que ambas invenciones macabras fueron creadas por la CIA y sus agentes, reclutados para la contrarrevolución en Cuba. Los terroristas asentados en Miami, o guiados desde allí, son tan Frankensteins del imperio como Bin Laden y los kamikazes del 11 de septiembre.

Podrían recordarse algunos de los elementos que justifican poner en duda la sinceridad antiterrorista de los poderes capitalistas aliados de los Estados Unidos, al que concedieron luz verde, en el manipulado Consejo de Seguridad, para llevar adelante la guerra contra Afganistán. Sin embargo, no hace tantos años esos mismos aliados aceptaron la posición del representante norteamericano, de que era una «pérdida de tiempo» prestarle atención a una demanda de Cuba que pedía la información que obraba en manos de los Estados Unidos sobre el acto terrorista contra Cubana de Aviación.¹⁴

Esos, y otros muchos, son los hechos que muestran hasta la saciedad que cuando el terrorismo es contra esa parte del Tercer mundo que no esté sirviendo de aliado sumiso, entonces todos los golpes son válidos. Por todo ello, nadie que sea serio y honesto podrá aceptar jamás que el poder imperialista pueda guiar, aunar, liderar y organizar la imprescindible y permanente lucha contra el terrorismo. Una lucha, que ya se desarrolla, será sobre todo contra los Estados y los gobernantes que molestan o contra los movimientos de protesta o de liberación, y que deja fuera y santificado el terrorismo de Estado norteamericano y de Israel. De nuevo el famoso «doble rasero», del cual se nos dice ahora, una vez más con todo cinismo, que hay que aceptarlo, que esta divisa es inevitable. El imperio hace sus listas, ya con ese criterio y algunas hojitas de parra, y pretende decidir quién es terrorista y quién no, o sostenedor de los terroristas, cuándo y cómo atacar, intervenir o agredir. Esta es la declarada posición de los halcones. Oponerse a este designio es una de las tareas más importantes del mundo progresista, de la izquierda, o simplemente de los hombres sanos y honestos.

Existe la Organización de las Naciones Unidas, y sería ella —pero bajo estrecha vigilancia de todos los Estados miembros— quien mejor pudiera llevar a cabo esta tarea de manera coordinada, equitativa, sin hegemonismos y, sobre todo, sin individuaciones arbitrarias y oportunistas. En otras palabras, sin que el Consejo de Seguridad, bajo el control de los poderosos, utilice, una vez más, la institución para sus propios fines; con el agravante de que entonces estos estarían legitimados como «comunidad internacional»; esa comunidad internacional ya usurpada desde la Guerra del Golfo por el imperialismo y sus servidores.

Si el terrorismo criminal no tiene ninguna justificación, no es menos cierto que la política exterior del imperio, obcecado por sus intereses y arrogancia, rinde también frutos de horror. Y reconocer esta relación no implica en lo absoluto hallarles una justificación o atenuante a los atentados. Se trata, por el contrario, de la más elemental consideración política. No es extraño

que se emplee el terrorismo intelectual para intentar acallar esta u otras formas similares de análisis, porque así, de hecho, se libera al imperialismo de toda crítica e imputación. Es, en el fondo, una manera de defender y sostener al imperio.¹⁵

Los autores del atentado (sea Bin Laden u otro) han logrado la increíble proeza de hacer aparecer al imperialismo como víctima, hacerle ganar simpatías y compasión (por vía de su pueblo, ahora víctima) y crear condiciones para que incremente su poderío y su dominio sobre el mundo, en particular sobre el Tercer mundo. Está facilitando que incremente su hegemonía y control (político, militar y ¡hasta moral, su flanco más débil!), y crea condiciones también para que muchos piensen que hace falta realmente un fuerte poder mundial que traiga orden, que controle y garantice una (hipotética) gobernabilidad, aunque esta sea la del imperio.

Los Estados Unidos han mostrado, es cierto, su fragilidad, pero ello no debe llamar a engaño: el imperio sale, por el momento, fortalecido. Y el presidente Bush, que carecía hasta entonces de verdadera legitimidad, debido al fraude electoral de la Florida que lo llevó a la presidencia, vio ahora no solo ganar esa legitimidad negada, sino también simpatía y reconocimiento.¹⁶

Obviamente, el imperialismo estadounidense ha aprovechado esta inesperada corriente de tolerancia y simpatía, tanto más cuando las desilusiones crecientes sobre el neoliberalismo, la mundialización y el nuevo orden ya apuntaban el dedo acusador hacia ellos y sus aliados del G-7. Y, por supuesto, no dejará pasar la ocasión de utilizar en beneficio propio el natural deseo de amplias masas de la población mundial (sobre todo, de los países desarrollados) por la gobernabilidad y el rechazo y el miedo que genera el terrorismo ciego y sanguinario. Facilitó, sin dudas, un momento propicio para llevar adelante viejos proyectos y ambiciones de sus designios imperiales y de incrementar aún más su dominio y explotación sobre el mundo.

Las absurdas guerras llevadas a cabo y la conducta general del imperio apuntan en ese sentido; se trata sobre todo de objetivos geoestratégicos que se inscriben en esa línea de dominación unipolar. Es cuestión, ante todo, de sacar partido de la pasividad y la escasa oposición que sus acciones han provocado hasta el momento, para profundizar y ampliar el designio imperialista, un designio que incluye —y esto debe tenerse muy presente— imponer (con el apoyo ya añejo de sus aliados de la OTAN) la tesis de las soberanías limitadas, la no aceptación de la igualdad entre las naciones, y el derecho a la intervención; tal y como lo fueron los casos de Iraq, Somalia, Yugoslavia y el actual Plan Colombia.

La cortina ideológica: una proyección

La guerra de Afganistán, anunciada y presentada en sus inicios como *America strikes back* [Norteamérica contrataca] no debe hacer olvidar que ella formó parte de un conjunto geoestratégico y geopolítico propio de la nueva etapa del imperialismo o del nuevo imperialismo (como prefieren llamarlo algunos especialistas). Junto a los motivos y argumentaciones elaboradas y establecidas de los factores susceptibles de justificar, a sus ojos y los de la OTAN, la intervención, se agrega el terrorismo; pero, entiéndase bien, algunos terrorismos, aquellos que no están al servicio del imperialismo. Y debe también tenerse muy presente la nueva concepción del intervencionismo que tratan de establecer en la teoría y la práctica de las relaciones internacionales, a partir de esas primeras experiencias. A diferencia del intervencionismo que había caracterizado al imperialismo y al neocolonialismo desde finales del siglo XIX, que justificaba y trataba de legitimar la necesidad o el *derecho de poder violar el principio* de la soberanía de los Estados (es decir, había violación, pero no se cuestionaba el principio mismo), el nuevo intervencionismo busca justificar y *legitimar la obsolescencia del principio mismo*, esto es, su *liquidación* pura y simple. Si los presupuestos del nuevo intervencionismo, de ese autoproclamado derecho a intervenir sin fronteras y sin limitaciones, buscaba apoyarse en las llamadas intervenciones humanitarias, la defensa de los valores occidentales y las amenazas globales, tales como la droga, la posesión de armas de destrucción masiva, o las violaciones de los derechos humanos, el terrorismo (que estaba en la lista como un elemento más) ahora se convierte en una referencia esencial justificadora de guerras, bloqueos, intervenciones «legítimas», y toda cuanta forma de presión y desestabilización de gobiernos y naciones se pueda concebir.

Los atentados han permitido que algunos de los dirigentes y personeros de los intereses imperialistas ratifiquen la idea, expuesta ya en la guerra de Kosovo, de que se está obrando éticamente y en nombre de Dios contra el Mal. Inspirados, al parecer, en el mito de los Estados Unidos como nación predestinada por Dios para hacer el Bien, y con la visión maniquea de la realidad y de los acontecimientos del 11 de septiembre, que ya le conocemos, el líder del imperio presentó la guerra contra el terrorismo y Afganistán como una lucha del Bien contra el Mal; en el entendido de que el Bien es el imperio. Hasta Vladimir Putin, en su esfuerzo de ponerse a tono con los tambores que más suenan, dijo que «el mal debe ser castigado». Una de las intenciones de este tipo de discurso es tratar de situar la problemática en un plano estrictamente moral y abstracto, como si fuera ajeno a la política. Es una hábil

estratagema para hacer creer que las acciones del imperialismo, antes y después de los atentados, no son de tipo político. George W. Bush va más allá todavía y decide que Dios está de su lado: «Dios no es neutral». Sin entrar aquí en las insuperables contradicciones teológicas que una frase tal conlleva, lo menos que puede observarse es cómo se asemeja ese discurso al de los integristas islámicos. Otro de los rasgos de este discurso es diabolizar al enemigo y con ello justificar cualquier acción por desmedida y cruenta que sea. Hasta un hombre como Colin Powell, que no carece de cierta ponderación, decía en 1991, después de los destrozos en Iraq, «estoy falto de demonios [...] estoy falto de bandidos».¹⁷

Todo parece bueno para las mistificaciones encubridoras. Así se reaviva ese añejo argumento del colonialismo acerca de la lucha entre la civilización y la barbarie. Se trata de que no sea reconocible el rostro del imperio. El imperio británico acostumbraba a justificarse mediante la imagen del fardo que debía llevar el hombre blanco, pero con ello aceptaba su condición de imperio, aunque estuviera animado por la caridad. Pero el imperialismo contemporáneo ni siquiera admite su propia existencia: son sencillamente los defensores de los principios de la libertad y la democracia, más aún ¡es precisamente porque son los portadores de esos valores que han sufrido los ataques del 11 de septiembre! Así se corona la mitología y la mistificación: los atentados son contra la democracia y la libertad que los Estados Unidos y Occidente en general representan. De un plumazo desaparece toda la historia de los últimos lustros de subversiones y promoción de terroristas, inexistentes también quedan la miseria, la opresión y los hegemonismos como promotores de la desesperación irracional. Ya no cabe, pues, la imagen de víctima culpable. Virgen y limpio de toda culpa y de toda responsabilidad queda el imperio para poder ser lo que Chomsky alertaba que no era: una víctima inocente.

Pero se trata también de crear las condiciones ideológicas propicias para acciones futuras. Así, la lista de Estados y organizaciones terroristas hechas por el poder imperial ya anuncia todo tipo de futuras violaciones, intervenciones, agresiones, guerras y crímenes posibles. Es el momento, piensan los halcones, de eliminar a Sadam Hussein, liquidar las guerrillas colombianas y cuanto movimiento de liberación esté en el camino. Resulta interesante que en la nueva lista estén los talibanes, que no estaban en una lista anterior. Si hubiera hecho falta una prueba más del cinismo y de la política de doble rasero, esta lo muestra de manera evidente.¹⁸

Peligros serios acechan a los movimientos de liberación y a todos los movimientos de protesta,

de izquierda y progresistas en general. La lucha contra el terrorismo será utilizada contra ellos de las formas más disímiles. En lo inmediato, el interés público mundial se dirige al terrorismo, y la escasa atención y vigilancia del mundo y de las opiniones públicas hacia los acuciantes problemas de la humanidad puede facilitar la realización de los intereses de la mundialización neoliberal, las agresiones imperialistas y los planes de anexión de América Latina (por la vía del libre comercio neoliberal asimétrico, como el ALCA). Graves y urgentes son las tareas de los movimientos populares y de protesta en el mundo, ahora complicados con la nueva situación creada, la necesaria lucha contra el terrorismo y la creciente crisis económica. Esencial resulta impedir que las exigencias presionantes del antiterrorismo lancen a un segundo plano o minimicen las urgencias de los flagelos fundamentales que hoy azotan a la humanidad y que venían concitando una protesta creciente. Porto Alegre ha devuelto en ese sentido la esperanza; porque si bien los organizadores esperaban una mayor participación, el número total ha sido de lo más estimulante.

Uno de los objetivos de la nueva cruzada contra el terrorismo es quebrar el frente contra la mundialización neoliberal y crear una atmósfera hostil hacia los movimientos de protesta, progresistas y de izquierda. Bajo el ropaje de la lucha contra el terrorismo, se tratará de desacreditar a los movimientos contestatarios, y debilitarlos, y todo ello precisamente en el momento en que estas luchas estaban en un proceso de alza y vitalidad crecientes; cuando las ilusiones, que el liberalismo llegó a crear en algún momento, están ya en pleno descrédito. Así se dice, de manera natural, que para esos movimientos está en el orden del día no admitir, y oponerse a, la idea de que la lucha contra el terrorismo sirve de pretexto para las claudicaciones y la sumisión. Tarea fundamental es llegar a recuperar y desarrollar una conciencia antimperialista fuerte y vigorosa.

Además, un movimiento de masas internacional pujante podría quizás influir en que el liderazgo de la lucha contra el terrorismo no esté totalmente en manos del imperialismo y sus aliados, lo que la podría convertir en una fachada y una excusa para los designios imperiales. Y a las enormes e injustas desigualdades que hoy dividen al mundo se les agregaría probablemente otra, aquella que autorizará a concebir dos tipos de terrorismo: el que ataca al imperio y el que sirve a sus intereses, uno malo y otro bueno, uno legítimo y aceptable, y otro deleznable y espurio.¹⁹

Iraq y la actual expansión imperialista

La guerra contra Iraq tuvo finalmente lugar. No fue necesario esperar mucho tiempo después de

Afganistán para que quedara claro que la antigua Mesopotamia sería la nueva víctima del imperialismo.

Si muchos tuvieron dudas, y pocos lo detectaron, ahora resulta cada vez más evidente que el mundo está en presencia de una nueva fase, sumamente agresiva, de fuerte progresión de la expansión imperialista. Sin dudas, la presencia de Bush y sus halcones al frente del gran poder imperial, desatados después del atentado a las torres gemelas, ponen el sello de su impronta en los acontecimientos; pero la actual fase del desarrollo imperialista, incluyendo este momento de particular agresividad, no es el simple resultado de la acción de un grupo conservador que hubiese copado el control del país, sino que obedece, sobre todo, a la dinámica misma del desarrollo del capitalismo, mediante la cual se despliega la tendencia imperialista inherente a ese sistema, y que tiene su origen en las profundas y fuertes corrientes dentro del propio *establishment* de los Estados Unidos y que conduce su clase dominante.

Hay que enmarcar la guerra de agresión a Iraq y su ocupación actual tanto en el contexto de esa evolución del capitalismo mundial como en el cuadro de la estrategia global de dominación de los Estados Unidos en las nuevas condiciones mundiales, en particular el sello que le impone la actual administración de halcones imperiales y fundamentalistas, engañosamente cubiertos de una conveniente mística de mesianismo. También hay que analizar los recientes acontecimientos en sus nexos con algunas de las concepciones y teorías elaboradas en los últimos tiempos, relacionadas con la soberanía, el nuevo papel de los Estados-naciones, la tesis del derecho a la intervención, etc. Todos estos elementos están íntimamente ligados entre sí y expresan, como conjunto coherente, las profundas ambiciones del hegemonismo imperialista actual.

Este momento de incremento y crecimiento del poder dominante del capital mundial encuentra, como en el pasado, su fundamento en la economía. La vocación imperialista nace de la naturaleza misma del capitalismo, su necesidad de expansión constante, apropiación del plusproducto de amplios territorios fuera de las fronteras nacionales de los Estados imperiales, control y apropiación de recursos naturales y materias primas, conquista de nuevos mercados, etc. El capitalismo está empujado, por el camino de la acumulación y la expansión, una economía mundial caracterizada en esta época por un proceso que se ha dado en llamar mundialización o globalización, o, para decirlo con palabras de Marx, de internacionalización del capital. Se trata, bien entendido, de una mundialización neoliberal con predominio de la financiarización.

Pero el imperialismo, en la comprensión de la tradición marxista, es todo un sistema coherente y

complejo en que la economía, la política, lo social y el uso de la fuerza militar forman una unidad sistémica. Hoy, además, con más fuerza y eficacia que antes, el uso del aparato de propaganda de los medios masivos de difusión se ha convertido en un elemento clave y poderoso del funcionamiento exitoso de ese sistema complejo. El imperialismo actual, como se indicaba en las páginas iniciales, no se caracteriza por la posesión de colonias, como fue el caso del período entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. La amplia bibliografía marxista al respecto ha analizado cuidadosamente las causas de este proceso, así como el papel central del capital monopólico financiero.

Por otra parte, debido al desarrollo desigual del capitalismo, el imperialismo se sigue caracterizando por la existencia de un centro —y de un grupo de países que lo constituyen— y una periferia. En fases anteriores han tenido mucha importancia las contradicciones entre los diversos Estados capitalistas desarrollados, en su rivalidad y lucha por el reparto del mundo. El actual momento no deja de compartir estas características, pero han tenido lugar significativas modificaciones y llegan a condicionar fuertemente el curso de los acontecimientos. Samir Amin llama la atención sobre lo que llama un «imperialismo colectivo» para referirse al de la tríada (los Estados Unidos, Europa y Japón), con intereses comunes.²⁰ Los Estados Unidos, desde luego, tienen la primacía en esa tríada.

La situación mundial de la tríada se modificó después de la caída del campo socialista europeo y la desaparición de la Unión Soviética. A partir de ese momento quedó también despejado el camino para el surgimiento de un nuevo orden mundial, del incremento del peso de la tríada como centro imperialista y del papel determinante de los Estados Unidos como gran y única superpotencia mundial. Como se ha explicado antes, la primera Guerra del Golfo, las acciones intervencionistas en Somalia, la agresión a Yugoslavia y la subsecuente ocupación de Kosovo (como territorio bajo el régimen de protectorado de facto), la guerra contra Afganistán (bajo pretexto de lucha contra el terrorismo), y la agresión y actual ocupación de Iraq, son hitos fundamentales de un mismo proyecto de dominio imperial del planeta por parte de los Estados Unidos, con el apoyo de los demás miembros de la tríada, salvo en la última aventura en Iraq. En todo caso, los logros imperiales en cada una de estas acciones, con la excepción de Somalia, produjeron, como uno de sus resultados, el estímulo a la aventura conquistadora y a la expresión de una gran arrogancia del superpoder estadounidense, con su aplastante e inigualado poderío militar. Al síndrome inhibitor de Viet Nam le ha sucedido el síndrome estimulador de Yugoslavia, Afganistán e Iraq.

El componente militar ha sido una constante de la expansión imperialista de todos los tiempos, pero en los momentos actuales, la preeminencia de ese factor es indiscutible y se ha convertido en base del nuevo orden mundial que los Estados Unidos procuran imponer. En realidad, se trata de una política de guerra. Es también en ese contexto que hay que ubicar la clarificadora y cinica declaración de Madeleine Albright sobre de qué serviría el poder militar de los Estados Unidos si este no era utilizado. El empuje militar permite también articular una imponente red de bases militares alrededor de todo el globo, para defender e imponer el control imperial y la hegemonía estadounidense. Una red que constituye, sin dudas, una pieza clave y necesaria en el sistema de dominación global de la llamada, por los epígonos del imperio, «la nación indispensable».

Esta política de guerra, llevada a cabo a tambor batiente por los halcones de la actual administración Bush, es también una muestra de que no basta, contrariamente a los reclamos de los ideólogos y epígonos del centro, la famosa mano invisible del mercado como mecanismo capaz, por sí mismo, de generar la superación de sus propias contradicciones. La fuerza militar es un factor determinante para mantener y ampliar el predominio económico y político. El puño militar, convenientemente manejado por el Estado, permite la realización de los designios imperialistas, y, en cierta medida, es una prueba de cómo la administración Bush entra en contradicción con los públicamente sostenidos principios de la economía neoliberal mundializada.

El imperativo militar ha desempeñado también un papel fundamental en vista de otros designios que son igualmente parte integrante del nuevo sistema de dominación planetario. Es típico del sistema imperialista la existencia de contradicciones y rivalidades entre los diversos países que conforman el centro. Las dos terribles guerras mundiales por el reparto del mundo del siglo pasado son una prueba todavía bien cercanas en la memoria. El cierto entendimiento y cooperación entre las potencias de la tríada, que caracterizó el período de la llamada Guerra fría, se mantuvo aún después de la desaparición del campo socialista y la URSS. Los Estados Unidos, por su parte, gozaron, como es sabido, de un período de cierto auge económico, superior al de Europa (Japón entró en recesión), durante una parte de la última década del siglo XX. Este estado de cosas ha venido cambiando, y la economía de los Estados Unidos, así como su capacidad competitiva, se han ido deteriorando. Todo parece indicar que necesitan emplear fórmulas fuera de la «sana y pacífica» lucha de mercado, para acudir a métodos más expeditos y agresivos que garanticen y

No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados.

amplien el dominio alcanzado. Muchos y constantes documentos y declaraciones provenientes del *establishment* lo confirman, y ratifican que una de las prioridades de la política exterior de los Estados Unidos consiste en no permitir que surjan o se desarrollen nuevas potencias que puedan igualar o sobrepasar a la nación norteamericana. Y este objetivo no solo se refiere a sus tradicionales aliados, sino también a Rusia y a China. Se trata, pues, del dominio absoluto imperialista en todos los terrenos que componen la dominación sistémica: económico, político, militar y de control de las opiniones públicas, en especial, las del propio país.

Las nuevas circunstancias indican claramente que en esta fase del imperialismo se ha desarrollado un centro del centro. No es nueva la desigualdad entre los diversos poderes imperiales. Inglaterra fue, durante mucho tiempo, el centro imperialista fundamental en el llamado período clásico del imperialismo; pero la enorme distancia que separa a los Estados Unidos del resto ha convertido a las demás potencias mundiales en imperialismos subordinados, de los cuales el centro del centro exige su sometimiento y tiende a hacerlos vasallos políticos y militares.

El proceso de agresión y ocupación de Iraq pone en evidencia esos designios, y muestra también la oposición de algunos de esos otros poderes, en particular de Francia y Alemania. Aunque si tenemos en cuenta que países como Bélgica y Luxemburgo han mostrado también desacuerdo, entonces es posible entender la despectiva frase de los Bush al referirse a ellos como *chocolate making countries* [países fabricantes de chocolate]. Con más razón, pequeños países del Tercer mundo, como Angola y Camerún, que sesionaron en el Consejo de Seguridad durante los debates y ajetreos relacionados con una segunda resolución sobre Iraq, han recibido un desprecio público; los ideólogos del bushismo no pueden aceptar que el voto de países pequeños pueda determinar el resultado del debate en el Consejo respecto al derecho del uso de la fuerza, en comparación con los democráticos Estados Unidos y su socio británico.

Claro que los nuevos países del antiguo campo socialista, la mal llamada por Donald Rumsfeld «nueva Europa», apoyan el gran proyecto de dominación estadounidense; para ellos, la alianza con los Estados Unidos es más importante que con Europa misma, y

no tienen reparos en servir de caballo de Troya. Varias naciones de la «vieja Europa» también siguen con esmero la línea Bush, pero ninguna iguala, evidentemente, a Gran Bretaña. Llama la atención el grado de sometimiento de Tony Blair y su disposición al vasallaje con escasas compensaciones. Pero es cuestión, en estos casos, de comenzar a identificar los factores y las razones que permitan entender esta conducta. Algunos elementos podrían avanzarse a guisa de explicación. En innumerables intervenciones —por ejemplo, en su discurso en Polonia o ante el Congreso de los Estados Unidos—, el primer ministro británico consideró que la multipolaridad, defendida por Jacques Chirac, era un grave error que pondría en peligro a todos, entendiéndose, a la indiscutible situación de privilegio de que gozan los europeos con respecto al resto del mundo. Para él, lo más sabio era aceptar el predominio de los Estados Unidos como garante del actual orden internacional. Más aún, ha coincidido con muchos ideólogos y halcones en que se ha creado una situación en el mundo, después del fin de la Guerra fría y, sobre todo, del 11 de septiembre, en que se facilita la afirmación y ampliación del actual sistema de dominación y de relaciones internacionales, por una duración aproximada de veinte años, que se debe aprovechar al máximo. Blair no lo ha dicho, pero la implicación de la aceptación de la condición de imperialismo subordinado y de vasallaje político y militar queda clara.

Algunos ideólogos del imperio han concebido formulaciones más moderadas para hacer pasar y defender lo que ya muchos llaman abiertamente, en el *establishment*, «América imperial» o «imperio americano». Pero, con fórmulas más o menos descarnadas, la vocación imperialista se manifiesta cada vez más abiertamente. Ya en noviembre de 2002, el conocido marxista norteamericano John Bellamy Foster, se inquietaba por esta corriente: «Los intelectuales y la élite política —comentaba— están acogiendo calurosamente una misión “imperialista” o “neoimperialista” para los Estados Unidos».²¹ Ya no se trata de negarlo u ocultarlo; antes bien, muchos lo consideran un deber y una responsabilidad; se trataría de, para algunos, «responsabilidad imperial» o de un *benign imperialism* [imperialismo benigno]. El pensamiento de la clase dominante en los Estados Unidos fue evolucionando

en los meses que antecedieron a la agresión a Iraq y durante la guerra misma. La oposición que en algún momento se puso de manifiesto (recordar, sobre todo, los debates de finales de diciembre de 2002 y de enero del presente 2003), quedó superada, y en lo fundamental se logró el consenso. Este consenso, debido a la actual resistencia iraquí, muestra señales de resquebrajamiento, pero ello no debe conducir a soslayar el significado y la importancia del acuerdo y la cooperación interna logrados, inclusive de la opinión pública norteamericana.

Algunos, en Europa y otros puntos del planeta, claman por un mundo multipolar y por el multilateralismo; otros, como Blair, lo consideran peligroso para sus propios intereses. Su discurso ante el Congreso de los Estados Unidos es muy iluminador en este sentido. Para él, «no hay teoría más peligrosa que esa necesidad de balancear el poder de América». Algunos ideólogos del imperio, por su parte, han concebido fórmulas «blandas» para cubrir el papel del centro-centro. De ahí la tesis del *sheriff* y el *posse* o la «multilateralismo impositivo» [*assertive multilateralism*]. La primera es de Richard Haass,²² cuyo artículo «Imperial America» está considerado por algunos importantes teóricos marxistas estadounidenses como la referencia argumental de la clase dirigente del capitalismo norteamericano. La segunda es de Madeleine Albright, seguidamente teorizada por varios especialistas en sentidos diversos, pero cuya comprensión y aplicación conduce (al igual que la imagen del *sheriff* y el *posse*) a la aceptación, por parte de los demás, del papel dirigente y dominante de los Estados Unidos. En el caso Haass, los Estados Unidos son obviamente, el *sheriff* que comanda el *posse*. En ambas posiciones, significa aceptar como un hecho el carácter subsidiario de las otras potencias grandes y medianas y la marginación e insignificancia de los Estados débiles.

La divisa de Rumsfeld de que la misión define la coalición, y no a la inversa, expresa una tesis similar, pues se trata de que una vez que los Estados Unidos hayan definido una misión, los demás deben seguirlos sin derecho a oposiciones o a criterios inadmisibles para la administración norteamericana. Hay que decir, en este orden de cosas, que la propia Europa contribuyó, en gran medida, a esta situación cuando ante la crisis yugoslava llamó a los Estados Unidos para intervenir, y cuando finalmente aceptó los manejos de Albright en Rambouillet. Rusia, por su parte, también ha contribuido, desde que, existiendo todavía la Unión Soviética, aprobó la guerra contra Iraq en 1991, así como aceptó y apoyó a los Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo después del 11 de septiembre, incluyendo la proliferación de bases militares en varios de los antiguos países que formaron la Unión Soviética. Su oposición a la reciente agresión contra Iraq fue más

moderada que la francesa, y ante la nueva resolución que los Estados Unidos quisieron hacer pasar en el Consejo de Seguridad (antes del 23 de septiembre de 2003, según el propio Bush) emitió declaraciones ambiguas, cuyo interés principal, al parecer, radicaba sobre todo en lo que recibiría a cambio.

Una de las características, pues, del actual momento imperialista radica en las modificaciones de las relaciones internacionales entre países desarrollados, las cuales —sin dejar de ser competitivas— hacen que esta competitividad sea relativa, a favor del reforzamiento de la relación de un centro del centro: la hegemonía que tiende al dominio de los Estados Unidos. Todo ello no excluye, sin embargo, que las innumerables contradicciones que atraviesa el sistema capitalista se están haciendo muy activas y fuertes, ni tampoco que la actual ambición y agresividad imperiales están haciendo al mundo más caótico y explosivo, empujado a la ingobernabilidad y la barbarie. Al contrario de los deseos de Tony Blair, la anhelada gobernabilidad que el superpoder estadounidense traería, para el disfrute confortable de un imperialismo subsidiario y vasallo, el resultado podría ser precisamente su opuesto. Y un nuevo tipo de barbarie neofascista conduciría al mundo a sufrimientos inenarrables. Evidentemente, Blair ignora los sabios augurios de Rosa Luxemburgo.

El imperialismo de hoy conoce asimismo una situación interesante en lo que respecta al papel y las funciones de los Estados nacionales. No se debe seguir repitiendo la ya manida historia del fin (anticipado) de los Estados nacionales, mientras que, en realidad, los centros imperiales refuerzan las funciones de política exterior de sus propios Estados y el empleo de la fuerza militar para conseguir sus objetivos. La tesis de los Estados débiles es, sobre todo, para los países de la periferia. Sin embargo, en la situación actual, es evidente que el capital se va transnacionalizando y se multiplican los oligopolios. En etapas anteriores, el dominio del capital monopolístico financiero se correspondía con un Estado-nación en particular. Hoy no existe una figura política internacional que se corresponda de manera equivalente con las transnacionales, aunque estas tengan un país-base fundamental. El Estado-nación del imperio —es decir, los Estados Unidos—, busca llenar entonces las funciones del Estado necesario para la buena marcha de la mundialización; esto es, un Estado nacional particular que funcionaría como Estado mundial para cumplir, sobre todo, las funciones políticas y militares inherentes al buen funcionamiento del sistema-mundo. Así, el Estado del imperio se adjudica funciones de Estado político mundial. En esta tarea, espera el apoyo en particular de los demás miembros de la triada, algo que les ha fallado en cierta medida en la aventura contra Iraq. Es por este papel rector que, quizás, los

Estados Unidos sean, a los ojos de los advogados del nuevo orden imperial, «la nación indispensable».

Es cada vez más ampliamente aceptado que el imperio y sus seguidores recurrieron a la mentira para justificar la reciente agresión a Iraq. Pero resulta menos evidente el conjunto de ideas y concepciones sobre política y relaciones internacionales que componen la madeja ideológica y teórica donde se inscribe y justifica el proyecto general de dominio, que algunos llamaron «Proyecto para un nuevo siglo americano». Toda la atmósfera ideológica sobre el derecho a la intervención y la soberanía limitada, que se ha venido introduciendo desde la última década del siglo xx, forma parte del marco de referencia indispensable para una honda comprensión de la naturaleza y el designio del gran proyecto imperial. Igualmente, toda una batería de términos y conceptos —algunos nuevos y otros con existencia anterior, pero remozados o actualizados—, se han estado elaborando en los últimos tiempos. En estos meses se ha hablado menos de la famosa «guerra ética» de Tony Blair cuando los acontecimientos de Kosovo; pero ello no excluye que se intente hacer creer a la humanidad que existe un peligro para los Estados Unidos, que emana sobre todo de lo que, a juicio del propio imperio, ellos representan; a saber, los valores de derechos humanos, democracia, etcétera.

La nueva lógica conceptual elaborada parte de la idea de los llamados Estados maleantes (*rogue states*), los cuales han llegado a esta peligrosa condición a partir de su desgraciada condición de ser Estados fracasados deficientes (*failed states* y *failing states*). La tesis de la peligrosidad que para los Estados Unidos significarían los Estados débiles y fracasados (una buena parte del Tercer mundo) constituye una piedra angular de la nueva doctrina Bush de seguridad nacional.²³ Estos Estados fracasados son, a los ojos de Bush, más peligrosos para los Estados Unidos que cualquier potencia, debido, precisamente, a la incapacidad de sus gobiernos centrales para ejercer un debido control sobre su propio suelo; a su incompetencia e ingobernabilidad, que facilitarían el uso de su territorio por los terroristas y, en algunos casos, por oprimir a su pueblo. Por cierto, Javier Solana sostiene también la tesis de los Estados fracasados y su pérdida de derechos. Las condiciones de debilidad hacen que pierdan su derecho a la soberanía, con lo cual queda abierto el camino para que la llamada comunidad internacional, en particular los Estados democráticos —es decir, los poderes imperiales—, intervengan, incluso militarmente, en dichos *failed* y *failing states*. La soberanía no es entonces una condición absoluta o inherente a cualquier Estado por el hecho mismo de serlo, sino que es solo legítima y digna de ser respetada si no se es un *failed state*. Se trata de una ampliación de las tesis ya enarboladas desde los

años 90 del derecho a la intervención y de la soberanía limitada, cuando se trataba de Estados violadores de los derechos humanos. El terrorismo practicado o tolerado por esos Estados, como es el caso de Afganistán, o la posesión de armas de destrucción masiva en manos de *failed states* se convierten así en elementos justificadores y, por tanto, legitimadores para el nuevo intervencionismo imperialista. Sin la menor duda, Yugoslavia, Afganistán, Iraq, Irán y otros países de «cualquier oscuro lugar del mundo» son Estados deficientes o en quiebra, que han perdido su derecho a la soberanía. Algunos de los Estados fracasados, al convertirse en *rogue states*, y constituir por ello una amenaza para los Estados Unidos —sigue rezando la argumentación en su esencia—, pueden también ser objeto de acciones militares «preventivas», ya que, como todos los fracasados en general, pierden las ventajas normales de la soberanía.

En este punto, los especialistas encuentran un importante elemento de desvirtuación por parte de la administración Bush. El Derecho internacional, según estos analistas, legitima la idea del ataque o la acción *preemptive* [anticipatoria], inclusive esta aceptación está recogida en el artículo 51 de la Carta de la Naciones Unidas sobre el derecho a la autodefensa que autoriza a actuar anticipadamente ante una amenaza inminente; los especialistas han insistido en que se trata de la inminencia del ataque, pero la administración Bush ha decidido que no es posible, en la situación actual, esperar por la condición de inminencia. No existe, sin embargo, en el Derecho internacional, según el mismo análisis, una aceptación o tolerancia similar para el ataque o la acción «preventiva» (*preventive*). Los documentos e innumerables declaraciones de los líderes norteamericanos, incluyendo al propio presidente, se refieren sobre todo a *preemptive* (lo que está ligado a la situación de inminencia, y como excepción), pero le otorgan el contenido de *preventive*, como en el caso de Iraq. Un nuevo umbral, de la mayor y más peligrosa importancia, se ha franqueado para dejar carta abierta a la utilización arbitraria del enorme poder militar de los Estados Unidos. La expresión de esta doctrina (llamada por algunos *first strike doctrine* de Bush) fue expuesta en el mencionado documento sobre seguridad nacional de septiembre de 2002, pero ya estaba implícita en el discurso de Bush de West Point (junio de 2002). Comentando sobre el documento de Estrategia de Seguridad Nacional, James Rubin, antiguo asesor de Bill Clinton, hacía notar que la idea de una gran potencia utilizando la fuerza antes de ser atacada no es nueva, pero que el problema con el documento de Bush es que hace de la doctrina del *first strike* la regla y no la excepción.²⁴ Se amplía, pues, la doctrina de la *preemption*, redefinida para incluir la acción o guerra

preventiva (atacar a un enemigo aun en ausencia de evidencia específica de un ataque inminente), y la hace parte integral de una doctrina permanente de seguridad y defensa. De hecho, es un instrumento para la dominación planetaria.²⁵ Aunque, como ya se ha señalado en muchos estudios, la idea y el proyecto de atacar a Iraq para cambiar su régimen y ocuparlo existía desde varios años antes en los documentos programáticos y en los estudios de los *think tanks* de los halcones. Y todo ello, como parte del gran proyecto de dominación mundial con el uso de fuerza militar, la cual solo necesitaba para poderse poner en práctica un acontecimiento de la envergadura de Pearl Harbor; Bin Laden produjo el Pearl Harbor que necesitaba el imperio y que acabó de crear las condiciones para llevar adelante este período de empuje imperial agresivo que no quieren desaprovechar ni la clase dominante estadounidense ni Tony Blair, y menos aún los halcones de Bush, punta de lanza en la implantación del nuevo orden imperial.

La reciente agresión a Iraq tiene, como es común en estos casos, varios objetivos. Sin dudas, el control del petróleo es uno de ellos, y por varias razones. No solamente porque es una materia prima fundamental para el mantenimiento y ampliación del poder imperial, sino porque aumenta igualmente la impronta de los Estados Unidos sobre el resto del mundo y sus propios aliados; es un arma para la dependencia de los países del imperialismo subordinado y también para el objetivo general de la política exterior norteamericana de impedir el surgimiento de otros poderes mundiales —entiéndase Rusia y, en particular, China. En este sentido, el control sobre Iraq permite, como han señalado algunos analistas, impedir la ampliación de utilización del euro, tal y como intentaba el propio Saddam Hussein para sus transacciones petroleras, como moneda alternativa al dólar.²⁶ Pero probablemente el objetivo principal haya sido el cambio de régimen de Iraq como parte del plan más ambicioso de remodelar el Medio Oriente, región estratégicamente clave para el proyecto geopolítico global del imperio. La ocupación y control de Iraq implica también ampliar la red de bases militares, y dismantelar las ubicadas en Arabia Saudita,²⁷ donde resultan tan problemáticas y, por el malestar que crean entre los musulmanes sauditas —quienes profesan un islamismo sunita muy radical (wahabita), de donde proviene el propio Bin Laden—, susceptibles de promover el terrorismo fundamentalista.

Las Naciones Unidas, por su parte, han perdido mucho prestigio en este proceso, pero no solo por la conducta de los Estados Unidos y sus seguidores, sino también por la ambigüedad de su propia conducta, cuando, por ejemplo, apoyan y colaboran con las líneas de ocupación de Iraq, o cuando, como ahora, reúnen a

los miembros permanentes del Consejo de Seguridad para llegar a consensos en detrimento de los demás miembros del Consejo. Otro límite en el proyecto imperial acaba, así, de ser franqueado en el proceso de implantación del dominio de los poderosos.

Las fuerzas invasoras enfrentan grandes dificultades para convertir a Iraq en una neocolonia yanqui a través de su intención de aplicar un modelo de *nation-building* mediante una invasión; no se trata de la *nation-building* de un Kennedy, por ejemplo, sino precisamente de llevar adelante el proceso a través de una fuerza extranjera de ocupación. Pero ante los ojos del mundo, los invasores extranjeros son atacados diariamente en una guerra de guerrillas que es difícil anticipar cuánto podrá sostenerse. En contra de la efectividad de la resistencia, hasta ahora bastante exitosa, conspiran las tradicionales divisiones del pueblo iraquí y, sobre todo, el comienzo del uso de formas de terrorismo irracional y políticamente mal encauzado, como el atentado a la sede de las Naciones Unidas.

Es difícil predecir cómo será la evolución ulterior de los acontecimientos. Pero si la resistencia del pueblo iraquí se mantiene, y evita las irracionalidades terroristas, entonces estarían brindándoles un gran servicio a los pueblos oprimidos y amenazados. Los Estados Unidos podrían empantanarse, y el camino para futuras agresiones e intervenciones quedaría seriamente obstaculizado.

Notas

1. *Policy Planning Study*, 23 de febrero de 1948; citado por Noam Chomsky en *Ideologie et pouvoir*, EPO, Bruselas, 1991, p. 17.
2. Citado por Michel Collon, «La guerre global a commencé», Rémy Herrera, coord., *L'Empire en guerre*, Les Temps de Cerises, 2001, p. 212.
3. Véase *Le Grand Échiquier*, Fayard, París, 1977, p. 167-8.
4. Véase Andrea Catone, «Sul carattere della guerra in corso», *Rosso XXI*, Florencia, diciembre de 2001, p. 13.
5. Los terroristas de la UCK, con el apoyo de la base norteamericana de Camp Bondsteel, estuvieron atacando el sur de Serbia a finales de 2000 y zonas de Macedonia en la primavera de 2001, lo que desequilibró la zona por largo tiempo y justificó la misión militar exterior. En estos casos, no se querían realmente soluciones sino problemas.
6. Véase Andrea Catone, ob. cit.
7. Esta situación está tremendamente agravada por el binomio Sharon-Bush. Cómo no entender la amargura, el desaliento, la desconfianza y la desesperación que este conflicto genera, con sus iniquidades, los tratamientos desiguales y la continua justificación de Israel. A veces se escucha analizar la actitud de la actual administración en este asunto y en relación con Afganistán (inmediatamente después de la salida de los soviéticos y la caída del gobierno comunista) como aislacionismo o desinterés de los Estados

Isabel Monal

Unidos. Son palabras ciertas y mentirosas a la vez. No empeñarse, como lo hiciera Clinton en el proceso de paz mediorientales, no implica, y de hecho nunca lo ha sido, un verdadero aislacionismo ni mucho menos un desinterés. El apoyo y la justificación a Israel es sin falla; a Sharon se le recibe en la Casa Blanca mientras se ignora a Arafat.

8. Vale la pena indicar algunas de esas cifras oficiales. En Yugoslavia, en unos ochenta días de campaña aérea, de 23 000 lanzamientos, 20 dieron en blancos equivocados; en Afganistán, a los veinte días de campaña, de 3 000 lanzamientos, hubo 20 incidentes con «daños colaterales». En Yugoslavia, uno de cada 1 150 erraba su blanco, y en Afganistán, uno de cada 300 produjo daño colateral.

9. Con esas bolsitas se llevó el cinismo al colmo: primero las lanzaban y poco después a esa misma población les «regalaban» las bombas más poderosas y mortíferas (alguien con humor negro comentó entonces que querían que murieran con el estómago lleno).

10. En una entrevista el consejero de Carter relataba que desde julio de 1979 ya se habían dado las primeras directivas para la asistencia clandestina a los opositores del régimen de Kabul. (*Le Nouvel Observateur*, n. 1732, París, enero de 1998). El pueblo afgano, que debería sufrir los desmanes de estos grupos, obviamente no contaba.

11. «No tenemos la prueba, ni yo ni mis hermanos, de una ayuda americana». *Weekend Sunday*, 16 de agosto de 1998. Citado por Michel Chossudovsky, <http://www.globalresearch.ca/articles>.

12. Véase Selig S. Harrison, «Les liaisons douteuses du Pakistan», *Le Monde Diplomatique*, octubre de 2001. Y también Najam Sethi, «Pourquoi le Pakistan doit jouer la carte américaine», *The Friday Times* (reproducido en *Courrier International*, n. 569, París, 27 de septiembre-4 de octubre de 2001).

13. Citado por B. Sadr, «La duplicité de l'Occident», *Le Monde*, París, 29 de octubre de 2001.

14. Sin dudas, una prueba más de los dos raseros. ¿Una actitud similar de cualquier país del Tercer mundo respecto a una demanda equivalente por parte de los Estados Unidos no habría concitado todo tipo de presiones, amenazas y hasta acciones punitivas? Todavía hoy, a tantos años de aquella voladura, uno de los autores intelectuales del hecho se pasea por los Estados Unidos (amnistiado por Bush padre), en plena santidad antiterrorista del imperio y justificando públicamente el atentado terrorista de 1976. Orlando Bosch, el terrorista asesino, es un «niño lindo» de las fuerzas más oscuras de los Estados Unidos. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es posible que los medios de información de los Estados Unidos no hayan señalado con toda la fuerza que merece que Bosch pueda expresarse públicamente de esta manera a favor del terrorismo, precisamente durante los momentos más graves de la santa cruzada antiterrorista.

15. A veces se escucha recordar a Munich, pero no todos recuerdan a Versalles. La opción de Munich nunca hubiera existido si no se hubiera dado un Versalles primero; y en aquella época algunas voces preclaras y lúcidas, como la de Lenin, se alzaron contra la inequidad de Versalles y para alertar del monstruo que se podría gestar. La historia le dio la razón; y cuando la Alemania nazi fue derrotada, los aliados tuvieron la inteligencia de no repetir el error de Versalles. Y aquella actitud no implicaba, en lo más mínimo, una justificación del nazismo.

16. El 20 de septiembre de 2001, el mundo pudo asistir atónito al discurso de la arrogancia, del *dictat* al planeta, de la imposición de la regla simplista de juicio final: *you are either with us or with the terrorists*. Para días después, en respuesta a la extraña propuesta de los talibanes de realizar un juicio internacional a Bin Laden, comportarse como verdadero emperador: «ya yo dije», «ya dije lo que tenían que hacer», etcétera.

17. Citado en J. Bellamy, H. Magdoff, R. McChesney, «Editorial», *Monthly Review*, Nueva York, noviembre de 2001.

18. Por cierto, interrogado durante su campaña presidencial por un periodista de la radio sobre los talibanes y su gobierno opresivo sobre las mujeres, el entonces candidato George W. Bush creyó que se trataba de un grupo de rock.

19. La última consideración surge de manera natural del conjunto de los análisis. La tarea fundamental que se plantea a las fuerzas progresistas y de izquierda es la de la acción internacionalista concertada, que no se deje atrapar por la falsa disyuntiva entre el imperialismo y los terroristas. Refundar el internacionalismo a partir de la rica experiencia acumulada desde la época de Marx y Engels, extrayendo las enseñanzas necesarias de las experiencias del siglo pasado y haciéndolo creador y adaptado a las nuevas circunstancias de amplias y nuevas movilizaciones mundiales, que es la vía esencial hacia la liberación, la justicia social y la igualdad entre los pueblos.

20. Samir Amin, «L'alternative au système neo-libéral mondialisé et militarisé. L'impérialisme aujourd'hui et l'offensive hégémonique des Etats Unis». Ponencia presentada en la conferencia Marx y los desafíos del siglo XXI, La Habana, mayo de 2003.

21. John Bellamy Foster, «Imperialism and "Empire"», *Monthly Review*, n. 5, Nueva York, noviembre de 2002.

22. Richard Haass, *The Reluctant Sheriff*, 1997. Citado por John Bellamy Foster, «The New Age of Imperialism», *Monthly Review*, n. 3, Nueva York, julio-agosto de 2003. El *posse* (o la *posse*) nos es familiar por los filmes del Oeste, cuando el *sheriff* convoca a un grupo de personas para asistirlo en sus funciones de preservación de la paz pública.

23. Véase al respecto *The National Security Strategy of the United States of America*, www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, septiembre de 2002.

24. El artículo de James Rubin apareció en la edición de Internet de *The Guardian* del 23 de octubre de 2002.

25. Véase también, entre otros materiales, O'Hanlon, Rice y Steinberg, «The New National Security Strategy and Preemption», www.whitehouse.gov/nsc/nss.html, enero de 2003.

26. Véase al respecto, William Clark y Geoffrey Heard, «Non solo petrolio, la verità non detta: il dollaro, l'euro e la guerra in Iraq», *La Contraddizione*, n. 97, Roma, julio-agosto de 2003.

27. Esta observación sobre Arabia Saudita fue hecha por Wolfowitz mismo, «el *velociraptor*», como lo han calificado algunos periodistas sagaces.

© ~~TRIEGLAS~~, 2003.

Imperialismo, fundamentalismo y los usos del «terror»

Jayati Ghosh

Economista. Universidad Nehru, Nueva Dehli.

De entrada, deben observarse dos características de la economía capitalista mundial en los primeros años del nuevo siglo. La primera es la importancia sostenida, de hecho abrumadora, del imperialismo como rasgo definitorio de las relaciones económicas mundiales; definido como la lucha del gran capital por el control de territorio económico de diversos tipos. La segunda es que el imperialismo actual difiere, en varias formas cruciales, del descrito por Lenin hace casi un siglo como la etapa monopolista del capitalismo. En cierta medida, las diferencias son sencillamente resultado de la historia, de la evolución de las instituciones y procesos del capitalismo; pero también de los efectos de los procesos recientes de desreglamentación del comercio y los mercados de capital, así como de otras formas de liberalización económica que constituyen la esencia de lo que suele llamarse «globalización» y han dado al nuevo imperialismo su impulso principal.

En función de la economía mundial de hoy, es posible identificar varias diferencias importantes con la globalización imperialista de fines del siglo XIX, entre ellas:

- Las implicaciones de una internacionalización y concentración acentuadas de la producción y las finanzas.
- El mayor dominio y la nueva naturaleza del capital financiero.
- El uso de instituciones multilaterales y regímenes basados en reglas para promover los propósitos que en períodos anteriores de la historia se resolvían por medios militaristas o políticos más directos.
- El cambio en la naturaleza de la inestabilidad sistémica del capitalismo mundial.
- Las nuevas formas de territorio económico que en estos momentos se disputan, incluida la creación de mercados.
- Los cambios tecnológicos que han promovido el proceso de dominio corporativo mundial y permitido la posibilidad de enfrentarlo en un nivel internacional
- Las implicaciones de la extensión mundial, privatización y concentración de la industria de los medios de difusión.
- La actual sumersión de la rivalidad interimperialista ante una superpotencia única cuyo poderío militar

se utiliza sistemáticamente, cada vez más para perpetuar el dominio. Con anterioridad he llamado a esto «hiperimperialismo», un proceso en el que los Estados Unidos toman poderes cada vez mayores y hacen caso omiso de las instituciones internacionales siempre que desean hacerlo.

Es evidente que los procesos de concentración y centralización del capital, así como la internacionalización de la producción, se han incrementado mucho, con varias implicaciones de importancia. La reciente fase de globalización se caracteriza por algunas de las oleadas más fuertes y arrolladoras de concentración de la actividad económica conocidas en la historia. En función de las actividades de las empresas multinacionales, la posibilidad de desintegración vertical de la producción, que ha permitido la reubicación y separación geográfica de partes del proceso de producción, se asocia a una mayor integración vertical del control —y propiedad— de la producción, internacionalmente. Además, en el pasado decenio en particular se presenciaron una oleada de fusiones y adquisiciones transfronterizas, no solo de las principales industrias manufactureras, sino incluso de aquellas del sector de los servicios, incluidos los públicos. La mayor concentración de la actividad económica, en general, pudiera reflejar la recesión y contracción de años recientes: la concentración es siempre más marcada en la fase descendente de los ciclos económicos. Pero el proceso también se hace evidente en algunos de los sectores más «dinámicos», como las telecomunicaciones, los medios de difusión y las industrias del entretenimiento, e incluso durante fases expansionistas de estos. No debe pensarse, sin embargo, que este proceso entraña la desaparición de los vínculos entre los conglomerados multinacionales y sus gobiernos: parecen ser más tenues, pero de todos modos siguen existiendo e influyendo en las estrategias geopolíticas y económicas de las principales potencias capitalistas.

La internacionalización, sin embargo, es más marcada en el caso de las finanzas. El dominio de las corrientes financieras en transacciones transfronterizas, así como la importancia creciente del papel que desempeñan elementos especuladores y la separación —y, en cierta medida, la supremacía— del capital financiero sobre el capital productivo, son demasiado conocidos para que requieran mayor análisis. Sin embargo, cabe señalar algunas de las implicaciones más importantes de este proceso:

- Mayores desigualdades en la rapidez de ajuste entre los mercados de capital y los de bienes y servicios, lo que entraña cambios más rápidos en las variables financieras y efectos más acentuados en las economías reales.

- El papel desestabilizador de las corrientes de capital especulativo, lo que conduce a mayor inestabilidad en los precios relativos en general y a crisis periódicas de intensidad variable en economías particulares.
- Las limitaciones a la adopción de políticas económicas nacionales y el impulso deflacionario que se les imparte, sobre todo, a las políticas fiscales y monetarias en casi todos los países; la mayor incapacidad de los Estados —independientemente de sus creencias políticas— para garantizar las necesidades básicas y los derechos socioeconómicos mínimos a todos los ciudadanos.
- La necesidad, por parte de las finanzas, de descubrir en forma constante —aunque temporal— nuevas vías (o mercados emergentes) para sus inversiones, lo cual garantiza que la deflación no sea un proceso uniforme a lo largo de la economía mundial, sino que siempre vaya acompañada de unos cuantos focos de auge debidos a la afluencia de capital.

El dominio del capital financiero también ha tenido efectos en la naturaleza de la rivalidad interimperialista. Se trata de un proceso del siguiente tipo: cuando el capital financiero, con independencia de su origen nacional, procura garantizar la estabilidad de sus inversiones, se preocupa ante todo por algún grado de estabilidad en el núcleo capitalista, especialmente en el gobierno y las acciones y obligaciones de los Estados Unidos. Esto significa que —independientemente del declinar creciente y sostenido de las bolsas estadounidenses, la aversión a los activos financieros y la baja concomitante del dólar en los mercados monetarios mundiales—, habrá intentos de mantener algún grado de estabilidad en función de los activos financieros disponibles más importantes y, por tanto, de reforzar las disposiciones geopolíticas que subyacen en dicha estabilidad.

Este requisito crea una fuente de presión distinta a la determinada exclusivamente por el dominio militar estadounidense. Significa que en esferas políticas y económicas cruciales, las potencias capitalistas tienden a actuar juntas, o al menos apoyan implícitamente las posiciones que toman los Estados Unidos, sea en las negociaciones de la OMC, en el empleo del FMI para determinar las políticas nacionales a fin de beneficiar directa o indirectamente el capital que se encuentra en los Estados Unidos, en la «guerra contra el terror», en el tratamiento a los llamados «Estados maleantes», etc. Significa también que tiende a aceptarse —cuando no a condonarse— el unilateralismo estadounidense en asuntos económicos y políticos, sea en función de permitir el empleo sostenido de medidas proteccionistas unilaterales, como Super 301 y otras, o la Ley Agrícola de los Estados Unidos; o de presionar por un mayor

cumplimiento de la liberalización multilateral precisamente en los sectores en que se considera que la economía norteamericana tiene ventaja competitiva, o en el establecimiento de compromisos militares contra aquellos a quienes los Estados Unidos deciden definir como «Estados maleantes»; o, incluso, en estos momentos, la ocupación ilegal de un país siguiendo líneas neocoloniales.

Además de utilizar instituciones nuevas y reglas y protocolos internacionales para sus propios fines, el nuevo imperialismo también tiene que ver con la lucha por el control de formas más nuevas de territorio económico. Esto no niega la importancia sostenida de este, según tradicionalmente se le concibe; o sea, recursos naturales, mercados y fuerza laboral. De hecho, el control de los recursos naturales —sobre todo energéticos y petroleros— sigue siendo de importancia central en las preocupaciones capitalistas. Varios sucesos recientes lo demuestran: la importancia, para la intervención militar norteamericana y la geopolítica en curso, de la región del oleoducto que se propone y pronto se construirá en Afganistán; el intento —fallido— de instigar y apoyar un golpe militar en Venezuela contra un presidente electo por un enorme margen popular. La guerra en Iraq y su posterior ocupación son solo las expresiones más recientes de ello. Aunque estas son, en realidad, las manifestaciones políticas más flagrantes del imperialismo actual, es en la esfera del desarrollo de nuevos mercados donde resultan más pronunciadas las implicaciones económicas.

Se procura desarrollar y hacer accesibles estos nuevos mercados en dos formas. La primera es la apertura de los existentes en países en desarrollo y los ex socialistas, mediante procesos de liberalización comercial e inversionista, haciendo uso de los organismos de préstamos condicionales del FMI y el Banco Mundial; y, de modo más reciente, de las normas y procedimientos de solución de diferencias de la OMC. Tal apertura, sobre todo si incluye la desindustrialización relativa de las economías recién liberalizadas, otorga nuevos mercados para productos manufacturados y servicios a los países capitalistas centrales. Sin dudas, no es accidental que, a pesar de temores relacionados con la «exportación», del Norte al Sur, de empleos en la manufactura, en realidad la balanza comercial en manufacturas del Sur con el Norte sigue siendo negativa y, de hecho, el déficit ha estado creciendo. A esto se asocia la disminución de los precios mundiales de las exportaciones del Sur, que surge del problema de la falacia de composición: un número creciente de países en desarrollo se ve obligado a aumentar los volúmenes de exportación para amortizar la deuda, para pagar por más importaciones, o simplemente porque se les ha dicho

que es bueno hacerlo. El hecho, a su vez, brinda a los países centrales la ventaja relativa de importaciones más baratas no solo de materias primas y bienes agrícolas tropicales, sino también de productos manufacturados en los que los países en desarrollo han sido instados a especializarse, y que se caracterizan ahora por una capacidad excesiva en todo el mundo.

La forma más innovadora de encontrar mercados nuevos en el pasado reciente ha sido su creación en lugares donde antes no los había, o sea, fomentando y promoviendo la comercialización de actividades que con anterioridad no se consideraban comerciales, se definían de dominio público, o solo podían realizarse mediante intervención social. El impulso hacia la comercialización y luego privatización de una gama de servicios públicos —como la energía, las telecomunicaciones y ahora el agua y el saneamiento— es la expresión más evidente de ello. La proliferación de formas nuevas de comercio nunca ha sido tan desenfadada. El conocimiento y lo que se define como propiedad intelectual, los derechos al uso de la energía, los certificados de lucha contra la contaminación, son ahora objeto de comercio, e incluso los medios para comerciar se han ampliado, al incluir la vía electrónica y cosas similares. La comercialización obligada de una amplia gama de servicios brinda, por tanto, el territorio más nuevo y prometedor a la expansión capitalista.

Un aspecto interesante es que la información y el entretenimiento no solo se han comercializado, sino que han surgido como industrias importantes; de hecho, en estos momentos constituyen el segmento en crecimiento más dinámico de la economía mundial. Se encuentran también entre los más concentrados y centralizados de todos los sectores. El auge de los multimedia ha generado grandes empresas que pueden contarse entre las mayores corporaciones transnacionales. Este es, en realidad, un fenómeno de la última década, o de los últimos quince años aproximadamente, a partir de que gigantes empresas de los medios han procurado «sinergia» no solo mediante la integración vertical, sino «adquiriendo el control de cada paso del proceso de los medios de difusión, desde la creación del contenido hasta su entrega en el hogar».¹ Los años 90 presenciaron una oleada sin precedentes de fusiones y adquisiciones de los gigantes mundiales de los medios de difusión.² Muchas de estas empresas han rechazado explícitamente las identidades nacionales y se han presentado como mundiales o internacionales. De todos modos, y a pesar de los intentos de programar de acuerdo con sensibilidades locales, el grueso del contenido, las formas de expresión y las estructuras de propiedad y gestión, reflejan el dominio de los países capitalistas centrales, sobre todo de los Estados Unidos.

En términos puramente cuantitativos, los mercados nuevos de mayor importancia son, por supuesto, los financieros. Tal explosión refleja la capacidad del capitalismo para crear y ampliar las esferas de actividad económica, incluso cuando la producción material decae. Además, servicios financieros como la banca y los seguros —una esfera en la que las empresas con base en los países capitalistas centrales poseen clara ventaja competitiva—, han estado entre los de crecimiento más rápido en el comercio mundial. La enorme corriente transfronteriza e intrafronteriza de recursos financieros suele reflejar un comercio de productos básicos que son puramente conceptuales, como el comercio derivativo. Que puedan obtenerse ganancias enormes de esta piramidación de activos financieros demuestra el ingenio del capitalismo, pero también crea burbujas especulativas que, al fin y al cabo, tienen que explotar.

Además, el nuevo imperialismo procura utilizar sobre todo el trabajo calificado posible de encontrar en algunos países en desarrollo. Ello ha significado la movilidad laboral enormemente ampliada de una pequeña sección de empleados altamente calificados y profesionales, mientras a otras fuerzas laborales les resulta mucho más difícil moverse, y las tasas agregadas de migración laboral son inferiores a lo que lo han sido en la historia del capitalismo. Esto, a su vez, ha contribuido, en no pequeña medida, al entusiasmo por el proceso de integración mundial entre dichos grupos de trabajadores calificados de los países en desarrollo. De hecho, puede decirse que una importante causa del éxito de la globalización imperialista ha sido su capacidad de atraer a las élites y clases medias locales de todo el mundo a sus propias filas, para ofrecer inclusión parcial en un espacio internacional privilegiado en el que es posible olvidar las tribulaciones de los trabajadores pobres locales, incluso cuando su papel crucial en la generación del excedente productivo se mantiene.

A pesar del dominio completo de una superpotencia única y decidida —que en el pasado ha sido un requisito para un período de capitalismo mundial estable—, la economía mundial actual es fluctuante, proclive a la inestabilidad sistémica y sujeta a la posibilidad constante de crisis, lo cual se debe a los siguientes factores:

- Primeramente, los Estados Unidos no están cumpliendo en la actualidad su papel —en el sentido de Kindleberger— de rectores de la economía mundial, a fin de mantener la estabilidad. Este papel exige el desempeño de tres funciones como mínimo: intervenir en situaciones de crisis, realizar préstamos anticíclicos a países afectados por decisiones de los inversionistas privados y brindar un mercado para exportaciones netas al resto del mundo, sobre todo de los países que lo requieren para el reembolso de

su deuda. La ausencia de intervenciones en crisis no es universal: hay países donde se han producido grandes operaciones de salvamento orquestadas por el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y por el FMI; pero el espectacular desplome de Argentina, la sangría del África subsahariana —a pesar de la inminente hambruna en gran escala— y la indiferencia hacia las implosiones en Europa oriental y otras partes, prueban que el gobierno norteamericano no considera responsabilidad suya intervenir en crisis, a fin de salvar todo el sistema. Del mismo modo, se ha puesto freno a los préstamos anticíclicos; las finanzas privadas —incluido el capital invertido en valores en cartera— se han asociado a la creación de agudos ciclos de auge y caída, y no a su mitigación. La política estadounidense ha estado dirigida a la protección de dicho comportamiento en lugar de a su contención. Por último, aunque los Estados Unidos habían desempeñado, sin dudas, un papel crucial como motor del comercio mundial, en los años 90, al incurrir en déficits muy grandes en el comercio exterior, este papel ha disminuido mucho, sobre todo después de 2000. De hecho, incluso antes, el déficit de la balanza comercial de los Estados Unidos reflejaba déficits entre las inversiones privadas y el ahorro, en la medida en que el papel presupuestario oficial se hacía más contraccionista.

- En segundo lugar, en parte debido a este papel inadecuadamente aceptado de líder y en parte por el impulso deflacionario, que brindaba la mayor movilidad del capital financiero, el crecimiento agregado del sistema capitalista mundial ha estado por debajo de las expectativas en la fase reciente de globalización. Es ahora evidente que el período se ha asociado a una desaceleración de la actividad económica en importantes zonas del mundo desarrollado, una implosión sostenida en vastas regiones del mundo en desarrollo (incluido el continente africano) y una disminución drástica en el que hasta el momento había sido el segmento más dinámico de la economía mundial: Asia oriental y sudoriental.³ Estos procesos se reflejan en tasas de crecimiento del comercio mundial —en valor— que se han desacelerado a pesar de la liberalización forzada del comercio en la mayoría de los países, así como en la disminución de las tasas de inversiones de tipo totalmente nuevo en todo el mundo.
- En tercer lugar, el reciente proceso de globalización imperialista se ha caracterizado por disparidades enormemente aumentadas, tanto dentro de los países como entre ellos.⁴ Aunque, como es inevitable, existe debate sobre el tema, estudios muy rigurosos

La liberalización económica orientada hacia el mercado y la globalización imperialista generan o acentúan tendencias de fundamentalismo y sectarismo, que provocan conflicto y violencia, sobre todo contra las mujeres y los grupos sociales más vulnerables.

encuentran una desigualdad creciente dentro de las regiones y entre ellas, así como una tozuda persistencia de la pobreza y una marcada ausencia de la «convergencia» que predicán los apologistas del sistema. Además, la mayoría de los pueblos del mundo se encuentra en circunstancias económicas más frágiles y vulnerables; muchos de los antiguos servicios sociales estatales se han reducido o eliminado; los servicios públicos se han privatizado o hecho más costosos y, por consiguiente, menos accesibles; y las condiciones de empleo se han hecho mucho más inseguras e inestables.

- En cuarto lugar, estas características han conducido a una crisis importante de legitimación del sistema. No solo se encuentran en tela de juicio los principios básicos del argumento neoliberal —el apoyo teórico de la modalidad actual de globalización imperialista—, sino que las instituciones designadas para mantenerlo —el FMI, la OMC y otros— carecen cada vez más de apoyo popular y legitimidad. El movimiento general contra la globalización constituye una expresión de esta disensión creciente en contextos locales y nacionales. Una característica importante —y nueva— es que el proceso de integrar a las élites de los países en desarrollo y recompensarlas materialmente por su cooperación activa en la promoción de la globalización empresarial se ha hecho más lento. Como ya se apuntó, la complicidad y participación de las élites locales han sido una potente fuerza para garantizar los resultados de la integración capitalista mundial; pero con la mordida de la recesión mundial y la mayor escasez de recompensas, ya no es posible dar por sentada esta complicidad. Como la economía política de los movimientos de resistencia exige, en todas partes, la participación de algunos elementos de la clase media y profesionales —y muchas veces también de élites locales—, este puede resultar un suceso de importancia crítica.
- En quinto lugar, el imperialismo tiene una relación cada vez más ambigua con varias tendencias reaccionarias, revanchistas y retrógradas, en diversas partes del mundo, a las que ha permitido y fomentado su ampliación en distintos momentos y lugares; pero a muchas se les ve hoy como

amenazas al sistema que es necesario desarraigar y destruir. Todos aquellos a quienes se considera enemigos de los Estados Unidos y, por tanto, objetivos a eliminar en la actual «guerra contra el terror» —Osama Bin Laden, Al Qaeda, el Talibán, Saddam Hussein— en un momento u otro han sido niños mimados, abiertos o encubiertos, del gobierno norteamericano, y han sido utilizados contra otros considerados enemigos, o simplemente para desestabilizar regiones. Todavía hoy, en Estados Unidos como Arabia Saudita se ha permitido el auge de fuerzas reaccionarias. En otras partes, el imperialismo estadounidense se ha hecho de la vista gorda o ha fomentado implícitamente el crecimiento de movimientos semifascistas —como las tendencias Hindutva en la India—, así como de fuerzas separatistas que pretenden la desintegración de países grandes. Sin embargo, muchos de estos movimientos ahora amenazan con escapar al control y desestabilizar el propio sistema, aunque solo sea de modo parcial. Los ataques terroristas del 11 de septiembre constituyen un hito solo en la medida en que obligaron a comprender esta tendencia hacia la desestabilización, y no motivaron cambio importante alguno en la organización básica del sistema mismo, que se administra en forma tan cínica como antes.

- Por último, parece que en un futuro cercano cobrará mayor trascendencia una contradicción importante: la necesidad de deflación que impone el capital financiero predador sobre el sistema en su conjunto, incluso cuando fomenta tasas diferenciales de deflación en diversas zonas, a fin de elevar al máximo sus propias utilidades. Una relación presa-depredador sostenible exige la existencia perpetua de la presa, pero la deflación generalizada la hace menos probable. La actual caída en los principales mercados de valores, especialmente en los Estados Unidos, indica que aunque es posible separar las finanzas de las tendencias económicas reales durante períodos prolongados, y estas incluso pueden beneficiarse de dicha separación, no pueden hacerlo indefinidamente.

Todo lo anterior significa que, si bien el sistema capitalista mundial todavía no ha caído en una crisis con todas las de la ley —aunque es evidente que partes

de él sí lo han hecho—, existen inestabilidades sistémicas que indican que la modalidad actual no puede continuar sin algunos cambios e incluso una revisión general en el mediano plazo.

Mercados, fundamentalismo y conflicto

Hay varios aspectos de la liberalización económica orientada hacia el mercado y la globalización imperialista adversos para los trabajadores. Pero incluso se reconoce, cada vez más, que algunos de los procesos económicos y sociales desencadenados por el mercado también poseen otras consecuencias negativas. En especial, generan o acentúan tendencias de fundamentalismo y sectarismo, que provocan conflicto y violencia, sobre todo contra las mujeres y los grupos sociales más vulnerables.

Examinemos los mecanismos a través de los cuales esto se produce más específicamente en el contexto de la India. La década pasada, y antes, ha sido un período en que la economía india se ha abierto más a los procesos de mercado que en cualquier otro momento, y dichos mercados han sido regionales, nacionales e internacionales. Este período se ha asociado a una tendencia hacia la privatización de activos estatales; la reducción de inversiones oficiales cruciales, sobre todo en esferas de la infraestructura; la reducción del gasto público per cápita en salud; la reducción del gasto público en las zonas rurales en general; la desreglamentación y numerosas deducciones impositivas y otras concesiones brindadas al capital nacional y multinacional grande; y la liberalización comercial, que ha afectado la viabilidad de las unidades manufactureras en pequeña escala y de los agricultores.

Estas políticas, a su vez, ya han tenido efectos nocivos importantes sobre la economía y, más especialmente, sobre la vida de los trabajadores corrientes. Su característica negativa más evidente es la disminución en la generación de empleos, sobre todo en zonas rurales. La tasa de crecimiento de todas las formas de empleo rural, incluido el trabajo ocasional o a tiempo parcial, disminuyó a menos de 1% en los años 90, sea con arreglo a los datos del Censo, o de la Encuesta nacional por muestreo. Esta no es solo la tasa más baja registrada desde la independencia, sino que es muy inferior a la tasa de crecimiento de la población rural, lo cual significa que la falta de oportunidades de trabajo productivo se ha convertido en el problema individual más importante para amplios sectores de la población rural.

Incluso los agricultores independientes encaran enormes problemas de viabilidad como cultivadores,

debido a la combinación de las amenazas de importaciones muy subsidiadas que mantienen bajos los precios y el aumento de los costos, lo cual se explica por la retirada de subsidios. La creciente crisis en la agricultura, unida a la falta de otra generación de empleos en las zonas rurales, han creado dificultades en la economía básica de la mayoría de los residentes rurales.

En las zonas urbanas, la tasa general de generación de empleos ha sido ligeramente mejor, pero no en el sector formal, donde el empleo apenas ha crecido. Ha habido algún crecimiento de empleos en los servicios, y sobre todo en los de tecnología de la información, que ha reducido la tasa de desempleo de los graduados. Pero incluso en zonas urbanas sigue siendo importante el problema para todos los que necesitan trabajar. Para los menos calificados, en especial las mujeres, las dificultades para acceder al trabajo productivo son particularmente agudas. Las mujeres están siendo arrastradas a la fuerza laboral asalariada mediante las formas más retrógradas, como el trabajo en casa para cadenas de producción organizadas por grandes capitalistas, o como trabajadoras explotadas y mal pagadas en el sector de los servicios.

Además de la generación inadecuada de empleo agregado, existe el problema de la menor seguridad del trabajo y de los ingresos en general. Por supuesto, esto es así, sobre todo, para los asalariados en ocupaciones menos calificadas y más inestables, pero es irónicamente cierto que incluso en los extremos superiores del espectro laboral el empleo se ha hecho más inestable y frágil, y la antigua seguridad implícita del empleo en el sector formal casi ha desaparecido en los nuevos contratos. Además, los ingresos no salariales son ahora menos seguros y más inestables, sencillamente porque muchos mercados, y los ingresos que de ellos se devengan, fluctúan mucho más que en el pasado.

Las condiciones deprimidas de la generación de empleos y la mayor inseguridad de los ingresos han cobrado expresión indirecta en otras características negativas, sobre todo el consumo de alimentos. En los últimos años, la disponibilidad de cereales per cápita para la economía en su conjunto ha sido inferior a la promedio de hace treinta años y ello se combina con una montaña de existencias de cereales «en exceso» propiedad de la Corporación de Alimentos de la India, lo que da origen a una espantosa contradicción de hambruna sostenida en medio de abundancia aparente. El consumo de calorías per cápita, incluso para 40% de la población más pobre, también ha disminuido en algunos Estados hasta en 25%. Un dato casi increíble en una economía que se supone crece en más de 5% anual y donde las estadísticas oficiales se manipulan para

anunciar que se ha producido una disminución importante en el alcance de la pobreza.

Como si no bastara con el menor acceso a los alimentos y el consumo inferior de calorías, también se han producido disminuciones importantes en la disponibilidad de servicios públicos básicos en las esferas de la salud y el saneamiento. La disminución de las inversiones en gastos públicos no solo ha significado que los muy necesarios servicios de salud no se han ampliado. Han significado también que no se cubren el mantenimiento y la reparación de dichos servicios, así como sus gastos básicos de funcionamiento, de modo que la calidad de los servicios de salud y saneamiento, y el acceso a ellos, han mermado. Se ha afectado así la atención preventiva y curativa de la salud en el sector público, lo cual significa, a su vez, que incluso las familias pobres se ven obligadas a realizar muchos más gastos en la atención privada a la salud, aunque esto haga disminuir los ingresos necesarios para la mera supervivencia física. La India está entre los países de peor desempeño del mundo en lo referido a la relación entre los gastos de salud públicos y privados; la disparidad ha crecido en años recientes. En varios Estados, la mortalidad infantil ha aumentado en los últimos años, invirtiendo la tendencia decreciente que se mantenía desde principios de la década de los 50. La tasa de disminución de la mortalidad materna también es muy inferior a lo que era, en toda la India.

Paralelamente, el creciente énfasis en los mercados ha entrañado la transformación en productos de consumo masivo de muchos bienes de consumo que en otros tiempos el Estado y las comunidades brindaban de modo natural, o simplemente no estaban sujetos a transacciones de mercado y relaciones de propiedad. La incapacidad o negativa del gobierno de brindar agua potable ha conducido al crecimiento explosivo de una industria de agua embotellada. Se privatiza una gama completa de servicios que solían ser públicos, como la distribución de electricidad, el abastecimiento de agua, el saneamiento y las telecomunicaciones. Incluso el reciente reconocimiento de los derechos de propiedad intelectual marca la entrada de mercados en esferas cada vez más nuevas.

Desde luego, donde hay mercados hay *marketing* y la atracción de un número cada vez mayor de consumidores a la red de compra por medio de la publicidad, e intentos de manipular los gustos y opciones individuales. Para ello, las empresas publicitarias han usado siempre a las mujeres como objetos para vender sus productos en gran escala. Su doble relación con las mujeres, como objetos para la venta de productos y como enorme mercado potencial de bienes, crea un peculiar proceso, en virtud del cual se las insta y persuade a participar activamente en su propia transformación

en objetos. La enorme atención que brindan los medios de difusión a los concursos de belleza, las modelos «de éxito» y cosas por el estilo, contribuye a la industria de la belleza, que se encuentra en rápida expansión, e incluye no solo cosméticos y productos de belleza, sino también elementos para adelgazar, salones de belleza, clínicas para la pérdida de peso, etc. Muchos influyen en las actitudes menos deseables y más retrógradas de las mujeres y de su apariencia, como los anuncios de cremas para aclarar la piel, que recalcan la necesidad de tenerla clara para concertar un «buen» matrimonio —que, a su vez, se contempla como el objetivo básico de la mujer—, o incluso para obtener un buen empleo. Estas actitudes retrógradas pueden deshacer con rapidez décadas de lucha del movimiento femenino a favor de una mayor igualdad de oportunidades y una vida digna, como demuestra, con gran claridad, la experiencia de las mujeres en los países ex socialistas.

Hasta ahora, el argumento puede parecer bastante verosímil, pero muchos dirían que el vínculo entre todo esto, por una parte, y el fundamentalismo y la violencia, por la otra, sigue sin hacerse demasiado evidente. Pero, de hecho, estos procesos operan activamente no solo para fortalecer el patriarcado, sino también para fomentar tendencias sectarias y sumarse a los factores que dan origen al conflicto social y la violencia. A continuación, algunos de estos mecanismos.

El primero surge de la mayor inseguridad material. Al hacerse la vida cotidiana más inestable, insegura e impredecible en diversas formas, las personas buscan seguridad de cualquier modo que les sea posible. Precisamente porque algún grado de certidumbre se ve como un consuelo, muchas veces mientras más rígido es un sistema —sea de creencias intelectuales o espirituales, una orden religiosa o una agrupación relativamente estrecha que reclame para sí una identidad social especial—, más atractivo se hace, contra toda lógica. Esto pudiera explicar por qué algunos de los grupos sociales y religiosos sectarios, estructurados en la forma más rígida, han atraído en años recientes a gran número de seguidores. En la India esto es así en lo tocante al creciente poder de las tendencias y grupos más reaccionarios y de línea dura dentro de las comunidades hindú y musulmana, por ejemplo.

Estos grupos, a su vez, contribuyen al segundo mecanismo: el uso de tales sentimientos «religiosos» y sectarios como medios de movilización política. El Sangh Parivar, del que forma parte el partido gobernante, el Bharatiya Janata (BJP), ha convertido el asunto, por supuesto, en un arte y una ciencia refinados; pero no es el único que utiliza tales identidades particularistas, en lugar de genuinas combinaciones basadas en la clase como medio de organización política. Los partidos gobernantes, a su vez, las han aprovechado

para desviar la atención de sus propias deficiencias en el gobierno y de su incapacidad para evitar el deterioro de las condiciones materiales básicas de una parte importante del pueblo. El pseudonacionalismo que se propugna —en el que el «otro» al que se hace alusión suele ser un país vecino como Paquistán, y ahora incluso Bangladesh— sirve como forma de canalizar y desviar los verdaderos sentimientos antimperialistas de las personas y convertirlos en simples gritos de guerra, condenados al fracaso, contra los vecinos.

Desde luego, hay en todo esto una fuerte corriente subterránea de violencia que, de cuando en cuando, sale a borbotones, como hizo el año pasado en Gujarat, el pogromo patrocinado por el Estado. La creciente tendencia hacia la violencia de diversos tipos —hacia otras «comunidades» o castas y, sobre todo, hacia las mujeres— puede verse como reflejo y resultado de los procesos económicos y sociales ya descritos. La mayor inseguridad y dificultad de la vida cotidiana, así como las complicaciones y preocupaciones que entraña el atender a las necesidades básicas, dan lugar a niveles mucho más elevados de irritación en las personas. Esto solo raramente encuentra salida en el puesto de trabajo y exige otros medios de expresión. Además, el enorme aumento de la desigualdad, el desenfrenado crecimiento del consumismo y la explosión de los nuevos medios de difusión —que ponen a la vista pública todos los nuevos modos de vida derrochadores— sirven para aumentar el resentimiento y la frustración de los desposeídos. La disparidad entre aspiración y realidad se hace cada vez mayor y crea un fuerte impulso de atacar a quienes se ve como «responsables». Por supuesto, los verdaderos agentes de estos procesos —el gobierno indiferente, las grandes empresas y multinacionales, los inversionistas extranjeros— son demasiado gigantescos, distantes y poderosos como para ser tocados. Por tanto, resulta mucho más fácil dirigir la ira contra aquellos a los que se considera más fáciles de atacar: las comunidades minoritarias o castas inferiores, las mujeres dentro y fuera del hogar, y otros. El marcado aumento de la violencia contra las mujeres no se debe solo a que exista mayor información sobre estos incidentes, sino a este proceso, que da origen a un aumento real en el número de este tipo de delito.

Otros factores están presentes, una vez creado un incipiente clima de violencia y conflicto. El temor al castigo o a ser el próximo objetivo sirve para garantizar el silencio —cuando no la complicidad— de aquellos que no participarían directamente en la violencia. Este temor es aún más potente porque los organismos del Estado se utilizan de modo creciente para proteger a los perpetradores de la violencia y negar a sus víctimas el mínimo grado de justicia.

La otra concepción que se invoca y se procura extender es aquella que yace en el corazón de la dependencia en los mercados: el individualismo. El «espíritu competitivo» se desencadena y se utiliza para hacer que las personas sientan que solo pueden confiar en sí mismas y que es posible obtener ganancias a expensas de otros miembros del propio grupo social, lo cual actúa como una forma más de reducir los intentos de las personas de forjar grupos para la acción colectiva destinados a llevar los procesos de liberalización y globalización corporativa en una dirección más progresista.

Por lo tanto, es evidente que el fundamentalismo de mercado crea también fundamentalismo religioso y social, con consecuencias desastrosas para las personas comunes y corrientes. Y ello, a su vez, contribuye directa e indirectamente a la causa del imperialismo y sus aliados dentro del país.

Los usos del «terror»

En este contexto, la obsesión actual de la «guerra contra el terror» asume gran importancia. El gobierno indio ha sido un alumno aplicado de la administración Bush a este respecto, y utiliza cada vez más los temores y sospechas que plantean la posibilidad de ataques terroristas, no solo para aumentar las tendencias divisivas en el pueblo, sino también para promulgar legislaciones no democráticas y negar a los ciudadanos sus derechos básicos. Por tanto la población se somete, al menos, a dos formas de terror. Está, por supuesto, el terror esporádico creado por grupos extremistas que suelen encontrar en esos métodos la única forma de que se escuche su voz, y que, en sí, surge de la falta de voluntad para encontrar soluciones políticas o materiales a problemas de larga data o a una ausencia sostenida de justicia. Pero existe una respuesta igualmente aterradora de los gobiernos que aprovechan esta oportunidad para desencadenar el «terrorismo estatal» y negar derechos civiles y políticos a los ciudadanos mientras siguen ignorando sus derechos sociales y económicos.

El uso del terror como dispositivo para ampliar la invasión del *Big Brother* en las vidas privadas y dominar a la sociedad civil, mientras los gobiernos incumplen su responsabilidad económica y social básica, es hoy una práctica normal en muchos países. Incluso el gobierno de los Estados Unidos —que en tantos otros asuntos aconseja u obliga a otros países a emprender políticas inaceptables en su propio país— ha usado medidas jurídicas y administrativas draconianas para ampliar su control sobre las vidas de los ciudadanos corrientes.

Solía ser un rasgo característico de las potencias imperialistas imponer o fomentar regímenes autoritarios en el extranjero, al tiempo que permitían algún grado de «disensión democrática» en sus propios países. Ya no es así. Ahora parece que los Estados Unidos, que declaran abiertamente que sus guerras imperialistas de agresión son solo para promover la libertad y la democracia en otras partes del mundo—, hacen todo lo posible para reprimir esa misma libertad y democracia dentro de sus propias fronteras.

La administración Bush parece tener un verdadero problema de confianza: evidentemente, no confía para nada en su propio pueblo. El proceso iniciado hace dos años —después de los ataques del 11 de septiembre en Nueva York y Washington— se ha intensificado. Esencialmente, el gobierno construye la infraestructura de un Estado policial con poderes casi ilimitados para espíar, interrogar y arrestar a ciudadanos norteamericanos y a otros residentes en el país. En mayo, el Comité Especial de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos votó unánimemente para aprobar un enorme aumento en el financiamiento de actividades de espionaje de la «lista vigilada» de sospechosos de «terrorismo», definidos en forma tan amplia que cualquier inmigrante del Medio Oriente o de un país predominantemente islámico, y prácticamente cualquier opositor político de izquierda, pudiera caer bajo sospecha. Además, con el pretexto de oponerse al supuesto «terrorismo», el gobierno de Bush ha socavado los derechos de quienes visitan el país por cualquier razón. Los inmigrantes y los que procuran asilo pueden ser detenidos sin causa, sometidos a duros interrogatorios e incluso tratados con brutalidad, en el supuesto de que pudieran ser terroristas.

También los Estados Unidos fomentan activamente un cambio en el clima social y político para acosar a quienes se oponen a sus políticas. Los ciudadanos progresistas que han participado en el movimiento antiguerrerista informan un alarmante aumento en la vigilancia, combinado con frecuentes amenazas de muerte y comportamiento agresivo por parte de vecinos y funcionarios locales. Los diarios se muestran cada vez más reacios a publicar artículos de oposición a la guerra o que señalen los costos humanos, o de otro tipo, de la agresión. Se indica a los maestros de escuela que presenten la posición del gobierno de los Estados Unidos en la guerra de Iraq y eviten tratar de ser «equilibrados». En todo el país se intenta crear un ambiente de intolerancia hacia la disensión y por la aceptación acrítica a posiciones propugnadas por una camarilla que controla a Washington DC. Este drástico aumento de los métodos autoritarios de control por parte del gobierno difiere del comportamiento típico de una potencia imperialista victoriosa, y más bien

parece el reflejo de un gobierno fundamentalmente inseguro de sí, a pesar de todas sus bravatas, un gobierno que no confía en su pueblo y necesita ejercer toda la vigilancia invasiva y control sobre él.

Una causa de la inseguridad pudiera ser la propia fuerza de la oposición a la guerra. Antes de la agresión a Iraq, el movimiento antiguerrerista en los Estados Unidos careció de precedentes e incluyó personas de todas las comunidades y condiciones sociales. Al hacer caso omiso de esto, el gobierno de Bush manifestó su desprecio hacia la opinión pública y pretendió que sería lo suficientemente veleidosa como para cambiar de idea una vez que se obtuviera la victoria. Pero la preocupación básica sigue en pie y, con ella, la desconfianza del gobierno hacia sus propios ciudadanos.

Existe otra razón para la actitud de cautela del gobierno estadounidense hacia sus ciudadanos. Incluso cuando la administración Bush se extiende en forma de un imperio de ultramar, reduce las condiciones básicas de vida del pueblo, en casa. Las disposiciones básicas de bienestar y seguridad social disminuyen, los programas de salud pública se socavan y las condiciones de trabajo se deterioran. Al propio tiempo, el número de desempleados sigue aumentando. El gobierno parece indiferente a la suerte de las personas comunes, que encaran este empeoramiento de las condiciones materiales. La medida más extraordinaria fue la disminución de las pensiones a los veteranos de guerra de los Estados Unidos y sus viudas, en medio de la campaña de Iraq. El gobierno de Bush parece pensar que manteniendo constantemente viva la amenaza del terrorismo, el pueblo puede seguir en un estado de temor que le haga aceptar la disminución en su nivel de vida y la eliminación de sus derechos democráticos.

En la India, nuestros propios líderes han aprendido enseguida estas técnicas. No solo se han promulgado leyes draconianas como la POTA (Ley de Prevención del Terrorismo), a pesar de la amplia oposición dentro y fuera del Parlamento, sino que existe una manipulación oficial creciente de las ansiedades de las personas corrientes para distraerlas de los numerosos fracasos de la acción pública, que en realidad han hecho la vida más insegura para la ciudadanía.

Este temor al «terror» también se ha explotado para hacer cambios drásticos en la política exterior del país. Hubo un tiempo en que internacionalmente se consideraba a la India como miembro fundador y una fuerza importante del Movimiento de países no alineados, líder del mundo en desarrollo y, en general, baluarte contra el imperialismo. En años recientes, el gobierno de la Alianza Democrática Nacional (NDA) ha desmantelado sistemáticamente el edificio completo de la política exterior independiente, basado en la no alineación, que se creó en el período posindependentista.

El actual gobierno de la India, en lugar de mantener una posición internacional independiente, se ha acercado cada vez más al gobierno derechista de Bush, en los Estados Unidos, y al régimen de línea dura de Sharon, en Israel, lo cual cobra expresión en la cooperación militar y en muchas otras formas. La más inexcusable de ellas es el examen activo de la posibilidad de enviar efectivos indios a participar en la ocupación de Iraq por los Estados Unidos y el Reino Unido.

El asesor de Seguridad Nacional del Primer Ministro, Brajesh Mishra, al hablar recientemente ante una reunión del Comité judío-estadounidense —un grupo de presión sionista radicado en Nueva York— afirmó que solo un núcleo de «democracias verdaderas», como el representado por los Estados Unidos, Israel y la India, puede combatir con eficacia el terrorismo, porque constituye el objetivo principal de este y, por tanto, deben formar una alianza. Según él, esta alianza no debe titubear, intentando definir el terrorismo o debatiendo sus causas. Mishra ridiculizó la distinción que se procura hacer entre terroristas y combatientes por la libertad (¿qué hay, pues, con nuestro propio Bhagat Singh, para citar solo un ejemplo?). También parece haber dicho que «otra falacia que se propaga es que el terrorismo solo puede erradicarse atendiendo a sus causas fundamentales». En otras palabras, las soluciones políticas son una pérdida de tiempo, sea en Cachemira o en Palestina.

El argumento implícito parece ser, más bien, que basta con decidir que todos los terroristas proceden de una fuente religiosa dada. Esta atroz conclusión fue confirmada por el ministro del Interior, L. K. Advani, en una entrevista realizada por Fox News, cuando dijo: «El terrorismo como lo hemos visto el 11 de septiembre o el 13 de diciembre, tiene una fuente común y esta ha descrito a los Estados Unidos, Israel y la India como sus tres principales enemigos».

Es precisamente ese tipo de actitud la que suena a música celestial al imperialismo y, en especial, a la administración Bush. Sin embargo, es una posición no solo detestable desde un punto de vista ético, sino por entero impracticable a mediano plazo, ya que crea las condiciones para el surgimiento de futuros terroristas. De modo que es necesario combatir juntos ambos tipos de terror, con la resistencia popular.

En todo el mundo, las protestas contra la globalización y la guerra se van fundiendo, y se convierten

en una lucha conjunta de las personas comunes y corrientes del mundo contra el imperialismo. Este pudiera ser no solo un inicio, sino una fase cualitativamente nueva del capitalismo internacional, y una forma por entero novedosa de resistencia internacional. De modo que este último despliegue agresivo del imperialismo norteamericano pudiera sembrar las semillas de su propia perdición. No hay dudas de que ya ha logrado crear una resistencia mundial amplia y una organización sin precedentes. La inestabilidad que inevitablemente creará el actual incremento del poderío norteamericano pudiera tener, al menos, un resultado positivo en función de una renovación acelerada de las fuerzas progresistas mundiales.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Ben Bagdikian, *The Media Monopoly*, Beacon Press, Boston, 2000.
2. Como resultado de ello, los seis conglomerados multinacionales —News Corporation, Time Warner, Disney, Bertelsmann, Viacom y TCI— ahora poseen y de hecho controlan enormes franjas de las actividades de los medios de difusión, edición y entretenimiento comercial en todo el mundo.
3. El crecimiento de la producción mundial, que promediaba 3% en el período 1990-1997, fue de menos de la mitad de esa tasa en 1998-2000 e incluso menos con posterioridad. Casi cuarenta países en desarrollo han experimentado disminuciones en su ingreso per cápita a partir de 1990.
4. La disparidad en los ingresos per cápita entre los mundos industrial y en desarrollo se ha triplicado con creces entre 1960 y 1990. Entre 1960 y 1991, la participación en los ingresos de 20% de la población mundial más rica se elevó de 70 a 85%, mientras que la participación en los ingresos de 20% de la población más pobre disminuyó de 2,3 a 1,4%. De hecho, la participación en los ingresos de más de 85% de la población mundial en realidad disminuyó en ese período. La relación de participación entre los grupos más ricos y más pobres se duplicó de 30:1 a 60:1. Datos posteriores indican un empeoramiento marcado de dichas disparidades.

© ~~TRILAS~~, 2003.

La globalización: ¿última fase de la última fase?

Luis Suárez Salazar

Profesor Adjunto. Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI).

Semanas atrás, releí un ensayo del «post-posmarxista» chileno Fernando Mires, en el cual, junto a su justa crítica al economicismo que acompaña casi todos los discursos sobre la globalización, se afirmaba que «con el fin del comunismo también ha terminado el período del imperialismo político». Igualmente, que «debilitados los vínculos que en el pasado forzaron a diversas naciones a alinearse geopolíticamente [...] la propia noción del imperialismo económico comienza a desdibujarse».¹

Esas afirmaciones, al igual que la manera unilateral con que tanto en el exterior como en algunos medios cubanos se aborda el tema de la globalización, me reafirmaron la necesidad de indagar cuál es el lugar histórico en que debemos colocar las complejas tendencias objetivas y subjetivas —económicas, sociales, políticas, científico-técnicas, ideológico-culturales, nacionales e internacionales— que se sintetizan en el tan utilizado, polisémico e impreciso concepto.

Dicho de otra forma, ¿es la globalización un proceso socialmente neutro, benéfico por igual para todos los países del mundo y para todas las clases y sectores

sociales, capaz de homogeneizar todas las economías nacionales del planeta, y que descansa, en lo fundamental, «en la difusión e implantación acelerada de los adelantos de la ciencia y la tecnología en el ámbito mundial»?² ¿O, por el contrario, es parte consustancial, intrínseca, del desarrollo contradictorio, desigual, combinado y deformado del capitalismo y, especialmente, de lo que Lenin definió, en 1917, como imperialismo?

En el caso de que aceptemos este último criterio, ¿es la globalización —como indicó Silvio Baró— un «período transicional» entre dos etapas del fenómeno imperialista,³ o es ya una fase superior, madura, de lo que los especialistas cubanos Cervantes, Gil, Regalado y Zardoya han denominado «el capitalismo monopolista transnacional»?⁴

En esa lógica, ¿es la globalización el estadio final del capitalismo monopolista transnacional, después del cual vendrá, inevitablemente, el socialismo o lo que, en forma programática, el comandante Fidel Castro ha llamado «la globalización socialista»? ¿O, por el contrario, es lo que Francis Fukuyama definió «como el fin de la historia» o, más bien, como sugirió el economista

brasileño Theotonio Dos Santos, apenas el prólogo de un nuevo y contradictorio «ciclo largo de tonalidad expansiva» del capitalismo mundial?⁵

A responder estas preguntas va dirigido el presente artículo. Para hacerlo, lo dividiré en tres acápites. En el primero, exploraré la manera en que en la actualidad se expresan los que Lenin definió —para burlar la censura zarista— como «los cinco rasgos económicos» del capitalismo monopolista. En el segundo, presentaré algunas hipótesis acerca de las diferencias que aprecio entre el «imperialismo clásico» y lo que, solo por comodidad y ahorro de espacio, denominaré «imperialismo globalizado». ⁶ Y en el tercero, discutiré la pregunta relativa a si la globalización es o no el último estadio posible del fenómeno imperialista. ⁷

En todas mis respuestas retomaré las principales tesis desarrolladas por Lenin en *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. También ciertos enunciados de lo que el teólogo de la liberación Giulio Girardi ha definido como el «marxismo cubano». ⁸ En su criterio, este se diferencia del marxismo-leninismo determinista, economicista, escolástico, metafísico, ateo y sociológicamente reduccionista que tipificó a los manuales soviéticos. Sobre todo, porque les atribuye a los pueblos (y no a las vanguardias políticas) el carácter de sujetos históricos de las transformaciones sociales. Y, desde ahí, deja establecido el papel central que tienen las luchas e iniciativas conscientes del sujeto popular, de los seres humanos, de sus dirigentes y movimientos políticos, de sus organizaciones y movimientos sociales, de los Estados nacionales, populares, socialistas o de corte socialista, así como de las estrategias, tácticas y acciones de sus antagonistas (el imperialismo y las clases dominantes locales) en la definición de las múltiples disyuntivas que acompañan constantemente el movimiento de la historia.

El comandante Ernesto Che Guevara, en su crítica a ciertas lecturas deterministas y economicistas del marxismo, lo expresó así: «nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases, ni del hombre, “expresión viviente” de esas luchas». ⁹

Una relectura actual de *El imperialismo: fase superior del capitalismo*

Lenin sintetizó «los cinco rasgos económicos» que diferenciaban el capitalismo monopolista del capitalismo premonopolista. Estos eran: 1) la creciente concentración y centralización de la producción y los capitales, así como el consiguiente surgimiento de diversos monopolios (*trusts*, *cartels*) que, ya a comienzos del siglo xx, desempeñaban un papel decisivo en la

vida de los diferentes países del mundo; 2) la fusión del capital bancario con el capital industrial para dar origen al capital y a la oligarquía financieros; 3) la importancia adquirida por la exportación de capitales en relación con la exportación de mercancías; 4) el carácter cada vez más especulativo y parasitario del capitalismo; 5) la formación de agrupaciones monopolistas internacionales que, unidas a los Estados y gobiernos de las principales potencias capitalistas de la época, luchaban entre sí por repartirse el mundo.

La agudización de esas contradicciones producía enconados conflictos económicos, sociales, políticos o político-militares que, en determinadas circunstancias, conducían a las guerras interimperialistas y/o a nuevas subversiones del proletariado y sus aliados contra el poder político y económico del capital.

La certeza de sus pronósticos se confirmó antes, durante e inmediatamente después de la Primera y la Segunda guerras mundiales, así como en los diversos conflictos militares entre las principales potencias imperialistas y entre estas y «los pueblos oprimidos y explotados» que se libraron en los escenarios de lo que ahora llamamos el mundo subdesarrollado. Y ello fue así porque las naciones de esa parte del planeta, a las que Lenin definió como «colonias o semicolonias», pasaron a ser, desde fines del siglo xix, «eslabones de la cadena de operaciones del capital financiero mundial», que sobrexplota y subordina incluso a los Estados que gozan de la independencia política más completa. Al decir de Lenin, estos paulatinamente se transformaron en «países semidependientes».

¿Han desaparecido esas tendencias en la actualidad? ¿Están o no presentes estos «cinco rasgos económicos» del capitalismo monopolista en los procesos y tendencias de la globalización? En mi opinión, y sin negar todos los cambios que se han producido en el mundo desde 1917 hasta nuestros días —entre ellos, el desmoronamiento del «colonialismo clásico»—, la respuesta a la primera pregunta es negativa; mientras que la segunda tiene una respuesta totalmente afirmativa. Más aún, se puede demostrar de manera empírica que esos rasgos económicos y políticos del fenómeno imperialista son mucho más evidentes en la actualidad que a comienzos del siglo pasado.

Según todos los estudiosos de la globalización, incluidos sus apologistas, la concentración y la centralización de los capitales, la producción, los servicios, los conocimientos y el poder político-militar e ideológico-cultural en unas pocas manos y en unas pocas naciones del planeta es más apabullante que en ningún otro momento de la historia. Por consiguiente, se han multiplicado geoméricamente los procesos de fusión, adquisición, monopolización u oligopolización de las economías nacionales y de la economía mundial.

Según el *Informe del desarrollo humano*, de 1997, elaborado por el PNUD de la ONU, entre 1989 y 1996 el número de individuos con un patrimonio superior a los mil millones de dólares aumentó de 157 a 447. La riqueza neta de las diez personas más opulentas del mundo es, como promedio, de 133 mil millones de dólares; una y media veces superior que el ingreso nacional conjunto de todos los países definidos por la ONU como «menos adelantados».

Por otra parte, según la revista *The Economist*, del 30 de mayo de 1998, solo en los Estados Unidos el número de multimillonarios saltó de 13, en 1982, a 170 en los dos últimos años. El ingreso de ellos (unido al de un millón de millonarios que existen en la principal potencia capitalista del mundo) es más alto que el de 241,2 millones de norteamericanos; esto es, 90% de la población de ese país.

Según la misma fuente, en 1994 las cinco empresas privadas más grandes del mundo (General Motors, Ford, Toyota, Exxon y Royal Dutch/Shell) realizaban negocios que casi duplicaban el Producto Nacional Bruto (PNB) de todos los países de Asia meridional, triplicaban el de todas las naciones de África subsahariana y eran, en casi 800 mil millones de dólares, superiores que el PNB de las cerca de cincuenta naciones denominadas por la ONU, en forma eufemística, como *lesser developed countries* (países de menor desarrollo).

De acuerdo con estudios del Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), en la primera mitad de la década de los 90, las principales corporaciones multinacionales empleaban directamente o subcontrataban cerca de 150 millones de personas, o sea, 6% de la población económicamente activa (2 500 millones) de todo el mundo. Sus activos se elevaban a 5 billones (millones de millones) de dólares. Controlaban 70% del comercio mundial, así como 75% de todas las Inversiones extranjeras directas (IED) que se movían en todo el mundo.¹⁰ Pero hay más. En la actualidad, las cien megacorporaciones más importantes (fuera del sector bancario) poseen 3,4 billones de dólares en activos. Esto es, un sexto del valor estimado del conjunto de todos los activos del mundo. Dos tercios de esas existencias están en sus países de origen: los Estados Unidos, Japón y las naciones integrantes de la Unión Europea; que, según Kenichi Ohmae, integran la Tríada del poder mundial.¹¹

Como escribe el propio autor, a comienzos de la década de los 90, sesentiocho «corporaciones triádicas» habían conformado el consorcio en robótica; otras doce formaban el de aviación y veintiuna integran el de la biotecnología; ramas que, junto a las telecomunicaciones —monopolizadas por cuatro grupos que, según Eric Toussaint, controlaban, en 1997, 70% de las ventas

mundiales—¹² están estrechamente vinculadas a los sectores de punta de la revolución científico-técnica contemporánea.

Esas megacorporaciones desarrollan una virtual guerra político-económica por distribuirse el mercado mundial. Así lo demuestra, entre otros ejemplos recientes, la enconada pugna entre la Boeing (norteamericana) y la Aerobus (europea) por el control del estratégico mercado de la aeronáutica civil; a pesar de que ambas controlan 95% de las ventas mundiales. Estamos observando, además, la puja económica y político-jurídica que se desarrolla entre Microsoft (propiedad de Bill Gates) con las otras empresas del sector por controlar la producción y comercialización de los *hard y softwares* de las llamadas «multimedias».

Ello, sin hablar de las pugnas nipo-norteamericanas o euro-norteamericanas por el dominio de los mercados, por garantizar o ampliar sus tradicionales «esferas de influencia»,¹³ o por utilizar a su favor todos los espacios del planeta e incluso controlar la explotación del cosmos. Según el especialista cubano Enrique González Manet, cinco o seis megafirmas, vinculadas al negocio audiovisual y a la electrónica, competirán o se fusionarán entre sí para lanzar, en los próximos años, cientos de satélites de baja órbita dirigidos a ensanchar y controlar, entre otras cosas, los llamados «sistemas de comunicación móviles globales».¹⁴

Desde luego, ello no quiere decir que esa exacerbada «competencia crucial y multidimensional»¹⁵ termine inevitablemente en conflictos político-militares y, mucho menos, en una nueva guerra mundial. Lenin nunca dijo que, en todos los casos, la competencia interimperialista llegaría a esos extremos. Por el contrario, afirmó y demostró que la mayor parte de las veces esta se desarrollaba por medios pacíficos o mediante movimientos pendulares entre las vías pacíficas, las violentas y las bélicas.

¿Sucederán nuevas guerras interimperialistas en el futuro? Algunos autores como Joseph S. Nye, Jr. pronostican que no. Fundamentan su juicio en el «estado de agarrotamiento» que producen los destructivos armamentos modernos. A estos solo les confieren un valor «coactivo y disuasivo». Sin embargo, no niegan —por el contrario, afirman— la necesidad de que los Estados Unidos continúen manteniendo su indiscutido poder militar «en el tablero de ajedrez tridimensional (bélico, económico y transnacional) que caracteriza el nuevo orden mundial».¹⁶

Otros, entre los que me incluyo, opinan que nada descarta que, en el futuro previsible, puedan desarrollarse, directa o indirectamente, nuevas conflagraciones interimperialistas, sobre todo en los escenarios del mundo subdesarrollado o de los países en «transición» del socialismo al capitalismo de Europa

central y oriental; mucho más por la importancia que continúa conservando el control de fuentes de materias primas estratégicas, de los combustibles fósiles e, incluso, de agua potable. Téngase en cuenta que, según el PNUD, el abastecimiento de agua potable per cápita en los llamados «países en vías de desarrollo» ha registrado una tendencia decreciente y que, en 1998, era solamente un tercio del existente en 1970.¹⁷

Lo antes dicho, al igual que los afanes hegemónicos de los círculos de poder norteamericanos, quizás explique la perdurable militarización de algunas economías capitalistas centrales y, en primer lugar, de la economía estadounidense. A pesar del fin de la Guerra fría, en 1998 el mundo gastó 760 mil millones de dólares en armamentos; 86% de dichos gastos fueron realizados por las cinco potencias con derecho al veto en el Consejo de Seguridad de la ONU, en particular por los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido. Recuérdese que estos gastos improductivos fueron incluidos por Lenin como demostración del carácter parasitario del capitalismo monopolista de Estado.

Pero ese carácter parasitario y especulativo tiene otras expresiones actuales. Entre ellas, ese «inmenso casino mundial» —el término es de John Maynard Keynes— en el que, al calor de la globalización, se han transformado las principales bolsas de valores radicadas en diferentes lugares del planeta, electrónicamente interconectadas, en tiempo real, las veinticuatro horas del día. Se estima que los movimientos de capitales relativamente ociosos que en ellas se transan a velocidades astronómicas (nanosegundos) ya trascienden los 1,5 billones de dólares diarios, cifra que casi duplica todos los depósitos bancarios del mundo. También se estima que la mayor parte de los recursos que se mueven en esos mercados bursátiles se corresponden con una inconmensurable e incontrolable masa de capitales ficticios y especulativos (la llamada «burbuja financiera») relativamente autonomizados de la esfera productiva, así como del comercio de bienes y servicios. De ahí que las compraventas inducidas por operaciones nítidamente financieras sean cincuenta veces más importantes que las ligadas a la «economía real».

Ello, entre otras razones, explica por qué en los casi treinta países que integran la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (en su mayoría pertenecientes al denominado Primer mundo) las finanzas progresan más rápido que el PIB, el comercio y las IED.¹⁸ También explica la importancia que, como parte de la globalización, han adquirido las inversiones extranjeras directas, los «capitales golondrinas», los préstamos bancarios y otras operaciones y servicios financieros. Como reconocen los más diversos autores, incluso alejados de la «cultura marxista», estas han tenido un crecimiento muy superior al comercio de bienes.

Según el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), entre 1983 y 1994 la producción mundial creció en 31,3%; el comercio mundial, en 137,7%; el de manufacturas, en 146,7%; mientras que las IED crecieron en 368%.¹⁹ Se confirma así el análisis de Lenin acerca de la relevancia que, en las condiciones del imperialismo, adquieren las exportaciones de capitales por sobre las de mercancías.

Por otra parte, está más que documentado cómo las empresas o megacorporaciones, incluso aquellas con vocación productivo-industrial, cada vez tienen una mayor integración y dependencia de las operaciones financieras. Se ratifica de esa manera la creciente fusión del capital bancario-financiero con el industrial, y la importancia que en la reproducción política y económica del capital ha adquirido la oligarquía financiera nacional y mundial. Lo dicho anteriormente también se demuestra en la creciente integración horizontal, vertical y supranacional que ha adquirido el llamado «capital corporativo transnacionalizado».

Esas tendencias tienen un impacto enormemente desestabilizador sobre las economías de los países capitalistas centrales, los subdesarrollados, y los antiguos países socialistas europeos. Propician lo que Lenin definió como «el asalto de la oligarquía financiera mundial sobre todos los países del mundo», incluidas las naciones «semidependientes», ubicadas en lo que hoy denominamos Tercer mundo. En estas últimas, al calor de los planes de ajuste y reestructuración neoliberal impulsados por el FMI y el BM, así como con el supuesto propósito de «honrar» la impagable deuda externa (2,2 billones de dólares en 1998) continúan desarrollándose procesos de descapitalización, privatización y desnacionalización de sus riquezas, incluidas las biogenéticas, en cantidades y cualidades que superan —como tempranamente indicó el presidente Fidel Castro— los procesos similares que se produjeron durante sus «conquistas» o primeras colonizaciones, por parte de las principales potencias europeas.²⁰ Entre 1980 y 1998, solo los países latinoamericanos y caribeños pagaron por la deuda contraída con diversas instituciones financieras internacionales cerca de 710 mil millones de dólares. A pesar de ello, la deuda actual trasciende los 750 mil millones de dólares; poco más del doble que cuando comenzó, en la década de los 80, la llamada «crisis de la deuda». Lo anterior no incluye los multimillonarios capitales (más de 350 mil millones de dólares) que se han «fugado» hacia las instituciones bancarias de los países capitalistas centrales.

Por otra parte, según el PNUD, en la actualidad el Tercer mundo transfiere hacia los países capitalistas centrales, por diferentes conceptos, 500 mil millones de dólares anuales.²¹ Adicionalmente, cifras parciales

¿Qué tiempo demorarán en construirse los nuevos sujetos sociales y políticos, locales, nacionales, transnacionales y pan-nacionales, capacitados para disputarles el poder a las clases dominantes y a las principales potencias imperialistas?
 ¿Cuáles serán los nuevos «eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista»?

del Banco Mundial indican que 88 países del mundo subdesarrollado o en «transición» vendieron, entre 1988 y 1995 (en su absoluta mayoría al capital extranjero), 3 801 propiedades estatales, cuyos activos (muchas veces subvaluados) se estimaron en 135 mil millones de dólares. A esas cifras habría que agregar al menos —según la CEPAL (1998)— los procesos de adquisiciones por parte del capital transnacional de un creciente número de empresas privadas de los países del Tercer mundo —en particular los de mayor desarrollo relativo— que se están produciendo en la actualidad.

Se confirma así la actualidad y vigencia de las siguientes afirmaciones de Lenin:

La concentración ha llegado a tal punto [que se] monopoliza la mano de obra capacitada, se contratan los mejores ingenieros, [...] las vías y los medios de comunicación [...] van a parar a manos de los monopolios. El capitalismo en su fase imperialista, conduce de lleno a la socialización de la producción en sus más variados aspectos; arrastra, por decirlo así, a los capitalistas, en contra de su voluntad y su conciencia, a cierto régimen social nuevo, de transición de la absoluta competencia a la socialización completa.

La producción pasa a ser social, pero la apropiación continúa siendo privada. Los medios sociales de producción siguen siendo propiedad privada de un reducido número de individuos. Se conserva el marco general de la libre competencia formalmente reconocida, y el yugo de unos cuantos monopolistas sobre el resto de la población se hace cien veces más duro, más sensible, más insoportable.²²

Lo corroboran, entre otros datos, los cerca de 1 500 millones de personas que, según el Banco Mundial, viven en condiciones de pobreza crítica en todo el mundo, así como los más de 3 500 millones de habitantes del planeta sin los recursos mínimos necesarios para satisfacer sus más elementales necesidades materiales. A lo anterior podrían unirse las decenas de datos e indicadores presentes en la literatura académica y científica, así como en la elaborada por los organismos internacionales —la mayoría totalmente alejada de la cultura marxista— acerca de las injusticias, asimetrías, polarizaciones e iniquidades que caracterizan el actual sistema mundial.

En esas publicaciones —al igual que en los indicadores que tipifican la profunda crisis económica, social y ambiental del mundo— se puede encontrar el

más gráfico desmentido a las tesis de que las tendencias y procesos de la globalización y de la concomitante revolución científico-técnica contemporánea están en condiciones de homogeneizar las condiciones de funcionamiento de la mayor parte de las economías y las sociedades nacionales, así como las condiciones de vida de los seis mil millones de habitantes que ya tiene el planeta.

Algunas diferencias entre el «imperialismo clásico» y el «imperialismo globalizado»

Retomaré una de las preguntas anunciadas en la introducción: ¿es o no la globalización una fase superior del desarrollo contradictorio, desigual, combinado, estratificado y deformado del capitalismo monopolista de Estado o del imperialismo? Lo indicado en los párrafos precedentes así lo sugiere. En consecuencia, se ratifica la enorme utilidad de las reservas teóricas, conceptuales y metodológicas del marxismo y de sus diversas lecturas revolucionarias, incluido el leninismo, para la comprensión y la transformación de la realidad en el nuevo siglo.

Sin embargo, que una teoría conserve su vigencia esencial, no significa que deba aprehenderse, ni aplicarse en forma escolástica y dogmática. Mucho menos sin tratar de captar, en forma dialéctica, tanto teórica como empíricamente, «lo nuevo». Por ello, considero imprescindible que el pensamiento social, económico y político marxista, en particular el cubano, profundice sus conocimientos acerca de cuáles son las similitudes y diferencias, las continuidades y los cambios entre «el imperialismo clásico» (definido por Lenin) y el «imperialismo globalizado» que impera en la actualidad. Sin ánimo de ser exhaustivo, habría que profundizar, al menos, en los siguientes problemas:

1. Como a partir de diversas lecturas ha sistematizado Marta Harnecker,²³ el mundo de hoy —a diferencia del que vivieron y estudiaron Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao, Ho Chi Minh, e incluso, el Che Guevara— se caracteriza por una multifacética y simultánea transición entre dos paradigmas «civilizatorios» (de la «civilización industrial»

a la llamada «civilización metaindustrial»); entre dos órdenes e institucionalidades mundiales (del «orden» y la institucionalidad bihegemonizada, aunque tripolar, de la Guerra fría,²⁴ hacia un «orden» y una institucionalidad multipolar aún en ciernes); entre los actuales Estados nacionales y los «Estados regionales» o los «Estados continentales» que se vislumbran en el horizonte de lo que el canadiense Marshall MacLuhan llamó «la aldea global»²⁵ o de lo que otros especialistas han llamado, irónicamente, «el supermercado mundial».

Ello modifica, cuando menos, la manera de expresarse muchos de los rasgos económicos que Lenin (insisto en que solo los redujo a la economía para burlar la censura zarista) le atribuyó al capitalismo monopolista de Estado. De hecho, la consolidación de los capitales y consorcios triádicos, al igual que el proceso de conformación de la Unión Europea y de otros proyectos integracionistas o de libre comercio en otros espacios del mundo (como el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte), demuestran que las fronteras de los actuales Estados nacionales son cada vez más molestas para la expansión y universalización del capital. A tal grado que, en opinión de algunos de los apologistas del mal llamado «poscapitalismo» —como Henry Kissinger o Kenichi Ohmae— los «Estados continentales», según el primero, y los «Estados regionales», según el segundo, serán las unidades básicas del sistema mundial del próximo siglo.²⁶

2. En la base de todos estos procesos está la inconclusa transformación del capitalismo monopolista de base nacional, estadocéntrico y predominantemente industrial-financiero, hacia un neocapitalismo, centrado en el megamonopolio o megaoligopolio, cada vez más lejos de lo nacional, desterritorializado, transnacional, parasitario y especulativo, fundamentalmente sustentado en los sectores terciarios (servicios, finanzas, información, cultura) y cuaternarios (científico-técnicos) de la economía. Quizás esta última es una de sus principales diferencias con el «imperialismo clásico».

Aunque, como han demostrado diversos autores,²⁷ cuantitativamente todavía las fuentes principales de obtención de plusvalía (categoría, según Marx, definitoria del modo capitalista de producción) se encuentran en los países capitalistas centrales o en sus periferias inmediatas, es muy difícil de ignorar —y esto es un elemento cualitativo— que en los últimos años ha aparecido lo que en mi libro *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución cubana*²⁸ denominé —a partir de una idea del sociólogo brasileño René Armand Dreyfus— «una nueva oligarquía financiera y tecnocrática transnacionalizada».

En mi opinión, la necesidad de actualizar y ampliar el concepto leninista de «oligarquía financiera» está dada por el hecho de que, desde el final del segundo milenio

de la era cristiana, la ciencia y la técnica han pasado a ser —como bien han afirmado diversos autores— «una fuerza productiva directa», predominantemente controlada por las grandes corporaciones productivo-financieras transnacionales, ubicadas en los países de la tríada del poder mundial. En ellas y en ellos se centraliza y se concentra mucho más de 95% de todas las investigaciones básicas y aplicadas (la llamada investigación-desarrollo) que en la actualidad se llevan a cabo en todo el mundo.

3. A diferencia de las revoluciones científico-técnicas precedentes, dirigidas a reproducir, multiplicar o sustituir con máquinas las fuerzas y capacidades musculares y de articulación de la estructura física de los seres humanos, la actual concentra buena parte de sus esfuerzos en la producción de una nueva y más potente generación de instrumentos —las computadoras— y de máquinas-herramientas automatizadas, fácilmente reprogramables e «inteligentes» —la robotización— capaces de replicar los sistemas visuales y nerviosos de los seres humanos, e igualmente, sus capacidades físicas de memorizar, pensar y realizar, a velocidades cada vez mayores, operaciones vinculadas con los procesos del conocimiento, y, dentro de ellos, al análisis, la síntesis y la transmisión de una miríada de datos, informaciones y mensajes.

Sin negar, como ha recordado Rubén Zardoya, los precursores abordajes realizados por Marx acerca de la constante y creciente automatización del modo capitalista de producción,²⁹ creo inevitable que todos estos nuevos descubrimientos científico-técnicos impacten en las diferentes variables y categorías de la reproducción del capital, en los planos nacional y transnacional. De ahí que, empíricamente, pueda demostrarse cómo la oligarquía financiera —en estrecha alianza con los principales Estados imperialistas— no solo monopoliza u oligopoliza el capital financiero —bancario e industrial—, sino también la mayor parte de los conocimientos científico-técnicos contemporáneos. Incluso, a través de la denominada «piratería biológica» trata de apropiarse de la mayor parte de las fuentes y reservas biogénicas que existen en todos los países del mundo. En el futuro, teóricamente, esas reservas le posibilitarán «clonar» y reproducir a su antojo tanto la vida vegetal como la animal.

4. Mientras este porvenir se concreta, el monopolio de la información y los conocimientos científico-técnicos le permite aprovechar, en función de la maximización de sus ganancias y de la explotación del trabajo y del mundo subdesarrollado, dependiente o «semidependiente», lo que Ernest Mandel, partiendo de Marx, definió tempranamente como «la renta tecnológica».³⁰ Esta no solamente surge de la aplicación de la ciencia y la técnica a las esferas financiera,

productiva o de los servicios más o menos tradicionales, sino también de lo que algunos autores provenientes de la cultura marxista han definido como «la industrialización de la superestructura»,³¹ o sea, de las «industrias culturales» que han venido adquiriendo una creciente importancia directa e indirecta en la reproducción del capital. Ello se potenciará en los próximos años, a causa de la expansión de las llamadas «superautopistas electrónicas de la información» y de la compatibilización e interconexión global de lo que el gobierno de los Estados Unidos ha definido como la infraestructura mundial de la información.³²

Es de prever que en la misma medida en que avancen estos procesos, y sin que pierdan importancia los instrumentos militares o las fuentes de poder económico más o menos tradicionales (como la posesión de ciertas materias primas, de nuevos materiales y de nuevas tecnologías), crecerán los conflictos interimperialistas e internacionales derivados de lo que Joseph S. Nye, Jr., ha denominado, en contraposición al poder coercitivo de las fuerzas militares o económicas, *soft power* (poder blando).

Estas, según el propio autor, son las que provienen de la capacidad que tienen o adquieran algunas potencias capitalistas o algunas megacorporaciones transnacionales de «lograr que otros quieran y hagan lo que ellas quieran». O lo que es lo mismo: «crear circunstancias para moldear las preferencias de otros». Ello conferirá a la dimensión ideológico-cultural de la globalización —a la que en otras ocasiones he denominado «la mundialización ideológico-cultural»—³³ una importancia extraordinariamente mayor de la que tuvo en la etapa del «imperialismo clásico».

La globalización: ¿última fase del imperialismo?

Probablemente, y tengo conciencia de que esta es una hipótesis fuerte, ninguna de las transformaciones «civilizatorias» nacionales e internacionales mencionadas en párrafos anteriores concluirán —para dar origen a otras transformaciones futuras— sin que estalle la nueva crisis global del capitalismo que se anuncia por doquier. ¿Será esta —como se han venido interrogando diversos autores— la crisis final de esa formación económica y social?³⁴

En mi opinión, no. La vida ha demostrado la bancarrota teórico-práctica de los conceptos posleninistas, según los cuales después de la Revolución de Octubre el capitalismo mundial habría entrado en sucesivas crisis generales de las cuales surgiría, inexorablemente, como fruto casi automático de la espiral ascendente de la historia, «el socialismo mundial».³⁵

Por el contrario, el devenir de la humanidad evidencia que ninguna formación económica y social ha desaparecido del proscenio en un acto único, ni mucho menos por el solo peso de sus contradicciones económicas, estructurales y objetivas, por muy agudas que sean. Los cambios entre una y otra formación económico-social (incluso, las involuciones) se han producido en largos períodos históricos, caracterizados por luchas, avances y retrocesos, victorias, derrotas, constantes flujos y reflujos entre las reformas, las contrarreformas, las revoluciones y las contrarrevoluciones, no importa la virulencia que las hayan caracterizado.

Todo lo anterior ha estado vinculado, en primer lugar, con las correlaciones de fuerzas políticas y militares, así como con la madurez que hayan alcanzado, en cada momento y lugar específico, los niveles de experiencia, conciencia, organización y lucha de los sujetos sociales y políticos defensores del viejo orden y, sobre todo, los llamados a edificar las nuevas relaciones socioeconómicas y político-ideológicas; es decir, de lo que Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci, Mao, Ho Chi Minh, el Che, Fidel y otros teóricos o dirigentes de los procesos revolucionarios contemporáneos han denominado «los factores subjetivos» implícitos en cualquier evolución, involución o transformación, más o menos radical, de las sociedades y del mundo.

De lo previo se desprende que sin la acción consciente de los seres humanos, de las clases, de los movimientos políticos y sociales, de las vanguardias políticas; sin programas, estrategias y tácticas adecuadas por parte del movimiento popular y revolucionario, las clases dominantes, en el plano nacional o internacional, pueden superar, una y otra vez, las crisis de su dominación³⁶ y —en el caso del capitalismo monopolista más o menos transnacionalizado— las inevitables crisis cíclicas, ya sean de onda corta, larga, coyunturales, reguladoras o estructurales que caracterizan a esa formación económico-social.

Por ello me adscribo al criterio de que el desarrollo y el desenlace de la crisis capitalista que se está gestando como fruto de las inmensas contradicciones del «imperialismo globalizado», no están predeterminados. Como en otras ocasiones históricas, dependerán, en última instancia, de la evolución y resultados de las contradicciones interimperialistas e interburguesas, así como, en primer término, de los diversos conflictos clasistas y extraclasistas, nacionales, continentales e internacionales que caracterizan el mundo contemporáneo; o, si se prefiere, de las resistencias, estatales y no estatales, contra el «nuevo orden mundial» de factura imperial y contra lo que se ha denominado «la globalización neoliberal». De la expansión y resultados de esas luchas también dependerá —como indicó

Ernest Mandel, retomando algunas tesis de León Trotsky— la posibilidad, el ritmo y la universalidad con que se reproduzca (o no) un nuevo «ciclo largo de tonalidad expansiva» del capitalismo mundial.

Desgraciadamente, aunque desde el punto de vista objetivo el capitalismo y el «imperialismo globalizado» están multiplicando a «sus sepultureros», y generando las condiciones para futuras y, tal vez, más profundas crisis de la dominación burguesa-imperialista, así como para nuevas ediciones de lo que Lenin llamó «la revolución social del proletariado», en la actualidad las condiciones subjetivas para una transformación revolucionaria de las sociedades y del mundo no están maduras. De ahí la importancia otorgada por dirigentes políticos, como Fidel Castro, a la lucha cultural y por las ideas en todo el mundo.

A ese retraso de las condiciones subjetivas no han sido ajenos los graves errores que se cometieron y todavía se cometen en nombre de las ideas del socialismo. Tampoco el abrupto cambio en la correlación mundial de fuerzas que se produjo desde fines de la década de los 80, a partir del derrumbe de los «falsos y deformes socialismos europeos», como los calificó Carlos Rafael Rodríguez,³⁷ ni los retrocesos que, al calor de ellas, se produjeron en la ideología, la cultura y la política mundiales.

En caso de que no maduren y cristalicen los factores subjetivos que demandan los cambios revolucionarios, uno de los escenarios futuros —quizás, el más probable— es que, después de la crisis capitalista que se avecina, el capitalismo mundial logre desplegar, como en otros momentos históricos, un nuevo, contradictorio, deformado, combinado y desigual «ciclo largo de tonalidad expansiva», en el cual madurarán y se afianzarán los rasgos transnacionalizadores y supraestatales mencionados.

En el caso de que esta hipótesis se confirmara, ¿significa que se acabó la historia y que el capitalismo triunfó para siempre, en todas partes? En lo absoluto. Si miramos la profunda crisis social y ecológica del mundo, seguramente concluiremos que el imperialismo globalizado no tiene soluciones para los grandes problemas de la humanidad. Más bien, todo lo contrario: su acción agudizará todas las contradicciones y crisis del capitalismo monopolista o del «capitalismo tardío». En primer lugar, las derivadas del carácter cada vez más social de la producción y la apropiación cada vez más privada del producto. Y, paralelamente, los conflictos entre el capital y el trabajo, entre las principales potencias imperialistas que seguirán luchando entre sí por repartirse el mundo, así como entre estas y los pueblos oprimidos y explotados, neocoloniales o «semidependientes» de todo el planeta.

De esas agudizadas contradicciones, más tarde o más temprano, surgirá una nueva constelación de fuerzas socioclasistas, extraclasistas, culturales, de género, raza y generación, locales, nacionales, regionales, pannacionales y transnacionales³⁸ portadoras de nuevos programas de lucha contra el *status quo*, al igual que de nuevas utopías de transformación social a escala nacional, continental o mundial. Estas, de una u otra manera, se identificarán con los ideales éticos y libertarios del verdadero socialismo o, si se prefiere, del comunismo.

Para llevar a feliz término sus proyectos, esa nueva constelación de fuerzas sociales y políticas tendrá que plantearse, más tarde o más temprano, la tarea de arrebatarles, por la razón o la fuerza, el poder político, económico, tecnológico e ideológico-cultural a las clases dominantes y, en particular, a la oligarquía financiera y tecnocrática transnacionalizada, que crecientemente está controlando y depredando las principales riquezas y especies del planeta, en primer lugar, a los seres humanos.

Lo anterior con seguridad será antecedido por el despliegue de múltiples formas de lucha (algunas inéditas), por renovadas dialécticas entre las reformas, las contrarreformas, la revolución y la contrarrevolución que, de nuevo, pondrán en el orden del día la capacidad de los dirigentes, los movimientos y las vanguardias políticas populares de encontrarles (o no) salidas revolucionarias a las agudas contradicciones —antagónicas y no antagónicas— presentes en el devenir de la humanidad. A estos dirigentes y a esas organizaciones igualmente se les planteará la impostergable tarea de formar un nuevo internacionalismo de las clases trabajadoras o, mejor aún, un nuevo internacionalismo social que, sin sectarismos, ni reduccionismos sociológicos de ningún tipo, sea capaz de «sembrar nuevas ideas», de «globalizar» la verdad y la solidaridad, así como de sintetizar las plurales aspiraciones a preservar la vida y el planeta, al igual que mantener vivas las esperanzas de una vida más digna y mejor para la mayoría de sus moradores.³⁹

¿Será este un proceso inmediato? ¿Qué tiempo demorarán en construirse los nuevos sujetos sociales y políticos, locales, nacionales, transnacionales y pannacionales, capacitados para disputarles el poder a las clases dominantes y a las principales potencias imperialistas? ¿Cuáles serán los nuevos «eslabones débiles de la cadena de dominación imperialista»? ¿Estarán en el Segundo, en el Tercero o en el Cuarto mundo o, más bien, en aquellas naciones capitalistas «desarrolladas», donde se van creando las premisas objetivas y materiales de la nueva formación económica y social? ¿Podrán los trabajadores y los sectores populares de los principales países capitalistas centrales

liberarse de la dominación del capital, sin antes contribuir a la emancipación de las «nuevas colonias y semicolonias» del imperialismo globalizado?

No lo sé. Pero lo que pueda ocurrir en el futuro previsible responderá a la lógica histórica que se expresa en estas palabras:

Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho [...] Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano en los acontecimientos históricos.⁴⁰

Notas

1. Fernando Mires, «La globalización de los “economicistas”», *Servicio Informativo ALAI*, n. 283, Quito, 11 de noviembre de 1998, p. 11.
2. Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA), «Reflexiones sobre el Sistema de ciencia e innovación tecnológica», en *Documentación complementaria sobre el Sistema de ciencia e innovación tecnológica*, La Habana, julio de 1997.
3. Silvio Baró, «Globalización y nueva institucionalidad mundial», en *La globalización: un enfoque marxista cubano*, AUNA, La Habana, 1999, pp. 23-35.
4. Rafael Cervantes *et al.*, «La metamorfosis del capitalismo monopolista», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 8, La Habana, 1997, pp. 46-55.
5. Theotonio Dos Santos, «La posguerra y los desafíos del mañana», *Cuadernos del Tercer Mundo*, a. XXI, n. 172, Montevideo, 1995, pp. 21-4. En los últimos años, la literatura marxista ha recuperado el concepto de que el capitalismo se desarrolla en ciclos de «onda larga de tonalidad recesiva y expansiva» (también conocido como ciclo Kondratiev) que —como promedio— tienen una duración aproximada de 25 a 30 años cada uno. Según ese criterio, desde la segunda mitad de la década de los 70, el capitalismo mundial está viviendo un «ciclo de onda larga de tonalidad recesiva» que pudiera haber culminado a fines del siglo XX, para dar inicio a un nuevo «ciclo de onda larga de tonalidad expansiva» similar al que vivió entre 1946-1974.
6. Es importante retener que, según han demostrado Paul Hirst y Graham Thompson (*Globalization in Question*, Polity Press, Cambridge, 1997), mediante la revisión comparativa de varias series macroestadísticas mundiales, el imperialismo actual está menos globalizado que el «clásico» de comienzos del siglo XX.
7. Llamo la atención de los lectores respecto a que, en español, el empleo de la palabra último(a) tiene, al menos dos connotaciones distintas. Puede emplearse para definir un acontecimiento reciente, como por ejemplo «el último evento sobre la globalización que se efectuó en La Habana»; o para indicar el final de un proceso cualquiera. En este sentido se emplea cuando se afirma: «El mensaje a todos los pueblos del mundo a través de la *Tricontinental* fue el último ensayo publicado por el Che antes de caer en Bolivia». Según aparece en la edición de la obra de Lenin que hemos venido comentando, el título con que esta se publicó por primera vez fue «El imperialismo: fase más reciente del capitalismo».
8. Vladimir I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas*, t. V, Editorial Progreso, Moscú, 1976, pp. 372-500; Giulio Girardi, *El ahora de Cuba*, Nueva Utopía, Madrid, 1998.
9. Ernesto Guevara, «La planificación socialista, su significado», *Obras 1957-1967*, t. II, Casa de las Américas, La Habana, 1970, pp. 319-31.
10. UNRISD, *Estados en desorden: los efectos sociales de la globalización*, Ginebra, 1975.
11. Kenichi Ohmae, *El poder de la triada*, McGraw-Hill, México, DF, 1991.
12. Eric Toussaint, *Deuda externa en el Tercer mundo: las finanzas contra los pueblos*, Nueva Sociedad, Caracas, 1998.
13. Este proceso de consolidación o ampliación de sus «esferas de influencia» se expresa en el proyecto de regionalización neomonroista del hemisferio occidental que, junto al Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), impulsan los círculos de poder norteamericanos. También en los planes para la consolidación y ampliación, hacia el sur y el este de la Unión Europea, que se desarrollan bajo la hegemonía de Francia y Alemania, al igual que en el reverdecimiento de los afanes japoneses de proyectar su presencia político-militar en la región Asia-Pacífico.
14. Enrique González Manet, «Globalización, medios de comunicación y dominación cultural», *Tricontinental*, n. 138, La Habana, 1997, pp. 9-13.
15. Benjamín Coriat, «Globalización de la economía y dimensiones macroeconómicas de la competitividad», *Realidad Económica*, nn. 124 y 125, Buenos Aires, 1994.
16. Joseph S. Nye, Jr., «Política de seguridad de los Estados Unidos: retos para el siglo XXI», en *Agenda de la política exterior de los Estados Unidos de América*, USIS, Washington DC, agosto de 1998.
17. PNUD, *Informe sobre el Desarrollo Humano*, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid, 1997.
18. Eric Toussaint, ob. cit.
19. SELA, «Riesgos y oportunidades de la globalización», *Capítulos*, n. 47, Caracas, julio-septiembre de 1996, pp. 37-52.
20. Véase Fidel Castro, *La deuda externa y el nuevo orden económico internacional*, Editora Política, La Habana, 1985; «Discurso en el acto de entrega del Premio del Estado de São Paulo al etnólogo Orlando Villas Boas», *Fidel Castro en Brasil*, Editora Política, La Habana, 1990, pp. 10-30.
21. PNUD, ob. cit.
22. Vladimir I. Lenin, ob. cit.
23. Marta Harnecker, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
24. El lector debe tomar en consideración que, a pesar de la bipolaridad Este-Oeste o Estados Unidos-URSS existente durante la Guerra fría, el llamado Tercer mundo y sus organizaciones representativas (como el Movimiento de Países No Alineados y el Grupo de los 77) comenzaron a tener, a partir de las décadas de los 50 y los 60, un papel activo en el desarrollo de las relaciones internacionales. Por eso hablo de la tripolaridad, bihegemonizada por las dos principales potencias surgidas de la Segunda guerra mundial.

Luis Suárez Salazar

25. Marshall McLuhan, *La galaxia de Gutenberg, génesis del homotipographycus*, Aguilar, Madrid, 1972.

26. No se deben confundir ambos conceptos. Para Kenichi Ohmae (*El fin del Estado-nación: El ascenso de las economías regionales*, Editorial Andrés Bello, Caracas, 1997), los Estados regionales se conformarán como consecuencia de la fragmentación geoeconómica de algunos de los actuales Estados nacionales; mientras que para Kissinger, los Estados continentales surgirán de los procesos de integración económica y política (como la UE) que se están desarrollando, o de la consolidación y expansión de los Estados continentales ya existentes, como los Estados Unidos y la República Popular China. Véase Henry Kissinger, *La diplomacia*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1995.

27. Paul Hirst y Graham Thompson, ob. cit; Ricardo Ffrench-Davis, «Alcances económicos de la globalización», *Nueva Sociedad*, n. 147, Caracas, enero-febrero de 1997, pp. 27-33.

28. Luis Suárez Salazar, *El siglo XXI: posibilidades y desafíos para la Revolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000.

29. Rubén Zardoya, «Globalización: un enfoque lógico e histórico», en *La globalización: un enfoque marxista cubano*, AUNA, La Habana, 1999, pp. 5-12.

30. Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, México DF, 1979.

31. César Siqueira Bolaño, «Economía política, globalización y comunicación», *Nueva Sociedad*, n. 140, Caracas, noviembre-diciembre de 1995, pp. 139-53.

32. Albert Gore, «Discurso en la Conferencia sobre desarrollo de la Unión Internacional de Telecomunicaciones, efectuada en Buenos Aires, Argentina, el 21 de mayo de 1994», en *Hacia una Infraestructura Mundial de la Información*, Servicio Cultural e Informativo de los Estados Unidos de América, noviembre de 1994.

33. Luis Suárez Salazar, «Nuevo orden mundial, integración y derechos humanos en el Caribe: apuntes para una reconceptualización», en *Globalización, integración y derechos humanos en el Caribe*, Documentos, n. 11, ILSA, Santafé de Bogotá, 1995, pp. 101-46.

34. Osvaldo Martínez, «Globalización: ¿alternativa o destino del sistema capitalista?», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 8, La Habana,

1997, pp. 37-43; «El efecto dragón», *Cuba Socialista*, 3ra. época, n. 10, La Habana, 1998, pp. 40-50.

35. Preparando este artículo releí con sumo cuidado varios textos de Lenin, incluyendo el prólogo que preparó, el 6 de julio de 1920, para las ediciones francesa y alemana de *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. No encontré ninguna afirmación que pudiera inducir a pensar que, en su criterio, el imperialismo de comienzos del siglo XX fuera la fase final del capitalismo, ni del capitalismo monopolista de Estado. Solo encontré sus insistencias en que el imperialismo era «la antesala de la revolución social del proletariado».

36. Manuel Piñeiro, «La crisis actual del imperialismo y los procesos revolucionarios en América Latina y el Caribe», *Cuba Socialista*, 2da. etapa, n. 4, La Habana, septiembre-noviembre de 1982, pp. 15-33.

37. Carlos Rafael Rodríguez, «Intervención en la inauguración del XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)», en *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*, ALAS, Centro de Estudios sobre América (CEA)/Editorial Nueva Sociedad, La Habana/Caracas, 1992, p. 21.

38. Junto al sociólogo venezolano Daniel Mato (*Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad/UNESCO, Caracas, 1994, pp. 13-30) defino como fuerzas o identidades pan-nacionales aquellas que conforman los Estados y gobiernos; mientras que las fuerzas o identidades transnacionales son aquellas que trascienden y muchas veces cuestionan las actuales fronteras nacionales-estatales. El ejemplo típico de estas últimas son los movimientos indígenas que vindican sus culturas y tradiciones por encima de las fronteras creadas por los colonizadores.

39. Fidel Castro, *Globalización neoliberal y crisis económica global*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1999.

40. Fidel Castro, *Discurso en el XXV aniversario del asalto al Cuartel Moncada*, Editora Política, La Habana, 1978, p. 16.

© TEMAS, 2003.

Controversia

De qué depende el éxito. La producción artística y el mercado

Rafael Hernández
Daniel Chavarría
Cary Diez
Helmo Hernández
Rudy Mora

Rafael Hernández (moderador): La sesión de Último Jueves, panel de discusión de la revista *Temas*, ha sido dedicada a los factores que inciden en el éxito artístico. Para abordar esta problemática, hemos invitado a un grupo de personalidades del mundo del arte, la literatura, las artes plásticas, los medios audiovisuales y la música. Todos ellos están en este panel a título personal, y en este plano quiero hacer la primera pregunta: el mercado es una realidad, representa un desafío para los artistas, ¿en qué medida ese desafío es una motivación, una restricción, o una imposición?, ¿en qué medida es un estímulo?

Cary Diez: Nunca he participado en este tipo de panel como el de Último Jueves; pero de cualquier manera, creo que puedo empezar por considerar cómo puede incidir el mercado en la música; o sea, la relación del artista con el mercado y la relevancia que pueda tener la obra como producción realizada.

Especialmente en música, tenemos una experiencia bastante temprana en el asunto del éxito comercial de la música cubana hecha por compañías nacionales. Durante mucho tiempo —aproximadamente treinta años— la producción discográfica estuvo diseñada y planificada solamente por la Empresa de Ediciones y Grabaciones Musicales (EGREM), que no solo era una productora discográfica, sino también una editora musical; sin embargo, a finales de los 80 comenzaron a crearse nuevas alternativas para los músicos y la música. De esta manera surge ARTEX, por ejemplo. El artista tiene una serie de opciones, no solamente por compañías cubanas, como ARTEX, RTV Comercial, y, más recientemente la productora Unicornio, que pertenece al grupo Abdala, sino que también existen representaciones de compañías extranjeras que comienzan a establecerse en Cuba

y a desarrollar un producto mucho más cercano a las exigencias del mercado internacional.

Las empresas cubanas que hasta el momento habían trabajado el disco —la EGREM— y las actuaciones en vivo de los artistas —primero Cubartista y luego ARTEX—, tuvieron diferentes etapas. En un momento determinado, se inclinaron primordialmente a los espectáculos. Fueron los tiempos en que Tropicana viajaba por el mundo entero con una compañía de 80 o 100 personas. Eso era una cosa absolutamente normal, la gente lo pedía; el mundo entero tuvo Tropicana a sus pies. Luego fue cambiando un poco el giro de la aceptación, de la demanda internacional. El cambio coincidió con la difusión de la obra de Pablo Milanés y Silvio Rodríguez, que había empezado a trabajarse por compañías pequeñas como Fonomusic, Fania, y otras. También en México tenían ya grabaciones con productores independientes o compañías más establecidas, pero en general, con compañías pequeñas y productores independientes, que eran quienes se atrevían, en ese momento, a trabajar el nuevo producto. Sin embargo, tuvieron una repercusión tremenda, porque tenían mucho que ver con sucesos que estaban pasando en el mundo entero y especialmente en Iberoamérica, y se convirtieron también en una expresión muy legítima de todos los procesos que estaban ocurriendo en Cuba.

Después hubo otra época, representada por el jazz. Los festivales y las plazas más importantes de jazz de Europa empezaron a destacar y a demandar la presencia de artistas cubanos, encabezados, por supuesto, por Chucho Valdés, con Irakere en aquel momento. También se empezó a desarrollar la carrera de Gonzalito Rubalcaba. Hubo muchos artistas cubanos que en ese momento representaban una línea jazzística que asombró al mundo y que aún hoy tiene un papel preponderante en la demanda internacional.

Así se fueron produciendo diferentes eventos en la música, vinculados a la demanda del mercado. Las compañías discográficas extranjeras también fueron haciendo sus primeras incursiones; primero, las europeas, con muchas menos limitaciones que las norteamericanas. Luego, ya a finales de los 80 y los primeros años de los 90, a partir de algunas flexibilidades en las leyes y en el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, se empezó a editar música cubana, de la más reciente producción, en los Estados Unidos. Esta situación no solo permitió que productoras norteamericanas, tuvieran la posibilidad de venir a Cuba sin prejuicio y pudieran licenciar música cubana en su país, sino que mucha gente que al principio tuvo miedo o determinadas limitaciones, venía. Productores japoneses, por ejemplo, que en los Estados Unidos conocían la música cubana, venían sin plan alguno, porque se asombraban de que en Cuba hubiera pasado tanto en esas décadas. El mundo conocía solamente la primera parte, es decir, hasta la década de los 50, porque aunque la EGREM preservó todo lo que había en producción fonográfica, de todas maneras el bloqueo impidió que la producción de esas primeras décadas de la Revolución saliera afuera.

Rafael Hernández: Cary, entonces, en un balance general, ¿tú dirías que el mercado representa un fuerte incentivo para los artistas en el campo de la música?

Cary Diez: Sí, claro.

Rafael Hernández: ¿Pasa de esa misma manera en otras manifestaciones artísticas?

Cary Diez: Yo pienso que sí. De todas maneras, solo quería concluir este razonamiento en un punto: dada toda esa situación, muchos se preguntan por el evento más conocido, más famoso —desde el punto de vista discográfico— producido en Cuba, el Buena Vista Social Club. ¿Por qué? Porque ese era el tipo de música que salió antes. Todavía mucha gente piensa que eso es lo único que se

produce en Cuba. La producción posterior a los años 50 ha tenido que enfrentarse a muchas limitaciones, pero de todas maneras podrá tener la misma repercusión internacional. La feliz realización de nuestro talento musical en el mercado nacional e internacional requiere muchas condiciones de las que quizás podamos hablar en otro momento; pero ya, por lo menos, están sentadas las bases para que la gente sepa —aunque es bueno que la música anterior haya tenido un reconocimiento— que en Cuba están pasando muchas cosas que también merecen una atención especial.

Rafael Hernández: ¿Es así para la literatura?

Daniel Chavarría: Yo diría que sí. Los factores económicos del mercado restringen y amplían la producción artística, incluyendo por supuesto la literatura. Voy a dar un ejemplo que tengo más a mano. Yo acabo de ganar, con una novelita, un premio importante; la premiaron como novela política de aventuras; es decir, novela de espionaje policiaco, y algo más. Jamás se me había ocurrido escribir una novela como *Adiós muchachos*, un policiaco con humor y novelita de relaxo, todo junto. Y esa fórmula —cosa que no me esperaba— de pronto da un «palo» internacional. Quisiera contar cómo surgió. Fue una absoluta casualidad, pero responde, de una manera indirecta, a los requerimientos del mercado.

Paco Ignacio Taibo se había comprometido a escribir una novela con la fórmula del policiaco más comedia, más algo social. Él no pudo escribirla y me pide que la haga. A mí me interesó escribirla porque era para una publicación de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, de gran prestigio; había publicado a personalidades de este tipo de literatura. Entonces escribí un pequeño cuento para esa revista, pero al pedirme que escribiera la pieza principal, el cuento se fue complicando, y al mismo tiempo me estaba restringiendo, porque yo estoy acostumbrado a escribir novelas muy ambiciosas, cosmopolitas, de personajes excepcionales en situaciones excepcionales, y allí tenía que hacer una pequeña novelita local sobre una jinetera. Una obra poco ambiciosa desde el punto de vista literario. De pronto la novela se dispara y logra ese premio. Estoy acostumbrado a escribir novelas de esas gordas y complejas. Y esta, que es una novelita, es la que ha tenido ese éxito.

Helmo Hernández: Creo que cuando uno habla de cualquier tema relacionado con el arte y el mercado, la pregunta que hizo Rafael salta como una piedra sobre la cabeza. En mi caso, crecí en esas salas de teatro que había en los años 50, y que algunos a lo mejor habrán oído mencionar. En ellas, de manera casi heroica, se hacía un teatro totalmente desconocido por el mercado, ajeno completamente a ese mercado. Después empecé a educarme como historiador del arte, con la conciencia de que hablar del mercado era, en primer lugar, acordarse de la oreja cortada de Van Gogh, y aquello era un espanto. Hablar del mercado era como mencionar una cosa terrible; pero uno sufre una evolución. Sin ningún ánimo pedagógico, solo para poder ordenar mis ideas y poder contestar la pregunta de una manera que me parezca medianamente satisfactoria a mí mismo, me gustaría decir, primero, que cuando hablamos del mercado tendríamos que decir que no hay un solo mercado, sino muchos, y que cada uno se estructura de manera diferente, no solo atendiendo a las manifestaciones artísticas. Aun dentro de una manifestación artística, hay mercados que se estructuran —por otras razones— de maneras diferentes. Hablando, por supuesto de lo que tiene que ver con las artes visuales —específicamente las de Occidente—, diría que desde sus orígenes siempre existió un mediador, un intermediario de cualquier carácter, entre el creador y el destinatario. Ese mediador tuvo distintas formas, distintas formulaciones, distintos mecanismos o maneras de

organizarse; a veces tenía que ser un mediador-organizador representado por el poder político, otras veces por el poder religioso, otras por el dinero, por el mecenazgo; a veces se trata de un mediador como los museos, y en general, los mediadores diferentes que surgieron en la modernidad; entre estos últimos está el mercado, tal como nosotros lo conocemos actualmente en las artes visuales.

Por supuesto, ese mercado ha ido cambiando, se ha ido modificando, ha ido transformándose a lo largo del tiempo. Al principio había que hablar del *marchand*, un individuo que servía como un simple intermediario que ayudaba a promover la obra de un artista. No creo que estos mediadores surgían por gusto, sino porque era una necesidad intrínseca del proceso de creación artística. Eso es lo que yo creo ahora, en los 60 me sentía espantado. Ahora creo que el mercado —como cualquiera de los otros mediadores— es una necesidad de la creación artística tal como está organizada en Occidente, el mundo al cual pertenecemos. Por lo tanto, hay que conocerlo, hay que saber usarlo; no se puede ser *naïf* frente a los mecanismos que puede emplear.

Hablo del mercado tal como lo conocemos. En las artes visuales surge en Occidente con la modernidad, primero empezó el *marchand*; lo siguiente, que se convirtió en la célula básica de ese mediador, fue la galería de arte; pero todavía muy poco poderosa. Había mediadores más significativos para legitimar el arte: los salones, los museos —cuando surgieron las grandes colecciones, que seguían siendo más poderosos como mecanismos de legitimación que las galerías de arte. Esto estaba sobre todo centrado en Europa, principalmente en París. Eso fue así —estoy tratando de decirlo de una manera muy simple— hasta 1950, aproximadamente; o sea, hasta después de la Segunda guerra mundial, cuando ese mercado comienza a crecer, a ganar en importancia, y empieza a desplazar su protagonismo hacia los Estados Unidos, fundamentalmente hacia la ciudad de Nueva York. En la medida en que vamos aproximándonos a los 60, los galeristas empiezan a tener un papel protagónico dentro de una ciudad como Nueva York y en todo el mundo de las artes visuales, a nivel internacional.

Este es un fenómeno esencialmente urbano, y no se da aislado, se trata siempre de un conjunto de galerías. Dentro de ese mundo de las galerías surgieron figuras como Leo Castelli —lo menciono porque es un ejemplo muy importante—, que descubrió a un artista desconocido hasta entonces, llamado Frank Stella, que pintaba como un pintor de brocha gorda sobre cualquier medio. A todo el mundo —al resto de los galeristas, al mundo de los museos, a los coleccionistas— le parecía un disparate. Leo Castelli se dio cuenta de que ese era un germen que había que proteger y de que ahí podía empezar un movimiento nuevo. Inventó un mecanismo: darle dinero por adelantado al artista, y con eso compró su exclusividad; con eso incentivó la creatividad no solamente de Frank Stella, sino de todo el movimiento del *pop art* norteamericano, el primer movimiento del siglo xx que surgió fuera de Europa; fue la primera vez que un movimiento que transformó las artes visuales no surgió en Europa, sino que invadió Europa. A partir de ahí la visualidad norteamericana fue transformando la visualidad contemporánea, más bien de modo complementario, porque entonces en Europa surgía otra, con un sentido quizás diferente acerca de la relación arte-política. Pero inmediatamente el mercado se hizo más complejo para desempeñar un papel importante. Los galeristas empezaron a ser importantes en ciudades como Düsseldorf y Colonia y se inventó otro elemento aún más complejo dentro del mercado: la feria de arte.

De manera que ya estamos con las galerías, con el *marchand* primero y el *free lancer*; la galería como institución y la red de galerías como fenómeno urbano. Se inventa la feria de arte —la primera de las cuales surge en Colonia, y se han mantenido hasta nuestros días; hay montones de ferias de arte en la actualidad—, en las casas

de subastas. El clímax del poder del mercado del arte, fabricando el rumbo del arte contemporáneo en Occidente y definiéndolo, se alcanzó en los 80 por un problema económico fundamentalmente; era el momento de los precios exorbitantes para los Van Gogh. Ese mercado se mantiene; o sea, es un mito que el mercado del arte se desploma y que no hay dinero. Solo que detrás de grandes estructuras como las ferias de arte o las grandes casas de subastas, o las más grandes galerías, hay estructuras corporativas. Es un mundo lleno de contradicciones, de cosas positivas y negativas, y hay que tenerlas muy en cuenta y conocerlas muy bien. He considerado cómo se incentivó en un momento dado la experimentación, pero también podría narrar cómo, de manera muy poderosa, ese mercado incentiva el retoricismo, la reiteración de fórmulas que consideran exitosas y que se repiten hasta el cansancio, o cómo un artista que fue una estrella refulgente en la década de los 80, pero que hoy en día no recibe una sola crítica que lo legitime en ningún periódico del mundo, sigue vendiendo todos sus cuadros en no menos de un millón de dólares cada vez que pinta. O sea, el mercado lo mantiene, mantiene el proceso de legitimación que se preserva como fórmula de un retoricismo que el coleccionista, que es quien en este momento —ya no los museos, porque no tienen dinero, los gobiernos no tienen dinero en el momento actual— acepta. Son los coleccionistas privados, las grandes corporaciones, los que pueden crear las grandes colecciones. No tienen por qué saber una palabra de arte, ni tienen un gusto que lo defina y legitime; necesitan que alguien lo haga. Ese arte, legitimado en un momento determinado por el mercado, generó ese retoricismo, que —en una medida importantísima— se impone en la comercialización de las artes plásticas en este momento.

Hay momentos en que el mercado es muy positivo, y hay otros en que es muy negativo. En la mayoría de los casos, diría yo, la experimentación necesita muchísima protección de otro mediador que no sea el mercado, para que este pueda, después, tener productos que comprar y colecciones que hacer.

Rafael Hernández: Yo pienso que el tema —tal como lo ha puesto ahora Helmo—, toca el segundo problema que quiero que ustedes traten: ¿En qué medida y cómo se crean patrones de consumo artístico inducidos por el mercado, y cómo estos patrones afectan la producción artística?

Rudy Mora: En el caso de la especialidad o el tipo de arte en el que yo me desempeño, el medio audiovisual, las características son diferentes a las que ha explicado Helmo. En los audiovisuales para televisión la trayectoria ha sido, fundamentalmente, desde el exterior hacia Cuba. Esto, en mi opinión, es una característica definitoria durante estos años.

Para los creadores visuales en Cuba, el mercado ha sido como un descubrimiento. Hemos ido asumiéndolo paulatinamente —cuando ya en el mundo era pan de todos los días— y hemos tenido que ir aprendiendo cuáles son sus mecanismos y cómo funcionan. Es obvio que la televisión cubana, desde el año 1959, tiene una característica muy peculiar, bastante distintiva al resto de las televisoras latinoamericanas e inclusive en el mundo: no tiene carácter comercial y su función es de servicio social.

El advenimiento del mercado para nuestros productos audiovisuales se produce, sobre todo, desde el año 1990, y se ha ramificado mucho. Yo diría que el *boom* de la música y el desarrollo de la discográfica en Cuba, además del interés de algunas compañías por trabajar con músicos cubanos, ha sido uno de los mayores impulsos para el tema del mercado en los audiovisuales. Anteriormente no interesaba el *videoclip*, por ejemplo. En los 80 o 90 no se producían. Se hacía algo que se llamaba «recreación visual del autor», de una manera muy esporádica. Se tomaba una canción y se ilustraba, se filmaba algo que parecía interesante; pero nunca pensando que

fuera mucho más allá de la complacencia del artista-músico y del creador audiovisual. Esto cambió sustancialmente hace algunos años, y la necesidad de que a un disco lo acompañe su video musical, uno como mínimo, además de otros elementos de promoción conformando una campaña elemental, ha posibilitado que la producción de *dips* se haya podido ir desarrollando. Como decía, para nosotros ha sido tratar de aprender sobre la marcha, con muy poca teoría, sin que nadie nos explique cómo. No es desconocido que uno de los negocios más fuertes en el mundo es el de los medios audiovisuales. La televisión, específicamente, es muy poderosa, mueve mucho dinero —claro, no la nuestra—, además de intereses, fundamentalmente por la difusión y la masividad, características inherentes al medio; por supuesto, en la medida en que este negocio se ha consolidado, ha establecido leyes y patrones que inciden en la creación y, repito, los realizadores cubanos hemos tenido que detectar cuáles son. Creo que esa ha sido la marca fundamental en nosotros casi de manera general, aunque como en todas las cosas, puede que existan excepciones.

La televisión cubana se propone ser —ojalá siempre lo consiga— eminentemente cultural, de trasmisión de valores artísticos y estéticos. Esto, como es lógico, se aleja diametralmente de los intereses y patrones comerciales. Yo diría entonces que nuestro mercado se nos presenta de dos maneras: la primera, la más inmediata, la constituye nuestro público, el que nos ve todos los días sin que tenga muchas exigencias, porque no tiene opción, convirtiéndose entonces de mercado en destinatario. La segunda forma, un mercado potencial no real, un mercado de posibilidades, es decir, puede que algunos de nuestros materiales, por sus temas y realización, y que además técnicamente estén aptos, interesen, y produzcan de esta manera un ingreso, pero puede que no. Con esto se reafirma que es un mercado concreto, además de que no se inicia la producción de ningún material a partir de cartas de intención ni gestiones pre-ventas, porque el objetivo fundamental no es ese, sino el de servir educacionalmente a la población.

En el caso de las telenovelas, por ejemplo, se han producido relaciones comerciales concretas. Algunas, como *Sol de batey*, *Tierra brava*, ahora más recientemente *Salir de noche*, y otras, han interesado. Nuestro mercado más asequible lo constituye la República Dominicana, canales por cable y de transmisiones locales, pero realmente cuesta trabajo colocar los productos, aunque, en muchos casos, los nuestros resultan ser de más calidad general que los producidos por los grandes gestores. Inevitablemente las tensiones políticas que se ejercen sobre Cuba también influyen en ese sentido, e imposibilitan tener acceso a los mejores mercados y a los mejores precios. Quería acotar que, por suerte, muchos de los materiales que se ven en Cuba resultan ser una selección de lo mejorcito que producen estas grandes industrias. Hay un porcentaje de esa gran producción que es preferible no ver, por su bajísima calidad. Por el estado real de las relaciones comerciales que comentaba, sucede que se ha creado algo que, en mi opinión, es bastante penoso para toda obra de creación: una especie de estaticismo.

Sabemos que nuestro producto se va a consumir inevitablemente porque no es posible —por las condiciones económicas en el país y de la producción— tener dos proyectos simultáneos para un mismo horario. Esto crea, y no en todos, la poca necesidad de buscar la calidad a ultranza porque nunca se pone en crisis la permanencia en el espacio como creador, y entonces la búsqueda y la necesidad de la competitividad sana para este destinatario, y como artista, desaparece.

Creo que la no presencia de un mercado en términos de exigencias como en la música, la plástica u otras zonas de la creación artística hace que, de manera general, en los seriados cubanos viva el inmovilismo. No se siente la necesidad de la medida, no hay un sistema directo y sincrónico, algo que te esté exigiendo determinadas reglas, porque además nuestro sistema televisivo transmite productos terminados,

también de manera general, muy distante su primera salida al aire con respecto a la fecha de realización, lo cual imposibilita tomarle el pulso a su resultado en el público. Creo que la palabra «comercial» no se debe ver como algo peyorativo, sino todo lo contrario, aunque defendamos una televisión cultural. Ahora la dirección del ICRT está haciendo gestiones en ese sentido, ampliando las relaciones con otros canales para buscar mayor desarrollo e ingresos. Se está participando en nuevos eventos y festivales, además de aquellos en los que ya tradicionalmente existía una presencia nacional. Es otra manera de ir «colándose» o de intentar ganarse un espacio mostrando lo que hacemos, pero es bastante difícil, sobre todo porque Televisa, O Globo y Manchete, que son de las más fuertes en nuestra área, dejan muy poca cabida. Como decía, sus productos fluctúan en cuanto a calidad; sin embargo, tienen una salida tremenda, por eso producen tanto y son tan fuertes. Siendo honesto, el mercado propio de estas productoras no es el que interesaría a una buena parte de nosotros; es un mercado matizado por la superficialidad y la bobería, pero es el que predomina. Hay otros, el de las teleseries, por ejemplo. En Argentina hay un horario, a las once y media de la noche, en que transmiten series con otras características, de búsqueda formal, de contenido humano y social. Este mercado no es el más poderoso, no es el que más fuerza tiene ni el de más recursos, pero existe, aunque también es difícil de penetrar.

Como creador, a mí no me molesta que el mercado me «pinche», porque creo que se debe tener la suficiente inteligencia como para hacer arte dentro del mercado. Yo trabajo desde el año 1992 con Orlando Cruzata, haciendo *videoclips*. Tenemos más de 108, y hay productores y músicos que me han dicho: «Necesitamos que en el video aparezcan mulatas, playas y cocoteros»; ahora, un poco más para acá, te dicen: «carros viejos, solares, Malecón y Habana Vieja destruida». Esto se ha visto tanto, que es difícil hacer algo novedoso. El reto está en tratar de darle un viso artístico hasta donde se pueda, utilizando el talento que uno tenga; o sea, hacerlo lo más creativamente posible, aunque te estén solicitando los archiconocidos códigos de una supuesta cubanía. Es difícil, pero la pauta de alguien te obliga a ser creativo. Fácil sería si pudiéramos seleccionar. De seguro, escogería los temas de Gerardo Alfonso, Carlos Varela, Liuba María Hevia, por mencionar los más vinculados a la trova, pero también a un Adalberto Álvarez; sus textos son sugerentes y están más cerca de nuestras preferencias. Así sería más fácil hacer una creación. Ahora bien, con «Mami, ven pa'cá, que me gustas mucho», o «Yo soy el tipo y dame tu plato fuerte», es algo bien complejo tratar de hacer, pero tienes que intentarlo.

En resumen, me parece que al mercado hay que aprovecharlo, extraer de él lo que te convenga siendo digno e inteligente como para que no te arrastre.

Rafael Hernández: Curiosamente, un gusto condicionado por cierto tipo de telenovelas reacciona, sin embargo, muy favorablemente a una telenovela como la que tú hiciste, que no reproduce los patrones de gusto establecidos, o quizás los reproduce de una manera diferente, más creativa. ¿Algo como eso también es un fenómeno de mercado o no?

Rudy Mora: Mira, cuando la serie salió al aire, hasta el capítulo siete había rechazo en varios sectores del público; quizás porque estaba ubicada en un horario equivocado y con ella caían abajo las maneras tradicionales de hacer en ese género, que yo respeto, pero necesito de otros para expresarme. *Doble juego* no es una telenovela, ni utiliza los códigos ni el lenguaje más conocido. Lo que sucede es que no existe de manera estable un horario para este tipo de producto; o sea, no está el espacio de la serie, y la televisión decidió transmitirla en el espacio de la telenovela, cosa que no me disgustó, porque es un espacio habitual y cualquier otro había que conquistarlo, con un costo de 5 o 6 capítulos de baja teleaudiencia. La serie se

dirigió a una zona donde había carencia de un audiovisual que dialogara con franqueza y se comunicara verdaderamente con el público a quien estaba dirigido. Para suerte mía, fue ganándose adeptos sinceros en otras edades y también creo que se debió a la historia, porque uno de los propósitos fundamentales del equipo de creación fue tratar de que la serie fuera lo más verosímil posible, cosa que disfrutaban muchísimo los cubanos, cuando de su cotidianidad se trata. A todo el mundo le gusta ver su realidad aunque refleje zonas tristes; yo lo he comprobado varias veces.

Por eso creo que el caso de *Doble juego* —no es mi opinión, sino la de especialistas del Centro de Estudios de la Radio y la Televisión— ha sido un fenómeno raro: fue colocada en un espacio no habitual; rompió códigos establecidos, o al menos con los que había costumbre; en un principio se produjo un rechazo mayoritario en varios sectores, pero poco a poco fue ganando el favor de esos mismos sectores. La serie salió con muy poca promoción; la teleaudiencia se la ganó capítulo a capítulo. Hay productos artísticos que pueden convertirse en algo masivo, sobre todo en Cuba, por las características que mencioné, pero tienen que comunicarse de verdad con el público. De lo contrario, puede estar y la gente no reparar, simplemente verla, o verla para criticarla. Eso es muy peculiar de Cuba con respecto a otros mercados, otros países u otros canales de televisión, porque casi nunca, por muy baja calidad que tenga, se levanta del aire.

Lo que deseo resumir es que pueden existir obras con un carácter creativo y artístico que cumplan las dos funciones. No sé si *Doble juego* fue capaz.

Rafael Hernández: Quizás algo parecido pudiera decirse de Buena Vista Social Club —nosotros dedicamos en *Temas* una mesa redonda completa a discutirlo—: el fenómeno de un producto artístico que no responde estrictamente a los patrones establecidos en el mercado masivo vigente, y que tuvo, sin embargo, un éxito comercial resonante. Lo pongo de ejemplo, como ilustración del problema, sobre el cual quisiera que siguiéramos hablando. ¿Cómo la formación de ese patrón de gusto puede estar, en tanto condicionante, y cómo puede quebrarse en un momento determinado?

Cary Diez: Los intermediarios de la música entre el talento y el mercado son, fundamentalmente, las compañías discográficas. Por eso habría siempre que retomar el tema de cuál es la situación de las compañías en esta formación del mercado; lo cual se relaciona, por supuesto, con los medios de difusión, esenciales en este aspecto. En el mundo hay varias transnacionales importantes en el campo de la discografía, que forman el mercado porque son las que tienen el poder para manipularlo: BMG, Universal, Sony, IBM. Los productores independientes, las compañías más pequeñas, han ido siendo absorbidas por ellas. Por otra parte, los grandes consorcios televisivos han creado sus propias productoras discográficas, porque para poder hacer uso de la música tiene que haber un registro editorial; si no, hay que pagar ese uso de sincronización. Eso les ha hecho crear, a televisoras y compañías cinematográficas, sus propios modos de hacer productos que acompañen su producción fundamental.

En Cuba se habían grabado muchísimos discos de Compay —bueno, si se discutió ese tema, se conocerán los detalles—; de Ibrahim, con Los Bocucos primero, y después solo; de Omara (las compañías cubanas estaban llenas de discos de Omara Portuondo). Sin embargo, viene Ry Cooder —el que conozca de música se dará cuenta de que su participación es mínima, en cuanto a interpretación, dentro del disco—, y trae el proyecto, asociado al talento de Juan de Marcos, y la posibilidad de venderlo a una compañía fuerte, que no es de esas transnacionales, pero que utiliza sus sistemas de distribución. El resto de la historia ya se conoce.

El éxito de Buena Vista Social Club provocó una situación en Cuba: todo el mundo pensaba que tener un grupo de viejitos era tener mercado. ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta?, no me sirve. También llegaban viejitos, y a uno le daba muchísima pena, no mandaban representantes, porque ellos estaban convencidos de que cuando llegaran en cuerpo y alma, los iban a contratar. Se hicieron algunos discos a raíz de esto, y me alegró mucho de que, por ejemplo, instituciones como la Estudiantina Invasora, que tenían discos, pero que nadie les prestaba una atención particular, empezaran a ser valoradas. Muchos europeos, incluso muchos cubanos, se interesaron por ese tipo de producto.

Hay otro tipo de artista que —si bien necesita intermediarios y está muy al tanto del mercado—, siempre ha sabido conducir su carrera sin dejarse atrapar por las imposiciones del mercado, de la demanda, y aceptar lo que realmente pueda responder a su necesidad artística. Uno de los casos fundamentales en este sentido es Isaac Delgado. Lo quiero tomar como ejemplo porque desde hace muchos años, desde que estaba en NG, y luego, cuando comenzó su carrera en solitario, él ha ido diseñando su desarrollo artístico en función de demandas del mercado, pero también presionando de acuerdo con lo que cree. De todas formas, como artista inteligente, tiene, por necesidad, que acogerse a esto.

Malecón, su penúltimo disco, que coincidió con el centenario del malecón habanero, tuvo récord de venta en Cuba. Pero, por ejemplo, para Japón decidimos nombrarlo como uno de los números: *La vida es un carnaval*, porque era un tema popular, prácticamente un himno del momento. Isaac no quería ese título. Decía que no tenía nada que ver con el diseño que él había pensado para el disco, pero al final accedió porque sabía que era un gancho. Ese fue el primer gancho, pero después el disco —por su vida propia, por su propio concepto— pegó con otro tema: «El solar de La California». Cuando la gente toma este disco para comprarlo no lo oye —generalmente en los lugares de venta no hay cómo oírlos—, lo que ve es el repertorio, que es lo que conoce, lo toma por ahí. El gusto se va conformando a través de los medios de difusión y de todas las formas promocionales que utiliza la compañía del artista. En Japón tienen otra idea; a ellos les funciona mucho este tipo de imagen para vender los discos, y así —aunque no era lo fundamental para nosotros—, titularon *La vida es un carnaval* al editar el disco de Isaac. En los Estados Unidos apareció como *La fórmula*; es el mismo disco, pero apareció con el título de otro de los temas. Es decir, hay diferentes momentos; a veces el mercado te obliga a determinadas concesiones. Isaac y muchos otros artistas tienen una manera de rebelarse; pero, al mismo tiempo, de aprovechar la repercusión que puedan tener en la demanda internacional, a través de los conciertos en vivo.

Hay otros fenómenos, como el hip-hop. Las compañías cubanas han sido un poco conservadoras con esta manifestación; pero al final hay que consumirlo, porque es como una avalancha: si no la tomas, te va a arrastrar. Hay diferentes maneras de ver esto, y poco a poco el artista también está aprendiendo a jugar con este asunto, está conociendo más las normas del mercado. El artista —por lo menos el músico— hasta hace muy poco no sabía lo que era un contrato discográfico, ni siquiera le interesaba, porque él podía hacer lo que el mercado quería. Van Van hacía sus crónicas locales porque era lo que interesaba y funcionaba en Cuba, y se vendían cientos de miles de copias de sus discos negros. Desde hace algunos años ya no se producen discos negros, no se hacen cassettes, sino discos compactos. En Cuba no hay un mercado que sustente la industria para el consumo nacional, doméstico. Casi todos los países que facturan una importante cantidad de dinero por la producción discográfica tienen un mercado nacional bien desarrollado. Brasil, por ejemplo, no necesita que le compren de afuera, y también hay una protección al producto brasileño: los mejores precios los tienen los discos brasileños, y si venden

en Japón, felicidades, y si tienen éxito en los Estados Unidos, muy bien; pero no necesitan de eso, tienen el consumo interno para su música, que es la que prefieren por encima de todo. Brasil tiene un mercado propio. En Cuba no tenemos esa situación. Los que pueden tener acceso a los CD son los turistas; entonces, a la hora de conformar un disco o que el artista diga: cómo voy a encaminar mi creación artística para que tenga éxito comercial, se tiene que pensar en todas estas cosas. Ahora mismo el rock cubano, por ejemplo, no será algo de multitudes, pero hay un segmento poblacional importante para eso; el hip-hop igual, y los artistas a veces no entienden cómo a las compañías discográficas no les interesan, amén de otros prejuicios que puedan existir. Pueden decir: si yo lleno un teatro, si lleno un parque, si millones de personas están interesadas en mi obra, ¿por qué no puedo grabar un disco? Pero ¿cuántos de esos millones, en este momento, pueden comprar un CD de quince dólares?

Esas son problemáticas que se están tratando de solventar. Hay una diferenciación de precios que ha comenzado a estudiarse en determinados eventos como Cubadisco, Arte en la Rampa, etc. Se está logrando que bajen los precios por ese período, o que se haga una oferta especial en moneda nacional. Dentro de todo esto, o a pesar de todo esto, la música cubana mantiene una vigencia. Por lo menos, los líderes principales de la música cubana no han dejado que el mercado los consuma, sino que buscan la manera de que su obra pueda llegar tal como la piensan, la crean y la asumen, y que pueda entrar en esos canales de distribución —cosa muy difícil porque la mayoría de los grandes consorcios de la difusión está en manos de personas a las que no les gusta entrar en contradicción con el poder político. El tema de la política, de los conflictos de los Estados Unidos con Cuba, aflora casi siempre en las gestiones de difusión internacional de la música cubana.

Rafael Hernández: Los escritores de otros tipos de novelas suelen decir que los de novelas policíacas son unos privilegiados porque tienen un mercado ya creado, un gusto ya creado que los favorece. ¿Eso es así?

Daniel Chavarría: Pienso que sí. Se me ocurre que el policiaco representa la aventura contemporánea más difundida. Yo opino que la mejor literatura de todos los tiempos es la de aventuras. *La Iliada*, el *Quijote*, todos los grandes clásicos, los tres grandes clásicos atenienses en teatro, narran verdaderas aventuras. Entonces, no es nada extraño que actualmente la literatura policíaca sea la aventura contemporánea, con sus variantes, la novela de espionaje, etc. Es usual la presencia del policiaco en el cine; en la televisión, lo que vemos semanalmente son policiacos.

Rafael Hernández: Quizás cuando pensamos en el éxito, en el mercado, automáticamente lo identificamos con el éxito masivo, el gran mercado, o en un mercado que asumimos como homogéneo, cosa que no es así para la mayor parte de los productos de la música ni del arte. Helmo recordaba que ese mercado es segmentado; hay nichos en ese mercado para todo tipo de productos, desde los de la industria hasta los del arte. No es lo mismo el mercado del rock que el de la música clásica, o el del ballet, y obviamente no es lo mismo el mercado de la pintura que el de las telenovelas. ¿En qué medida esto influye en la producción artística y cómo la existencia de esos mercados separados y de esos segmentos del mercado pueden ser alcanzados? ¿Cómo funciona eso? ¿Cómo afecta eso de alguna manera el trabajo de los artistas y de los que inciden, con su trabajo, en tratar de proyectar socialmente las obras artísticas?

Daniel Chavarría: Sobre eso se puede teorizar muchísimo, pero estamos escasos de tiempo y yo quiero otra vez, de una manera muy modesta, referirme a mis propias cosas, porque son las que tengo más frescas. Obviamente, para acceder al mercado

hay que lograr que te conozcan. Para lograr que te compren, tienes que escribir para ese mercado. Entonces ahí ocurre un fenómeno: hay mercados —segmentos del mercado—, que te exigen determinados temas. Por ejemplo, he sabido que en España, en Francia, hay un mercado de la contrarrevolución, hay un mercado en el que solo se aceptan obras de autores —incluso sin ningún talento— que escriben solo para denigrar a la Revolución cubana. Pero hay otros segmentos más decentes. Hay un mercado que abrió Montalbán con un policiaco vinculado a la gastronomía, con el personaje de Carvalho, con mucho éxito tanto en Europa como en América. En los Estados Unidos surge —en relación con el policiaco—, el asesino en serie, surge también el mundo del canibalismo. Son nichos que después se van definiendo como segmentos del mercado. Prefiero usar el término «nichos» para ese momento del desarrollo, de un interés público todavía no bien definido, hasta que se llega a saber que funciona tal cosa, o tal otra y ya podemos hablar de segmentos concretos del mercado. Que eso afecte positiva o negativamente la obra depende de en qué segmento del mercado se instale.

Ustedes saben que en la venta de sus libros, los autores reciben un porcentaje del precio. Por la primera edición, te pueden dar entre seis, ocho, o diez por ciento, etc. Pero si hay una segunda edición, acumulas más, ganas más y más, porque la producción de ese libro resulta mucho más barata al editor. Cuanto más se vende tu obra, más beneficios económicos tienes. Pero en el caso del socialismo, las cosas son al revés. Como el libro está subvencionado por el Estado, el derecho de autor no es igual que en el mercado capitalista. La gente se sorprendía cuando les decía que un libro mío de 450 páginas —estoy pensando en *La sexta isla*— costaba un peso y pico, y una cajetilla de cigarros, uno sesenta. Era una locura, ese mismo libro, publicado en España, cuando salió costaba diecisiete dólares. Entonces, la subvención del Estado socialista era tan fuerte, que el libro resultaba muy barato para el lector. Al autor se le pagaban sus derechos de una forma singular. Siguiendo patrones inventados por los soviéticos, no te pagaban por número de ejemplares del libro, ni por el monto de las ventas, sino por el número de páginas que tuviera la obra. Eso hacía que nosotros, los escritores, procuráramos hacer novelas larguísimas.

Esto, que es un factor eminentemente económico y de mercado, ha tenido incidencias en la producción artística desde el punto de vista estético, por la necesidad económica de inflar las novelas; pero sin renunciar, por supuesto, al propósito de hacerlo con la mayor calidad posible, por lo menos en mi caso. Si yo, en un capítulo de una novela —estoy pensando en un caso concreto, en mi novela *Allá ellos*—, necesito matar a un personaje y eso lo puedo hacer en un párrafo o en media página, se me ocurre matarlo —es época de la Guerra Civil Española— el día en el que Millán Astray está gritando «Muera la inteligencia, viva la muerte» a Miguel de Unamuno; entonces reconstruyo con un capítulo que debe tener nueve o diez páginas, toda la historia de ese episodio, y me doy cuenta de que esas páginas son, quizás, de las mejores que he escrito en ese libro; algo que surgió sin necesidad expresiva o de la historia, sino para alargar la novela y ganar más. Descubro, además, una técnica que yo jamás había usado, que es el cuento dentro de la novela, como hace Cervantes en el *Quijote*: mete una gran digresión, un cuentecito, que la gente en su época disfrutaba. Comprobé que si se integra con eficacia un cuento, si no aparece como una absoluta gratuidad, la digresión del cuento dentro de la novela es un elemento literariamente valioso, porque además ayuda al personaje, ayuda a la historia, embellece el marco. Estoy simplemente recordando cómo una dificultad de origen económico puede tener una incidencia literaria positiva.

En cuanto al aspecto negativo que puede tener el mercado, sí, lo tiene. Yo considero que mi mejor novela no es un policiaco, sino una novela histórica que se llama *El ojo dindymenio*, sin duda, la mejor que he escrito. Pero no es una novela de

gran mercado, me ha dado muchísimos premios, una excelente crítica, se ha publicado en el mundo entero, le va bien; pero con esa novelita intrascendente, *Adiós muchachos*, una novela menos ambiciosa, hecha por encargo, he tenido un éxito comercial mucho mayor. Es indudable que el mercado es un hecho inevitable. Tiene aspectos negativos, pero está ahí, y hay que saber tratarlo, y en esto tiene mucho que ver la capacidad del autor. Un libro vale no solo por características como el volumen, el tamaño, la edición, sino, sobre todo, por la obra y su posibilidad de gustar a un determinado público. No siempre el mercado daña la obra, como tampoco el tamaño que procurábamos los escritores para que nos pagaran más. A mí eso me benefició. Si no hubiera sido por eso, no hubiera empleado la técnica del cuento en la novela.

Helmo Hernández: Quiero decir algo sobre *Doble juego*, que me gustó muchísimo. A mí no me pareció hecha para O Globo, parecía hecha para mí. Me encantaba verla por la noche, y corría para mi casa, tuviera que hacer lo que tuviera que hacer, para verla. La veía no porque no tuviera otra opción, yo tenía otras opciones. Iba a ver la novela porque quería verla. Y creo que eso le pasó a mucha gente. No estoy diciendo esto por Rudy, sino porque Cary dijo una cosa que me parece muy importante traer a colación. Vivimos en un mundo globalizado, donde la realidad corporativa internacionaliza y borra todas las fronteras, como pueden ser fronteras nacionales, locales, etc.; sin embargo, es el apoyo y el soporte local, mi apoyo, el que salva la novela de Rudy. Y no lo estoy diciendo en términos económicos, lo digo en cuanto a la relación entre el creador y su destinatario. El destinatario de *Doble juego* salvaba la obra profundamente, y eso no se nos puede olvidar nunca.

En muchos otros lugares existen mercados nacionales que son destinatarios naturales de los productos de los creadores. En concreto, lo que está ocurriendo en el mercado en el que yo he estado involucrado —o sea, el de arte, en Cuba—, es que no se desarrolló debidamente, y no quiere decir que no hubo venta de arte en la década de los 80. Sí la hubo, en pesos cubanos, pero no se desarrolló en rigor un mercado de artes visuales en Cuba. El mercado de arte en Cuba comenzó después de que Ludwig vino e hizo una gran compra de obras de los artistas más jóvenes, y a partir de ese momento empezaron a acudir gente de fuera de Cuba, con dólares, a comprar poco a poco la obra de estos artistas. Se legalizó la tenencia de dólares y empezó a comprarse y a generarse un mercado que en este momento tiene un volumen verdaderamente grande.

Yo quisiera, en términos puramente provocativos, simplificadores, llamar la atención sobre el siguiente peligro: la mayor parte de esos compradores a quienes yo tengo la posibilidad de conocer —por casualidad o por mi trabajo—, busca ese retoricismo que estaba describiendo al principio, es decir, quieren comprar un arte que está legitimado por alguien que fue un gran coleccionista, que fue Ludwig, quien legitimó un arte primero muy contenidista, segundo, muy crítico con respecto a la Revolución, pero crítico como se podía ser en la década de los 80. Ahora hay más o menos problemas, pero seguramente no son los mismos que en los 80. Esos compradores validan un lenguaje que es el que entienden. Todo esto está muy relacionado con esos procesos de legitimación, con el no conocimiento y la no existencia de un mercado local que hubiera protegido —y que necesita proteger— la experimentación, de la que está muy necesitado el arte cubano o la visualidad cubana contemporánea, incluyendo los retos de las nuevas tecnologías. Acabo, afortunadamente, de ver la última edición de Dokumenta que, como se sabe, se celebra en la ciudad alemana de Kassel cada cinco años. No había casi nada que no fuera en soporte digital o video. Vi muy poquita pintura o cualquier otra manifestación tradicional en toda la gran exposición, y Dokumenta es un evento de la plástica importantísimo en el mundo entero. Por lo tanto, creo que es muy importante que

tengamos en cuenta, en el terreno de las artes visuales y de su mercado, que no hemos logrado desarrollar un mercado nacional, y no tenerlo es un peligro grave, porque el mercado nacional es un mecanismo de protección imprescindible para el desarrollo del arte y para que el mercado pueda funcionar como un generador positivo dentro de la creación artística. Para terminar, quiero decir que también, en general, en el mercado de la plástica —quizás eso no es así para la televisión o para la música, porque son industrias demasiado jóvenes, pero sí es así para la literatura— el tiempo es de lo más útil para masificar o difundir el conocimiento de las obras realmente valiosas. Por ejemplo, yo en verdad no sé si la *Gioconda* era tan popular en su tiempo; creo que no lo era cuando Leonardo la pintó, como puede llegar a ser ahora. No hay japonés en el mundo que no haya retratado a la *Gioconda* a estas alturas, y para todos nosotros la creación de Leonardo es muy famosa, pero en su época Leonardo tenía que pintar cantidad de dibujitos no significativos y sí complacientes, porque no podía vivir del mecenazgo, verdaderamente; o sea, la fórmula que el mercado tenía en ese momento no le permitía sobrevivir, tenía que pintar muchas otras cosas. En el terreno literario, Balzac tuvo éxito, pero nunca tanto como Eugenio Sue, y Stendhal era el gran desconocido. Entonces, en todas partes se puede haber cocido habas. Sin embargo, a veces no es solo la obra santificada por el tiempo como de gran calidad, la que alcanza el gusto popular o el éxito. Hay grandes obras que se han hecho por encargo que fueron obras maestras desde el principio. Pienso en *La ronda nocturna* y en *Guernica*; grandes obras que en un momento determinado se hicieron por encargo, había dinero para hacerlas, se las encargaron a la gente adecuada, y desde que se crearon funcionaron como paradigmas dentro de la historia del arte. Por lo tanto, no siempre las cosas pasan de igual manera.

En Cuba hay un ejemplo que a mí me parece muy claro, con el que quiero terminar. Lo más probable es que el artista cubano de más éxito comercial sea Kcho, por muchas razones que no viene al caso analizar ahora. Pero resulta que él no era tan exitoso, hasta que en abril de 1994 creó una obra —que algunos recordarán y otros no la han visto nunca— que se llama *La regata*, exhibida en la cuarta edición de la Bienal de La Habana. Era un conjunto de supuestas embarcaciones que hacían una instalación. ¿Qué cosa es menos comercial que una instalación? Nada más la pueden comprar los museos, es muy difícil de vender. Kcho hizo esta obra, y aquí en Cuba a todo el mundo le pareció muy fuerte —este es un adjetivo que se usa mucho en el *slang* cubano de las artes plásticas—, pero no quiere decir que sea contrarrevolucionaria, es fuerte porque es fuerte. Entonces ¿qué sucedió?, que en agosto de ese año —eso había pasado en Cuba otras veces— la Revolución decidió abrir las fronteras, y esa imagen que el artista había anticipado, se produjo realmente. Fue una de las pocas veces en que la metáfora artística antecedió la imagen difundida por los medios masivos varios meses después. Constituyó una sorpresa encontrarse el mundo con el hecho de que una obra había previsto lo que los medios y la industria después iban a desarrollar. Eso lanzó comercialmente al artista. Porque entonces, claro, Ludwig la compró; estuvo en la portada de la edición de la Bienal que se hizo para Europa en ese año, y Kcho empezó a ser el pintor de los botes. A partir de ahí no había exposición del mundo en que no estuviera. Está de moda, igual que el Buena Vista Social Club.

En los últimos años, cuando hay una exposición de arte joven cubano en cualquier ciudad del mundo, en cualquier momento, las obras todas son semejantes, lo único que cambia es el nombre, porque los artistas son los mismos, aunque se juega con una nómina que permite variar un poco. Es un fenómeno de la moda que estamos viendo en estos momentos. Pero Kcho, en este sentido, es un magnífico ejemplo de cómo el fenómeno ocurrió exactamente al revés; o sea, el gusto amplio, masivo,

aceptó la obra. Eso ocurrió así en Cuba. En el exterior ocurrió por otras razones, por las mismas razones que se comercializa el arte, y porque anticipó la noticia; pero en Cuba ocurrió porque —estábamos en el Período especial, hubo momentos muy difíciles— esta obra estaba hecha para un destinatario que no es para el que trabajan algunos artistas en la actualidad, que es el que les puede comprar la obra. Estaba hecha para el destinatario que no iba a comprar. Él no pensó nunca en vender la obra, sino en hacer una obra fuerte. Por eso creo que tuvo mucho éxito.

Rafael Hernández: Pienso que hemos llegado, desde experiencias artísticas separadas, a una cantidad interesante de problemas que preparan para que entremos en las preguntas y los comentarios de los asistentes. De manera que les ofrezco la palabra a aquellos que quieran hacerlos.

Antonio Ramos Quintana: Quisiera, si es posible, que Cary Diez explicara el fenómeno que está ocurriendo en Francia en relación con Orishas; si tiene algún elemento en relación con ese grupo que se encuentra en Francia.

Isabel León: Me sumo, como Helmo, a los *fans* de *Doble juego*. El primer capítulo lo aborrecí y luego prácticamente dije: ¿qué es esto?, pero me cogió completa, y creo que un factor del éxito, un gancho grande, fue la música. Sin embargo, hay un fenómeno que quisiera comentar. Una telenovela brasileña, por ejemplo, cambia hasta el tema principal de apertura, y cada personaje tiene un tema. ¿Cómo siendo la música cubana tan rica, se explica la paradoja de que en ese serial, que yo recuerde, solo está la canción inicial de Polito Ibáñez? ¿No pudo haberse explotado un tema de Isabel, de la gorda, de otros personajes? ¿Por qué no se apoyaron en eso para tratar de entrar en el mercado de la telenovela?

Denia García Ronda: Bueno, mi pregunta va especialmente para Chava y para Cary, porque en el caso de la pintura ya Helmo ha explicado que en Cuba prácticamente no existe el mercado nacional. Los «de a pie» no podemos comprar cuadros a tales precios. Pero, por lo menos potencialmente, hay un mercado nacional para la literatura y para la música, eso es indiscutible. Ahora bien, ¿hasta qué punto ese auge o pequeño auge o gran auge —según se mire— que ha tenido la música sobre todo, y el que está teniendo la literatura en algunos «nichos» de mercados europeos e incluso norteamericanos, puede afectar la obra en relación con el destinatario? ¿Hasta qué punto se está trabajando para un mercado que no es el tradicional de esas obras? ¿En qué medida se está pensando ya en cómo lo va a tomar, digamos, el lector o el oyente español, y entonces se piensa, efectivamente, quizás en la mulata, en la jinetera, quizás en La Habana destruida, quizás en los problemas políticos o quizás en lo que le pueda gustar, en definitiva, a otro lector? Me preocupa hasta qué punto está afectando eso la producción de sentido de las obras literarias, y hasta qué punto también puede afectar la autenticidad de la música popular cubana.

Alfredo Prieto: No voy a hacer una pregunta, sino un comentario que me sugieren las excelentes exposiciones de los panelistas. A propósito de la música, una de las cosas más interesantes que ha ocurrido, a mi juicio, en los últimos tiempos en los Estados Unidos es que ha habido una especie de moda cubana, sobredeterminada por muchas cosas; una de ellas es una visión de la cultura cubana que permanece congelada en el pasado. Alguien ha llamado a esto «el discurso de la nostalgia»; en ese imaginario, Cuba queda como apresada en códigos previos a 1959. Buena Vista Social Club, en gran medida, se explicaría por esto, pero a la vez creo que el fenómeno arrastra otra cosa más importante, y es que, de pronto, la música cubana empieza a aparecer en lugares donde uno no lo sospecharía. Empieza a aparecer, por ejemplo,

en un sitio tan exclusivo como una tienda de CD muy cerca de la Universidad de Harvard, donde van los altos ejecutivos y la élite intelectual y académica. Y me llama la atención porque creo que, en alguna medida, es el efecto de Buena Vista. El interés sobre Cuba —aun siendo estereotipado— de pronto empieza a romper, de alguna manera, el cerco de la política. Y, por último, quisiera anotar otra cosa muy interesante: nada más y nada menos que en Miami están apareciendo, de pronto, y vendiéndose, CD de Van Van y de otros grupos de la Isla, de forma normal: la gente llega y los compra. Eso para mí es muy interesante, y tiene que ver con cambios en la estructura generacional de la población de Miami. El hecho de que no los transmitan por radio es otro problema.

Victor Santiago: Quiero hacer un pequeño comentario sobre el tema de que en Cuba no hay mercado para el arte. Pienso que no se puede vender arte en Cuba como se vende en Europa, porque los cubanos no tienen el mismo dinero que tienen los europeos, pero eso lleva al fenómeno de la piratería, que ya lo tocó Helmo. O sea, lo pueden encontrar en cualquier parte más barato que en las galerías, y existe la posibilidad de producirlo en menos de dos dólares. Esto lo permite la nueva tecnología. Entonces quisiera hacer una pregunta. Se sabe que Internet ha puesto en crisis, o por lo menos ha preocupado bastante a las discográficas; a esos consorcios los preocupó hasta el punto de que tuvieron que ponerle una demanda a Napster, una tecnología y un servidor comercial para compartir música, donde 60 millones de personas bajaban música diariamente de forma gratuita. Le pusieron una demanda, lo destruyeron, y después han surgido varios con la misma fuerza o más que Napster. Es mucho más barato en el mundo actual pagar una línea de Internet, por la cual puedes conseguir un disco en minutos, y a menor precio que un disco físico.

Lo mismo se puede hacer con la literatura; es decir, se pueden bajar de Internet libros; si no se hace tanto es porque la gente tiene más interés en la música que en la literatura. También ahora los grandes estudios de Hollywood están preocupados porque la gente está bajando películas en cuestión de horas; el último caso famoso fue el de la segunda parte de *La guerra de las galaxias*, que salió antes de estrenarse.

Entonces, se está dando el problema de que la gente está cogiendo gratis los recursos; de momento sobre todo música y cine, después va a ser, quizás, libros. No puedo comprar los cuatro tomos de *Harry Potter*, pero los bajo en un segundo. ¿Les preocupa eso, sobre todo a las productoras musicales cubanas y al mundo de la literatura, de los libros? Por ejemplo, *Adiós muchachos*, que no pude conseguirlo en el Palacio del Segundo Cabo, a lo mejor lo tengo mañana en Internet, y puedo bajarlo e imprimirlo en una hora. ¿Es preocupación actual de la música y la literatura cubana proteger eso en Internet, o todavía no se ha dado ese fenómeno?

Denia del Sol: Como decía Rudy Mora, la televisión no puede —según entendí— al menos en el mercado nacional, tener una respuesta monetaria, pero yo pienso que el éxito, en el caso de la televisión nuestra, a los efectos de lo nacional, puede ser la aceptación del público. Un publicista decía —para la publicidad capitalista, pero válido también en cualquier otro sistema— que el mejor modo de vender es la calidad. Después están la motivación, el gancho, la promoción, la propaganda, la promoción, el acondicionamiento que se haga del producto.

En cuanto al libro, que es el rubro en donde yo me desenvuelvo, el mercado puede ser oportuno; por ejemplo, cuando está en televisión una novela adaptada, el lector muchas veces quiere el libro. Sin embargo, no siempre está en librería. En cuanto al éxito, la demanda, el mercado, tiene que ver con el sector. No es lo mismo sacar un libro de Lezama Lima que una obra más popular, porque aquel

tiene una demanda menor, porque va a un sector más pequeño, pero puede tener éxito en ese sector.

Ariel Fernández: Este tipo de debate es muy complejo y muy diverso. Mucho de lo que hoy molesta o nos afecta de una forma u otra porque está impuesto por el mercado, es lo que antes no existía; por ejemplo, se creó el mercado del Buena Vista Social Club porque había un vacío, porque no existía lo que hacía Buena Vista Social Club. Hay un momento en que el mercado se satura de un producto, y necesita buscar algo nuevo, o inventarlo sencillamente. En ese aspecto quiero destacar cómo lo que hoy tú haces como artista o estás haciendo como cultura o arte de resistencia contra lo globalizado, muchas veces se convierte en eso contra lo que luchaste. Hay muchos fenómenos de mercado. Uno de los que más me molestan en la actualidad es el mercado del Che. Lo han convertido en un producto, hay sellitos, pulóveres en veinte modelos, vasos, plumas con la imagen del Che, la carta del Che en todos los idiomas. Son cosas que nos afectan. ¿Quién iba a imaginar que algo tan trascendente como el Che, su figura política, fuera hoy un producto de mercado?

Rafael Hernández: Vamos a la última ronda de comentarios del panel.

Rudy Mora: Sobre la vinculación de la música con la telenovela, creo que son dos mercados completamente diferentes. Se puede usar la música como punta de lanza, en ese sentido ser un *boom*, se puede vender el disco y no necesariamente la serie, aunque uno tenga que ver con la otra, porque los destinatarios son diferentes. El consumo de la música es más asequible. El artista puede dar un concierto, vender discos; la telenovela tiene un mercado específico: determinados códigos, lenguaje visual y el de las palabras, fórmulas y estructuras que responden a un propósito televisivo, a un horario y a un tipo de espectador. Es imposible que *Doble juego* pueda funcionar en un canal de televisión eminentemente comercial donde cortan cada x minutos y te ponen treinta segundos de publicidad. Este proyecto no se concibió así, habría que rescribirlo y reestructurarlo para hacerlo asequible a ese tipo de transmisión. Las series extranjeras se transmiten en Cuba de manera continua, pero vienen fragmentadas, con comerciales y otras cosas, aquí se le hace una edición, se le da coherencia y se ajusta a nuestro formato. Ellos responden a una fórmula económica, que sustenta la producción y le da ganancias. En Cuba no se hace así. Hace algún tiempo se intentó preparar para una telenovela una estructura que permitiera la inserción en el exterior, aunque no se pensó transmitirla de esa manera. Hace un año o dos se volvió a intentar con *Si me pudieras querer*. Hay determinadas premisas en esta manera de hacer que son preestablecidas: una de ellas, por ejemplo, es que los actores tienen que ser bonitos y atractivos, no importa si son malos o buenos, pero tienen que cumplir los cánones de belleza establecidos por ellos, tienen que ser blancos, con determinadas características físicas muy cercanas a las de los modelos, y las muchachas, muy llamativas, con pelos largos cuidados, mucha silicona en todos los lugares, además de otras cosas. Entonces, se realizó esta novela, más o menos con algo de estos presupuestos. Recuerdo el personaje de un pintor, que interpretaba Jorge Martínez, nunca se despeinaba, porque tenía mucho gel, nunca se veía mal, se trató de que fuera un tipo deseado para jugar dentro de esos códigos, aunque su personaje pedía cierta irreverencia, pero se hizo como una especie de licencia. Recuerdo que el público se quejaba de que todo era bonito.

Helmo decía algo sobre la dignidad del artista, Yo intenté con *Doble juego* y con proyectos anteriores —*La otra cara*, por ejemplo, mi serie anterior— quedar contento conmigo mismo; o sea, independientemente de que me interesa que la serie sea popular y guste.

Nuestro mecanismo de *ratings* y encuestas, también tiene características peculiares. Yo recibí las primeras informaciones de cómo estaba funcionando la serie en el capítulo 26. Si hubieran sido malas —por suerte, eran buenas—, ya habían pasado 26 capítulos y no había solución. Yo no estoy nada de acuerdo con ese concepto de la producción industrial en la televisión, porque creo que realmente lo que es industrial es el sistema de producción, como lo es también en el cine; pero nada de eso tiene que ver con el arte. Me esforcé todo lo que pude, y junto conmigo el equipo que logré motivar buscando lo máximo del resto de las personas y, por ende, de mí. Nunca aceptaría un guión con el que no esté convencido si no es de autor, porque cada cosa que se realice, sobre todo de esta magnitud, tiene que ser una obra personal y el trabajo anterior es la referencia para superarse, tratando entonces de salvaguardar siempre mi dignidad creativa, independientemente de que vivo de mi trabajo. Si al final no se alcanza lo deseado, es porque no tengo capacidad; pero si puedo, por qué no lograrlo. Ese es, quizás, un elemento que puede distinguir la relación entre el producto artístico que se realice y nuestro mercado natural, o sea, la posibilidad que te brindan las condiciones de tener una dignidad creativa. En cuanto al tema de la música, evidentemente puede ayudar y, sobre todo, en dependencia de quién es el músico. Polito Ibáñez no es un artista que todavía pueda vender una telenovela en un mercado exterior, es un creador que gusta en sectores de la juventud cubana fundamentalmente, pero no es Pablo, Silvio, Chucho, ni pertenece al Buena Vista. Estos son músicos que ya están establecidos en el exterior, y su crédito ayuda, pero no creo que sea su caso. Si yo hubiera tenido, desde el principio, condicionantes para estos mercados, no le hubiera propuesto el trabajo a Polito, aunque me gustara su trabajo. Si es que la productora ya desde un principio no me impone un determinado músico, hubiera pensado, quizás, en uno de los artistas ya con una trayectoria internacional. Eso pasa muchísimo en el cine y en el caso nuestro no deja de suceder: Jorge Perrogorría participa en casi todas las películas cubanas, fundamentalmente en las coproducciones, esa es la realidad. Es el actor cubano más conocido, y es una condición que piden todos los productores, es la imagen internacional del cine cubano. ¿No hay más actores buenos en Cuba? Sí, sin embargo, Pichi tiene que estar.

Lo otro que quería comentar es que los términos de calidad y gusto son muy relativos, están dados por la formación estética de cada persona —lo que para usted puede ser bello, para mí puede ser feo, y lo que puede tener calidad para otro, para mí no la tiene. Creo que la formación del gusto no está determinada solo por la calidad de los productos; está dada, entre otras cosas, por los mecanismos culturales que actúan sobre nosotros.

No creo que en la medida que algo tenga más calidad, se venda mejor. Porque entonces, las Ketchup, que han vendido muchísimo, no interesarán. Hay sistemas de promoción y de publicidad que hacen que un producto sea vendido o no, al margen de su calidad. Las Ketchup son tres muchachas que han pegado en el mundo entero y, en mi modesta opinión, es una música tonta. Igual pasó con aquellos dos señores con la *Macarena*. Se hicieron multimillonarios con una canción; esos son fenómenos de índole comercial, ahí se invirtió mucho dinero para recoger mucho más dinero. Con las Spice Girls también se invirtió, se hicieron muñequitas, pulóveres, etc., y se logró la venta del producto principal, independientemente de su calidad. Y al poco tiempo, dio todo lo que se esperaba, se acabó, y van a crear otro producto. Hacen un estudio de mercado: ¿qué quieren los jóvenes? Invierten, lo fabrican, hacen un lanzamiento mundial, recogen, y vamos a hacer otro. Ese es el mecanismo. Es lo que decía Helmo: a veces sí y a veces no; pero las leyes del juego indican que muchas veces las cosas que comercialmente son un *boom* están bastante apartadas de la calidad artística.

Daniel Chavarría: A mí me gustaría tomar un aspecto que tocó Rudy y también para responder a la pregunta de Denia: el tema de la dignidad del creador. El capitalismo tiene cosas buenas, el socialismo tiene cosas malas. Yo soy de los convencidos de que el capitalismo es una lacra de la humanidad —para que no vaya a haber ninguna confusión— y creo que el socialismo es mejor; pero eso no quita que las leyes de la oferta y la demanda en los mercados capitalistas contribuyen a la protección del producto artístico; y el excesivo paternalismo y conformidad del arte socialista a veces ha creado lacras en el arte. Yo podría citar, por ejemplo, el caso nuestro del policiaco. El policiaco cubano nace auspiciado por la Revolución, por el Ministerio del Interior, y los comunistas que escribíamos para eso lo hacíamos, además, un tanto convencidos de que la literatura debía ayudar a formar ideología y todo eso, y llegaron a producirse los «teques» más fenomenales, y una literatura realmente de baja calidad. La literatura policial cubana tiene muchos títulos, entre los cuales destacan algunas cosas muy buenas, pero en su conjunto es de baja calidad. El caso extremo fue una novela —incluso Padura sacó un artículo criticándola, creo que en *El Caimán Barbudo*— tan eufemística de la Revolución que ya daba vergüenza. *Asalto a la pagaduría* se llamaba, eran unos delincuentes que estaban preparando un asalto, y el lenguaje de los delincuentes era más o menos así: «Bueno, nosotros, como antisociales que somos, debemos tener muy en cuenta que el Ministerio del Interior y del Exterior...».

Helmo Hernández: Óigame, ¿dónde está eso? Eso es una joya, maestro.

Daniel Chavarría: Un manual de cómo no se debe escribir y nada más. Entonces, la verdad es que uno tiene que buscar, si quiere sobrevivir como escritor —para mí no existe el arte por el arte, si mi oficio no me da para comer, no me sirve, y me busco otro. Cuando se produjo la crisis del campo socialista, se destruye la industria editorial cubana, no existen los mercados de los países del Este —donde yo vendía muy bien—, tengo que salir a sobrevivir en los mercados capitalistas que tienen otras reglas. Y estoy absolutamente seguro de que ese contacto con los mercados capitalistas, a pesar de mi desprecio por el capitalismo, me mejoró como artista, sin lugar a dudas. El nivel de concesiones a ese mercado sí depende de la dignidad que uno tenga. Yo sí he hecho concesiones, he abordado temas que sé que interesan más al público capitalista europeo —que fueron los primeros editores que yo conseguí fuera de aquí— que al público cubano o al de los antiguos países socialistas, al que yo me había dirigido tradicionalmente.

Eso de la dignidad está también asociado a la calidad; en la medida en que tú puedas, a partir de la temática cubana que es de una gran riqueza, a veces precisamente por su subdesarrollo, hacer un buen texto. Tú puedes hablar aquí, por ejemplo, de una delincuencia única en el mundo. Yo tengo una novela que se llama *El ojo en la pluma del loro*, donde cuento cómo un par de zapatos es objeto de un policial; nadie anda por ahí, en el capitalismo, robando zapatos; pero aquí sí, aquí le levantan los zapatos a un pobre lustrador, le roban los zapatos y esos zapatos transitan, dan vueltas por todas partes; eso puede ser divertidísimo, ese minimalismo, esa ingenuidad de la delincuencia cubana, que comparado con los horrores que se ven por ahí, es casi insignificante, y eso mismo puede ser un motivo de originalidad. Todos estos europeos que vienen a buscar la Cuba profunda en las calles descascaradas llenas de lumpens y en los solares y en los bembés, sí, tú le puedes hacer concesiones que desvirtúen la compleja realidad cubana, pero tú puedes abordar también esos temas por dignidad, sobre todo si esa dignidad está asociada con la calidad, si tú sabes dar un producto artístico de calidad, puedes tocar el tema de la jinetera, de la prostituta, de todo lo que te dé la gana, complacer esos mercados, pero al mismo tiempo estar haciendo literatura. De manera que ese tema de la

dignidad no es solo el propósito del artista, sino también sus capacidades para crear alguna cosa universal a partir de lo local.

Helmo Hernández: Déjame decir una cosa antes de que Cary hable, para que ella cierre, porque lo único que quiero subrayar es la importancia de que todo el mundo preserve la dignidad: los creadores, las instituciones que los promueven, porque puede pasar de todo, puede pasar eso que dice Denia. Entonces, yo creo en la necesidad de preservar la dignidad.

Daniel Chavarría: Estoy de acuerdo.

Cary Díez: Afortunadamente, la música siempre provoca una serie de reflexiones, porque el consumo de la música es tremendo; se hablaba del éxito y de Orichas, y yo voy a tratar de asociar varios fenómenos. Hablo de Orichas como puedo hablar del propio Buena Vista, como podría hablar de la músicaailable. Hay un sujeto del que no hemos hablado hasta el momento: el productor musical. Hablamos de las compañías discográficas, pero el productor musical es como el líder, el que lleva el concepto del grupo, del espectáculo o del disco; se tiene que apoyar, por supuesto, en personas y talentos musicales muy significativos —los músicos, intérpretes, los autores, los directores musicales, los que crean el hecho musical—, pero el productor, asociado a una compañía discográfica, que es la que lo puede difundir, es quien convierte ese talento en un producto. En el caso de Orichas, hay una persona que yo respeto muchísimo, porque no creo que haya muchas personas que sepan de hip-hop cubano y de rap como él: Ariel Fernández. Hay otras personas, Pablo Herrera, Edesio Alejandro, que fue de los precursores; hay muchos creadores que pudieran hablar de esto. No necesariamente el productor tiene que ser músico, a veces hay personas que tienen una visión, una intuición, una capacidad de orientar ese talento; que es el primer filtro y el primer eslabón para el logro del éxito musical, y con Orichas pasa eso. Ellos tienen un antecedente. Por lo menos dos de ellos pertenecían al grupo Amenaza, y aquí en Cuba tenían ya muchos seguidores; ellos no estaban en la nada cuando aparecen. Se van a Francia y hacen el producto Orichas, que se hace fuera de Cuba porque hay situaciones —de las que ya hablábamos— cuando no hay mercado, o hay determinados prejuicios con algunas obras artísticas que no se comprenden en ese momento, otras que no están maduras y por eso tampoco convencen; pero los que tienen esa intuición saben que eso puede derivar en un producto o en una obra realmente de proporciones artísticas, como Ry Cooder, con Buena Vista. Por suerte, en el campo de la música las compañías cubanas han tratado de dignificar la figura del productor musical, y nuestros productores musicales —Joaquín Betancourt, Emilio Vega, José Luis Cortés, entre otros— tienen resultados en este campo. Detrás de todos —Buena Fe, Moneda Dura, etc.— hay productores cubanos y aunque algunos de estos grupos que tienen muchísima aceptación aquí, no tienen todavía un mercado internacional, de todas maneras la gente ha visto todas las posibilidades que tendrían para poder salir de la media y ser un producto significativo.

En el caso del vínculo de la música con el cine y la televisión, es un gran propósito de los productores musicales. Tenemos que buscar fórmulas para asociarnos, la música necesita muchísimo de medios como la televisión y el cine; necesitamos que, en las producciones nuestras, encuentren aquellos temas que puedan estimularlos en su creación o que puedan calzar su producción, porque indudablemente un tema aunque no sea muy bueno —por supuesto, en el caso de *Doble juego* fue genial— si se pone todas las noches o tres veces a la semana, pega. Y esa responsabilidad la deben tener los medios de difusión, institucionalmente, y los propios directores y realizadores a la hora de seleccionar cuáles van a ser, dentro

de los cánones y parámetros éticos y estéticos, qué van a difundir, qué van a publicitar y cuáles pueden ser aquellos que les produzcan mayores beneficios, porque aunque no hay un mercado nacional, sí hay un talento musical cubano que es importante que el mundo sepa que está aquí, y muchas cosas si pegan aquí necesariamente van a salir y van a imponerse.

Por otra parte, se hablaba del discurso de la nostalgia, efectivamente, pero esto se circunscribe a Miami, y por suerte hay muchos otros estados, muchos otros territorios de los Estados Unidos, que ni siquiera tienen idea de lo que eso puede significar. Están encaminados hacia otras valoraciones. Nueva York, Los Ángeles, Puerto Rico, son lugares muy importantes para la discografía cubana. Es increíble cómo consumen la músicaailable cubana actual. Un ejemplo de eso es que, aunque el disco *La rumba soy yo* no tuvo distribución en los Estados Unidos, fue uno de los nominados y premiados en los Grammy latinos. Eso es importante para nosotros. Se hablaba también de los segmentos; hemos ido ganando segmentos y los seguiremos ganando en la medida en que creamos en la posibilidad que tiene nuestro producto. Si uno presenta un disco, un producto —estoy poniendo este ejemplo, puede haber otros— con este nivel de factura que tiene tantas lecturas, y que además puede competir en cualquier lugar, en cualquier vidriera, en cualquier *stand*, eso también es un producto cubano, de una compañía cubana. Esta factura va también en contra de la piratería, que está erosionando muchos valores; la piratería no solamente perjudica tremendamente a las compañías discográficas, sino a los autores, a los editores, a todo el mundo, a los intérpretes, porque no reciben ningún tipo de beneficio por lo que hacen. A veces los precios son muy bajos y los intermediarios restan mucho al autor —que es, en definitiva, quien hace la obra—, pero por lo menos hay un acuerdo legal que estipula la forma en que se va a hacer la explotación de ese producto. Yo he traído unos datos y quiero mencionarlos rapidito. Por ejemplo, un estudio que hizo un abogado mexicano arrojó que las ventas legales en la industria discográfica alcanzaron alrededor de 57 millones de unidades en Latinoamérica exclusivamente; los piratas, sin embargo, vendieron cerca de 88,3 millones de copias ilegales. La adquisición del producto legal disminuyó 5%, no obstante que la demanda musical registró un fuerte aumento. En materia editorial, se estima que en el mundo se realizan anualmente cerca de 300 billones de fotocopias de materiales protegidos por el derecho de autor, equivalentes a 1 500 millones de libros de doscientas páginas cada uno —la fotocopia también es pirata. En materia audiovisual, solamente en México la industria pierde cerca de 60 millones de dólares anualmente por la comercialización de alrededor de 200 000 cintas piratas. La industria de la música en general —no solamente la discográfica—, es una fuente de ingreso que todos debemos proteger y desarrollar, y por tanto la piratería y todo lo que esté asociado a ella, hay que atacarla.

En Cuba, a pesar de todas esas cosas, estamos haciendo un gran estudio y utilizando lo bueno que pueda tener esta información, pero también tratando de imponer y desarrollar otro tipo de producto, porque siguen siendo *La guantanamera* y *Hasta siempre, Comandante*, de Carlos Puebla, los temas más vendidos. Por ejemplo, en Bis Music hicimos un disco que históricamente ha tenido una venta muy segura, que se llama *Las más famosas de Cuba*; ahora hicimos el segundo volumen y todo el mundo dice: ¿por qué el segundo no se vende como el primero?, y es que en el primero está *La Guantanamera*, y ese disco ha vendido, desde el año 1998, casi cien mil dólares. A pesar de que los precios a veces no están al alcance de todos, y no permiten que esa producción sea de consumo doméstico. Hay pros y contras en el fenómeno del mercado, y hay un deseo de proteger la obra cubana, desarrollarla e insertarnos cada vez más en la demanda nacional e internacional.

Rafael Hernández: Aun cuando este panel no ha discrepado mucho entre sí, pienso que ha tenido un extraordinario valor no solamente por el dominio que cada uno de los panelistas tiene sobre su campo, sino porque nos han traído de una manera muy fuerte —como diría Helmo— la complejidad de esta temática. Es algo que no se puede reducir, evidentemente, a una sola respuesta, y no es una ecuación simple. Los paneles de Último Jueves tienen como propósito no necesariamente resolver los problemas, sino colocarnos frente a la complejidad y la profundidad de los problemas. Quiero felicitar a Rudy, Cary, Helmo y Chava por el excelente panel que nos han dado, y a todos los que participaron con sus preguntas y sus comentarios. Gracias.

Participantes:

Daniel Chavarría. Novelista.

Cary Díez. Musicóloga. Instituto Cubano de la Música.

Helmo Hernández. Profesor e historiador del arte. Presidente de la Fundación Ludwig de Cuba.

Rafael Hernández. Director de *Temas*.

Rudy Mora. Realizador de programas de televisión y *videoclips*. ICRT.

Pablo González Casanova: «La Historia renace todo el tiempo»

Hilario Rosete Silva

Periodista. Alma Mater.

Julio César Guanche

Periodista y profesor. Universidad de La Habana.

Con estudios fundamentales sobre el sistema político mexicano, la democracia, la educación superior, el indigenismo y la etnicidad, Pablo González Casanova es un referente obligado para comprender los problemas actuales de la sociedad latinoamericana. Sociólogo, ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el hoy colaborador del Instituto de Investigaciones Sociales de ese alto centro de estudios ha estado siempre vinculado con los proyectos de cambio social. Luego del alzamiento de San Cristóbal de las Casas, en 1994, escribió que Chiapas constituía la primera revolución del siglo XXI: «El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) recuerda la bella imagen de la mariposa que desata una tormenta, y la más exacta de los grandes movimientos que parecen empezar desde una nada y se vuelven universales». En el siguiente diálogo, iniciado en La Habana en enero de 2000, revivido aquí mismo tres años después, durante la Conferencia internacional Por el equilibrio del mundo, y sellado más tarde con un canje de correos electrónicos entre la ciudad de México y La Habana, González Casanova analiza el fenómeno del neozapatismo y reflexiona sobre la universidad, la educación para todos y un necesario paradigma de inclusión social que albergue modelos educativos más democráticos. «En cualquier proyecto de democracia, la enseñanza general debe llegar hasta el

nivel superior, no veo por qué debemos quedarnos con un modelo de sociedad donde unos sean letrados y otros no. No hay motivos para eso, es un prejuicio bien vulnerable, y sin embargo es sostenido con frialdad por mucha gente». En sus palabras, el antes director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, ofrece claves para el entendimiento de problemas tan complejos como las alianzas entre los dominados y sus dominadores, fustiga el sentido de algunas «nuevas formas de pensar», y aplaude el ejemplo de la Revolución cubana.

La ruina del Alma Mater

La «crisis de la UNAM», del año 2000, analizada desde hoy, ¿incorporó una nueva cualidad al panorama educativo de Latinoamérica?

La de la UNAM fue una de las más serias, prolongadas y profundas crisis vividas por la Universidad en muchos años. En el ámbito nacional, significó la lucha contra los fenómenos de privatización acaecidos en el país, mas su impacto trascendió nuestras

fronteras: la tendencia sigue afectando a las universidades del mundo, y corresponde a un proyecto de transformación de lo público en privado.

La posibilidad de convertir la enseñanza superior en un establecimiento dependiente del mercado y hacerla parte de él, se viene contemplando desde hace mucho tiempo por las grandes empresas. Según sus promotores, quienes aspiren a estudiar en la Universidad y, teniendo los méritos indispensables para el éxito de sus estudios, no dispongan de los recursos necesarios, podrían recibir becas universitarias. El planteo es amenazador inclusive para los centros del Primer mundo y, concretamente, de los Estados Unidos, y ha sido objeto de críticas de educadores e investigadores en varios países: la Academia, la vida académica, corre el peligro de acabar en un comercio. No obstante, el proyecto avanza, y tiende a apropiarse no solo de la producción de los materiales didácticos, sino también de los programas y planes de estudio y de los requisitos o normas que deben cumplir estudiantes y profesores para aprender y enseñar.

La lucha por la educación pública y gratuita ha formado parte de las tradiciones del estudiantado latinoamericano. La Universidad de México, durante muchos años, mantuvo una cuota de matrícula realmente simbólica, apenas unos centavos. Los argumentos utilizados para tomar las nuevas medidas (que finalmente no pudieron aplicarse) hacían creer que la respuesta de los estudiantes no sería vigorosa; se había anunciado que quienes estuvieran ya inscritos no serían afectados. La réplica, sin embargo, fue sorprendente. En lugar de reaccionar de acuerdo con las teorías de la llamada *rational choice* (elección racional), donde uno calcula los costos y beneficios de cada acto, los estudiantes se plantearon con gran firmeza, llámese notable, defender la educación pública y gratuita.

A mi juicio, el movimiento tuvo dos rasgos importantes. Primero, se vinculó a la defensa de los servicios y la propiedad públicos, nacionales, no solo en el área de la enseñanza, sino de los recursos energéticos, en particular la electricidad y el petróleo: los estudiantes hallaron un significativo apoyo entre los trabajadores organizados, especialmente los de la industria eléctrica, quienes igual realizaban acciones de amparo al sector público, contra amenazadoras privatizaciones del ramo.

Luego, amén de que la huelga expandió el movimiento estudiantil allende los muros de la Universidad, la persistencia juvenil, el sostenimiento del paro durante todo un año, mostró una voluntad colectiva inusitada. En verdad, los jóvenes llegaron a contar con el concurso de la inmensa mayoría de los estudiantes y también de sus familias; de lo contrario, no habrían podido mantenerse tanto tiempo. Mientras

en 1968,¹ los estudiantes más bien «jalaron» a sus familiares y, a menudo, estaban en conflicto con los padres, ahora (1999-2000) llegaron a contar con el apoyo activo de muchos de ellos, y cuando fueron detenidos a causa de la injerencia policial, sus familias interpretaron un papel destacado en su liberación.

Al hablar del avance de los proyectos de privatización, se debe tener en cuenta que poco después, o casi al mismo tiempo, asistimos a la desnacionalización de las propiedades, recursos y servicios, de ahí la importancia de la huelga de la UNAM, despertador de la conciencia nacional ante tales peligros. Al término de varios meses, los estudiantes regresaron a las aulas; ellos mismos no iban a propiciar el cierre de la Universidad, pero ya habían impactado al conjunto de los movimientos sociales, y buen número de ellos —me refiero a los universitarios—, se integraron a la lucha de diferentes organizaciones campesinas, indigenistas, obreras, que ahora desembocan en un frente cívico promotor o coordinador de los esfuerzos del pueblo mexicano en defensa de sus derechos. Aquí coinciden, por ejemplo, antiguos y actuales dirigentes del movimiento estudiantil con los campesinos de San Salvador Atenco (Estado de México), opuestos a que sus tierras sean expropiadas para construir en ellas el nuevo aeropuerto de la capital, o con los miembros del Sindicato Mexicano de Electricistas. Surgen, pues, espacios de consulta donde los interlocutores sociales aprenden a dialogar para actuar, pero también para reflexionar: es estratégico saber aliviar la tirantez en un momento dado, para oír a los demás; así nos acostumbramos a trabajar por consenso, a trabajar por la unidad, respetando las diferencias. Dicho esfuerzo tiende a crear una nueva cultura del diálogo, tan necesaria en un país como México, de gran vastedad territorial, con una población heterogénea, donde conviven subculturas de diversos tipos y niveles de desarrollo. Dicha promotora o coordinadora propicia la interrelación de los miembros de los movimientos sociales con los militantes de los partidos políticos, pero al tiempo que respeta los objetivos y programas de estos últimos, ella, en sí misma, no persigue un fin electoral y su postura recuerda la actitud de los zapatistas.

Todos estos hechos, y la circunstancia de que México ha conseguido cierto liderazgo en Latinoamérica, impresionaron a estudiantes, profesores y movimientos populares de otros países del subcontinente, donde crece el empobrecimiento de las universidades públicas y se acrecientan los obstáculos para la educación en general y, en particular, para la enseñanza superior. En Brasil, por ejemplo, numerosas críticas a la privatización de los altos centros de estudio denunciaron lo que se

ha dado en llamar, según un libro conocido, la *ruina das universidades*.²

Educación para todos

Afortunadamente, también hoy progresa el acercamiento entre los estudiantes y jóvenes de México, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador...

Sin duda. Varias generaciones se dan cita en Porto Alegre y cada una encuentra que las otras piensan como ella, y que el movimiento juvenil desborda el movimiento estudiantil. Porque existen fuerzas como estas no se aceptó el argumento de quienes pretenden dividir más aún la cifra de jóvenes que acceden a la Universidad, y que consiste en equilibrar la oferta de educación y la de empleo. Hacer esto en las épocas de auge de la política del Estado social, del Estado benefactor, del *Welfare State*, habría sido inaceptable: la enseñanza de la juventud no puede depender de la capacidad de empleo de la economía en un momento dado. El objetivo de la educación es enseñar a trabajar, a pensar, a transformar la propia sociedad en la cual uno vive, la propia política con la que uno lucha. Es ilegítimo concebir a la universidad como medio de preparación de la gente para un empleo. El argumento es todavía más falso en medio de una política neoliberal caracterizada por el rechazo a ese Estado social, donde, por ejemplo, el número de médicos requeridos por un mercado estrecho es ínfimo, si se compara con la necesidad de terapeutas por parte del pueblo. Un segmento importante de este, ni tiene lo imprescindible para pagar los servicios médicos ni el mercado le resuelve ninguno de sus problemas de salud más apremiantes y elementales. La tesis tampoco es válida para los arquitectos, los estomatólogos, los periodistas, para ninguna profesión.

A propósito, ¿qué le parece el modelo cubano? Aunque con otras condicionantes, y con otro sistema social, también aquí el acceso a la universidad se supedita a la posterior oferta de empleo.

No conozco con suficiencia el modelo cubano. Sería irresponsable hacer un comentario. Pero limitar, en cualquier país y circunstancia, la oferta de educación a las probabilidades de empleo, resultaría grave. Aun cuando, digamos, se produzca un exceso de médicos, estos egresados tendrán mayores posibilidades de hallar un trabajo cercano, que quienes no hicieron ninguna carrera; y también es probable, en el caso de países como México, que los graduados marchen a otros lugares donde se requieran sus servicios. Además, pueden reciclar sus conocimientos con un esfuerzo relativamente pequeño.

Tratar de equilibrar, pues, la oferta de educación y la de empleo, es un intento «racionalizador» reflejo de una política de trueque de los servicios públicos en mercancías, tendencia muy generalizada de la globalización neoliberal: al final se trata de «conquistar las universidades» para incluirlas en el mercado.

En este contexto, ¿dónde queda la educación para todos?

Uno de mis libros, *La universidad necesaria*, tiene un capítulo titulado así: «Educación para todos». Siempre fui partidario de ella, fundada en la idea de que la capacidad técnica con la cual contamos hoy, y la posibilidad de combinarla con los métodos tradicionales, nos permiten dar enseñanza superior a casi toda la ciudadanía.

La educación para todos ha sido defendida en reuniones de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), y de otros educadores, pero se ha enfrentado a resistencias que no podemos ocultar, sobre todo la de los gremios profesionales. Son agrupaciones muy sólidas, y muchos de sus miembros temen un exceso de competencia, consideran la idea como una amenaza. Asimismo, esta encara la disconformidad de quienes recortan el presupuesto para los gastos públicos y sociales, postura de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos de hoy. No obstante, la posibilidad de alcanzar una educación para todos es ya una realidad innegable, sobre todo, como decía, si integramos las nuevas técnicas y los métodos tradicionales, la computadora y el diálogo personal.

Combinando la demanda y la oferta de educación con los centros de producción y de servicios, y fijando grupos coordinadores y de elaboración de materiales didácticos para todos los niveles de enseñanza, podemos formar decenas de pequeños grupos, en el conjunto de una ciudad o de un país, que nos permitan enseñarle al estudiante a dar los pasos necesarios para, primero, perderle el miedo a una materia como las Matemáticas; segundo, darle uso; y tercero, dominarla. Las Matemáticas enuncian con exactitud las leyes físicas por medio de funciones, o traducen los datos por ecuaciones, cuyo resultado da fórmulas que suministran las soluciones de los problemas. La importancia de las Matemáticas en la cultura de cualquier ser humano es fundamental. Otro tanto ocurre, por ejemplo, con las ciencias históricas. Podemos impartir cursos sobre métodos de análisis histórico —al estilo de Immanuel Wallerstein— de grandes sistemas, de larga duración, o de coyunturas claves, concretas, de la Historia.

Entre los materiales didácticos debe estar, por supuesto, el libro. No tenemos por qué enfrentar el video al libro, y decir «ahora vemos televisión o leemos»,

La posibilidad de alcanzar una educación para todos es ya una realidad innegable, sobre todo, como decía, si integramos las nuevas técnicas y los métodos tradicionales, la computadora y el diálogo personal.

podemos hacer las dos cosas, y se puede, además, aumentar las clases de laboratorios mediante los llamados laboratorios virtuales. En una palabra, las posibilidades son grandes, los costos relativamente bajos, y habría mucha gente dispuesta a participar, incluso como complemento de sus propias actividades profesionales.

Los nuevos avaros

En buena parte del mundo, lejos de encontrar educación para todos, asistimos, dice usted, a un saqueo primermundista «negociado»...

Estamos en una etapa de la historia de los mercaderes, donde la cultura del mercader tiende a dominar aquello que los filósofos alemanes llamaban *weltanschauung*, cosmovisión, visión del mundo. Dentro de esa cultura, lo negociable es lo razonable en gran medida, y está vinculado también a la teoría de la *rational choice*.

Una de las pruebas más evidentes del «saqueo negociado», es la firma anual de convenios con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para resolver los problemas de la deuda, de modo que esta constantemente se renegocia, mientras se mantiene la entrega de nuevas propiedades públicas y se hacen nuevos reajustes que, según los economistas neoliberales, «son dolorosos, pero necesarios». En nombre de esa necesidad, se perpetúan los tales reajustes, como si viviéramos en un orden newtoniano supuestamente regido por la diestra de Dios, cuando en verdad la mano regente es la de los mercaderes. Nunca el mercado permitió que alguien lo domine. Desde la época del nacimiento del primer liberalismo, lo han venido controlando los grandes mercaderes de los países avanzados e industrializados, quienes, incluso, pedían apoyo a sus reyes para armar las llamadas por nuestros antepasados «expediciones piratas», reyes que luego les quitaban a sus súbditos parte del botín.

Entonces, el término es muy exacto, aunque yo tuve mis dudas a la hora de usarlo, si bien recordaba *El pillaje del Tercer mundo*, la obra de Pierre Jalle. Es preciso rescatar el derecho al uso de tales voces en todo su rigor. Lo que ocurre en el planeta corresponde a la definición de saqueo del *Diccionario de la lengua española*. No se trata de una

injuria, sino de un hecho real. Y hoy este saqueo no se realiza sin negociación, lo cual nos coloca en las antípodas de la idea que contraponen, de un lado, a los países explotadores y, de otro, a los países explotados, pues se establecen alianzas y pactos en una red de dominio mundial causante de un daño creciente.

Para un hombre con semejante experiencia, ¿qué significa «reconstruir históricamente la realidad»?

La construcción de la realidad es un problema muy interesante, vinculado a distintas corrientes, todas con énfasis en una nueva forma de pensar emergida en la segunda mitad del siglo xx, asociada al nacimiento de la cibernética, y que abarca otros «modos» de los llamados sistemas autorregulados, cada uno con objetivos concretos. Dicha teoría constituye un salto cualitativo en relación con las filosofías del pragmatismo, y deriva, en ciertas ocasiones, tendencias y pensadores, en la denominada filosofía constructivista. Pero lo interesante, repito, es que se trata de una nueva forma de pensar, donde, con independencia de los legados del pensamiento revolucionario o junto con ellos, se le concede más importancia a la discusión de los problemas, en función de objetivos. Así, por ejemplo, para hallar las causas de sus experiencias vividas, un grupo se reúne para trazarse una meta posible y dilucidar cómo alcanzarla. Esto origina cambios en la discusión, y en el nexo entre los conceptos y las prácticas. El proceder se articula a teorías anteriores, como la de la praxis, de Gramsci, mas con un acento especial, novedoso, en el empeño por esclarecer los fines y la forma de alcanzarlos.

Los nexos entre el pensamiento técnico y la acción política, entre la ingeniería y la lucha revolucionaria, entre el análisis científico y el tecnológico, dieron lugar en la segunda mitad del siglo xx a las nuevas ciencias, igual llamadas tecnociencias, e influyen vivamente en el pensamiento de las nuevas generaciones y movimientos, a lo largo y ancho del mundo. Los vínculos rebasan la supeditación a una u otra escuela; antes se asocian a las viejas tradiciones —es el caso de los zapatistas y de los pueblos indios cuando intentan alcanzar consensos.

Me interesa esta forma de polémica. Los interesados se juntan para hallar una fórmula no de mayoría ni de unanimidad, sino de consenso. El método cambia

muchas de las discusiones de la vieja izquierda. Ya no se plantea si se está interpretando bien o mal a Marx o a Lenin. Ahora el análisis transcurre de acuerdo con la narrativa o las experiencias históricas de los pueblos, y con su imaginario, aquel que les permite a veces luchar por lo imposible para descubrir lo posible. A duras penas los imposibles que resultan posibles pueden ser revelados a una mentalidad técnica o muy conservadora. De ahí que a este tipo de mentalidad se le haya ocurrido pensar en el fin de la Historia.

Pero la Historia no acabó ahí ni ahora; la Historia terminó hace muchos años, mas volvió a empezar. Gracias a intentos como estos —siempre los hubo y los hay— la Historia renace todo el tiempo, se construye constantemente en sí misma. Nos hallamos en una nueva etapa constructiva, relacionada con el desarrollo de las ciencias de la organización y de la comunicación, y con el progreso de las megaempresas y las redes.

Los zapatistas hablan mucho de redes, y piensan en términos de «construir esas redes». Uno de ellos, el comandante Pacho, explicó alguna vez públicamente: «cuando estamos juntos somos asamblea, y cuando nos separamos somos red». Entonces sí existen hoy nuevas formas de organización. Ellas permiten que personas con diversas culturas, creencias y religiones, dialoguen y se pongan de acuerdo. Así se junta una tribu india, que habla una lengua, con otros pueblos indios que hablan otras lenguas, y, como su proyecto conviene a otras naciones no indias, a ellos se suman los mexicanos y, como su propósito resulta afín a otros países, también comienzan a unirse a ellos primero los italianos, luego los norteamericanos, y después los ingleses y los alemanes, y así se integran los grandes movimientos que constituyen la esperanza frente a las graves situaciones del mundo.

Ahondando en torno a las «nuevas formas de pensar» —o sus antípodas—, usted ha criticado «el hábito de no pensar y simular que se piensa». ¿Cómo describiría semejante mecanismo?

En este minuto enfrentamos el serio problema de la reformulación de los tabúes, de las prohibiciones de pensar, asunto que se plantearon siempre las culturas y los Estados, y se formula de una manera por todos bien conocida: en letra de Inquisición. Mas hoy, a este tipo de control del pensamiento se añaden luchas y formas muy sutiles, como la que se ha dado en llamar *politically-correct language*, lenguaje políticamente correcto.

Se trata de una especie de racionalidad, de limitaciones al lenguaje, ejercida por un poder generador de un mundo cada vez más injusto, lejano del equilibrio y capaz de la autodestrucción. Dicho poder prohíbe pensar en las variantes que nos acercarian a las soluciones de los problemas. Entonces, no se habla ya del

«empobrecimiento de la mayoría de la humanidad», sino de la «pobreza»; para ocultar «la violación de los derechos de los trabajadores, de los campesinos, de las comunidades indígenas y de las naciones», se habla de «desregular», «liberalizar» o «modernizar»; y, precisamente, a la hora de reconocer derechos a los pobres, quienes han sido empobrecidos, se piensa en un término tan antiguo como la «caridad».

Así las cosas, usted queda en absoluta libertad para hacer lo que se le antoje, por eso yo cito *El avaro*, de Molière. Estamos ante personas que llegan a pasarse horas enteras hablando sobre la solución de los problemas de los pobres, como si estuvieran muy interesados, y al final concluyen que los pobres lo que deben hacer es ahorrar, y me pregunto yo, ¿ahorrar qué?, ¿los pobres tendrían que pagar un seguro de vida!, pero, ¿y a quién se lo pagan?, ¿a una compañía de seguros? Comienza, pues, un raro diálogo, al estilo del que, en las épocas de máxima decadencia del Imperio de Bizancio, caracterizaría el discurso público, sumamente peligroso, donde, al parecer, las personas sienten, pero en verdad no sienten; piensan, pero en verdad no piensan; dialogan, pero en verdad no escuchan; y cambiarán en algo, pero en verdad no cambian. Para legitimar su discurso, ellos mismos llegan a hacerse autocríticas, «en esto no estamos seguros», «en aquello hay excepciones», dando la idea de que son personas reflexivas, científicas, rigurosas, que afirman con cautela y no en forma autoritaria; sin embargo, siguen imponiendo —ahora sí en forma muy autoritaria— las medidas neoliberales, medidas que hasta hoy no están dispuestos a cambiar para nada.

Por el equilibrio del mundo

Usted ha estado familiarizado con la experiencia zapatista, ¿cómo valora actualmente ese movimiento?

Uno de los aportes de la experiencia zapatista es haberse despojado del lastre del discurso tradicional de la izquierda. La neoguerrilla se aleja de viejos estilos, y su palabra, original y sencilla, expresa un conjunto de reflexiones, con coherencia entre sí, que alcanza a amplios sectores sociales. Su práctica teórica ha renovado el concepto del cambio histórico y de la formulación de alternativas. Los habitantes «de las montañas del sureste mexicano» no aspiran al poder político, ni a constituirse en fuerza electoral ni en partido dirigente. La alianza zapatista, al integrar a una masa heterogénea de trabajadores profesionales, campesinos e indígenas, llega a desconcertar a quienes piensan sobre el cambio social en términos de clase y de partido.

El pensamiento de los «hombres color de la tierra» también reformula el concepto de sociedad civil

manejado por John Locke en el siglo XVII —instrumentado por el liberalismo hasta nuestros días. La «señora sociedad civil» —así la llama Marcos— ahora incluiría a la población urbana marginada, los asociados a ella y, en general, a quienes decidan echar su suerte con los pobres de la tierra, como decía José Martí. En el movimiento de Chiapas hay muchos jóvenes de sectores medios, estudiantes, graduados, y la mujer ocupa un espacio significativo. Es impresionante la presencia femenina en las prácticas políticas, sean jóvenes integrantes de la guerrilla o universitarias trabajadoras en barrios marginados. El conjunto del movimiento revela una organización que, sin ser sociedad política —es decir, sin ser parte de la sociedad organizada en partidos e instituciones políticas— sí entra en contacto con ella para plantearle demandas. Aquí los zapatistas dilucidan las cuestiones del poder y la democracia. Antes que tomar el Palacio de Invierno, prefieren crear otro tipo de poder, alternativo, que empiece por practicar la democracia en casa. Quieren construir una democracia parecida a la definida por Abraham Lincoln como poder del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, alejada definitivamente de los planteos de los colonos esclavistas norteamericanos del siglo XIX, o de los parlamentarios británicos asociados a la burguesía emergente. Mas, en este caso, el concepto tiene una vinculación estrecha con las vías necesarias para alcanzar esas metas: ¿cómo el poder llega a ser *del* pueblo?, ¿cómo llega a ser *para* el pueblo?, ¿cómo llega a ser *por* el pueblo? ¿Con cuáles métodos puede alcanzarse ese difícil tríptico? La reflexión es importante y tiene puntos de encuentro con otros movimientos sociales surgidos desde 1968. Para algunos, serían impensables las acciones de Seattle³ sin la existencia de los zapatistas en el imaginario de la juventud norteamericana y en la lucha por un mundo democrático.

En la Conferencia internacional Por el equilibrio del mundo, usted dijo que el de los zapatistas era un proyecto «muy humilde, y también universal»...

El movimiento zapatista expresa la experiencia de las guerrillas latinoamericanas de los años 60-70 y de la resistencia indígena que lleva más de quinientos años. Sus integrantes, indios y mestizos, son herederos de las culturas mayas, de las culturas del México mestizo y criollo, y de las culturas occidentales en sus versiones hispánica, norteamericana y europea. Esa confluencia multicultural viene ocurriendo durante siglos, y tendió a aumentar en el pasado con el acceso de muchos jóvenes indígenas de México a las escuelas normales y a las universidades. El EZLN cuenta entre sus comandantes con intelectuales del más alto nivel, que no solo dominan el castellano, ni solo conocen las lenguas mayas. Varios de ellos, y de sus compañeros,

están al día en el desarrollo del pensamiento filosófico y revolucionario mundial. En el contenido de sus manifiestos y escritos, en sus diálogos y discursos, se percibe una capacidad de comunicación local y universal poco común, que no solo sorprende cuando muestran estar al día en los planteamientos de la nueva izquierda, sino en los del posmodernismo en sus versiones críticas. Tener conocimiento de tan singulares y cosmopolitas circunstancias es fundamental para comprender el carácter universal y creador de las aportaciones de los zapatistas a los conflictos de nuestro tiempo, y a los proyectos de lucha para la construcción de un «mundo hecho de muchos mundos».

Habiendo ocupado la televisión internacional el 1° de enero de 1994 con la toma de la ciudad de San Cristóbal y de varios puntos del Estado de Chiapas, los indios zapatistas iniciaron una lucha pública de importancia cada vez más creciente. Salidos de una historia riquísima que, en el curso de estos años, vienen reformulando, los zapatistas expresan algunas ideas de valor local, nacional y universal que parecen constituir nuevas formas políticas para enfrentar la guerra terrorista de baja intensidad, y para crear una alternativa humana y democrática de pueblos organizados, que exigen respeto a su autonomía y dignidad.

¿Cuáles serían esas aportaciones del movimiento zapatista?

Primero: En sus discursos, instala el sentido del humor y la expresión estética como una forma de luchar contra la solemnidad, contra el dogmatismo y el «espíritu de seriedad» de la vieja izquierda.

Segundo: En sus planteamientos articula la lucha de los pueblos indios con la de los demás mexicanos y con las de otros pueblos, etnias y trabajadores oprimidos.

Tercero: En su comportamiento general busca transformar los escenarios de lucha violenta en escenarios de lucha política, incluido el diálogo.

Cuarto: En su política de diálogo recuerda que este es parte de la guerra de baja intensidad y que los pueblos pierden cuando el diálogo deriva en negociaciones para ellos debilitadoras. Por eso sostiene que «aceptar debilitarse no es (una condición) negociable».

Quinto: En la política de masas, considera que la democracia electoral, desvinculada de la participativa, tiene graves limitaciones, y es muy escéptico en cuanto a la lucha electoral y partidaria. Sin embargo, no se opone a que los gobiernos federal, estatal o municipal convoquen a elecciones, ni a que en ellas participen organizaciones y partidos de izquierda, e incluso sus propias bases de apoyo, si así lo deciden.

Sexto: Plantea la necesidad de respetar las autonomías de los gobiernos de los pueblos indios y

no indios. Pero la lucha por el respeto a las culturas indígenas, a sus usos y costumbres, y a su autogestión de pueblos-gobiernos, no está reñida con la participación de estos en todos los niveles de gobierno de un país del que forman parte y al que se sienten pertenecer.

Séptimo: En la política internacional, pone énfasis en la lucha contra el neoliberalismo y a favor de la humanidad. En realidad, el movimiento zapatista fue el primero en organizar un foro social mundial, en Aguascalientes, Chiapas, reconocido como pionero de todos los movimientos posteriores, que combaten las políticas de acumulación impuestas por la Banca Mundial y la tríada de Japón, Europa y los Estados Unidos.

Octavo: En el terreno de las armas y su uso, rehuye cualquier fuente de aprovisionamiento vinculada con el narcotráfico, y no solo se niega a practicar actos de terrorismo, sino que expresa y firmemente rechaza tanto el terrorismo de cualquier grupo rebelde como el terrorismo de Estado.

Noveno: Sobre el uso de palabras y conceptos relacionados con causas y objetivos del movimiento, hace innovaciones especiales en la vinculación de las palabras y los actos para expresarse, y de las palabras y los actos para entenderse. Además, plantea la profundización de los conceptos como un problema de coeducación colectiva, donde la experiencia o la práctica de las ideas y de las luchas por la autonomía, la libertad, la justicia, la democracia y la dignidad, dan un sentido multicultural, cada vez más preciso, a esos y otros conceptos y actos redefinidos mutuamente en los hechos cotidianos e históricos. La autonomía concreta, la libertad concreta, la justicia y la democracia concretas, vividas por «los muchos», dialogadas entre ellos, defendidas y practicadas con éxitos o fracasos también comunes, le permite descubrir un contenido muy rico en las palabras y conceptos de liberación y democracia, sin que el socialismo deje de estar presente aunque solo sea como trasfondo del pasado y del porvenir.

La idea y la energía cubanas

En la propia Conferencia internacional Por el equilibrio del mundo usted mencionó dos informes de necesaria redacción para el planeta: uno, sobre los peligros que la guerra de conquista implica para la humanidad, y, otro, sobre las razones por las que Cuba es una esperanza para los pueblos. ¿Qué contendrían esos informes?

El informe sobre los peligros de la guerra de conquista global puede convertirse en un documento contundente. Difundido en todas las formas posibles,

llegaría a convertir la lucha por la paz en el sentido común de la humanidad. Debe actualizar, documentar y dar a conocer el estado actual de las teorías y las prácticas sobre la imposibilidad de mantener bajo control la conquista del mundo, y sobre el carácter altamente probable de que la guerra del petróleo se transforme en una guerra de destrucción mutua: el imperio y el imperialismo no podrán hacer guerras en Iraq o en Corea del Norte sin que se oigan las explosiones en China, Japón, la India, Pakistán, Rusia, Europa y los Estados Unidos. El informe debe precisar y difundir este peligro, conocido por todos los grandes especialistas; debería ser un documento magistral, que contribuya al dominio de una lógica humana de conservación de la especie.

¿Y en cuanto al informe de Cuba al mundo?

Me atrevo a pensar que otros como yo querían saber más sobre algunos hechos incontrovertibles, en particular aquellos que nos ayudan a explicar la articulación de las fuerzas que le han permitido a Cuba resistir un bloqueo de más de cuarenta años y enfrentar los numerosos intentos de desestabilización y ruina de la Revolución cubana y sus líderes provenientes de los Estados Unidos. ¿Qué le ha permitido a Cuba resistir y tener un valor universal, de experiencia común, en medio de la diversidad de naciones y de pueblos? Es más, ¿qué le ha permitido convertirse en una alternativa social, cultural, económica, pedagógica, militar y política, en una de las grandes fortalezas de la humanidad, siendo un pequeño país, de algo más de diez millones de habitantes, cercado y asediado por su vecino, el imperio más poderoso y agresivo del mundo? Muchos cubanos tienen experiencias universales que no han dado a conocer suficientemente.

¿Cuáles serían algunas de las experiencias que, según su opinión, originaron esta capacidad de resistir?

Son varias, innumerables. Me atrevería a hablar de cinco:

Una: Los discursos del Comandante en Jefe desde la toma del poder del Estado. Fidel Castro emplea horas y horas para enseñar cómo deben tomarse las decisiones, qué peligros amenazan, cuáles esperanzas todavía son infundadas, qué soluciones son más seguras, qué contraataques pueden venir, qué se debe responder, y cómo, ante las distintas políticas de desestabilización. «Pensar y actuar», «pensar y hacer», son dos pares de acciones a las que se viene prestando atención desde los tiempos de Frank País, de Santiago a La Habana, y después, desde la Sierra Maestra hasta todas las ciudades, pueblos y barrios de Cuba. Para decirlo de una manera

más clara: en Cuba se dio una revolución en la propaganda política y otra en la educación. La propaganda se volvió pedagógica. La pedagogía política devino el arte de pensar y actuar. Es más, la pedagogía política de voluntades colectivas se vinculó a una lógica y a una cultura del poder, que incluye la moral colectiva y personal como a una de sus fuentes de energía y fuerza.

Dos: La organización del pensamiento, de la palabra, de la voluntad y el carácter, se articuló a la organización de las bases sociales y a la educación de quienes «aprenden a aprender» como individuos, grupos, asociaciones, o como partido de unidad de la diversidad, ¿ese gran problema! La organización del pensar-hacer individual y colectivo no solo incluyó la comprensión de las contradicciones del capitalismo y el imperialismo, sino la atención a las contradicciones propias. Cuba supo enfrentar el ineludible problema de las soluciones contradictorias y de las contradicciones en el interior de las fuerzas revolucionarias, de las contradicciones en el interior de la clase obrera, del pueblo, de la ciudadanía nueva. El enfrentamiento, con reglas de diálogo y disciplina, tuvo muchas virtudes. Entre las principales se encontró la forma de impedir que el imperialismo y sus asociados internos aprovecharan esas contradicciones para desatar la guerra interna con procesos de desestabilización y autodestrucción de la Revolución por sus propios beneficiarios.

Tres: En todas las luchas se elaboró una síntesis del pensamiento y la práctica en la propia Cuba. Se pensó verbalmente en la lucha contra los dictadores y los gánsteres de La Habana y contra los caudillos y ricachones urbanos y rurales. La intuición vivida se unió a la teoría pensada y a la rápida sagacidad que sabe responder a la amenaza. La síntesis de lo local político y revolucionario incluyó en sus memorias a un pensador universal, Martí, que acompañó todo el proceso, lo hizo suyo, y con él recreó su propio pensamiento sobre las experiencias de Cuba, América Latina y el mundo. A través de Martí el pensamiento de la Revolución cubana abordó el ideario de Marx y de sus sucesores. La lucidez y firmeza de Martí están presentes en toda la lucha ético-política y revolucionaria de Cuba. Martí formaría parte de la moral y la práctica de lucha en Cuba. También contribuiría a frenar las corrientes del pensamiento autoritario criollo y del legado de la URSS y, a la caída de esta, Martí sería como una antorcha en el llamado Período especial, cuando Cuba se enfrentó a una historia imprevista por toda la teoría, imprevista en lo relativo a las estrategias a seguir cuando el bloque soviético se desintegrara, hecho solo anunciado por dirigentes revolucionarios que parecían desvariados y que acabaron teniendo la razón. Cuba enfrentó las contradicciones entre la necesaria disciplina y la necesaria

libertad de un pensar común y diverso. Cuba asumió creadoramente lo común y lo diverso con Martí y con Marx. De eso sabemos menos de lo que necesitamos para, en un futuro, enfrentar con éxito la guerra interna, las políticas imperialistas de desestabilización, las guerras de baja intensidad.

Cuatro: El más reciente proyecto de hacer de Cuba un país-universidad tiene múltiples implicaciones en la formación del ser humano.

Quinto: Hemos dicho que el país más democrático del mundo es Cuba, y no se trata de una afirmación exagerada: no decimos que sea la mejor democracia posible, sino la mejor cuando se mira cualquier otro nación. Lo dicho, dicho está y es exacto. Y no es cualquier cosa. En medio de las limitaciones y contradicciones inevitables de cualquier lucha por la democracia como participación, organización y representación del pueblo en la toma de decisiones del gobierno y el Estado, Cuba se destaca de manera indiscutible, fácil de probar. En la práctica del gobierno del pueblo, en la práctica del gobierno para el pueblo y en la práctica del gobierno con el pueblo nadie sobrepasa a Cuba. Baste recordar dos ocasiones en las que este fenómeno habitual se expresó de una manera excepcional: la primera fue cuando la casi totalidad de los cubanos se reunieron en pequeños y grandes grupos a discutir qué debía hacer Cuba tras la desintegración de la Unión Soviética. El «¿qué hacemos?» se lo planteó la inmensa mayoría de los cubanos, y la inmensa mayoría decidió hacer una política que más de diez años después nos permite estar pensando cómo luchar por la paz mundial, la democracia, la liberación y el socialismo, única forma de vencer en este mundo desequilibrado, enloquecido. La segunda gran participación nacional del pueblo cubano —y digo nacional con un lenguaje donde pensamiento y realidad se igualan— ocurrió, cuando Cuba decidió incluir en la Constitución de la República, el Proyecto socialista para dar fin a los intentos seductores de desestabilización por una «humanitaria democracia de mercado». El mundo necesita saber más —todos necesitamos saber más— sobre la democracia en Cuba, la de veras, y sobre la articulación de la voluntad y la conciencia en el pueblo cubano, esa rara junta de la idea y la energía que le han permitido a Cuba impedir la guerra interna y la invasión militar y paramilitar de las fuerzas imperialistas y sus agentes abiertos y encubiertos.

Pobres entre los pobres

Resumiendo, una última pregunta: ¿Cree usted que en el planeta están apareciendo nuevas formas de enfrentar la guerra?

La de hoy es una guerra de conquista global, y están apareciendo nuevas formas de lucha por un sistema alternativo. A la revolución como toma del poder del Estado y a la reforma del derecho público, privado y social, tiende a añadirse, con el zapatismo a la cabeza, la construcción de poderes autónomos por los pueblos, los trabajadores y los ciudadanos. Este tercer camino, profundamente radical, corresponde a planteamientos que ya no se apoyan solo en las alternativas del reformismo o del leninismo, ni caen en las del anarquismo, el mutualismo o el cooperativismo, renuentes a enfrentar los problemas del sistema social y político o las dificultades del poder del Estado. La originalidad del nuevo movimiento consiste en enfrentar la «guerra de baja intensidad» con sistemas de defensa de la seguridad de los pueblos y, con estos, construir redes nacionales y universales, capaces de imponer un diálogo gracias al cual no solo se alejen los peligros de la guerra de conquista global, transnacional e interna, ni solo se denuncien los males del sistema de los «señores del poder y del dinero», sino que se preparen los sistemas alternativos de democracia. Por intermedio de esos nuevos, alternativos, sistemas democráticos, a la autonomía de los pueblos ha de añadirse un nuevo concepto de soberanía, concebida como la capacidad de decisión final a la que ha de llegarse mediante la instrumentación de políticas de

persuasión y consenso, de aprendizaje y educación, que garanticen el autogobierno de los más pobres entre los pobres, y de quienes están con ellos.

Notas

1. Se refiere a las manifestaciones estudiantiles ocurridas en el segundo semestre de ese año, y que culminaron, el 2 de octubre, con la masacre de Tlatelolco en la ciudad de México.
2. Se trata del libro *Universidades em ruínas na república dos professores*. La obra aborda, desde una perspectiva académica y política, el presente y el futuro de la Universidad brasileña. Además de Héglio Trindade, ex rector de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul, reúne textos de Nelson Cardoso Amaral, Marilena Chauí, Luiz Antonio Cunha, José Dias Sobrinho, João Ferreira de Oliveira, Afrânio Mendes Catani, Dilvo I. Ristoff y Valdemar Sguissard.
3. Alude a las manifestaciones de Seattle. Masivas y, en su mayoría, pacíficas protestas ocurridas en esa ciudad norteamericana del Estado de Washington, contra los intentos de la Organización Mundial del Comercio (OMC) —en su Ronda del milenio— de imponer los intereses de las corporaciones a expensas del resto del planeta, fueron reprimidas violentamente por la policía, que recurrió al uso de blindados y gases de pimienta.

© ~~TRINIDAD~~, 2003.

El Gran Caribe: política y cooperación. Entrevista a Norman Girvan

Antonio Pérez Manzano

Periodista.

El profesor Norman Girvan se hizo cargo de la Secretaría de la Asociación de Estados del Caribe (AEC) a partir del mes de febrero del año 2000. Se graduó como Licenciado en Economía en la Universidad de las Indias Occidentales (UWI, por sus siglas en inglés). Posteriormente, obtuvo el doctorado en la misma especialidad en la Escuela de Economía de Londres.

Durante su vida profesional, se ha desempeñado como catedrático en la UWI, en el Instituto Africano de Naciones Unidas para el Desarrollo y la Planeación, en Dakar, Senegal; también ha sido profesor visitante en las universidades de Yale, McGill, Chile y Sussex. Tiene publicados varios libros y monografías sobre diversos temas y ha escrito decenas de artículos para varios periódicos y revistas.

Además de lo anterior, el profesor Girvan se ha desempeñado en la Administración Pública de su país de origen (Jamaica), como jefe técnico y director de la Agencia Nacional de Planificación y, en el campo internacional, como consultor del Centro de las Naciones Unidas sobre Corporaciones Transnacionales.

En primer lugar, quiero agradecerle sinceramente por compartir con nosotros sus opiniones sobre temas relevantes para los países del área del Gran Caribe y quizás también para todos los demás integrantes de la llamada «aldea global». Dejando de lado su

conocida modestia, me permito preguntarle: ¿cómo se siente un catedrático, en funciones diplomáticas de un organismo internacional, como la AEC?

Ya he tenido la experiencia previamente: durante cuatro años me desempeñé como oficial senior y como consultor, en el Centro de las Naciones Unidas sobre Empresas Transnacionales, en Nueva York, en los años 80.

Mi primera experiencia como funcionario público internacional la tuve trabajando en la Secretaría de las Naciones Unidas, la cual me dejó muchas enseñanzas sobre cómo encontrar puntos comunes en las posiciones y perspectivas de diferentes países, así como acerca de la diplomacia, en el sentido de expresar puntos de vista que ayuden a alcanzar acuerdos, sin que por ello se cause ofensas a ningún país. La experiencia de la ONU ha representado para mí una gran ayuda en la actual responsabilidad al frente de la AEC.

A principios de los años 70, trabajé en el gobierno de Jamaica, lo que me aportó conocimientos sobre lo que significa laborar en la burocracia gubernamental y también sobre política y gobierno, desde dentro. En el

desempeño de mis funciones tuve que organizar cierta información para la toma de decisiones; también defender mis puntos de vista ante líderes del gobierno y sostener entrevistas con el Primer ministro, ministros del Gabinete, representantes de organizaciones internacionales donantes, embajadores y otros funcionarios extranjeros.

Otro ejemplo que se puede citar es mi participación como alto funcionario en misiones en el extranjero, encabezadas por el Primer ministro y por el ministro de Finanzas, en Washington, Nueva York, Noruega, Suecia y Moscú. Mi departamento tenía la responsabilidad de coordinar la asistencia técnica y la cooperación para el desarrollo de Jamaica. Asimismo, he tenido que supervisar la preparación del presupuesto del departamento a mi cargo —contábamos con más de cincuenta profesionales entre el personal. Cuando era necesario, acudía al Parlamento para defender dicho presupuesto. De esa manera, se observa que no soy extraño en las esferas del gobierno, ni en el campo de las relaciones internacionales.

En los quince años previos a mi llegada a la Secretaría de la AEC, regresé a la vida académica. El mayor reto como Secretario General de la Asociación es la combinación de las funciones políticas, diplomáticas y técnicas. He tenido alguna experiencia en las áreas política y técnica y tengo que aprender algo más sobre la parte diplomática, especialmente en asuntos relacionados con el protocolo y el ceremonial, formas de comportamiento y temas similares. Afortunadamente, entre el personal de la Secretaría hay funcionarios conocedores de esas materias, en quienes me he apoyado para buena parte de tales responsabilidades. Uno tiene que saber cuándo buscar y utilizar la experiencia de otros, y eso es lo que yo trato de hacer.

¿Cómo está constituida la AEC, en cuanto a número de miembros, tamaño de sus economías, grados de desarrollo, u otras características que distingan a la región?

La Asociación agrupa un total de veinticinco Estados miembros y tres miembros asociados. Es una región caracterizada por su heterogeneidad en la que se muestran significativas diferencias de tamaño, desarrollo y estructura económica.

La población de los países que conforman la AEC asciende a 237 millones de habitantes, los cuales representan 46% del total de la población de América Latina y el Caribe. Sin embargo, 69% de ese total se encuentra en los países que forman el Grupo de los Tres, que representan un promedio de 55 millones cada uno.

Por otra parte, catorce países miembros de CARICOM —la mitad de la membresía de la AEC— cuentan solamente con 6% de la población de la subregión, con un promedio de un millón de habitantes

por país. Dentro de ese grupo, hay seis miembros de la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS), que cuentan con un promedio de menos de cien mil habitantes.

Los cinco países de América Central cuentan con 14% de la población total y los tres países «no agrupados» (Cuba, Panamá y República Dominicana), representan otro 10% de ella. Finalmente, los tres Estados miembros asociados son muy pequeños en ese aspecto.

En lo que se refiere al ingreso per cápita, podemos ver que algunos de los Estados más pequeños muestran, relativamente, altos niveles. Sin embargo, el promedio de dicho concepto entre los Estados que conforman el CARICOM, América Central y los «no agrupados», como subgrupos, están en los rangos de 1 700 a 2 100 dólares de ingreso, mientras que en el Grupo de los Tres, llega a 4 700 dólares.

En cuanto a los índices de desarrollo humano, podemos observar que en el año 2000, Barbados ocupaba la posición 31 de desarrollo humano en el mundo; Costa Rica el lugar 41; y Bahamas, el 43. En el otro extremo están Haití en la posición 146 y Nicaragua, en la 118.

A pesar de la heterogeneidad, puede decirse, en términos generales, que la AEC está compuesta por economías en desarrollo, las cuales son pequeñas en su mayoría, con un alto grado de apertura y dependencia del comercio exterior, y en donde los servicios y el turismo son de particular importancia. La pequeñez y posición geográfica de muchas de ellas también las convierte en economías altamente vulnerables.

En el Acta Constitutiva de la AEC, tanto en el «Preámbulo», como en el Artículo III, relativo a la «Naturaleza, propósitos y funciones» de la Asociación, se puede leer que se trata de un «organismo de consulta, concertación y cooperación...» ¿Podría ampliarnos un poco más los conceptos anteriores?

El mismo Artículo III dice que el propósito de la AEC es «identificar y promover la instrumentación de políticas y programas hacia:

a) fortalecer, utilizar y desarrollar las capacidades colectivas del Caribe, para lograr un desarrollo sostenido en lo cultural, económico, social, científico y tecnológico;

b) desarrollar el potencial del Mar Caribe por medio de la interacción entre los Estados miembros y con terceros;

c) promover un espacio económico ampliado para el comercio y la inversión; que ofrezca oportunidades para la cooperación y la concertación, que permitan incrementar los beneficios que brindan a los pueblos del Caribe los recursos y activos de la región, incluyendo los del Mar Caribe;

d) establecer, consolidar y ampliar, según sea el caso, las estructuras institucionales y los acuerdos de cooperación que respondan a la diversidad de las identidades culturales, de los requerimientos para el desarrollo y de los sistemas normativos de la región.

Actualmente la AEC está poniendo énfasis en la cooperación funcional en áreas claramente definidas: turismo sustentable, comercio, transporte y la prevención y mitigación de desastres naturales. Sin embargo, el papel de la AEC no es competir con otras organizaciones regionales y esquemas de integración existentes, sino complementarlas, dado que somos la única organización regional intergubernamental cubriendo el Gran Caribe como un todo. En otras palabras, la AEC está en la mejor posición para promover y facilitar la cooperación a través del Gran Caribe y proveerla con apoyo político.

Con dicho propósito, hemos desarrollado una red de relaciones de cooperación con la Comunidad del Caribe (CARICOM), el Sistema de Integración de América Central (SICA), la Secretaría para la Integración Económica Centroamericana (SIECA), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la Organización Caribeña de Turismo (CTO).

Todos estos organismos tienen en la AEC la condición de Organizaciones Observadoras Fundadoras.

En la portada del libro anual de la Asociación, al margen de un mapa del Gran Caribe se inserta la frase: «Zona de Cooperación». ¿Se considera que la cooperación es la piedra fundamental de las acciones de la AEC, para la obtención de sus metas?

Precisamente, en estos momentos los aspectos más destacados del papel de la AEC son la consulta, la cooperación y la acción concertada. Con toda seguridad, la integración es uno de sus principales objetivos y se mantiene entre lo más relevante.

No obstante, la realidad muestra que muchos de los miembros de la AEC ya pertenecían a una variedad de esquemas de integración que existían antes de su creación. Catorce miembros pertenecen a CARICOM, siete forman parte del SICA y cinco, de SIECA. Además, dos son miembros de la Comunidad Andina (CAN) y uno, México, es miembro del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Otros dos Estados, República Dominicana y Cuba, no forman parte de ninguno de los grupos de integración subregional existentes. Los tres miembros asociados —Antillas Holandesas, Aruba y Francia (con respecto a la Guayana Francesa, Guadalupe y Martinica) tienen su propio ordenamiento. Además de lo anterior, veinticuatro de los veinticinco miembros de la AEC están comprometidos en las negociaciones para establecer el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

El Gran Caribe: política y cooperación. Entrevista a Norman Girvan.

Con todos estos esquemas existentes, no ha sido factible para la AEC establecer un nuevo grupo de integración en el sentido institucional. La integración económica de la AEC será una consecuencia de su participación en los esquemas de integración subregional y en los amplios espacios de los ordenamientos de la liberalización comercial. Esto se apoyará con la cooperación funcional entre los mismos Estados miembros de la AEC. Es por ello que el concepto de Zona de Cooperación del Gran Caribe surgió como una forma de reflejar la esencia de la misión de la AEC en la presente etapa de la evolución de la Asociación.

Esa misión fue adoptada y endosada oficialmente por los jefes de Estado y de Gobierno de los países de la AEC, durante la Tercera Reunión Cumbre celebrada en diciembre de 2001. La Declaración de Margarita, adoptada por los líderes políticos de los Estados, dice lo siguiente:

Nosotros estamos comprometidos para establecer la región del Gran Caribe como una Zona de Cooperación, en reconocimiento del espacio geográfico común compartido por nuestros Estados, países y territorios, el interés común y los objetivos que de ellos se deriven.

La Zona de Cooperación del Gran Caribe consistirá inicialmente de acciones conjuntas en las áreas prioritarias de la AEC, principalmente en comercio, turismo sustentable, transporte y desastres naturales.

Hay precedentes acerca de la Zona de Cooperación. Por ejemplo, la Zona de Cooperación Económica del Mar Negro, establecida en 1992. La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), otro ejemplo de lo que puede considerarse como una Zona de Cooperación; fue fundada en 1967.

El mencionado artículo III, numeral 2, dice: «Con el fin de alcanzar los propósitos enunciados en el numeral 1, la Asociación promoverá en forma gradual y progresiva, entre sus miembros las siguientes actividades: a) la integración económica, incluidas la liberalización comercial, de inversiones, del transporte y de otras áreas relacionadas...». Si como antes se dice, se considera la cooperación internacional como la piedra angular de las acciones de la AEC, ¿piensa usted que la simple liberalización del comercio, las inversiones y el transporte serán suficientes para lograr la integración?

Con toda seguridad la liberalización del comercio, las inversiones y el transporte es una condición necesaria para la integración económica del Gran Caribe; pero no es suficiente por sí sola. Esta proporciona solamente el marco para que el sector privado tome ventajas de las oportunidades adicionales a su alcance.

Creo que las empresas privadas necesitarán desarrollar una cultura con un «pensamiento regional, comerciando e invirtiendo regionalmente», con el propósito de ampliar el ámbito y el monto de las transacciones económicas entre los miembros que

proveen la parte fundamental de la integración económica. Adicionalmente, los gobiernos deben considerar el proveer apoyos e incentivos especiales para el comercio y las inversiones intrarregionales, en donde existen grandes riesgos e incertidumbre, en virtud de la ausencia de información y la falta de experiencia entre las empresas.

Dentro de los elementos integradores están las comunicaciones y el transporte. ¿Se podría considerar que el poco desarrollo del transporte constituye un obstáculo para alcanzar los fines que se propone la Asociación?

El transporte siempre ha sido el común denominador dentro de los identificados como problemas para poder desarrollar los campos del turismo y el comercio, así como lo valioso que puede resultar en el apoyo a países en caso de presentarse algún desastre.

La Asociación de Estados del Caribe ha enfocado el tema del transporte en dos vertientes primordiales: con respecto al transporte marítimo se ha identificado que el problema de la información representa una de las barreras esenciales para lograr resultados concretos, por ello la importancia de realizar una base de datos marítimo-portuaria. Ya varios de los países, organizaciones y secretarías han manifestado su interés por participar en ella. Esta información, de la mano de otras como la de los flujos comerciales, y además el uso de tecnologías para el manejo eficiente de puertos, resultan ser factores claves para alcanzar el reto final o centro del problema, que es la reducción de los costos.

Como todos sabemos, los costos del transporte marítimo en el Caribe son exorbitantes. Por ejemplo, medidos como porcentaje del valor de la mercancía, los fletes y los seguros, en los países del CARICOM representan el doble del promedio mundial. El caso de Centroamérica es el mismo que el de la Comunidad del Caribe, y en la mayoría de los países de la AEC la balanza comercial es deficitaria. En una situación en la que se busca reducir el costo del flete, resulta caótico. Los buques, por lo general, llegan a nuestros países cargados, y regresan vacíos. Las malas noticias no terminan allí, ya que, desafortunadamente, con el proceso de globalización la brecha deficitaria tiende a ser mayor en la mayoría de los países.

En el transporte aéreo, la firma de un acuerdo multilateral es la clave para la creación de un marco que permita desarrollar la cooperación entre las diferentes aerolíneas de la región. Dentro de los principales temas del acuerdo encontramos la concesión de derechos, seguridad operacional y de la aviación civil, oportunidades comerciales, códigos compartidos, sistemas de reserva y tarifas, entre otros. Pero mientras los países de la región buscan llegar a un «consenso

final» con respecto al acuerdo, el mundo cambiante nos ofrece nuevas perspectivas y es necesario realizar ajustes sobre la marcha. Por ejemplo, cuando este acuerdo empezó a formarse, nadie imaginaba los eventos que sucederían el 11 de septiembre de 2001, los cuales vinieron a cambiar el esquema mundial con respecto a la política de viajes y turismo. El aspecto de «seguridad» vino a tener un énfasis especial, afectando —en cierta forma— las facilidades ganadas desde el punto de vista de la entrega de visas y permisos para el viajero. La obvia disminución del sector turístico, cuya interdependencia con el transporte es inseparable, ha afectado seriamente el flujo de vuelos a la región. Con ello, vemos la cancelación de vuelos de origen internacional, además de la fuerte lucha que han tenido que enfrentar las aerolíneas regionales al no contar con los mencionados vuelos alimentadores (internacionales) que permitían un flujo constante. Por esto, diría que el transporte no es un obstáculo para alcanzar las metas de la Asociación, sino uno de los retos que enfrenta.

Desde su punto de vista, ¿qué importancia se debe conceder a la cultura, como un posible eje de las acciones de cooperación?

La cultura es una parte vital del proceso integracionista, porque es a través de los contactos culturales que las personas descubren sus similitudes. También se aprenden aspectos como el respeto mutuo, la tolerancia y el aprecio por los demás. Finalmente, solo por la vía del desarrollo del sentido de una cultura común tendrá lugar una verdadera integración. De esa manera, si la economía puede ser el motor de la integración, la cultura es el lubricante que hace que las cosas vayan con más facilidad y de ese modo se previenen rompimientos por fricciones y desgastes.

Para nosotros la región del Gran Caribe representa un gran reto, porque contamos con una de las zonas del planeta que presentan una mayor diversidad cultural. Tenemos idiomas como el español, el inglés, el francés y el holandés, así como un verdadero *pôt-pourri* de lenguas indígenas y criollas. Contamos con elementos culturales del mundo indígena indoamericano, de Europa, de África, Asia, del Medio Oriente, de mestizaje y criollismo —un término amplio que abarca el desarrollo de un sincretismo o mezcla, muy conocido como cultura «caribeña». Sin embargo, creo que se debe ser muy cuidadoso para hablar de una «identidad caribeña», o de una «cultura caribeña»; dado que, en realidad, dentro de la región existen muchas identidades y culturas. La llave es una mejor promoción, facilitando los contactos e intercambios culturales, así como del lenguaje.

Creo que la AEC puede, y debería, desempeñar su papel, facilitando lo antes comentado. Pero para hacerlo necesitamos trabajar de cerca con la comunidad de

trabajadores de la cultura y con sus organizaciones, con artistas, intelectuales, escritores y publicistas. Hasta ahora, la Coordinación Regional de Investigación Económica y Social (CRIES) y la Asociación de Universidades e Institutos de Investigación del Caribe (UNICA) han logrado una sociedad con la AEC, y la Asociación de Estudios del Caribe (CSA) está preparándose para ello.

Hemos estado trabajando con UNICA y con CSA para promover la cooperación entre centros e institutos comprometidos en estudios caribeños, a través del Gran Caribe, los Estados Unidos y el Reino Unido, con el apoyo de la UNESCO. Hemos llevado a cabo una investigación de programas sobre estudios del Caribe —hemos identificado veintiséis de ellos— con un total de cincuenta programas de posgrado, que cubren diferentes estudios en una amplia variedad de disciplinas, que abarcan desde la ciencia política, hasta el medio ambiente. El mayor objetivo es contar con la capacidad para establecer un curso vía Internet en Estudios del Caribe, a cargo de un consorcio de dos o más centros universitarios de la región.

Hay otros ejemplos: en 2000, Saint Kitts y Nevis fue anfitrión de CARIFESTA, el festival de arte del Caribe, y la AEC contribuyó promoviendo la participación de países de habla hispana, y apoyando con la publicidad y el transporte en barco de los participantes. En diciembre de 2001 durante la Tercera Reunión Cumbre celebrada en la isla Margarita, en Venezuela, los anfitriones montaron una exhibición muy exitosa, mostrando las riquezas y manifestaciones culturales del Caribe.

Un proyecto exitoso ha sido la solicitud del Secretario General dirigida a los países miembros, para que donen obras de arte originales, a fin de exponerlas, en forma permanente, en las oficinas de la Secretaría de la AEC, en Puerto España. Cuando alguien ingresa en el edificio, lo primero que nota son las obras —hasta el momento siete países han donado obras de arte—, ilustradoras de los más ricos logros culturales del Caribe.

Recientemente fue aprobado, un novedoso proyecto integrador entre México y los países centroamericanos, llamado Plan Puebla-Panamá. Desde el punto de vista de un esfuerzo adicional a lo ya establecido, ¿qué opinión le merece?

Veo el Plan Puebla-Panamá (PPP) como una de las tres mayores iniciativas para la integración física de América Latina y el Caribe. Las otras dos iniciativas son: el Programa de la AEC para unir al Caribe por aire y mar, y la Iniciativa para la integración de la infraestructura regional de América del Sur (IIRSA), que fue lanzada durante la Primera Reunión Cumbre Sudamericana, celebrada en el año 2000. El objetivo de IIRSA es facilitar la integración multisectorial, en el

El Gran Caribe: política y cooperación. Entrevista a Norman Girvan.

ámbito de las tres principales zonas costeras: la costa sudamericana-caribeña, la del Atlántico y la del Pacífico; así como conectarlas con otras regiones internas del continente. Las tres iniciativas pueden verse como complementarias entre sí. Yo sugeriría verlas como la ocasión que nos provee de oportunidades estratégicas para desarrollar la integración económica de Sudamérica y del Gran Caribe, a través del acercamiento de nexos como las carreteras, el transporte aéreo y marítimo, las telecomunicaciones y la energía.

Necesitamos identificar el ámbito de la complementariedad y la sinergia entre los elementos antes mencionados, con la visión de llevarlos a cabo por el camino que nos asegure que Suramérica, Centroamérica y las islas del Caribe están abiertas entre sí y que se encuentran capacitadas para tomar ventaja de las tendencias actuales de liberalización del comercio y las inversiones. Por ejemplo, ¿por qué no podrían los países con litorales en el Caribe servir como puente entre el continente suramericano y el Caribe insular? Venezuela, Colombia, Guyana y Surinam forman parte del Proyecto amazónico de transporte multimodal y también del Programa de la AEC para unir al Gran Caribe por aire y mar. América Central forma parte del PPP y también del citado programa de la AEC.

Imaginemos un mapa y tomemos en consideración que IIRSA y PPP van a constituir nexos entre el norte y el sur del continente; mientras que el Programa de la AEC propiciaría conexiones aéreas y marítimas entre el continente y la región insular, de norte a sur, así como de este a oeste. Seguramente, las tres iniciativas podrían constituir juntas un gran diseño para la integración física de Suramérica con la región del Gran Caribe. Esa es la visión que yo quiero impulsar.

En varios de sus artículos y conferencias se puede observar que comparte la preocupación de muchos analistas de las relaciones internacionales, en el sentido de que sería deseable que la llamada «globalización», se mostrara —sobre todo para los países menos desarrollados—, con un «rostro más humano». Sobre el particular, ¿cuál sería su recomendación para los Estados miembros, asociados y observadores de la AEC?

El concepto de «globalización con un rostro más humano» se refiere a trato igualitario e inclusión en los beneficios de la globalización. Un elemento indispensable será insertar las necesidades de desarrollo de los países más pequeños y menos desarrollados en la economía global. Estos países están menos preparados para tomar ventajas de las oportunidades que ofrece la globalización y son más vulnerables a sus consecuencias negativas. La AEC ha hecho suyos esos principios, tanto en el marco de las actividades de la Asociación, como en el amplio campo de las negociaciones comerciales internacionales. De ese modo,

durante la Tercera Cumbre de la AEC se aprobaron nueve Principios sobre tratamiento especial y diferenciado para las pequeñas economías, dirigido a las necesidades de sus miembros más pequeños y menos desarrollados, en relación con las negociaciones encaminadas a lograr el Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

Asimismo, la Declaración de Margarita, resultante de la Tercera Cumbre, hace un llamado para la creación de un Fondo regional para el desarrollo, dentro del ALCA, que tenga en cuenta las necesidades de los países menos desarrollados. En dicha ocasión, durante mi discurso, argumenté que sería adecuada la creación de un fondo para programas sociales, en la esfera del ALCA; para que el desarrollo social vaya de la mano del económico.

¿Qué mensaje podría usted enviar a los líderes de los Estados miembros, asociados y observadores de la AEC, en el sentido de aportar un mayor apoyo a las labores que se realizan; así como ofrecer recursos adicionales de todo tipo, para llegar a hacer realidad, algún día, las elevadas metas y los propósitos que anhela alcanzar la Asociación?

Se necesita de un fuerte apoyo político para la aprobación y ratificación de ciertos instrumentos legales necesarios para dar vida y significado a la Zona de turismo sustentable del Caribe (ZTSC); especialmente en lo que se refiere a la ratificación del Acuerdo de cooperación regional en materia de desastres naturales; así como la culminación y firma del Acuerdo sobre transporte aéreo. También se requiere de un fuerte apoyo político en torno a la Declaración del Mar Caribe como una zona especial de desarrollo sustentable.

En relación con el funcionamiento de la Secretaría, la decisión de conservarla pequeña, es de naturaleza política. Sin embargo, esta situación ha demostrado ser una de las mayores limitaciones de la AEC para alcanzar todo su potencial. Un informe reciente, elaborado por una empresa de consultoría gerencial, concluyó que el personal internacional de la Asociación ha estado desarrollando un excelente trabajo, pero que el número de dichos funcionarios no es el adecuado para el nivel y la cantidad de responsabilidades que tienen.

¿Le gustaría señalar, someramente, algunos de los principales logros de la AEC desde su fundación y, en particular, durante sus años de gestión al frente de ella, y mencionar sus principales aspiraciones en torno a los proyectos futuros?

La AEC puede anotarse algunos logros sólidos durante los ocho años que tiene de fundada. Una de sus mayores realizaciones ha sido el establecimiento de la Zona de turismo sustentable del Gran Caribe; lo cual tomó varios años de un esmerado trabajo técnico y para la edificación de un consenso político.

Durante la Primera Cumbre, celebrada en 1995, se identificó al turismo como una de las tres áreas focales

para la cooperación dentro de la AEC, junto con el comercio y el transporte: Las 3 T [en inglés: *tourism, trade y transport*].

La Segunda Cumbre se celebró en 1999 y en ella se firmó un Memorándum de entendimiento sobre la Zona de turismo sustentable del Caribe. Ahora se debe de lograr que entre en vigor. También en el marco de la AEC se logró un Acuerdo sobre cooperación en la prevención y mitigación de los desastres naturales, una Estrategia sobre el medio ambiente en el Caribe y una Política común de transporte aéreo.

Asimismo, se ha celebrado anualmente el Foro empresarial del Gran Caribe. Otros proyectos se han puesto en marcha con prioridad para las áreas de cooperación.

Contestando la segunda parte de su pregunta, cuando tomé posesión de mi cargo actual, en el año 2000, propuse una serie de objetivos correspondientes a una segunda etapa del desarrollo de la AEC: uno de ellos fue la «construcción de puentes» entre los diferentes grupos lingüísticos existentes en el ámbito de la AEC; otro más ha sido elevar la participación de los pequeños Estados miembros en el seno de ella; un tercero, aumentar el perfil público y político de la Asociación. El cuarto, concentrar los esfuerzos en el logro de resultados concretos, en áreas claramente identificadas. Desde entonces, he agregado un quinto objetivo: movilizar significativos recursos extrapresupuestarios para proyectos prioritarios de la AEC.

Creo que podemos ver progresos en cada una de estas áreas, aunque queda mucho más por hacer. Desde mi punto de vista, se inició un desarrollo significativo para la racionalización y priorización del Programa de Trabajo, iniciado durante el primer año de mi gestión. El resultado final ha sido el surgimiento de una política de consenso, para consolidar la cooperación sobre las antes mencionadas 3 T y los desastres naturales, y disponer claramente las prioridades en cada una de las cuatro áreas focales. Una consecuencia de lo anterior fue la supresión de otros tres comités especiales y la reducción proporcional de lo que pudo llegar a ser un muy ambicioso programa de trabajo, en virtud del presupuesto limitado y el poco personal de la Secretaría.

Evidentemente, dicha decisión ha tenido un impacto positivo sobre nuestros logros para movilizar recursos extrapresupuestarios para la AEC. Ahora estamos buscando recursos para asistencia técnica de Martinica, para la enseñanza de lenguas y para el turismo sustentable.

En desastres naturales contamos con la cooperación de Italia, a través del BID (Banco Interamericano de Desarrollo), con el Reino Unido, Alemania y Argentina; así como con la asistencia del CDB (Banco de Desarrollo del Caribe), el Fondo Regional de Cooperación de Martinica, el Consejo Regional de Martinica, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y los gobiernos de

Venezuela y Guadalupe, para la enseñanza de lenguas; así como de la Fundación Ford para estudios sobre negociaciones comerciales; por solo nombrar los más evidentes.

Otros dos logros son el acuerdo de la AEC con el Fondo de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) para el Desarrollo internacional, a través del BANDES (Banco Nacional de Desarrollo) de Venezuela; y la decisión de la Comisión europea de acreditar a la AEC como parte de la Directiva del Programa Interregional III, para la cooperación entre las posesiones francesas y sus vecinos caribeños.

La AEC trata de construir puentes para unir a los países del Caribe y de América Central y, de ese modo, consolidar el proceso de integración del Gran Caribe. El establecimiento de la Zona de turismo sustentable del Caribe reunirá a los miembros de la Organización Caribeña de Turismo (OCT) —compuesta básicamente por países de CARICOM, junto con la República Dominicana y Venezuela—, con no miembros de la OCT entre los que se encuentran países de América Central, Colombia y México, las posesiones francesas y los países neerlandeses. Del mismo modo, la Convención para el establecimiento de la Zona de turismo sustentable del Caribe es el marco en el cual todos los actores del Gran Caribe pueden cooperar.

En el área de desastres naturales, la AEC cuenta con la cooperación y asistencia de dos organismos sobre desastres. Estos son: CDERA y CEPREDENAC (Centro de coordinación para la Prevención de Desastres Naturales en América Central). Otros dos organismos subregionales cooperan en la misma área: El CDB (por sus siglas en inglés) el cual encabeza el programa denominado Facilidades para mitigar desastres en el Caribe (DMFC por sus siglas en inglés) y la Organización Meteorológica Mundial (OMM), la cual dirige el proyecto llamado Preparación para las variaciones climáticas y los cambios globales en los pequeños Estados insulares en vías de desarrollo en la región del Caribe, y otros Estados con los cuales la AEC colabora.

Como puede verse, he tratado de elevar el perfil público de la AEC, a través de visitas oficiales, conduciendo seminarios y conferencias, la emisión de boletines y mi columna «El Gran Caribe. Esta Semana», la cual es llevada a veintidós publicaciones periódicas a través de la región. También se encuentra disponible en la página web de la AEC. Queda alrededor de un año de mi mandato y en ese tiempo voy a trabajar en la consolidación continua de estas iniciativas y, en general, del Programa de trabajo de la AEC. Hay ciertas áreas que creo estratégicamente importantes para la consolidación de la AEC. La primera es el trabajo para la obtención del reconocimiento, por parte de la comunidad internacional, del Mar Caribe como área especial en el contexto del desarrollo sustentable. El Mar

El Gran Caribe: política y cooperación. Entrevista a Norman Girvan.

Caribe es el común denominador de la totalidad de los miembros de la AEC —dentro de cien años, cuando muchas de las cuestiones de hoy sean historia, el mar seguirá estando en el corazón de nuestro patrimonio común, y las decisiones que tomemos hoy marcarán el día de mañana el nivel de «salud ecológica» y la viabilidad económica del mar.

La segunda área es la implementación de la Convención sobre la zona sustentable de turismo del Caribe. Necesita aún ser ratificada por un número suficiente de países, con el objeto de que entre en vigor; y los diversos detentadores de intereses en el turismo de los distintos países del Caribe necesitan que se les haga saber sobre la existencia de la Convención y de cómo pueden hacer uso de ella. Necesitan hacer suya la Convención.

La tercera área es la finalización y firma del Convenio de la AEC sobre Política común de transporte aéreo. La AEC necesita demostrar que puede marcar una diferencia en materia de transporte aéreo en la región, ya sea tratándose de turismo externo, intrarregional, viajes de negocios, concurrencia a reuniones gubernamentales o sencillamente, llegar a conocerse los unos a los otros.

La cuarta área consiste en movilizar recursos de organizaciones donantes para proyectos de cooperación funcional de la AEC. Hemos estado logrando prometedores progresos en esta área y planeo continuar concentrándome en desarrollar nuestras relaciones con entidades bilaterales y multilaterales para este propósito. Hay considerable interés, dentro de la comunidad donante, por el trabajo de la AEC sobre medio ambiente, y cuestiones relacionadas con desastres naturales. Esta es una señal de uno de los nichos fundamentales que la AEC puede llegar a llenar.

Finalmente, existe la necesidad de mejoramiento continuo de la administración de la Secretaría, especialmente en cuanto a personal y presupuesto. Es de especial importancia para nosotros desarrollar un registro en materia de implementación de proyectos para aquellos que aseguran financiamiento mediante donativos. Todas estas áreas están por supuesto interrelacionadas; turismo sustentable y el Mar Caribe, transporte aéreo y turismo sustentable, movilización de recursos e implementación de proyectos, y la administración, con todas las áreas. Así que tenemos un plato lleno; y esto mantiene a la Asociación vibrante y activa.

Muchas gracias profesor Girvan, por la amabilidad de sus respuestas. Estamos seguros que tanto diplomáticos como académicos y demás amigos que nos lean, van a sentirse un poco más identificados con la Asociación de Estados del Caribe.

© **TRINIDAD**, 2003.

Cintio Vitier: de la conciencia de la poesía a la poesía de la conciencia

Yuri Guirin

Investigador. Instituto de Literatura Universal. Rusia.

por siempre se han enlazado
un jacinto colorado
y una palma que es violeta.

Cintio Vitier es, con pleno derecho, dueño de un edificio poético filosófico porque, en primer lugar, es un hombre que pertenece a una tradición familiar, lo que significa mucho dentro del contexto de la cultura cubana, donde el concepto de la familia, de la madre guardiana del hogar, está en las bases mismas de la nación. En este sentido, la biografía del escritor, la historia de su propia familia (descrita, en parte, en esta trilogía) aparece como un fragmento del panorama general de la cultura nacional. Cintio Vitier pertenece a una familia de intelectuales: su padre, Medardo Vitier, fue un conocido historiador, ensayista y filósofo; la compañera de su vida, Fina García Marruz, es una poetisa de gran finura y una perspicaz estudiosa de la literatura, quien, desde la época estudiantil, se había

convertido en su fiel acompañante, compartiendo sus búsquedas creadoras; Sergio y José María, sus hijos, son músicos reconocidos. Así que no es sorprendente que este autor, tan plenamente unido al fluir vivo de la cultura, perciba la historia nacional a través del prisma de la familia y sus tradiciones. Para él, la familia es una categoría de la visión del mundo, que permite evaluar a las personas con la medida de la armonía, la concordia, la pureza, la moral; es decir, con el sistema de valores que precisamente están en la base de la existencia humana.

Otra de las razones por las cuales nos interesa Cintio Vitier, en su calidad de dueño de su morada artístico-filosófica, es que está profundamente fundido con las tradiciones espirituales de la cultura y la filosofía cubanas en el aspecto ético que las caracteriza y, sobre todo, porque fue parte del famoso grupo Orígenes. Esta comunidad asombrosa de escritores, artistas, músicos, reunidos alrededor de la revista del mismo nombre, surgió a principios de los años 40 como un movimiento de resistencia espiritual a la reacción política que se estableció en el país después de la derrota de la revolución popular de los 30. La retirada de los

Prólogo a la edición rusa de la trilogía *De Peña Pobre*. Fue escrito para la edición proyectada en Moscú, en 1991, que quedó inédita. Traducción y versión al español de Verónica Spáskaya, revisada por C. V., con algunos datos adicionales entre corchetes o en notas.

intelectuales que emigraron a su fuero interior, el traspaso de la energía espiritual de la esfera política a la del arte, era un proceso lógico, que, a la larga, contribuyó a la salvación de la cultura nacional a través del autoaislamiento temporal y el hermetismo estético. La historia confirmó la certeza del nombre que se había puesto el grupo y que se convirtió en su lema —Orígenes—, porque su carga de energía espiritual la transmitió a la ola de entusiasmo creador surgido como resultado de la Revolución de 1959, que fundió las aspiraciones secretas de la generación de escritores de más edad con la poesía abiertamente comprometida de la generación de la Revolución. Los principios ideológico-artísticos del grupo Orígenes determinaron la comunidad del pensamiento y las búsquedas artísticas de José Lezama Lima (líder espiritual del grupo), Cintio Vitier y sus compañeros en el arte, que figuran en la novela *De Peña Pobre*.

Cintio Vitier comenzó su camino en la literatura como poeta. Eso no quiere decir que después dejara de serlo. Al contrario, su estilo, su visión del mundo, independientemente de las normas de género, siempre han sido, en su esencia, los de un poeta; sin embargo, la comprensión de la naturaleza de la poesía (y también de la prosa) iba liberándose, con el tiempo, de las características tradicionales del género. «La poesía es espejo de la vida, pero a su vez ella misma es vida», afirmó el poeta en su ensayo «La zarza ardiendo» (1956). Por eso la obra de Cintio Vitier, en su tendencia a salir de los marcos literarios, gravita hacia una dimensión muy peculiar del arte, donde lo que importa es el hecho mismo de la *existencia-en-la-creación*, y la forma, la manera, el lenguaje, no son predeterminados, sino arbitrarios, y se toman de los distintos géneros del arte, sea de la música, de la literatura o incluso del *lenguaje de las flores*, «un lenguaje indirecto y sutil, en el que para nada entran (al menos visiblemente) las flores».¹ Pero la teoría del lenguaje de Cintio Vitier merece atención aparte.

Su primer libro importante fue *Vísperas*, que incluyó las experiencias poéticas de Vitier de 1938 a 1953; sin embargo, «la vida de la poesía», fluyendo de una manera independiente, lleva al escritor a desarrollar una forma singular, híbrida, de escribir, cuya específica condición la determinará más tarde con el concepto de «la fragmentación sistemática», y ese rasgo estilístico se hará determinante en su obra. Publicará otros libros de poesía: *Testimonios* (1968), *La fecha al pie* (1981), *Hojas perdidas* (1988) y algunos más; saldrán a la luz sus libros de ensayos críticos; aparecerá su estudio inspirado en la imagen nacional de la cultura: *Lo cubano en la poesía* (1958); realizará un estudio de los fundamentos éticos de la nación concretado en *Ese sol del mundo moral* (1975); estudia, con profundidad y perspicacia, la obra de José

Martí; prepara antologías, libros sobre poetas, ensayistas y críticos cubanos; traduce obras de Mallarmé, Claudel, Rimbaud; crea, pero no inmediatamente, una prosa extraña (¿sería la prosa?) que son sus «novelas», pero ya hacia finales de los años 50 la dirección de su obra está formada, igual que su universo artístico y su concepción filosófica del mundo.

Esta concepción del mundo suya es muy singular. Formado en el contacto estrecho con el pensamiento filosófico europeo («la única clase a la que el muchacho asistía con gusto era la de Filosofía», recuerda el autor), Vitier entra en una discusión tácita con Descartes, contraponiendo a su sistema del mundo racional una imagen no clásica, no lineal de la existencia, y asociando el vacío precisamente con la expansión, es decir, con la existencia externa. En cuanto a la «sustancia pensante» cartesiana, en la poética de Vitier, está llamada a compensar la no veracidad del mundo por medio de la afirmación de lo imposible, o sea, de la potencia espiritual oculta: «¡Que solamente lo imposible, por fuerza de la poesía, sea posible!» En la obra de Cintio Vitier se plantea con plena evidencia el problema de la realización de la posibilidad y de la elección existencial, pero lo importante no es el problema en sí, lo importante es la forma de su planteamiento. Los problemas de la plenitud de la vida nacional, de la afirmación de la integridad a través de la superación de la ruptura, de la discordia, del vacío, se interpretan por el escritor en el marco de la poética que condiciona la calidad específica de su estilo.

¿Qué estilo es este? Y también, ¿existen fundamentos para unir estos tres libros [*De Peña Pobre*, *Los papeles de Jacinto Finalé*, *Rajando la leña está*], tan diferentes en su factura literaria, dándoles el nombre de trilogía? Es preciso señalar que el mismo autor hablaba de ese aspecto con bastante reserva: él definió sus tres obras como «ciclo de novelas». Y al aparecer en ruso el primer libro de la trilogía,² el autor del prólogo, Valery Zemskov, aunque experimentado en sutilezas literarias, prefirió, sin embargo, abstenerse de pronunciamientos más o menos inequívocos en cuanto al género del libro y se limitó a darle definiciones matizadas: «novela-híbrida», «novela-memoria», «novela-confesión», «odisea espiritual», «epopeya subjetiva», «novela-poema», que son absolutamente justas y, por otra parte, se basan en las definiciones del mismo autor, a quien, como se ve por sus anotaciones, le extrañaba también en gran medida la singularidad de su propia manera artística. Es evidente e indudable que las búsquedas artísticas de Vitier se dirigían hacia una plasticidad nueva de la textura literaria: «Cada día comprendo y valoro más las dificultades de la prosa. No “la prosa poética” sino la que se podría llamar, con el mismo riesgo que la poesía, “la prosa pura”». Y es justamente en su calidad de «prosa pura» experimental, como lenguaje

metapoético singular, que los tres libros aquí presentados forman una unidad total. Es la unidad de la poética construida sobre el principio del «símbolo inverificable», sobre la convicción de que lo principal en el arte de la palabra no es su conjunto de imágenes, ni su capacidad cognoscitiva, sino «el ardiente misterio de lo vivo, de lo inmediato, de lo real [...] El ser de las cosas reside en su alusión» («La zarza ardiendo»). Como resultado, los objetos del mundo real, privados del derecho de estar generalizados semánticamente, de ser metafóricos, y equivalentes solo a sí mismos, generan en el tejido artístico de la obra un juego inesperado, y al parecer ilógico, de asociaciones. Por otra parte, este rasgo —lo no obligatorio, no fijo de una imagen o de un símbolo— es, en general, muy característico del pensamiento artístico de los escritores latinoamericanos.

Seguramente, esta particularidad será lo primero que llamará la atención del lector que, pensando seguir en la onda memorístico-narrativa de *De Peña Pobre*, con cierta perplejidad comienza a sospechar que haya caído en una trampa preparada por el narrador, quien, al fascinarle con su relato, le ofrece de pronto, por medio de las interrupciones inesperadas y cambios de enfoques —la mirada que ora está dirigida desde sí hacia fuera, ora desde fuera a uno mismo—, la posibilidad de moverse libremente en varias dimensiones a la vez. En algunas partes, el texto suena como un verdadero conjuro, como fórmulas esotéricas cuya clave se esconde en el ornamento léxico que se va tejiendo en él, pero que se entiende muy poco a poco, porque el autor, enemigo de la causalidad, prefiere entregarlo como si fuera por descuido, casualmente, y además, al final de una cadena de acertijos. No vamos a profundizar en el examen de la línea novelística expuesta con la solidez de una crónica familiar tradicional: no es ella la que sirve de soporte a la trama, si se puede llamar así. La «prosa pura» de Vitier no se basa en una línea narrativa completa, lógicamente terminada. La lógica de su pensamiento artístico es distinta: un fenómeno concreto de la vida (un personaje, un hecho) tomado como un punto de partida, al ser colocado dentro del espacio artístico del escritor, adquiere la capacidad de transformarse fantasmagóricamente, convirtiéndose o en el propio autor, o en un objeto, o en la música, o en una mujer; su esencia se fragmenta infinitamente repitiéndose en su totalidad en cada nueva partícula. Todo lo que está relacionado con el telón de fondo de la novela *De Peña Pobre*, con sus prototipos y su análisis convincente, está explicado con bastante plenitud en el prólogo a la primera edición rusa; por eso no hay necesidad de examinarlo en detalle. Vamos a señalar solo las particularidades que pueden presentar interés dentro del contexto de la trilogía.

En primer lugar, el título de la novela ya es todo un programa. No es casual la frase de su personaje central, Violeta, en relación con Peña Pobre: «Creo que esta fascinación está unida al nombre mismo de la calle». Sí, la calle de este nombre existe realmente, es más bien un callejón modesto de La Habana Vieja, lleno de espíritu histórico. Con la calle Peña Pobre está relacionada también la biografía del autor, pero hay que recordar que lo principal en el arte de Vitier no es la trama, sino su realización plástica. Y tampoco es casual el epíteto «pobre»: para los poetas del grupo Orígenes, el concepto de la pobreza era una alta categoría ética relacionada con las ideas de la independencia y la identidad espiritual. Para Cintio Vitier, quien afirmaba la moderación, el rigor, la austeridad como norma de la vida y de la obra —una de sus poesías programáticas se titula «Palabras a la aridez», (1959)—, el concepto de pobreza se asociaba también con «la plenitud orgullosa» de la existencia intelectual, mientras que en la obra del Maestro —Lezama Lima—, con la superabundancia de su discurso literario, la pobreza adquiría, de una forma paradójica, un sentido puramente estético. Pero en cualquier caso, era categoría ético-estética de gran importancia, que correspondía a las tradiciones de la cultura nacional. En cuanto a «peña», esta palabra española tiene también otro sentido: denomina un círculo de amigos, el de las personas que tienen las mismas ideas, es decir, precisamente un tipo de hermandad espiritual como lo fue el grupo Orígenes y como aparece en las páginas de la novela *De Peña Pobre*.

No hay duda de que la prosa de Vitier es autobiográfica (aunque no es todo); en sus personajes y colisiones se ven con bastante transparencia las circunstancias de la vida del escritor, igual que los acontecimientos históricos. Parece que lo que queda es añadir un poco de ficción, literaturizar la trama... Pero no. El autor, quien ha afirmado en «La zarza ardiendo» su rechazo a la «creación de imágenes», elige un camino diametralmente opuesto: incluye en su prosa semimemorial también el documento («una relación como la que puede haber entre las vistas fijas y el cine», comenta Vitier sobre este método en su texto) —fragmentos de su propio diario, páginas donde reflexiona sobre la idea del libro— y así logra que la significación y las funciones de la realidad y la fantasía cambien de lugar: la realidad resulta ser el mundo espiritual del autor, y la parte factual, con toda su veracidad material, se convierte en una envoltura con la cual se viste la intensa actividad intelectual del autor y de sus compañeros de antes, los que edificaban «el mundo invisible» y que siguen vivos en su memoria.

Rechazando el contenido racional de la palabra, Vitier es consecuentemente racional en la elaboración de su propio lenguaje artístico: «las palabras no sirven

para reconstruir el contenido, el asunto, la esencia de un recuerdo; quedan afuera, del lado de acá, tullidas [...] El recuerdo mismo es una baraja de palabras que no pueden traducirse a ningún idioma conocido». Por eso la trama de la novela *De Peña Pobre*, siendo en su inicio biográfica, se transforma de tal manera, sin embargo, que lo principal no resulta *qué* sino *cómo*. Sin limitarse a los medios puramente literarios («la novela tendrá que ir a buscar la otra realidad») para expresar las peripecias espirituales de su personaje de muchos semblantes, Vitier acude a la esfera musical, y no solo toma como un principio organizador el del contrapunto —lo que es algo bastante común en la literatura—, sino trata de expresar el flujo de sentimientos y de pensamientos según la lógica del lenguaje musical, un género del arte distinto, utilizando el tejido propiamente literario como una de las maneras posibles de la expresión artística, sin preocuparse por el hecho de que, al ser trasladado a otra dimensión, ese tejido léxico pierda su naturaleza. Una empresa verdaderamente arriesgada, que exige del lector un trabajo interior inusual, y no del alma sino del espíritu, es decir, el despertar de la esencia final y oculta del hombre. Recordemos una vez más: el lector no debe dejarse engañar por el marco autobiográfico del texto: los personajes de la parte narrativa del ciclo son instrumentos con cuya ayuda el autor expresa la línea melódica ideada: «Dos temas quisiera conjugar, como dos temas musicales, en el libro en que vengo pensando desde la muerte de Lezama [...] *Peña Pobre* y *Es preciso* [el apunte de Beethoven en su Cuarteto 16], con su constelación de planos, serían las dos alas de mi proyecto». Es este proyecto el que determina la estructura de todo el ciclo, parecido a una doble fuga con su entrelazamiento de temas.

Por lo visto, al comenzar el experimento de fundir dos elementos —el de la literatura y el de la música—, el mismo autor no sabía a dónde iba a llegar: las reglas del juego se inventaban y se cambiaban en la marcha. Lo único que queda invariable, es el principio de «un doble marco», o sea, del texto dentro del texto, cuyo uso permite cualquier cambio y asociaciones totalmente arbitrarias, porque todo esto sería orientado, invariablemente, hacia un objetivo: la creación de un nuevo lenguaje artístico. Por eso no importa que, tratando de establecer las reglas, el autor en seguida las anula: su mundo artístico sale de los límites del espacio tridimensional de cada uno de los géneros del arte. Así, inicialmente, en *De Peña Pobre* el autor, muy bien intencionado, traza, como es tradicional, dos líneas familiares y temáticas: los Fundora y los Palma. Los dos apellidos están llenos de sentido etimológico: el primero procede del verbo «fundar» (aquí se podría recordar un desolado pasaje de *Lo cubano en la poesía* que empieza: «Fundar algo entre nosotros...»), y el

segundo es nada menos que el símbolo principal del espíritu nacional cubano. Pero, después, las líneas biográficas y los personajes comienzan a crear dobles, aparecen resonancias ingeniosas entre los nombres, los destinos, los temas.

La estratificación de la conciencia del autor en una serie de dobles, propensos a la reflexión (entre los cuales aparece también la figura del compilador en *Los papeles de Jacinto Finalé*) demuestra la existencia de una discordia interior entre el sujeto —«la substancia pensante»— y el mundo donde no hay estabilidad armónica. El tema de la discordia, declarada en el primer libro, será continuado consecuentemente en el segundo («donde la música, deteniéndose, o más bien *reteniéndose*, acercándose sobrecogedoramente a la modulación de la ansiedad en la palabra humana, en tímido, trémulo y angustioso *ritardando*, parece preguntar con temor a la sombra»)³ para convertirse, en el tercer libro, en un tema luminoso de la concordia armónica.

En *Los papeles de Jacinto Finalé* (1984), donde se desarrolla el segundo tema, el triste —que a su turno se divide en una serie de motivos derivados—, el grado de estratificación alcanza el nivel de la mistificación: los dobles comienzan un diálogo entre sí, en el cual llegan a mencionar al propio autor como un participante externo de este juego. (En el último libro, este método se refleja, pero ya en una tonalidad alegre, en el episodio con las cartas de Zenobia Camprubí, lo que de nuevo nos hace suponer que aquí el texto observa las leyes de una fuga.) En realidad, los «papeles», esas reflexiones tanto de Rodrigo como de Jacinto Finalé, toda esa conversación atormentada del yo del autor consigo mismo, ese monólogo de una conciencia que va tomando conciencia de sí misma, aunque presentada en la forma ingeniosa de la doble perspectiva —o puede ser que precisamente por eso—, es una tentativa de explicar la muerte de Jacinto Finalé, el acontecimiento que cierra el primer libro y sirve de punto de partida para el segundo.

Jacinto está condenado —aunque el autor, fiel a sus principios lúdicos, se precipita a «salvarlo» haciéndole resurgir en uno de los semblantes de su personaje multifacético—, por la propia idea del sacrificio, en aras de la vida que contiene su nombre: Jacinto es la forma españolizada de *Kyakinthos*, en la mitología griega un joven hermoso, acompañante de Apolo, que murió asesinado casualmente, y de las gotas de su sangre nació la flor que conocemos. Y Finalé se explica por sí mismo. A propósito (¿será verdad que el mencionado «lenguaje de las flores» no tiene relación directa con las flores como tales?), la violeta, nombre que lleva el personaje central femenino, simboliza también el sufrimiento y la muerte; así que Jacinto y Violeta resultan dobles espirituales, reflejo uno del otro. Entonces, ¿por qué

Se sabe que Vitier, igual que muchos intelectuales cubanos que aceptaron la Revolución, se vio, sin embargo, en la necesidad de reevaluar los valores del pasado.

muere Jacinto cuando la Revolución, al parecer, ha traído la solución del problema existencial de la elección; cuando él ha recibido una posibilidad feliz: encontrar, en la figura de Violeta, la unión tan deseada con la esencia nacional, y más aún porque Violeta, que personifica esa realidad cubana, antes «imposible», se identifica por completo con la Revolución? Sí, pero en ella está la idea de la lucha, de la destrucción del pasado, mientras que Jacinto tiende a la búsqueda del principio unificador, le atrae «la comunidad», «la comunión mutua». El ideal del humanismo choca con el duro imperativo de «Es preciso». Así que Jacinto no pudo evitar el golpe del disco mortífero de Apolo, pero el método conocido de desatar el nudo gordiano convierte en víctimas a todos los participantes del drama: recordemos la imagen simbólica del revolucionario [Roque Dalton], con sus labios empalidecidos, torcidos en una mueca, «mordidos por una palabra que no acierta nunca a decir a través del torrente liviano, travieso, cáustico de sus palabras». ¡De qué forma tan siniestra contrasta este mutismo —el análogo de la muerte espiritual— con el desbordante «silencio realizado», anterior, de la vida espiritual! Y de la misma forma es peligrosa la palabra que no se ha convertido en acción.

Rodrigo Finalé muere joven porque «no pudo salir de la palabra». Desgraciadamente, de nuestra experiencia nacional conocemos demasiado bien el conflicto de un intelectual reflexionante con la lógica férrea de la historia que no admite matices ni vacilaciones; el conflicto que inevitablemente lleva a la derrota del individuo, de la persona. Pero, como cree Vitier, el choque es trágico para ambas partes: el triunfo del pensamiento unidimensional se convierte en un callejón sin salida: en la imposibilidad de continuar su especie, formar una *familia*, en la infecundidad, en el mutismo a la hora de crear o —lo que es peor— en un flujo de palabras sin sentido (¿con qué dolor personal habla el autor sobre la disolución de la causa revolucionaria con la palabrería hueca!), en la farsa, en la parodia del sentido de la vida; y, al contrario, el sacrificio de un mártir del espíritu es fecundo: de la sangre de Jacinto surge un retoño alegre al que el autor le da un nombre sonoro y musical: Quintín. El heredero espiritual de Jacinto, hijo de Rosa y de Sandino Palma, Quintín, encarna la materia viva de la Palabra activa, la que expresa orgánicamente la carne y el espíritu de la individualidad

nacional, que con la síntesis de dos principios alcanza la armonía de su existencia.

Aquí hemos llegado a la parte más misteriosa de la trilogía de Cintio Vitier. Durante su estancia en Moscú en 1986, el escritor dijo que hacía poco había terminado «un libro algo extraño», cuyo género le era difícil definir y en el cual «se habla de demasiadas cosas poco relacionadas entre sí». ¿Quién mejor que Vitier, tanto poeta como estudioso, intérprete de los aspectos más complejos de la cultura nacional, quién mejor que él podría hallar, al parecer, una definición correspondiente o incluso inventar una categoría de evaluación nueva, a la manera de las características ingeniosas que habían mostrado el nivel de su maestría en el libro *Lo cubano en la poesía*? Pero es en esto mismo donde reside la particularidad del libro: detrás de lo indefinido del género está una comprensión nueva del arte.

El más corto de los libros de la trilogía, *Rajando la leña está* (1986), no cabe en ninguna de las normas y definiciones de género corrientes. En ella resultaron fundidas la línea biográfico-narrativa que viene desde *De Peña Pobre* y pierde aquí, por completo, su lado factual, y la ola poderosa de la cultura popular que ya sale de los límites de la literatura. Mientras que *Los papeles de Jacinto Finalé* —libro que se encuentra a mitad de camino en todos los sentidos— fue escrito en la encrucijada de géneros completamente concretos, *Rajando la leña está*, surgido en la confluencia de las poéticas de Alejo Carpentier y José Lezama Lima, materializa la idea del autor de crear el tipo de poesía más difícil: «la prosa pura». Dentro del proyecto general de la trilogía, encarna el tema musical de la idea inicial de Vitier: «un soleado *Allegro* [del Cuarteto 16] en el cual el buen humor de la obra es enteramente restituido». En este libro los personajes están definitivamente desmaterializados, y sus envolturas inmateriales no son más que los resonadores que llenan de sonido el campo autocreador del arte popular. Solamente tal lenguaje artístico es capaz de expresar las intenciones del autor que pone en el título del libro un verso del primer *son* cubano, «Son de la Ma Teodora», que marca el comienzo de la cultura musical verdaderamente nacional. Notemos que el motivo de «rajar», dividir en pedazos, que aparece en el título, continúa la línea que viene del primer libro; pero, a diferencia de las partes anteriores, no contiene la idea de la discordia, sino la de la concordia; no del fin, sino

del comienzo; no de la desesperación atormentadora y la reflexión, sino de la acción transformadora. El tema alegre del canto de Ma Teodora, declarado en el epígrafe, simboliza la imagen matriarcal de la fundadora de un clan familiar y, al mismo tiempo, el sincretismo músico-danzario, que es la esencia de la existencia del pueblo cubano, su «ardiente misterio».

Este acorde inicial del tema de la síntesis genera, en un espacio nuevo, una serie de motivos. En primer lugar, aquí se siente el principio activo, creador, que permite salir de los límites de «la posibilidad perdida». En segundo lugar, el concepto del acto creador se llena del sentido erótico que supone la irrupción fructífera a la esfera del vacío virginal. Y estas dos ideas están relacionadas con la concepción del ritmo y el símbolo arquetípico del báculo con el cual marca el ritmo Teodora Ginés, la madre legendaria de la música nacional cubana: «toda música es bailable, es baile ella misma, y todo baile es un simulacro, sublimación o festejo de la cópula». En tercer lugar, y esto es lo principal, el *son* se entiende como «la historia que queda, la poesía», pero ya sabemos que, precisamente desde estas posiciones, «por la ley de la justicia poética», Vitier realiza su estudio de la historia y la cultura nacionales, el carácter de estas y sus posibilidades intrínsecas.

En este experimento tan peculiar, aparece como uno de los instrumentos principales la etimologización poética del lenguaje, el método que supone la creación de la imagen de la cultura nacional utilizando el conjunto de hechos y realidades, al parecer casuales o neutrales, y que responden al mismo principio de «el símbolo inverificable». Así, «Empalme», que es el nombre de una finca real con la cual están relacionadas memorias de la infancia del autor, resulta la palabra clave del libro y el símbolo que une (lo que corresponde totalmente a su significación semántica) las series de conceptos que abarcan casi todas las esferas de la vida humana. El concepto de «empalme» surge del cruce (recordemos las frases que arman una cruz en la imaginación de Jacinto) de dos sentidos: evidente y oculto, cotidiano y existencial, el de la muerte como sacrificio y el de la victoria espiritual sobre la muerte, así como de toda una serie de otras antítesis compenetrantes que, al fin y al cabo, llegan a una síntesis ideal: la de la concordia, de la armonía, de este nuevo signo de la cultura que incluye los conceptos de la paz espiritual y de la estructura musical. El tema del *empalme* formado por el cruce contrapuntual del motivo alegre de Quintín Palma con el de Pilar, su hermana «que no ha nacido», suena como una apoteosis final de la trilogía, cuando de los sonidos y voces heterogéneas, difícilmente compatibles, surge un conjunto fantástico, inusual, «la cocción de la música», donde la trompeta de Quintín ya está de más porque toda la tierra y toda la historia se llenan del ritmo único

del *son*, lo que significa que todo va hacia «el empalme», hacia la concordia que todo lo corona, hacia la síntesis de la existencia histórica.

El *son* afrocubano, esa encarnación del espíritu nacional, encuentra la solución, con su ritmo armónico, omnienvolvente, a la incompatibilidad anterior del principio de la acción práctica y el de la reflexión abstracta. La materia de la música y la de la palabra se funden en el sincretismo típicamente mestizo. La feminidad, eternamente virginal, de la música, con su latido ondulante, es el seno de la palabra vivificante, es la Ma Teodora, es el *son*, es el *jazz* que, como decía Carpentier, es la música «viva», igual que la música popular cubana. El *jazz*, que «es la música», simboliza el proceso directo de la creación y el acto integrante universal. Y el *son*, como demuestra el autor también por medio de la etimologización poética, representa nada menos que la Palabra aparecida, encarnada, el verbo divino, cuyo contenido sagrado el autor revalúa en correspondencia con su filosofía del arte. La palabra como tal significa una creación espontánea que se realiza en su interior («Soy lo que digo»); la «sustancia pensante» se convierte en la extensión, y así se elimina la contradicción del panorama del mundo cartesiano. El jazzista está dentro de la música (probablemente, al lector le llame la atención el diálogo con «El perseguidor», de Cortázar), porque él la crea, él es la música que se va creando. Y por su parte, el *son*, siendo el acto creador multiplicado (es-son), es precisamente *la esencia* del espíritu popular y simboliza la síntesis cultural final que garantiza la coexistencia de distintos sistemas del pensamiento y de las maneras de ser.

La experiencia social y cultural de los años difíciles de la historia cubana, la cual Cintio Vitier interpreta en los motivos de «lo posible» y «lo imposible», en *Rajando la leña está* se realiza plásticamente en las figuras de Quintín y Pilar. Si Quintín es la Palabra hecha acto, encarnada en la música (sería oportuno señalar que Quintín lleva el nombre de un héroe de Cuba, Quintín Banderas, general negro, que participó en las luchas liberadoras de finales del siglo XIX), Pilar es la Palabra no pronunciada que pertenece a la esfera de lo invisible, de lo no realizado. «Ella no ha nacido todavía, / Es la música y palabra...». No sabemos si Cintio Vitier ha leído alguna vez a Mandelstam, pero su idea está expresada en toda su plenitud en *Silentium*, esa poesía genial del poeta ruso. Pilar simboliza el mundo de valores espirituales tradicionales, el de los fundamentos culturales (un pilar, un soporte; pero, a diferencia de la solidez real de la palma, ella ofrece un fundamento ideal) que han sido demolidos por la rueda inexorable de la historia. Se sabe que Vitier, igual que muchos intelectuales cubanos que aceptaron la Revolución, se vio, sin embargo, en la necesidad de reevaluar los valores

del pasado: Jacinto Finalé, como dijo el escritor durante uno de los encuentros moscovitas,

encarnó el destino del hombre que se había agotado a sí mismo. Algo parecido ocurrió también conmigo: sentí que había agotado toda mi experiencia vital anterior y comencé una vida nueva como si abriese una página en blanco. Por supuesto, las contradicciones no desaparecieron, se quedaron dentro de mí, pero a la manera de unas sombras escolásticas viejas, que no tenían importancia alguna en la vida real.

Y Pilar encarna justamente ese «mundo de las sombras», el del yo íntimo del personaje de muchos semblantes y al mismo tiempo, uno solo, de Cintio Vitier, y cualquier arreglo, cualquier «traducción» *directa* de la palabra que pertenece al mundo del silencio a la del mundo de los sonidos y la acción, es impensable.

Pero esto no significa que la eliminación de la contradicción sea imposible en principio, solo que «la transposición del [sistema] más rico en el más pobre tiene que ser, por así decirlo, algebraica, no aritmética».⁴ Ese medio de la «transposición» resulta ser el espíritu del pueblo encarnado en la música, el arte verdaderamente nacional, la sustancia de la naturaleza, la historia y la revolución latinoamericanas. Y cuando en las últimas páginas del libro, ante el *tutti* final, se oye el trueno de tambores subterráneos, esto anuncia la ruptura de la esfera de lo invisible y la salida hacia el horizonte «en que todos hablan y entienden las lenguas de todos». Así «la odisea espiritual» del intelectual cubano, desde la formación prerrevolucionaria, llega al *son*, este canto de la esencia nacional, en el cual confluyen el destino individual y el de la nación, envueltos en la búsqueda de la unidad espiritual de todos.

Aquí el lector encontrará, indudablemente, la idea que le es conocida por la obra de Alejo Carpentier y, en primer lugar, la repercusión de su *Concierto barroco*, donde también se plantean los problemas de la síntesis cultural latinoamericana. Esto no es nada sorprendente, tomando en cuenta que a los dos escritores no les unía solo la amistad de muchos años, sino también la propensión a las reflexiones culturológicas. Pero más importante es otro aspecto —y este es también bastante evidente—: las investigaciones, por medio del arte, de la esencia del ser nacional, llevadas a cabo por Vitier, coinciden con la línea, magistral para la literatura latinoamericana, de las búsquedas de «su propia expresión» y el deseo de confirmar la identidad nacional y cultural. La obra de los escritores que pertenecen a esta tradición se caracteriza por las innovaciones también en el campo del lenguaje expresivo, resultado de lo emprendedor que es el espíritu libre.

Cintio Vitier: de la conciencia de la poesía a la poesía de la conciencia

La experiencia literaria de Cintio Vitier no nos interesa solamente por sus conquistas, sino también por su capacidad de despertar en el lector el deseo de hacer preguntas. En efecto, ¿qué hacer, por ejemplo, en las condiciones de «la posibilidad realizada», con la herencia cultural clásica que no es *jazz*, aunque sea en su interpretación simbólico-utópica un arte de síntesis absoluta, ni es *son*, que es la misma síntesis, pero en la forma nacional? ¿Es que la fusión en una unidad total de dos esferas —que, según Vitier, son alternativas: la de lo ideal-espiritual y la de la acción práctica— sea posible solo a costa del sacrificio y la sangre inevitables, porque incluso Quintín paga con su sangre la posibilidad de anunciar el triunfo de la Concordia, el movimiento general hacia el Empalme? Sin embargo, está claro, y Vitier lo da a entender en la forma más convincente, que el camino hacia el empalme y la concordia no pasa a través de una sola de las superficies alternativas, que se excluyen una a otra, y tampoco a través de «la transposición», cuando a todo se acerca «únicamente desde el medio inferior», sino a través de la creación de una variante internamente orgánica de la autorrealización, que procede de la misma naturaleza del pueblo, y para comprenderla posiblemente es necesario un enfoque, en principio nuevo, del mundo y de sí mismo.

Cintio Vitier es un escritor profundamente nacional, y su obra, como cualquier arte verdadero, singular en su concepción del mundo y su visión artística, está dirigida a la afirmación de los valores humanos que se hacen cada vez más necesarios a nuestro mundo tan pequeño.

Notas

1. Referencia a un pasaje de *Los papeles de Jacinto Finalé* en que se comenta la versión cubana (siglo XIX) del *Salam* o «lenguaje de las flores» árabe.
2. Vitier Cintio. *Ulitsa Bednoi skali*, traducción de V. Spásskaya, prólogo de V. Zemskov, Judozhestvennaya Literatura, Moscú, 1984.
3. Nueva alusión al final del Cuarteto 16 de Beethoven.
4. Alude a un sermón sobre Pentecostés de C. S. Lewis, extractado y traducido por Jacinto Finalé en sus *Papeles*. (Transposición).

© **TEMAS**, 2003.

Catálogo razonado de voces. Escritoras cubanas desde la diáspora

Jesús J. Barquet

Profesor. Universidad Estatal de Nuevo México, Estados Unidos.

*¿Dónde están esos rostros, esos brazos,
dónde están que en mí misma los confundo?*

Carilda Oliver Labra

El objetivo de este trabajo es ofrecer un panorama general de la producción literaria realizada por las escritoras cubanas que, por una u otra razón, salieron del país en diferentes épocas a partir del triunfo revolucionario de 1959, y que, desde su salida, residen (o residieron, en el caso de las ya fallecidas †) permanentemente fuera de la Isla.¹ Incluiremos también en este panorama a las autoras que, mayormente por decisión de sus padres, abandonaron la Isla cuando eran niñas o adolescentes y a las nacidas desde 1959 en el exterior, pero de ascendencia cubana por parte de padre y/o madre. En los Estados Unidos, muchas autoras de estos dos últimos grupos han preferido denominarse cubano-americanas. Los centros de mayor

concentración de estas escritoras han sido, como corresponde a la propia emigración o exilio a que pertenecen, las ciudades de Miami, México, San Juan, Madrid, París y el área extendida de Nueva York, pero se las puede encontrar también en países tan distantes entre sí como Suiza, Rusia, Canadá, República de Sudáfrica, Brasil, Venezuela y Chile, y en la mayoría de los estados de la llamada Unión Americana (Florida, California, Arizona, Nuevo México, Colorado, Texas, Illinois, Michigan, Nueva Jersey, Nueva York, etc.). Se incluyen, pues, en este trabajo, desde autoras pertenecientes a las primeras promociones de la República, hasta las de las últimas décadas del siglo xx: desde María Sánchez de Fuentes (nacida en 1879), Lydia Cabrera (en 1899) y Mercedes García Tudurí (en 1904), hasta Daniuska González y Damaris Calderón (ambas en 1967), así como Verónica Pérez Kónina (en 1968).

No resulta fácil resumir con justicia, en unas escasas cuartillas, esta realidad humana tan variada y rica literariamente, como cuantiosa y dispersa en el espacio y en el tiempo. Pretender hacer una síntesis totalizadora de esta vasta producción, así como proponer una inflexible axiología para su estudio, es tarea hoy día

Una versión resumida de este trabajo fue presentada por el autor, en ausencia, en forma de videoconferencia, en el Tercer Coloquio «En el jardín...», sobre Dulce María Loynaz, celebrado en el Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana, el 23 de diciembre de 2000.

prácticamente imposible. Solo me es dado presentar aquí, en una suerte de «catálogo razonado», sus manifestaciones y logros en los diferentes géneros literarios y registrar —confiando en que mi memoria o desconocimiento no me traicionen— sus numerosas «voces», con la esperanza de que el conocimiento de ellas pueda ser de alguna utilidad en los actuales y futuros estudios de rescate e integración de toda la literatura cubana contemporánea, más allá de fronteras o limitaciones geográficas, generacionales, ideológicas o, incluso, lingüísticas.

Ante todo, creo pertinente señalar que el papel de la emigrante cubana posterior a 1959 ha sido importantísimo en lo referente, entre otras cosas, a la conservación y supervivencia económica de la familia, una vez fuera de la Isla. Recordemos que, sobre todo en determinados períodos (1966-1973), han sido las mujeres quienes, dejando atrás a sus esposos —impedidos de salir del país por una u otra causa— se han aventurado a la emigración llevando consigo hijos y, a veces, padres mayores. Al llegar al nuevo país, generalmente sin dinero —y en los años 60 muchas veces sin previa experiencia laboral ni comunidad organizada que las apoyara— estas cubanas (olvídense ahora la particular clase o grupo social a los que pertenecían en la Isla), convertidas de pronto en único jefe de familia, con quizás solo una mínima ayuda provisional del gobierno extranjero o de alguna entidad caritativa o religiosa, se han puesto a trabajar inmediatamente dondequiera que hallan empleo, para ganar así su sustento y el de sus familias, mientras se mantienen luchando, en diferentes espacios sociales, por la reunificación con sus esposos y restantes familiares. Y como si esto no fuera ya trabajo suficiente para todo aquel que comienza a vivir en tierra, cultura y —en la mayoría de los casos— lengua extranjeras, las emigrantes cubanas han tenido que preocuparse, además, por garantizar la educación de sus hijos, cuidar de los más viejos y, en lo que aquí nos interesa, escribir un poema, un trabajo académico o periodístico (en aquellas que se afilian laboralmente a la academia o al periodismo) y hasta una novela. Sin embargo, haber asumido alguna vez el papel de jefe de familia no las ha librado totalmente de la condición patriarcal propia de la sociedad cubana anterior, y aún posterior a 1959, dentro y fuera de la Isla, según lo han explicado satisfactoriamente en sus ensayos Ileana Fuentes Pérez, Madeline Cámara y Uva de Aragón (Clavijo), entre otras.

Insinué ya, en el párrafo anterior, cierta praxis literaria que, de alguna forma, constituye un resultado de las dificultades cotidianas y las obligaciones laborales de la vida en el exterior: desde 1959 hasta la fecha, la literatura de las mujeres fuera de la Isla —tanto en los

Estados Unidos como en otros países— se ha manifestado principalmente en los géneros de poesía, trabajo académico, periodismo y ensayo. Esto no significa que los otros géneros literarios no estén suficiente y dignamente representados, como mostraré en el presente trabajo. Tampoco resulta raro que, por vocación, pero también por moverse laboralmente dentro de la academia y el periodismo, una misma autora practique los más diversos géneros literarios; de ahí que su nombre aparezca registrado en más de un acápite. Si bien muchas de estas autoras comenzaron a darse a conocer en la Isla, antes o después de 1959, registraré, fundamentalmente, la parte de su obra publicada que corresponde al exilio o a la emigración; es decir, a lo que de forma general llamaré la diáspora.²

Poesía

La poesía, el género más cultivado —también entre los hombres—, cuenta con figuras de casi todas las promociones del siglo xx. Muchas poetisas publicaron la primera parte de su obra en la Isla: como ejemplos basten María Sánchez de Fuentes (†), Mercedes García Tudurí (†), Pura del Prado (†), Ángeles Cañías Ponzoa, Rita Geada, Belkis Cuza Malé, Isel Rivero, Mercedes Cortázar, María Elena Cruz Varela, Minerva Salado, Zoe Valdés, Elena Tamargo, Damaris Calderón y Odette Alonso Yodú. Otras comenzaron a publicar una vez fuera de Cuba: Amelia del Castillo, Juana Rosa Pita, Arminda Valdés Ginebra, Eliana Onetti y Carlota Caulfield.

Una lista mayor de las poetisas cubanas debe incluir voces tales como Conchita Utrera, Clara Niggemann, Ana Hilda González de Raggi, Adela Jaume García, Anita Arroyo (†), Rosa M. Cabrera, Ana Rosa Núñez (†), Raquel Fundora de Rodríguez Aragón, Lidia Alfonso de Fonteboa, Francis González Vélez, Inés del Castillo, María Josefa Ramírez, Nieves del Rosario Márquez, Benita Barroso, Gladys Zaldívar, Eliana Rivero, Nivaria Tejera, Olga Rosado, Lourdes Gómez Franca, Silvia Eugenia Odio, Uva de Aragón, Edith Llerena, Mireya Robles, Estela García Cabrera, Carmen M. Valladares, Isabel Parera, Noemí Losa, Laura Ymayo Tartakoff, Teresa María Rojas, Ana Alomá Velilla, Lilliam Moro, Dolores Prida, Martha Padilla, Mercedes Limón, Elena Clavijo Pérez, Esperanza Rubido, Ruth Behar, Alina Hernández, Lilliam D. Bertot, Carolina Hospital, Aleida Rodríguez, Silvia Curbelo, Daina Chaviano, Sandra Castillo, María Elena Blanco, Maricel Mayor Marsán, Nilda Cepero, Claribel Terré Morell, Mercy Arés, Norma Jiménez Padrón, Rita Martín, Daniuska González y Mariana Torres.

Especial mención merecen aquí Pura del Prado (†), por su amplia obra, en buena parte heredera del negrismo, y emblemática del primer exilio cubano de los años 60 y los 70, y Lourdes Casal (†), emblemática también, pero de una nueva sensibilidad cubano-americana que comienza a expresarse literariamente, tanto en español como en inglés, o en curiosa mezcla de ambas lenguas, a fines de los años 70 y principios de los 80. De especial interés son cinco poetisas del área de Nueva York que, sin ningún tipo de manifiesto o arte poética explícitamente compartida, conforman desde fines de los años 70 un grupo relativamente homogéneo, que ha llamado la atención de la crítica y aparece representado en la antología bilingüe *Poetas cubanas en Nueva York / Cuban Women Poets in New York* (1991); ellas son Maya Islas, Alina Galliano, Iraida Iturralde, Lourdes Gil y, desde la segunda mitad de los 80, Magali Alabau.

Así como estudiamos hoy día el romancero y los cancioneros medievales y renacentistas españoles como parte de la tradición poética hispánica, y ciertos críticos actuales —Guillermo Rodríguez Rivera, Jorge Luis Arcos— consideran la obra de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés (a quienes habría que sumar los nombres de Teresita Fernández, Noel Nicola y Carlos Varela, dentro de la Isla) como parte de la mejor poesía cubana posterior a 1959, quisiera registrar aquí a dos valiosas cantautoras de la emigración: Albita Rodríguez y Marisela Verena.

Trabajo académico

Uno de los géneros tradicionalmente olvidados por las historias de la literatura, es el ensayo de corte académico sobre temas literarios o culturales en general. Este se viene practicando fructíferamente en la emigración, por parte de hombres y mujeres, ya desde los años 60. Para aquellas cubanas asociadas laboralmente a instituciones docentes o bibliotecas, tal labor académica ha constituido parte de su trabajo; otras, sin embargo, han desarrollado su labor crítica totalmente independiente de la academia. Movidas por su origen cubano e interés personal, la mayoría se ha dedicado casi exclusivamente al estudio —entendido aquí como rescate, registro e interpretación— de la cultura cubana y, en no pocas ocasiones, sin prejuicio alguno contra lo producido dentro de la Isla después de 1959. Esta fidelidad esencial a la cultura cubana las ha ayudado, en mucho, a sobrellevar, en unas, la crisis de identidad y, en la inmensa mayoría, el desarraigo ocasionado por la emigración y la ausencia física de la Isla. Podría rastrearse aquí, entonces, la huella que tiñe, de forma peculiar, buena parte de esta escritura

académica: en ella encontramos no solo la expresión de profundos cuestionamientos personales sobre la identidad individual (sexual, étnica, racial, de género, política y nacional «dentro/fuera» de la Isla), sino también cierto *compromiso* de la autora ante un objeto de estudio que en nada le es ajeno. En este sentido, la crítica académica de nuestras mujeres indefine, por momentos, sus fronteras con el ensayo de (auto)reflexión identitaria. De ahí que, en muchos casos, resulte estrecha la división que aquí hago entre ambos géneros.

Con sus excelentes artículos sobre la poesía cubana de la diáspora y su recopilación de textos críticos al respecto —*Anales Literarios / Poetas* (1998)—, Yara González Montes es, dentro del llamado «exilio histórico» (el ocurrido en 1959 y al inicio de los años 60), una importante figura en este acápite. Asimismo, Madeline Cámara, Nara Araújo y Adriana Méndez Rodenas se hallan hoy día entre las voces más importantes de la academia cubana interesadas en reinterpretar la literatura y cultura cubanas a partir de los actuales derroteros de la crítica de género. Dentro de estos estudios de género, se destacan también Aralia López González, Elena M. Martínez, Georgina Sabat Rivers y Lilliam Manzor Coats.

Gran parte de los estudios sobre el componente africano de la literatura y cultura cubanas y sobre la relevante obra cuentística y etnológica de Lydia Cabrera, se debe a mujeres. Raquel Romeu, María del Carmen Zielina, Hortensia Ruiz del Vizo, Josefina Inclán (†), Julia Cuervo Hewitt, Rosa Valdés Cruz, Gladys Zaldívar, Hilda Perera, Mercedes Cros Sandoval, Rosario Hiriart e Isabel Castellanos (en colaboración con Jorge Castellanos), entre otras, ofrecen una extensa bibliografía crítica al respecto, la cual ha ido incorporando y registrando Mariela Gutiérrez, desde Waterloo, Canadá, en sus sucesivos libros sobre Cabrera: *Los Cuentos negros de Lydia Cabrera: un estudio morfológico* (1986), *El cosmos de Lydia Cabrera: dioses, animales y hombres* (1991), y *Lydia Cabrera: aproximaciones mítico-simbólicas a su cuentística* (1997). Similar mayoritaria presencia femenina se observa en la crítica a la importante obra narrativa de Hilda Perera: Florinda Álzaga, *Ensayo sobre El sitio de nadie de Hilda Perera* (1975); Alicia Aldaya, *La narrativa de Hilda Perera* (1978); Ellen Lismore Leeder (y Luis Jiménez), eds., *El arte narrativo de Hilda Perera de Cuentos de Apolo a La noche de Ina* (1996), y Rosario Hiriart, ed., *Pasión de la escritura: Hilda Perera* (1998).

Otras investigadoras literarias son Esperanza Figueroa —cuya edición anotada de las *Poesías completas y pequeños poemas en prosa*, de Julián del Casal (1993), es el fruto de más de cuarenta años de dedicación a la obra de Casal—, Mercedes García Tudurí (†), Rosario Rexach, Dolores M. Koch, Eloísa Lezama Lima, Eliana

Solo me es dado presentar aquí, en una suerte de «catálogo razonado», sus manifestaciones y logros en los diferentes géneros literarios y registrar sus numerosas «voces», con la esperanza de que pueda ser de alguna utilidad, más allá de fronteras o limitaciones geográficas, generacionales, ideológicas o, incluso, lingüísticas.

Rivero, Anita Arroyo (†), Rosa M. Cabrera, Zenaida Gutiérrez Vega, Rita Geada, Esther P. Mocega González, Dolores Martí de Cid, Julieta Campos y Raquel Chang Rodríguez, entre las pioneras. A estas se unirán después Uva de Aragón, Nedda G. de Anhalt, Librada Hernández, Mirza L. González, Mireya Robles, Rita Molinero, Ada María Teja, Alina Camacho Gingerich, Lilliam D. Bertot, Carlota Caulfield, Alicia Rodríguez, Esperanza Rubido, Ofelia Martín Hudson, Diana Álvarez Amell, Lilliam Oliva Collmann, Aída L. Heredia, Lucrecia Artalejo, Flora González (también Flora Werner), Ana Roca, María Elena Blanco, Lourdes Tomás Fernández de Castro, Olympia González, Perla Rozencvaig, Grisel Pujalá, Lourdes Gil, María Montes, Morbila Fernández y Aimée González Bolaños.

En los estudios sobre la lengua española —asociada a la literatura y norma cubanas o a la enseñanza del idioma en cualquiera de sus facetas— están Concepción T. Alzola, Beatriz Varela, Alma Flor Ada, Ana Roca, Berta Savariego y Estela García Cabrera; sobre las lenguas africanas habladas en Cuba, los trabajos de Lydia Cabrera; y sobre la lengua sefardita, Berta Savariego. Sobre filosofía han escrito, en colaboración, Mercedes y Rosaura García Tudurí; y sobre historia, Olga Cabrera.

Dos bibliotecarias de la biblioteca Otto Richter de la Universidad de Miami en Coral Gables (Florida), Ana Rosa Núñez (†) y Lesbia Varona, han hecho, también sin cortapisas ideológicas, una ingente labor de rescate y preservación bibliográfica de buena parte de la literatura cubana contemporánea, tanto de creación como de crítica. Núñez, en particular, fue además la editora de la primera antología de poesía exclusivamente de la diáspora, *Poesía en éxodo. El exilio cubano en su poesía: 1959-1969* (1970). Su temprana conciencia de la necesidad de rescatar para el futuro estas primeras voces poéticas de la diáspora es explícita en su prólogo cuando dice: «Movida por el temor a que tanto material humano se pierda en el horizonte de ediciones limitadas en su mayoría, he creído y he sido entusiasmada en este propósito por un número de archiveros del dolor, a recoger la producción poética del exilio cubano».³ Siguiendo estos rescates, Carolina Hospital (en coedición

con Jorge Cantera) recoge en 1996 una muestra históricamente valiosa de literatura en su antología *A Century of Cuban Writers in Florida. Selected Prose and Poetry* (1996).

Fue también Carolina Hospital la encargada de iniciar, con su antología *Cuban-American Writers: Los Atrevidos* (1988), el registro en libro de la primera promoción de autores autodenominados cubano-americanos (ella misma entre ellos), los cuales escriben fundamentalmente en inglés, aunque en varios casos se estrenaron como escritores en español. A esta antología le seguirán *Little Havana Blues: A Cuban-American Literature Anthology* (1996), editada por Delia Poey (en compañía de Virgil Suárez), y el extenso estudio crítico *Cuban-American Literature of Exile* (1998), a cargo de Isabel Álvarez Borland, quien comienza a precisar terminología y grupos afines, ya que, en diferentes publicaciones de los años 80 y los 90, el término «literatura cubano-americana» se usó de forma muy variada, por no decir equivocada. Por ejemplo, en su coedición de *Veinte años de literatura cubano-americana: antología 1962-1982* (1988), Silvia Burunat y Ofelia García utilizan este término para referirse, principalmente, a autores exiliados o emigrados que escriben en español desde los años 60 y/o 70 en los Estados Unidos y que, en muchos casos —apuntaría yo—, se resistirían en lo personal a ser clasificados así. Por su parte, Álvarez Borland propone, con el título de su libro, abarcarlos a todos (hayan llegado de adultos, de adolescentes, de niños, o nacidos en los Estados Unidos de padre y/o madre cubanos; y escriban en español o inglés), pero distinguiendo claramente las fronteras entre escritores cubanos emigrados (Hilda Perera, Juana Rosa Pita, Rita Geada), «los atrevidos Cuban-Americans» (que ella, añadiendo autores que casi exclusivamente escriben en español, prefiere denominar —siguiendo *Life on the Hyphen* (1994), de Gustavo Pérez-Firmat, quien a su vez sigue al sociólogo cubano Rubén Rumbaut— la «generación 1.5»: Carolina Hospital, Lourdes Gil, Maya Islas) y los «Cuban-American ethnic writers» (Achy Obejas, Cristina García). Explica así su distinción entre estos dos últimos grupos: «El factor cronológico de la edad, combinado con la cantidad de tiempo vivido

por estos escritores antes de llegar a los Estados Unidos, produce una literatura de una sensibilidad marcadamente diferente hacia Cuba y los Estados Unidos».

Dos importantes estudiosas de las comunidades cubana y cubano-americana en los Estados Unidos son María Cristina García —*Havana USA: Cuban Exiles and Cuban-Americans in South Florida, 1959-1994* (1996)— y Silvia Pedraza, quien, entre otros artículos, cuenta con «Cuba's Refugees: Manifold Migrations», incluido en su coedición de *Origins and Destinies. Immigration, Race, and Ethnicity in America* (1996). Un importante trabajo documental realiza Lourdes Casal en su edición de *El caso Padilla: literatura y revolución en Cuba* (1971). Destacables también son los trabajos de María Cristina Herrera sobre temas cubanos, así como su edición (en colaboración con Leonel Antonio de la Cuesta) de *Razón y pasión. Veinticinco años de estudios cubanos* (1996).

Periodismo

Varias escritoras de la diáspora se han vinculado al periodismo, por vocación o profesión o por constituir una fuente más de ingreso a la economía doméstica. Con una larga trayectoria en dicho género, aparece Uva de Aragón, vinculada hoy día al *Diario Las Américas* de Miami, en el cual han colaborado también Anita Arroyo (†), Josefina Inclán (†), Rosario Rexach y Rosa Leonor Whitmarsh. Poetas tales como Belkis Cuza Malé, Martha Padilla y Juana Rosa Pita, y académicas como Madeline Cámara han acudido también al periodismo y sendos artículos y crónicas para *El Nuevo Herald* de Miami conformarían ya libros valiosos. Desde *El Nuevo Herald* (donde Gina Montaner también es frecuente colaboradora), y en particular desde su semanario *Galera*, las periodistas Olga Connor, Gloria Leal y Norma Niurka (Acevedo) realizan una labor atenta al suceder cultural cubano de dentro y fuera de la Isla. La poeta María Elena Cruz Varela ha practicado un periodismo fundamentalmente político en periódicos españoles como *ABC*. Otras figuras son Asela Gutiérrez Kann (†), Yvette Leyva Martínez, Dora Amador, Lisette Bustamante y, usualmente en inglés, Ana Veciana Suárez, Fabiola Santiago y Liz Balmaseda —esta última ganadora en dos ocasiones del importante Premio Pulitzer de periodismo estadounidense— en *The Miami Herald*, y Achy Obejas en *The Chicago Tribune*. El periodismo ambiental tiene como representante a Emma Romeu Riaño con su libro *Los dioses tosen: reportajes de medio ambiente: México-Cuba, 1986-1997* (1997). También han practicado este género la poeta Minerva Salado (México), la cantautora Albita Rodríguez (Estados Unidos), y las narradoras Mayra Montero

(Puerto Rico), Claribel Terré Morell (Argentina) y Cristina García (Estados Unidos). En libros o publicaciones periódicas han publicado entrevistas o conversaciones, entre otras autoras, Ruth Behar, Elena M. Martínez, Diana Álvarez Amell, Maricel Mayor Marsán, Nedda G. de Anhalt —*Rojo y naranja sobre rojo* (1991)—, y Mari Paz Martínez Nieto —*Son de Cuba. Conversación con el exilio* (2000).

Ensayo

El ensayo presenta numerosas voces: por ejemplo, Ileana Fuentes Pérez, Florinda Álzaga, Marifeli Pérez Stable, Belkis Cuza Malé, Uva de Aragón, Julieta Campos, Nedda G. de Anhalt, Om Ulloa, Martha Padilla, Velia Cecilia Bobes y Lourdes Tomás Fernández de Castro, cuyo *Espacio sin fronteras* (1998), escrito en los Estados Unidos, bien puede leerse como una brillante respuesta cubana (y latinoamericana) a los estudios literarios académicos realizados en ese país.

Como ocurre con la crítica académica, el ensayo —género hoy día formalmente maleable y temáticamente abarcador— muestra una amplia gama de textos híbridos en los que la indagación introspectiva de las autoras en torno a los más diversos temas, entre ellos la identidad colectiva o individual (sexual, étnica, racial, de género, política y nacional «dentro/fuera»), las lleva a mezclar en un mismo discurso, desatendiendo toda artificial frontera generica, no solo la crítica académica y el ensayo de (auto)reflexión, sino también el testimonio, la memoria, la (auto)biografía, la narrativa personal y hasta la epístola. Trabajan así, entre otras, autoras tales como Eliana Rivero, Lourdes Gil, María de los Ángeles Torres, Olivia M. Espín, Achy Obejas, Ana Veciana Suárez y la judío-cubano-americana Ruth Behar, cuya edición de *Bridges to Cuba / Puentes a Cuba* (1995) resulta ser representativa de esta confluencia generica. Siguiendo esta línea, se halla la recopilación *ReMembering Cuba. Legacy of a Diaspora* (2001), de Andrea O'Reilly Herrera.

Memoria/testimonio/biografía

Claramente dentro de este acápite se hallan, en los años 90, Alma Flor Ada, quien dirige sus memorias al lector infante-juvenil en *Where the Flame Trees Bloom* (1994, trad. Rosa Zubizarreta) y *Under the Royal Palms: A Childhood in Cuba / Bajo las palmas reales: una infancia cubana* (1998 / 2000), Eloísa Lezama Lima con *Una familia habanera* (1998), María del Carmen Boza con *Scattering the Ashes* (1998), Wendy Gimbel con *Havana*

Dreams: A Story of Cuba (1998), Ana Margarita Martínez y Diana Montané con *Estrecho de traición* (1999) y Carmen Vázquez Fernández con *Balseros cubanos* (1999), entre otras. Mireya Robles, Ester Rebeca Shapiro Rok, Coco Fusco, Berta Savariego, Himilce Novas y Flora González han incursionado también en estos géneros.

Un testimonio colectivo que resulta ser representativo de cierta juventud cubano-americana de los años 70 puede hallarse en *Contra viento y marea: Grupo Aréto*, ganador del Premio Extraordinario «La Juventud en Nuestra América», de Casa de las Américas, en 1978. Coeditado por Lourdes Casal y Margarita Lejarza, entre otros, este libro recoge los testimonios particulares de Casal, Marifeli Pérez Stable y Adriana Méndez Rodenas, cuyo ensayo/memoria posterior, «Metamorfosis de una mariposa»,⁴ puede ser útil para conocer y entender la evolución de algunos miembros de ese grupo veinte años después.

Epístola

Como nota aparte, imagino que en el género epistolar pueda haber entre las mujeres, por las difíciles circunstancias de comunicación vividas por las familias cubanas, especialmente desde los años 60 hasta los 80, una interesante producción aún no publicada ni explorada satisfactoriamente. Una muestra parcial de ello, por no recoger sus propias cartas, fue la edición de Eloísa Lezama Lima de las *Cartas (1939-1976)* (1979) de su hermano José Lezama Lima, quien residió en Cuba hasta su muerte en 1976.

La ya comentada imposible frontera entre las diversas escrituras personales se confirma de nuevo con *Cuba: el abrazo imposible. Cartas a Alde* (1995), de Mari Paz Martínez Nieto. Para escribir sus memorias, escoge la forma de la epístola. Así lo afirma la autora en su primera carta a Alde: buscando el modo de «escribir mis experiencias de vida y trabajo en la lucha por las libertades ajenas», opta por mantener, «como hemos hecho en estos años, un diálogo continuo a través de nuestras cartas».⁵

Novela/novela corta

La novela ha sido un género que, desde los años 90, ha comenzado a mostrar la presencia femenina con mayor constancia y éxito editorial y crítico, debido, entre otros factores extraliterarios, a la emigración de Daína Chaviano, Chely Lima y Zoe Valdés, la entrada en escena de Yanitzia Canetti, la continua excelente producción de Mayra Montero, y el auge de las cubano-americanas

Cristina García, Achy Obejas y Ana Veciana Suárez. Pero estas no deben impedirnos ver la extensa y valiosa obra de Hilda Perera, quien tras su primera novela, *Mañana es 26*, publicada en Cuba en 1960, se ha mantenido activa desde su salida en 1964. Entre sus novelas emblemáticas de la circunstancia posterior a 1959, se hallan *El sitio de nadie* (1972) —un clásico dentro de la novela cubana de aquellos años—, *Felices Pascuas* (1977) —una de las primeras y más logradas indagaciones narrativas de la cotidianidad familiar cubano-miamense— y *Plantado* (1981), novela pionera en Cuba dentro de su temática testimonial.

Nivaria Tejera (publicando últimamente en francés), Julieta Campos y Mireya Robles también se destacan como novelistas desde antes del llamado *boom* cubano de los años 90. Por su larga residencia en la ciudad de México, Campos suele ser estudiada dentro del espacio literario mexicano. De igual forma, Montero suele ser insertada en el espacio puertorriqueño, cuando no caribeño en general. Otras voces dentro de este género son Claribel Terré Morell, en Argentina; Karla Suárez, en Italia; Anita Arroyo (†) en Puerto Rico; Georgina Fernández y Aralia López González, en México; Beatriz Bernal y Marcia Morgado, en España; Rosario Rexach, Olga Rosado, Carolina Hospital, Beatriz Rivera, Margarita Engle, Andrea O'Reilly Herrera, Ivonne Lamazares, Aimée Thurlo (seudónimos: Aimée Duvall y Aimée Martell), Raquel Puig Zaldívar, Berta Savariego, Himilce Novas, Teresa Bevin y Betty Heisler Samuels, en los Estados Unidos.

Como parte de la actual novela detectivesca cubana (a saber, Leonardo Padura y Ernesto Morales Alpizar) desde los años 90 se encuentra, escrita en inglés, la prolífica saga «sangrienta» de Lupe Solano, detective cubano-americana creada por la ex investigadora privada Carolina García Aguilera —*Bloody Waters* (1996), *Bloody Shame* (1997) y *Bloody Secrets* (1998)—, y la serie de Ella Clah, agente navaja del FBI, creada por Aimée Thurlo y su esposo David Thurlo —*Death Walker* (1996), *Bad Medicine* (1997) y *Enemy Way* (1998).

Cuento/relato

El cuento/relato aparece representado, entre otras, por Nedda G. de Anhalt, Achy Obejas, Sonia Rivera Valdés, Lourdes Casal (†), Ofelia Martín Hudson, Julieta Campos, Ana Alomá Velilla, Asela Gutiérrez Kann (†), Anita Arroyo (†), Olga Rosado, Beatriz Rivera, Teresa Bevin, Mireya Robles, Claribel Terré Morell, Uva de Aragón —cuyo «Round trip» en *No puedo más y otros cuentos* (1984) podría verse como emblemático de la relación familiar Isla/diáspora—, Zoe Valdés y Lourdes

Este panorama general, plagado de nombres, ha sido pensado no solo como una invitación a la lectura individual de las autoras, sino también —en su exceso informativo— como un alerta o llamado a aquellos estudiosos y estudiosas de la literatura cubana que, por una u otra razón, suelen desatender la producción de las mujeres.

Tomás Fernández de Castro, cuyo cuento «La recuperada», en *Las dos caras de D* (1985) presenta una profunda interpretación del mundo miamense de entonces. Una voz fundamental le da peculiar prestigio a este género fuera de Cuba: Lydia Cabrera (†). Iniciada en Francia en 1936, con *Contes nègres de Cuba*, su obra cuentística, junto con sus ensayos etnológicos, siguió creciendo en la emigración hasta su muerte, en 1991: *Ayapá: cuentos de jicotea* (1971) y *Cuentos para adultos, niños y retrasados mentales* (1983).

Teatro

Aunque figuras como Teresa María Rojas, Ana Margarita Martínez Casado, Magali Alabau, Myriam Acevedo, Laura Zerra e Ileana Diéguez Caballero destaquen como actrices, teatrólogas, profesoras de drama y/o directoras, no existe una cuantiosa producción dramática escrita por mujeres, lo cual ocurre también dentro de la Isla. Dos autoras de especial relieve y obra continua son María Irene Fornés y Dolores Prida. «Dueña —afirma Pedro Monge Rafuls—, de una importante obra experimental en el teatro angloamericano y una de las fundadoras del importante movimiento off-Broadway neoyorquino», Fornés ha obtenido, en numerosas ocasiones a partir de 1965, el importante premio Obie por su labor como directora y/o escritora de piezas dramáticas y musicales; con *Balseros* ha incursionado además en la ópera. Prida, por su parte, muestra en su teatro problemas generales propios de las diversas minorías étnicas (hispanos, negros, etc.) residentes en el área de Nueva York, así como temas concernientes a la condición bicultural de la mujer *latina* en los Estados Unidos. Sobre este último aspecto es emblemática su pieza *Coser y cantar* (1991). Como dramaturgas que han estrenado y/o publicado sus obras se destacan también Ana María Simo, Rosa Caparrós, Rosa Lowinger, Carmen Peláez, Mary A. Calleiro, Carmen Duarte, July de Grandy, Ileana González Monserrat, Ofelia S. Fox, Rosa Sánchez, Yolanda Ortal Miranda y Carmelita Tropicana. Uva de Aragón y Julieta

Campos, por lo general relacionadas con otros géneros literarios, también han publicado teatro.

Literatura para niños y adolescentes

Esta resulta ser una producción desarrollada en muy buena medida por las mujeres (entre los hombres, Elías Miguel Muñoz ha comenzado una labor destacable). Pionera aquí es, de nuevo, Hilda Perera, quien desde la publicación en Cuba de sus *Cuentos de Apolo*, en 1947, ha venido desarrollando una extensa e internacionalmente reconocida labor en este género, tanto en cuento como en novela. También es una voz establecida, desde hace décadas, Alma Flor Ada, en cuento, poesía, traducción y memoria para niños y jóvenes. Siguiendo estos pasos en la narrativa están Daína Chaviano, Zoe Valdés y Emma Romeu Riaño, quien suma a las preocupaciones ecológicas su saga de Gregorio: *Gregorio y el mar* (1996), *Gregorio vuelve a México* (1998), *Gregorio y el pirata* (1999) y *A Mississippi por el mar: nuevas aventuras de Gregorio* (1999). También han incursionado en esta modalidad, en prosa o verso, Nieves del Rosario Márquez, Julieta Campos, Raquel Puig Zaldívar, Edith Llerena, Arminda Valdés Ginebra y Lourdes Gómez Franca. Ana Rosa Núñez editó en 1985 una *Antología de poesía infantil* y Olimpia González recogió para el lector joven varias leyendas tradicionales cubanas en *Leyendas cubanas: A Collection of Cuban Legends* (1997). En el teatro para niños está Nena Acevedo. Practicando varios géneros encontramos aquí, además, a Yanitzia Canetti (poesía, teatro, cuento), Anita Arroyo (teatro, cuento) y Estela García Cabrera (cuento, poesía).

Guión/libreto

Teniendo en cuenta que autores como Manuel Puig y Senel Paz han publicado sus guiones de cine en espacios dedicados tradicionalmente a la literatura, me permito incluir aquí a dos cubanas escritoras de telenovelas: Marcia del Río y Delia Fiallo, quien desde

su salida de Cuba en 1966 goza de gran renombre dentro de la televisión latinoamericana e hispano-estadounidense. Guionistas o libretistas de cine, radio o televisión han sido también la poeta Mariana Torres, las narradoras Zoe Valdés y Chely Lima, la cineasta Mari Rodríguez Ichaso y las dramaturgas Rosa Caparrós, Dolores Prida y Yolanda Ortal Miranda.

Traducción

Aquí se destacan Julieta Campos; Dolores M. Koch, con sus traducciones al inglés de varias obras de Reinaldo Arenas; María Elena Blanco, con traducciones al español de poesía francesa y austriaca; Dolores Prida con su excelente traducción de la novela *Yo!* de la dominicano-americana Julia Álvarez, y María Irene Fornés con su controversial adaptación y traducción al inglés de *Aire frío* de Virgilio Piñera, estrenada bajo su dirección en el teatro INTAR de Nueva York, el 27 de marzo de 1985, y publicada en 1986.

Temáticas especiales en distintos géneros

Temática judía

Junto al híbrido trabajo ensayístico y académico de Ruth Behar sobre la identidad judío-cubano-estadounidense, se encuentran el estudio etnográfico *Cuban-Jewish Journeys: Searching for Identity, Home and History in Miami* (2000), de Caroline Bettinger López y la novela autobiográfica *The Last Minyan in Havana* (2000), de Betty Heisler Samuels. Una pionera en esta temática es, junto con José Kozer en poesía, Berta Savariego, de ascendencia judío-sefardita, con su libro, genéricamente híbrido, *La «mandolina» y otros cuentos: cuentos y cantos sefarditas* (1988), mezcla de memoria personal y familiar con narrativa y lírica oral de la comunidad judío-sefardita cubana. Se deben a Savariego también las traducciones poéticas *Vida y cultura sefardita en los poemas de «La Vara»: del ladino al español* (1987), en colaboración con José Sánchez Boudy.

Temática lesbiana

La temática lesbiana puede hallarse, fundamentalmente, en la poesía de Magali Alabau, Alina Galliano, Eliana Rivero, Aleida Rodríguez e Isel Rivero, en la narrativa de Achy Obejas y Mireya Robles, y en los trabajos críticos de Elena M. Martínez, entre otras autoras. En particular, Carmelita Tropicana, en colaboración con

Uzi Parnes, desarrolla hoy día, desde los espacios alternativos del *off Broadway* neoyorquino, un teatro agresivamente grotesco que parodia, mientras utiliza y por lo tanto reafirma, los más estereotípicos lugares comunes de la identidad cubana o cubano-americana y de la condición lesbiana al estilo estadounidense.

Revistas literarias o culturales

Entre las revistas y tabloides literarios, o culturales en general, dirigidos por mujeres encontramos los siguientes: *Románica* (editoras Lourdes Gil e Irida Iturralde, Nueva York, 1976-1979), *Cuadernos de Poesía, Palabras y Papel* (ed. Maya Islas, Nueva York, 1981-1989), *El Gato Tuerto* (ed. Carlota Caulfield, San Francisco, 1984-1990), *Mariel* (2ª época; eds. Marcia Morgado y Lydia Cabrera, Miami, 1986-1987), *Lyra* (eds. Lourdes Gil e Irida Iturralde, Guttenberg, Nueva Jersey, 1987-1989), *Horizontes* (ed. Estela García Cabrera, desde 1995, Ponce, Puerto Rico) y la veterana *Linden Lane Magazine* (coed. y después ed. Belkis Cuza Malé, Princeton/Forth Worth, activa desde 1982).

En el cyberespacio actual se hallan *Calibán* (ed. Mary Montes, París, activa desde 1998; www.artecuba.com), *Corner* (ed. Carlota Caulfield, Oakland, California, activa desde 1998; www.cornermag.org) y *Baquiana* (ed. Maricel Mayor Marsán, Miami, activa desde 1999; www.baquiana.net, también en versión anual impresa).

En 1968 ve la luz, en Nueva York, de forma efímera, *La Nueva Sangre*, con Dolores Prida y Mercedes Cortázar entre sus editores. Lourdes Casal dirigió, también desde Nueva York, la revista *Areíto*, la cual pasó luego a Miami hasta su desaparición a inicios de los 80. Aleida Rodríguez dirigió *Rara Avis Magazine*, en Los Ángeles, a fines de los años 70. Julieta Campos dirigió por un tiempo la *Revista de la Universidad de México*. Lourdes Gil fungió como editora invitada del número «Escritores cubanos en los EE.UU. / Cuban Writers in the US», de la revista *Briújula/Compass*.⁶

Anoto aquí ahora un dato curioso: en las publicaciones y reconocimientos literarios de la Isla, las escritoras de la diáspora han significado un primer puente de acercamiento entre los espacios «dentro» y «fuera». Además del mencionado Premio al libro colectivo *Contra viento y marea*, en tres ocasiones posteriores el Premio Casa de las Américas ha recaído en escritoras de la diáspora: ellas son Lourdes Casal por *Palabras juntan Revolución* (Premio Poesía, 1980), Sonia Rivera Valdés por *Las historias prohibidas de Marta Veneranda* (Premio Extraordinario de Literatura Hispana en los Estados Unidos, 1997) y Lourdes Tomás Fernández de Castro por *Espacio sin fronteras* (Premio Ensayo, 1998).

Esos rostros, esos brazos

Concluyo confesando que este panorama general, plagado de nombres, ha sido pensado no solo como una invitación a la lectura individual de las autoras, sino también —en su exceso informativo— como un alerta o llamado a aquellos estudiosos y estudiosas de la literatura cubana que, por una u otra razón, suelen desatender la producción de las mujeres en sus ponencias, antologías e historias literarias, o que, interesados/as por una autora de reciente aparición en la diáspora cubana, pasan por alto, al generalizar, períodos de un proceso escritural que se ha mantenido activo desde 1959. En estos tiempos de necesaria reconstrucción de *todos* los fragmentos de nuestra cultura dispersos por el tiempo, por el mundo y hasta por la Isla; tiempos en que se oyen y publican, cada vez más, en Cuba las voces de quienes han hecho o continuado su obra fuera del país, no sería justo que las escritoras de una diáspora comenzada hace más de cuarenta años —escritoras que tanto han luchado como mujeres, como cubanas y como artistas para que dicha diáspora física no signifique la dispersión del ser individual, familiar y nacional— tuvieran que esperar más tiempo del que ya ha pasado para ser conocidas y, sobre todo, estudiadas. Ahora que sabemos sus nombres propios, que sabemos donde están esos *rostros* y *brazos* a que se refieren los versos de Carilda citados al inicio de este trabajo, nos queda solo evitar la *confusión*, actuando de manera creativa y lúcida sobre lo sabido, y trabajar libremente.⁷

Notas

1. Excepciones de esto son las siguientes autoras: Julieta Campos, reside en México desde 1954; María Irene Fornés, sale de Cuba en 1945; Mireya Robles, llega a los Estados Unidos en 1957; Aralia López, vive en México desde la década de los 40; Alma Flor Ada, vivió fuera de Cuba desde antes de 1959; Nara Araújo, comparte su tiempo entre la ciudad de México y La Habana; y Lourdes Casal, tras su salida, en 1961, regresa a vivir en la Isla en 1979 y muere allí, en 1981.
2. Por esta razón no incluyo, entre otras, a la poeta Emilia Bernal: tras su última salida de Cuba después de 1959, Bernal no añadió ninguna nueva publicación a su obra. Muere en 1964, en Miami.
3. Ana Rosa Núñez, ed., *Poesía en éxodo. El exilio cubano en su poesía: 1959-1969*, Ediciones Universal, Miami, 1970.
4. Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, nn. 8-9, Madrid, 1998, pp. 172-84.
5. Mari Paz Martínez Nieto, *Cuba, el abrazo imposible. Cartas a Alde Betania*, Madrid, 1995.
6. Revista *Briújula / Compass*, n. 19, Bronx, Nueva York, 1994.
7. Por la información que me facilitaron y/o confirmaron para este trabajo, les doy particulares gracias aquí a las bibliotecarias Molly Molloy y Lesbia Varona, y a los escritores Pío Serrano, Uva de Aragón, Pedro Monge Rafuls, Madeline Cámara, Juana Rosa Pita, Maricel Mayor Marsán, Yara González Montes, Odette Alonso Yodú, Francisco Morán, Francisco Soto y Alejandro González Acosta. Las traducciones son mías.

© ~~TRINIDAD~~, 2003.